

SG-3

7-2

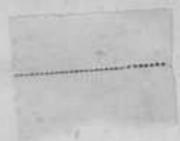
B.P. de Soria



61114860
D-1 1580

D-1
580





LA MARAVILLA.

Gran sociedad editorial.

Publica las mas grandes obras del saber Humano en tomos de 350 á 400 páginas en 4.º, con primorosas láminas y ricamente encuadernados con mosaicos de oro y brillantes colores.

Bajo la direccion

DE D. MIGUEL DE RIALP.

OBRAS PUBLICADAS.

Seccion instructiva.

	Tomos.
<i>La Geografia Universal</i> , por Malte-Brun, Balbi y otros.	2
<i>Historia de Inglaterra, Escocia é Irlanda</i> , por J. A. Fleury.	3
<i>Atlas Geográfico Universal</i> , compuesto de 18 magnificos mapas iluminados.	1
<i>Historia de Italia</i> , por Julio Zeller.	2
<i>Moral Social</i> , por Adolfo Garnier.	1
<i>Historia Antigua</i> , por J. J. Guillemin.	2
<i>Compendio de la historia Sagrada</i> , por el P. Scio de San Miguel.	1

Seccion recreativa.

	Tomos.
<i>Historia de Gil Blas de Santillana</i> , por Mr. Le Sage.	2
<i>El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha</i> , por Miguel de Cervantes Saavedra.	2
<i>Ivanhoe</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Quintín Durward</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Los Tres Mosqueteros</i> , por Alejandro Dumas.	2
<i>Rob Roy</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Guy Mannering y el Oficial Aventurero</i> , por Sir Walter Scott.	2
<i>Obras criticas, satíricas y jocosas</i> , de Don Francisco de Quevedo.	1

EN PRENSA FUERA DE SECCION.

La Sagrada Biblia, traducida al español de la Vulgata latina, y anotada conforme al sentido de los Santos Padres y expositores católicos. Por el Ilmo. Sr. D. Felipe Scio de San Miguel. Revisada por el Ilre. Sr. Dr. D. José Palau; 10 tomos. Van publicados 3.

~~Sept 13~~

~~Nov 12~~

~~Dec 18~~

Este 18

Febr. 1^a

Mar. 13

MARAVILLA

Publica las mas grandes obras de literatura y ciencias con precios moderados y entregas con regularidad.

En la imprenta

DE D. MIGUEL DE RIALP.

OBRAS PUBLICADAS.

Sección teórica.	Sección instructiva.
Historia de los reyes de España 2	La geografía Universal, por M. de 2
por Mr. Le Sage 2	Gran Atlas y Atlas 2
El lenguaje Hebreo. A. G. de 2	Historia de España. Facetas de 2
la lengua, por Miguel de Car- 2	lechi, por J. A. Ferris 2
vajales, por Sr. Walter Scott 1	Las lenguas Universal, con- 1
Quinto Glosario, por Sr. Walter 1	quinto de 12 lenguas mas 1
Scott 1	Ilustraciones 1
Las tres lenguas, por Sr. 2	Historia de Italia, por Julio Zeller 1
de Glosario 1	Novelas, por Adolfo Estor 1
las tres lenguas, por Sr. Walter 1	Historias, por J. J. Ferris 2
Scott 1	Compendio de la historia de España 1
de Glosario 1	por el P. Sr. de San Miguel 1

EN PIRENSA FUERA DE SECCION.

En la imprenta de Rialp, traducida al español de la Vulgata latina y anotada conforme al sentido de los Santos Padres y expositores católicos. Por el Ilmo. Sr. D. Felipe de San Miguel. Revisada por el Ilmo. Sr. Dr. D. José Ferris; 16 tomos. Van publicados 3.

HISTORIA

HISTORIA

DE LOS

SOBERANOS PONTIFICES

ROMANOS.

—
EL MARQUESE ANGELON.
TOMO II.

TOMO II.

MADRID.

LIBRERIA DE SAN MARTIN.

Valencia 4.

BARCELONA.

EN EL PLUS ULTRA.

Residencia del Duque.

1858.

1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900
1901
1902
1903
1904
1905
1906
1907
1908
1909
1910
1911
1912
1913
1914
1915
1916
1917
1918
1919
1920
1921
1922
1923
1924
1925
1926
1927
1928
1929
1930
1931
1932
1933
1934
1935
1936
1937
1938
1939
1940
1941
1942
1943
1944
1945
1946
1947
1948
1949
1950
1951
1952
1953
1954
1955
1956
1957
1958
1959
1960
1961
1962
1963
1964
1965
1966
1967
1968
1969
1970
1971
1972
1973
1974
1975
1976
1977
1978
1979
1980
1981
1982
1983
1984
1985
1986
1987
1988
1989
1990
1991
1992
1993
1994
1995
1996
1997
1998
1999
2000
2001
2002
2003
2004
2005
2006
2007
2008
2009
2010
2011
2012
2013
2014
2015
2016
2017
2018
2019
2020
2021
2022
2023
2024
2025

HISTORIA

DE LOS

SOBERANOS PONTIFICES

ROMANOS.

TOMO II.

R.4210

3
130

HISTORIA

DE LOS

SOBERANOS PONTÍFICES ROMANOS,

POR

ARTAUD DE MONTOR,

EX-EMBAJADOR DE FRANCIA EN ROMA.

TRADUCIDA

POR

D. MANUEL ANGELON.

TOMO II.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID.

LIBRERIA DE SAN MARTIN,

Victoria 9.

BARCELONA.

EN EL PLUS ULTRA,

Rambla del Centro.

1858.

HISTORIA

4510

DE LOS

SOPRANOS PONTIFICES ROMANOS

*Esta obra es propiedad de los Editores
y se perseguirá ante la ley á quien la
reimprima.*

ARTAUD DE MONTOUR

EX-EMBAJADOR DE FRANCIA EN ROMA

TRADUCCION

DE

D. MANUEL ANGELON

TOMO II



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BARCELONA

MADRID

EN EL PUS ULTRA

LIBRERIA DE SAN MARTIN

Barcelona.—Imp. de Narciso Ramirez , Escudillers 40, piso 1.º—1858.

HISTORIA

DE LOS

SOBERANOS PONTIFICES ROMANOS.

154. Victor II. 1055.

Victor II, llamado primeramente Gebehard, habia nacido en Inspruck, capital del Tirol; y monge benedictino y obispo despues, era pariente é íntimo consejero del emperador Enrique III.

Gebehard, designado para pontífice por el célebre Hildebrando, á quien veremos despues papa bajo el nombre de Gregorio VII, resistia á todas las instancias, hasta que vencida á duras penas su repugnancia, fué elegido en 13 de abril de 1055 y entronizado en 16 del mismo mes.

Este papa mantuvo relaciones de buena inteligencia con el emperador Enrique III, y trascurrido ya el siglo décimo y el principio del undécimo, sentábanse con frecuencia en el trono pontificio las virtudes, la esperiencia y el valor. En un concilio amenazó Victor con la escómunion á los usurpadores de los bienes de la Iglesia, y prohibió á Fernando, rey de Castilla y de Leon, atribuirse el título de emperador, obedeciendo inmediatamente este príncipe las órdenes del pontífice.

En un concilio celebrado en Tours y presidido por Hildebrando, condenóse de nuevo á Berenguer, cuyo heresiarca despues de recibir la libertad de defender su opinion sobre la eucaristía, no se atrevió á hacerlo y confesó públicamente la fe comun de la Iglesia, prometiendo profesarla en adelante. Berenguer firmó con su propia mano semejante abjuracion, y los legados creyéndole convertido, le recibieron en la comunión.

En 1056 el papa se dirigió á Alemania para visitar al emperador Enrique III y restablecer la paz entre este príncipe y los nobles, celebrando en Ratisbona la fiesta de Navidad. El celo de Victor por la disciplina, y el afecto que profesaba al severo Hildebrando, atraieron á este pontífice la enemistad de algunos escritores, si bien los mas famosos y de mejor criterio hacen justicia á su recto carácter y á su elevada piedad. Cierta dia le presentaron veneno en su cáliz, y segun refiere la tradicion, hizose este tan pesado, que el papa no pudo sostenerle y quedó descubierto el crimen. Victor murió en 28 de julio de 1057 en Florencia, donde fué enterrado en la iglesia de santa Reparada.

La santa sede permaneció vacante durante cinco dias.

155. Estéban X. 1057.

Hildebrando reinaba ya por sus virtudes y no podia esperarse ya el pontificado, sino conformándose con las austeras reglas que profesaba aquel noble religioso. En aquel tiempo existia un príncipe de la casa de Lorena, célebre por sus virtudes, llamado Junio Federico, el cual estaba aliado á la familia de Francia y á la casa imperial; monge en un monasterio de Monte Casino, Victor supo descubrirle en la oscuridad del claustro y nombróle cardenal presbítero de san Chrysógono. Muerto Victor pidióse el consentimiento del cardenal para elevarle al pontificado, y si bien rehusó tal honor, una aclamación

macion general en la iglesia de san Pedro *ad vincu'lam* obligó al modesto religioso á sentarse en el trono pontificio.

Entronizado en la iglesia de san Juan de Letran el dia 2 de agosto de 1057, fiesta de san Estéban, cuyo nombre recibió de sus mismos electores, restableció en solo cuatro meses el buen gobierno de la Iglesia; prohibió el matrimonio de los clérigos, persiguiendo á los contraventores á las leyes de continencia, pues no bastaba que el pontífice fuese un modelo de pureza, sino que era preciso que hasta el último eclesiástico se distinguiese por una vida sin mancha. Los que se apartaron de sus concubinas y abrazaron la penitencia, fueron escluidos del santuario por algun tiempo y privados para siempre de celebrar los santos misterios: Dios habia sido aplacado y cuanto antes debia cesar el largo castigo impuesto á su Iglesia.

Hildebrando que residía en Francia, fué enviado en calidad de legado cerca de la emperatriz Inés, madre del rey Enrique IV, dando entonces Estéban una órden singular que prueba su gran confianza en el mas ilustre servidor de que la Iglesia podia gloriarse en aquella época: con sus ruegos y con su autoridad, obtuvo de los obispos, del clero y del pueblo romano que si la santa sede quedaba vacante, no se procedería á nueva eleccion, hasta el regreso de Hildebrando, y conseguido esto partió para Toscana, muriendo en Florencia en brazos de san Hugon, abad de Cluny, y siendo sepultado en la iglesia de santa Reparada.

Estéban gobernó nueve meses, y la santa sede quedó vacante por espacio de ocho meses y veinte dias.

156. Benedicto X. 1058.

Benedicto X, Conti, antipapa segun muchos autores, pero que sin embargo hallamos comprendido en el *Diario* entre los papas legítimos, fué elevado al pontificado por una faccion ar-

mada; á pesar de lo ordenado por Estéban, no se esperó el regreso de Hildebrando, y era tan ignorante el intruso nombrado, que san Pedro Damian decia: «Le reconoceré por verdadero pontífice si esplica un solo versículo de un salmo.» Benedicto conservó el pontificado cerca de nueve meses, y depuesto por Nicolás II, murió en 1059 siendo sepultado en santa Maria la Mayor.

157. Nicolas II. 1058.

Hildebrando, en quien descansaba gran parte del peso de la Iglesia, no debia faltar á su mision, y supo con disgusto la eleccion de Benedicto X, considerado como antipapa por diferentes autores; como ya hemos visto, una faccion tumultuosa, dirigida por los oligarcas de Roma, habia nombrado á un intruso, mas el cardenal Hildebrando, de regreso de su embajada, debia cambiar la faz de los negocios.

Gerardo, obispo de Florencia, nacido en el castillo de Chevron en Saboya, que entonces formaba parte del reino de Borgoña, pareció á Hildebrando un hombre digno de la tiara, y en el concilio de Siena fué elegido papa.

Gerardo, que habia tomado el nombre de Nicolas II, recibió la tiara en 1059.

En un concilio de obispos toscanos y lombardos convocado en Sutri, tratóse de la usurpacion de Benedicto X, el cual fué condenado y depuesto.

Desde Roma su santidad marchó á visitar la Marca de Ancona y al pasar por Spoleto, hizo una promocion de cardenales, al mismo tiempo que dispuso la aplicacion de severas penas contra los nicolaitas, defensores del matrimonio de los eclesiásticos, que empezaban á dar origen á peligrosos cismas.

Publicó leyes contra los simoníacos que se permitian abusar de las cosas sagradas, y en un concilio celebrado en Ro-

ma , al que asistieron ciento trece obispos , Nicolas confirió á los cardenales esclusivamente el derecho de elegir á los pontífices, no debiendo prestar el clero inferior y el pueblo mas que un simple consentimiento (1).

En seguida convocó un concilio en Amalfi con objeto de restablecer la reforma de los clérigos y la exacta observancia de la disciplina eclesiástica , siendo levantada en él la escmunion en que incurrieran los normandos ; Ricardo, uno de sus gefes, recibió el principado de Capua y Roberto Guiscard, la Calabria , la Pulla y la Sicilia , prestando ambos juramento de fidelidad al papa como vasallos y feudatarios de la Iglesia romana. Durante este pontificado , un concilio condenó á Berenguer que habia vuelto á sus errores (*tornato al vomito*, dice Novaes II, 254) : y si bien en un principio pareció ceder á la voz de la Iglesia , no tardó en sembrar otra vez su pernicioso doctrina acompañándola de horribles injurias.

En 1060 Nicolas celebró otro concilio, en el que concedió á Aldrad , obispo de York , el honor y uso del pálio para sí y para sus sucesores , confirmando al santo rey Eduardo los privilegios que le acordara la santa sede.

Despues de esto quiso el papa ver de nuevo la ciudad de Florencia , de la que hubiera querido no dejar de ser obispo, y murió colmado de merecimientos , de virtudes , de ciencia, de candor y de fuerza pontificia. Todos los dias del año lavaba los pies á doce pobres.

Este pontifice gobernó dos años, seis meses y veinte y cinco dias , y muerto en 22 de julio de 1061 , fué sepultado en su metrópoli.

La santa sede quedó vacante dos meses y nueve dias.

(1) Véase lo dicho en el tomo I, pág. 68, acerca del modo de eleccion usado en el año 112.

158. Alejandro II. 1061.

Alejandro II, llamado antes Anselmo de Badage, familia ilustre de Milan, era canónigo regular de san Juan de Letran, y luego obispo de Luca; los electores por unánime consentimiento le nombraron papa en 1.^o de octubre de 1061, introduciéndose en aquella época la costumbre de no pedir la aprobación de los emperadores, debiendo empero tenerse en cuenta que no existia emperador en aquel momento, pues el jóven Enrique IV no era mas que rey de Germania, hecho que debe establecerse de antemano y al que recurriremos con frecuencia, al relatar el pontificado de Gregorio VII. La santa Iglesia, pues, quedó en una absoluta independencia que se ha mantenido hasta nuestros dias, y la misma de que gozara durante sus cuatro primeros siglos de existencia. Al saber esta elección, Inés, madre de Enrique, concibió una violenta cólera por no haberse pedido su consentimiento y para vengarse, hizo elegir á un antipapa, á Cadalous, obispo de Parma, el cual fué consagrado por los obispos de Verceil y de Plasencia.

Los electores legítimos quisieron que Anselmo se llamase Alejandro, y en un concilio celebrado en Roma, en el que se encontraban mas de cien obispos, dispuso este que los presbíteros celebrasen una sola vez al dia, recordando la costumbre existente en aquella época de celebrar en una misma mañana una misa para los difuntos y otra para la solemnidad del dia, sin condenarla ni rechazarla. El espíritu reformador de Hildebrando velaba al lado de Alejandro, su amigo, y el papa confirmó los decretos de Leon IX y de Nicolas II, contra los eclesiásticos incontinentes y simoníacos, vicio de que adolecian todas las elecciones de aquel tiempo.

En 1063, el conde Roger alcanzó una victoria contra los sarracenos y envió al papa cuatro camellos cogidos al enemigo; agradecido á esta muestra de deferencia, el santo padre regaló al conde un estau bendeido por la mano pontificia.

Alejandro concedió su indulgencia plenaria y la absolución de las faltas de que sintiesen un sincero arrepentimiento á los que arrancasen del yugo de los infieles alguna parte de la Sicilia , acto que por sí solo bastaría para confundir la mala fe de Lutero ; este enemigo implacable de la Iglesia , no quiso examinar con atencion la venerable costumbre de los pontífices , quienes , disponiendo de los infinitos méritos de Jesucristo y del tesoro de la Iglesia, acordaban aquellos beneficios á los que realizaban grandes acciones por la causa de Dios. Lutero, no fijándose en las fechas, en los acontecimientos históricos ni en el gran número de santas noticias que no debían haberse escapado á sus investigaciones , afirmaba con impiedad en el siglo décimo sexto , que las indulgencias eran una invencion moderna de los papas , con objeto de despojar á los fieles de su propia sustancia , siendo así que encontramos una indulgencia concedida por Alejandro II , pontífice en 1065, es decir, cinco siglos antes de la pretendida reforma.

Consérvanse varias epístolas de Alejandro II , entre las que es de notar la que escribió á los obispos de Francia con motivo de las calamidades que pesaban sobre los judios (1) ; muchos cristianos , indignos de este nombre , tenían en aquel tiempo la singular devocion de asesinar á aquellos infelices, creyendo alcanzar la vida eterna con tan abominables crímenes , y Alejandro felicita á los obispos de Francia per no haberse prestado á tamañas crueldades contra un pueblo antiguamente elegido por Dios , y dispersado sobre la faz de la tierra por efecto de su justicia.

La epístola que este papa escribió á Harold , rey de Noruega , no es menos notable , y prueba la influencia que en bien de la humanidad , ejercia el pontífice romano asi en los hielos del Norte , como en las ardientes arenas del mediodia.

« Como os hallais aun muy poco instruido , le decia , lo mismo en la fé que en la santa disciplina , tócanos , teniendo á nuestro cargo la Iglesia toda , ilustraros con frecuentes instrucciones ; mas impidiéndonos hacerlo personalmente lo largo del camino , hemos comisionado á nuestro legado el ar-

(1) Feller, II, 110.

zobispo de Brema, de modo que podeis estar seguro de que obediciendo á su voz, obedecéis á la santa sede.»

Su santidad, en dos concilios reunidos en Roma, en los que tomaron parte muchos obispos, condenó la heregía de los incestuosos, quienes, apoyados en la autoridad del emperador Justiniano, contaban los grados de consanguinidad del mismo modo que en las suceciones, es decir segun las reglas del derecho civil, y no segun las del canónico.

Esta constitucion de Alejandro fué combatida con vigor no solo por los heterodoxos Francisco Ottman, Boemer, Treutter, Wiserbach y otros, sino tambien por algunos católicos, entre los que se cuentan Cuyacio y Van Espen, pretendiendo, á pesar de la decision pontificia, que los grados de parentesco deben contarse en los matrimonios segun el derecho civil, el cual en la línea *transversal* no cuenta el tronco, considerando únicamente cuantos grados distan entre sí dos parientes de orden diverso, al paso que el derecho canónico atiende á la distancia de los parientes del tronco comun. Los argumentos de los impugnadores de la decision, fueron victoriosamente refutados por el padre Melchor Federico (1).

Joaquin Sandonnini, profesor de derecho canónico en la universidad de Pisa, publicó en Florencia y en 1751, una notable disertación para refutar los mismos argumentos.

Muerto Eduardo rey de Inglaterra, suscitáronse cuestiones entre Guillermo, duque de Normandia y Harold; Alejandro envió al primero el estandarte de San Pedro, y la victoria coronó los esfuerzos, la piedad y confianza del héroe normando.

Alejandro, deseoso de purgar enteramente á la Iglesia de los simoníacos y clérigos incontinentes, convocó un concilio en Mantua en 1067; y al pasar por Milan dirigiéndose á dicha ciudad, canonizó á Arialdo, martirizado en 28 de junio del año anterior por los simoníacos y los nicolaitas.

En dicho concilio fué reconocido Alejandro como verdadero pontífice, y condenado el antipapa Cadalous, el cual murió poco tiempo despues, habiendo antes pedido perdon á Ale-

(1) *De consanguinit. et affinitat. questio. 2.*

jandro, diciéndole: « Sois el pastor universal de la Iglesia de Dios. »

Este pontífice concedió el uso de la mitra á Uratislao, rey de Bohemia, privilegio que fué mas tarde confirmado por Gregorio VII, siendo muy rara la concesion á un secular de semejante gracia.

Alejandro fué el primero que réformó en Italia á los canónigos regulares de san Agustin, los cuales se derramaron por toda Europa, donde contaron con cuatro mil quinientos cincuenta monasterios, setecientos de ellos en Italia.

Este papa gobernó once años, seis meses y veinte y un dias, y era tanta su virtud, elocuencia y erudicion, que ambos Pagi se admiran de que que no haya sido canonizado. Muerto en 21 de abril de 1073, fué sepultado en la iglesia de san Juan de Letran, de la que habia sido canónigo, y en la que introdujo los canónigos regulares de san Agustin, los cuales fueron despues confirmados en la misma basilica por Pascual II en 1106 y por Anastasio IV en 1154.

La santa sede fué ocupada inmediatamente sin experimentar tiempo alguno de vacancia.

Hemos dicho ya que dos dias despues de la eleccion de Alejandro, en 28 de octubre de 1061, la faccion del rey Enrique nombró papa á Cadalous, obispo de Parma, quien tomó, segun unos, el nombre de Honorio II, al paso que, segun otros, no tomó ninguno, lo que parece disminuir la gravedad de su falta; como tambien hemos dicho, fué depuesto por el concilio de Mantua despues de varias vicisitudes.

Durante este pontificado floreció Pedro Damian, cuyos escritos tan apreciados son aun en el día.

Pedro Damian se consideraba libre del obispado de Luca, desde la renuncia que de él presentara á Nicolas II, y reitera á Alejandro, asi es que solo tomaba en sus escritos la calidad de monge; en los primeros tiempos de su retiro, escribió una larga epístola á los obispos cardenales, en la que, considerándoles como jueces y consejeros del papa en cada concilio, exortábales á huir de la avaricia, y no solo á no solicitar presentes, sino á rechazar los que les fuesen ofrecidos voluntariamente, pues un presente, dice, hace á los jueces mas propicios

al litigante que lo hace; en seguida esplica la malignidad de la avaricia que destruye todas las virtudes y hace inútiles las buenas obras. «Aunque el avaro, dice (1), construya iglesias, aun que se aplique á la predicacion, que robustezca á los vacilantes en la fe, que ofrezca diarios sacrificios, que permanezca apartado de los negocios seculares, la avaricia, mientras le domine, corrompe todas sus virtudes.»

Pedro Damian deplora el lujo de los eclesiásticos, y en uno de sus escritos justificando su renuncia del episcopado, dice : «Ha pasado el tiempo de la modestia, de la mortificacion, de la severidad sacerdotal : cuando vengo yo á visitaros (escribe al papa y á Hildebrando) ois chanzas, frases escogidas, preguntas sin número y palabras inútiles, disipacion que estingue la devocion y arruina el buen ejemplo, causándome rubor el hablar de otros desórdenes mas vergonzosos aun, como la caza, la halconeria, el furor de los juegos de azar y del ajedrez , que convierten á un obispo en un bufon. Cierto dia que viajaba con el arzobispo de Florencia, vinieron á decirme que se hallaba jugando al ajedrez y como le demostrase la indecencia de semejante pasatiempo en un hombre cuya mano ofrece el cuerpo de Nuestro Señor, y cuya lengua le hace mediador entre Dios y los hombres, mayormente cuando los cánones prohiben el juego á los obispos, contestó que solo se entendian los juegos de azar; repliquele á esto que la prohibicion debia abrazar toda clase de juego, y habiéndole convencido, pidióme que le impusiera una penitencia, lo que hice mandandole rezar tres veces el salterio, lavar los pies á doce pobres y entregar á cada uno un dinero, á fin de reparar el pecado que cometiera con la lengua y con las manos.

En tiempo del papa Alejandro II, Sigifredo, arzobispo de Maguncia, condujo á Jerusalem á gran número de peregrinos, formando la caravana mas de siete mil hombres; llegados á Constantinopla saludaron al emperador Constantino Ducas y visitaron santa Sofia, pero apenas hubieran penetrado en Siria, territorio musulman, cuando se les presentaron nubes de árabes con intenciones hostiles, debiendo su salvacion al

(1) Opúsculos de Pedro Damian, c. 3.

governador turco de Ramleh, quien les hizo escoltar hasta la ciudad santa. Al llegar á ella fueron recibidos por el patriarca Sofronio, anciano venerable, y acompañados procesionalmente á la iglesia del Santo Sepulcro, seguidos de los sirios y de los latinos.

Los peregrinos visitaron con dolor las iglesias que arruinara el califa fatimita Haquem, y dieron considerables sumas para su restablecimiento.

Tócanos decir aqui algunas palabras acerca de las costumbres de Enrique IV, rey de Germania, y las copiamos de Fleury (véase IV, lib. LXI, 214).

«El rey de Alemania Enrique, era ya á la edad de diez y ocho años uno de los hombres mas perversos de su tiempo..... En 1066 habia tomado por esposa á Berta, hija de Othon, marques de Italia, que contaba apenas quince años, pero como se enlazara con ella á instigacion de sus consejeros y no por su propia eleccion, jamás amó á aquella princesa, y trató siempre de separarse de su lado..... Era cruel aun con sus confidentes, y los cómplices de sus crímenes le eran sospechosos..... Sabia ocultar su cólera, hacer morir á sus víctimas cuando menos lo esperaban, y derramar fingidas lágrimas á la noticia de su muerte.

«Conferia los obispados á los que mas dinero le daban ó mejor alhagaban sus vicios, y si despues de haber asi vendido alguno, se presentaba otro concurrente ofreciéndole mas ó ponderando mejor sus crímenes, deponia al primero como á simoníaco y ponía al otro en su lugar, resultando de aqui que muchas ciudades contaban con dos obispos á la vez, ambos indignos. Este era el rey Enrique y el curso de esta historia lo dará á conocer mejor aun.»

Veamos ahora el pontificado del célebre Hildebrando, San Gregorio VII, amigo y sucesor inmediato de Alejandro II.

159. San Gregorio VII. 1073.

Antes de dar principio á la historia de este pontificado, conviene resumir la situacion en que se encontraba la Iglesia; el siglo décimo habia desplegado sus furöres, sus bajezas, sus costumbres innobles y desenfrenadas; el siglo undécimo habia dado el terrible espectáculo de una crasa ignorancia acompañada de un indomable orgullo, y hasta el mismo trono pontificio era presa de algunos indignos que sumian á los verdaderos católicos en el espanto y en la desesperacion; sin embargo, el mayor número de pontífices habian merecido el honor de sentarse en la cátedra de san Pedro, observándose que si las escenas sangrientas fueron muchas, las heregías fueron menos, siendo entonces las de Constantinopla como un mal necesario, del que apenas participaban ni el Africa ni la Italia; es cierto que Berenguer escandalizaba la Francia, mas no le sostenia soberano alguno, y sus errores eran en cierto modo periódicamente condenados en cada concilio.

Al mismo tiempo florecian sobre todo entre los monges, algunos corazones firmes, generosos, inexorables para el mal, intrépidos para conservar el bien y la ciencia, y depositarios, como hemos visto, de las meditaciones de los Santos Padres. Una sola orden parecia obtener siempre y por derecho la tiara pontificia, y tambien es un hijo de san Benito el que debe ahora ceñirla en su frente, para continuar la obra que emprendieran algunos reformadores antecesores suyos; vencedor de las heregías, luchará en defensa de las buenas costumbres, siendo de admirar que en la confusion de sectas que se envanecian de ser cristianas, no pareciese haber abandonado Dios á su Iglesia ó mejor que la castigase solo con una mano misericordiosa que presagiaba el restablecimiento de la calma y de la paz «Dios, dice Bossuet, (1) habia conservado á su Iglesia un carácter de autoridad que las heregías no podian

(1) *Discurso sobre la hist. univers.*, edic. de 1844, p. 289.

arrebatarle; era católica y universal; abrazaba todos los tiempos; se estendia á todas partes; era apostólica; pertenecianle la continuacion, la sucesion, la cátedra de la unidad, y la autoridad primitiva; cuantos la abandonaban la habian antes reconocido, sin que pudieran borrar el carácter de su novedad, y el de su rebelion. Los mismos gentiles la consideraban como la raiz, como *el todo* de que habian salido las partes, como el tronco siempre vivo que dejaban entero las ramas separadas; Celso que echaba en cara á los cristianos sus divisiones, observaba entre tantas iglesias cismáticas, una distinta de todas las demas y siempre mas fuerte, á la que llamaba por esta razon *la grande iglesia*....

« Esto era efecto de que la verdadera iglesia tenia una magestad y rectitud que las heregías no podian imitar ni oscurecer.... Si se preguntaba á los arrianos donde celebraba aquella sus asambleas y quienes eran sus obispos, no se engañaban jamás, al paso que las heregías, á pesar de sus esfuerzos, nunca podian prescindir del nombre de su autor (1); los sabelianos, los paulianos, los arrianos, los pelagianos y demas, se ofendian en vano del nombre de partido que se les daba; á pesar de sus esfuerzos el mundo queria hablar naturalmente, y designaba cada secta por aquel del cual tomaban origen.

« Respecto de la grande iglesia, de la iglesia católica y apostólica, ha sido siempre imposible señalarle otro autor mas que el mismo Jesucristo, ni indicar sus primeros pastores sin remontarse hasta los apóstoles, ni darle otro nombre que el que tomaba.

« ¿Que importa que se arrancasen algunas ramas á la Iglesia de Jesucristo? su sávia no se perdía por ello, y brotaba en otra parte; en efecto, si consideramos la historia de la Iglesia, se verá que siempre que una heregía la ha disminuido, ha reparado sus pérdidas, estendiéndose por otros puntos y aumentando en luz y en piedad, mientras que se secaban en

(1) Véase anteriormente la excomunion contra Cerulario, pág. 143. Con cuanta abundancia de nombres anonadan los legados al rebelde patriarca!

oscuros parages las ramas cortadas. Las obras de los hombres han perecido, á pesar del infierno que las sostenia; solo ha subsistido la obra de Dios, triunfando la Iglesia de la idolatría y de todos los errores.»

Sin embargo, no son las heregías las únicas temibles, y la grande Iglesia puede correr otros formidables riesgos; una familia sufre á veces mas por una desgracia doméstica que por la pérdida de bienes preciosos, y si se turba la paz en el seno de un palacio, ¿de que sirven tantos homenajes exteriores, tantas lisonjas incapaces de conservar la accion tan necesaria siempre á la autoridad? Como ya hemos dicho, las malas costumbres pueden corromper la situacion mas bendecida por Dios, y entonces es preciso aislar la herida de las partes sanas, es preciso que la mano que impera emplee toda su fuerza que solo es eficaz, cuando prudente é inaccesible á las miserables censuras del humano respeto, emprende la curacion y la lleva á buen término previcion y prudencia, que si es impulsado mas lejos de lo que debiera, se ha visto al menos el punto en que la razon se detendria satisfecha, se han tocado los confines de lo verdadero, de lo sólido, del progreso posible, y se han dado acertadas leyes para la felicidad de las naciones, las que no pueden pedir mas que el afianzamiento de la santa religion que debe ser eternamente respetada.

La república cristiana no rechaza innovacion alguna generosa; mientras que las utopias de la política solo engendran conquistas muchas veces inútiles en el incierto juego de la guerra, rechazan frecuentemente con desprecio las ciencias y las artes y reunen en un solo individuo la posesion de innumerables provincias, las mas de las veces separadas por diferentes intereses, y que tienden á desunirse para convertirse de buen grado en pequeñas y débiles, ó á oprimir la autoridad vecina para hacer de ella un obediente esclavo.

En presencia de tales consideraciones, el que no toma nada á nadie, el que puede dar á todos (¿pues hay acaso mas rico presente que el reposo y la paz?) el que aconseja con dulzura y el que en caso necesario reprime con imprevista fuerza, debe ocupar un lugar honroso entre los hombres; y cuando este personaje es el gefe altamente reconocido de la religion ver-

dadera , cuantos tesoros de razonados consejos , de clemencia y de luces , puede derramar entre los que no ven ! pues todos los hombres que se disputan, están cegados por la pasion, por la cólera , por el murmullo de las preocupaciones , de intereses encontrados , de baja codicia , que alimentan á su alrededor con cierto placer.

Reconocido tal estado de dolor, de mala inteligencia y aun de anarquía, examinemos, en presencia de los hechos, los deberes que las circunstancias prescribian al pontífice cuya historia vamos á trazar, y los medios de que se vali6 para cumplirlos ; no alabaremos con exageracion, ni censuraremos por sistema, siendo la base de nuestras apreciaciones la siguiente consideracion política: desde el año 1073 al 1086, no rein6 únicamente san Gregorio VII, sino que con él imper6 el espíritu de reaccion de la moral vilipendiada contra la dignidad de conducta impuesta á los eclesiásticos y á los reyes (1), la voz unánime de los pueblos para condenar los malos ejem-

(1) He aquí lo que decia el contemporáneo Pedro Damian , con motivo de las violencias de la época : « El mundo se precipita con furor en el abismo de todos los vicios, y cuanto mas se acerca á su fin , mas crece la enorme masa de sus crímenes ; la disciplina eclesiástica está universalmente relajada ; los santos cánones son despreciados, y el ardor que debería mostrarse en servicio de Dios, se emplea únicamente en correr tras de los bienes terrenos. El órden legitimo de los matrimonios está confundido y con vergüenza del nombre cristiano , vívese en el mundo á la manera de los Judíos..... Hace ya mucho tiempo que hemos renunciado á todas las virtudes y que la peste de las iniquidades todas, nos ha inundado como una erupcion impetuosa (*omniumque perversitatum pestes, velut impetu facto, seraliter emergerunt. Epist., lib. II, cap. I, y lib. IV, cap. IX*). El mundo se asemeja al mar agitado por la tempestad..... Las iglesias sufren tan horrendas calamidades que se ven como cercadas por los ejércitos de Babilonia , como Jerusalem sitiada con todos sus habitantes, los seculares se apoderan de los derechos de la Iglesia, usurpan sus rentas, invaden sus posesiones, se apoderan de los bienes de los pobres , como de los despojos de sus enemigos..... En nuestros días es el mundo un teatro de *intemperancia, de codicia y de libertinage*; y así como el universo se hallaba antiguamente dividido de modo que obedecia á tres príncipes, del mismo modo el género humano (¡ó dolor!) tiende su cuello servil á tres vicios, y les está vilmente sometido como á las leyes de otros tantos tiranos.» Estas palabras están sacadas de la obra de M. Aurelio de Courson (*Hist. de los pueblos bretones*, tomo II, p. 164), el cual, ardiente defensor del catolicismo, continúa en estos términos : « Tan deplorables desórdenes hacian necesaria

plos y la codicia suplantada al honor y á los delicados sentimientos; en una palabra, observóse una aspiracion casi universal para reproducir las virtudes de la primitiva Iglesia, oyóse un clamor general contra los usurpadores, los simoniacos y los ofuscadores de la gloria apostólica, quienes no disputando ya sobre las naturalezas distintas ó separadas que pretendian encontrar en Jesucristo, y creyendo casi el mismo símbolo, creian desgarrando á la Iglesia, creian violando sus derechos, y no se apercebían de que casi debían echarse á menos las heregías y el reinado de los retóricos y de las inteligencias pervertidas, que los defensores de la doctrina romana, aquellos que pueden llamarse *animi dites* (Tibulo) refutaban y reducían de tiempo en tiempo al silencio. Aquellos hombres que abusaban de la inteligencia no hacían mas que reproducir destruidos argumentos, que intentar dar vida á Marcian, á Arrio, á Eutiches y á otros cuya memoria se perdía ya, bajo los nombres de Severo, de Prisciliano y de Apolinario. Bossuet nos manifiesta aquí una senda que conduce al conocimiento de una de las mayores glorias de la *grande Iglesia*: nuestros enemigos pretendían resucitar muertos que no podían revivir, y cuidaban de no nombrar á los primeros que levantaron el estandarte de la rebelion, llevando la *mitra rebelde* (1), al paso que los nuestros siempre con el mismo ejército, con

la influencia del clero en el orden temporal; príncipes y pueblos sentían la necesidad de colocarse bajo la tutela de aquella clase que por sus luces y virtudes, ejercía en la sociedad mayor autoridad, siendo en cierto modo el único sosten del orden público. Los reyes amenazados sin cesar por las rebeliones de sus grandes vasallos, esforzábanse cuanto les era dable, en aumentar el poder del clero, pues según los principios del cristianismo los príncipes son las imágenes de Dios en la tierra y los depositarios de su autoridad, doctrina cuya predicacion entre pueblos llenos de fuerza que no reconocían mas freno que el de la religion (Bernardi, *del origen de la legislacion francesa*) era en la edad media la única salvaguardia de las coronas. Los Carlovingios se hallaban tan convencidos de la necesidad de esta intervencion del clero en los negocios temporales, que puede decirse sin temor de exagerar, que la principal combinacion de su política, fué multiplicar los señorios eclesiásticos en las partes del imperio mas difíciles de sujetar.» M. de Courson id. pag. 165. Esto debe tenerse muy presente al leer la historia de Gregorio VII.

(1) De Maistre, *Del Papa*, 2 tomos en 8.º, Lyon, 1856, tomo I, pag 79.

pendones en que se leía: *san Ambrosio, san Agustín, san Atanasio*, no tomando mas que estos pocos nombres en la primera letra del alfabeto católico, combatian á pretados, ordenados y sin perder un solo hombre. La controversia parecia agotada, nada quedaba por decir, cuando un inteligente copista en defecto de los generales que raras veces han faltado, consiguió una notable victoria, por medio de citas análogas al punto de la cuestion, de recuerdos diseminados por las bibliotecas y de tradiciones que recibieran un asilo en la memoria de todos.

Las fuerzas humanas son debilitadas por la fiebre, y entonces vemos siempre igual agitacion, igual fuego, iguales estremecimientos; pues bien; hay plantas que son siempre las mismas, que alejan la agitacion, que estinguen el fuego y que calman los estremecimientos.

Volvamos ahora á nuestro solemne objeto.

Gregorio VII, llamado primeramente Hildebrando, nacido en Soane, ciudad de Toscana, era hijo (1) de Benzon, de la ilustre familia de los Aldobrandeschi, una de las mas poderosas de Sienna y poseedora de muchas villas y castillos.

Otros autores pretenden que Hildebrando fué hijo de un carpintero de la misma ciudad de Soane, pero es lo cierto que entró desde muy jóven en el monasterio de benedictinos, donde adquirió por su laboriosidad la reputacion de uno de los religiosos mas sabios de aquel tiempo, siendo tantos sus méritos, que Leon IX, benedictino como él, le nombró subdiácono de la Iglesia romana (2). Victor II, tambien benedictino, quiso honrar al que era ornamento de su órden, nombrándole legado en la capital de Francia, y Nicolas II que supo apreciar la habilidad, la elocuencia, y la erudicion eclesiástica del religioso de Soane, creóle en 1059 cardenal arcediano de santa María *in Dominica*. Para que elevacion tan justa fuese unánime y de buen agüero para los intereses del catolicismo, Alejandro II nombró al cardenal Hildebrando vice-canciller de la santa Iglesia romana en 1061, y finalmente, mientras se celebraban en la basílica Leteranense los funerales de aquel papa, clero y

(1) Novaes II, 267.

(2) Novaes II, 268.

pueblo proclamaron pontífice á Hildebrando, reuniéndose los cardenales para confirmar esta elección. Hildebrando era el único que á ella se oponía, y conocida es la carta que escribió con este motivo, inserta en la colección de Labbe, t. X, col. 6, pág. 7. Hildebrando contaba entonces sesenta años.

Novaes dice que Gregorio se apresuró á participar al *emperador* (1) semejante nombramiento, no pidiendo su confirmación, pues tal abuso había cesado desde la elección de su antecesor, sino para que se opusiese á ella sin pérdida de momento.

Antes de pasar adelante, conviene observar que Gregorio no pudo dirigirse al emperador, pues no lo había en aquel entonces, é Inés, emperatriz, viuda del emperador Enrique III, gobernaba el imperio en cuanto se lo permitían los arrebatos de Enrique IV, simplemente *rey de Germania*; Inés no era emperatriz titular y por consiguiente no poseía los derechos bien ó mal fundados que el *emperador* podía ejercer en Roma en las elecciones pontificias, de modo que Novaes se equivocó en este punto, lo mismo que Feller y otros varios historiadores. Una simple nota de la excelente obra de que somos deudores á uno de los hombres mas piadosos y sabios de nuestra época, á M. Gosselin, director del seminario de san Sulpicio (2) bastará para ilustrar del todo semejante materia: dice el referido escritor (pág. 434): «Segun la costumbre y el derecho público de Alemania, la elección hecha por los nobles alemanes de la persona de rey de Germania, no confería á este, propiamente hablando, la dignidad imperial, no pudiendo tomar el título de emperador hasta despues de haber sido reconocido y coronado por el papa, formalidad que no se cumplió por lo que toca á Enrique, puesto que no fué coronado por un papa legítimo y solo si por el antipapa Guilbert que se había dado el nombre de Clemente III. Enrique no era pues *emperador* propiamente dicho, sino únicamente *rey de Germania y emperador electo*, y en este sentido dicen los señores sajones que *Roma no le confirió su dignidad real.*»

(1) Novaes II, 269.

(2) *Poder del Papa en la edad media*, en 8.º Paris, 1845; segunda edic.

Volviendo á nuestra relacion, el rey Enrique IV comisionó á Gregorio, obispo de Verceil, para asistir á la consagracion del papa Gregorio VII.

El nuevo elegido fué ordenado de presbítero en la basilica de Letran y consagrado en el Vaticano en 29 de junio de 1073; primer papa que siendo solo diácono, recibió acto continuo las órdenes superiores; Hildebrando tomó el nombre de Gregorio en memoria de Gregorio VI que habia sido su maestro.

El nuevo pontífice aplicó sus primeros cuidados á la estincion de la simonía y de la heregía de los nicolaitas, naciendo de aqui la funesta querella, que duró mas de cuarenta años, entre el sacerdocio y el imperio.

Enrique, rey de Germania, *emperador electo*, pero no *emperador coronado*, pretendia dar la investidura á los obispos, entregándoles el anillo y el báculo (1), y Gregorio resolvió estirpar este abuso, que los partidarios de los emperadores conocian con el nombre de *regalias*.

El papa, apoyado en la autoridad de los antiguos pontífices y en los sagrados cánones, mandó en un concilio convocado en Roma en 1074, para oponerse al escándalo dado por los nicolaitas y de que se habia hecho tambien culpable el clero de Milan, que clérigo alguno pudiese tomar esposa; que el sacramento del orden se confiriese únicamente á los que profesasen un celibato perpétuo, y que nadie asistiera á la misa celebrada por un sacerdote casado (2).

Cuando en medio de los grandes acontecimientos que debe referir, encuentra el historiador un documento, con cuyo auxilio puédesse venir en conocimiento de los íntimos y secretos sentimientos del principal personage que en ellos figura, el hallazgo de tan irrecusable confidencia arroja en su relacion una luz viva é innegable. Así sucede con la carta que de Gregorio poseemos, dirigida á Hugo, abad de Cluny, en la cual el pontífice abre su corazon á un amigo, y le habla con tierna confianza; dice así:

(1) Noyes II., 270.

(2) Epistola á Othon, obispo de Constanza. Labbe, tomo X: Concil., col. 316. Véase tambien á Baronio, *ad annum 1074*, n. 40.

« Quisiera que comprendieseis (1) todo el peso de las tribulaciones que me agobian, de los trabajos sin cesar renacientes que me oprimen, y muchas veces he pedido al divino Salvador que me arrebatase de este mundo, ó que me permitiera ser útil á nuestra madre comun. A la vista de la Iglesia de Oriente, separada de la fé católica por el espíritu de tinieblas, apodérase de mi alma un indecible dolor, una estremada tristeza, y si dirijo mis miradas al Occidente, al Mediodía y al Septentrion, descubro apenas á algunos obispos, que hayan entrado en el episcopado por vias canónicas, que vivan como tales, y que gobiernen su grey con espíritu de caridad, y no con el despótico orgullo de los potentados de la tierra. Entre los príncipes seculares, á ninguno conozco que prefiera la gloria de Dios á la suya propia, y la justicia al interés, y en cuanto á aquellos, entre quienes vivo, romanos, lombardos y normandos, les creo á veces peores que judíos y gentiles. Finalmente, cuando me examino á mí mismo, encuéntrome de tal modo agobiado bajo el peso de mis propias acciones, que no veo mas esperanza de salvacion que la misericordia de Jesucristo, tanto que, si no creyese en una vida mejor y en la posibilidad de ser útil á la Iglesia, Dios es testigo de que abandonaria esta ciudad, en la que me hallo como encadenado. Dividido entre el dolor que cada dia me asalta y una esperanza, por desgracia, muy lejana, me veo azotado por mil tempestades, y mi vida no es mas que una continua agonía.»

En un segundo concilio, reunido durante la Cuaresma de 1075, decretóse que el que, mediante un presente, hubiese recibido algun grado ú oficio en las órdenes sagradas, no pudiese ejercer su ministerio en las iglesias, y que cuantos recibiesen de manos legas la investidura de una iglesia, fuesen escomulgados, lo mismo que los legos que la hubiesen conferido.

El rey Enrique irritóse profundamente al tener noticia de semejantes disposiciones (2), y al notificarle Gregorio el de-

(1) Tomamos esta carta de la *Historia del papa Gregorio VII y de su siglo*, de J. Voigt, traducida por el abate Jäger; en 8.º Paris 1842.

(2) Novaes, II, 271.

creto y su resolución de ser obedecido, determinó vengarse de lo que llamaba un insulto hecho á su autoridad, y preparando en secreto una conspiracion contra la vida del papa, escitó á la rebelion á varios obispos y eclesiásticos alemanes, designados en el decreto del concilio, como entregados habitualmente á la simonía y á la incontinencia. Al furor del rey, limitóse Gregorio á contestar, que al ser encargado, á su llegada á Italia, de la administracion de varios conventos, habia restablecido en ellos el órden y la regularidad, y que nombrado papa (1), era su deber fijar su atencion y dirigir sus consejos allí donde veia el mal. Segun se asegura, muchos de los clérigos acusados preguntaron, si se trataba de exigir de ellos una vida angélica, y dijeron preferir renunciar al sacerdocio antes que á sus mugeres. ¡O vergonzosos tiempos, malditos por Dios!

Antes de continuar esta narracion, debemos grabar de un modo indeleble en el ánimo de los lectores, que estamos refiriendo escenas de la edad media, y que no deben separarse de los sucesos de aquel tiempo las circunstancias en que se habia hallado la santa sede hacia ocho siglos (2), ni las discordias civiles en las que se atentó contra la vida del papa, ni el odioso cinismo de los disidentes y la consoladora fidelidad del resto de la cristiandad, ni las escitaciones de los que podian echar á menos la autoridad imperial, ni finalmente, el

(1) *Italia*, pág. 71.

(2) « La Iglesia, dice un célebre autor (*Historia general de la civilizacion Europea*, 5.^a edicion, pág. 86-90), era una sociedad regularmente constituida, con sus principios, su regla y su disciplina, que experimentaba una imperiosa necesidad de extender su influencia, de conquistar á sus conquistadores..... Jamás sociedad alguna ha hecho para obrar á su alrededor y asimilarse el mundo exterior, tantos esfuerzos como la Iglesia cristiana desde el siglo quinto al nono..... Atacó en cierto modo á la barbarie por sus dos extremos, para civilizarla dominándola. » Para expresar completamente la idea que enjendran estas palabras *sus dos extremos* (pensamiento tan enérgico como original) quizás hubiera tenido que decirse: « desde el siglo quinto al undécimo; » pues que se hace en la suposicion del autor que se limita á decir: « del siglo quinto al nono, » de aquel siglo décimo, llamado tan justamente por Baronio *siglo de hierro, de plomo y de tinieblas*? Sin embargo, aun deteniéndose en el siglo nono, las palabras del profundo escritor no dejan de pintar el conjunto de los siglos bárbaros.

indomable carácter de un reformador, ofendido en sus miras de buen orden y de regular disciplina.

Gregorio VII envió legados al rey , pidiéndole que se presentase en Roma , con definitiva amenaza de excomunion , en caso de no cumplirlo ; al saber que se ha formado en la misma Roma una conspiracion bajo los auspicios de los embajadores del rey , redobla sus instancias , y Enrique se resuelve por fin á dar esplicaciones satisfactorias por lo que toca á los desórdenes del clero , prometiendo extirpar los abusos de simonía , pero al mismo tiempo manda á los conspiradores dar cima á su fatal empresa.

En la noche de Navidad de 1075, Quincio , hijo del prefecto de Roma , precipitase , seguido de sus soldados , contra el papa Gregorio VII , que celebraba tranquilamente el santo sacrificio en el altar mayor de Santa María la Mayor , reproduciendo los cómplices de Enrique los tiempos de Constancio II, y escitando la ira de un segundo Calliopas ; el pontífice , gravemente herido , es despojado de sus hábitos pontificales , y recibe la orden de darse á prision , y , elevando noblemente su frente , sigue , sin proferir una palabra á los asesinos que le precedian. Sin embargo , no debia suceder con Gregorio lo mismo que con Martin , y fiel el pueblo á su soberano , toma las armas , al saber tamaña violencia , y corre á libertarle ; en breve invade la multitud la torre que servia de cárcel á Gregorio , y marchando despues en busca del asesino Quincio , le presenta ante el papa , y le obliga á pedir perdon de su odioso crimen. Gregorio perdonó , y solo impuso al culpable la penitencia de marchar en peregrinacion á Jerusalem , volviendo luego á Santa María la Mayor , donde tuvo valor suficiente para empezar de nuevo el santo sacrificio , y como si hubiese olvidado la escena de que habia sido víctima (1) , rezó con voz tranquila , y en medio de un enternecimiento general dió la bendicion á sus libertadores.

Mas afortunado que el siglo décimo , que entre tantos y tantos delitos , solo habia presenciado virtudes solitarias , el siglo undécimo , sin cesar de ser testigo de horribles atenta-

(1) Novaes , II , 72.

dos, vé brillar grandes caractéres, dignos de la admiracion de las épocas mas honrosas para la humanidad (1).

Gregorio tenia por principio invariable obrar primeramente con dulzura. «Nadie, decia, se eleva de un salto al primer puesto; los grandes edificios solo poco á poco se construyen (2).»

Seguro de su fuerza, quiere deber su triunfo á la persuacion, y trata por todos los medios posibles de hacerse propicio el ánimo de Enrique; mas los excesos á que se entrega este príncipe llevan impreso tal carácter de abominacion, que sus súbditos todos, y especialmente los grandes, se rebelan contra él, y en 1076 reúne Gregorio un concilio, que pronuncia la excomunion del rey, con todas las consecuencias terribles que arrastraba consigo.

La historia debe recordar que varios emperadores de Oriente habian sido ya escomulgados por otros papas anteriores; Arcadio lo fué por Inocencio I, Anastasio por san Simmaco, y Leon el Isáurico por Gregorio II y Gregorio III.

El mismo decreto del concilio espresaba que el trono de que Enrique habia sido depuesto, pertenecia á Rodolfo, duque de Suavia, nombrado ya rey de Germania por los electores del imperio.

Enfurecido Enrique al leer las actas del concilio, tuvo la audacia de escribir al papa la siguiente carta.

«Enrique, por la gracia de Dios, á Hildebrando.

«Cuando esperaba de vos un tratamiento de padre, y os obedecia en todo con gran descontento de mis súbditos, he sabido que obrabais como mi mayor enemigo: me habeis privado del respeto que me era debido por vuestra sede, habeis intentado con malos artificios, enagenar de mi dominio el reino de Italia; no habeis vacilado en poner la mano sobre los obispos y en tratarles indignamente. Mi piedad disimula-

(1) Entre los jóvenes guerreros que servian bajo las banderas de Enrique IV, no podemos pasar en silencio á uno de sus parientes, que adquiria entonces una deplorable gloria; cuando le volveremos á encontrar, será..... *Il Capitano.*

Che l' gran sepolcro liberò di Cristo.

(2) *Ep.*, II, 45.

ba tales escesos, y tomando mi paciencia por debilidad, os atravisteis á intimarme que moririais (1) ó me quitariais la vida y el reino; para reprimir semejante insolencia, no con palabras sino con obras, reuní, accediendo á sus ruegos, á todos los señores de mi reino, y entonces se ha descubierto lo que el temor hacia antes callar, probándose como lo vereis en sus cartas que no os es dable permanecer en la santa sede; su opinion que me ha parecido justa, ha sido tambien la mia, y asi es que os renuncio por papa y os mando en calidad de patricio de Roma, que dejeis espedida la sede pontificia (2).

«Tal es la carta que dirigimos al monge Hildebrando y que os enviamos á fin de que os sea conocida nuestra voluntad, y de que vuestro amor haga lo que nos debe, ó mejor lo que debe á Dios y á nos. Levantaos pues contra él, mis fieles súbditos; y que el que mas fiel me sea, sea el primero en condenarle! No os encargamos derramar su sangre (3) porque segun su propio dicho, la vida le será mas cruel que la muerte; mas obligadle si, á descender si no lo hace de buen grado, y sentad en la sede apostólica á otro elegido por nos, de acuerdo con los obispos, que pueda y quiera curar las heridas que este ha causado á la Iglesia.»

Un clérigo de Parma, llamado Rolando, fué el encargado de llevar á Roma dicha carta y los demas decretos del concilio; para recibirle se convocó un sínodo en la Iglesia de Letran (4), ocupando el papa un elevado trono. Introducido Rolando en la asamblea, anunció ser enviado por el rey de Alemania y dirigiéndose al pontífice, le dijo: «El rey mi señor, y los obispos ultramontanos é italianos, os mandan renunciar inmediatamente al trono de san Pedro y al gobierno de la Iglesia romana que habeis usurpado; pues no es justo

(1) Pablo Bernried (*Vida de Gregorio VII*) dice al hablar de esta carta estar llena de falsedades.

(2) Los *Patricios de Roma* se hallaban muy lejanos de los tiempos en que Enrique se espresaba en estos términos y reclamaba este título.

(3) Enrique olvidaba que Quincio dió orden de asesinar al papa, y que este despues de ser socorrido, bendijo á sus libertadores con una mano envuelta en algunos trozos de un alba desgarrada en el acto para contener la sangre.

(4) Voigt, pag. 373.

haberos elevado á tan eminente dignidad , sin la aprobacion de los obispos y sin la confirmacion *imperial* (1) » Y volviéndose hácia el clero continuó asi : « Hermanos míos , tengo que anunciaros que debeis presentaros al rey durante las próximas fiestas de Pentecostes , para recibir un papa de su mano , puesto que este ha sido reconocido no por un pontífice sino por un lobo devorador.»

Al escuchar tales palabras , levantóse fuera de si Juan , obispo de Porto y exclamó : « Prendedle ! » en cuyo momento se arrojaron sobre el miserable el nuevo prefecto de Roma y otros nobles con las espadas desnudas y habríanle dado muerte , si el papa , descendiendo de su trono , no le hubiese salvado la vida. Gregorio procuró tranquilizar los ánimos , recomendó la moderacion en la ira y pronunció estas notables palabras : « Hijos míos , no turbeis la paz de la Iglesia ; llegados son los tiempos de que habla la escritura , tiempos en que habrá hombres amadores de sí mismos , codiciosos , altivos , soberbios y desobedientes á sus padres (2) ; preciso es que , haya escándalos , y el Señor ha dicho enviarnos como corderos en medio de los lobos. Debemos tener la dulzura de la paloma con la prudencia de la serpiente... debemos no aborrecer á nadie y soportar á los insensatos que pretenden violar la ley de Dios... Bastante tiempo hemos vivido en paz , y Dios quiere regar las mieses con la sangre de los santos ; preparémonos pues para sufrir si es necesario , el martirio por la ley de Dios , y nada alcance separarnos de la caridad de Jesucristo.»

Antes de la eleccion de Rodolfo , Gregorio habia manifestado su intencion de marchar á Alemania , mientras que por su parte el rey Enrique prometia dirigirse á Italia ; el papa salió pues de Roma con la escolta que le diera la condesa Matilde , condesa de Toscana , hija de Bonifacio , marques de Toscana ; su marcha fué una continuada ovacion (3) , y llegó á Verceil rodeado de su numeroso y brillante acompañamien-

(1) Propiamente hablando solo podia decirse *real*.

(2) Timoteo , III , 1.

(3) *Historia de Gregorio VII* , de Voigt , traducida por M. Jager , pag. 418.

to. Temíase generalmente ver comparecer á Enrique al frente de su ejército, mas apesar de que no sucedió así, creyó el papa conveniente retirarse en la fortaleza de Canossa, propia de la condesa Matilde, poniéndose de este modo al abrigo de toda violencia.

Enrique habia pasado dos meses en Spira en triste y profunda soledad; el peso de la excomunion le agobiaba, y cansado de aquel estado de incertidumbre, concibió, siempre falso é hipócrita, la idea de engañar al papa con aparente piedad, y de satisfacer sus exigencias por medio de una corta humillacion, cumpliendo así con lo prescrito en el decreto de excomunion, en el que se prevenia que podria ser levantada si el rey comparecia delante del pontífice antes de trascurrir un año, desde el dia en que fué fulminada. El invierno era en aquel año estremadamente riguroso, y despues de correr mil peligros, el rey y su esposa Berta llegaron á Turin y luego á Placencia, anunciando el príncipe su resolucion de dirigirse á Canossa por Reggio.

La condesa Matilde (1) salió á recibirle, acompañada de Hugo, abad de Cluny, intentando restablecer la buena armonía entre el pontífice y el rey, y como Gregorio manifestase deseos de que el príncipe volviese á Augsburgo para ser juzgado por la dieta, los enviados del rey contestaron: «Enrique no teme un juicio, pues le consta que el papa protegerá la justicia y la inocencia; mas se acerca el dia aniversario de la excomunion, y si esta no es levantada, perderá el rey, en virtud de las leyes del país, sus derechos á la corona (2). El príncipe suplica pues humildemente á su santidad que levante el entre-

(1) Véase la *Historia de Gregorio VII* etc., citada anteriormente.

(2) He aquí una excelente nota de M. Jäger acerca de este punto: «Vemos aquí una irrecusable prueba del efecto de la excomunion, la que segun el derecho público vigente en aquella época, llevaba consigo la deposicion, cuando el que la sufría no se habia reconciliado con la Iglesia en el espacio de un año. Así nos lo dice espresamente el historiador Lambert; *Ut si ante hanc diem excommunicatione non absolvatur, deinceps, JUSTA PALATINAS LEGES, indignus regio honore habeatur.*» A lo que nosotros añadimos: el indigno de ser rey es incapaz de conservar el título de *emperador electo*, y por consiguiente Enrique no era *rey ni emperador electo*.

dicho, y que de nuevo le abra las puertas de la comunión de la Iglesia, hallándose pronto á dar la satisfaccion que el papa tenga á bien exigir; á presentarse allí donde se le ordene; á contestar á sus acusadores, y á conformarse en un todo con la decision del gefe de la Iglesia.»

M. Voigt, de quien tomamos estos detalles, continua así:

«Dado á Enrique el permiso de presentarse, no tardó en comparecer delante de la fortaleza; esta constaba de tres recintos, é introducido en el segundo, quedóse su comitiva fuera del primero; despojado de las insignias reales, nada anunciaba su rango, y durante todo el dia esperó con los piés desnudos, cubierto con un hábito de penitencia, y ayunando desde la mañana hasta la noche, la sentencia del Sumo pontífice; así esperó un segundo y un tercero dia, hasta que Matilde intercedió cerca del papa en favor de Enrique, y fijáronse las condiciones del tratado. El príncipe prometió satisfacer las quejas que sus súbditos habian elevado contra él, y prestó un juramento, citado íntegro por M. Voigt (1), lo mismo que los fiadores, hecho lo cual, el pontífice le dió la bendicion y la paz apostólica, y celebró la misa. Despues de la consagracion, hizo que se acercase al altar con todos los asistentes, y sosteniendo la hostia consagrada, dijo al rey: «Hemos recibido de vos y de algunos de vuestro partido cartas en que nos acusais de haber usurpado la santa sede por simonía, y de haber cometido, así durante nuestro pontificado como despues, crímenes que segun los cánones, nos vedaban el ingreso en las sagradas órdenes.»

«Aun cuando podamos justificarnos por medio del testimonio de los que saben como hemos vivido desde nuestra infancia, y que han sido autores de nuestra promocion á la dignidad episcopal; sin embargo, para evitar toda clase de escándalo, apelamos al juicio de Dios y no al juicio de los hombres, queriendo que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo que vamos á tomar, sea una prueba de nuestra inocencia; á este fin, rogamos al Todopoderoso que desvanezca toda duda

(1) Pag. 431.

si somos inocente y que nos haga morir de repente si somos culpable.»

Volviéndose en seguida hácia el rey, Gregorio tomó de nuevo la palabra y dijo: « Ahora , querido hijo, haced lo mismo que nos habeis visto hacer ; los príncipes alemanes no han cesado de acusaros ante nos de muchos crímenes , por los cuales pretenden aquellos señores que debe seros prohibido durante vuestra vida, no solo todo cargo público de soberanía, sino tambien la comunión eclesiástica y todo comercio en la vida civil ; piden con instancia que seais juzgado , y no ignorais la fragilidad de los juicios humanos; haced pues lo que os aconsejamos y si os sentis inocente , librad á la Iglesia de semejante escándalo y á vos mismo de tamaño peso. Tomad la otra parte de la hostia , á fin de que esta prueba de vuestra inocencia , cierre la boca á vuestros enemigos y nos escite á ser vuestro mas ardiente defensor para reconciliaros con los príncipes y terminar para siempre la guerra civil.»

Estas imprevistas palabras llenaron de admiracion al rey, y retirándose aparte con sus confidentes , deliberó temblando como podria evitar tan terrible prueba (1); hasta que habiendo recobrado su sangre fria, dijo al papa , que hallándose ausentes la mayor parte de los señores que le habian permanecido fieles , lo mismo que sus acusadores, darian muy poca fe á lo que hubiese practicado sin ellos para su justificacion ; por lo cual, pedia que se aplazase la prueba para el dia de la dieta general , en lo que Gregorio consintió.

Terminada la misa , el pontífice invitó al rey á comer, tratóle con grandes consideraciones , y le envió en paz á su séquito , que permanecia fuera del castillo ; estos nobles acogieron muy mal á Enrique , y , segun las pruebas aducidas por M. Voigt , Enrique no tardó en asustarse al ver tal reprobacion, nacida de un sentimiento de complicidad ofendida, y de ambiciosas miras que se creian frustradas , despues de la victoria conseguida por Gregorio.

Enrique , viéndose acusado de debilidad , creyó necesario librarse de tales tormentos por medio de un perjurio , y trató

(1) Voigt , pag 433.

de atraer á un lazo á Gregorio y á Matilde; advertidos estos por amigos fieles, no fueron, como se había convenido, al encuentro del rey, y esta nueva injuria determinó á Gregorio á suspender su marcha para la dieta de Augsburgo.

Nadie, ni la piadosa princesa Matilde, se atrevió entonces á hablar de reconciliacion.

En 1080, reunió Enrique en Brescia un *concilio* de los obispos que seguían su bando, hizo elegir papa á Guiberto, arzobispo de Rávena, enemigo declarado de Gregorio, y depuso á este, á pesar de ser reconocido como papa legítimo por la universalidad del catolicismo, esceptuando á los obispos rebelados bajo la direccion de Enrique. Al saberlo, convocó Gregorio un concilio regular en la ciudad de Roma, y en el mismo año 1080, escomulgó de nuevo á Enrique, y especialmente al antipapa, al cual no quiso jamás absolver.

Entonces nació un cisma, llamado de los *Enriquistas*, quienes, á pesar de ser condenados por varios concilios, afirmaban que el emperador debía ejercer la primera autoridad en la eleccion de los pontífices y obispos, que solo podia considerarse como legítimo pontífice, ó legítimo obispo el elegido por el *emperador* ó por el *rey de Germania* (1), y que no producía el menor efecto la escomunion contra los reyes. Este cisma terminó durante el pontificado de Calixto II, en 1120.

De las turbulencias ocurridas durante los reinados de Enrique IV y de Enrique V, nació la costumbre de enviar á Roma embajadores de obediencia (2).

En aquella época, Su Santidad escomulgó tambien á Boleslao, rey de Polonia, convicto de haber asesinado á san Boleslao, obispo de Cracovia, y Demetrio, rey de Rusia, declaró sus estados tributarios de la santa sede, á ejemplo, segun observa Muratori, de lo que habian hecho muchos otros príncipes (3).

(1) Los *enriquistas* añadieron estas palabras, convencidos de que segun el derecho público de la época, que pretendian modificar á su modo, un rey de Germania no era igual á un emperador.

(2) Sobre este hecho tenemos una disertacion de Crutian Gottlieb Buder, impresa en Jena en 1757.

(3) Serip. rer. Ital. tomo III, 567.

Berenguer, que llevaba en Francia una vida infeliz y miserable, pidió á Gregorio el permiso de abjurar por cuarta vez, y lo obtuvo, muriendo por fin penitente en 1088.

Gregorio recibió entonces, como feudos de la Iglesia, la Toscana y la Lombardia, que le fueron dados por la condesa Matilde, confirmando la misma esta donacion en 1102, durante el pontificado de Pascual II.

Las acciones de aquella grande heroína católica, que mereció bien de la Iglesia, fueron referidas por el célebre Francisco María Fiorentini, médico del papa Urbano VIII, é impresas en Luca en 1642; el mérito de esta obra ha sido celebrado por el cardenal Sforza Pallavicini, por Cosme della Rena, por el cardenal Bona, por Lucas Holstenio, por Antonio Pagi, por Cárlos du Cange, por Luis Antonio Muratori, por Godofredo Guillermo Leibnitz, por el padre Andrés Rota, y por cuantos han tenido ocasion de hablar en sus escritos de la piadosa hija de Bonifacio, marqués de Toscana. Los enemigos de la santa sede la han acusado de relaciones harto estrechas (1) con Gregorio VII, mas la virtud de este papa y la de Matilde han demostrado lo calumnioso de este cargo á todos los historiadores equitativos, sin que ningun hecho, ni siquiera indicio, haya convertido aquellas sospechas en probabilidades. La realidad de la donacion de la condesa Matilde jamás ha sido puesta en duda, siendo uno de los mas auténticos títulos reclamados por los papas, si bien fué despues un motivo de contienda. Matilde, cuyos estados conviene enumerar, poseia la Toscana, Mantua, Parma, Reggio, Placencia, Ferrara, Módena, una parte de la Umbria, el ducado de Spoleto, Verona, y casi todo el territorio llamado en el dia *patrimonio de San Pedro*, desde Viterbo hasta á Orvieto, con parte de la marca de Ancona, y al querer tomar Pascual II posesion de estos estados, Enrique IV se opuso á ello, pretendiendo que muchos de los feudos dados por la condesa, eran dependientes de la autoridad imperial: estas pretensiones fueron un nuevo motivo de guerra entre el pontificado y el imperio, de-

(1) Feller, IV, 578.

biendo por último ceder á la santa sede gran parte de la herencia de Matilde (1).

Gregorio, siguiendo el ejemplo de Alejandro II, renovó con buen éxito las negociaciones, para que Alfonso VI introdujese el rito romano en España, que solo conocia el rito *gótico*, llamado así, por haber sido introducido por los reyes godos; dicho rito fué mantenido en seis parroquias de Toledo por respeto á su antigüedad.

Enrique continuó persiguiendo á Gregorio, á quien sitió varias veces en Roma; socorrido el papa por Roberto Guiscard, rechazó á Enrique, mas este se presentó de nuevo con mayores fuerzas, y el pontífice se vió obligado á retirarse á Salerno, donde murió en 25 de mayo de 1085, agobiado de dolores, de fatigas y de achaques, despues de proferir estas palabras: « Hemos amado la justicia y aborrecido la iniquidad; por esto morimos desterrado. » Gregorio gobernó, mostrándose siempre intrépido defensor de la libertad eclesiástica, por espacio de doce años, un mes y cuatro dias.

A causa de las tribulaciones que pesaron sobre este santo pontífice, los bollandistas aseguran (tomo VI, junio, p. 197), que murió *mártir y confesor*; enterrado en la catedral de Salerno, su cuerpo fué hallado milagrosamente conservado y cubierto aun con las insignias pontificias en 1573, por el arzobispo Marsigli Colonna, el cual en 1578, mandó escribir sobre su sepulcro un epitafio que se lee en la *Biblot. pontific.* del padre Jacob. En 1728, el papa Benedicto XIII dispuso celebrar en toda la Iglesia el oficio de este santo, oficio que fué prohibido en Francia en 1729, y en Flandes en 1730, si bien en ambos países está admitido el martirologio romano, en el cual se incluyó en 1584, por órden de Gregorio XIII, el nombre de Gregorio VII en el dia 25 de mayo.

Séanos permitido adicionar con algunas reflexiones tan memorable pontificado.

M. Jager dice justamente que en su ep. IX, 21, Gregorio

(1) *Memoria della gran contessa Matilda, etc, da Gian-Dominico, Mansi, della congregazione della Madre di Dio.* Luca 1756. Otras muchas obras tratan de tan importante asunto.

espresó la única idea que ocupó su génio, durante toda su vida. « No queremos otra cosa , sino que los impíos se enmenden y vuelvan á su Criador ; nuestro único deseo , es que la Iglesia , oprimida y atacada en toda la superficie del universo , recobre su antiguo esplendor y solidez ; nuestro único objeto es que Dios sea glorificado en nosotros , y nosotros con nuestros hermanos , aun los que nos persiguen , á fin de que todos alcancemos la vida eterna. Valor , pues , esperad y fijad vuestros ojos en el estandarte del Rey eterno , desde donde nos dice : *Solo en vuestra paciencia poscereis vuestras almas.* (Luc. II). »

M. Voigt juzga en estos términos á Gregorio :

« Cuando un hombre se muestra grande , noble , elevado en el seno de la prosperidad , el mundo le honra , le venera , le admira , y si su estrella brilla durante toda su carrera hasta el momento de su muerte , su nombre es trasmitido á la posteridad.

« Sin embargo , aun cuando no termine su obra , aun cuando la muerte le sorprenda en medio de sus trabajos , consideramos su carrera como consumada , supliendo nuestra imaginacion á cuanto le quedaba por hacer ; mas cuando un hombre , lanzado en medio del tumulto y del desórden , espuesto á las vicisitudes de la buena y de la adversa fortuna , resiste con firmeza , y fuerte con su conciencia , animado por su fé y sus convicciones , permanece tranquilo é indiferente , sufre con resignacion , apoyándose en el áncora que Dios ha colocado en su corazon en el mismo momento en que se subleva contra él el universo entero , semejante hombre es la maravilla de su siglo. »

M. Voigt concluye así :

« Los mismos que se ensañan contra Gregorio , se ven obligados á reconocer que la idea dominante del pontifice (la independencia de la Iglesia) era indispensable para la propagacion de la religion y para la reforma de la sociedad , para lo cual era preciso romper los lazos que habian encadenado la Iglesia al Estado , con gran detrimento de la religion. La Iglesia debia ser un conjunto , un todo , una en sí misma y por sí misma , una institucion divina , cuya influencia , sa-

ludable para todos los hombres, no fuese contrarestanda por principio alguno terreno. La Iglesia es la sociedad de Dios, cuyos bienes y privilegios no puede atribuirse mortal alguno, cuya jurisdicción no puede, sin crimen, usurpar príncipe alguno; pues así como hay un solo Dios y una sola fe, no hay mas que una Iglesia y un jefe (1). En las epístolas de Gregorio rebosa constantemente esta idea (2), y abrigando la convicción íntima de que era llamado para realizarla, trabajó en ello con todas sus fuerzas.

«Acaso podrá reprochársele el haber alimentado tan grande pensamiento? Se atacará por ventura la idea como estraña y exagerada? No; ambos asertos serian tan injustos como insensatos.

«El genio del despotismo habia muerto con los imperios asiáticos; las turbulentas repúblicas de Roma y de Atenas habian desaparecido; todo al rededor de Gregorio tendia á la monarquía, todo se amoldaba en este sentido; cada uno procuraba ser algo para sí á fin de serlo para el todo; los duques rodeaban á los emperadores, los príncipes á los duques, y los vasallos y feudatarios se agrupaban cerca de sus respectivos señores. Porqué, pues, la Iglesia, esencialmente monárquica, no habria trabajado en igual sentido? Porqué acusar á los papas por haber tenido *el espíritu de su época*, y seguido el impulso general?

«Para que Gregorio no hubiese abrigado la idea que le animaba, hubiera sido preciso que Dios le hubiese hecho pasar por la escuela de nuestra moderna civilización, lo que no sucedió; aquel pontífice vivió en un siglo grosero, en un siglo de hierro, que nada tiene de comun con el nuestro, de modo que sus actos no pueden ser juzgados ni segun nuestros principios ni segun nuestras costumbres. Ante todo débese recordar el siglo y circunstancias en que vivia Gregorio, la situación y la constitución de la Iglesia, sus relaciones con el estado y sus desórdenes; débense examinar atentamente las

(1) M. Jager observa con justicia, cuan notable es semejante expresión en boca de un protestante.

(2) No hay historia mas fiel ni mas verídica que la formada con las cartas de aquel cuya vida se escribe. Baronio, ad annum 1075, XXVII.

costumbres del clero, su espíritu, su tendencia, su rudeza, su degeneración, su olvido de todo deber y de toda disciplina, su ignorancia al lado de su orgullo; es necesario formarse una idea clara de la situación de la Alemania, comprender el carácter de Enrique su adversario, y solo entonces podremos juzgar á Gregorio; siguiendo esta senda, considerando sus pensamientos, sus actos, sus votos, sus esfuerzos relativamente á su siglo, se forma hallándose exento de preocupaciones, un juicio enteramente distinto del de aquellos hombres que pretenden prescribir por regla al pontífice, las miras é ideas de su siglo.

« Para alcanzar el objeto que se propuso Gregorio no podía obrar de otro modo del que lo hizo; pues al fin y al cabo para ser papa debía obrar como á tal; sus actos debían distinguirse de los de la multitud y de los de sus antecesores, queriendo elevarse sobre todos y ser un grande hombre.

« Si Gregorio hubiese escogitado medios no conducentes á la realización de su plan, si no hubiese estudiado las circunstancias ni tenido cuenta de su época; si hubiese cometido graves faltas en la ejecución, podría acusarse á su talento, á su cabeza, jamás á su corazón, siendo así que precisamente elevaronse todos contra su habilidad sin querer convenir por ello en la bondad de su alma. El genio de Gregorio abrazaba y debía abrazar todo el mundo cristiano, en cuanto la independencia de la Iglesia era una idea general; su acción debía ser enérgica, en cuanto obraba *en su siglo*; y su fe y su convicción debían ser lo que eran, en cuanto las habían engendrado el curso de los acontecimientos. »

A estas palabras añadiremos únicamente que se le combatía con rocas y que se defendía con montañas.

El lenguaje que acabamos de oír en boca de un protestante, no nos revela por ventura los venideros progresos de la verdadera luz y de los sanos principios de nuestro catolicismo?

Citaremos ahora algunas reflexiones que hallamos en la excelente obra de M. Gosselin, que ya hemos recomendado al aprecio del público; dice dicho autor que Fenelon fué el primer escritor católico en esponer por *el derecho público de la edad media*, la doctrina que implica la conducta de los papas y de

los concilios, cuya autoridad no vaciló en deponer á los príncipes temporales, (1) y continúa en estos términos: « Confesaremos que el tono firme y seguro con que se espresa en este punto ha sido el verdadero origen de las investigaciones á que nos hemos dedicado hace algunos años, para aclarar tan importante asunto. »

Acerca de las máximas que dominaban en la época de Gregorio VII, M. Gosselin observa, con grande acierto, que dicho papa no llevó mas lejos que sus predecesores, los principios de que se trata, contentándose con aplicarlos mas rigurosamente en atención á las circunstancias.

M. Gosselin cita gran número de hechos, y dice: « De la esposicion de estos hechos resulta que el poder ejercido sobre los soberanos, por los papas y concilios de la edad media, no puede considerarse como una usurpacion de la autoridad eclesiástica en perjuicio de los derechos de los reyes; pues es indudable que los papas y concilios que ejercieron aquel poder no hicieron mas que seguir y aplicar ideas universalmente admitidas no solo por el pueblo, sino tambien por los hombres mas ilustrados y virtuosos. » M. Gosselin pide que se consulten sobre esto las obras de Bossuet, de Fleury, de Pfeffel, etc.

La obra de M. Gosselin, sembrada de argumentos ciertos y razonados, quedará como un monumento de lógica clara y de fina discusion, y como la mejor refutacion de los desordenados ataques de muchos escritores políticos modernos, á quienes la edad media inquieta, atormenta y priva de todo sentimiento razonable.

Venga ahora el libro *Del Papa* de M. Maistre, como la reserva del ejército, y como los escogidos entre los valientes, á descargar los últimos golpes! preséntese la *Legion fulminante* de Marco Aurelio para decidir la victoria.

Antes rogaremos al ilustre Piamontés, que nos permita introducir en esta discusion cuanto ha dicho aplicable á Gregorio VII y á otros papas de igual carácter.

Hemos escuchado al conciliador y generoso M. Voigt, ayu-

(1) Gosselin, *Poder del papa en la edad media*, 2.^a edic., 1845, pág. 334.

dado por el animoso M. Jager ; al circunspecto M. Gosselin, que une la dulzura á la fuerza ; la verdad nos ha hecho oír sus sosegadas palabras ; ahora oiremos su voz atronadora (1).

He aquí ante todo una regla general que puede considerarse como la luz del rayo precursora del trueno : « Durante diez y ocho siglos , los papas no han cesado de decidir toda clase de cuestiones con una prudencia y justicia verdaderamente milagrosas , en cuanto sus decisiones se han manifestado siempre independientes del carácter moral y de las pasiones del oráculo que es un hombre , de modo que no pueden admitirse en contra de los papas un corto número de hechos equívocos , sin violar las leyes todas de la probabilidad , que son sin embargo las reinas del mundo (2).

M. de Maistre no retrocede ante dificultad alguna , y acepta las definiciones mas maliciosas de sus adversarios , para combatir las tales como las presentan.

« Los papas han luchado alguna vez con soberanos , jamás con la soberanía , y el mismo acto por el que absolvian á los súbditos del juramento de fidelidad , declaraba la soberanía inviolable ; los papas advertian á los pueblos que ningun poder humano podia alcanzar al soberano cuya autoridad quedaba suspendida por un poder divino , de modo que sus anatemas , lejos de debilitar el rigor de las máximas católicas acerca de la inviolabilidad de los soberanos , dábanlas por el contrario una nueva sancion á los ojos del pueblo.

« En el siglo undécimo , los papas eran universalmente reconocidos como delegados de la Divinidad , de la cual emana la soberanía ; los mas grandes príncipes buscaban en la consagracion la sancion , y por decirlo así , el complemento de su derecho , y el primero de los soberanos , segun las ideas de la época , el emperador aleman , debia ser consagrado por las mismas manos del papa , recibiendo de él su carácter augusto , y no siendo realmente emperador sino por la consagracion.»

« Las escomuniones de los papas no han irrogado per-

(1) Del Papa , I , 142.

(2) Id. 160.

juicio alguno á la soberanía en el ánimo de los pueblos (1); sino que por el contrario, reprimiéndola en ciertos puntos, haciéndola menos feroz y menos déspota, refrenándola por su propio bien, que ella misma ignoraba, diéronla un carácter mas venerable; hicieron desaparecer de su frente el antiguo sello bestial para sustituirlo con el de la regeneracion, y la convirtieron en santa para hacerla inviolable. Nueva é irrecusable prueba entre mil, de que el poder pontificio ha sido siempre un poder conservador.

«..... Reflexiónenlo actualmente los príncipes; dando fe á los que procuraban asustarles con el poder que molestara á sus antecesores hace mil años, pero que divinizara el carácter soberano, han caido en el lazo que tan hábilmente se les tendia; han consentido en ser otra vez arrastrados á la tierra y han quedado no siendo mas que hombres.»

M. de Maistre tiene razon; cuando no se quiere á un rey, se toma por pretesto una batalla perdida ó una victoria alcanzada; se le arroja, y este gran castigo se atribuye al pueblo que obra como soberano, y que bajo otro aspecto y otras formas, escomulga á aquel cuyo lugar quiere ceder á un nuevo señor.

«Oigamos á Voltaire, dice M. de Maistre, á Voltaire, cuyo buen sentido natural hace deplorar aun mas la pasion que varias veces le ciega, y que dice estos mismos términos:

«De la historia de aquella época, resulta que la sociedad tenia MUY POCAS REGLAS CIERTAS en las naciones occidentales; que los Estados tenían MUY POCAS LEYES, y que la Iglesia deseaba suministrarlas (2).»

M. de Maistre continua así: «Entre todos los pontífices llamados á tan grande obra, álzase magestuosamente la figura de Gregorio VII.»

«Gregorio no confiaba demasiado en sí mismo, cuando atribuyéndose con la íntima persuacion de su fuerza, la mision de instituir la soberanía europea, jóven aun en aquella época y en el ardor de las pasiones, escribia estas notables palabras: «Cuidamos con el ausilio divino, de dar á los em-

(1) *Del Papa*, I, 263.

(2) Voltaire, *Ensayo sobre la hist. gen.* tomo I, c. XXX p. 50.

«peradores, reyes y demás soberanos, las armas espirituales
«que necesitan para calmar en ellos las furiosas tempestades
«del orgullo.»

«Es decir, les enseñó que un rey no es un tirano.» — ¿Y
quién se lo habria dicho sino él?

«Maimbourg se queja amargamente de que el carácter imperioso é inflexible de Gregorio VII (1) no le permitiese unir á su celo la sublime moderacion de sus cinco antecesores.»

«Por desgracia, la *sublime moderacion* de aquellos pontífices nada corrigió, y no hubo quien no se burlase de ellos; la violencia jamás fué refrenada por la moderacion, y las potencias jamás se neutralizan sino por esfuerzos contrarios. Los emperadores se dejaron arrastrar contra los papas á escesos que se pasan siempre en silencio, y se abultan actos algo exagerados presentándolos como delitos; sin embargo, esta es la suerte comun á las cosas humanas; nunca se ha formado constitucion alguna, nunca ha tenido lugar una amalgama política sin que se hayan mezclado distintos elementos que chocando en un principio entre sí, han acabado por penetrarse y equilibrarse.»

«... En una palabra, la Iglesia humanamente hablando, se hallaba en la agonía; no tenia ya forma, ni disciplina, y en breve hubiera perdido hasta su nombre, sin la intervencion extraordinaria de los papas, que sustituyéndose á autoridades extraviadas ó corrompidas, gobernaron de un modo mas inmediato para restablecer el orden.»

«La monarquía europea habria muerto para siempre, (2) si algunos detestables soberanos no hubiesen hallado en su ca-

(1) *Hist. de la Decad. rom.* lib. III, año 1073.

(2) La monarquía europea ha recogido los frutos de este valor sobrehumano, y sin embargo los mismos que en el dia gobiernan, gracias á los diques que aquel opusiera, maldicen el heroismo de la inflexible voluntad que reprimió los escándalos, la autoridad de la espada, y rechazó el vergonzoso derecho de un poder religioso y de asesinatos impunes que pretendian atribuirse los emperadores; su *voluntad* no habria conocido freno, y catástrofes sin número habrian sepultado la fe en J. C., los progresos esperados de la civilizacion y el voto mas constante de la solicitud apostólica, para la verdadera felicidad del pueblo: este debe ser mas que señor, dichoso.

mino un obstáculo terrible, y concretándonos á Gregorio VII, paréceme imposible que haya hombre equitativo que no suscriba al leal juicio que forma de aquel pontífice, el historiador de las revoluciones de Alemania. «La sola esposicion de los hechos, dice, demuestra que la conducta del papa fué la que todo hombre dotado de un carácter firme é ilustrado habria observado en iguales circunstancias (1).»

«El saqueo de Milan, uno de los mas horribles acontecimientos que presenta la historia bastaria *por sí solo*, segun Voltaire, para justificar cuanto hicieron los papas (2). (Federico Barbaroja arrasó la ciudad de Milan en 1162).

«Los pueblos todos colocan en primer lugar entre los grandes hombres á los afortunados ciudadanos que han recibido el honor de libertar á su país del yugo estrangero; héroes si triunfan, mártires si perecen, sus nombres pasan á la posteridad; sin embargo la estupidez moderna quisiera exceptuar á los papas de la universal apoteosis, privándoles de la gloria que como príncipes temporales les es debida, por haber trabajado sin descanso en la emancipacion de su patria. Fácil es concebir el que algunos escritores franceses se nieguen á hacer justicia á Gregorio VII, pues teniendo delante de los ojos preocupaciones protestantes, flosóficas, jansenistas y parlamentarias, qué pueden distinguir á través de esta cuádruple venda (3)?»

Atribúyese á san Gregorio VII un libro titulado: *Dictatus papa*, y M. Voigt despues de copiar las veinte y siete sentencias que contiene, dice: «Nada hay en estos principios que Gregorio no haya sostenido ó al menos sancionado tácitamente; poco importa pues indagar el nombre de su autor, mas conviene advertir que si el pontífice los hubiese escrito por sí mismo los habria colocado en mejor orden.» El erudito traductor de M. Voigt, el abate Jager, recomendable eclesiástico que con tanta buena fe, nos ha hecho conocer tan exactamente el talento del publicista protestante, hace con este mo-

(1) *Revoluciones de Alemania*, por Denina, en 8.º, tomo II, cap. V. pág. 49.

(2) *Ensayo sobre la historia general*, tomo II; cap. LXI, p. 156.

(3) *Del Papa*.

tivo una acertada y justa observacion : dice que á ser mas conocidas las capitulares de Carlomagno, hubieran causado aquellos principios menos admiracion, en cuanto dimanaban de ellas, siendo preciso recordar que Carlomagno, *obispo del exterior* dirigia á los mismos obispos exortaciones llenas de fuerza y de verdad, para inspirar á todos los ánimos el amor á la santa sede y la veneracion debida al *obispo universal*.

Tenemos de Gregorio VII nueve libros de *Epistolas*, escritas desde 1073 á 1082, las que se hallan insertas en todas las colecciones de los concilios (1) ; encontrándose tambien algunas en la *Bibliotheca Floriacensis* de Juan Dubois y en las colecciones de Martene, de Achery y de Ughelli. Así durante su vida como despues de su muerte, fué la conducta de este pontífice atacada por las mas insignes calumnias, siendo uno de sus calumniadores contemporáneos el cardenal Bennon, quien escribió una historia de Gregorio VII que rebosa hiel (2) impresa en Hanau en 1611, en 4.º. Al mismo tiempo en que Bennon compuso su perniciosa obra, san Anselmo, obispo de Luca, salió á la defensa de Gregorio, pudiéndose leer su panegírico en Canisio, tomo VI. La vida del mismo pontífice fué escrita cuarenta años despues de su muerte por Pablo Benried, cauónigo regular, obispo de Augsburgo, é impresa en Ingoldstadt en 1610, en 4.º, y en Augsburgo durante el mismo año con notas del padre Gretser.

Bellarmino en su lib. IV de los pontífices romanos, cap. 13 refuta á los calumniadores modernos, y el mismo Gretser en una apología de Gregorio, cita la opinion de cincuenta panegiristas de aquel papa.

Gotti y de Enghien publicaron mas tarde su admiracion y sus alabanzas, imprimiéndose además otra *vida de Gregorio* en Francfort, durante el año 1581. Muratori ha citado las *historias* escritas por Pandolfo de Alatri y Nicolas de Rosellis, y existe tambien una vida de Gregorio VII compuesta por Justo Crístóbal Ditmar, Francfort, 1710, en 8.º

En 1837, M. Vidailan publicó una vida de Gregorio VII,

(1) Feller, III, 381.

(2) Novaes, II, 281 nota.

dos tomos en 8.^o, donde el autor habla de las innumerables diferencias que existieron entre Gregorio VII y el *emperador* Enrique IV; es de estrañar que M. Vidaillan haya dado constantemente á este el título de *emperador*, cuando en las muchas citas latinas, vertidas fielmente por el autor, que se leen en el curso de la obra, no se dá á Enrique mas calificacion que la de rey.

En la pág. 466 del tomo II, M. Vidaillan refiere la coronacion de Enrique por el antipapa Guiberto; luego el rey fué coronado únicamente por un intruso, y fuélo en 1084, es decir en el momento en que el papa legítimo, agobiado de tribulaciones, estaba próximo á espirar. En el mismo tomo II, M. Vidaillan aunque no muy bien dispuesto en favor de Gregorio, cita el juicio de Bayle, acerca de dicho pontífice, del cual copiaremos tambien algunos párrafos. M. Vidaillan habla de los escritores que han comparado á Gregorio con los conquistadores.

«Me sirvo con tanta mayor confianza de esta comparacion, dice Bayle, en cuanto estoy persuadido de que la obra de la conquista de la Iglesia, ha exigido tanto valor y tanta habilidad como la del mas vasto imperio (1).

«La autoridad á que se elevaron los papas es mas digna de admiracion que la colosal monarquía de la antigua Roma; de modo que puede asegurarse que la Providencia habia destinado á aquella ciudad para ser, de dos modos distintos, la cuna y el gran centro de las altas calidades, indispensables para formar un gran estado.... Qué la antigua Roma, honrando únicamente las conquistas y la gloria militar, haya subyugado á tantos pueblos, es bello y heróico á los ojos del mundo; pero causa poca sorpresa, al reflexionar detenidamente sobre ello. Mayor admiracion infunde el ver á la nueva Roma adquirir un poder ante el cual debieron humillarse los mas invencibles monarcas, pues puede decirse sin temor de equivocarse, que emperador ni rey alguno ha hecho frente á los papas que no se haya visto muy perjudicado de su resistencia, y aun en el dia las querellas de los príncipes con la corte de Ro-

(1) M. Vidaillan, tomo II, pág. 421.

ma terminan casi siempre en contra suyo (1); siendo harto recientes los ejemplos para que haya necesidad de citarlos. Según el mundo, semejante conquista es mas gloriosa que las de Alejandro y de César, y por esto Gregorio VII que fué su principal promovedor, debe ser colocado entre los mas insignes conquistadores.»

No seremos, por cierto, nosotros, quienes adoptemos la calificación dada á Gregorio VII en el diccionario del autor protestante; Gregorio VII no ambicionaba la gloria, no deseaba conquistar; queria sí civilizar á los reyes, para que su ejemplo, al descender á los pueblos, engendrarse días de paz, de órden y de felicidad pública. Enrique IV pretendia ser papa y emperador, y no era ni lo uno ni lo otro, habiendo mejorado sensiblemente la vida y las costumbres de Europa la resistencia opuesta á sus pretensiones. El título de conquistador, en la acepción recibida por Alejandro y César, es inaplicable á Gregorio VII, mas si absolutamente se quiere calificarle así, consentimos en reconocer que *conquistó* el imperio del bien contra el del mal; que sometió por algun tiempo á los malvados, traidores é intrusos; que sitió los receptáculos de los vicios, y finalmente, que venció, en batalla campal, las devoradoras ambiciones, los asesinatos, las guerras civiles, y el siglo entero de abominacion, en que los criminales, *convertidos en retóricos*, llevaban alta la frente, debiendo por fin doblegarla ante el hombre de genio que las naciones llamaban en su auxilio, y que, mereciendo ser honrado por todas, no habria debido verse tan injustamente insultado por la historia.

Antes de concluir, debemos dar algunas noticias acerca del antipapa Guiberto Correggia, nacido en Parma, y llamado por sus partidarios Clemente III; creado arzobispo de Rávena por Alejandro II, y canciller luego por Enrique IV, este prelado era elocuente y erudito (2). Algunos autores le creen de humilde cuna, al paso que otros le hacen descender de los

(1) Cuando Bayle escribia su *Diccionario histórico crítico*, ignoraba aun la grande victoria moral conseguida por Pio VII contra Napoleon. Véase hist. de Pio VII, 3.^a edic., tomo I, pág. 4.

(2) Feller, II, 281.

condes de Augsburgo , cuestion de la que no nos ocuparemos por su frivolidad.

Dicha familia , despues de seguir el bando de los gibelinos hasta en 1247 , abrazó en seguida el partido de los güelfos ; un general de la misma casa , que sirvió á la república de Venecia , mereció que se le erigiera en aquella ciudad una estatua pedestre de mármol.

Clemente , escomulgado varias veces por Gregorio VII , mantuvo , durante veinte años , el cisma que se prolongó por espacio de cincuenta , bajo los cinco pontificados siguientes , hasta el de Calixto II , y murió de muerte repentina en 1100 ; su cadáver , enterrado en Rávena , fué , seis años despues , llevado lejos de aquella ciudad , por órden de Pascual II , el cual queria destruir entre el pueblo el rumor propalado por algunos impostores , de que se veian en el sepulcro de Clemente vivos rayos de luz , signos de su santidad.

Despues de la muerte de Gregorio VII , la santa sede quedó vacante por espacio de un año ; este papa , como Silvestre II , pronunció el terrible nombre de *Cruzadas* (1) , y si estas , como es imposible dudarlo , han producido algun bien á la Europa , débese al genio de Silvestre II y á la prevision política de Gregorio VII.

Tiempo antes , este habia ordenado tres ayunos de cinco años para el miércoles y viernes de cada semana , á fin de atraer el auxilio de Dios sobre la Iglesia de Jerusalem. (Véanse los manuscritos de Pedro el Chantre , religioso de la abadía de Long-Pont , el cual florecia en 1187).

Platino , que pasa por enemigo de los papas en muchas ocasiones , juzga del modo siguiente al gran Hildebrando : «Fué un hombre agradable á Dios , prudente , justo , clemente , protector de los pobres , de los huérfanos y de las viudas ; el único , el mas fuerte y el mas valeroso defensor de la Iglesia romana contra la malignidad de los hereges y el poder de los malos príncipes , que pretendian apoderarse , por medio de la fuerza , de las cosas eclesiásticas. » Platino , pág. 337.

Habiendo hablado tanto de la escomunion , conviene de-

(1) Ep., I, 51.

cir lo que habia sido y lo que era ; la escomunion estaba en uso entre los griegos (1), los romanos y los galos, y César describe en términos precisos la pena de entredicho, fulminada por los druidas. En la primitiva Iglesia los obispos anunciaban á los fieles el nombre del que era escomulgado, y les prohibian toda comunicacion con él, y á mediados del siglo nono, rodeóse el acto de fulminar la escomunion de cierto terrible aparato ; doce sacerdotes sostenian en la mano un cirio encendido, que arrojaban al suelo y pisoteaban, luego que el obispo habia pronunciado la fórmula de escomunion. La palabra *anatema* significaba antiguamente *consagrado*, *ofrenda puesta á parte*, *cosa separada*, *destinada*, mas despues equivalió únicamente á *separado* ; el anatema separa de la congregacion y del trato de los fieles, comprendiéndose en el siguiente verso latino cuanto prohíbe la escomunion.

Os, orare, vale, communio, mensa negatur ;

es decir, priva la conversacion, la oracion, el saludo, la comunion y la mesa.

Recordemos aquí la circunspeccion de la corte romana, cuando, indignamente ultrajada en 1809, lanzó una escomunion, en la que podia con facilidad reconocerse, á pesar de no ser nombrado, aquel contra quien iba dirigida.

Roma defiende la elevada moral de nuestra santa religion, moral que comprende todas las virtudes de paciencia, de generosidad y de prudencia, que es permitido á los hombres atesorar en la tierra.

(1) Italia, pág. 74.

160. Victor III. 1086.

Victor III, se llamaba primeramente Didier, pertenecía á la familia *Epifania*, de los condes de Marsi, y habia visto la luz en la ciudad de Benevento.

Despues de recibir la educacion mas distinguida que podia darse en aquel tiempo, quiso, siendo aun muy jóven, abrazar la regla de san Benito en el monasterio de la Cava. Leon IX nombróle cardenal diácono de los santos Sergio y Baco, y Nicolas II, cardenal presbítero del título de santa Cecilia en 26 de marzo de 1059; nombrado el dia siguiente abad de Monte Cassino, siendo el trigésimo séptimo abad desde san Benito, ejerció aquel cargo hasta que á pesar suyo, fué elegido papa en 24 de mayo de 1086, fiesta de Pentecostes. Los cardenales le condujeron casi empleando la fuerza, al diaconato de santa Lucía, pues aun cuando habia trascurrido un año desde la muerte de Gregorio VII, no habian podido todavía decidir á Didier á que aceptase el pontificado. Gregorio indicó antes de espirar la conveniencia de semejante eleccion, y la opinion del gran Ildebrando era la mas eficaz recomendacion. Hecha la eleccion los cardenales, dieron al papa elegido el nombre de Victor III.

Cuatro dias despues, Victor salió de Roma y al llegar á Terracina el piadoso y modesto religioso, se despojó de los hábitos pontificios y huyó á Monte Cassino, siendo preciso perseguirle, obligarle á vestir otra vez los santos ornamentos y conducirle á Roma, donde fué consagrado. Despues de prometer resignarse á la voluntad de Dios, quiso volver á Monte Cassino; en sus claustros permaneció muchos dias en continuada oracion y declaró que á pesar de su nueva dignidad, entendia permanecer abad de aquel monasterio; como en virtud de gefe supremo de la Iglesia, podia autorizarse á sí mismo para guardar este título, no se eligió otro abad durante la vida de Victor.

Los sarracenos se preparaban en Africa para atacar la ciu-

dad de Roma, y Victor, pidiendo refuerzos á los príncipes de Italia, envió un ejército al Africa, donde consiguió contra los infieles una señalada victoria.

En un concilio celebrado en Benevento, Victor escomulgó al antipapa Clemente III, el cual entronizado como ya hemos dicho en 1084, durante el pontificado de Gregorio VII, mantenía el cisma con culpable perseverancia (Véase pág. 47).

Incansable en el ejercicio de sus deberes, prohibió el papa bajo pena de escomunión, dar á los legos y recibir de ellos la investidura de cualquiera dignidad eclesiástica, así como recibir de manos de los hereges y simoníacos, los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía.

Asaltado, mientras celebraba el concilio por una nueva dolencia, el papa se retiró desde Benevento á su monasterio de Monte Cassino, donde pronto á morir, designó á la benevolencia de los cardenales á los que creía mas dignos de sucederle.

Desde su elevacion, Victor gobernó un año, tres meses y veinte y cuatro dias, y cuatro meses y siete dias, desde su consagracion; murió en Monte Cassino de una disentería, causada, á lo que se dice por un veneno puesto en el cáliz por orden del rey Enrique (1), el implacable enemigo de Gregorio VII. Victor, que fué sepultado primeramente en Monte Cassino, era un hombre ilustre en santidad de vida y en gloria de virtudes (2); tenemos de él algunos libros de diálogos sobre los milagros de san Benito y otros monges de aquella abadía.

La santa sede permaneció vacante por espacio de cinco meses y veinte y cinco dias.

Durante este pontificado fueron trasladadas á Bari las reliquias de san Nicolas, obispo de Myra, en Lycia, despues de ser sustraídas por algunos mercaderes de la misma ciudad, (véase á Fleury IV, lib. LVIII, 304). San Nicolas floreció en tiempo de Constantino el Grande y asistió al primer concilio general de Nicea.

(1) Véase Trithemo, Ptolomeo de Luca y Muratori.

(2) Novaes, II, 288.

161. Urbano II. 1088.

Úrbano II, natural de Chatillon-sur-Marne, en Francia, benedictino y amigo de Gregorio VII, llamábase primeramente Otton ú Odon; canónigo, y luego arcediano de Reims, fué discípulo de san Bruno, fundador de los cartujos (1), y creado cardenal obispo por Gregorio VII este le envió como legado cerca de Enrique IV, el cual le mandó prender y atormentar con crueles tratamientos. Elegido papa en Terracina, rehusó tan elevado honor segun él mismo espresa en una de sus cartas á Epifanio de Salzburgo; esto no obstante fué consagrado en 12 de marzo de 1088.

En el concilio celebrado en Roma en 1089, confirmó la escomunion pronunciada por sus predecesores contra el anti-papa Guiberto, llamado Clemente III.

Apenas se hubo disuelto este concilio, cuando el papa que deseaba ardientemente la perfecta union de la Iglesia griega y de la Iglesia latina, se dirigió á Sicilia para establecer una duradera armonía y rogar al conde Roger que le prestase el apoyo de su influencia; Roger que salió al encuentro del papa hasta Butera, aceptó la mediacion, y de ella resultó que el emperador Alexis fué absuelto de la escomunion particular en que incurriera.

Urbano celebró doce concilios, unos en Francia y otros en Italia; y procuró destruir radicalmente la heregía de Berenguer, condenada por Leon IX en 1050; el arcediano de Angers, tesorero y maestrescuela de san Martin de Tours, continuaba propagando, con mil peligrosos comentarios, los errores de Juan Scot, apellidado Erigenes, contando por desgracia tan abominable heregía con gran número de partidarios. Berenguer insultaba á los santos padres solo porque les hallaba opuestos á su doctrina y habian sentado clara y unánimemente lo que le pasara por la cabeza negar (2).

(1) Véase lo que dice Fleury de San Bruno, IV, LXIII, 345.

(2) Feller, I, 446.

Otros enemigos de Urbano eran los distribuidores de investiduras, el antipapa Clemente III, los simoníacos que encajecían su sistema y los nicolaitas, al mismo tiempo que la Iglesia experimentaba vivísimos dolores, puesto que en Alemania solo se conservaban en la comunión católica los obispos de Wurtzburgo, de Passau, de Worms y de Constanza. Las calamidades que pesaron sobre Roma durante el siglo de hierro y de plomo, habían en parte desaparecido, mas las herejías del cisma se propagaban con desconsoladora tenacidad; Roma pues, está condenada á militar perpetuamente contra los perversos é ilusos, solo que sus dolores son conocidos con distintos nombres.

En 1088, Urbano declaró al arzobispo de Toledo primado de España. En 1094, separó del obispado de Cambrai, erigido por Paulo IV en arzobispado en 1562, el obispado de Arras.

Urbano pasó desde la Sicilia á la Pulla para visitar las reliquias del santo obispo Nicolas de Bari, y hallándose en dicha ciudad en octubre, confirmó la union del arzobispado de Canosa con la sede de Bari.

En el concilio de Amalfi, el papa dió á Roger la investidura de los ducados de Pulla y de Calabria; entonces fué cuando la célebre condesa Matilde, viuda del conde Godofredo, casó con el duque de Baviera.

San Bruno, que habia sido maestro del papa, fué invitado entonces para asistir á los consejos del estado.

Desde el concilio de Benevento en 1091 hasta el año 1093, Urbano no habia residido en Roma á causa de los furores del cisma, pero haciéndose cada dia menos peligrosos sus ataques, volvió el papa á su capital, donde por una especie de capitulacion le fueron entregados el palacio de Letran y el castillo de san Angelo, que ocupaba la faccion contraria adicta al antipapa.

En 1095 Urbano celebró un concilio en Plasencia, debajo de tiendas de campaña, en cuanto no habia en la ciudad iglesia bastante capaz para contener cuatro mil clérigos y el gran número de legos destinados para el servicio ó piadosos espectadores de las operaciones del concilio, cuando se les concedia el permiso de acercarse.

Desde Plasencia Urbano se dirigió á Francia, y en el concilio de Clermont escomulgó al rey Felipe I, porque viviendo su consorte Berta, de la que habia tenido tres hijos, concedia los honores de esposa á Bertalde, muger de Folco, conde de Angers, vivo tambien.

En el mismo concilio, Urbano, conmovido por la elocuencia y las lágrimas de Pedro el Ermitaño, de la diócesis de Amiens, decretó la primera cruzada, cuyo objeto era recobrar las tierras usurpadas por los sarracenos. Dióse á esta expedicion el nombre de cruzada porque los soldados, que formaban ya un ejército de trescientos mil hombres, distinguíanse para demostrar la fuerza de su vocacion, por medio de una cruz roja bordada en su vestido sobre la espalda derecha.

Para animar á los fieles á emprender esta campaña, en la que tomáronse á los sarracenos muchas ciudades y castillos y que produjo el inmenso resultado de ocupar la santa ciudad de Jerusalem, Urbano concedió á los cruzados una indulgencia plenaria. (Hé aquí otra prueba del error de Lutero. Véase página 11).

Terminado en diez días el concilio de Clermont, Urbano partió para Limoges en 30 de noviembre, y en el concilio que convocó en dicha ciudad, depuso de su sede á un obispo acusado de varios delitos (1); desde allí pasó á Tours, donde celebró otro concilio y donde dió á Fólco, conde de Anjou, la rosa de oro que llevara en la mano en una procesion, el cuarto domingo de cuaresma, siendo esta la primera vez en que el papa ofreció la rosa de oro, la que continuó enviándose á los piadosos personajes de alto nacimiento, ó á los que habian alcanzado grandes victorias en beneficio de la Iglesia, y en mil otras circunstancias de las que tendremos ocasion de hablar.

Desde Tours marchó á Saintes y á Tolosa, experimentando un indecible placer en recorrer así el suelo de su patria. En un concilio celebrado en Nimes, el rey Felipe I fué reconciliado con la Iglesia.

En 1096, canonizó el papa en Milan á san Erlembad, noble

(1) Novæes, II, 298.

de aquella ciudad, martirizado en 1076 por los simoníacos y los concubinarios.

Urbano regresó á Roma en 1097 y fué recibido entre las aclamaciones de la ciudad entera; durante el siguiente año se dirigió á Bari, donde acompañado de san Anselmo, obispo de Cantorbery, celebró en setiembre un concilio al que asistieron ciento noventa y cinco obispos. Poco despues convocó otro en Roma y en él terminó aquel papa la gloriosa carrera de sus apostólicos trabajos.

Urbano gobernó durante once años, cuatro meses y diez y ocho dias, y murió en 29 de julio de 1099, viviendo lo bastante para saber los primeros triunfos de los cruzados que se apoderaron de Antioquía en 3 de junio de 1098, y de Jerusalem en 15 de julio de 1099, trece dias antes de la muerte del pontífice.

Este papa fué sepultado en el Vaticano y su nombre se encuentra en varios martirologios con el título de beato.

La santa sede permaneció vacante quince dias.

162. Pascual II. 1099.

Pascual II llamado primeramente Renier, nació de Crescencio y de Alfatra en Biada, cerca de Viterbo; canónigo regular y despues religioso de la órden de Cluny, Gregorio VII le nombró cardenal presbítero de san Clemente.

El cardenal Renier fué elegido papa contra su voluntad en la iglesia de san Clemente, en 13 de agosto de 1099, y consagrado y coronado el dia siguiente; presintiendo que se trataria de elevarle al pontificado, habia huido de Roma para ocultarse, mas reconocido en breve, fué conducido á su pesar al seno de los sagrados comicios, donde fué recibido á los gritos de: *San Pedro os quiere por su sucesor.*

Imposible nos parece no detenernos un momento ante la gran conquista de los cruzados apoderándose de la ciudad de Jerusalem.

La idea de las cruzadas habia sido fomentada por Gregorio VII, y ya mucho antes, Gregorio III escitaba á Cárlos Martel á arrojar á los sarracenos de Francia; aquel grande hombre, al seguir sus consejos, habia servido su propia causa y fundado el poder que debian ejercer su hijo Pepino y su nieto Carlomagno, cuando Gregorio VII pensó que si se habia considerado útil reunir todos los esfuerzos de la guerra para vencer á Abderaman, invasor de la Francia, seria sin duda mas político y oportuno atacar á los infieles en sus propias provincias. Los peregrinos que volvian de aquellas regiones referian los sufrimientos de los pocos cristianos que no habian abandonado la Palestina; el santo sepulcro era profanado; algunas voces piadosas eleváronse en Francia; hablóse de una peregrinacion armada, y por último juntáronse gran número de peregrinos para marchar reunidos, y con bélico aparato.

Para conocer á fondo las faces de esta primera empresa, léase la *Historia de las Cruzadas* de M. Michaud; y como sobradamente se ha hablado con pasion y cólera de aquellas expediciones, copiamos algunas reflexiones consignadas en la *Italia*, pag. 75.

«Si se consideran las Cruzadas bajo el aspecto político, puede decirse que en aquella época debia precisamente suceder, ó que los sarracenos volverian á Francia y á Italia, ó que los pueblos occidentales les atacarian en Asia. Cuando ha trascurrido un gran espacio de tiempo, condénanse empresas cuya causa se ignora, y porque serian en el dia intempestivas, se creó que tambien lo fueron en la época en que se realizaron. Sin embargo, el camino de Poitiers, de Tours, era conocido de los sarracenos; y estos habian cubierto la Francia de sangre y de luto, y saqueado las iglesias de san Pedro y de san Pablo. Además, téngase en cuenta que las consecuencias de las Cruzadas fueron en todas partes la emancipacion de muchas municipalidades, y la importacion preciosa de varias instituciones y costumbres que se propagaron por todo el occidente y especialmente por la Italia, la que se convirtió en otro Oriente, sin contar que á ellas debemos la seguridad en que estamos, de que los mahometanos no vendrán, por mucho tiempo al menos, á desruir nuestra civilizacion. Si

luego quisieran atacarnos por Viena, la invencible espada de Sobiesky en 1682, les inspiró un sentimiento de terror que conservan aun por haberles recordado el príncipe Eugenio de Saboya nuestra superioridad militar en la batalla de Peterswaradin en 1716. Tiempo despues conocieron en Egipto nuestros batallones cuadrados.»

Pero á que aspiran los cruzados del siglo undécimo? A libertar Jerusalem y á restaurar el santo Sepulcro.

Jerusalen! nombre glorioso que jamás será harto celebrado en una historia de los pontífices romanos! Hablemos pues de Jerusalem y de Godofredo de Bouillon, duque de Lorana, el cual despues de servir con valor al rey de Germania Enrique IV, cuyos escesos tanto nos han afligido, debia combatir por una causa mejor. Urbano II habia manifestado el deseo de que Godofredo fuese uno de los primeros gefes que mandasen el ejército que marchaba á Palestina.

El solo recuerdo de la Palestina engendra en todos los corazones elevadas y santas emociones; Jerusalem fué la primera cátedra de los apóstoles, y en la religion de Nuestro Señor buscó Mahoma sus inspiraciones, mezclando así el oro y el oropel. El mundo iba á ser testigo del gran combate trabado entre la verdad y la impostura.

Jerusalen, capital de la Palestina, se halla situada en los 31° 47' de latitud N., y á los 33° de longitud E., en el punto mas culminante de las montañas de la Judea, en los antiguos límites de Benjamin y de Judá. La montaña en que se levanta la ciudad de David, descende en pendiente hácia el norte, y está rodeada al oeste y al mediodía de profundos barrancos: la ciudad no puede ser divisada á lo lejos. El principal edificio de la antigua Jerusalem era el templo construido por Salomon en el monte Moria, reedificado por Zorobabel y magníficamente restaurado por Herodes.

No será ocioso recordar los principales acontecimientos de que fué teatro la ciudad inmortal (1).

« En tiempo de Amasías, rey de Judá, fué saqueada por

(1) Damos el extracto de una noticia sobre Jerusalem que publicamos en Paris, en 1846.

Joas, rey de Israel; en tiempo de Ezechías fué sitiada en vano por los asirios, y ciento treinta años despues, los caldeos, mandados por Nabucodonosor, la destruyeron hasta en sus cimientos; reconstruida junto con el templo, en virtud del permiso concedido por Cyro, la caída del imperio de los Persas la sumió en nuevas calamidades.

«Jerusalen se rindió á Alejandro, el cual la trató con grande magnanimidad (1).

«Despues de muerto Alejandro, fué tomada por el rey de Egipto Ptolomeo, hijo de Lago; Antíoco Epifanio, rey de Siria, la saqueó ciento setenta años antes de la era cristiana, y profanó el templo colocando en él la estatua de Júpiter Olímpico. La ciudad gozó de algunos años de paz bajo los príncipes macabeos, hasta que Pompeyo entró victorioso en Jerusalen el año 63 antes de Jesucristo, siendo, pasado algun tiempo, saqueado el templo por Crasso.

«Herodes embelleció Jerusalen con magníficos edificios, mas en breve la Judea se convirtió en provincia romana, y una rebelion de los judíos fué causa de la guerra que terminó con la sumision de la capital.

«Conquistada la ciudad por Tito en el año 71 de la era cristiana, fué enteramente destruida, y las pocas torres y edificios que Tito habia dejado en pié, fueron arrasados por órden del emperador, Aelius Adriano. A consecuencia de una nueva rebelion de los judíos (año 136), Adriano quiso aniquilar hasta el nombre de Jerusalen, y mandó construir en el lugar que ocupaba una nueva ciudad, á la que dió el nombre de *Aelia Capitolina* en honor de Júpiter Capitolino, cuya entrada fué prohibida á todos los judíos bajo pena de muerte.

«Cuando el cristianismo se sentó en el trono de los Césa-

(1) Segun el historiador Josefo, Alejandro fué á Jerusalen é hizo ofrecer sacrificios en el templo, donde el gran sacerdote Jaddus, ante el cual se prosternó, le mostró la profecia de Daniel, que reservaba al Macedonio la conquista de la Persia; sin embargo, conviene advertir que solo habla de este suceso el historiador judío, pronto siempre á exagerar lo que puede dar lustre á su nacion. Quinto Curcio nada dice de semejante escursion á Jerusalen, si bien es cierto que no ha sido hallado el lib. II de la historia de Alejandro, donde en todo caso deberia hablarse de este viaje.

res, Jerusalem vió elevarse en vez de los templos gentiles, gran número de monumentos cristianos, en los mismos sitios que presenciaron la vida y muerte de Jesucristo.

En el año 615 la ciudad fué conquistada por Cosroes rey de Persia; el emperador Heraclio la recobró en 627, mas en 636 vió penetrar en sus muros innumerables hordas de árabes, mandados por el Califa Omar, cayendo luego sucesivamente en poder de los sultanes persas, de los Fatimitas de Egipto y de los Seldjoukides.

« Así Jerusalem habia visto en sus colinas á David, á Solomón, á Joas, á Nabucodonosor, á Alejandro, á Ptolomeo, hijo de Lago, á Antíoco Epifanio, á Pompeyo, á Crasso, á Tito, á Adriano, á Constantino, á Cosroes, á Heraclio y al califa Omar (Véase la noticia citada en la nota de la pág. 56), debiendo ser ahora atacada por el ejército de Godofredo de Bouillon.»

Los cristianos delante de los cuales era llevada la lanza que atravesara el costado de Jesucristo, hallada durante el sitio de la ciudad de Antioquía, se precipitaron con valor al asalto, siendo recibidos por los musulmanes con no menos tenaz resolución; el sitio duró cinco semanas, y por fin la ciudad fué tomada por asalto: « la matanza fué horrible (1); todo nadaba en sangre, y los vencedores fatigados de la carnicería, se sentían ellos mismos horrorizados.» Michaud dice (tomo I pág. 443, 5.^a edic.) que segun un escritor cristiano, testigo ocular, bajo el pórtico y peristilo de la mezquita de Omar, la sangre se elevaba hasta las rodillas y hasta el freno de los caballos.» Godofredo, cuya piedad igualaba al valor, se indignó sin duda alguna á la vista de tan inexorable furor, y pensando únicamente en satisfacer su devoción, despojóse de su coraza, vistióse de lana, dió la vuelta á la ciudad con los piés desnudos, y se dirigió á visitar el santo sepulcro, no habiendo sido recibido por el patriarca de Jerusalem, pues, segun la costumbre oriental, se encontraba en aquel entonces en Chipre, pidiendo limosnas para la reparacion de las iglesias. Apenas Godofredo se presentó delante del Santo se-

(1) Feller, III, 324.

pulero, cuando esparcióse el rumor entre los soldados, de que el general habia llorado al presenciar tan obstinado saqueo, y al momento, ¡ *O exhortacion sublime*, mas eficaz que la de los clarines para volver á la senda del deber á un ejército cristiano! la matanza cesó, y aquella noche y la siguiente pudo todo el ejército postrarse y adorar los santos lugares.

Ocho dias despues de la conquista, los señores cruzados eligieron á Godofredo rey de la ciudad y del país. « Este príncipe rehusó las insignias reales, diciendo que no convenia ostentar una corona de oro allí mismo donde Jesucristo la habia llevado de espaldas, y negándose á admitir el título de *rey*, se contentó con el de *duque* y *advocatus* del Santo sepulcro.... » Por desgracia, Godofredo solo conservó su autoridad un año, durante el cual se dedicó á establecer prudentes leyes, que rigieron, por espacio de ochenta y ocho años, el territorio que, á pesar de la modestia del vencedor, recibió el nombre de reino de Jerusalem. El pontificado de Pascual fué feliz hasta el año 1101; mas desde aquel momento el infortunado papa solo conoció penas y tormentos, llevando una vida que puede calificarse de continuado martirio.

El rey de Germania, Enrique IV, coronado entonces emperador por un intruso, suscitó tres antipapas contra Pascual, pero este sufrió sus trabajos con un valor enteramente apostólico.

Muerto Enrique IV, podia creerse que su sucesor seria tambien enemigo de la Iglesia, pues no tocaba aun á su término la cuestion de las investiduras, y Pascual se retiró á Francia para implorar la proteccion del rey Felipe, vuelto ya á la comunión católica. Este papa reunió varios concilios, en los que dió muchos decretos relativos á las investiduras y á los simoníacos.

En las conferencias de Chalons, el arzobispo de Tréveris, hablando en nombre de Enrique V, defendió el derecho que, segun él, competia al emperador para conferir las investiduras por medio del báculo y del anillo, contestando á su discurso el obispo de Plasencia, representante del papa, con estas palabras: « La Iglesia, rescata-la por la preciosa sangre de Jesucristo, no debe, despues de haber sido libertada, vol-

ver otra vez á la servidumbre, y seria esclava del príncipe, si no pudiese elegir un prelado, sin consultarlo previamente con el emperador. La investidura por el báculo y el anillo, pertenecientes al altar, dada por el príncipe, es un atentado contra Dios, y los prelados faltarian á su unción, sometiendo sus manos, consagradas por el cuerpo y la sangre de Jesucristo, á las manos de un lego, ensangrentadas por la espada. » (Fleury, IV, 405).

En 1108, Su Santidad salió de Francia para volver á Roma, y renovó en un concilio, celebrado en Benevento, los decretos relativos á las investiduras.

Enrique V, sucesor del rey Enrique IV, se dirigió á Roma para ser, decia, coronado emperador; mas Pascual se negó á acceder á su demanda, si el príncipe no desistia antes de la pretension condenada por el papa Gregorio VII, es decir, de su pretendido derecho de conferir los beneficios eclesiásticos, pidiendo el papa al mismo tiempo que antes de la coronacion confirmase el príncipe las donaciones hechas á la santa sede.

Al oír esto, abandonóse Enrique á una irreflexiva cólera, y mandó encerrar en dura cárcel al papa, á varios cardenales y á muchos nobles adictos á la santa sede, sin que ningun obispo aleman intercediese acerca del rey, escepto Conrado, arzobispo de Salzburgo.

Despues de cincuenta y cinco dias de cruel prision, es decir, desde el 12 de febrero al 9 de abril de 1111, el papa, que se hallaba resuelto á sufrirlo todo, experimentó un sentimiento de compasion por sus compañeros de infortunio, y deseoso de poner fin á sus penas, permitió que Enrique pudiese, sin violencia ni simonía, conferir las investiduras á los obispos y abades de su reino por medio del báculo y del anillo, con tal de que la eleccion fuese libre, y de que la posesion fuese concedida sin ninguna simonía. Semejante concesion ha atraido á Pascual vivas acusaciones, á las que Baronio contesta lo siguiente: « No existe la menor heregía en hacer la concesion *reservada*, consentida por Pascual; pero si en sostener lo que no dijo nunca Pascual, que es de derecho el que los legos den dar las investiduras, con lo cual se introduciria en la Iglesia un falso dogma, contrario á los usos reconocidos, á

las instituciones sagradas de los Santos Padres y á la opinion de muchos autores piadosos , que han salido á la defensa de Pascual. » Satisfecho Enrique con tal concesion , que solo le constituis en un *apoderado* , volvió á Roma con Su Santidad, y fué coronado emperador.

Pascual arrepentido de su condescendencia quiso abdicar el pontificado, mas no pudo realizar su idea.

En un concilio convocado en San Juan de Letran en 1116, Pascual renovó el decreto de Gregorio VII contra los seculares que confriesen , y los eclesiásticos que aceptasen las investiduras ; al saberlo Enrique se dirigió á Roma y el papa se retiró á Albano y desde alli á Monte Cassino , refugio propicio á los pontífices benedictinos; en seguida partió para Benevento, donde esperaba encontrarse en seguridad, habiéndole ofrecido un asilo los Normandos, fieles feudatarios en aquel tiempo de la santa sede.

Entonces se renovaron las acusaciones contra Pascual, quien se decia , habria debido sufrir la muerte antes que conceder semejante privilegio al poder secular, mientras que otros teólogos , despues de leer atentamente las rigurosas condiciones impuestas por el papa, defendian con calor su causa, debiendo recordar que Pascual fué el juez mas severo de sí mismo, pues arrepentido de lo que llamaba su debilidad , la condenó y se sometió á una austera penitencia.

El pontífice cuya historia escribimos , aprobó la orden de Fontevrault , fundada por Roberto de Arbrissel, el cual la sometió á la regla de san Benito.

Los triunfos de los cruzados permitieron á Pascual establecer un obispado en Bethleem.

En 1115 erigió en arzobispado el obispado de Bourges, fundado en el siglo tercero, y cuyo primer obispo habia sido san Ursino; este tuvo por sucesores á diez y ocho santos.

En 1117 Pascual abandonó de nuevo su capital , temiendo la violencia del emperador Enrique , y desde Benevento se dirigió á Anagni, donde cayó enfermo; restablecido, pudo volver á Roma , mas despues de celebrar las fiestas de Navidad enfermó otra vez y murió durante la noche del 21 de enero de 1118, siendo enterrado en la basílica de san Juan de Letran.

Pascual gobernó la Iglesia por espacio de diez y ocho años, cinco meses y ocho días.

La santa sede vacó durante tres días.

Durante este pontificado hubo tres antipapas; Alberto, Teodorico y Maingualfo; Alberto cardenal diácono, fué nombrado en reemplazo de Clemente III, mas el mismo día de su elección fué preso y encerrado en el monasterio de Aversa.

Teodorico despues de cinco días de pretendido pontificado, fué enviado al monasterio de la Trinidad de la Cava.

Maingualfo, abad de Farfa en 1102, tomó el nombre de Silvestre IV; mas obligado á huir de Roma, cayó en una espantosa miseria y murió desterrado y á lo que parece arrepentido.

En la obra de Fleury (1) se hallará todo lo relativo á san Anselmo, arzobispo de Cantorbery y sus disidencias con los reyes de Inglaterra, con motivo de la cuestion de las investiduras, en la que el arzobispo sostenia la doctrina pontificia; Fleury dá tambien la lista de las obras así dogmáticas como morales del célebre santo inglés, habiendo sido tambien escrita la vida del arzobispo por el monge Edmer, su discípulo y su inseparable compañero.

A fines del pontificado de Pascual, hablábase ya de la oportunidad de un concilio general para remediar los males de la Iglesia, que debia ser el noveno concilio ecuménico, pues contábanse el de Nicea, el primero de Constantinopla, el de Efeso, el de Calcedonia y finalmente los quinto, sexto, séptimo y octavo, celebrados en Constantinopla. La política romana, previsoramente y mas segura de su fuerza, deseaba entonces que el concilio general se reuniese en la basilica de san Juan de Letran, en la misma Roma.

(1) Fleury, IV, lib. LXV, 381.

163. Gelacio II. 1118.

Gelacio II llamado primeramente Juan Gaetani, pertenecía á la noble familia de Gaeta y vistió el hábito benedictino; siendo aun muy jóven, fué creado cardenal diácono por Urbano II y luego vice canciller, para restablecer, dice Pandolfo de Alatri, la antigua elegancia de estilo, perdida casi del todo como demuestran algunos documentos de la época. Los cardenales reunidos para su eleccion, en número de cincuenta y uno, le reconocieron como papa, á pesar de su viva resistencia, teniendo lugar entonces un incidente muy extraño; la oposicion del vice-canciller era apoyada por Enrique V su enemigo, y Gelacio esperaba sustraerse al poder, con el auxilio del príncipe, que solo queria admitir á un papa de su eleccion.

Apenas se supo la noticia del nombramiento cuando Cenocio Frangipani, partidario del emperador, y muy poderoso en Roma, pretendió que se eligiese á otro pontífice, lo cual era tambien el deseo de Gelacio; este sin embargo, ignoraba hasta que punto su eleccion habia escitado el furor de los imperiales, pues Frangipani al frente de varios conspiradores se presentó á su vista, le cogió por la garganta, le derribó á golpes, le pisoteó y dió orden de encarcelarle; por fortuna el prefecto de Roma y Pedro Leon, llegaron á tiempo para impedir otras violencias y lograron poner á Gelacio en libertad. En tiempo de Gregorio VII hemos visto horrores no menos espantosos, y los siglos duodécimo y décimo, nada podian recíprocamente hacerse cargo alguno.

En un consejo celebrado por los partidarios del papa, juzgóse prudente escitarle á partir á Gaeta en cuanto el emperador se dirigia á Roma, y Gelacio fué consagrado pontífice en aquella ciudad, lo que no habia podido verificarse en San Juan de Letran.

Enrique se obstinó en elevar á la cátedra pontificia al antipapa Gregorio VIII, mas Gelacio les escomulgó á ambos en

un concilio reunido en Capua. En esto y fiado en los consejos de sus amigos , creyó el papa poder volver á Roma y cierto día que celebraba el santo sacrificio en Santa Praxedes , quisieron sorprenderle los satélites imperiales, viéndose obligado á refugiarse cerca de San Pablo extra muros , dejando en Roma , en calidad de vicario , al cardenal Pedro, obispo de Porto.

Gelacio , cada vez mas estrechado por Enrique , resolvió pasar á Francia á fin de pedir auxilio al rey Luis VI , y en medio de tantas fatigas y agudos dolores , cayó enfermo en Macon; desde allí se hizo trasladar á Cluny donde murió, rodeado de sus hermanos en 29 de enero de 1119, siendo enterrado en el monasterio.

Gelacio gobernó un año y cinco dias.

Feller hace en este punto una acertadísima observacion (1): «Es singular , dice , el que los historiadores modernos al hablar de las diferencias habidas entre los papas y los emperadores , jamás hablan de los excesos de estos últimos , y esto que los pontífices jamás se dejaron arrastrar á violencias semejantes á las ejercidas por Enrique con el piadoso y modesto Gelacio.»

La santa sede vacó por espacio de cuatro dias.

El antipapa que tan violentamente turbó el pontificado de Gelacio era francés y se llamaba Mauricio Bourdin , monge benedictino , arcediano de Toledo , obispo de Coimbra en Portugal y luego arzobispo de Braga , en el mismo reino. Fué escomulgado en el concilio de Capua y luego por Calisto II en el de Reims celebrado en 1119 , muriendo en el castillo de Fumone , cerca de Alatri , en 1124.

Baluzio , que escribió su vida , trata de defenderle de algunos de los cargos que contra él se han dirigido.

(1) Feller, III, 250. M. de Maistre observóle antes que Feller.

164. Calisto II. 1119.

Calisto II, llamado primeramente Guido, monje benedictino, y luego arzobispo de Viena, cerca de Lyon, en 1083, era el quinto hijo de Guillermo el *Atrevido*, llamado tambien el *Grande*, conde de Borgoña, hermano de Guilla, esposa de Huberto II, conde de Maurienne, tronco de la real casa de Saboya, y tío de Adelaida, esposa de Luis VI rey de Francia; en una palabra, corria por sus venas sangre real é imperial. Elegido pontífice á pesar de su resistencia, modestia que parece hereditaria en muchos benedictinos, por seis cardenales que se encontraban en Cluny en 1.º de febrero de 1119, fué coronado en Viena en 9 del mismo mes, distinguiéndose en la eleccion, el celo del cardenal alemán Conon de Urach, el cual para librarse él del pontificado, favorecia las miras de los partidarios de Guido. Por otra parte el nombramiento de este habia sido recomendado por el moribundo Gelacio, quien le creia apto para regir los destinos de la santa sede. Una embajada llegada de Roma declaró canónica la eleccion hecha en Cluny, estando concebida en estos términos la confirmacion de los cardenales romanos: «Confirmamos la eleccion del cardenal Guido, aun quando hubiera debido hacerse por todos los hijos de la Iglesia romana, presbíteros y diáconos, y en la misma ciudad de Roma á ser posible, y en sus afueras, pero en un lugar inmediato en el caso de que los cardenales no hubiesen podido verificarla segun el uso romano (1).»

En un concilio celebrado en Tolosa, Calisto condenó al jefe de los petrobusianos, quienes suscitaban cuestiones de palabras é innumerables dificultades acerca del bautismo, de la eucaristía, de la Iglesia y de la cruz

En 1119 reunióse otro concilio en Reims, en el que fueron condenados los simoníacos, los eclesiásticos concubinarios y cuantos exigian un exagerado salario para las sepulturas y

(1) Novaes, III, 14.

los bautizos ; el antipapa Bourdin y el emperador fueron otra vez escomulgados , condenáronse las investiduras y se prohibió espresamente el matrimonio á los clérigos. Calisto fué recibido en Roma con extraordinarios honores y tomó posesion de San Juan de Letran en 2 de junio de 1120 ; desde Roma se dirigió á Benevento para escitar á los Normandos á poner sitio á la ciudad de Sutri , donde se habia retirado el antipapa Bourdin ; hiciéronlo en efecto y tomada la plaza y asegurada su persona , el obstinado antipapa no inspiró ya temor alguno.

Calisto antes de salir de Roma hizo una promocion de cardenales ; no hemos mencionado hasta ahora las varias promociones por la razon de que hasta este momento, los autores no están de acuerdo acerca de las fechas , y tambien porque dichos cardenales han sido poco conocidos, ignorándose el nombre de su familia , la naturaleza de sus trabajos y la parte que tomaban en los negocios estos consejeros directos de la santa sede : hubiera sido preciso dar una lista insignificante en la que solo figurarian *Juanes , Pedros , Anastasios , Guillos*, etc., sin poder en general añadir lo mas mínimo á estos nombres ; mas actualmente que á consecuencia de los nombres de familia, reina sobre tales hechos menor oscuridad , citaremos al ser promovidos, los nombres de los principales cardenales.

Entre los recientemente creados por Calisto, los habia que adictos antes á los antipapas , habian renunciado á sus errores, concediendo la clemencia del pontífice un perdon absoluto y aun augustos favores ; tal sentimiento de bondad es el punto culminante de la historia de los papas , quienes no olvidan ser los ministros de un Dios de misericordia.

Todo parecia encaminarse á un nuevo abismo de discordias, cuando Dios tocó por fin el corazon de los gefes de ambos partidos y la cuestion de las investiduras terminó en las conferencias de Worms, despues de durar tan asoladora guerra moral por espacio de cincuenta años, desde el pontificado de Gregorio VII. Entre los legados del papa y los embajadores imperiales , convínose en que el emperador podria conferir las investiduras de las regalías , únicamente por el cetro , reservándose al papa la del báculo y del anillo ; el emperador debia restituir los dominios confiscados á la Iglesia , desde el prin-

cipio de la discordia y ambas partes contratantes prometieron una amistad sincera y duradera.

Estos actos fueron ratificados en el concilio de Letran, noveno concilio general y el primero del Occidente, con intervencion de mas de nueve cientos obispos; en él se convino dándose ya por entendido, que las elecciones de los obispos y abades de la Germania [podrian hacerse sin simonia ante el emperador, y que los elegidos recibirian de él las *regalias*, es decir, los feudos y demás bienes análogos concedidos por los príncipes á la Iglesia; renováronse con tanto rigor como nunca, las excomuniones contra los nicolaitas, los simoniacos y el antipapa Bourdin; tratóse de las expediciones á Palestina, y finalmente el papa canonizó á Conrado obispo de Constancia.

Durante el mes de diciembre fueron nombrados nuevos cardenales.

En 1123 Calisto se dirigió á Benevento para ver allí la causa del arzobispo Rofredo, acusado de simonia; mas habiéndose justificado en presencia del pontífice, este devolvióle con gozo el honor y la comunión.

Calisto creó en favor de los canónigos de san Juan de Letran los títulos cardenalicios de *Santa Croce in Gerusalemme* y de *Sta. Maria Nuova*. Durante algun tiempo, los pontífices solo daban dichos títulos á dos de aquellos canónigos elegidos por sus cofrades.

Este papa gobernó cinco años, diez meses y doce dias, y murió en 13 de diciembre de 1124, siendo sepultado en la basílica de san Juan de Letran.

La santa sede permaneció vacante por espacio de siete dias. La muerte de Calisto sumió en la consternacion á todo el mundo cristiano (1), pues en menos de seis años de pontificado, acababa de pacificar la Iglesia y el imperio, de reparar las faltas ó debilidades de sus predecesores, de restablecer la autoridad de la santa sede y el esplendor del orden gerárquico, despues de haber hallado medio de que volviese la abundancia á Roma. Empezó varios trabajos en su capital, no solo restaurando los monumentos antiguos, sino levantando mu-

(1) Feller, II, 21.

chos acueductos para la comodidad pública; reedificó parte de la iglesia de san Pedro y adornóla magníficamente.

En la *Miscellanea* de Baluzio, en el *Spicilegium* de Achery, en la coleccion de los concilios de Labbe, en la *Bibliotheca Floriacensis*, en la Biblioteca de los Padres, edicion de Lyon, en la *Italia sacra* de Ughelli, en el *Bullarium Cassinense* de Margarini, en la *Marca hispánica* y en *de Re diplomática* de Mabillon se encuentran varias epístolas, sermones y bulas del pontífice Calisto II, al cual se atribuyen además una *Vida de Carlomagno* y un tratado *de Obitu et Vita sanctorum*.

Durante este pontificado fué condenado Abelardo por un concilio celebrado en Soissons (1121); dicho religioso fué llamado por los padres del concilio, obligándole en su presencia á arrojar á las llamas su obra sobre la *Trinidad*. Unos le acusaban de creer en la existencia de tres dioses, al paso que otros le reprochaban el no distinguir suficientemente las personas de la Trinidad (1).

Bajo el gobierno de Calisto, Suger fué elegido abad de san Dionisio, y como solo era diácono, tuvo que ser ordenado inmediatamente de presbítero; contaba entonces cuarenta años y rigió por espacio de treinta aquella célebre abadía.

165. Honorio II. 1124.

Honorio II llamado antes de su promocion al pontificado Lamberto de Fagnano, arcediano de la catedral de Bolonia, su patria, canónigo regular de san Juan de Letran, cardenal luego de santa Praxedes, nombrado cardenal-obispo de oficio por Pascual II, y legado de Calisto II en la corte de Enrique V, cerca del cual puso fin á la cuestion de las investiduras, fué elegido papa en 21 de diciembre de 1124 y coronado el día 28. Acabábase de elegir á otro papa, cuando Leon Frangipani quiso

(1) Fleury, IV, 469.

que se diese la preferencia á Lamberto , y aunque la eleccion era acertada , los sediciosos que conferian la tiara renovaban una costumbre que podia ser causa de nuevas turbulencias.

La modestia de Lamberto rehusó una dignidad tan ilegítimamente adquirida , y trascurridos siete dias renunció al pontificado , mas los cardenales al ver tan generosa moderacion , ratificaron su nombramiento. Antes de la violenta eleccion aconsejada por Frangipani , los cardenales habian elegido á Teobaldo , Romano , quien acababa de tomar el nombre de Celestino II ; mas al saber este los proyectos de Frangipani y de sus partidarios , rechazó la eleccion temiendo un cisma , de modo , que en menos de siete dias dieron dos cardenales un ejemplo de admirable abnegacion. Teobaldo persistió en su negativa , y Lamberto tuvo que rendirse á las instancias reunidas asi de los que tenian como de los que no tenian derecho de eleccion.

En 1125 , en las Témperas de diciembre , Honorio II hizo una primera promocion de cardenales.

Muerto el emperador Enrique V sin hijos varones , Honorio confirmó la eleccion de Lotario , duque de Sajonia , nombrado rey de los Romanos , hecha en Maguncia en 29 de agosto ; escomulgó á Federico y á Conrado sobrinos de Enrique , quienes disputábanse con las armas en la mano el reino de Lotario , y depuso á Anselmo del arzobispado de Milan , por haberse atrevido á coronar á Conrado en Mouza , con la corona del reino de Italia.

En las Témperas de diciembre de 1126 , Honorio verificó su segunda promocion de cardenales ; entre los nombrados hay nobles y personas pertenecientes á la segunda , y aun á la tercera clase de la sociedad.

Honorio II tomó parte en la cuestion del obispo de París , contra el cual se habia revelado su clero , á causa de la reforma que el prelado pretendia introducir en él ; Luis VI abrigaba alguna prevencion contra el obispo , y este , alarmado por los peligros de que se veia amenazado , puso en entredicho las tierras del rey. Honorio empezó por anular los actos del obispo por la agitacion en que ponian al Estado , mas habiendo salido san Bernardo en defensa del prelado , el papa acabó por

apoyarle, y su causa triunfó. Este pontífice, de acuerdo con el patriarca Esteban, dió el hábito blanco á los Templarios, cuya órden acababa de ser establecida.

En 1127, Honorio escomulgó á Roger, conde de Sicilia, por haber, despues de la muerte de Guillermo II, duque de Pulla, tomado posesion de dicho estado, sin consentimiento de la santa sede, y unido Nápoles á la Sicilia; sin embargo, habiendo Roger en el siguiente año enviado al papa un acta de sumision y ricos presentes, Honorio aceptó el primero, rehusó los segundos, y admitió al príncipe en la comunion, creándole luego duque de Pulla, despues de recibir su juramento de ser vasallo y feudatario de la iglesia romana.

Honorio se dirigió á Benevento, ciudad que acababa de tomar ciertas medidas que podian hacer temer una rebelion, y con su carácter firme y generoso, restableció la paz distribuyendo con mano segura, el castigo y la recompensa.

Este pontífice gobernó la Iglesia cinco años, un mes y veinte y cinco dias y murió en Roma en el monasterio de san Andrés, llamado en el dia de san Gregorio, en 14 de febrero de 1130. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de san Juan de Letran, y la santa sede no sufrió vacancia alguna.

166. Inocencio II. 1130.

Inocencio II, llamado Gregorio Papareschi, romano, del cuartel de Transtevere, de la noble familia Giudoni, que lleva en el dia el nombre de Mattei, caónigo regular de san Juan de Letran y creado cardenal diácono de san Angelo por el papa Urbano II, fué elegido pontífice en 15 de febrero de 1130 por diez y seis cardenales, siendo los demas favorables al antipapa Anacleto, del cual hablaremos despues; Papareschi se negaba á prestarse al deseo de los cardenales, pero estos le obligaron bajo pena de escomunion á aceptar el pontificado de

que tan digno era por su conducta noble y firme, por su profunda ciencia, por su afabilidad y por su elocuencia. Ordenado de presbítero en 22 de febrero, día dedicado á la cátedra de san Pedro, fué consagrado papa el 23 en la iglesia de *Santa Maria Nuova ó Campo Vaccino*.

Inocencio II no pudo resistir á la faccion de Pedro Leone, antipapa bajo el nombre de Anacleto, y pasó á Francia, donde fué recibido con extraordinarios honores por el rey Luis VI, llamado el Gordo, durante cuyo reinado, cinco pontífices, fueron á pedir un asilo á la fiel nacion que Baronio califica de *puerto de la barca de san Pedro en toda tempestad*. Dichos pontífices fueron Urbano II, Pascual II, Gelasio II, Calisto II é Inocencio II.

El papa se dirigió primeramente á Pisa donde pasó parte del año 1130; continuó su viage por Génova, y desembarcó en Provenza, siendo recibido en el monasterio de Cluny con los honores debidos á su rango; desde allí marchó á Clermont, donde celebró un concilio, é hizo su primera promocion de cardenales, pasando luego á Orleans, en cuya ciudad le salió al encuentro el rey Luis prodigándole grandes muestras de afecto. Inocencio visitó sucesivamente Ruan, Chartres y Lieja, y en el concilio reunido en esta última ciudad escomulgó á Anacleto (1), y prometió la corona imperial á Lotario, el cual se obligaba á defender á la Iglesia y á mantenerla sus bienes. Con este motivo propuso al papa restablecer el derecho de investidura, al que renunciara Enrique V, mas Inocencio resistió á tal demanda con valor, y san Bernardo, que tambien se opuso á ella, logró persuadir al rey de que renunciase á semejante pretension.

A su regreso á Francia, el papa visitó los dos célebres monasterios de Clairvaux y de san Dionisio; en el primero fué recibido por los monges con particular afecto llevando una cruz de madera mal labrada y cantando con tranqüilidad; el

(1) Anacleto no careció de habilidad, cuando para hacerse reconocer en Francia, escribió al rey Luis VI: « Haciendo justicia á la iglesia galicana, debemos decir que jamás ha sido infectada por error ni cisma alguno. » La Francia aceptó la alabanza porque era merecida, mas rechazó al que la daba, porque era un intruso.

papa y los obispos lloraban y admiraban la gravedad de aquella comunidad, observando que en medio del público regocijo tenían todos los ojos fijos en tierra, sin que la curiosidad les moviera á dirigirlos á una ú otra parte, de modo que no veían á nadie, cuando atraían la atención general. Las paredes de su iglesia se hallaban enteramente desnudas, y lo único que de ellos podía desearse era la imitación de sus virtudes (1).

El papa fué recibido en san Dionisio por el abad Suger, quien salió á su encuentro con su capítulo, y prodigóle las mayores muestras de veneración; en aquella circunstancia hizo Inocencio una espléndida liberalidad, conocida con el nombre de *Presbiterio* (Véase á Bury, edic. de Pavía, 1726).

En un concilio celebrado en Reims, condenó con las formalidades de estilo al antipapa Anacleto, y canonizó á san Godardo, nacido en Baviera en 960, monge benedictino en 990, y abad de esta orden ocho años despues.

En el mismo concilio coronó el papa por rey de Francia á Luis, segundo hijo de Luis VI.

Fleury refiere (Véase tambien *Cr. Maurin*, pág. 378) una tierna escena sucedida en aquel concilio: El rey Luis VI que habia perdido á Felipe su hijo primogénito, recientemente coronado, y que deseaba que el papa coronase á su segundo hijo Luis, entró en el concilio en 24 de octubre de 1131, subió á la tribuna en que se hallaba el papa, besóle los piés, se sentó á su lado en un sillón y habló de la muerte de su hijo en cortas pero elocuentes palabras que hicieron correr las lágrimas de todos los asistentes (2); entonces el papa fijando sus ojos en él, le dirigió algunos consuelos y exhortóle á elevar sus pensamientos al Rey de los reyes, y á someterse á los juicios de Dios. El Señor, dijole, ha llamado á sí á vuestro hijo primogénito, aun en la inocencia, para que reinara con él en el cielo, dejándoos otros para reinar despues de vos en este mundo. Nosotros, pobres estrangeros arrojados de nuestro país, somos los que mas necesidad tenemos de consuelos, y nos los habeis prodigado al recibirnos con tales honores y

(1) Mabillon, *Cr. Bern.*

(2) Fleury, lib. LXVIII, 508.

al colmarnos de beneficios , por los que recibireis una eterna recompensa.»

El día siguiente salió el papa muy de mañana del palacio arzobispal con su corte y los prelados del concilio, y dirigióse á san Remigio, donde residia el rey con el príncipe su hijo, siendo recibido procesionalmente por los monges de aquella abadía; Inocencio llevó consigo al tierno príncipe, de diez años de edad, llamado tambien Luis, y le acompañó á la iglesia metropolitana de Nuestra Señora. El pontífice se hallaba revestido de sus solemnes ornamentos y llevaba la tiara en la cabeza , rodeando á él y al príncipe gran número de sacerdotes y de nobles. El rey con muchos señores y prelados les esperaba en la puerta de Nuestra Señora, y penetrando todos en la iglesia, presentaron el príncipe al altar, mientras que el papa á quien se había entregado la *santa redoma*, le consagraba con el óleo con que san Remigio ungió al rey Clovis en su bautismo, y que recibiera el arzobispo de manos de un ángel; aclamando el pueblo á Inocencio, á Luis y al nuevo rey.

Desde Reims el papa se dirigió á Italia, acompañado de san Bernardo.

En 4 de junio Lotario II fué coronado emperador en la basílica de san Juan de Letran, pues por desgracia ocupaba el Vaticano el antipapa Anacleto, y con este motivo el papa cedió temporalmente al emperador la donacion hecha por la condesa Matilde, consistente en la mayor parte del ducado de Mantua, del de Parma, del de Reggio y del de Módena, y en toda la Garfagnana (1), debiendo en cambio pagar el emperador al pontífice y á sus sucesores cien libras de plata, estipulándose además que lo cedido vitaliciamente al emperador debía volver á la santa sede en toda su integridad, despues de la muerte de aquel príncipe.

Luego que el emperador hubo salido de Roma, los cismáticos obligaron á Inocencio á marchar á Pisa, donde tuvo la dicha de restablecer la paz entre los pisanos y los genoveses, y donde permaneció hasta la muerte de Anacleto; este acontecimiento no terminó sin embargo el cisma, pues los que

(1) Novaes, III, 25.

eran cómplices de él , apoyados por Roger , duque de Sicilia , quisieron elegir papa al cardenal de los santos apóstoles , Gregorio Conti , bajo el nombre de Victor IV , el cual cediendo á los ruegos de san Bernardo se sometió trascurridos tres meses , devolviendo la paz á la Iglesia , despues de un cisma de ocho años.

En 22 de abril de 1134 , Inocencio canonizó á Hugo , obispo de Grenoble , monge de Cluny.

En Francia todo sucedia segun los deseos del pontífice , debiéndose gran parte de los triunfos á san Bernardo , amigo tan generoso como desinteresado ; en vano le fué ofrecida la sede de Génova , que debia ser erigida en arzobispado , y mas tarde el obispado de Chalons : san Bernardo no aspiraba á otra gloria que á la de permanecer monge benedictino.

En 1139 , despues del fallecimiento del antipapa Victor , Inocencio convocó el concilio segundo de Letran , décimo general , al que asistieron mas de mil obispos , formándose en él treinta decisiones canónicas. Siguiendo el mismo sistema de firmeza y energía , los nicolaitas , los simoníacos y los que aceptasen investiduras de manos de legos , fueron escomulgados , fulminando igual pena contra los arnaldistas ó partidarios de Arnaldo de Brescia , quien negaba la posibilidad de salvarse á los clérigos que poseyesen bienes , á los obispos que percibiesen los derechos llamados *regalias* , y á los monjes que tuviesen tierras , por ser todo esto , decia , pertenencia esclusiva de los legos.

Esta heregía ha pasado de mano en mano hasta los sectarios modernos , de modo , dice Baronio hablando de los herejes políticos , que Arnaldo es considerado como su patriarca y su príncipe.

Despues del concilio , Inocencio , haciendo apesar suyo la guerra á Roger , duque de Sicilia , fué hecho prisionero por el hijo de este , no lejos de Monte Cassino ; mas en breve recobró la libertad , á consecuencia de un tratado en el que Roger obtuvo del papa el título de rey de Sicilia , bajo la condicion de satisfacer un tributo que no fué todavía el de la hacanea.

En 1140 , Inocencio condenó los errores de Pedro Abel ardo ,

condenado ya en los anteriores concilios, siendo el papa activamente secundado por la elocuencia y actividad de san Bernardo.

En 1141, suscitóse una cuestion entre el pontífice y el rey Luis VII; despues de la muerte de Alberico, arzobispo de Bourges, el papa le habia dado por sucesor á Pedro de la Chatre, mas irritado Luis el Joven de que se hubiese hecho semejante nombramiento sin la venia real, juró que jamás surtiria efecto, é impidió al nuevo elegido penetrar en la ciudad. Pedro de Champagne que poseia grandes feudos en el Berry, tomó á De la Chatre bajo su proteccion, y de acuerdo con Roma, hizole reconocer en las iglesias de sus dominios, contestando á esto Luis el Joven llevando la guerra á la Champagne y entregando á las llamas la ciudad de Vitry. San Bernardo terminó la diferencia con el poder de su palabra, y era bello ver á un francés no olvidar á su patria cuando esta tenia necesidad de su apoyo, y honrar al mismo tiempo á la santa sede malquistada con la Francia; y eralo tambien verle triunfar siempre en sus empresas haciéndose digno, á los ojos de la cristiandad, de universal admiracion.

Abelardo murió en 1142 despues de haber implorado el perdon de sus errores, permitiendo Inocencio, que el harto célebre profesor, fuese reconciliado con la Iglesia.

Este pontífice gobernó la Iglesia trece años, siete meses y diez dias, y murió en 24 de setiembre de 1143, siendo sepultado en san Juan de L-tran, y trasladado siete años despues á la Iglesia de *santa Maria in Transtevere*, que habia reedificado en parte y fué terminada en 1148 por su hermano Pedro, obispo de Albano.

La santa sede quedó vacante por espacio de tres dias hasta la consagracion de Celestino II.

A fines del pontificado de Inocencio II, murió el emperador griego Juan Commeno, teniendo por sucesor á Manuel, el mas joven de sus dos hijos, pero el mas capaz para ceñir dignamente la corona.

167. Celestino II. 1143.

Celestino II, llamado antes Guido, nacido en el castillo de santa Felicidad, cerca del Tiber, descendia de una ilustre familia de Cittá di Castello. Elegido papa, fué consagrado en 26 de setiembre de 1143, sin que su nombramiento fuese acompañado de turbulencia alguna, lo que no habia sucedido desde Alejandro II, elegido en 1061, es decir, ochenta y dos años antes.

Apenas se hubo sentado Celestino II en el trono pontificio, cuando Luis VII rey de Francia le envió una embajada de obediencia, pidiendo la paz y la absolucion de las censuras eclesiásticas fulminadas por su antecesor, Inocencio II.

Su santidad acogió á los embajadores con estremada benevolencia y ante gran número de nobles romanos, levantó la mano haciendo la señal de la cruz en la direccion de la Francia, y la absolvió de la sentencia de entredicho.

En este pontífice empiezan las célebres profecías relativas á los sumos pontífices, atribuidas á san Malachías, arzobispo de Armagh, en Irlanda, muerto en 1148; Arnaldo Wion, benedictino, fué el primero que las publicó, é hicieronse de ellas varias ediciones, considerando todo el mundo aquellos libros sibilinos como palabras descendidas del cielo. El padre Menestrier de la compañía de Jesus, patentizó la impostura en 1689, tanto que seria insensato en el dia no tomarlas por lo que realmente son; debiéndose advertir, que si desde el momento de su aparicion fueron defendidas por la credulidad ó la piedad mal entendida, en menosprecio de las reglas de la sana crítica, fueron tambien atacadas por varios escritores que no omitieron esfuerzo alguno para destruirlas. Poco á poco han sido olvidadas, y luego cuando ha reaparecido su recuerdo han sido despreciadas; esta era la suerte que merecian.

Arnaldo Wion, que vivia en 1595, es decir, cuatrocientos cincuenta años despues de san Malachías, asegura que es el

primero en publicarlas, pero no dice de quien las ha recibido, sin que haga mención de ellas autor alguno contemporáneo de san Malacháis; el mismo san Bernardo, el grande y célebre amigo del arzobispo, cuya vida ha escrito, no habla tampoco de estos versos, si bien menciona otras profecías del santo, menos importantes.

En dichas profecías ó vaticinios, se enumeran ocho antipapas, á saber: Victor IV, Pascual III, Calisto III, Nicolás V, Clemente VII, Benedicto XIII, Clemente VIII y Felix V, colocándoles entre los verdaderos papas, y designando únicamente como antipapas á Nicolás V y á Clemente VIII.

En la colocacion de los nombres, reina indecible confusion, de modo, que como Dios no revela cosas falsas (1), no puede llamarse á aquello profecía; finalmente, debemos decir que muchos ilustres personajes, como Baronio, de Sponde, Bzovio y Rainaldi no han hecho el menor caso de semejantes delirios.

Segun todas las apariencias fueron imaginados en 1590, en el tiempo en que se reunió el cónclave que eligió á Gregorio XIV, y fabricados por los partidarios del cardenal Simoncelli de Orvieto, á quien designan en la profecía de *antiquitati urbis*. Ahora bien, nada mas fácil que adivinar las cosas pasadas, de modo que se aplican perfectamente á los pontífices que reinaron desde Celestino II. 167.^o papa, á Gregorio XIV, 233.^o papa, mas desde este, es decir, desde el momento en que fué absolutamente preciso penetrar el porvenir, no pueden amoldarse á los hechos ni al buen sentido, sino con grandes esfuerzos y mucha violencia.

Novaes inserta estensamente dichas profecías, junto con la aplicacion mas ó menos forzosa que de cada una de ellas debe hacerse á cada papa, hasta Pio VI inclusivamente, y como en una de ellas se da al sucesor de Pio VI la calificacion de *Aquila rapax*, los partidarios de tal impostura han querido ver una alusion á la orden de apoderarse de Pio VII dada por el representante del Aguila ó por sus ministros. Respecto de los pontífices siguientes no se hace profecía alguna que merezca el nombre de tal; véase sino la última señalada con el número 112:

(1) Novaes, III, 41.

« Cuando la última persecucion contra la Santa Iglesia romana, se sentará en el trono pontificio, Pedro, Romano, segundo del nombre, el cual apacentará su rebaño en medio de tribulaciones. Cuando estas terminarán, la ciudad de las siete colinas será destruida, y el terrible juez juzgará á su pueblo. Amen.» Muchos protestantes viendo en esta fábula razones para atacar á la santa sede, y para creer en la destruccion de Roma, acreditaron tan absurdas invenciones; mas en el dia no hay hombre alguno razonable, ya sea católico, ya pertenezca á la religion que se pretende reformada, que crea en semejante cuento, ó que se atreva al menos á proclamar su error.

Celestino II gobernó la Iglesia cinco meses y trece dias; y murió en 9 de marzo de 1144, siendo sepultado en la iglesia de san Juan de Letran. La santa sede permaneció vacante por espacio de tres dias.

168. Lucio II. 1144.

Lucio II, cuyo nombre era Gerardo Caccianamicci, era natural de Bolonia, y hecho canónigo de san Juan de Letran, donde seguia la regla de san Agustin, fué creado por Honorio II cardenal presbítero de *Santa Croce in Gerusalemme* y vicecanciller y bibliotecario de la santa Iglesia por Inocencio II, hasta que elegido papa en 12 de marzo de 1144 fué consagrado el mismo dia.

Este pontífice recibió de Alfonso, que se daba el título de rey de Portugal y al que la santa sede solo reconocia el de conde (1), el homenaje de sus Estados, declarándolos feudatarios de la iglesia romana y obligándose á pagar un tributo de cuatro onzas de oro.

En 1145, Lucio llamó de Francia á algunos religiosos de

(1) El título de rey le fué dado mas tarde por Alejandro III, mas este príncipe lo recibia ya de sus vasallos en tiempo de Lucio II.

Cluny y les dió el monasterio de san Sabas, fundado por san Gregorio el Magno, al que faltaba la observancia de la regla de san Benito.

Los romanos, partidarios de Arnaldo de Brescia y hostiles al pontificado como en tiempo de Inocencio II, abrigaron la pretension de resucitar la antigua dignidad senatorial y la órden de los caballeros, estableciendo en el capitolio á un patricio, al que debian obedecer como á su príncipe. Este cargo fué conferido á Jordan, hijo de Pedro Leon, poderoso personaje, y le asignaron todas las rentas de la Iglesia, diciendo que el papa tenia ya lo bastante con los diezmos y las oblaciones. Lucio quiso castigar á los rebeldes y arrojarles del capitolio, mas habiéndose resistido, una piedra hirió al papa durante el ataque, causándole la muerte en 25 de abril de 1145, despues de haber gobernado la Iglesia once meses y catorce dias.

Su cuerpo fué sepultado en San Juan de Letran, y la santa sede estuvo vacante por espacio de un dia.

169. Eugenio III. 1145.

Eugenio III, que se llamaba primeramente Bernardo de Montemago, castillo situado á cinco millas de la ciudad de Pisa, de donde aquel era canónigo, descendia de la ilustre familia de los Paganelli; pertenecia á la órden de Cluny, y san Bernardo, de quien era discípulo, le habia nombrado abad del monasterio de los santos Vicente y Anastasio en las Tres Fuentes.

A pesar de no ser cardenal, fué elegido papa en la iglesia de san Cesáreo, en la que, segun muchos autores, se reunieron los electores sagrados en 27 de diciembre. Con su eleccion derogóse el decreto que prohibia conferir la tiara á otros que á los cardenales.

Luego de su elevacion, Eugenio prometió aprobar la institucion de la órden militar de san Juan de Jerusalem, vulgarmente llamada de Malta, fundada en la ciudad santa en 1119 por algunos napolitanos, quienes elevaron en ella un hospital para sus nacionales; el beato Gerardo, natural de Martigues en Provenza, á quien obedecian, dió á los caballeros la regla de san Agustín, y como eran á la vez hospitalarios y caballeros, se obligaron, por un cuarto voto, á socorrer á los peregrinos.

Despues de su eleccion, temiendo Eugenio la malignidad de los arnaldistas, que pretendian restablecer su ilusorio senado, y deponer al nuevo papa si no consentia en ello, se retiró á la abadía de Farfa, en la Sabina (1), donde fué consagrado en 4 de marzo; desde allí pasó á Viterbo en cuya ciudad hizo su primera promocion de cardenales, y algunos meses despues pudo volver á Roma, habiendo prometido los arnaldistas la disolucion de su senado y no oponiendo la menor dificultad en someterse á los senadores nombrados por la autoridad pontificia.

Los arnaldistas no cumplieron su palabra y promovieron nuevos tumultos, obligando á Eugenio á marchar á Francia, donde fué pomposamente recibido por el rey Luis VII, quien prometió enviar socorros á la tierra santa. En 1147 el pontífice celebró en París la fiesta de Pascua y reunió un concilio para tratar del asunto de Gilberto de la Porea, obispo de Poitiers, el cual separaba la ciencia divina de la persona del mismo Dios, profesando además otros errores contra el misterio de la encarnacion. Gilberto combatido por san Bernardo, pretendió no haber sentado tales principios, y aplazada la decision para el concilio de Reims, que se celebró en el siguiente año, fueron en él condenadas las erróneas opiniones de Gilberto.

Eugenio convocó luego un concilio en Treveris, donde se examinaron los escritos de santa Hildegarda, religiosa muy

(1) Fleury hablando de Atenulfo, le llama abad de Farsa en Italia, debiendo decir de Farfa. En general se ven en Fleury muchas faltas en los nombres propios y observo que no han sido enteramente corregidas en la nueva edicion. (IV lib. LXIX, 564).

célebre entonces, y como las sencillas y cándidas contestaciones que dió á los que la interrogaban, así como el testimonio de san Bernardo que se encontraba presente, no permitieron á Eugenio dudar de que recibia un favor particular del cielo, permitiéndole escribir sus revelaciones, exhortándola á hacerlo con piadosa prudencia, y encargándole eficazmente que conservase por la humildad la gracia que habia recibido.

En otro concilio reunido en Reims tuvo lugar una escena que colmó de gozo á todos los corazones católicos de la Francia; Gilberto se presentó personalmente á abjurar sus errores; fué admitido al ósculo de paz, y encargóse de nuevo del gobierno de su Iglesia.

Eugenio se dirigió en seguida al monasterio de Clairvaux, donde si bien rodeado de la pompa de sumo pontífice, vivia como un simple religioso; bajo los ornamentos de su dignidad no abandonaba el cilicio; su lecho estaba cubierto de púrpura y de magníficas telas, mas en su interior solo contenia paja y sábanas de lana. Al hablar á la comunidad, no podia contener sus lágrimas, y exhortaba y consolaba á los antiguos compañeros de sus primeros trabajos religiosos con afecto fraternal. ¿Qué conducta podia dar mejor idea de la escelencia de los principios que se recibian en Clairvaux, de aquellos principios que escitaban en un italiano, nacido lejos de aquel suelo, tan profundos recuerdos? ¿Qué situacion podia estrechar con mas fuerza los vínculos de afecto que unian la Italia á la Francia? Cuando los franceses y los italianos se hallen apartados unos de otros, alimentarán todos ciertas preocupaciones que perjudicarán su mútuo acuerdo, mas cuando se vean de cerca, se amarán, conocerán todos lo que cada uno vale, se devolverán bien por bien, y darán á las demas naciones el ejemplo de la verdadera fraternidad católica.

No se nos hable ya de las debilidades de este ó del otro pontífice; olvidemos los errores, no pensemos en acusaciones quizás exageradas, y demos gracias á Dios que permite de tiempo en tiempo la aparicion en la tierra de aquellas divinas virtudes que nos ofrecen ciertos pontífices; virtudes que no conocen, que no pueden conocer otros príncipes ni otros hombres; virtudes que regocian el corazon, desolado quizás por

las angustias que sufrieron tantos papas destinados al dolor, de cuyos funestos anales nos hemos hecho eco para enseñar, que en el estado religioso, lo mismo que en otro cualquiera, no conviene aspirar imprudentemente á las grandezas, debiendo en cambio recordar el grande número de papas que rehusaron la tiara, aceptándola solo por obediencia.

Jamás nos causaremos de repetirlo : los deberes de un pontífice romano son inmensos; no le es permitido hacerse amar, hacerse bendecir en el punto en que se encuentra bien, sino que debe tambien averiguar si en otras partes, donde quizás imperan ingratos, se necesitan sus consejos, su proteccion y su clemencia.

La España se hallaba agitada por cierta cuestion doméstica, cuando recordando Eugenio que existia en aquella region un hijo adicto y fiel, Raimundo, arzobispo de Toledo, le escribió una carta, confirmando la primacia concedida anteriormente por Lucio II á la iglesia de Toledo, y uniendo á ella el presente de la rosa de oro.

Muchas y variadas son las conjeturas hechas acerca de la rosa de oro; segun el padre Calmet, autor de la *Historia eclesiástica y civil de la Lorena*, lib. XIX, núm. 101, pág. 140, San Leon IX, instituyó en 1050 la bendicion de la rosa de oro, cuando despues de reunir á la santa sede el monasterio de Santa Cruz en Alsacia, fundado por sus antepasados, y herencia suya, quiso eternizar la memoria de este acontecimiento, imponiendo á dicho monasterio el tributo anual de una rosa de oro de dos onzas de peso. Segun la bula esta rosa debia ser entregada al papa *pro tempore*, y llevada en adelante por él en la acostumbrada ceremonia del cuarto domingo de cuaresma. El abogado consistorial Carlos Cartari, no admite semejante suposicion en su *Tratado de la Rosa de oro* y de los ritos usados para su bendicion (Roma 1681 y 1687 en cuarto) y atribuye su institucion á tiempos tan antiguos que los críticos modernos no pueden estar de acuerdo con él.

Novaes al referir el pontificado de Inocencio IV (III, pág. 214) asegura que este papa envió la *rosa de oro* en 1248 á los canónigos de san Justo de Lyon, por haber habitado entre ellos cerca de siete años; que en 1249 dióla á Raymundo, con-

de de Tolosa , que visitara á su santidad en la misma ciudad de Lyon , y que fué el primer pontífice que verificó dicha bendicion ; mas el mismo Novaes nos dice en otra parte que esta institucion data de 1400 , probablemente del tiempo de Bonifacio IX , y sin admitir lo que dice dom Calmet , cree que san Leon bendijo tambien rosas de oro. Para poner de acuerdo á dom Calmet y á Novaes , no hay mas sino decir que la *rosa de oro recibida* puede haber dado la idea de la *rosa de oro conferida*. Acerca del dia en que se procedia á su bendicion , no hay la menor dificultad , y todos los autores convienen en que aquella se verificaba el cuarto domingo de cuaresma.

Hasta la época en que los papas residieron en Aviñon , habia tenido lugar en la iglesia de santa Cruz en Jerusalem ; mas á su regreso á Roma practicóse la ceremonia en la sala de los Paramenti , en el palacio pontificio , llevándose luego la rosa procesionalmente (1).

Despues de varios triunfos alcanzados contra los arnaldistas , Eugenio volvió á Roma á fines del año 1149.

En 1151 , mientras que el papa se veia obligado á causa de nuevas turbulencias á residir en la campiña romana , recibió á los arzobispos de Colonia y de Maguncia , llamados para dar cuenta de su conducta en varias circunstancias ; prelados que sabiendo la extrema miseria á que el pontífice se veia reducido por las doctrinas de los arnaldistas , quienes no admitian que el sacerdote viviese del altar , habian llevado consigo una crecida suma de dinero , recogida entre los fieles alemanes y la ofrecieron al papa , el cual la rehusó. Vista escrupulosamente la causa de los arzobispos , quedaron estos completamente justificados , (2) y Arnoldo , arzobispo de Colonia ,

(1) Véase á Gretser , tomo V , par. 2 , de *Benedictionibus* , lib. 2 , cap. 40 , pág. 270. Véase tambien á Edmundo Martene , de *Ant. Eccles. discipl.* , c. 49 , par. 17. Consúltese tambien el Bulario de Benedicto XIV , tomo III , pág. 340 , existiendo además sobre este asunto una disertacion anónima compuesta en 1758. Véase tambien la obra del padre Baldassari , jesuita , titulada *la Rosa d'oro che si benedice nella quarta domenica di quaresima* , Venecia , 1759. Véase tambien una carta latina del teatino Pedro Busanelli , de la que se hicieron dos ediciones en 1759.

(2) Fleury no hace mencion de este hecho.

recibió varias gracias y privilegios que fueron conservados hasta el principio de este siglo por el titular de aquella diócesis, desapareciendo en medio del trastorno general sufrido por la Alemania á ejemplo de la Francia.

En 1152, canonizó Eugenio á Enrique I emperador, rey de Germania, bajo el nombre de Enrique II, y queriendo en la misma época recompensar á la Irlanda de sus religiosos sentimientos que resplandecían ya entonces con el mismo brillo que en el día, instituyó cuatro arzobispados, que fueron los de Armagh, de Dublin, de Cashel y de Tuam.

A instancia de Graciano, benedictino célebre por su colección de los decretos de los papas y de los concilios, Eugenio instituyó en las academias los grados de bachiller, de licenciado y de doctor, con distintos privilegios.

Novaes si bien habla de este suceso parece negarlo creyendo anterior la institución de dichos grados.

Cuanto mas se acercaba Eugenio al fin de sus días, tanto mas nobles y piadosas eran sus acciones; la ingratitude de los romanos no secaba la fuente de sus beneficios, y embelleció su capital, reedificó Santa María la Mayor, é hizo construir en ella un pórtico proporciónado á la magestad de aquel templo, adornándolo con magníficos mosaicos.

El pontífice no olvidó á su familia, es decir, á la órden del Cister, y este fué su glorioso nepotismo; además de confirmar los estatutos de la órden, acordóla cuantos privilegios razonables podía desear y á los que era por tantos títulos acreedora. Si el papa amaba á Clairvaux, Clairvaux le amaba también, y San Bernardo dedicóle sus libros sobre la *Consideracion*. Eugenio consideraba al santo como á su maestro y tenía en mucho sus consejos, habiendo abusado de ellos muchos hombres extraviados para exagerar los abusos que Bernardo reprendía. De todos modos infundía ciertamente admiracion así la prudencia personal del pontífice como la de un gobierno, en el cual las amonestaciones y consejos, dados algunas veces con acritud, eran recibidos con agradecimiento y con fruto (1).

En Eugenio se encontraba la piedad, la ciencia, el desin-

(1) Feller, II, 738.

terés , el celo para el buen gobierno de la Iglesia , para los progresos de la religion y para la estirpacion del error , admirables virtudes cuya union inspira la idea de lo que debe ser un gran papa ; buscaba á los sabios y sabia juzgarles ; recompensaba á los letrados y hacia nacer entre ellos el espíritu de emulacion. A él se debe el pensamiento de traducir las obras de San Juan Damasceno sobre la fé ortodoxa.

Este pontifice recobró Terracina y construyó en Roma un palacio cerca del Vaticano , palacio que fué derruido mas tarde para hacer lugar al vasto edificio que sirve en el dia de habitacion al papa. — Eugenio gobernó ocho años, cuatro meses y diez dias , y murió en Tivoli en 8 de julio de 1153 , siendo sepultado en el Vaticano.

La santa sede soló estuvo vacante un dia.

San Bernardo, tan conocido y apreciado en Roma, escribia con frecuencia á Eugenio , y en una de sus cartas le decia : « Escusádme si soy importuno , mas como se dice que soy yo el papa y no vos , los que tienen asuntos pendientes acuden á mí de todas partes , y entre tantos amigos , los hay á quienes en conciencia , no puedo negar mis servicios »

El mismo santo escribia lo siguiente á los cruzados respecto de los judíos : « Os advierto que no creais á todo el mundo , y que ajustéis vuestro celo á la ciencia ; no persigais á los judíos , ni les deis muerte , pues son como letras vivas que nos representan la pasion de Nuestro Señor ; por esto se encuentran dispersos por todas las regiones de la tierra , á fin de que al mismo tiempo que sufran la pena de tan gran delito , den testimonio de nuestra redencion. Sin embargo dia vendrá cuando la multitud de los gentiles habrá entrado en la Iglesia, en que se convertirán. » Cuando Bernardo hablaba asi, acababa de publicarse la segunda cruzada, y el rey Luis partia para Jerusalem. Durante este pontificado murió San Malachías, arzobispo de Irlanda , cuya vida escribió San Bernardo , á petición del abad Congan y de toda la comunidad cisterciense que gobernaba en aquella isla.

En enero de 1152, murió el abad Suger, asistiendo á sus funerales seis obispos , muchos abades y el rey Luis el Joven , el cual lloraba amargamente.

110. Anastasio IV, 1153.

Anastasio IV, llamado primeramente Conrado de Suburna, hijo de Benedicto, noble romano, canónigo regular, prior en el monasterio de San Anastasio y luego nombrado por Honorio VII, obispo cardenal de Santa Sabina, fué elegido papa el día 9 y consagrado el 12 de julio de 1153: respetable por sus canas, estaba dotado de estremada prudencia y era muy instruido en el derecho civil y canónico.

Los primeros días del pontificado de Anastasio fueron testigos de un acontecimiento que sumió á la Iglesia toda en amargo dolor.

San Bernardo llamado á Metz para restablecer la paz entre el pueblo y los señores, tuvo la suerte de calmar la cólera de todos, no sin vencer antes, grandes dificultades; ambos partidos llegaban á las manos siempre que se hallaban frente á frente, y Bernardo propuso elegir una isla en medio de Mosella, donde algunos diputados elegidos por cada bando firmasen un tratado que restableciese la concordia. Bernardo hizo sobrehumanos esfuerzos para lograr la reconciliacion, y ambos partidos se dieron la mano y se abrazaron.

Este acto debia ser el último de la vida del santo, el cual cayó enfermo luego de su regreso á Clairaux: él mismo explica la naturaleza de su enfermedad en una carta escrita á Arnolfo, abad de Bonneval (carta 310): «Mi único placer, dice, es no tomar alimento..... Mis piernas y mis piés se hallan hinchados como los de un hidrópico, mas aunque la carne se halle enferma, el espíritu está sano. Rogad al Salvador que me salve al salir de este mundo sin diferirlo por mas tiempo, y en aquel postrer momento en que me encontraré sin méritos, cubridme con vuestras oraciones, de modo que la tentacion no sepa donde descargar sus golpes. Os escribo por mí mismo á pesar del estado en que me encuentro, á fin de que viendo la mano, reconozcais el corazon.» San Bernardo murió en 20 de agosto de 1153; su cadáver revestido de los ornamen-

tos sacerdotales, fué llevado á la capilla de la santísima Virgen, en medio de un gran concurso de nobleza y pueblo de las cercanías, resonando el valle con universales sollozos.

San Bernardo contaba setenta y tres años de edad, cuarenta de monje cisterciense, y treinta y ocho de abad de Clairvaux: habia [fundado ó agregado á su órden setenta y siete monasterios (1), treinta y cinco en Francia, once en España, seis en los Países Bajos, cinco en Inglaterra, otros tantos en Irlanda y en Saboya, cuatro en Italia, dos en Alemania, dos en Suecia, uno en Hungría, y uno en Dinamarca, ascendiendo á ciento sesenta y mas las fundaciones hechas por las abadías dependientes de Clairvaux. La Iglesia honra en el día de su muerte la memoria de San Bernardo, á quien se considera como uno de los mas admirables padres de la Iglesia por la doctrina, celo y piedad que resplandecen en sus escritos (2).

En 1154, Anastasio IV concedió á los caballeros de San Juan de Jerusalem, la plena propiedad de cuanto les habia sido dado y se les diese para el cuidado de los peregrinos.

Acordó tambien el uso del anillo al abad de Corvel en Sajonia, por durante su vida.

Este papa, que edificó un nuevo palacio cerca de Santa María de la Rotonda, gobernó un año, cuatro meses y veinte y tres dias; murió en 2 de diciembre de 1154, y fué sepultado en la basílica de San Juan de Letran.

La santa sede no esperimentó vacancia alguna.

(1) Fleury IV, lib. LXIX, 606.

(2) La edicion de las obras de san Bernardo consultada por los eruditos, es la de dom Mabillon, 1690, dos tomos en fol. reimpressa en 1719. San Bernardo aunque nacido en el siglo de los escolásticos, no tuvo el método ni la aridez de muchos de ellos; los protestantes le han hecho mas justicia que muchos escritores católicos de nuestro siglo. El tierno y hermoso cántico de *Ave, maris stella*, es de su composicion. Maistre y Villefore han compuesto su vida, el primero en 1649 y en 1704 el segundo. Véase la sublime oracion á la Virgen que Dante pone en boca de san Bernardo, Paraiso, canto XXXII.

171. Adriano IV. 1154.

Adriano IV, el único papa dado por la Inglaterra, llamábase antes Breekspear ó Rompe-lanza; era de pobre y humilde cuna y habia visto la luz en Langley, cerca de Saint-Alban en el Hertfordshire. Trasladado á Francia para hacer sus estudios, fué primeramente criado de los canónigos regulares del monasterio de san Rufo, cerca de Avignon, logrando desde aquel oscuro estado, hacerse admitir como á religioso. Cuando se tiene talento natural, las ideas que se ven en las obras de los sábios, aumentan la disposicion innata de convertirse en jefe de los demas, y asi se esplican las repentinas fortunas del genio.

Religioso en san Rufo, Adriano continuó iniciándose á fuerza de vigiliias y trabajos en las letras y ciencias mas difíciles, en las cuales hizo tan rápidos como brillantes progresos; su conducta regular, su aplicacion al estudio, el escogido language fruto de la lectura de los grandes escritores, le hicieron amar de sus hermanos, y al morir el abad le nombraron su superior. La envidia no tardó en levantarle obstáculos, y algunos nuevos monges que no habian contribuido á su elevacion, le acusaron ante el papa Eugenio III, quien se limitó á contestarles: « Id y elegid á un superior con el cual podais ó mejor querais vivir en paz; el que ahora teneis no os pesará mucho tiempo. » En efecto, el papa le llamó á su lado, y en 1146 creóle cardenal obispo de Albano.

En seguida le envió en calidad de legado á Dinamarca y á Noruega, siendo bastante feliz el nuevo embajador para confirmar en la fe á aquella nacion entonces bárbara; á su regreso grangeóse el aprecio de los romanos y finalmente fué elegido papa por unanimidad el dia 3, y consagrado en 5 de diciembre de 1154.

Al saber la eleccion de uno de sus súbditos, Enrique nuevo rey de Inglaterra, escribióle una carta de felicitacion, regocijándose el rey de que su país hubiese producido un

árbol tan felizmente trasplantado, y terminaba conjurando á su santidad para que dotase á la Iglesia de ministros dignos, y procurase socorros á la tierra santa y al imperio de Constantinopla.

Los romanos no tardaron en rebelarse otra vez á las órdenes del obstinado Arnaldo de Brescia, el cual habia logrado introducirse de nuevo en la capital, siendo fomentada la rebelion por Guillermo, rey de Sicilia y por Federico I Barbaroja, sucesor de Conrado III. Los arnaldistas, fieles á su antiguo sistema de entronizar un nuevo senado romano, escitaron graves turbulencias, obligando al papa á fulminar un entredicho contra la ciudad de Roma, castigo que nunca hasta entonces habia sido impuesto á aquella augusta capital, ni aun en los tiempos mas calamitosos para la religion. Los santos oficios dejaron de celebrarse hasta el 23 de marzo de 1155, en que los senadores hostigados por el clero y el pueblo romano, se presentaron ante el papa declarando que arrojarian de la ciudad á Arnaldo de Brescia y á sus sectarios en caso de no mostrarse obedientes á la santa sede.

En efecto, Arnaldo debió tomar la fuga, pero preso por orden del prefecto de Roma, murió ignominiosamente.

Mientras esto sucedia Federico Barbaroja se encaminaba hácia la capital, donde pretendia ser coronado emperador, y sabiendo el papa que llegaba al frente de un ejército, mas como enemigo que como un príncipe respetuoso hácia la santa sede, envióle en Viterbo tres cardenales, portadores del tratado y de las condiciones que debia firmar antes de su entrada en Roma.

En san Quírico, Federico juró solemnemente defender y conservar los derechos de los pontífices romanos, y luego continuó su marcha hácia Roma: el papa salió á recibirle en Sutri, mas como el rey se negó á sujetar las riendas del caballo del pontífice, este rehusó darle el beso de paz. Finalmente despues de varias contestaciones, Federico accedió á cuanto se exigió de él, y se conformó con la costumbre admitida por sus predecesores. ¡Cuan diferente era aquel infeliz criado, natural de Langley, aquel inglés nacido para ser toda su vida modesto y sumiso, del pontífice que exigia de un monarca

los honores tributados hasta entonces á los papas ! Semejante acto de reverencia, que consistia en aguantar la brida del caballo del papa, habia sido prestado por el rey Pepino á Esteban II en 753 ; por Luis II á Nicolas I, y tres veces á Adriano II en 857 por Conrado rey de los romanos y tambien á Urbano II, en la entrevista de Cremona en 1095 ; por Guillermo duque de Calabria á Calisto II, en Troia, cerca de Nápoles en 1120; y por Lotario emperador á Inocencio II, en 1131.

Igual homenaje fué tributado despues por el emperador Federico en 1162, por Luis VII rey de Francia en 1163, y por Enrique III rey de Inglaterra en 1177 al pontífice Alejandro III ; por Otton IV emperador á Inocencio III cuando aquel fué coronado en 1209; por Cárlos II rey de Nápoles y Andrés rey de Hungría á Celestino V ; por Felipe el Hermoso á Clemente V en 1305 ; por Juan duque de Normandía y heredero futuro del reino de Francia, á Clemente VI en 1342 ; por Carlos V emperador á Urbano V en 1368; por Cárlos III rey de Sicilia á Urbano VI en 1383 ; por Segismundo rey de los romanos á Martin V en 1418, y luego á Eugenio IV en 1433; por Federico III rey de los romanos á Nicolás V en 1452, y finalmente por Cárlos V emperador á Ciemente VII, en 1530.

En 1155, Adriano escomulgó á Guillermo, hijo de Roger, rey de Sicilia, el cual despues de negarse á reconocer los antiguos tratados, habia dado principio á las hostilidades.

Adriano fué el primero que residió en Orvieto con toda la *curia*; rodeó de torres y murallas la ciudad de Radicofani, perteneciente en el dia á la Toscana, y este papa, digno sucesor de tantos ilustres pontífices, gobernó la Iglesia cuatro años, ocho meses y veinte y nueve dias.

Adriano observaba una vida ejemplar y estaba dotado de una sublime inteligencia y de una grande firmeza de alma; jamás se entregaba á la cólera y se hallaba dispuesto siempre á perdonar ; practicaba tan poco el nepotismo, que dejó á su propia madre, á la cual sin embargo honraba estremadamente, que continuase recibiendo un pequeño socorro de la Iglesia de Cantorbery. Este pontífice murió en Anagni en 1.^o de setiembre de 1159, y fué sepultado en el Vaticano, permaneciendo vacante la santa sede por espacio de cinco dias.

Como ya hemos dicho solo ha existido un pontífice inglés; pero fué sabio, noble, generoso y digno de admiracion. ¿Hará Dios nacer circunstancias que coloquen otra vez en la cátedra de san Pedro á un súbdito de la grande y fuerte nacion, á la que sin duda falta otra gloria, en medio de la inmensidad de su poder? Nuestros obispos de Francia nos han mandado rogar por el restablecimiento en Inglaterra de la verdadera fe, y si esto se verificaba mediante la voluntad de Dios, quizas, tendríamos á un compatriota de Adriano IV, creado primeramente cardenal, y recibiendo por fin la tiara por eleccion del sacro colegio.

No se crea sin embargo que no entendamos imponer prudentemente nuestras condiciones: el pontífice inglés solo podria residir en Roma.

172. Alejandro III. 1159.

Alejandro III, que se llamaba primeramente Lorenzo Bandinelli, de la familia Paperoni de Sienna, canónigo regular en Pisa y en san Juan de Letran, y profesor de sagrada Escritura en la universidad de Bolonia, fué creado diácono cardenal en 1145 por Eugenio, y nombrado luego por el mismo papa cardenal presbítero de san Marcos y vice canciller de la santa Iglesia romana, siendo finalmente enviado como legado de Adriano IV cerca de Guillermo rey de Sicilia, y despues del emperador Federico I. Elegido papa despues de una deliberacion de tres dias, rehusó la tiara, mas forzado á aceptarla, fué coronado en la tierra de Ninfa, cerca de Veletri, en 20 de setiembre de 1159.

Luego que Alejandro fué elevado á la cátedra de san Pedro, vió el cisma que se preparaba, y escribió una carta encíclica á los obispos de las principales iglesias, dándoles cuenta de su eleccion, y otra pocos dias despues relatándoles el modo como el cardenal Octaviano habia querido apoderarse de la au-

toridad pontificia. Una de estas cartas fué dirigida á Gerardo, obispo, otra á los canónigos, y otra á los doctores y profesores de Bolonia, observando con este motivo Tiraboschi que la universidad de dicha ciudad, fué la primera en verse honrada de una misiva de un pontífice romano.

San Bernardo habia profetizado el pontificado de Alejandro, anunciando al mismo tiempo grandes tribulaciones y trabajos.

Enrique II, rey de Inglaterra, Federico I, emperador, y cuatro antipapas, fueron los que sujetaron á mas ruda prueba la paciencia del pontífice; pero lo mismo fugitivo y desterrado, que escomulgado falsamente por los antipapas, jamás disminuyó su valor ni su heroica constancia.

Alejandro residió en Ninfa para sustraerse á las turbulencias que en Roma escitaron los partidarios de Octaviano, hasta en 1161, en que pudo regresar á su capital; algun tiempo despues canonizó á san Eduardo, rey de Inglaterra, muerto en 4 de enero de 1066, y dejando un vicario general, dirigióse á Terracina para embarcarse en la galera que debia conducirle á Francia.

En 1162, su santidad arribó á Génova á bordo de una escuadra, perteneciente á Guillermo, rey de Sicilia, y allí, apesar de las prohibiciones de Federico que iba á deshonorarse con la impía destruccion de la ciudad de Milan, el clero y el pueblo recibieron honrosamente al pontífice. Llegado á Montpellier durante el mes de abril, celebró un concilio en el que escomulgó al antipapa Octaviano, quien se hacia llamar Victor IV.

El papa entró en París á principios del año 1163; el rey Luis el Joven salió á recibirle á dos leguas de la ciudad, le besó los piés y recibió de Alejandro la rosa de oro (1).

Desde París marchó á Tours donde celebró un concilio, en el que recibió con grandes honores á Tomás, arzobispo de Cantorbery, condenando despues los errores de los Albigenses.

En 1164, celebró un concilio en Reims, del cual no hace

(1) Véase en la pág. 82 lo dicho sobre la *rosa de oro*.

mencion la recopilacion de concilios: durante el mismo año y á instancia de Carlos, rey de Suecia y de los Godos, canonizó á santa Elena, viuda sueca, martirizada al regresar del santo sepulcro.

En 1164, Alejandro aprobó la órden militar de Calatrava, instituida en 1158 por varios españoles, que defendieron aquel territorio contra los sarracenos, bajo el mando de Diego Velazquez de la Bureba, novicio del Cister; aquel puñado de valientes vencieron á los infieles, y entonces aquel y su abad el beato Raymundo de Fiterio, fundaron en Calatrava, que les fué cedida en feudo por el rey Sancho III, la órden que quedó sometida á la regla de los cistercienses, hecha compatible con los ejercicios de la guerra, puesto que debian pelear constantemente contra los sarracenos. Andando el tiempo la órden ha sufrido varias vicisitudes.

El cardenal Julio era el vicario de Alejandro en Roma, y los romanos que debian maltratar siempre á los pontífices cuando residian en su capital, y llorarles amargamente cuando la habian abandonado, enviaron una embajada al papa, suplicándole que volviese á su residencia; en efecto, acompañado de un ejército del rey Guillermo, Alejandro volvió á Roma en 1165, siendo recibido con mayor pompa aun que sus predecesores.

En aquel tiempo, el antipapa Pascual III, nombrado por Federico para reemplazar al antipapa Victor IV, canonizó á Carlomagno; como la Iglesia si no aprobó semejante canonizacion, la toleró cuando menos, esto ha bastado, dice Lambertini, para dejar creer que fué beatificado *equivalentemente* (Véase á Novaes, III. 116). Esto no obstante Carlomagno recibe el título de santo en las iglesias de Francia, de Germania y de Flandes, pero su nombre no figura en el martirologio romano (Novaes, *id.*)

En 1166, Federico puso sitio á Roma y estableció en dicha capital al antipapa Pascual III; triste época que fué tambien testigo de los infortunios de Tomás, arzobispo de Cantorbery. Perseguido por el rey Enrique II, el prelado se habia refugiado en Pontigny, dependiente de la órden del Cister; Enrique pretendia que el arzobispo fuese arrojado de su asilo, y escri-

bió al capítulo general amenazadoras cartas: «Habeis recibido á mi enemigo Tomás en uno de vuestros conventos, decia; y os prohibo que le ampareis por mas tiempo si no quereis perder cuanto poseis en mis tierras, asi en esta como en la otra parte de los mares.»

Terminado el capítulo, el abad del Cister se dirigió personalmente á Pontigny, acompañado del obispo de Parma, antes monge de la órden y de algunos abades (1), y despues de manifestar al arzobispo de parte del capítulo, la órden que recibieran del rey, añadieron: «Señor, el capítulo nos arroja; pero os ruega sí que considereis, en vuestra prudencia, lo que debéis hacer.» El prelado contestó: «Mucho sentiria que la órden que con tanta caridad me ha recibido sufriese por mi causa el menor perjuicio, y por esto vaya á donde vaya, me alejaré prontamente de vuestros conventos; sin embargo, confio en que el que alimenta á los pájaros del aire cuidará de mi y de los compañeros de mi destierro.» Acto continuo participó esta noticia al rey de Francia Luis, el cual quedó muy admirado, y despues de comunicarla á los que le rodeaban, exclamó: «O religion, religion, donde estás? Ved aquí á unos hombres á quienes creíamos muertos para el mundo, temiendo sus amenazas y abandonando la obra de Dios y á los desterrados por su causa, por bienes temporales (Fleury *id.*) que pretenden haber despreciado por el mismo Dios.» Luego dirigiéndose al embajador del prelado, le dijo: «Salud de mi parte á vuestro señor, y decidle que aun cuando se hallase abandonado por todos, jamás lo será por mí, y que sean cuales sean las amenazas que le dirija el rey de Inglaterra, mi vasallo, le protegeré siempre, porque sufre por la justicia. Dígame pues en que lugar de mis Estados prefiere retirarse y pronto lo encontraré.»

San Bernardo ya no existia (en aquel momento se preparaban las actas para su canonizacion); mas su valor, su elocuencia y su fuerza, halláronse en el corazon y en los labios de un rey de Francia en el siglo XII. Tiempo despues, luego de la batalla de Culloden, el gobierno inglés reclamó en idéntico tono

(1) Fleury IV, lib. LXXI. 677.

la espulsion del pretendiente Carlos Eduardo, mas por desgracia no hubo entonces un gobierno que contestara como Luis VII.

Mas tarde el mismo Luis VII dirigió estas bellas palabras á los enviados de Enrique:

Manifestad á vuestro señor que si no consiente en abandonar las costumbres que dice haber recibido de sus antepasados, á pesar de no estar en armonía con la ley de Dios, tampoco quiero yo perder el antiguo derecho de mi corona; la Francia ha protegido siempre á los miserables y afligidos, y ha recibido principalmente á los perseguidos por la justicia. La mano del papa, el único señor á quien reconozco en la tierra, me ha confiado el arzobispo de Cantorbery, y no le abandonaré ni por emperador ni por rey, ni por poder alguno del mundo.»

Estas admirables palabras del monarca francés no lograron conmovier el corazon del rey de Inglaterra, y como los grandes que carecen de un alma elevada, encuentran siempre hombres serviles que les entienden con media palabra, cierto dia que Enrique exclamó: «¿Quien me librá de Tomás?» no faltaron cuatro sicarios que le asesinaron.

El emperador fué de nuevo escomulgado en 1167, mas triunfantes las armas imperiales, Alejandro disfrazado de peregrino pudo llegar á Gaeta, donde tomó otra vez los hábitos pontificios para dirigirse á Benevento.

En esta ciudad y en 15 de marzo de 1168, recibió á los embajadores de Manuel, emperador griego, quien le prometia reunir la iglesia griega á la latina, y librarle de las persecuciones del emperadar Federico, con tal de que se le diera en cambio la investidura del imperio de Occidente.

Alejandro dió gracias á Manuel por sus ofertas y por sus votos para la mayor gloria de la religion, mas en cuanto á la demanda del imperio de Occidente contestó haber sido elevado por Dios á tan alta autoridad para predicar la paz y no para promover la discordia.

En el mismo año 1168, el papa á peticion de Waldemar rey de Dinamarca, canonizó á Canuto, soberano de aquel país y padre de dicho rey, martirizado en 1132 por Magno hijo del

rey Nicolás (1); Lambertini asigna á esta canonización la fecha de 1164.

Durante el mismo año ó el anterior, fundóse la ciudad de Alejandría, elevada por algunos partidarios de Alejandro y en honor suyo, en un sitio llamado antes Roveretta; los enemigos del papa añadieron por irrisión á aquel nombre el *della Paglia*, y la ciudad convertida actualmente en una de las mas importantes fortalezas del mundo, conserva el nombre de Alejandría del Bálago.

Después de su regreso á Roma, Alejandro confirmó en favor del rey Enrique II la posesion del reino de Irlanda, cuya conquista habia llevado á cabo, no tardando el papa en arrepentirse de su benevolencia al saber el asesinato de Tomás de Cantorbery; en vano el rey imploró su perdon; Alejandro no quiso concedérselo á pesar de que el príncipe afirmaba que se habia cometido el crimen sin orden suya.

En 1173, canonizó el papa á Tomás de Cantorbery, acompañando las actas de su canonización con testimonios de admiración por la virtud de tan valeroso mártir. En 1174, tuvo lugar la canonización del gran san Bernardo, primer abad de Clairvaux, muerto en 20 de agosto de 1153.

En 1176, fué aprobada por Alejandro la orden de los Carujos.

Cansado Federico de inútiles guerras y del deshonesto sistema de celadas que adoptara para destruir el legítimo poder de Alejandro, pidió la paz por medio de embajadores, y aunque Su Santidad no pudiese fiar en la palabra de Federico, creyó como padre comun de los fieles no deber rechazar el arrepentimiento verdadero ó fingido del emperador; así es que dirigiéndose á Venecia, á bordo de las galeras del rey Guillermo de Sicilia, sincero católico y su fiel aliado, celebróse en aquella ciudad la tan deseada paz entre el sacerdocio y el imperio, en el momento en que Federico acababa de sufrir una derrota, en la guerra que sostenia contra los venecianos. El dux Zani obtuvo entre otros privilegios, el de hacer llevar

(1) Véase á Bollando, 7 de enero, y á Isaac Pontaco, historiador del reino de Dinamarca, lib. VI, pág. 252, Amsterdam 1631.

delante de sí en las fiestas solemnes una espada desnuda, y además de ofrecerle el papa la rosa de oro, que bendigera el cuarto domingo de cuaresma, dióle un anillo con el cual así él como sus sucesores debian celebrar esponsales con el Adriático el dia de la Ascension, en señal de la soberania que adquirieran sobre aquel mar. El dia 24 de julio el emperador pidió la absolucion, y recibióla frente la puerta de la iglesia de san Marcos, despues de haberse postrado ante Alejandro, quien le dió el ósculo de paz, entre copiosas lágrimas; el dia siguiente Federico recibió la comunión de manos de Su Santidad, y ambos se prodigaron públicas muestras de cariño, poniéndose de nuevo en vigor la ceremonia de sujetar el estribo al montar el papa á caballo.

Es una insolente calumnia el sostener que al besar el emperador los piés del papa, este le pegó en la cabeza diciendo: *Super aspidem et basiliscum ambulabis, et conculcabis leonem et draconem*, « Marcharás sobre el áspid y el basilisco, y pisotearás el leon y el dragon; » que el emperador irritado le contestó: *Non tibi sed Petro*. « No á tí sino á Pedro; » y que finalmente Alejandro repuso: *Et mihi et Petro*, « A mí y á Pedro. » Semejante cuento es puramente un tejido de falsedades, y un pontifice como Alejandro, casi siempre fugitivo y errante de estado en estado, no pudo siquiera imaginar hacerse culpable de tan imprudente insulto: en esta clase de ceremonias todo se halla previsto de antemano, así es que Federico, obligado á someterse por los desastres que al mismo tiempo que menoscababan su poder, podian poner su vida en peligro, y Alejandro, que solo podia pensar en el bien de la Iglesia, fijaron de comun acuerdo el homenaje, su forma, y las menores palabras que debian pronunciarse, siendo lo que en contrario se diga inventado por los enemigos de la religion. Preciso es reconocer sin embargo, que la fábula ha sido bien urdida; las palabras atribuidas al papa revelan cierto orgullo y falso perdon que denota de complacencia á nuestros enemigos; la contestacion del emperador parece una concesion católica destituida empero de todo respeto hácia Alejandro, y finalmente la réplica del pontifice es de un efecto novelesco, que puede regocijar á los que temen la gloria de la religion. Tan infundadas acusa-

ciones se hallan además refutadas por las mismas cartas de Alejandro, escritas en aquel momento en la misma ciudad de Venecia (1).

Durante su permanencia en la Reina del Adriático, Alejandro envió un legado á un rey residente entre la Persia y la Armenia, llamado segun se asegura, *Preste-Juan*; algunos críticos modernos aseguran que era á la vez rey y presbítero cristiano, si bien profesaba el nestorianismo (2).

En 1177, aprobó el papa la orden militar de Alcántara, instituida contra los sarracenos en 1156, y en san Julian de Pe-reyro, por D. Suero Fernandez, bajo la regla cisterciense.

Alejandro volvió á Roma en 1178, y en 1179 celebró el concilio tercero de Letran y undécimo general, compuesto de mas de trescientos obispos; en él se decidió no reconocer por sumo pontífice al que no reuniese los votos de las dos terceras partes de los cardenales, olvidando Novaes advertir, que en dichas dos terceras partes no debe contarse el del elegido, si bien repara su olvido en otro lugar. Esta ley, rige aun actualmente.

Ordenóse además que nadie pudiera ser nombrado obispo si no contaba la edad de treinta años; que los prelados no vistiesen hábitos pomposos, y que no asistiesen á banquetes ni fuesen á la caza.

Condenóse de nuevo á los albigenses, quienes se dividieron mas tarde en *Catari*, en *Patarini* y en *Publicani*; estos hereges profesaban los errores de los manicheos, no admitian el antiguo testamento, las oraciones por los difuntos, la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, ni la autoridad de la Iglesia, y sostenian otras muchas blasfemias.

Queriendo recompensar los servicios prestados por Al-

(1) Véase Baronio, Labbe y Martene; á su testimonio añadiré otro hecho en el cual no creo que nadie haya pensado: En el verdadero lenguaje de los papas, solo hablan en primera persona del plural, diciendo *nos* y no *ego*, y los impostores han olvidado que correctamente hablando, Alejandro debía decir *Et nobis et Petro*. No se atina en todo cuando se inventa, y los que tal hacen son en su mayor parte ignorantes que hablan de Italia sin haber salido jamás de Magdeburgo. Fleury nada dice acerca de tan miserables invenciones.

(2) Oton de Frising, lib. VII, cap. 25.

fonso I de Portugal, Alejandro le concedió en 1179 el título de rey que tomara en tiempo de Lucio II, pero que no habia sido confirmado por la santa sede.

Alejandro fué el primer papa que se reservó la canonizacion de los santos, reserva muy prudente y necesaria (1), no solo para hacer la canonizacion respetable y admisible para todos, sino para estirpar los abusos y la ligereza con que la mayor parte de los que creían tener este derecho procedían á un juicio de tanta importancia. Varios de sus antecesores habian pretendido poner fin á semejante desórden, mas sus esfuerzos fueron infructuosos, pudiendo decirse que la canonizacion de san Gualtero, abad de Pontoise, hecha por el arzobispo de Ruan en 1153, es el último ejemplo que suministra la historia de santos no canonizados por los pontífices romanos.

Alejandro, el gran pontífice que desplegó un valor igual á sus infortunios, y una modestia que jamás oscurecieron sus triunfos, murió en Civita-Castellana el dia 30 de agosto de 1181, y fué sepultado en San Juan de Letran, despues de gobernar la Iglesia veinte y un años, once meses y veinte y tres dias (2).

Los antipapas que atormentaron su existencia, fueron Victor IV, muerto impenitente en Luca en 1164; Pascual III,

(1) Feller, I, 111.

(2) La vida de Alejandro III fué escrita por Cornelio Frangipani y por Juan Francisco Loredano; Venecia 1637 en 4.º, y 1662 en 12, siendo la última traducida al alemán é impresa en Leipsick en 1752 en 8.º Un español, Antonio Velazquez, ha publicada la *Vida de Alejandro III, papa*; Madrid 1656 en 8.º — Pandolfo de Alatro, Bernardo di Guido y Nicolas de Rosellis han escrito igualmente la vida de Alejandro III, y sus obras han sido citadas por Muratori *Script. rer. Ital.* tomo III pág. 446.

Voltaire en el resúmen de su historia general (obras completas, doce tomos en 8.º, Paris, Desoer, 1817, tomo X pág. 998) juzga del modo siguiente á Alejandro III:

« El hombre que en aquella grosera época llamada la edad media, mereció mas del género humano, fué quizás el papa Alejandro III; él fué quien en un concilio celebrado durante el siglo duodécimo abolió la servidumbre en cuanto le fué posible; él quien por su prudencia triunfó en Venecia de la violencia del emperador Barbaroja, y obligó á Enrique II rey de Inglaterra á implorar el perdón de Dios y de los hombres por el asesinato de Tomás Becket; él quien resucitó los derechos de los pueblos, él quien reprimió los crímenes de los reyes. Hemos di-

muerto impenitente en Roma en 1167; Calisto III, que se arrepintió y falleció en Benevento en 1178, y finalmente Inocencio III, que hizo penitencia á su pesar en el monasterio de la Cava.

113. Lucio III. 1181.

Lucio III, llamado primeramente Ubaldo Allucingoli, pertenecía á una ilustre familia de Luca; en 1140 Inocencio II, le nombró cardenal presbítero de Santa Práxedes, y en 1158 Adriano IV, cardenal obispo de Ostía y de Veletri. Dean del sacro colegio, hombre maduro y prudente, poco letrado, pero muy hábil en negocios, llenó con acierto las embajadas de Francia, Sicilia y de Germania, hasta que fué elegido papa en Veletri en 1.º de setiembre de 1181 y coronado en 6 del mismo mes.

Llegado á Roma no pudo permanecer allí mucho tiempo temiendo las afrentas con que le amenazaban algunos nobles romanos, que no hallaban en él complacencia alguna para sus criminales pretensiones.

En 1182, absolvió á Guillermo rey de Escocia, de la excomunión fulminada contra él por el arzobispo de York.

A principios de 1183, erigióse en metrópoli el obispado siciliano de Montreal.

Este pontífice (1), en un concilio celebrado en Verona en 1184, al que asistió el emperador Federico, publicó una razonada constitucion en la que se observa la cooperacion de ambas potencias para estirpar las heregías, mandándose á los obispos

cho ya que en aquel tiempo la Europa entera, escepto un corto número de ciudades, se encontraba dividida en dos clases de hombres; los señores de las tierras, ya seculares ya eclesiásticos, y los *esclavos*, pues los letrados, que asistian á los caballeros, los bailes, eran siervos de origen. Pues bien, si los hombres han recobrado sus derechos, débenlo principalmente al papa Alejandro; y á él deben su esplendor tan gran número de ciudades. La opinion de Voltaire acerca del grande Alejandro III no es citada con mucha frecuencia.

(1) Feller, IV, 224.

que se informen por sí mismos ó por medio de comisarios de la conducta de las personas sospechosas de heregía, lo cual es por otra parte un deber inherente á la calidad de obispo, y despues de haber empleado la Iglesia contra los culpables las penas espirituales, debian ser abandonados al brazo secular, al que pertenece la aplicacion de los castigos temporales (1).

Mientras que Lucio se aplicaba á la mejor administracion de la república cristiana, mientras que conjuraba á los reyes de Francia y de Inglaterra á que enviasen socorros á los cruzados, enfermó y murió en 25 de noviembre de 1185, despues de haber gobernado la Iglesia cuatro años, dos meses y veinte y tres dias, siendo sepultado en la catedral de Verona.

Juan Francisco Tinto nos dá á conocer el epitafio escrito en el sepulcro de Lucio.

Luci, Lucca tibi dedit ortum, pontificatum

Ostia, papatum Roma, Verona mori.

Immo Verona dedit verum tibi vivere, Roma

Exilium, curas Ostia, Lucca mori.

«Lucio, Luca te dió la luz, Ostia la mitra, Roma el pontificado, Verona la muerte; es decir, Verona te dió la verdadera vida, Roma el destierro, Ostia las penas y Luca la muerte.»

Este epitafio tiene la precision y el sabor misterioso que conviene al género; mas cuando con un poco de atencion y de verdadera filosofia cristiana, se viene en conocimiento de que el autor entiende por nacer morir y por morir vivir; encuéntranse aquellos versos admirables, y se debe convenir en que resumen perfectamente la carrera de Lucio III. La santa sede no esperiméntó vacancia alguna.

En tanto el reino de Jerusalem, en el cual se hallaban fijas las miradas de la cristiandad, se debilitaba cada día, en el interior, por las divisiones intestinas de los señores, y en el exterior, por su mala conducta con los infieles. El rey Balduino IV habia enfermado de lepra, cuando concibiendo sospechas

(1) Esta constitucion se encuentra en Labbe, tomo X de los concilios.

contra Bohemundo, príncipe de Antioquía, y Raimundo, conde de Trípoli, quienes creía que trataban de despojarle del reino, resolvió casar á su hermana Sibila, viuda del marqués de Montferrat, con un jóven francés llamado Guy de Lusignan hijo de Hugo, conde de la Marca (1), en vez de darla por esposa á alguno de los poderosos señores del país, verificándose segun costumbre el matrimonio durante la octava de Pascua. Por otra parte, Arnaldo de Chatillon, gefe de los Templarios, era señor de Kerek, ciudad fuerte de la Siria, llamada por los antiguos la Piedra del desierto, por hallarse situada á la entrada del desierto de Arabia, sobre una elevada montaña; Arnaldo salia con frecuencia de la plaza y sin respeto á las treguas hechas con el sultan de Egipto, Saladino, apoderóse de varias caravanas de mercaderes á quienes puso entre cadenas despues de robarles sus riquezas, y no satisfecho aun, queria llevar sus correrias hasta las mismas puertas de la Meca, para cuya expedicion se entregó á grandes preparativos.

Algunos meses despues naufragó cerca de Damietta un buque llevando mil quinientos cristianos, y Saladino mandó aherrojar á los que se habian salvado y confiscar las mercancías, enviando luego á pedir al rey de Jersualen todos los musulmanes que Arnaldo de Chatillon y los Templarios de Kerek habian hecho prisioneros, al mismo tiempo que satisfaccion cumplida de las hostilidades cometidas por los cristianos con mengua de las treguas existentes, declarando la guerra al rey, y amenazando tratar á los cristianos como los Templarios trataban á sus prisioneros, en caso de que se negase su demanda. El rey Balduino despidió con desprecio al enviado de Saladino, temiendo disgustar á los Templarios que hacian profesion de obedecer únicamente al papa reinante Lucio III y á los superiores de su órden; estos caballeros se negaban absolutamente á entregar el botin que se habian procurado en sus expediciones y escitaron á Balduino á aceptar la guerra, á pesar de la opinion contraria de todos los señores; en efecto, las fuerzas de los cristianos consistian en dos ó tres mil infantes y en setecientos ginetes, al paso que Saladino se hallaba al frente

(1) Fleury, IV, lib. LXXIII 762.

de veinte mil hombres de todas armas. Semejante imprudencia debia ser causa de funestas desgracias.

174. Urbano III. 1185.

Urbano III, llamado primeramente Huberto Crivelli, era milanés y canónigo regular; Alejandro III le nombró cardenal-presbítero de San Lorenzo *in Damaso*, y elegido papa en Verona en 25 de noviembre de 1185, y coronado en 1.º de diciembre, no pudo entrar en Roma por impedírselo las turbulencias de que era teatro aquella capital.

Una perfecta inteligencia habia reinado entre Lucio III y el emperador Federico; mas este, que no conservó por Urbano iguales sentimientos, se apoderó con violencia del patrimonio dejado á san Gregorio VII por la condesa Matilde, y aplicó al fisco los bienes de los obispos difuntos, al mismo tiempo que se apropió las rentas de los monasterios de mugeres, bajo pretexto de reformas. La esperanza de hacer coronar emperador á su hijo Enrique, le hizo moderar por un instante sus ataques, mas Urbano se negó á su demanda, fundándose en que no era el tiempo bastante propicio para ver á dos emperadores en el trono. En aquella misma época permitió el pontífice á Enrique II, rey de Inglaterra, coronar como soberano de Irlanda á uno de sus hijos, y á este efecto el cardenal legado, Octaviano Conti, recibió poderes, y coronó á Juan, á quien el papa envió una hermosa corona formada de plumas de pavo montadas en oro.

Su Santidad habia partido para Venecia para revistar el ejército que marchaba al auxilio de los cruzados, cuando supo en Ferrara la noticia de la toma de Jerusalem por Saladino, soldan de Egipto, ochenta y ocho años despues de la ocupacion de aquella ciudad por los cristianos. El dolor que semejante nueva causó á Urbano le acarreó la muerte en 19 de

octubre de 1187, cuando había gobernado la Iglesia por espacio de un año, diez meses y veinte y cinco días: su cuerpo fué sepultado en la catedral, y los ferrarenses le hicieron magníficos funerales durante siete días.

La santa sede no sufrió vacancia alguna.

Tócanos ahora referir la irreparable catástrofe que acababa de herir á los cristianos.

En 19 de setiembre de 1187, Saladino puso sitio á Jerusalem; Balduino había muerto, legando el trono á su sobrino Balduino V, el cual, nacido del primer matrimonio de Sibila, hermana de Balduino IV, con Guillermo el de la Larga Espada, murió repentinamente en 1186; Sibila, que había casado en segundas nupcias con Guy de Lusignan, quiso sentar á su esposo en el trono y lo logró (1).

La ineptitud y molicie del nuevo rey, las querellas intestinas de los partidos y la estremada licencia de costumbres que reinaba en la Palestina, hacian presentir la próxima ruina del reino de Jerusalem (2).

M. Michaud en el tomo II de su Historia de las Cruzadas, quinta edicion, hace una horrorosa pintura de las costumbres de la época, y esclama que con permiso de Jesucristo, Saladino debia convertirse en el instrumento de la cólera de Dios.

En esto, los Templarios de Kerek habían despojado á otra caravana, y Saladino exigió satisfaccion de la reciente injuria; su ejército derrotó en batalla campal al de Guy de Lusignan; las ciudades de la Palestina se rindieron una tras otra para rescatar la libertad de su rey, siendo evidente que el término de tanta gloria había llegado ya para los occidentales. Los restos del ejército de Guy, los hijos de los difuntos guerreros é innumerables familias cristianas procedentes de las provincias devastadas, habían buscado un asilo en Jerusalem; los muros de la Ciudad Santa contenian cien mil personas, mas los combatientes capaces de defenderlos eran

(1) M. Michaud caracteriza en muy pocas palabras á Guy de Lusignan: «Era, dice, un caballero sin renombre y sin gloria personal.»

(2) *Palestina*: Paris, Didot, pág. 624.

pocos, y la multitud al aumentar el desorden hacia casi imposible la resistencia. Saladino intimó á los habitantes que le entregasen la ciudad, prometiéndoles socorros en dinero y fértiles tierras en Siria, mas habiendo sido rechazadas sus ofertas, juró derribar las torres y murallas de Jerusalem, y vengar en los cristianos la sangre musulmana vertida por los soldados de Godofredo de Bouillon. Los sitiados eligieron por gefe al viejo guerrero Balaan de Ibelin, y Saladino despues de acampar durante algunos dias en la parte occidental de la ciudad, dirigió sus ataques hácia el Norte, como lo practicaron cuantos conquistadores habian sitiado á Jerusalem, á saber; Joas, rey de Israel, los generales de Nabucodonosor, Alejandro el grande, Ptolomeo, hijo de Lago, Antíoco Epifanio, Pompeyo, Craso, Tito, Chosroes, Omar y Godofredo de Bouillon.

Doce dias se pasaron en continuos combates; en un principio los cristianos mostraron un indomable valor, y opusieron una viva resistencia; mas no tardó el desaliento en apoderarse de ellos al ver la inutilidad de sus esfuerzos contra las imponentes fuerzas del enemigo; los soldados no se atrevian á permanecer de noche en las murallas que amenazaban caer al choque de las fuertes máquinas de Saladino, y en vez de empuñar las armas, acudian en tropel á las iglesias para invocar la proteccion del cielo, hasta que por fin, sabiendo los latinos que los cristianos griegos y orientales habian tramado una conspiracion para poner fin á la guerra, y entregar Jerusalem á los musulmanes, se apresuraron á pedir una capitulacion á Saladino. La reina Sibila era incapaz de apreciar la importancia del depósito que le estaba confiado, y así como la audacia y la fe habian conquistado el santo sepulcro, la indecision y la incredulidad debian entregarlo cobardemente á nuestros enemigos.

Saladino consultó á los doctores musulmanes acerca de esta demanda de capitulacion, y habiéndole contestado que podia acceder á ella, sin faltar á su juramento, los guerreros cristianos recibieron permiso para retirarse á Tiro ó á Trípoli (1),

(1) Michaud, *loc. cit.*

siendo los demás habitantes considerados como esclavos, si bien les fué permitido rescatar su libertad; el rescate se fijó en diez piezas de oro para cada hombre, en cinco para cada muger y en dos para cada niño. Esta capitulacion á la que los autores señalan diferentes fechas, tuvo definitivamente lugar en 2 de octubre de 1187, segun los escritores árabes.

Concedióse además á los cristianos un plazo de cuarenta dias para terminar sus preparativos de marcha, mientras que los musulmanes tomaron posesion de la ciudad.

Dejemos hablar á M. Michaud (1).

«Llegó por fin el dia fatal en que los cristianos debian alejarse de Jerusalem; cerráronse todas las puertas de la ciudad escepto la de David; y Saladino, sentado en un trono deslumbrante de oro, vió desfilar ante sus ojos á un pueblo desolado. Abria la marcha el patriarca seguido del clero, llevando los vasos sagrados, los ornamentos de la iglesia del Santo Sepulcro y tesoros cuyo valor, dice un autor árabe, solo Dios conoce; venia en seguida la reina de Jerusalem, acompañada de los principales barones y caballeros, y Saladino, respetando su dolor, dirigióle palabras llenas de bondad; seguian á la reina gran número de mugeres que llevaban á sus hijos en sus brazos y que hacian oír desgarradores lamentos; muchas de ellas se acercaron al trono de Saladino y le dijeron: «Ved á vuestros piés á las esposas, á las madres y á las hijas de los guerreros que retenéis prisioneros; abandonamos para siempre nuestra patria, que ellos defendieron con gloria, mientras nos ayudaron á soportar la vida; al perderles hemos perdido nuestra última esperanza; mas si os dignais devolvérmolos, consolarán la desgracia de nuestro destierro, y no estaremos como ahora sin apoyo en la tierra.» Saladino conmovido por sus lágrimas, prometió endulzar los males de tantas infortunadas familias, y devolvió los esposos á las esposas, y los hijos á las madres. Muchos cristianos abandonaron sus muebles y efectos mas preciosos para llevar en sus espaldas, unos á sus padres debilitados por los años, y otros á sus amigos heridos ó enfermos; enternecido Saladino al presenciar semejante espectá-

(1) *Loc. cit.* pág. 344 y 346.

culo, recompensó con sus dádivas la virtud y piedad de sus enemigos, y compadecido de tantos infortunios consintió en que los caballeros hospitalarios permaneciesen en la ciudad para cuidar á los peregrinos y á los enfermos que no podían salir de Jerusalem. »

De los cien mil cristianos que contenía la ciudad, solo catorce mil quedaron en esclavitud y aun entre ellos contábase cuatro ó cinco mil niños de tierna edad; el noble y piadoso Baian, empleó los tesoros destinados á los gastos del sitio en libertar á gran parte de los habitantes; Saladino libró de sus cadenas á muchos pobres y huérfanos, y su hermano Malec-Adel satisfizo el rescate de dos mil cautivos.

Así pereció el reino fundado por Godofredo despues de una duracion de ochenta y ocho años; desde entonces la soberanía de Jerusalem no ha sido mas que un vano título, pues la pasagera dominacion del emperador Federico II no fué mas que una quimera sin carácter alguno de estabilidad.

Segun Fleury (1), Saladino mandó romper las campanas de todas las iglesias, y como Omar, restableció el culto musulman en la iglesia patriarcal que era la gran mezquita construida en el mismo lugar que ocupara el templo de Salomon. Las demás iglesias fueron tambien convertidas en mezquitas esceptuando la del Santo Sepulcro, rescatada por los cristianos sirios, los cuales en aquella ocasion á pesar de ser cismáticos, prestaron un importante servicio á la santa sede.

Algunos musulmanes al ver los sacrificios pecuniarios hechos por los sirios para salvar el Santo Sepulcro, instaron vivamente á Saladino para que destruyera aquella iglesia lo mismo que cuantas se elevaban en los santos lugares; Fleury se espresa así sobre este punto (2):

« Aquellos musulmanes decían que conservando dichos lugares se favorecía la idolatría de los cristianos y la injuria que hacen al Mesías al honrar los signos de su pasion, pues los musulmanes creen que no fué Jesus el crucificado, sino Judas en su lugar. Añadían además, que despojando á los cris-

(1) IV, lib. LXXIV, 778.

(2) IV, LXXIV, *loc. cit.*

tianos de aquellos objetos de su devocion, se quitaria el pretesto de sus cruzadas; pero los mas hábiles teólogos musulmanes fueron de contraria opinion, y dijeron á Saladino que no debia mostrarse mas celoso que el califa Omar que conservara aquella iglesia; que arruinados los santos lugares, sufriria grandes perjuicios la ciudad de Jerusalem por la cesacion de las peregrinaciones, fuente de su riqueza, y finalmente, que la injuria que se pretendia hacer á los cristianos de Occidente, seria igualmente sensible para los cristianos de Oriente, y que podria escitarles á la rebelion y á unirse á los demas en interés comun de la religion. Saladino aprobó estas razones, y permitió como antes que fuesen visitados los santos lugares con tal de que los peregrinos llegasen sin armas y satisficieran ciertos derechos.»

Séanos permitido aquí hacer una reflexion que llena de amargura el corazon del historiador católico, así como el de los lectores que le hayan seguido en el curso de estos anales: véanse cuantas riquezas, cuantos tesoros de grandeza, de piedad, de valor, de fuerza, de desinterés y de verdadero catolicismo habia enviado Dios á la conquista de la Tierra Santa! Godofredo, Eustaquio y Balduino, sus hermanos, hijos de la piadosa *duquesa* Ida, habian marchado para libertar el Santo Sepulcro, y apenas habia trascurrido un siglo, cuando los descendientes de aquellos héroes y los que se unieran á aquella noble sangre por los lazos de la alianza, no son mas que seres degenerados, casi impíos, temblando ante el acero enemigo, atreviéndose apenas á blandir su espada y entregados á los vacíos é innobles sentimientos que la avaricia engendra, tanto que el que lleva en la santa Jerusalem el título de rey se muestra satisfecho con la vana posesion de la isla de Chipre, convertida en reino.

Por las venas de Sibila no corre ya la sangre de Ida, su gloriosa abuela por Melisenda, hija primogénita de Balduino II muerto sin dejar hijos varones. Cuanto bueno, benéfico y justo existia en 1098 en el seno del catolicismo, es enviado á Palestina para fundar un estado francés, y cuanto aquel ardiente clima produce de afeminado y envilecido, debe contribuir mas tarde á su destruccion. ¿Porqué no quedó ni una

fuerza pura que se atreviese á salir en defensa del sepulcro de Jesucristo? Dios que permitió por un momento la gloria de los suyos quiso despues su castigo, y ordena (pena cruel de nuestros vicios) que el heroismo de los paladines cristianos pase á los guerreros enemigos. El vencedor Saladino humillará por segunda vez á los vencidos con una clemencia que su ley prohíbe; no es todo corrupcion en aquel clima que quisimos hacer servir de cuna á nuestros hermanos; de entre los embriagadores placeres suscita Dios un carácter elevado, generoso, magnánimo y este carácter (deploramos si el abandono en que Dios por un instante nos dejará) no es el de un cristiano. ¡Acatemos humildemente los decretos de la Providencia, ya recompense, ya castigue!

175. Gregorio VIII. 1187.

Gregorio VIII llamábase primeramente Alberto de Morra, apesar de que algunos autores le dan el nombre de Spinaccio; nacido en Benevento abrazó la regla del Cister, cuando en 1155 Adriano IV le nombró cardenal diácono de san Adriano, y cardenal presbítero de san Lorenzo *in Lucina* en 1158. Alejandro III le creó canciller de la santa Iglesia romana, siendo el último cardenal que llevó el título de *Canciller*, pues elegido papa Gregorio VIII, dióse aquel empleo á Moisés, canónigo de Letran, con la condicion empero de que solo se llamaria *vice-canciller*, título que se conserva aun en el dia, sin embargo de ser cardenales los elevados á aquel cargo.

El cardenal Alberto de Morra fué elegido papa en 21 de octubre del año 1187, y consagrado el día 25, pues aun cuando en los primeros momentos que siguieron á la muerte de Urbano III, el sacro colegio habia saludado como á pontífice al cardenal Enrique, monge de Clairvaux, este rehusó firmemente tal

honor y empleó su crédito para conseguir el nombramiento de Alberto, el cual tomó el nombre de Gregorio VIII.

Uno de los primeros cuidados del nuevo pontífice fue la reconquista de Jerusalem, y ordenó un ayuno general en toda la cristiandad en señal de aflicción; el edicto prescribía la abstención de carne los miércoles y sábados además de los viernes, mas su santidad, los cardenales y la corte toda hicieron extensiva á los lunes aquella mortificación.

Sabiendo Gregorio VIII que existían algunas diferencias entre la república de Pisa y la de Génova, marchó á la primera de dichas ciudades para escitar á su gobierno á empezar sus armamentos contra Saladino, dirigiéndose igual súplica á las autoridades de Génova, al mismo tiempo que una carta del papa publicada en Ferrara llamó á los cristianos á reunirse para enviar socorros á san Juan de Acre.

Leemos en Fleury (IV, LXXIV 780): «Atendido á que segun las reglas de derecho, cesan las comisiones por muerte de los comitentes, el papa Gregorio temió que los que con grandes espensas obtuvieron del papa Urbano cartas para que fuesen decididos sus asuntos en los mismos lugares en que vertian, se viesen obligados á adquirir otras nuevas, y por esto fué que dos dias despues de su consagracion, espidió una circular dirigida á todos los prelados de la Iglesia, validando los privilegios de esta naturaleza concedidos por su predecesor tres meses antes de su muerte.»

Gregorio, atacado de la fiebre en Pisa, sucumbió á ella en 17 de diciembre de 1187, siendo sepultado en la catedral (1); este pontífice poseía grande erudición, nobles modales, ejemplares costumbres y un ardiente celo por el bien de la religion; gobernó la Iglesia un mes y veinte y ocho dias, y la santa sede permaneció vacante un solo dia.

(1) Su sepulcro de mármol desapareció en un incendio que destruyó aquella catedral en 1600; el sacristan Camilo Campilia puso en su lugar una decoración de tela que representaba el antiguo monumento, y luego se construyó un suntuoso sepulcro (Papebrock, Propyleo, par. 2 pág. 30.

176. Clemente III. 1187.

Clemente III, Romano, canónigo de Santa María la Mayor, llamado antes Paulino Scolari, fué creado cardenal presbítero de Palestrina por Alejandro III, elegido papa en Pisa en 19 de diciembre de 1187, y coronado el día siguiente. Cuando su elección, hacia cincuenta años que existían disensiones entre los pontífices y el pueblo romano el cual había despojado á aquellos de casi toda autoridad en la capital, confiriéndola á los senadores y á un patricio: desde Inocencio II los papas se habían visto obligados varias veces á salir de Roma; Inocencio II y Celestino II murieron del dolor que les causaba semejante discordia; Lucio II fué herido por manos sacrílegas; Eugenio III, Alejandro III y Lucio III que vivieron en una época en que la perversidad era más violenta, fueron espulsados de Roma; Urbano III y Gregorio VIII habían tenido igual suerte, mas los romanos se mostraron más conciliadores con Clemente III su conciudadano.

Convínose en que se elegirían los senadores como antes, pero que en vez de un patricio se nombraría un prefecto.

Los artículos del tratado fueron los siguientes: 1.^o la ciudad de Roma quedará bajo la dominación del sumo pontífice; 2.^o se abolirá el título y la dignidad de patricio, sustituyéndole un prefecto; 3.^o los senadores serán elegidos anualmente bajo la autoridad del pontífice; jurarán al papa paz y fidelidad y auxiliarán á la Iglesia romana, si fuera necesario; 4.^o el pueblo romano restituirá la basílica del Vaticano y los feudos de san Pedro ocupados en tiempo de guerra; 5.^o los tributos públicos serán recaudados por el papa, quien cederá una tercera parte de los mismos para las necesidades del pueblo; 6.^o el senado y el pueblo romano defenderán la magestad, el honor y el poder de la iglesia romana y del sumo pontífice; 7.^o en los tiempos de costumbre, hará el papa á los senadores, jueces, abogados, escribanos y ministros del senado, los presentes llamados *presbiterios*; 8.^o el papa contribuirá anualmente y por

cierta suma á la conservacion de las murallas de la ciudad; 9.^o finalmente, el papa permitirá la destruccion de la ciudad de Tusculum y auxiliará al pueblo romano para dar cima á esta empresa, quedando entonces el suelo y los ciudadanos de Tusculum bajo el poder de la Iglesia romana.

Sometido de este modo el pueblo á la autoridad del papa, Clemente hizo su entrada en Roma, rodeado de sus cardenales en 13 de marzo de 1188, siendo recibido con grandes demostraciones de regocijo. Su primer cuidado fué reedificar el claustro de San Lorenzo extra-muros y reparar el palacio de Letran, que mandó adornar con pinturas. De paso haremos observar un principio del renacimiento de las artes, 1188, es decir, á fines del siglo duodécimo.

Clemente III fué el primer papa que añadió el año de su pontificado á las fechas del lugar y del día (1).

Entre otros cardenales creados por Clemente, debemos hacer mencion del beato Guy de Paré, francés, obispo de Palestrina y legado en Francia y en Germania; Guy introdujo en Colonia la costumbre de advertir á los fieles con una campanilla, al elevar en la misa la ostia y el cáliz, asi como al pasar el viático que se lleva á los enfermos.

Clemente III gobernó tres años, tres meses y tres dias; murió en 29 de marzo de 1191, y fué sepultado en San Juan de Letran, delante del antiguo coro de los canónigos.

La santa sede no esperimentó vacancia alguna.

Durante este pontificado, partieron para la Siria Felipe Augusto, rey de Francia y Ricardo I rey de Inglaterra; Felipe fué el primero en llegar frente de San Juan de Acre y su presencia aumentó el valor de los cristianos que atacaban vivamente aquella ciudad; Ricardo llegó mas tarde al campamento por haberle arrojado los vientos á la isla de Chipre, y el emperador Federico que tambien se habia cruzado, ahogóse al bañarse en un riachuelo llamado rio de Hierro, en las fronteras de la Armenia. Enrique, hijo primogénito de Federico, que habia permanecido en Alemania, fué proclamado rey de Germania y tomó el nombre de Enrique VI. Felipe, Ricardo

(1) Feller, II 280).

y Federico habian manifestado gran deferencia por Clemente III, cuya voz obedecian, y Enrique parecia querer imitar tan magníficos ejemplos.

En la página anterior hemos hablado de nuevo de las libertades distribuidas al pueblo, llamadas *presbiterios*; véase lo que acerca de estos presentes hemos dicho en las pag. 326 del tomo 1.º y 72 de este tomo.

1177. Celestino III. 1191.

Celestino III llamado antes Jacinto, de la ilustre familia Orsini, creado cardenal diácono de Santa María *incosmedin* por Honorio II, fué elegido papa en 30 de marzo de 1191, ordenado de presbítero en 13 de abril, y consagrado en 14 del mismo mes, cuando contaba ochenta y cinco años de edad, cuyo peso llevaba con valor gozando de buena salud.

En 15 de abril coronó emperador á Enrique VI, hijo del emperador Federico Barbaroja.

Despues que los ingleses á las ordenes de su rey Ricardo, y los franceses á las de Felipe Augusto, hubieron aunado sus esfuerzos delante de San Juan de Acre (la antigua Tolemaida) apoderáronse de aquella ciudad, obteniendo los sitiados una capitulacion, en la que en nombre de Saladino, prometieron la suma de doscientas mil piezas de oro, la entrega de la verdadera cruz, hallada por Santa Elena y perdida en la batalla de Tiberiades, ganada por Saladino, y la libertad de cierto número de cautivos cristianos.

Conseguido este resultado, Felipe Augusto partió para Europa, quedando solo Ricardo para hacer cumplir lo estipulado; y como Saladino tardase en llenar unas condiciones que no habia aun ratificado, el monarca inglés, despues de haber esperado mas de un mes, abandonóse á un cruel sentimiento de

orgullo y de despecho, é hizo pasar á cuchillo (1) á gran número de prisioneros musulmanes. Indignado Saladino presentóse cerca de Arsouf para atacar á Ricardo, mas la victoria quedó por el rey de Inglaterra, á quien secundó lealmente Hugo III, duque de Borgoña, que mandaba á los franceses en ausencia de Felipe Augusto.

Después de fortificada Joppé, ambos ejércitos se pusieron en marcha para reconquistar Jerusalem, y Ricardo habria podido apoderarse de la Ciudad Santa á reinar la union en el ejército aliado; por desgracia no fué así, la discordia que estalló entre franceses é ingleses no le permitió obrar con prontitud y energía, al mismo tiempo que la noticia de algunas turbulencias acontecidas en Inglaterra le hizo desear, á lo que se pretende, terminar la guerra por medio de negociaciones; para conseguirlo tuvo la singular idea de proponer á Saladino un matrimonio entre Malec-Adel, hermano del sultan, y la viuda de Guillermo de Sicilia, debiendo ambos esposos gobernar el reino de Jerusalem, y reinar juntos sobre los musulmanes y sobre los cristianos. Saladino pareció dispuesto á aceptar la proposicion, mas Ricardo olvidaba que habia escitado la animosidad del país con la matanza de los prisioneros, y que no era posible que el Evangelio y el Coran, la *verdad y la mentira*, consistiesen en sentarse en el mismo trono, y la proposicion fué rechazada por los obispos cristianos y los doctores musulmanes.

Esto no obstante, en junio, el ejército cristiano se puso en marcha hácia la Ciudad Santa; cada día se recibian amonestaciones del papa Celestino III, para inflamar el celo de Ricardo, pero cuanto menor era la distancia que le separaba de Jerusalem, mayor era la irresolucion y el abatimiento que el príncipe manifestaba. Decia que su ejército no era bastante numeroso para mantener comunicaciones regulares con la costa; que la espedicion contra Jerusalem presentaba inminentes peligros, y que no podia arriesgar en ella su honor y el de la cristiandad: la cuestion fué sometida á un consejo,

(2) *Palestina*, 1844, p. 630.

del Temple, los caballeros de San Juan, los barones franceses, y los barones de la Palestina, y mientras el consejo deliberaba, Ricardo se entretuvo en despojar á una rica caravana que desde Egipto se dirigia á Jerusalem.

Despues de varios dias de discusion, los caballeros y barones resolvieron que el ejército se alejase de las montañas de Judea, y volviese á la orilla del mar. La conducta de Ricardo, del gran capitán que no podia alegar la esusa de haberse embriagado con los perfumes de Oriente, será siempre un problema histórico, pues todas las razones que podian aconsejar la retirada, debian ser ya conocidas de Ricardo, cuando vió la órden de marchar contra Jerusalem (1). Las probabilidades en la guerra están siempre en favor del que ha obtenido la última victoria; sus soldados se adelantan con la frente erguida, y es seguro que la confianza da mas audacia é intrepidez que el deseo de venganza, debilitado ordinariamente por el recuerdo de la derrota que se acaba de experimentar.

«Si es fácil, dice el historiador de las cruzadas (2), describir las pasiones humanas, cuando estallan en los campamentos y en los campos de batalla, no sucede lo mismo cuando se encierran en el consejo de los príncipes, mezclándose con ellas mil intereses desconocidos; entonces se sustraen fácilmente á las investigaciones de la historia, y ocultan casi siempre los mas vergonzosos secretos á las miradas de la posteridad.»

Saladino, que queria ganar tiempo para reunir á sus emires, prolongó las negociaciones entabladas, hasta que al frente de numerosas fuerzas pudo sorprender á Joppé, donde los musulmanes se entregaron á horribles excesos, fatales represalias de los asesinatos cometidos por Ricardo en San Juan de Acre. Saladino se disponia ya á ocupar la ciudadela, cuando Ricardo, bastante débil para ser negociador imprudente, pero harto gran capitán para consentir en ser vencido, se presentó en el puerto, desembarcó, rechazó á los musulmanes, y atacó

(1) Segun Aboul Faradj, escritor árabe (*cron. sir.* p. 421), Sáladino habia mandado destruir los acueductos y cegar las fuentes que habrian podido proporcionar agua á los sitiadores.

(2) Tomo II pág. 501.

la plaza. Sin embargo, esta victoria en nada modificó la situación de los cristianos de la Palestina; Ricardo deseaba regresar á Europa, y Saladino, viendo á los musulmanes igualmente fatigados de la guerra, consintió en firmar una tregua de tres años y ocho meses, conviniéndose en que los cristianos conservarían toda la costa desde Joppé hasta Tiro; en que se demoliría la ciudadela de Ascalon, ocupada por los musulmanes, y en que Jerusalem quedaria abierta para los peregrinos cristianos. Ricardo dió la investidura del imaginario reino de Jerusalem á Enrique, conde de Champagne, tercer marido de Isabel, hija de Amaury, y hermana de Sibila, asegurando en cambio á Guy de Lusignan la posesion de la isla de Chipre.

A fines de 1192, Ricardo partió para Europa, terminando así la tercera cruzada, cuyos resultados fueron únicamente la conquista de San Juan de Acre, y la demolicion de las fortificaciones de Ascalon.

La primera cruzada dió Jerusalem á Godofredo de Bouillon (1099); la segunda, predicada por san Bernardo para robustecer la posesion de la Palestina y aumentar la influencia cristiana en Oriente, fué resuelta en 31 de marzo de 1146, y Luis VII, rey de Francia, y el emperador Conrado III, vendidos primeramente por el emperador Manuel Commeno, y mal recibidos luego en Jerusalem, se retiraron de dicha ciudad profundamente disgustados.

Ahora acabamos de ver el fin de la tercera cruzada.

La partida de Ricardo sumió en luto á los cristianos que habitaban la tierra santa, en tanto que grandes peligros y una larga prision en un calabozo de Alemania esperaban al héroe de la última cruzada, al guerrero cuya fama llenaba el mundo y cuyo nombre fué por mucho tiempo el terror del Oriente.

Antes de seguir á Ricardo en sus infortunios que quizás habria evitado defendiendo con mayor lealtad el estandarte de Jesucristo, é inspirándose en su sepulcro de mas nobles pensamientos para la gloria de la religion, que Celestino III no cesaba de recordarle, debemos dar cuenta de un suceso que causó grande sensacion así en Oriente como en Occiden-

te, y que prueba que alguna mayor constancia habria sido indudablemente recompensada por los mas gloriosos triunfos. Saladino, rival de Ricardo en gloria militar, pero adornado quizás de calidades mas preciosas y reales, sucumbió, durante el siguiente año á una aguda enfermedad, espirando en Damasco el dia 3 de marzo de 1193 cuando contaba apenas cincuenta y seis años de edad, y veinte y cuatro de reinado en Egipto, y diez y nueve en Siria (1).

El profundo dolor que manifestaron sus pueblos fué el elogio mas digno de este príncipe, y se asegura que antes de morir hizo distribuir igualmente sus limosnas á los cristianos y á los musulmanes; ordenó tambien que fuese llevado su paño mortuorio por las plazas de Damasco y que un heraldo repitiese en alta voz; « He aqui, lo que Saladino vencedor del Oriente, lleva consigo de todas sus conquistas (2). » Platino dice lo siguiente con este motivo: « *Dignum sane tanti principis spectaculum, cui nihil aliud ad summam laudem deficit, quam Christi character.* » Espectáculo digno de tan gran monarca, al que solo faltó para merecer toda alabanza, el sello de Jesucristo. » Dante inspirado por las tradiciones de la época ha colocado á Saladino en la privilegiada residencia donde moran los que por su vida ilustre han merecido aquel lugar, que forma sin embargo parte del primer círculo, y en el cual, se hallan separados de las demas almas; el poeta despues de haber visto á Homero, á Horacio, á Ovidio, á Lucano, á Hector, á Lucrecia y á César, añade: « Mas lejos, Saladino se encontraba solo » (*Inferno*, Canto VI).

Tócanos hablar ahora de la cuarta cruzada aconsejada por Celestino III, mas antes digamos algo de lo que sucedió á Ricardo al regresar á su reino.

El monarca volvía de la tierra santa acompañado de un escaso séquito, cuando Leopoldo, duque de Austria, cuyos estados atravesaba, le mandó prender y le puso en manos del emperador Enrique VI; el cual no habiendo marchado á Pa-

(1) Saladino habia adquirido gran renombre en Francia y en Inglaterra; llamábase *diezmo saladino* el impuesto establecido para subvenir á los gastos de la tercera cruzada. Véase á Fleury IV lib. LXXIV, 781.

(2) Michaud, *Hist. de las cruzadas*, tomo II á fines del lib. VIII.

lestina, no podia abrigar la menor queja contra la altivez de Ricardo, cuyo indomable orgullo deplorara el ejército entero (1), ni tampoco los temores de Felipe Augusto que presentaba en el príncipe inglés el deseo de arrebatarse el trono de Jerusalem á una dinastía oriunda de Francia. Enrique VI, repetimos, no podia tener semejantes miras, y á pesar de esto no quiso devolver al rey su libertad sino en cambio de una indebida y considerable suma; Celestino salió en defensa de la lealtad ultrajada y viendo que el emperador no hacia el menor caso de sus amonestaciones, le separó de la comunión.

Aun en el dia se enseña en Austria el lugar en que estuvo preso Ricardo, lugar llamado Durnstein, perteneciente ahora á la familia Lichtenstein (2).

Muerto el emperador Enrique VI en Messina poco tiempo despues, dispuso el papa que se le negara la sepultura eclesiástica á menos de que el rey de Inglaterra, que debió por

(1) En los *Deberes de los grandes* por monseñor el príncipe de Conti, hermano del gran Condé (Paris, 1667 en 12, pág. 99), leemos lo siguiente sobre el orgullo de los príncipes.

« El orgullo que pretende hacerlo depender todo de sí, que si fuese posible, arrebataria á Dios el soberano poder que ejerce sobre todos los seres; que exige sacrificios á las criaturas todas, y que tan sutil, tan delicado é imperceptible se muestra en un grande, es, sin que él mismo lo conozca, el alma de todas sus acciones y de sus movimientos todos... El orgullo lo atribuye todo á sí propio, cree que todas las criaturas son de su legitimo uso, al ser destruidas por su honor y por su gloria; establécese por decirlo así un culto del que se cree digno, y pide á los que él mismo somete, respetos que rayan en religion..... El orgullo perdió al primer ángel; este deseo de independencía perdió á la humana naturaleza con nuestros primeros padres, y ejerce continuamente en los grandes un tiránico imperio que sabe servirse para perderles de sus mas grandes calidades. »

(2) En 1818 lo visité con una recomendacion de la princesa Juan Lichtenstein, en la que se mandaba al conserje que nos enseñase la nueva habitacion y el sitio en que segun la tradicion estuvo encerrado Ricardo, y vimos una jaula de madera de tres ó cuatro metros de altura por otros tantos de anchura, estando las barras bastante separadas para permitir el paso del brazo. Sin embargo no es creible que aquella jaula sirviese de prision al valiente monarca, pues habia mil medios para asegurarse de su persona sin recurrir á uno tan inútil como infucuo. La situacion del castillo, inmediato al Danubio y rodeado de bosques, debia sugerir al príncipe ideas de terror y de desesperacion. ;Qué diferencia entre su posicion en aquel entonces y la gloriosa que ocupaba cuando vencía al arrogante Saladino!

fin su libertad á Celestino , consintiese en que se le tributasen aquellos honores , declarando de antemano haber sido reembolsado de la suma de que le despojaron los agentes imperiales. Sin embargo , ya en su testamento , el arrepentido Enrique habia mandado á su hijo Federico no solo devolver el dinero indebidamente pagado por Ricardo , sino restituir á la santa sede cuantos derechos habian usurpado á los papas los reyes de Sicilia , añadiendo que en caso de morir sin sucesion , el trono de Sicilia debia volver al pontífice romano.

El papa Celestino cuyo mayor deseo era el sólido restablecimiento de la paz interior , entregó á los romanos la ciudad de Tusculum segun lo convenido en el tratado que hemos mentado anteriormente ; mas animados por desgracia los romanos de un implacable ódio , espulsaron de la ciudad á todos sus habitantes como si tuviesen algun derecho para maldecirla. Aquellos infelices privados de sus bienes , descendieron á la llanura y construyeron algunas cabañas con *frasche* (ramas cubiertas de follage) siendo este el origen del célebre pueblo de Frascati , que ostenta en el dia tan suntuosos palacios.

Durante el mismo año , Celestino canonizó á san Pedro , obispo de Tarentaise y antes monge cisterciense , nacido en la diócesis de Viena en el Delfinado en 1102 , y muerto en 1175.

En 1192 Celestino confirmó la orden militar Teutónica , llamada asi por haber sido instituida en san Juan de Acre en Siria por algunos oficiales alemanes de Brema y de Lubeck , con objeto de cuidar á los heridos y enfermos del ejército que mandaba Federico , duque de Suavia. El duque Conrado imploró el auxilio de aquellos caballeros contra los idólatras de Prusia , dándoles en cambio los países que conquistaran al enemigo , de modo que en poco tiempo fueron señores de toda la Prusia , donde el gran maestre trasladó la residencia de la orden , luego de la toma de san Juan de Acre por los sarracenos. Mas tarde los príncipes vecinos despojaron á los caballeros de sus tierras y castillos , arrebatándoles el resto el marqués de Brandeburgo , cuando siendo gran maestre abrazó con un corto número de caballeros la religion luterana ; los que persistieron valerosamente en la fe católica tras-

ladaron la residencia de la orden á Marienthal en Franconia. Estos caballeros en el ejercicio de sus funciones vestian hábito blanco adornado con una cruz negra.

La cuarta cruzada , ordenada por Celestino , llevó á Palestina á muchos alemanes , los cuales no pudiendo vivir en armonía con los Templarios y demas cristianos que guarnecian san Juan de Acre , se retiraron á Jaffa , desde donde , descontentos de sus gefes , inquietos por los asuntos de Germania , regresaron á Europa sin que esta cruzada , como dice Fleury , produgese el menor fruto.

Despues de la canonizacion de san Ubaldo , canónigo regular de san Juan de Letran , pronunció el papa la de Juan Gualberto , Florentino , muerto en 18 de julio de 1075 á la edad de ochenta y ocho años , habiendo sido el fundador de la congregacion de monges de Vallombrosa , quienes vivian bajo la regla de san Benito.

Celestino publicó un importante decreto referente á la disciplina eclesiástica , tal fué el disponer que los niños ofrecidos por sus padres á un monasterio , podrian salir de él voluntariamente luego de llegar á la edad adulta , lo que fué confirmado por el célebre concilio de Trento , siendo asi que era antes costumbre el que los padres no pudiesen rovocar la promesa hecha , y el que sus hijos asi ofrecidos , debiesen permanecer toda su vida en los monasterios.

Celestino , del cual nos han quedado diez y siete epístolas , murió en 8 de enero de 1198 , y fué sepultado en san Juan de Letran , cerca de santa María *del Ríposo* , despues de haber gobernado durante seis años , nueve meses y nueve dias. Antes de espirar quiso renunciar el pontificado y suplicó á los cardenales que elevasen á la cátedra de san Pedro á Juan de Saint Paul , de la familia Colonna ; mas se negaron á ello diciendo ser inaudito el que un papa se depusiese á sí mismo. Roger , autor contemporáneo , citado por Baronio , es quien refiere este hecho.

Tócanos consignar aqui que la magnífica obra eclesiástica de aquel insigne cardenal , miembro primeramente de la orden del Oratorio de Italia , fundado por san Felipe Neri , terminó en 1198 , debiendo escribir inmensos volúmenes si tra-

tásemos de recopilar los elogios que su trabajo ha merecido.

La santa sede no sufrió la menor vacancia.

1178. Inocencio III. 1198.

Inocencio III, nacido en la ciudad de Anagni, hijo de Trasimundo, conde de Segni, tío del papa Gregorio IX y pariente de Alejandro IV, pertenecía á la familia Conti llamaba Juan Lotario; canónigo regular de san Pedro y nombrado luego cardenal diácono de los santos Sergio y Baco, por Clemente III, fué elegido papa por unanimidad, á pesar del elocuente discurso que dirigió á los electores, suplicándoles que no le impusieran tan pesada carga. La opinion de la mayoría se inclinaba á conferir la tiara al cardenal Juan de Salerno, el cual reunia ya diez votos, pero este príncipe de la Iglesia hizo á su vez indecibles esfuerzos para que aquellos pasasen al cardenal Conti, quien contaba apenas treinta y ocho años (1).

Inocencio III fué elegido en 8 de enero de 1198, el mismo día en que fué inhumado Celestino III; ordenado de presbítero el 21 de febrero, y consagrado en San Pedro (2); el día siguiente, marchó, despues de su coronacion, á tomar el *posse* en San Juan de Letran.

En su Constitucion *Ineffabilis*, que equivale á lo que puede llamarse en el día la encíclica del advenimiento, Inocencio III pone en conocimiento de la cristiandad su legítima eleccion;

(1) Tomaremos muchas noticias en la Hist. de Inoce. III y de su siglo por M. F. Hurter, presidente del consistorio en Schaffouse, traducida por el abate Jager y T. Vial. 2 tomos en 8.º 1840.

(2) En la pág. 105 del tomo 1.º de la traduccion de M. Hurter por Mr. Jager, se ha deslizado un error tipográfico de gran bulto; dicese que se sujetó un *palladium* en la espalda, en el pecho y en el costado izquierdo del papa, con altileres de oro, siendo así que debe decir *pallium*.

habla de sus escasos merecimientos para la tiara, y ruega á los fieles que le auxilién con sus oraciones.

Antes de su consagracion, acordó el derecho al arzobispo de Milan de elevar á las sagradas órdenes á los que hubiesen ya recibido una del sumo pontífice, desprendiéndose de aquí, que en aquellos tiempos, el ordenado por un papa no podia ser promovido á una orden mas digna, sin el permiso de la santa sede. En 1802, se vió un ejemplo de lo que venimos diciendo; Pio VII promovió al presbiterado á un respetable eclesiástico, que habia recibido las demás órdenes de Clemente XIII, y lo hizo solo para mantener aquella antigua prerogativa de los sumos pontífices.

La Europa examinaba atentamente los primeros actos del nuevo pontífice. « Inocencio entraba en la administracion, dice M. de Sismondi, con un conocimiento profundo de los intereses de su patria y de la santa sede, con el valor y la ambicion de un patricio jóven aun, y finalmente, con la reputacion de ciencia y santidad que debia á una vida regular y á obras apreciables, entre otras, la que escribió con el título de *El desprecio del mundo ó De la miseria del hombre* (1), y varias disertaciones sobre puntos de disciplina. »

Como veremos luego, las esperanzas concebidas, cuando la eleccion de tan gran personage, quedaron realizadas, gracias á la elevacion de sus miras, y á su vigor y firmeza de alma, que, si bien puestas á prueba en circunstancias harto difíciles, se escedieron quizás de sus justos límites (2), supieron en definitiva volver á ellos con toda la dignidad de un gran carácter.

En las revoluciones de la Alemania y de la Italia meridional, en la Francia, agitada por el ilegítimo enlace de su soberano, en toda la estension del mundo católico, donde el celo por las cruzadas producía una nueva fermentacion, Inocencio encontró ancho campo para manifestar los dotes y talentos que la Providencia le habia prodigado (3).

(1) *De contemptu mundi, seu de miseria hominis: libri III.*

(2) Novaes, III, 143.

(3) Citaremos el bello pensamiento que M. Jager ha consignado en la primera página de su introduccion: « Durante mucho tiempo, dice,

Federico II, de la casa de Suavia (1), y sucesor de Enrique VI en Alemania, era entonces un niño de dos años, y su madre Constanza reconocía á Inocencio III como tutor de aquel niño y administrador de su reino.

Federico II, aunque en pañales, había sido declarado rey de los romanos antes de la muerte de su padre, mas disputábasele la corona imperial Felipe, duque de Suavia, su propio, puesto que era el primogénito de los hermanos de Enrique VI y Othon, entonces duque de Aquitania, hijo de Enrique el Leon, que había sido duque de Baviera y de Sajonia.

Los mas poderosos príncipes de Europa tomaron partido en esta cuestion; Felipe Augusto de Francia se declaró por el duque Felipe, y Ricardo Corazon de Leon de Inglaterra por Othon. El primer competidor representaba á la familia *Weibling*, *Gibelina*, y el segundo á la *Welf*, *giuelfa* (2), debiendo la dividida Italia interesarse tambien en tan fatales contiendas, y derramar sus tesoros y su sangre por cuestiones germánicas.

se ha desfigurado la historia de los papas de la edad media acumulando errores sobre errores, mas por fin ha aparecido la verdad á través del velo que la cubria; Gregorio VII, é Inocencio III, han encontrado defensores, y lo que mas sorprende, es que los han hallado entre los discipulos de Lutero y de Calvino, en paises de los cuales partieron los mas terribles anatemas. Tamaña reparacion que era debida á la santa sede, es una especie de obra satisfactoria que irá mas tarde acompañada de la penitencia, pues desde el momento en que los salios autores de la Germania examinarán las doctrinas católicas con el mismo cuidado y celo con que examinan la historia de los papas, renunciarán á sus preocupaciones, siguiendo el ejemplo de Arendt, de Schlegel, de Stolberg, de Haller, etc. » M. Jager lo acertó, y M. Hurter ha vuelto gloriosamente al seno de nuestra religion.

(1) *Italia*, pág. 89.

(2) Parécenos oportuno repetir aqui las esplicaciones que hemos dado en la *Italia* pág. 71. « Existian en Alemania dos familias poderosas, una de las cuales era conocida con el nombre de *Sálica* ó de *Weiblingen*, de *Weibling*, castillo de la diócesis de Augsburgo, en las montañas de Hertfeld, de donde era probablemente oriunda; los partidarios de esta familia que diera varios emperadores, llamábanse los *Weibling*. La segunda familia, originaria de Aلدorf, poseia en aquella época la Baviera, y los príncipes que sucesivamente tuvo á su frente, llevaron el nombre de *Welf*. Ahora bien, los papas habian tenido frecuentes guerras con los *Weibling*, al paso que los *Welf* se habian declarado varias veces sus defensores.

« Infeliz Italia! como si sus propias pasiones no hubiesen bastado

Inocencio III debió tomar igualmente partido en la querrela, pero sin perder de vista su posición en Roma.

La autoridad del senado había sido reconocida por Celestino III, y fijada su constitución por el tratado que hemos mentado anteriormente; sin embargo, lejos de tomar la forma que le correspondía, el *senado* consistía únicamente en un *senador* extranjero y militar, cuya sola atribución debía ser la de reprimir la ambición de los nobles del país, si bien se escedía de ella muchas veces.

Inocencio, sagaz hombre de Estado, no tardó en apercibir el descontento de los romanos al ver á un extranjero ejercer cierta autoridad legislativa y como soberana, observando también que, conforme á una antigua costumbre, pidió el pueblo una distribución de dinero al ser promovido el nuevo pontífice, privilegio que se hallaba en cierto modo confirmado por el tratado de que hemos hablado en la pág. 111. Uno de los ministros del papa pensó en aprovecharse de ambas importantes circunstancias, y como sucede que el pueblo que ha elegido una autoridad, se cree con derecho para molestarla, castigarla y deponerla, al paso que, cuando vé un poder creado sin su cooperación, lo respeta más y más, creyendo manifestar su respeto aceptando sus liberalidades, Inocencio III arrojó en un mismo día, dinero á la multitud, destituyó al senador que esta eligiera, y nombró otro, tomado entre los partidarios del pontificado; obligó al prefecto de la ciudad, oficial del emperador, es decir, de un príncipe que no existía aun, á prestarle homenaje, y á recibir de sus manos una nueva investidura de su cargo, y finalmente, expulsó de las ciudades y del patrimonio de san Pedro á los jueces y magistrados nombrados por el pueblo, robusteciendo así su poder en las ciudades de Ancona, de Fermo, de Osimo, de Camerino, de Sinigaglia, de Pésaro, de Rieti, de Spoleto, de Assise, de Fuligno, de Lodi y de Citá di Castello.

para atormentarla, dividía las del país vecino. Era preciso distinguir á sus amigos de sus enemigos, y como aquellos no podían ser pronunciados fácilmente por los italianos, cada partido los acomodó á su idioma nacional. Los partidarios de los papas en Italia, llamaron á sus aliados los *Welf*, *Guelfi*, *Güelfos*, y los adversarios de la santa sede llamaron á los suyos los *Weibling*, *Ghibellini*, *Gibelinos*.

Esto en cuanto á los negocios temporales , mas los espirituales tenian mucha mayor importancia.

El rey de Francia Felipe Augusto fué requerido para alejar de sí á Inés de Meranie , hija del duque de Aquitania , con quien habia casado despues de repudiar á su esposa legítima Ingelburge , hija del rey de Dinamarca , á la que no se unió de nuevo hasta en 1212 , despues que Inocencio hubo puesto su reino en entredicho. Este pontífice anuló el matrimonio incestuoso contraido por el rey de Leon , Alfonso , con su sobrina la hija del rey de Castilla ; exortó al rey Sancho de Portugal á pagar el tributo prometido por su padre , cuando ante Lucio II , declaró el Portugal feudatario de Roma , y cuando solicitó de Alejandro III el título de rey.

Estos primeros trabajos de Inocencio , estos derechos que conserva y que en caso necesario establece , son juzgados razonablemente por la penetracion de M. Hurter , el cual se expresa en estos términos.

«Si consideramos (I, 95 trad. de M. Jager). cuanto sobrepaja en duracion el establecimiento del pontificado á las instituciones europeas ; si atendemos al modo como las ha visto aparecer y desaparecer , y á como , en medio del flujo y reflujo de las instituciones humanas , solo él ha conservado y defendido , sin modificacion ni cambio alguno el espíritu que le vivifica , ¿debe admirarnos el que tantos hombres fijen en él sus miradas , como en la roca que se eleva sin ser conmovida , en el seno de las espumantes olas del tiempo?»

M. Hurter añade como á nota la siguiente confirmacion de sus palabras : «Solo la historia me ha dictado este juicio , y no la polémica dogmática , fuera de lugar aqui.» Estas reflexiones esplican la política que debia necesariamente abrazar el soberano de los portugueses , y la confianza que asi él como su pueblo cifraban fundadamente en el poder pontificio. Dejemos obrar á Inocencio III , el cual conoce perfectamente el terreno en que se apoya la planta de San Pedro.

Por medio del cardenal Octaviano Conti , su legado en Sicilia , Inocencio invistió á la emperatriz Constanza , viuda de Enrique VI y á su hijo Federico , del reino de Sicilia , del ducado de Pulla , de los principados de Capua , de Nápoles , de

Salerno , de Amalfi y de la provincia de Marsi , como feudos de la santa sede , quedando obligados la emperatriz y su hijo á pagar á la Iglesia romana el tributo convenido, y á prestar *homenage* cuando las circunstancias lo permitiesen. De este modo pasaron las Dos Sicilias , de los normandos á la casa de Suavia.

Su Santidad aprobó la institucion de los religiosos de la Santísima Trinidad para la redencion de cautivos , fundada cerca de Meaux por San Juan de Mata y San Felix de Valois , nobles franceses. En aquel mismo tiempo envió el papa un legado á Armenia para coronar al rey Leon , el cual junto con su pueblo , habia vuelto á la obediencia de la santa sede , de la que un cisma le separada.

Deseando favorecer á los pueblos , Inocencio fijó sus miradas en Inglaterra, donde reinaba aun el rey Ricardo ; M. Hurter confirma con estas palabras el juicio que de este rey hemos formado.

«Ricardo de Inglaterra (tomo I pag. 125) reunia á las calidades de un héroe valeroso , los defectos de una fuerza brutal que no habian endulzado las influencias morales de la religion , y á la que la poesía , de la cual era amigo y protector, nada habia comunicado de aquella seductora gracia que diera á los príncipes de Oriente. Sus continuas querellas con los reyes de Francia hacian que residiera mas que en su reino insular, en sus provincias de la otra parte del estrecho , y como necesitó sumas inmensas para subvenir á los gastos de sus guerras y satisfacer el rescate de su cautiverio, agobió á sus súbditos con empréstitos insoportables , no tanto aun por su enormidad como por el rigor con que eran exigidos. A su regreso de Austria frustró cuantas esperanzas habian hecho concebir los primeros años de su reinado ; recibia con semblante airado á cuantos se dirigian á él por negocios de interés ; vejaba al clero , que sacrificara para el rescate real los vasos de oro y de plata de las iglesias , condenándose por mucho tiempo á hacer uso de vasos de estaño ; á la nobleza y á los ciudadanos que rivalizaran en celo con el clero , y no reconocia justicia alguna cuando trataba de procurarse dinero. Sus exacciones , pues , su espíritu de dominacion , sus sentimientos de

orgullo y sus frecuentes accesos de cólera que rayaban en brutalidad, estinguieron la admiracion y el amor que su valor en la pelea encendieran en todos los corazones, y que habria podido conservar y aun aumentar por medio de una conducta mas prudente, y de sentimientos mas conformes á la justicia.»

La Europa católica veia con dolor entregado á tan vergonzosas pasiones al príncipe á quien apellidaba *Corazon de Leon*; la Providencia no le concedió dilatados dias, y murió á los cuarenta y dos años, en 1190, habiendo realizado empero en sus últimos momentos una de aquellas generosas acciones que tan familiares le fueron en los primeros tiempos de su reinado.

Si otra vez fijaba sus miradas en Roma, Inocencio no tenia motivos para felicitarse del espectáculo que á su vista se ofrecia.

M. Hurter lo explica con su talento acostumbrado, viéndose en su estilo algunos rasgos del de Gibbon: (1) « Los romanos, dice, habian heredado todos los defectos de sus antepasados, y adoptado los vicios todos de los nuevos pueblos, cuya influencia transformara la Italia; de su glorioso pasado solo les quedaba el recuerdo de una grandeza desvanecida, sin acordarse absolutamente, ni de la fuerza en que aquella se fundaba ni de los medios morales con que habia sido fomentada. Parecidos en esto á todo pueblo que cae precipitado de la cumbre de la gloria, los romanos creian encontrarse aun en el pínaculo de su esplendor cuando pronunciaban el nombre de sus antiguos héroes, cuando pretendian renovar formas sociales de las que no quedaba el menor vestigio, y cuando finalmente tegíanse coronas con los marchitos laureles de los siglos pasados, asi fué que se creyeron otra vez en la antigua roma, cuando en tiempo de Lucio II obtuvieron el restablecimiento del senado y de la órden de los caballeros y la reapertura del capitolio. Rodeados de aquellos vanos fantasmas, los romanos se persuadieron de haber recobrado su pasada gloria, tanto que querian hacer de aquella época una nueva era, cuando para completar su ilusion Arnaldo de Brescia

(1) Tomo I, pág. 142 de la traduccion de M. Jager.

se presentó al pueblo con sus doctrinas de libertad popular, con sus ideas de emancipacion del yugo de la Iglesia y de toda creencia; siguiendo las huellas de los demagogos de todos los tiempos, lisongeó las opiniones de la muchedumbre, y los romanos se esforzaron en restringir los derechos de los papas, oprimidos por los emperadores, sin lograr sin embargo defender contra estos las conquistas que hicieran aquellos con el auxilio del poder pontificio. »

En medio de tales altercados, Inocencio III supo establecer una autoridad firme que contuvo á todos los partidos políticos, restableciendo en los ánimos la veneracion que los habitantes de Roma profesan en el fondo de su corazon por todo lo relativo á la gloria de la fe.

En 1199, canonizó este pontífice á san Homobono de Cremona, muerto en 13 de noviembre de 1197, y por la bula *In eminenti* de 14 de julio, erigió en metrópoli la iglesia de Compostela en España, si bien segun algunos autores no hizo mas que confirmar la ereccion de dicha metrópoli ordenada por Calisto II en 1120, al mismo tiempo que instituyó en ella siete canónigos, llamados cardenales á causa de sus hábitos encarnados, quienes eran los únicos que podian celebrar el santo sacrificio en el altar del apóstol Santiago.

Inocencio confirmó en 1200 la orden de los *Humillados* fundada en Milan por san Juan de Meda en 1199; el trascurso de los años y la acumulacion de riquezas produjeron entre dichos religiosos funestos abusos, á los cuales quiso Pio V poner remedio mandando que fuesen aquellos reformados por su protector san Carlos Borromeo. Entonces tuviéronse que lamentar escenas deplorables, y el mismo Pio V se vió obligado á suprimir la orden en 1571.

En 1200, canonizó el papa á la emperatriz santa Cunegonda, la que mediante el consentimiento de su esposo Enrique II habia vivido en santa y perpétua virginidad.

Inocencio confirmó á petición del rey de Portugal la orden militar de san Benito de Avis (1), instituida contra los sarr-

(1) Avis es el nombre de la ciudad en que se hallaba el principal convento.

cenos, bajo la regla del Cister, por Alfonso I; los caballeros llevan una cruz de oro, adornada con lises y con dos pájaros, por alusion á la palabra latina *avis*. Julio III en su décimo-octa constitucion, nombró á los reyes de Portugal grandes maestros perpétuos de la referida órden.

Los monarcas de Europa, no cesaban de ofrecer el tributo de su veneracion á Inocencio, y este por su parte nombró *rey* al gefe de los búlgaros, á quien envió el cetro y la corona real, y tambien á Primislao, príncipe de Bohemia, el cual llevaba el título de tal sin que le fuese dado en su correspondencia con la santa sede. Pedro de Aragon, reconocido en España como rey de Aragon, fué á Roma solo para ser coronado por el papa en la basílica vaticana.

En el mismo año 1204, el pontífice canonizó á san Procopio, Bohemio, abad benedictino de san Juan Rafila en Praga, muerto en 1053.

Su Santidad no descuidaba los asuntos de la Tierra Santa, y escribió lo siguiente al cardenal Joffred que habia rehusado la dignidad patriarcal de Jerusalem: «Os proponemos el ejemplo del Hijo de Dios hecho hombre, el cual eligió Jerusalem por residencia, y en ella inmoló, siendo señor, su vida por el esclavo (1), borró los pecados, sufrió tormentos y apuró el cáliz de los oprobios. Vos habeis sido elegido por él para ser en cierto modo su sucesor, y no os negareis á aceptar un cargo que os ofrece la divina Providencia: no debeis temer las penas, ni las ansias, ni los insultos, ni la pobreza, ni los pesares, ni las privaciones, sino resignaros á estos males por aquel que lo sufrió todo por vos; y si sois llamado á una iglesia de la cual no podeis tomar ahora posesion, acordaos de Jaime, hermano del Señor, que fué colocado al frente de esta misma iglesia cuando se hallaba aun en manos de los que habian crucificado á Jesucristo. Si varios miembros de ella se encuentran prisioneros, ó si han sucumbido bajo la espada de los enemigos, los que viven libres todavia os imploran y esperan como á pastor; no discutais á causa del lugar; trátase de dirigir

(1) Damos esta carta como un modelo de la vasta erudicion bíblica de Inocencio III. Véase ep. VI, 129.

hombres, y á estos mas que á aquel pertenece el nombre de Iglesia (1). Sin embargo, si temeis por el lugar, emplead todos vuestros esfuerzos para que la Tierra Santa sea prontamente reconquistada, mas no rehuséis la dignidad de patriarca, pues nadie ha dejado de hacernos presente el perjuicio que por ello redundaría á la Iglesia oriental; no retrocedais ante el trabajo, porque resistiríais á Dios! Enviamos el *palio* al legado Pedro, para que adorne con él vuestro pecho, y os autorizamos para elegir por vuestro sucesor al obispo católico que mas os convenga.»

Inocencio, incapaz de ocultar sus verdaderos sentimientos, no aprueba lo que se trata de hacer en Bizancio, no abandona la santa idea de la Palestina, y escribe al cardenal Joffred: «Si bien es difícil permanecer firme (ep. VI 130) en medio de la agitada mar que se llama mundo y de tantos enemigos visibles é invisibles, *vos que no sois de este mundo*, no debéis buscar lo que le concierne sino lo que concierne á Cristo; no vuestra propia gloria, sino la del crucificado. Llevando la cruz como no sentir su peso? Los sufrimientos de este mundo llevan á la gloria futura, y si os causa afliccion el ver que los sarracenos habitan el país que presenci6 la pasion y resurreccion de Nuestro Señor, que mancillan su templo, acordaos de las lamentaciones del Salmista: *Señor, los gentiles han entrado en tu hacienda; han profanado tu santo templo y convertido á Jerusalem en un monton de piedras.*

Si os doleis de que, semejantes á los hijos de Efraim, los príncipes que han tomado la cruz retroceden al llegar el día del combate, pareciendo haber olvidado su designio, recordad las quejas del profeta: *He alimentado y criado hijos y se han separado de mí.* Solo así el luto se convertirá en gozo y el dolor en placer; solo así os hareis digno de beber el cáliz de angustias que el Señor apur6 por nosotros; y nos que no solo somos su indigno representante sino tambien uno de sus inútiles servidores, dividimos vuestro dolor y haremos lo posible para mitigarlo, no renunciando á los cuidados que la Tierra Santa re-

(1) Qué magnificencia de espresiones! ; cuanta sublime ternura respiran estos preceptos del sumo pontífice!

clama, aunque el ejército haya vuelto sus armas contra la Grecia (1).»

Inocencio, si bien descontento de la falsa conducta de los emperadores griegos, supo sin embargo con dolor la sangrienta ocupacion de Constantinopla, capital del imperio griego, y derramó lágrimas al saber que en 16 de marzo de 1204, los latinos habian reconocido como á rey á Balduino, conde de Flandes (2).

Para impedir á los hereges albigenses, que se derramaron por toda la Francia, el que dogmatizaran secretamente, Inocencio, despues de haber escomulgado á Raimundo VI, conde de Tolosa, estableció en dicha ciudad el primer tribunal á que se dió el nombre de inquisicion, porque inqueria los que dogmatizaban en secreto.

El primer jefe de este tribunal que *poco á poco se retiró de Francia quedando limitado á España y á Italia* (3), fué Pedro de Chateau neuf, monge del Cister y legado pontificio, canonizado (4) por Inocencio el mismo año en que fué martirizado

(1) M. Hurter añade al pié de esta carta una nota concebida en estos términos: «¿Es este acaso el lenguaje de un hombre que se vale de la santidad de su ministerio para cubrir ambiciosas miras, y que solo se muestra audaz por que vé á cuantos le rodean cegados por el error? Sin embargo, este es el aspecto bajo el cual muchos escritores tratan de representar á los papas (especialmente á Inocencio III) y á la edad media. De la historia puede decirse lo mismo que decia Bacon de la filosofía: *Leviore haustus avocant a Deo; pleniores ad Deum reducunt*: «Beber á pequeños sorbos aleja de Dios; beber á grandes sorbos conduce otra vez á Dios.»

(2) La relacion del ataque de Constantinopla es, en la obra de M. Hurter, un fragmento histórico que merece ser leído; sin embargo, hemós observado con disgusto que atribuye á Lysippo los caballos llamados *de Venecia*, que hemos visto en París.

Existe además otro párrafo, corto sí, pero que nos ha afligido extraordinariamente; con motivo de la division del botin M. Hurter dice: «No les animaba el santo celo que impulsara antiguamente á Gregorio el Magno contra los ídolos, sino una baja y rastrera codicia.» Esto último es verdad y nadie lo pone en duda, mas no la acusacion lanzada contra Gregorio el Magno, el cual no destruyó los templos de Roma. Lo repetimos; San Gregorio el Magno no *aniquiló las imágenes* y por lo tanto no debe hablarse del *santo celo que le animó contra los ídolos*.

(3) Novaes III 155.

(4) Lambertini dice que el papa Inocencio no canonizó formalmente á Pedro, limitándose á aprobar los documentos que probaban el marti-

por órden de Raimundo VI, pues no debe creerse que en la guerra de los albigenses fuesen estos constantemente víctimas, ni que tendiesen el cuello á sus enemigos sin herirles jamás.

No debemos pasar aquí en silencio al gran san Francisco de Asis, el cual escribió su regla, fundada en la mas estricta pobreza, en 1208, y la presentó á su santidad; este que veia en Francisco á un protector de la Iglesia, aprobó enteramente aquellos estatutos, y colmólos de elogios en el concilio reunido en Letran en 1215.

El primer convento de aquellos religiosos fué la iglesia de santa María de la Portiuncula, que les dieran los benedictinos, y estendióse de tal modo el instituto franciscano (1), que en 1219 se reunieron en Asis cinco mil religiosos pertenecientes á él para el capítulo *delle Stuore* (de las esteras) en cuanto era preciso levantar celdas con esteras de junco para alojar al gran número de personas asistentes al capítulo.

En aquel tiempo Sancho I, rey de Portugal, que habia sucedido á su padre Alfonso en 1185, disponia arbitrariamente de los beneficios eclesiásticos, usurpaba sus rentas, maltrataba á los eclesiásticos y aborrecia á los religiosos, considerando como de mal agüero el encontrar á alguno de ellos en su camino.

Inocencio, celoso siempre en pro de los intereses eclesiásticos, exortó paternalmente al rey á no cometer tamañas injusticias, y confirió al arzobispo de Compostela el derecho de castigar al príncipe si no enmendaba su conducta; Sancho es-

rio y aplazando para mas tarde la canonización. *De canoniz*, lib. 4.^o cap. XIX n. 9.

(1) La órden de San Francisco ha dado cinco pontífices: Nicolás IV, Alejandro V, Sixto IV, Sixto V y Clemente XIV. Cuenta cerca de cincuenta cardenales, gran número de patriarcas, de arzobispos y de obispos, y dos electores del santo imperio romano, y se envanece de haber enviado al cielo á cuarenta y seis mártires canonizados y á diez y siete confesores, además de otros muchos de que reza la órden por concesion de la Iglesia. En el capítulo general celebrado en Roma en 1628, ascendia á ochenta el número de sus hijos cuya canonización se discutia, llegando luego hasta ciento diez, y pudiéndosele añadir el de mas de dos mil individuos de ambos sexos que han derramado su sangre por J. C. ó que por su santidad merecen ser considerados como santos.

cribió al papa una carta escusándose, é Inocencio declaróle en su contestacion ser merecedor de la escomunión por haber despojado á sus hermanos de lo que les legara su padre Alfonso; mas dió á dos abades del monasterio la facultad de absolverle, si hacia restitucion como la hizo de todo lo usurpado.

Elegido Federico rey de Sicilia, en lugar de Othon emperador, que habia retenido injustamente las tierras de la Iglesia, Inocencio le recibió en Roma con extraordinarios honores, y entonces aquel príncipe confirmó las donaciones que hiciera del condado de Fondi y de otras baronías, por haber Ricardo del Aquila que las poseia, instituido á la cámara apostólica su heredera universal.

Los asuntos de Europa no bastaban á distraer á Inocencio de su constante pensamiento de consolidar el espíritu de fervor necesario para lanzar á los cristianos en auxilio de la Tierra Santa: los temores que hiciera concebir la ocupacion de Constantinopla empezaban á desvanecerse, y M. Hurter explica así esta mudanza en los sentimientos del pontífice.

«Hacia mucho tiempo que Constantinopla, bajo los emperadores griegos, se habia convertido para la Europa en una ciudad estrangera (1); sabíase que sus habitantes adoraban á Cristo; mas la diversidad de dogmas, de ceremonias y de instituciones políticas y religiosas, habian aflojado los lazos que la unian con el Occidente. En efecto, la vida pública tomaba allí una forma particular; su legislacion era distinta y la persona del emperador, su corte y los grandes del país, tenian entre sí otras relaciones que las que respectivamente existian en el resto de Europa; los señores estrangeros buscaban en vano en la nobleza griega aquel espíritu caballeresco, aquel respeto por las damas que se encontraba entre los latinos, y hasta las artes se presentaban tambien bajo otra forma: en Bizancio asemejábanse á marchitas flores cuyas hojas caen una á una, mientras que en Occidente abrian apenas sus corolas para desplegar sus gracias y riquezas, y el arte del menestral tan honrado en los países de Occidente, no era apreciado ni cultivado por los griegos. Tampoco era el mismo el estado de

(1) Hurter, traduccion de M. Jager, I, 745.

las ciencias, pues gozando la Iglesia de Occidente de mayor libertad, producía hombres mas distinguidos que la de Oriente sometida á los caprichos de príncipes licenciosos ; además los pueblos católicos de Europa ofrecían entre sí mas analogías que con los griegos en las relaciones de la vida ordinaria ; lo mismo puede decirse del idioma, y solo á la escrupulosa probidad de los anteriores cruzados debían los emperadores de Bizancio el no haber visto su imperio pasar bajo la dominación de un príncipe latino. Los acontecimientos que se habían sucedido con asombrosa rapidez, prueban como de una sola falta pueden resultar una innumerable série de funestas complicaciones ; la intervencion armada de los cruzados en 1202 en favor de Alexis, príncipe griego destronado, fué lo primero que les impulsó, casi apesar suyo, á una lucha cuycs resultados escedieron á todas sus esperanzas. Sin embargo cuan diferente fué su conducta de la de los cruzados de 1099 que bajo el mando de Godofredo de Bouillon habían penetrado en la Ciudad Santa ! La naturaleza del objeto que en ambas expediciones se tenía á la mira, parece haberse comunicado á sus sentimientos y á sus actos ; si olvidamos por un momento las deplorables consecuencias del terrible asalto que fué , por desgracia necesario para entrar en la ciudad , que piadoso ardor, que caridad vemos brillar en los libertadores del Santo Sepulcro , y que audacia , codicia y barbarie en los opresores de Bizancio ! »

Así pues, el papa no debía temer ya el espíritu de independencia que impulsaba á los griegos á menoscabar el poder de Roma ; mas tampoco debe olvidarse que el rey latino cuya autoridad se veía rodeada de nuevos y crecientes peligros á causa de la defeccion de parte de los cruzados que despues de tomar parte en la conquista , se habían retirado cargados de botin, no se mostraba mucho mas dispuesto á acatar los mandatos del pontífice romano , el cual le repetía en vano que no era en Bizancio donde la Iglesia de Jesucristo sufría los mayores males.

Esto no obstante un gran político como Inocencio III no podía menos de conocer que en último resultado Bizancio se hallaba situada en el camino que guiaba á Jerusalen, si bien,

como amante de su deber, no podia menos de dirigir á los cruzados los mas violentos cargos.

«Vuestra ligereza os ha separado de vuestro voto (1), puesto que habiendo jurado, en vuestra obediencia hácia el crucificado, librar la Tierra Santa del yugo de los infieles, habeis atacado un país cristiano á pesar de las amenazas de excomunion y de que os estuviese prohibido el hacerlo mientras los habitantes no se opusiesen á vuestro paso ni os negasen lo necesario, en cuyos casos no os era dable emprender la menor cosa sin el consentimiento del legado. Os habeis servido de la espada, no contra los sarracenos, sino contra los cristianos; no habeis conquistado Jerusalem, pero sí Constantinopla; habeis preferido las riquezas de la tierra á los tesoros del cielo, y lo que os hace mas culpables aun es que no habeis respetado edad ni sexo, que os habeis entregado públicamente á la prostitucion y al adulterio (2). Habeis abandonado á la lascivia de los malos, no solamente las matronas y las viudas, sino tambien las vírgenes consagradas al culto del señor, y no satisfechos aun con apropiaros el tesoro imperial y las riquezas de los grandes y pequeños, habeis puesto la sacrilega mano en los bienes de la Iglesia, habeis arrancado el oro y la plata de los altares, robado las cruces, las imágenes y las reliquias. Por esto es, que á pesar de las persecuciones ejercidas contra la Iglesia griega, empieza esta á negar la obediencia á la Santa Sede, por cuanto solo vé en los latinos de quienes huye como si fuesen perros, traicion y obras de tinieblas (3)».

El emperador Balduino presentaba para patriarca constantinopolitano al subdiácono Tomás, y si bien Inocencio oponia en un principio algunas dificultades, acabó por aprobar esta eleccion.

Tomás que se encontraba en Roma, fué ordenado de diá-

(1) Ep. VIII, 153.

(2) Los detalles del asalto habian llenado de horror á toda la cristiandad; en los castillos se pedia á los trovadores que cantasen la toma de Jerusalem por Saladino, para comparar la magnanimidad del sultán á la odiosa conducta de los cruzados de Bizancio.

(3) Insertamos íntegra la carta para que se vea el juicio formado por Inocencio acerca de los acontecimientos de Constantinopla.

cono en 5 de marzo de 1205, de presbítero el sábado después de la *media cuaresma*, y consagrado obispo el domingo siguiente en la iglesia de San Pedro, donde recibió el pálio, prestando en seguida en la fórmula acostumbrada, el juramento de fidelidad y obediencia á la Santa Sede. Su nombramiento estaba concebido en estos términos: « El favor de que colma la Santa Sede (1) á la iglesia de Bizancio, elevándola al patriarcado, manifiesta la extension de la Iglesia, poder que fué trasmitido á San Pedro por el hombre Dios, y en virtud del cual el papa, su representante, puede hacer del primero el último y del último el primero. La iglesia bizantina antes sin rango y sin sede, es elevada al patriarcado por la Iglesia romana, y toma el primer lugar después de esta, y habiéndose separado antiguamente de la obediencia que á la misma era debida, vuelve hoy á la senda que no debió abandonar. »

No eran estas las únicas atenciones que pesaban sobre Inocencio; en aquel tiempo disputábanse el imperio, Felipe duque de Suavia, y Othon, duque de Aquitania, y si bien el papa no manifestaba la menor preferencia en pro de ninguno de los concurrentes, debe advertirse que Federico II de la casa de Suavia, sucesor de Enrique VI, le reconocia por tutor y habia sido proclamado ya rey de los romanos antes de la muerte de su padre. Los mas poderosos príncipes de Europa olvidando los derechos de Federico, tomaban partido por los demás competidores, perteneciendo el primero á la faccion gibelina y el segundo á la faccion güelfa.

Balduino de Flandes, emperador de Bizancio, prisionero de los búlgaros, murió durante su cautiverio, y su hermano Enrique fué nombrado para sucederle.

En aquel tiempo, y después de un vivo altercado, los guardias de Othon asesinaron á Felipe su rival. (Nos hallamos todavía en el siglo décimo.)

El papa era el adversario del duque de Suavia, *electo* emperador de Alemania, y no reconocido en Roma, pero no lo era del mismo príncipe como á Felipe de Suavia, contra el

(1) Hurter, II, 23.

cual no podia alegar la menor queja; de modo que, léjos de regocijarse con la muerte de Felipe que hacia mas fácil la elevacion de Othon, objeto oculto de tantos años de esfuerzos (1), sintió grandísimo dolor al saber su trágico fin, manifestando en significativos términos el horror que le inspiraban el asesino y sus cómplices. Los papas de aquella época creian tener el derecho de combatir con las armas espirituales y temporales por una causa que consideraban de Dios, prolongando la lucha hasta el aniquilamiento de su adversario, mas nunca deseaban obtener el triunfo por algun medio odioso.

A consecuencia de las largas querellas entre los pretendientes al imperio, la Alemania se encontraba sumida en la anarquía; Othon redobló sus esfuerzos para atraer á sí á los partidarios de Felipe, y como no habia quien no desease la paz y el fin de tantas discordias, Othon fué elegido emperador en una dieta reunida en Francfort con el consentimiento de los legados de Roma. Faltaba solo conocer la decision de Inocencio colocado entonces entre sus deberes de tutor del jóven Federico y los intereses de la santa sede y de la Europa entera; el mismo pontífice nos revelará el fondo de su alma.

Othon preguntaba porqué Federico, que ocupaba la Sicilia y en cuyo nombre se habia establecido un gobierno firme, pretendia turbar la paz del imperio; Inocencio contestó: «En virtud de las últimas disposiciones de sus padres, el rey de Sicilia se encuentra bajo nuestra tutela, y habiendo recibido su reino en feudo de la Iglesia, nos debe fidelidad como un vasallo á su soberano. Nos no podemos negarle consejos y auxilios en los negocios de su reino, pues, segun las palabras del Apóstol, debemos justicia á todos; sin embargo, ni á él ni á otro protegeremos contra vos despues de haber deseado con tanto ardor vuestra elevacion y ser obra nuestra vuestra promocion de Francfort, como lo reconoceis en vuestras cartas. Aunque todos os abandonasen, la Iglesia, con la cual debeis vivir en perfecta armonía, jamás os negaria su proteccion; no dudeis de nuestro afecto; gobernad segun los preceptos de Dios,

(1) Hurter, II, 160.

y seguid con pureza de corazon el camino de la salvacion y de la paz.»

Nadie sabia aun los designios de Othon en caso de que lograse ser coronado en Roma, cuando por su órden publicóse en Spira una declaracion, diciendo que agradecido al auxilio que le prestara el papa, el emperador electo prometia al pontífice, á sus sucesores y á la Iglesia romana, obediencia, sumision y respeto; renunciaba al abuso de inmiscuirse en la eleccion de los prelados, concedia á todos el derecho de apelacion á la Santa Sede, abandonaba toda pretension en los bienes de los obispos difuntos y en la renta de las iglesias vacantes; prometia cooperar á la destruccion de las heregías, y se obligaba á mantener á la Iglesia romana en tranquila posesion de todos los territorios que recibiera de los anteriores emperadores, y tambien á auxiliarla para reconquistar las provincias de que habia sido despojada.

En esto continuaban los preparativos para el matrimonio de Othon con Beatriz, hija de Felipe de Suavia, en cuyo enlace fundaba la Alemania entera sus esperanzas de sólida paz; la escena que aconteció con este motivo al mismo tiempo que pinta las costumbres de la época, ofrece una estraña mezcla de cinismo y de piedad. Despues de reclamar Othon la atencion de los asistentes, anuncióles que pudiendo elegir por esposa á la dama mas noble del imperio, se habia decidido por la hija de Felipe, duque de Suavia, pero que sin embargo, creia su opinion necesaria, á fin de saber si podia contraer semejante union sin perjuicio de la salvacion de su alma, puesto que preferia no casarse jamás á inferir el menor daño á su alma (1), é invitóles á tener presente esta consideracion mas que la nobleza, riquezas y demás prendas de la jóven princesa. Los príncipes se retiraron para deliberar, y á fin de que pudiesen hacerlo con toda libertad, Othon ordenó á su hermano, el conde palatino, que permaneciera con él.

Morimond, abad del Cister, que siguiera al emperador electo con los cincuenta y dos abades del convento de Walkenried, propuso imponer al príncipe, en espacion de lo que tenia de

(1) Hurter, II, 226.

ilícito el proyectado matrimonio, la obligación de constituirse en protector de los conventos y de las iglesias, de las viudas y de los huérfanos; de fundar en sus propios dominios un convento de la órden del Cister, y de socorrer en persona á los cristianos de la Tierra Santa (1).

Los príncipes se presentaron de nuevo ante el rey (el emperador electo), y Leopoldo, duque de Austria (2), personaje de grande elocuencia, tomó la palabra para manifestar que los príncipes y jurisconsultos opinaban que el enlace de Othon con la hija de Felipe no podia menos de ser ventajoso al Imperio, añadiendo, respecto de las condiciones del abad Morimond, que los príncipes contribuirían tambien con sus ofrendas á la fundacion del convento. Despues que el emperador electo hubo dado á todo su aprobacion, los duques de Austria y de Baviera introdujeron á la jóven princesa y le pidieron su consentimiento, que la pobre niña dió ruborizándose; Othon bajó entonces del trono, inclinóse, sacó de su dedo un anillo y *se desposó* en presencia de todos los príncipes. En seguida abrazó á su desposada, hízola sentar frente del trono entre los cardenales (3), y cuando los príncipes hubieron tomado asiento, les dijo: *He aquí á vuestra reina; honradla como á tal*. La desposada y su hermana fueron acompañadas con gran pompa á Brunswick, y Othon permaneció en Franconia para terminar algunos asuntos y prepararse para el viage de la coronacion.

Con motivo de esta ceremonia, M. Hurter hace una descripcion de la iglesia de san Pedro, tal como existia entonces, descripcion que nos permitiremos copiar, en cuanto se halla conforme con las noticias que hemos podido recoger en la mayor parte de los autores que han tratado de esta materia.

Al llegar al siglo de Miguel Angel y de Rafael, hablaremos de san Pedro y del Vaticano, considerándolos tales como son en el dia; ahora nos toca decir algo del templo que se llamaba entonces de san Pedro; con ello los anticuarios que no quieren

(1) Otto de Saint-Blas, Arn. Lubek, VII, 49.

(2) Mucho tememos que sea el mismo duque que tuvo prisionero en Durnstein á Ricardo Corazon de Leon.

(5) Hurter, II, 227.

renunciar á nada, sabrán la pérdida que han experimentado, y los admiradores del grande Florentino y del pintor de Urbino, conocerán hasta que punto deben estarles agradecidas la religion y las artes.

Por el modo como se espresa M. Hurter se verá que san Pedro debia ser un templo suntuoso é imponente; dice así: «Parecida á una magestuosa matrona, á cuyo alrededor se agrupan sus numerosas hijas brillantes de juveniles encantos (1), la iglesia de san Pedro, situada fuera del recinto de los muros, se elevaba en medio de muchos conventos, capillas y otras iglesias; los papas no habian aun establecido su residencia en ella, pero en toda solemnidad abandonaban el palacio de Letran para dirigirse á la misma (2). Una escalera de treinta y cinco gradas de mármol conducia á los tres arcos del pórtico, cuyas paredes estaban adornadas de mármoles y cuadros, leyéndose en tres planchas de bronce los nombres de todos los reinos, países, ciudades é islas tributarias de la Santa Sede (3). Otras tres puertas daban entrada desde el pórtico al claustro, el cual habia sido enlosado de mármol por disposicion del papa Sergio (4).

«Veíase en él un pino de bronce dorado (5), de quince palmos de altura, que adornara antiguamente el sepulcro del emperador Adriano (6); por su interior algunos tubos de plomo servian de conductores á una fuente de agua viva que manaba á lo largo de sus ramas, y á su alrededor ocho columnas de pórfido sostenian una cúpula dorada, en cuya cima cuatro delfines tambien dorados, derramaban chorros de agua en un

(1) Hurter, II, 242.

(2) El cortejo debia recorrer un grande espacio.

(3) Se ha dicho que Roma ejercia cierta jurisdiccion hipócrita y oculta en diferentes regiones de la tierra; mas aquella lista de reinos, islas y ciudades, ofrecida á cuantos entraban en la Iglesia, es una manifestacion evidente de que nada tiene de *hipócrita* ni de *oculta*. Hemos creido deber añadir esta nota á la relacion de M. Hurter.

(4) Es probable que se trata aquí de Sergio IV, 146.º papa, elegido en 1009.

(5) Debe decir una piña.

(6) Paulo V lo hizo trasladar al jardín del Belvedere; no será esta la última vez que hablemos de este antiguo monumento que tiene cuatrometros de altura.

espacioso estanque, prodigio del arte, debido á la munificencia del papa Simmaco (1).

Varias puertas de plata guiaban desde el claustro al santuario, en cuyo seno se encerraba cuanto reuniera en muchos siglos de mas magnífico por la significacion simbólica, la piedad de los gefes del catolicismo. Además del altar mayor consagrado á san Pedro, habia otros veinte y siete altares, de modo que es difícil decir lo que mas admiraba al extranjero; si las riquezas que adornaban aquel vasto recinto, ó la multitud de fieles, que llegados de todos los puntos del globo, hacian difícil el acceso hasta las reliquias del príncipe de los apóstoles: veíanse capillas adornadas de preciosos trabajos y de magníficos mosaicos (2), y santificadas por venerables reliquias de mártires, de doctores y de pastores cristianos, y los mausoleos de casi todos los papas (3) desde san Clemente, narraban, con sus inscripciones y símbolos, sus acciones, sus calidades y su piedad. El alma se sentia poseída de admiracion viendo reunidos en aquel santuario los mas profundos misterios, la terrestre envoltura de todos aquellos grandes genios que dirigieran la inteligencia de las generaciones pasadas, elevándose por sus sentimientos, su ciencia y sus virtudes, como otras tantas columnas de la verdad.

« En la parte de la iglesia que mira á Oriente é indica la luz derramada sobre el mundo espiritual, ostentábase el altar mayor de san Pedro adornado con cuanto habian podido imaginar el arte y la riqueza para glorificar al santo apóstol; solo sus sucesores tenian derecho para ser consagrados delante del mismo. Cuatro columnas de pórfido sostenian la cúpula del altar, formada además por doce esbeltas columnas, seis de las cuales habian sido enviadas de Grecia por Constantino. Al

(1) San Simmaco, 52.º papa, elegido en 498, era un príncipe por demás generoso.

(2) Solo los canónigos de la iglesia gozaban del derecho de penetrar en aquella en que se conservaba el *santo sudario*.

(3) Hemos dado ya la lista de todos los que han sido sepultados en el Vaticano. En el tomo I, pag. 51, véase la nota relativa al sepulcro de los apóstoles san Pedro y san Pablo colocado en la iglesia subterránea, en el seno de la nueva basílica levantada, en el sitio que ocupara la antigua, por Julio II y Leon X.

lado de este altar brillaba como fuente de luz en esta tierra de tinieblas, una cruz del mas fino oro de mil libras de peso (1), rodeada de diamantes, de rubíes y de esmeraldas, presente del papa Leon IV (2); cerca de ella se encontraban las tablas de oro de ambos Testamentos, adornadas de esmeraldas y pesando doscientas cincuenta libras; á su alrededor colgaban cuarenta lámparas de plata, y además ardian durante el dia ciento cincuenta cirios, y doscientos cincuenta durante la noche.

« En las grandes festividades, gran número de candelabros de oro y de plata, bajo la forma de gigantescas cruces (3), de árboles luminosos y de guirnaldas enriquecidas de piedras preciosas, reflejaban una luz mas viva que la del astro del dia; un aceite balsámico alimentaba la llama y esparcia un agradable perfume. Las colgaduras del coro que Pascual I (4) habia mandado hacer de paño de oro, eran sostenidas por varillas de plata, representando cuarenta y seis de aquellos tapices la pasion de Nuestro Señor, y otro número igual los hechos de los santos Apóstoles.

« Los ornamentos del altar en nada cedian á tan maravillosa magnificencia; varios pedestales cubiertos de planchas de oro y de plata, y macizos algunos de ellos, sostenian una cruz de oro enriquecida de piedras finas, como para manifestar que la ignominia habia desaparecido de la cruz, siendo reemplazada por un brillante esplendor desde el momento en que Jesucristo consumara en ella la redencion del mundo. Otros muchos pedestales sostenian diferentes imágenes de santos.

« Leon III (5) mandó colocar dos ángeles de plata en la entrada del coro, debiéndose tambien á la generosidad de

(1) Mil libras de oro costarian en el dia mas de 1.500,000 francos.

(2) 105.º papa, elegido en 847; véase en la pág. 332 del tomo 4.º lo que hemos dicho de la munificencia de Leon IV; él fué quien rodeó de murallas la antigua iglesia de san Pedro, y del cual dijo Voltaire: *En la defensa de Roma, Leon se mostró digno de imperar como soberano.*

(3) Su nombre era *Phari*; Adriano I, elegido en 772, mandó construir uno que sostenia 1575 cirios (*Anastasio bibliotecario*).

(4) 100.º papa, elegido en 817.

(5) 98.º papa, elegido en 795, el mismo que consagró emperador á Carlomagno.

Leon IV, uno de los principales bienhechores de aquel templo de la cristiandad, la imagen de Cristo sentado en su trono entre dos mensajeros celestes, y rodeado de otras veinte imágenes. Muchos eran los magníficos vasos, los ricos cortinages; mas lo que escitaba sobre todo la admiracion de los fieles (1), eran las pinturas del techo representando el símbolo de la revelacion cristiana, y mas notables aun por la profundidad de su misterioso sentido que por la ejecucion (2); veíanse en ellas los misterios de la Iglesia militante, la cruz y el cordero, y de las heridas de este salian cinco manantiales á los cuales acudian las doce tribus de Israel bajo la forma de doce ovejas; el papa (probablemente Inocencio III) se hallaba en adoracion al lado del cordero, y sostenia en su mano la bandera de la Victoria. A lo alto, entre un cielo estrellado, sentábase Jesucristo teniendo en la mano un libro del cual manaban los cuatro Evangelios bajo la forma de los rios del paraíso, mientras que los pueblos, semejantes á sedientos siervos, acudian para escucharle. Pedro y Pablo, ceñida la frente de una radiante aureola, anunciaban el Hijo del Dios vivo, prometiendo á los fieles una nueva vida, al mismo tiempo que una mano salida de las nubes, dejaba que la paloma tomára su vuelo.»

Tal era en aquella época el templo dedicado al jefe de los Apóstoles (3).

Desde la mañana cubriéronse de gran número de eclesiásticos las gradas de la iglesia de san Pedro y todas las calles adyacentes; una parte de los romanos no aprobaban esta eleccion, y fué preciso desplegar un formidable aparato de tropas para contener á los descontentos en caso necesario. Othon pudo apenas avanzarse seguido de su cortejo particular.

El papa, rodeado de los cardenales, de los obispos y del

(1) Trasladamos esta descripción íntegra á fin de manifestar las eruditas investigaciones de M. Hurter. Compárense si hay quien tenga valor para ello, las magnificencias del antiguo san Pedro con las de la basílica actual.

(2) Datan de la época de san Silvestre, 53.^o papa, elegido en 314. Inocencio mandólas reparar en el año 1200.

(3) M. Hurter dice: «La iglesia metropolitana de la cristiandad», título que pertenece con preferencia á san Juan de Letran, llamada *Mater et caput ecclesiarum*. «madre y cabeza de las Iglesias».

clero, se hallaba sentado delante de la puerta de bronce, en lo alto de las gradas que conducian á la iglesia; tres obispos descendieron las gradas para dar la bendicion á Othon, y acompañarle delante del pontífice.

Othon, despues de besar los piés del papa, juró, como lo habia hecho Enrique VI, no atacar á la Iglesia ni sus derechos; ser un juez equitativo; constituirse en protector de la viuda y del huérfano; defender con todo su poder las iglesias, y especialmente el patrimonio de san Pedro; velar para la conservacion y dignidad del imperio, y reconquistar los derechos que le habian sido usurpados. El papa preguntóle en seguida: «¿Quereis vivir en paz con la Iglesia?» y habiendo contestado el emperador sí por tres veces, díjole aquel: «Os doy la paz como la dió el Señor á sus discípulos:» y le besó en la frente, en la barba y en ambas mejillas. «¿Quereis ser un hijo de la Iglesia?» continuó, y despues que Othon hubo respondido por tres veces afirmativamente (1), díjole: «Recíboos, pues, como á un hijo de la Iglesia;» y cubriéndole con su manto, tomóle la mano derecha, y el emperador besó al papa en el pecho, marchando en aquella actitud desde la *puerta de bronce* á la *puerta de plata*, mientras que los asistentes cantaban: «¡Bendito sea el Señor; bendito sea el Dios de Israel!»

Llegados allí, el papa dejó al rey en oracion y se dirigió á la iglesia en tanto que el coro entonaba el cántico: *¿Pedro, me amas?* El emperador, á cuya derecha se hallaban siete obispos alemanes, lo mismo que se sentaban siete obispos italianos á la derecha del pontífice, fué introducido acto continuo, é Inocencio dijo: «Los antiguos estatutos de los santos Padres previenen que sea examinado con caridad sobre su fe y sobre su vida, é instruido de sus deberes, aquel que se halla elevado sobre los demás, pues escrito está: *No impongas ligeramente las manos.*» En virtud, pues, de esta disposicion, exigióse al emperador la promesa de ser piadoso, desinteresado, afable y dulce, y la de admitir sinceramente los artículos todos de la fe católica; despues de su afirmativa contestacion á

(1) Hurter, II, 247.

todas las preguntas, el papa le bendijo y se dirigió á la sacristía, de donde salió otra vez revestido de los ornamentos pontificios, para proceder á la santa ceremonia. Entonces el arcipreste y el arcediano de los cardenales que debían dirigir al emperador en la ceremonia, le acompañaron á la sacristía, donde el papa le recibió de canónigo de San Pedro, y le revisó del hábito de tal; en seguida se dirigieron al altar de san Pedro, y el arcediano entonó las letanías, mientras que el obispo de Ostia ungía al emperador, rogando al Altísimo que le comunicara su espíritu santo, á fin de que gobernase á su pueblo con justicia, de que tuviese constantemente á Dios delante de su vista, y de que mereciese su protección.

El papa bajó entonces de su trono y marchó con Othon al altar de san Mauricio, llevando los asistentes la corona imperial que se hallaba depositada en el altar mayor; el pontífice presentó ante todo el anillo al emperador, diciéndole: «Tomadlo como el símbolo de la fe, de la soberanía y del poder.» Ciñóle luego la espada, á fin de que, con la bendición de Dios y protección del Espíritu Santo, venciese á sus enemigos y á los de la santa Iglesia, y protegiese el reino y á los soldados de Cristo; y durante las oraciones que acompañaban cada una de estas ceremonias, tomó de manos del arcediano la corona imperial, colocóla en la cabeza del emperador, y le entregó el cetro, emblema de la autoridad real, del cual debía servirse para proteger á la Iglesia y al pueblo cristiano, castigar á los malos, y asegurar la paz á los buenos. En seguida el jefe de la cristiandad volvió con sus asistentes al altar mayor; el prefecto de la ciudad y el gran juez acompañaron al emperador á su sitio, y habiendo el papa entonado el *Gloria in excelsis Deo*, los coros cantaron alternativamente. Terminados los cantos, el emperador depositó la corona en el altar, escuchó la lectura del evangelio, depuso su espada, y ofreció al pontífice pan, cirios y oro, en cambio de lo cual recibió el beso de paz, y luego el cuerpo del Señor; quitáronse al príncipe los zapatos episcopales que fueron reemplazados por las botas imperiales y las espuelas de san Mauricio, saliendo, en fin, de la iglesia, acompañado del papa, para atravesar procesionalmente la ciudad; los caballos se hallaban dispuestos

delante de las puertas de la iglesia, y despues que el emperador hubo sostenido el estribo al pontífice y presentádole la brida (1), le siguió con la corona en la cabeza y rodeado de todo su cortejo, mientras que los sacerdotes entonaban sus cánticos, que las campanas eran echadas al vuelo, y que los chambelanes del emperador arrojaban dinero al pueblo.

Llegado al pié de la escalera del gran palacio de Letran, el emperador se apeó de su caballo, sostuvo de nuevo el estribo al papa, y acompañado del prefecto, condujeron al sumo pontífice á la sala del festin; en la mesa, Othon se sentó á la derecha de Inocencio, y despues de los cantos y de la bendicion dada por el pontífice, se retiraron todos en medio de las aclamaciones de una parte del pueblo romano.

Algun tiempo despues, despidiéronse ambos soberanos, en ocasion en que fermentaba ya en el alma de Othon un gérmen de enemistad.

En aquella época, empezábase á hablar de los vadenses, entre los cuales pensábase reconocer algunos principios de la secta de los maniqueos.

Esta secta, de la que Pedro Waldo de Lyon fué, sino el fundador, el mas ardiente propagador, debió su celebridad no tanto á las innovaciones que pretendia introducir, como á la audacia con que predicaba principios enseñados ya en otros países, y especialmente en Roma, por Arnaldo de Brescia.

Cuéntase que, hallándose varios ciudadanos de Lyon (2) delante de sus tiendas, hablando de cosas indiferentes, uno de ellos cayó muerto repentinamente; la impresion que semejante suceso le causara, determinó á Pedro Waldo, hombre muy rico, á predicar sobre lo ilusorio y falaz de la existencia, y la necesidad de una piadosa enmienda, contribuyendo no poco sus cuantiosas limosnas á aumentar el número de sus oyentes, hasta que, por último, se convirtió en gefe de secta. Sus partidarios eran llamados *pobres de Lyon*, mas ellos se nombraban *los humildes*.

(1) Mabillon, *Mus. ital.*, II, 404. Esta costumbre prescrita por el derecho germánico de la edad media, era una señal de sumision. Nota de M. Jager.

(2) Hurter, II, 289.

El principal ataque de los sectarios fué contra la Iglesia visible, corrompida, segun ellos, por el uso de los bienes temporales; solo entre ellos se enseñaba y practicaba la verdadera doctrina de Cristo; todos los hombres eran iguales; nadie tenia derecho para reclamar obediencia, y no debía existir la gerarquía; rechazaban las denominaciones de papa y de obispo; el canto en las iglesias era una gritería infernal; el matrimonio no era un sacramento (1) y *todo lego honrado era sacerdote*.

Los ornamentos sacerdotales, los cirios, el incienso, el agua bendita, eran para ellos cosas supérfluas y absurdas; las imágenes y los cuadros eran un signo de idolatría; la cruz un pedazo de madera, como cualquier otro, la señal de la cruz una vana costumbre; parece, sin embargo, que poseian imágenes del crucificado, mas la cruz ofrecia la forma de una T, y el Salvador que tenia un pié encima del otro, solo se hallaba clavado con tres clavos. Inocencio, despues de manifestar su horror contra tales máximas, reprobó altamente esta última innovacion, que escandalizaba á los fieles, y habló formalmente en sus sermones de la forma de la cruz y de los cuatro clavos.

Solo faltaba á aquellos perversos un protector guerrero, cuando lo hallaron en Raimundo VI, conde de Tolosa, cuyo abuelo habia sido émulo y compañero de Godofredo de Bouillon.

M. Hurter da los mas precisos detalles sobre la guerra que fué declarada entonces á aquellos sectarios, sobre el sitio de Beziers y demás hechos de armas en que fueron dispersados los innovadores (2), mas por desgracia mezcláronse en aquellas espediciones miras de ambicion personal; unos entraban en campaña con la esperanza de dividir los despojos del vencido; otros creian obtener títulos mas elevados, ó quedar dispensados de las cruzadas á la Tierra Santa, pues llamábase tambien *cruzada* la lucha que se sostenia contra el Languedoc.

En tanto Othon, faltando á la palabra que con tanta solem-

(1) Hurter, 292.

(2) *Id.*, II, 384.

nidad empeñara, reunía al imperio el estado de la Iglesia, y reservaba igual suerte á la Italia entera. Roger, héroe normando, decía: «ha arrebatado la Pulla al imperio, y es preciso que aquella provincia vuelva á él,» llevando su ambicion hasta el punto de codiciar las provincias pertenecientes á Federico, que jurara respetar.

Inocencio no podia permanecer indiferente á la vista de los peligros que amenazaban el reino de Sicilia; pues, si bien la tutela habia ya terminado, las circunstancias en que se encontraba el jóven rey, hacian necesaria la proteccion del papa.

En 1211, y despues de repetidas advertencias, el pontifice, de acuerdo con sus cardenales, lanzó una excomunion contra Othon, «por haber degenerado de los sentimientos de sus antepasados, por haber violado la fe jurada, por haberse apoderado de Viterbo y de otras ciudades dadas por sus abuelos á san Pedro, y por disponerse á declarar injustamente la guerra á Federico II, rey de Sicilia.»

Durante este tiempo, los sarracenos permanecian en tranquila posesion de la Tierra Santa; ni un soldado, salido de Constantinopla, ni de Grecia, habia atravesado el mar; el Occidente no preparaba cruzada alguna, satisfecho, al parecer, con la del mediodia de Francia, á pesar de haber sido acompañada por ambas partes de atroces suplicios, que sembraron la desolacion en aquel hermoso país. Ninguno de los ardientes deseos del papa se habia realizado; la reunion de la Iglesia griega con la Iglesia latina era solo aparente, y como se asemejaba á una sumision mas forzosa que real, multiplicaba las ocupaciones de la Santa Sede, haciéndole casi imposible el cumplimiento de sus deberes (1), sin aumentar por esto su consideracion.

Inocencio supo con indecible gozo la importante victoria que en 1212, consiguieron en las Navas de Tolosa contra la turba morisca los reyes de Navarra, de Aragon y de Castilla; segun los historiadores españoles, aquella batalla, parecida á la de Poitiers, debia emancipar definitivamente á la España del yugo de los sarracenos.

(1) Hurter, II, 462.

En el mismo año, Inocencio escomulgó á Juan, rey de Inglaterra, por apoderarse este príncipe de todos los derechos eclesiásticos; mas trascurrido un año, viendo el rey, que á consecuencia de violentas injurias, habia el papa absuelto á los ingleses del juramento de fidelidad, invitando al rey de Francia á apoderarse de la Gran Bretaña, creyó conveniente volver á la obediencia de la santa Iglesia, é hizo su reino feudatario, prometiendo satisfacer exactamente un tributo á las autoridades de Roma.

Desde hacia algun tiempo, la Italia era teatro de nuevas disidencias; los pisanos se negaban, en ciertos puntos, á reconocer, no la supremacía de Roma, sino el derecho de amonestacion que, en aquel siglo, los pueblos todos atribuian, con razon y sin duda en interés de su dicha y de su mayor tranquilidad, á la benéfica y prudente intervencion de la corte romana, la que, obligada á decidir en último extremo, reprimía las tiranías, castigaba los robos, y procuraba mantener en todas partes la pública concordia.

A pesar de su poder, no empleó Inocencio, para reducir á los pisanos, medio alguno indigno de su carácter, repitiendo constantemente, que su primer deber era el de pontífice (1), que habia rechazado la corona, siendo elegido á despecho de sus súplicas, de sus gritos y de sus lágrimas, y que llenaria dignamente los deberes que se le obligara á aceptar, sobre todo los de conciliador.

No debemos ocultar, sin embargo, que tan valerosa moderacion no podia siempre resistir al espíritu del siglo, á aquel espíritu que se esforzaba en mezclar al pontífice en las domésticas querellas de otras regiones, siendo tambien preciso añadir, que al derecho establecido por acuerdo comun en favor de la Santa Sede, se juntaban muchas pretensiones estrañas, que querian obligar al papa á convertirse en su cómplice. El rey de Hungría le pedía que desterrase á la Tierra Santa á su hermano Andrés, el cual turbaba, segun decia, el reposo del estado; los barones de Francia conjurábanle para que diese severas lecciones á Felipe, que era un obstáculo á su

(1) *Italia*, pág. 90.

ambicion, é instábase á Inocencio para que, acordándose de la doctrina de Gregorio VII, usara aquella arma moral en sus recientes cuestiones con Juan sin Tierra. El rey amenazó al papa con impedir el que sus súbditos llevasen sus tesoros á Roma, y un entredicho fué la contestacion de su amenaza; Juan vengóse entonces vilmente en el obispo de Norwick, partidario del papa, mandó encarcelar al prelado, cargado de cadenas y revestido de una plancha de plomo, cuyo enorme peso le causó la muerte en muy pocos dias. Irritado Inocencio y vivamente escitado por algunos nobles de la corte de Juan, fervientes católicos, pensó en deponer á aquel príncipe, y al resolverse el papa á semejante violencia, el rey de Francia, Felipe Augusto, toma sobre sí el cuidado de ejecutar la sentencia contra el rey legítimo de Inglaterra. En una escomunion jamás vemos solo al papa; hay siempre á su lado un benévolo verdugo que espera la orden de desnudar su espada.

¿ La vergüenza de un entredicho debe recaer por ventura más en los que lo fulminan que en los que lo soliciten y aceptan la ejecución de la sentencia? y aun siendo así, ¿ el entredicho lanzado contra Juan, es acaso más reprehensible que el acto de los nobles ingleses que contemplándole desgraciado, le declaran incapaz de reinar y eligen á Luis hijo de Felipe, para ocupar el trono? Sin embargo, es cosa convenida que los culpables deben siempre buscarse en Roma (1), sin contar que son necesarios vastos conocimientos sobre los intereses de la época para decidir semejantes cuestiones; nosotros empero, podemos asegurar que á pesar de nuestra buena fe que busca sinceramente la verdad, no sabemos ver que sea siempre Roma la culpable.

Othon se hallaba en visperas de espirar, y Federico II fué coronado rey de Germania, concibiendo entonces la Italia esperanzas de reposo; sin embargo, la calma no parecía aun cercana, pues de todas partes se invocaba la intervencion del papa aun en insignificantes querellas.

(1) Italia, pág. 91.

En medio de tan insensatas escitaciones, Inocencio III no se dejó arrastrar á error alguno, á pesar de lo que han dicho sus detractores, conociendo por fin, que una política estrangera, malévola, cobarde y egoísta, se complacia en comprometer á la iglesia en el gobierno del país cuyas malicias ignoraba. Al examinar los últimos tiempos de la vida del pontífice, se verá á un hombre que resistió impasible á los universales homenajes de la Europa, que recibió sin inmutarse los mensajes del rey de Portugal, del rey de Aragon, y mas tarde del *rey del reino de Polonia*, declarándose sus tributarios. Por otra parte el terror que inspiraban los sarracenos, mas atrevidos ante el puñado de latinos que ocuparon el sólio de Constantinopla, que ante los griegos que se daban todavía el nombre de *romanos* (propio para imponer cierto espanto, sobre todo á los pueblos bárbaros); aquel terror, repetimos, que se disfrazaba bajo costosos armamentos, simulados las mas de las veces, y expediciones casi siempre desgraciadas, aun cuando alcanzasen un efímero triunfo, robustecia el ascendiente del papa. Y quien era aquel papa? el mas grande político de su siglo, un hombre dotado de un valor á toda prueba, de un carácter firme sin aspereza, de luces casi sobrenaturales. Nadie dejó de reclamar su intervencion, y á nadie rechazó, no abandonando jamas un negocio sin llevarlo antes á su último período; su pureza de costumbres era ejemplar, y cuando combatia un repudio dictado por un capricho, dejaba oír la voz de un justo, de un sabio, de un apóstol intachable. Por sus epístolas mereció el nombre de *padre del nuevo derecho*, y compuso además, tiernas oraciones que la Iglesia ha conservado; fué autor de la magnífica prosa: *Veni Creator*, y se cree que lo fué tambien del *Stabat Mater*.

Si bien hemos censurado á Felipe Augusto en varias circunstancias, no podemos menos de recordar la gloria que adquirió en Bauvines en 1214.

En dicha época hacia la guerra en Flandes al conde Fer-rand, al emperador Othon y al conde de Salisbury, hermano del rey de Inglaterra, que habian acudido en auxilio del primero; ambos ejércitos se encontraron en el puente de Bauvines cerca de Tournay, y Felipe dirigió á sus tropas las siguientes

palabras (1): «En Dios se cifra toda nuestra esperanza; el emperador y sus soldados están escomulgados por el papa, son los enemigos y destructores de la Iglesia, y el dinero con que se les paga es fruto de las lágrimas del pobre, y del despojo de las iglesias y del clero. Nosotros somos cristianos, gozamos de la comunión y de la paz de la santa Iglesia; aunque pecadores estamos unidos con ella por sentimiento, y defendemos según nuestro poder las libertades del clero, lo que nos hace esperar con confianza que la misericordia de Dios nos dará el triunfo contra nuestros enemigos.»

Dicho esto, mandó dar la señal de la batalla, y al oír las trompetas, el capellan que escribió la historia de aquel príncipe, y otro eclesiástico que se encontraban á espaldas del rey, entonaron con voz entrecortada por el llanto los salmos CLXIII, LXVII y XX, los tres apropiados á la situación (2). La victoria se declaró por el rey Felipe, el ejército imperial tomó la fuga, y el conde de Flandes y el de Salisbury fueron hechos prisioneros.

En 1215, celebró Inocencio el XII concilio general, IV de Letran, para condenar los errores de los Albigenses.

El cánón IV de dicho concilio que se refiere á los griegos reunidos á la Iglesia romana, dice que, si bien el concilio desea favorecerles y honrarles, tolerando en lo que sea posible sin ofender á Dios, sus costumbres y sus ritos (3), condena á los que llevan la aversion hasta el punto de lavar los altares en que habian celebrado sacerdotes latinos, y de rebautizar á los que estos habian bautizado, prohibiendo incurrir en adelante en tamaños excesos, bajo pena de escomunión y de deposición.

En ciertos países hallábanse mezclados pueblos de diferentes lenguas, los que, aunque habitantes de una misma ciudad ó de una misma diócesis, diferian no solo en las costumbres sino en las reglas relativas á las ceremonias de la religion: semejante mezcla se encontraba en Constantinopla y en toda

(1) Rigord, *Gesta Philippi Augusti, Francorum regis*. Colección de Duchesne, tomo III.

(2) Fleury, V, LXXVII, 116.

(3) Id., LXXII, 124.

la Rumania, donde los latinos se habian derramado entre los griegos, y en Antioquía, Trípoli y san Juan de Acre, donde los latinos vivian con los sirios, los griegos y los armenios, y á fin de evitar la confusion que podia engendrar tanta diversidad de idiomas y de ritos entre cristianos de una miscreencia, dispuso el concilio, que los obispos de aquellas diócesis encargasen á eclesiásticos capaces el celebrar el oficio divino delante de *cada nacion*, el administrar los sacramentos, y el instruir á cada uno segun su rito y su idioma (1). Prohibió además establecer dos obispos en una sola diócesis, puesto que seria un cuerpo con dos cabezas y por consiguiente un mónstruo, mas exige que el obispo dé á los del otro rito un vicario católico, el cual debe estarle enteramente sometido. Previno tambien que el que ejerciera sin facultades para ello las funciones eclesiásticas fuese escomulgado, depuesto y hasta penado en caso necesario por el brazo secular.

Otro cánón del mismo concilio señala el rango y las prerogativas de los cuatro patriarcas, poniendo al de Constantino-
pla en primer lugar, y sucesivamente al de Alejandria, al de Antioquia y al de Jerusalem. Acerca de este punto existe la disposicion siguiente: «Despues que los patriarcas hayan recibido el pálio del papa, prestando á este juramento de fidelidad, podrán conferirlo á su vez á sus sufragáneos, recibiendo su profesion de obediencia para sí y para la Iglesia romana. Podrán ir siempre precedidos de la cruz escepto en Roma, y en los lugares en que se encuentre el papa ó su legado, y en las provincias de su jurisdiccion evocarán ante sí las apelaciones, salvo la apelacion al papa.»

En el mismo concilio prohibióse fundar nuevas religiones, y prescribióse á los fieles el confesar y comulgar á lo menos una vez al año.

Inocencio creyó deber prohibir la cirugia á los eclesiásticos.

Este pontífice murió en 16 de julio de 1216 en Perugia, á la edad de cincuenta y seis años, y fué sepultado en la iglesia catedral de san Lorenzo.

(1) Cánón 9, cánón 14, *de off. jud.*

En 1345, época en que se reparó dicha catedral, los restos de Inocencio III fueron reunidos con los de los papas Urbano IV y Martin IV, muertos en aquella ciudad, y colocados en un mismo sepulcro, desde donde fueron trasladados á otro mas magnífico en 1615.

La Santa Sede permaneció vacante un solo dia.

Creemos oportuno consignar aquí lo que decia dom Maur Cappellari, tan dignamente revestido despues del manto pontificio, acerca de los varios papas acusados por los innovadores, en cuya nomenclatura comprende á Inocencio III (1).

«Citamos con aire de triunfo los nombres de Zosimo, de un Pelagio I, de un Nicolás I, de un Honorio, de un Adriano I, de un Leon IV, de un *Inocencio III*, etc., etc.

«No hay quien ignore las célebres y victoriosas apologías consagradas á la defensa de cada uno de dichos papas por los mas imparciales historiadores, por los críticos de mas renombre, por los teólogos mas profundos, y por los católicos mas sinceros, de modo que seria perder el tiempo reproducirlas en este lugar. Los innovadores deben conocer su existencia; mas ya sea que finjan ignorarlas ó que las tengan en nada, es lo cierto que persisten en afirmar que si los papas fuesen infalibles, deberian poseer una firmeza superior á todas las violencias, ostentar el tono de magistrados supremos asi en la cátedra como en sus habitaciones, asi en los debates de los concilios como en las discusiones sociales; ser infalibles en todas sus palabras y resoluciones prácticas, ya interesen ó no á la fe, ya se dirijan á la Iglesia, ya se refieran á un solo individuo; en una palabra, segun aquellos innovadores deberian desde el momento de ser elevados al pontificado, cesar enteramente de ser hombres para convertirse en divinidades. En vano es repetir que en todas las naciones se hace distincion en los mismos soberanos, entre el príncipe y el hombre privado; que la primera de dichas calidades no preside en todas sus acciones; que en la mente de todos, se ha considerado siempre el

(1) Véase el *Triunfo de la Santa Sede y de la Iglesia*, traduccion del abad Jammes, en 8.^o; Lyon, 1853, tomo I, pág. 262. Obra de la que tendremos ocasion de hablar en los volúmenes siguientes.

ejercicio de los derechos de la soberanía como dependiente de la voluntad del soberano; que las prerogativas del poder se armonizan sin destruirlas con las calidades personales; y finalmente, que se debe consultar la naturaleza de los objetos y las demás circunstancias en que pueden hallarse el soberano lo mismo que el papa, para juzgar con acierto de la calidad en que obran; nada se logra ofreciendo estas reflexiones al examen de aquellos adversarios, pues sin dignarse contestar, las desprecian tratándolas de *puerilidades ridiculas*, de *puras sutilezas* y de *distinciones quiméricas.*»

El que así hablaba era un simple religioso: qué *sublime instinto* le había dictado que llegaría á ser soberano? qué don divino le había revelado en el claustro, el fondo del corazón de un príncipe? Gregorio XVI (1) ha sido tan modesto á pesar de su grandeza, que ha muerto sin legarnos el secreto de su prodigiosa prevision; mas lo sabemos á pesar suyo: la imaginación del sabio que sigue el recto camino, posee una penetración que explica el fenómeno. Volvamos ahora á Inocencio III

(1) Estábamos corrigiendo esta parte de nuestra obra cuando supimos la muerte de Gregorio XVI, creyendo de nuestro deber continuar en este lugar las pocas palabras con que intentamos en el primer momento espresar nuestro profundo dolor y tributar al papa que acabamos de perder la justicia que merece su glorioso pontificado.

«Gregorio XVI ha sido un modelo de santa vida y de pureza de intenciones; ya paciente, ya animoso, coronó su larga vida y su ilustre pontificado por representaciones dignas de los bellos tiempos apostólicos y por magnánimas resistencias, debiendo todos los cristianos asociarnos para llorar á un jefe tan grande, tan verdadero en sus promesas, tan fuerte en su mansedumbre, tan enérgico en los dias que exigian resolución y combates. Nadie en Francia (lo que es un gran título de gloria en medio de tal divergencia de opiniones), nadie, decimos, ha fulminado la menor censura contra este venerable sucesor de Benedicto XIV, de Clemente XIII, de Pio VII, de Leon XII y de Pio VIII, á cada uno de los cuales se ha parecido por la ciencia, la resignación, la dignidad de carácter, la vigilancia por la reforma de la disciplina eclesiástica, y por la habilidad en la definición de los deberes de todos, así de los suyos, como de los reyes y de los pueblos; y esto en un tiempo en que la ignorancia, los indicios de falso valor, las animosidades petulantes, el olvido de tantos preceptos de orden, y la inmovilidad del timon regido en todas partes por una mano débil, pueden alarmar á los pueblos, espantar á los ministros y hasta á los monarcas, sin escepcion ninguna, que vemos al frente de los negocios europeos.»

aunque es seguro que no podremos manifestar en su defensa igual habilidad.

Inocencio fué un pontífice de distinguido carácter y se elevó sobre todos los grandes hombres de su tiempo; en Roma, en Pavía, en Bolonia, nadie se apartaba de su lado sin admirar su prodigiosa memoria.

Hemos visto que en muchas cuestiones su opinion era decisiva, sabiendo siempre poner de su parte todas las ventajas á fuerza de hábil condescendencia, de paciencia y de bien comprendido interés por su capital; la doctrina de Gregorio VII suavizada en la forma, porque los príncipes eran mejores; generosos consejos á los cruzados, segura libertad para sus partidarios, y consideraciones y apostólico afecto para sus adversarios, tales eran sus reglas y su norma. Cuanto mas solo obraba, tanto mas acertaba; tres veces á la semana tenia un consistorio ó mejor audiencia pública, lo que no se habia visto hacia mucho tiempo, y en ella escuchaba á los que se presentaban, confiando á sus subalternos las causas insignificantes y reservando para sí las mas difíciles.

Era tal la fama de la profundidad que mostraba en sus discusiones, que muchos juriconsultos acudian de muy léjos solo para oírle.

Su estatura era mediana, y su rostro tuvo siempre cierto aire imponente.

Inocencio socorria con abundancia á muchos pobres, mientras que en sus comidas solo le servian tres platos, dando así ejemplo de templanza.

Durante su pontificado adquirió nueva fuerza el poder temporal de los papas, pues aquel gran pontífice, aquel vasto genio, tan animoso á su modo como Gregorio VII, fué sin embargo mucho mas feliz que este.

Cuando Inocencio cesó de gobernar, se hallaba en el apogeo de su gloria, envolviendo sus rayos el fin de la carrera de aquel que tan noblemente sostuviera los intereses de la cristiandad, y que recordara sin temor á los príncipes reinantes las prescripciones de la moral y los deberes del trono.

Este pontífice gobernó la Iglesia por espacio de diez y ocho años, seis meses y nueve días.

Debemos á M. Chavin de Malan , escritor eclesiástico muy distinguido, una publicacion que acaba de obtener gran éxito; la reimpression de la obra titulada *Innocentii III , de sacro altaris mysterio , libri VI* (en 16 ; Paris , Sagnier y Bray , 1845) , la que escrita en latin muy puro, contiene primeramente , el *Ordo Missæ* y un prólogo. El libro primero comprende LXIV capítulos , el segundo LXI ; el tercero XII , el cuarto XLIV ; el quinto XXVIII y el sexto XIV. En la obra dedicada á S. G. monseñor Affre , arzobispo de Paris, digno apreciador de tan completo trabajo , se definen claramente los diferentes órdenes de gerarquía , y finalmente, como lo anuncia su título, el sagrado misterio del altar se halla en ella plenamente explicado, siendo imposible el espresar las infinitas noticias contenidas en aquella admirable esposicion, compuesta por el papa á quien agobiaron tantos asuntos durante su pontificado , para instruccion de los eclesiásticos de todos los países. Bury dice algunas palabras de esta obra , mas ni Fleury ni M. Receveur hablaron de ella.

El título , el asunto, las citas de la Escritura , pudieron hacerla creer del gusto de la *Imitacion de Jesucristo* , de la que sin embargo difiere esencialmente; hácese en ella un grande abuso de las antítesis , defecto que no existe en la *Imitacion*.

Terminaremos estas consideraciones con el retrato del predicador, trazado por el mismo Inocencio III : «Es tal la fuerza de la predicacion de la palabra divina que vuelve al alma del error á la verdad , del vicio á la virtud , que endereza lo torcido y allana lo escabroso ; que instruye en la fe , hace nacer la esperanza y afirma en el amor ; que arranca de ella lo que le perjudica , planta lo que puede serle útil y conserva lo virtuoso ; que es el camino de la vida, la escala de salvacion , la puerta del paraíso. Por esto, pues, debe el predicador estar provisto de oro , de plata y de bálsamo , es decir , que debe tener sabiduría , elocuencia y virtud , á fin de concebir lo que dice , y de practicar lo que dice y concibe. Quiera Dios que practique yo lo que enseñó como predicador!»

A preceptos tan elevados y espuestos con tal acierto , añadamos algunas palabras del mismo pontífice que atestiguan la mas profunda humildad; en su libro V, cap. II del sa-

grado misterio del altar, edic. de M. de Malan, pág. 310, dice : *Ego vellem potius doceri quam docere , magisque referre quam proferre sententiam.* «Preferiria ser enseñado á enseñar, y repetir un consejo á proferirlo.» No , santo y admirable pontífice ; vos nos instruireis en política , en valor , en grandeza de alma y en ciencia , y la humildad coronará además tantas calidades y virtudes.

179. Honorio III. 1216.

Honorio III , llamado Cencio Savelli , pertenecía á una de las mas ilustres familias romanas ; primeramente canónigo de Santa María la Mayor , fué despues de San Juan de Letran ; durante cuatro años desempeñó las funciones de ayo de Federico II, y sucesivamente las de camarlengo y de vice cancellor de la santa Iglesia romana. Elegido papa en Perugia en 18 de julio de 1216 por diez y nueve cardenales que para apresurar la eleccion , habian los perugianos encerrado en la sala de las deliberaciones , fué coronado y consagrado en la misma ciudad, haciendo, su entrada en Roma en 31 de agosto, y tomando posesion de San Juan de Letran en 4 de setiembre. Lo romanos le recibieron con tales trasportes de alegría , que pudo esperarse porsu parte un dichoso pontificado.

Impulsado el papa por su celo en pro de los intereses de la Tierra Santa , escribió á los obispos y á los soberanos católicos á fin de escitar su valor , y deseando algun tiempo despues que tuviesen exacto cumplimiento las leyes de su predecesor relativas á los estudios del clero, dispuso que los capítulos enviasen á las universidades públicas algunos canónigos jóvenes para formarse en los estudios de su ministerio: á este efecto, y para que esta acertada medida no sufriese el menor entorpecimiento, concedió exenciones de residencia así á los alumnos que estudiaban, como á los profesores de teología encargados de su instruccion.

Antiguamente los fieles celebraban con tanta alegría la fiesta de Navidad que no observaban la abstinencia de carne, aun cuando cayese en viernes, lo que movió al obispo de Praga á escribir á Honorio preguntándole si debía permitirse semejante costumbre; el papa en su contestacion la confirmó y dijo:

« Si la natividad del Señor corresponde á un viernes ó á un sábado, será permitido á todo cristiano, á causa de la excelencia de la fiesta, el comer carne, con tal de que por voto ó por regular observancia, no esté obligado al ayuno ó á la abstinencia de carne, no debiendo, empero, hacerse el menor cargo á los que en tal dia se abstienen de comerla (1). »

Por una bula firmada en 22 de diciembre de 1216, Honorio aprobó la orden de los *predicadores* (dominicos), instituida en 1207, bajo la regla de san Agustin, y aprobada verbalmente por Inocencio III. Santo Domingo ha sido atacado con grande violencia, mas no debe confundirse el fundador de una orden que engendró únicamente en España implacables perseguidores, con los mismos perseguidores: la inquisicion de que hemos hablado, y que en su origen no tenia otras atribuciones que velar para que no se propagaran doctrinas heréticas, se convirtió en una institucion política, mas española que italiana. Santo Domingo se entregaba exclusivamente á la predicacion; tenia por máxima que se domina el mundo, dominando sus pasiones (2), y que es preciso imperar sobre ellas ó ser su esclavo: Domingo exhortaba á la humildad y á la pobreza, y preguntándole cierto dia de que obra habia sacado un sermon que acababa de enternecer al auditorio, contestó: « Me he servido únicamente del libro de la caridad. » Santo Domingo atacó sí la heregía de los albigenses, pero únicamente con palabras, con ejemplos, y si la autoridad secular cometió crueldades, ni las aconsejó, ni aprobó; final-

(1) Novaes, III, 175. Dom Grappin ha compuesto sobre este punto una disertacion que ha sido continuada en el *Diario eclesiástico* de Dinouarts, 1775. La cuestion era presentada en estos términos: « ¿ Cuándo y porqué se introdujo la costumbre de comer carne el dia de Navidad, aun cuando cayese dicha fiesta en viernes ó en sábado? »

(2) *Italia*, pág. 94.

mente, su muerte aconteció en 1221, y el espantoso tribunal no fué establecido hasta 1229. Débese, pues, hacer justicia á santo Domingo, y reconocer que sus actos son enteramente distintos de los de la inquisición.

Los dominicos tienen por regla la predicación, el silencio perpetuo, la continua abstinencia de carne, el ayuno desde el 14 de setiembre hasta Pascua, el uso de la lana en vez de hilo y otras austeridades que observan religiosamente. Hasta en 1219, llevaron el hábito de los canónigos regulares, en cuya época y en su convento de Santa Sabina, empezaron á revestirse del que usan en el día.

En 1220, celebraron un capítulo general en el convento de Bolonia, y en él el santo fundador renunció á todas las rentas y posesiones de los conventos; su orden se convirtió en una de las cuatro mendicantes que son: los agustinos, los carmelitas, los dominicos y los franciscanos; el concilio de Trento les permitió poseer, mas les impuso la obligación de mendigar á fin de que conservasen el recuerdo de su antigua disciplina.

La orden de los dominicos ha producido un número considerable de santos canonizados; cuatro sumos pontífices, Inocencio V, Benedicto XI, san Pio V y Benedicto XIII; mas de sesenta cardenales, mas de ciento cincuenta arzobispos, mas de ochocientos obispos y muchísimos escritores y hombres ilustres por su piedad y ciencia.

Mas tarde, Honorio asignó á un miembro de esta orden el cargo de *maestro del sacro palacio*, uno de los mas importantes de la corte romana. Viendo santo Domingo que, cuando los cardenales asistian á los ceremonias del palacio pontificio, sus servidores permanecian inactivos en las antecámaras, propuso á Honorio nombrar á un hombre instruido que, durante aquel tiempo, les predicase la palabra de Dios; el papa aprobó la idea, y confió el cuidado de su realizacion al mismo Santo, el cual empezó, explicando las epístolas de san Pablo, siendo en breve tan numerosa la concurrencia que asistió á sus lecciones, que se dispuso desempeñase siempre un dominico semejante empleo con el nombre de *maestro del sagro palazzo*. Con el trascurso del tiempo, el dominico, compañero

del *maestro*, continuó desempeñando el cargo de predicar á la familia de los cardenales, y el *maestro* quedó revestido del oficio de censor para los libros y escritos que se publicasen en la ciudad de Roma, y que se introdujesen en ella, por cuyo motivo se da un lugar al padre maestro en las congregaciones de la santa inquisicion y del *index*.

Honorio coronó emperadores de Oriente á Pedro de Courtenay, conde de Auxerre, y á su esposa Violante, hermana de los emperadores Balduino y Enrique, verificándose la ceremonia en 9 de abril de 1217, en la iglesia de San Lorenzo extra muros, no solo para que el imperio Oriental no pretendiese con ella haber alcanzado algun derecho sobre el Occidente, sino para que el patriarca de Constantinopla no pudiese quejarse de haber sido perjudicado en su privilegio de coronar á los emperadores de Oriente.

La ciudad de Génova hizo en aquel entonces revivir antiguas pretensiones sobre la isla de Córcega, y Honorio reconoció en la república el derecho de poseer la mitad de la isla, debiendo en cambio aquel gobierno pagar al papa una libra de oro anual: al mismo tiempo el marqués de Este recibió en feudo la Marca de Ancona, mediante un tributo anual de cien libras *provisinas*, otros dicen provenzales, equivalente cada una de ellas á 80 céntimos de nuestra moneda actual.

En 1218, Su Santidad aprobó la orden de los canónigos regulares, hospitalarios de san Antonio, instituida desde 1093 por Gaston, caballero de Viena en el Delfinado, la que se encargaba de cuidar á los enfermos atacados del *fuego sagrado* ó mal de san Antonio, epidemia que en aquella época afligia al Occidente. La orden quedó suprimida en tiempo de Clemente XIV, y sus bienes fueron dados en parte á la de Malta, por lo cual el gran maestre añadió á sus títulos el de *gran maestre de la orden de san Antonio*.

En el mismo año, procedió Honorio á la canonizacion de san Guillermo, arzobispo de Bourges, muerto en 10 de enero de 1209; en 1220, á la de san Hugo, prior de la Cartuja y obispo de Lincoln en Inglaterra, muerto en 17 de noviembre de 1200; en 1224, á la de san Guillermo, canónigo regular de la congregacion de san Victor de Paris, y abad de Roschild, en la

isla de Zelandia en Dinamarca; en 1225, á la de san Lorenzo, arzobispo de Dublin, muerto en 14 de noviembre de 1181, y finalmente, en 1226, á la de san Guillermo, arzobispo de York, muerto en 8 de junio de 1154.

El papa habia coronado emperador á Federico II, hijo de Enrique VI, y nieto de Federico Barbaroja, y no cesaba de escitarle á que, como sus predecesores, se cruzase para la Tierra Santa. Federico II vendia y recobraba sucesivamente el patrimonio de la condesa Matilde, y en el momento de que estamos hablando, dichas tierras se hallaban vendidas, siendo instado el papa para que coronase rey de Sicilia á Enrique, hijo de Federico; sin embargo, muerto Enrique, Federico se incorporó de nuevo de la soberanía de aquella isla.

El papa habia restablecido la paz en el norte de Francia, logrando, hacia ya mucho tiempo, alejar del trono de Inglaterra á Luis, hijo de Felipe Augusto, llamado á Lóndres para reemplazar, en primer lugar, á Juan sin Tierra, y luego á Enrique III, hijo de Juan. Puesto que Felipe Augusto fué tan poderoso y fuerte con la proteccion de la Santa Sede, debia reconocer la autoridad de Roma, al ordenarle esta renunciar á pretensiones que ya no aprobaba.

En 1219, santo Domingo propuso á san Francisco unir sus dos congregaciones y formar con ambas una sola, mas san Francisco le contestó: «Hermano querido, Dios quiere que permanezcan separadas, á fin de que se adapten á la debilidad humana por su diversidad, y de que aquel á quien no convenga el rigor de la una, pueda abrazar la dulzura de la otra.» Esto no impidió que ambos fundadores procurasen afirmar entre ellos y sus discípulos una perfecta union, tanto que, santo Domingo asistió al capítulo general que san Francisco celebró en Asis en 26 de mayo de 1219, dia de Pentecostes, capítulo que reunió á mas de cinco mil frailes menores, tanto se habia multiplicado la órden en nueve ó diez años. Los frailes acamparon en las cercanías de la ciudad, teniendo por única cama una estera, y por único abrigo chozas construidas apresuradamente; aunque no tenian provision alguna, no carecieron de la menor cosa, gracias á la caridad de las ciudades vecinas, como Asis, Perusa, Foligno, Spole-

to, Terni, Narni y Civita Castellana; los eclesiásticos, los nobles, los plebeyos acudían de todas partes para servir á los religiosos con una santa emulacion de humildad y caridad, y conmovidos al ver la paz y alegría de aquellos hombres, en medio de tan dura y penitente vida, admirados de su union y obediencia á su preclaro fundador, exclamaban: «¡Hé aquí la estrecha senda del Evangelio; hé aquí porque tan difícil es á los ricos el entrar en el reino del cielo!»

El cardenal Ugolino que asistía al capítulo, terminó cierto discurso que dirigió á los religiosos, prodigándoles grandes alabanzas, y temiendo Francisco que fuesen aquellas causa de vanidad y de relajacion, subió á su vez al púlpito y representóles las persecuciones y tentaciones que debían esperar, el desórden de sus sucesores y la decadencia futura de la órden, echando también en cara á los que le escuchaban su debilidad, y la poca gratitud que abrigaban por las singulares gracias que recibieran de Dios; en una palabra, habló con tal energía que no solo sofocó en ellos los sentimientos de vanidad, sino que les cubrió de confusion (1). El cardenal se quejó por ello á Francisco, y este le dijo: «Monseñor cardenal, lo he hecho para conservar el objeto de vuestros elogios y sostener á aquellos en quienes la humildad no ha echado aun raíces bastante profundas.»

Varios religiosos franciscanos procedentes de las provincias de Ultramar, se presentaron ante el gefe del capítulo, solicitándole remediara los malos tratos que sufrieran en diferentes lugares por falta de cartas auténticas, declarando ser su instituto aprobado por la Iglesia; quejaronse además de que no se les permitía predicar y rogaron á Francisco que obtuviese del papa Honorio el privilegio de predicar donde mejor les conviniera, sin permiso de los obispos. Al oír semejante pretension, el santo varon exclamó indignado: «Cómo! es posible hermanos míos, que desconozcais así la voluntad de Dios, que quiere que ganemos primeramente á los superiores con la humildad y el respeto, y luego á los que les están sometidos con la palabra y las buenas obras? Cuando los obispos vean que vivís

(1) Fleury, LXXVIII, 151.

santamente y que ninguna atribucion pretendeis usurpar á su autoridad, os rogarán que coopereis con ellos á salvar las almas que tienen encomendadas, y os llamarán para oiros é imitaros. Vuestro singular privilegio debe ser, pues, carecer de todo privilegio, que solo serviria para envaneceros, para inspiraros una confianza perjudicial á los demás, y para escitar altercados y cuestiones.»

Algunos objetaron entonces haber hallado varios eclesiásticos de quienes ni con ruegos, ni con su sumision, ni con su vida ejemplar, pudieron obtener ni el permiso de predicar ni el menor auxilio corporal; mas Francisco les contestó: « Hermanos míos, hemos sido enviados para auxiliar á los eclesiásticos y suplir sus defectos, y cada uno recibirá su recompensa no segun su autoridad, peso sí segun su trabajo. Lo mas agradable á Dios es la salvacion de las almas, y la alcanzaremos; mas que separándonos de los eclesiásticos, viviendo en armonía con ellos: si se oponen á la salvacion de los pueblos, Dios les impondrá el justo castigo, mas vosotros si sois hijos de paz ganareis al clero y al pueblo, lo que sin duda será mas meritorio á los ojos de Dios que si ganareis únicamente al pueblo y escandalizareis al clero. Reparad sus faltas, suplid sus defectos y no seais por esto menos humildes.»

Fleury en su libro LXXIX, pág. 183, habla del modo siguiente de la impresion de las llagas de san Francisco de Asis:

«San Francisco tenia por costumbre dividir su tiempo en dos porciones; la accion, para utilidad del prójimo, y la contemplacion para utilidad de sí mismo, y asi fué que dos años antes de su muerte, es decir en 1224, retiróse despues de muchos trabajos al monte Alverne (*Alvernia*) para pasar allí su cuaresma de san Miguel, esto es los cuarenta dias que acostumbraba á ayunar, desde la Asuncion de la Virgen, hasta á fines de setiembre: aquella montaña se halla situada en los confines de la Toscana, forma parte del Apenino y se encuentra entre el Arno y el Tiber, cerca de Camaldoli y de Vallumbroso (1).

(1) Wadding, año 1215.— Hemos visitado la Alvernia, que es sin duda uno de los sitios mas hermosos de la tierra; desde lo alto de la

«El monte Alvernie fué dado á san Francisco en 1213 por un noble del país, llamado Orlando Catanio, el cual mandó levantar en él un oratorio y algunas celdas; el santo varon se retiró pues á aquel sitio en 1224, y despues de una larga y ferviente oracion, dióle Dios á entender que al abrir el libro del Evangelio sabria lo que podria ser en él mas agradable á Dios; entonces tomó el libro del altar, é hizo que lo abriera el único religioso que le habia acompañado á aquella soledad, el hermano Leon, el cual abrió tres veces el libro, y tres veces en la Pasion de Nuestro Señor. Francisco dedujo de aquí que antes de morir debia conformarse aun mas de lo que lo hiciera á los dolores de la Pasion, pensamiento que no le arredró apesar de que la penitencia hubiese debilitado en extremo su cuerpo, antes bien se preparó para el martirio que tal creia deber ser aquella perfecta conformidad con los dolores de Jesucristo.

«Una mañana en las inmediaciones de la fiesta de la Exaltacion de la Santa Cruz que se celebra el 14 de setiembre, hallábase en oracion en la ladera del monte, cuando vió á un serafin con seis ardientes y luminosas alas que descendia con rápido vuelo desde lo alto del firmamento; al encontrarse mas cerca, Francisco descubrió entre sus alas el rostro de un hombre, el cual tenia sus manos y piés estendidos y sujetos á una cruz; dos alas se elevaban sobre su cabeza, otras dos estaban estendidas para volar y las restantes cubrian todo su cuerpo. Semejante vision le maravilló extraordinariamente, al mismo tiempo que sintió sobrecogido su corazon de una alegría mezclada de tristeza, pues comprendió que no por el martirio corporal sino por el ardor de la caridad, debia ser transformado á semejanza de Jesucristo Crucificado.

«Al desaparecer la vision, dejó en su alma un maravilloso ardor, y en su cuerpo una impresion mas admirable aun, pues al momento empezaron á presentarse en sus manos y en sus piés las señales de los clavos como las viera en la imágen del Crucificado. Sus manos y sus piés parecian atravesados por un

montaña, se vé estando el cielo sereno, por una parte el Adriático y por otra el Mediterráneo; y se enseña la hendidura de la roca en que san Francisco recibió la impresion de las llagas.

clavo; la cabeza de estos se distinguía en el interior de las manos y de los piés, y en la otra parte la punta doblegada y hundida en la carne. En su costado derecho apareció una cicatriz roja como una lanzada, que manaba sangre con frecuencia, manchando la túnica y los *femorales* (calzones).

«Viendo el siervo de Dios que no podía ocultar aquellas señales á sus compañeros, se halló en indecible embarazo; refirióles pues su vision, y despues de pasar cuarenta días en la soledad, descendió de la montaña por san Miguel, confirmando el Señor con otros varios milagros la prodigiosa impresion de las llagas (1).

»Lucas, obispo de Tuy en España, autor de aquel tiempo, atestigua la verdad de las llagas de san Francisco, y dice haber sido vistas y tocadas por muchos eclesiásticos, religiosos y seculares, cinco años antes de la época en que escribia (2).»

A causa de tal prodigio, san Francisco ha recibido en la historia el nombre de *Seráfico*.

El 30 de enero de 1226, aprobó Honorio la regla dada á los religiosos carmelitas en 13 de enero de 1171 por el B. Alberto, patriarca de Jerusalem.

Estos religiosos hacen remontar su institucion á Elías, profeta, en el monte Carmelo, mas Inocencio XII prohibió agitar esta cuestion, y Novaes dice con este motivo (3): «Sométome de buen grado al fallo del supremo juez de la Iglesia, y lo único que puedo decir es, que la regla del B. Alberto, que consiste en 18 capítulos muy cortos, fué mitigada en 1431 por Eugenio IV, el cual permitió á los religiosos comer carne tres días á la semana, suprimió el ayuno desde la santa Cruz á Pascua, y moderó el continuo silencio.»

Suspendida esta orden en el concilio general de Lyon, hasta ser maduramente examinada, Honorio IV la confirmó, mandando que los religiosos dejasen su hábito, y tomasen otro muy distinto del que usaban antes.

Los carmelitas, así los calzados, como los descalzos, ani-

(1) Fleury, LXXIX, pág. 184.

(2) Fleury, *ibid.*

(3) Novaes, III, 184.

mados de noble emulacion, han producido en todo tiempo gran número de santos y de ilustres personages.

Viendo Honorio que Federico II habia despojado á Juan de Brienne de la parte de su reino de Jerusalem, que no se hallaba aun ocupada por los sarracenos, entregóse á uno de aquellos admirables movimientos de la caridad de la Iglesia romana, y dió *provisionalmente* á Juan, para el sosten de su real dignidad, el patrimonio todo que poseia la Iglesia desde Radicofani hasta Roma.

En 1226 (1), celebró Domingo el primer capítulo general de su orden en Bolonia, en el que fué nombrado *maestre general*.

Durante el mismo año, coronó el papa emperador á Federico II; dos años despues murió Felipe Augusto, sucediéndole su hijo Luis VIII.

La mayor parte de las epístolas de Honorio han sido publicadas en Tolosa por Inocencio Ciron, bajo el título de *Quinta compilatio decretal.*, 1645, en fol. con notas del editor; encuéntranse tambien algunas en la coleccion de los concilios y en las recopilaciones de Baluzio, de Wadding, de D. Martene, de Achery, de Ughelli, etc.

Durante este pontificado, tuvieron lugar el reinado y las conquistas de Djenguyz-Khan, hijo de un khan de los mogoles (2), nacido en 1163, y contando únicamente trece años al ser elevado al trono; una conjuracion casi general de sus súbditos, que le creian débil y sin talento, le obligó á retirarse cerca de Avenk-Khan, soberano de los tártaros, recompensando el asilo que le diera aquel príncipe con señalados servicios, no solo en las guerras contra sus vecinos, sino tambien en la que sostuvo contra su hermano que le arrebatara la corona. Djenguyz-Khan restableció á Avenk-Khan en el trono, y recibió á su hija en matrimonio, mas habiendo olvidado el khan lo que debia á su yerno, resolvió su pérdida; Djenguyz se puso al frente de un ejército, le venció, é irri-tando esta victoria su ambicion, conquistó en menos de vein-

(1) Fleury, LXXVIII, 159.

(2) Feller, II, 585.

te y dos años la Persia, el Cathay, parte de la China, la Corea y casi toda el Asia. Su dominacion se estendia á mil ochocientas leguas de Oriente á Occidente, y á mas de mil del septentrion al Mediodia, y preparábase para terminar la conquista de la China, cuando una enfermedad le arrebató la vida en medio de sus triunfos, en 1227.

Djenguyz-Khan no era cristiano ni musulman; los musulmanes le temian porque les habia causado grandes daños, y por temor de aquel indomable conquistador procuraban vivir en paz con los cristianos.

En 8 de noviembre de 1226, murió en Avignon el rey Luis VIII, al cual sobrevivieron seis hijos de los once que tuviera de su esposa Blanca de Castilla, y fueron: Luis, Roberto, Juan, Alfonso, Carlos y una niña llamada Isabel; el grande rey Luis IX, á quien la Francia venera bajo el nombre de san Luís, sucedióle en la corona, mas como solo contaba once años, la reina Blanca fué declarada regente.

Honorio gobernó la Iglesia diez años, ocho meses y un día, y murió en 18 de marzo de 1227, siendo sepultado en Santa María la Mayor, cerca del altar del *presepio*.

La Santa Sede no esperimentó vacancia alguna.

Segun Mateo Paris, los hereges albigenses, cuya doctrina se habia propagado en Alemania, eligieron en 1223, á un antipapa, llamado Bartolomé, en los confines de la Bulgaria, de la Croacia y de la Dalmacia; sin embargo, no aparece que aquel intruso atormentase por mucho tiempo á la Iglesia. En tanto los mismos hereges, dirigidos en Francia por Raimundo, amenazaban á su patria con funestos males, siendo inútiles cuantos medios empleara el papa para mantener á aquel gefe en la vía de la dulzura y de la obediencia.

180. Gregorio IX. 1227.

Gregorio IX, que tomó este nombre por haber sido elegido en el monasterio de San Gregorio *ad septem Solia*, llamábase primeramente Ugo ó Ugolino, y pertenecía á la familia de los Conti, condes de Segni.

En 1198, Inocencio III, su primo, le habia distinguido en la congregacion de Santa María *del Reno*, de la que era canónigo regular, creándole cardenal-diácono de San Eustaquio, y luego obispo de Ostia y arcipreste de la basílica Vaticana: confiáronsele varias legaciones, y fué enviado á Nápoles, á Francia, á Toscana y á Lombardia; prodigando Novas grandes elogios al ilustre negociador: la pureza de sentimientos religiosos, la prudencia, la sagacidad, profundos conocimientos en todo género de literatura, habilidad en el despacho de los negocios y elocuencia persuasiva, se unian en él á modales nobles y á un continente elegante y magestuoso. Gregorio, que era apreciado en toda Europa y querido en Roma, conocia á fondo todos los asuntos de la Santa Sede, así es que, á pesar de su edad avanzada, (ochenta y tres años) que no habia alterado ninguno de los dotes de la naturaleza ni del estudio, fué elegido papa, sin tener en cuenta su obstinada resistencia, en 19 de marzo de 1227, consagrado dos dias despues, y coronado en 3 de abril, el dia de la segunda fiesta de Pascua, tomando posesion de San Juan de Letran en 30 del mismo mes. San Francisco de Asis, que le habia nombrado primer cardenal protector de su órden, le profetizó el pontificado, escribiéndole varias veces con la siguiente direccion: *Al reverendísimo padre y señor Hugo, futuro obispo del universo y padre de las naciones*. Este papa amaba mucho á san Francisco y, como veremos mas adelante, le canonizó en 1228.

En el cónclave en que fué elegido Gregorio, estalló una profunda division entre los cardenales, que no cesó hasta que

acordaron firmar un *compromiso* (1), sometiéndose á la eleccion hecha por tres *compromisarios*. Fleury no hace mencion de este suceso, que se halla consignado con algunos detalles en Novaes (III, 187). Entre los cardenales elegidos como árbitros, se hallaba el de Urach, en cuyo favor se declararon los otros dos *compromisarios*; mas éste con desprendimiento poco comun y vivas y repetidas instancias, designó al cardenal Conti, siendo tan fervientes sus súplicas y tan convincentes sus razones, que ambos árbitros cedieron, y Conti fué elegido. Por semejante conducta y otras virtudes, Urach ha merecido el titulo de santo en el calendario cisterciense y en el martirologio galicano de Saussay (2).

Fleury, copiando los de Rainaldi, da los siguientes detalles acerca de las ceremonias que se celebraron entonces:

«Llegado el dia de su coronacion, Gregorio (lib. LXXIX, 200) se dirigió á San Pedro, acompañado de muchos prelados, tomó allí el pábulo segun la costumbre, y despues de celebrar la misa, marchó cubierto de oro y de pedrerías al palacio de Letran, volviendo luego con la corona en la cabeza; el lunes, despues de celebrar en San Pedro el santo sacrificio, salió de dicha iglesia, llevando dos coronas, montado en un caballo ricamente enjaezado y rodeado de los cardenales vestidos de púrpura y de un numeroso clero; las calles se hallaban adornadas con tapicerías y con franjas de oro y plata, viéndose en todas partes los mas finos tejidos de Egipto, los mas hermosos colores de la India, y los mas suaves perfumes de Oriente. El pueblo entonaba en alta voz el *Kyrie eleison* y otros cánticos de alegría, mezclados con el sonido de las trompetas. Los jueces y oficiales ostentaban vestidos dorados (Fleury, *ibid.*) y capas de seda; los griegos y los judíos cantaban alabanzas al papa, cada uno en su idioma, mientras que precedia á la comitiva un innumerable gentío, llevando palmas y flores; el senador y el prefecto de Roma marchaban á pié al lado del papa, lle-

(1) Un compromiso es un «acto por el cual dos ó varias personas prometen someter sus diferencias al fallo de uno ó muchos árbitros.» (Dicc. de la Acad. francesa; Paris, Didot. 1835).

(2) Novaes, III, 188.

vando las riendas de su caballo , y de este modo fué conducido al palacio de Letran.»

Despues del *possesso*, Gregorio dió orden al emperador Federico de partir para la guerra de Siria , en cumplimiento de sus antiguas promesas , mas aquel principe negóse formalmente á acceder á los deseos del papa , y dijo estar resuelto á faltar á su juramento.

En 29 de setiembre de 1227 , revestido el papa de sus hábitos pontificales , pronunció en la catedral de Anagni la separacion del emperador de la comunion católica , y de regreso á Roma , renovó la escomunion en 23 del siguiente marzo. El jueves santo , irritado el emperador ganó á los fangipani y á otros nobles romanos , quienes despues de tramar una conspiracion contra el papa , le atacaron en San Pedro el dia de la segunda fiesta de Pascua mientras celebraba la misa , renovando así el indigno sacrilegio cometido contra Gregorio VII, Gregorio abandonado por una parte de sus guardias , tuvo que salir de Roma apresuradamente , retirándose á Rieti , ciudad de sus Estados , y desde allí á Spoleto y por último á Asis.

Antes de entrar en esta última ciudad , detúvose en San Damian donde visitó á Santa Clara , á quien manifestó que para allanar varios inconvenientes , debia admitir bienes raices, ofreciendo dárselos en abundancia ; mas la santa contestóle (Fleury LXXIX , 206) que la pobreza era preferible á todos los bienes , y que no conocia tesoro mas seguro. El papa añadió ; «Si vuestro voto os retiene , os absuelvo de él desde ahora.» Santo padre , respondió Clara , no deseo otra absolucion que la de mis pecados.»

Al entrar en Asis , dirigióse directamente el papa al sepulcro de San Francisco , donde oró por espacio de mucho tiempo , encomendándole la Iglesia , agitada por tantas turbulencias ; y en seguida celebró consejo con los cardenales que le acompañaban , acerca de la oportunidad de la canonizacion , mandando proceder á una exacta enumeracion de los milagros del santo , así en la ciudad como en los alrededores; oidos los testigos y escritas sus deposiciones , fueron estas examinadas por los cardenales que menos favorables eran á la

canonizacion. En Perusa, el pontífice sometió al pleno consistorio la causa de la canonizacion, y resuelta esta por comun acuerdo, volvió con toda su corte á Asis, donde la ceremonia habia atraído á gran número de prelados, de nobles y de pueblo de diferentes provincias. Finalmente, el domingo 16 de julio de 1228, el papa sentado en la iglesia de San Jorge sobre un elevado trono, pronunció un sermón, tomando por texto aquellas palabras del eclesiástico: «Brilló en el templo del señor como la estrella de la mañana, como la luna llena y como el sol (1).» Octavio, cardenal diácono de los santos Sergio y Baco y pariente de Inocencio III, leyó en alta voz la relacion de los milagros; en seguida Rainier Capoccio, tambien cardenal diácono, pronunció otro discurso en apoyo de dicha relacion, y terminado, levantóse el pontífice y dijo: «Para mayor gloria de Dios, de la santísima Virgen María y de los apóstoles san Pedro y san Pablo y en honor de la Iglesia romana, hemos resuelto, despues de oido el parecer de nuestros hermanos, incluir en el catálogo de los santos al bienaventurado padre Francisco, glorificado por Dios en el cielo, declarando que su fiesta será celebrada el dia de su muerte.»

Entonces los cardenales entonaron el *Te-Deum*, al que respondió el pueblo con gozosas aclamaciones; tres dias despues fué espedida la bula de canonizacion, en la que se dice deber celebrarse la fiesta el dia 4 de octubre.

Novaes (2) dice: «El cuerpo del santo permaneció espuesto por mucho tiempo á la vista de la multitud; hallábase colocado en pié y tenia los ojos abiertos, viéndose sus llagas rodeadas de sangre.

Así quedó espuesto durante los siguientes pontificados, mas encontrándose Sixto IV en Asis en 1476, hizo tapiar la escalera que conducia á la capilla subterránea donde estaba el santo, á instancia de San Jaime de la Marca, privando de este modo al pueblo de la vista del Cuerpo de San Francisco; mas tarde se creyó que dicho cuerpo habia desaparecido, pero

(1) Eclesiástico, L., 7.

(2) Novaes, XIII, pág. 53. Dicho autor ha dado estas noticias en el tomo que comprende el pontificado de Gregorio XIII.

fué encontrado de nuevo gracias al celo de Pio VII, el cual mandó publicar sobre este asunto una detallada relacion de que hablaremos en su lugar correspondiente (1).

La canonizacion de san Francisco produjo gran contento entre los romanos, que le veneraban con entrañable afecto, y llamaron de nuevo á Gregorio, prometiendo ser para él súbditos fieles. Por otra parte hallábanse indignados al ver que Federico, que por fin habia marchado á Siria, diera orden á Rainaldo, duque de Spoleto, de empezar las hostilidades contra la corte romana, y en efecto, el duque al frente de las tropas imperiales y de un cuerpo de sarracenos, atacó el patrimonio de san Pedro. La prevision de los papas habia siempre impedido todo triunfo importante de los musulmanes en Italia, mas nunca pudieron pensar en que los sarracenos se convirtiesen en aliados de un emperador que jurara defender y proteger á la Santa Sede. Gregorio envió contra aquel ejército impío á algunos miles de soldados reclutados á toda prisa y mandados por Juan de Brienne, antes rey de Jerusalem, y yerno de Federico, con el cual habia roto toda clase de relaciones, cometiéndose durante aquella campaña grandes violencias por una y otra parte.

En esto Federico desembarcó en san Juan de Acre, mas como solo llevaba consigo dos galeras y cien caballeros, halló en el país muy poca obediencia, la que quedó reducida á ninguna cuando se presentaron dos frailes menores participando de parte del papa al patriarca de Jerusalem, el perjurio y excomunion de Federico y prohibiendo á los hospitalarios, á los templarios y á los caballeros teutónicos, el obedecer los mandatos del príncipe.

(1) Existen muchas *Vidas de san Francisco*, pero pocas corresponden á la importancia del asunto. Baillet se admiró de que entre tantos religiosos de tan distinguida orden, no hubiese habido uno que escribiese dignamente la vida del fundador, y entonces acometió aquella empresa el padre Luis Francisco Chalippe, recoleto. Su obra fué publicada en Paris en 1728, y san Francisco tuvo desde aquel momento un digno historiador, celebrando justamente la composicion del padre Chalippe, las memorias de Trévaux, en 1729. Despues M. Chavin de Malan ha publicado otra vida de san Francisco que las autoridades de la orden en Roma han calificado de acertada, rica en sucesos, y digna del santo patriarca.

Sin embargo, algunos cristianos pensando con razon que semejantes cuestiones podian ser aplazadas, se pusieron á las órdenes del duque de Limbourg, de origen aleman, y fortificaron Cesarea, creyendo que despues de reparar los muros de Joppe, que se hallaba aun en su poder, podrian marchar contra Jerusalem.

Federico aprobó este proyecto, y poniéndose á su cabeza llegaron á Joppe el 15 de noviembre de 1229, en ocasion en que Melic-Camel, sultan de Egipto, se hallaba acampado cerca de Gaza, á una jornada de aquella ciudad, y su sobrino el sultan de Damasco, en Naplusa, distante tambien una jornada.

El emperador Federico envió á dos caballeros cerca de Melic-Camel con ricos presentes, y con el encargo de decirle que deseaba tenerle por hermano (1), y que no habia venido para acumular conquistas; pues tenia bastantes tierras para satisfacer la mas desmedida ambicion; debiendo, sin embargo, añadir en la audiencia, que el emperador queria recobrar los Santos lugares y el reino de Jerusalem, que pertenecia por derecho á su hijo. La emperatriz Yolanda, nueva esposa de Federico, habia muerto aquel mismo año, despues de dar á luz á un hijo que fué llamado Conrado. Los enviados tenian orden de hacer observar que devolviendo la ciudad de Jerusalem, no habia necesidad ni de empezar la guerra ni de derramar sangre humana; pero Melic-Camel se hallaba informado de la debilidad de Federico y de la division que reinaba entre los cristianos, y además, los recién llegados de Europa no acostumbraban emplear tan sumiso y reservado lenguaje. Federico hablaba como un cristiano que hubiese residido mucho tiempo en el país y que esperase de las negociaciones lo que creia no podian darle ni su fuerza ni su valor.

Melic-Camel envió á su vez presentes, y rogó al emperador que se explicara acerca de la naturaleza de amistad que deseaba tener con él. «En cuanto á Jerusalem, dijo, es un asunto de grandísima importancia, no por el valor del país, sino por el respeto que mis hermanos los musulmanes profesan á la

(1) Fleury, LXXIX, 209.

ciudad, y particularmente al templo que consideran como la casa de Dios; así ellos como los cristianos, se acercan con devoción al sepulcro de Jesucristo, y si abandonase el Santo Sepulcro podría acusarme el califa de hacer traición á mi religion.»

Después de una secreta negociación en la que no intervino autoridad alguna dependiente de la Santa Sede, apesar de existir en el país vicarios apostólicos, celebróse el siguiente tratado entre Federico y el sultan: «1.º El sultan entrega la ciudad de Jerusalem al emperador y á sus tenientes para disponer de ella y fortificarla como mejor le parezca; 2.º El emperador no poseerá la gemlata que es el templo de Salomon, ni cuanto se encuentra en su recinto, no permitiendo tampoco que franco alguno se apodere de ella (1); quedará sin modificación alguna en poder de los musulmanes, quienes podrán hacer allí sus oraciones, conservando el libre y público ejercicio de su religion. Las llaves de las puertas de aquel recinto serán guardadas por los que residan en él, para cuidar de la mezquita; 3.º No se impedirá á los musulmanes la peregrinación á Belen. 4.º El franco que crea firmemente en la magestad y dignidad del templo, podrá penetrar en él para hacer sus oraciones; de otro modo será espulsado hasta del recinto (por aquella creencia se entendia un respeto á la mezquita igual al de los musulmanes); 5.º Si un musulman injuria á otro musulman en Jerusalem, será juzgado por los jueces de su religion; 6.º El emperador no socorrerá á los francos ni á los musulmanes para hacer durante la presente tregua, la guerra á los musulmanes; no les escitará á empezar las hostilidades y en caso de que empiecen no tomará en ellas parte alguna; 7.º El emperador llamará á cuantos pretendan hostilizar el territorio de Melic-Camel; 8.º Si algunos francos intentasen contravenir á lo pactado en la presente tregua, el emperador deberá defender al sultan contra cualquier agresión de los contraventores; 9.º Tripoli y su territorio, Kerek, Castelbianco, Tortosa, Margat y Antioquia con cuanto se encuentra en ellas, quedarán en el mismo estado que durante la guerra,

(1) Rainaldi, 1229, n. 15.

prohibiendo el emperador á los suyos el prestar el menor auxilio á los señores de dichas plazas.»

Además debía devolverse á los cristianos Belen y el territorio que media entre esta ciudad y Jerusalem , Nazareth con el camino que conduce hasta Acre , el territorio de Tournon y Sidon ó Said con sus dependencias.

Esta tregua que debía durar diez años, fué jurada por una y otra parte el domingo 18 de febrero de 1229 , mas Geroldo , patriarca de Jerusalem , los templarios y los hospitalarios, no tomaron en ella la menor parte , considerándola vergonzosa y perjudicial á la cristiandad, y digna bajo todos conceptos de un emperador excomulgado. El patriarca negó á todos los peregrinos indistintamente , el permiso para entrar en Jerusalem y visitar el Santo sepulcro , fundándose en la prohibición hecha por el papa Gregorio que no habia sido aun revocada.

Federico entró en Jerusalem el sábado 17 de marzo, y el día siguiente , tercer domingo de cuaresma , se dirigió adornado con las insignias reales á visitar el Santo sepulcro , seguido de los caballeros teutónicos , de sus nobles alemanes y de algunos hombres del pueblo : como no encontró á obispo alguno que le diese la corona, tomola por sí mismo del altar, y en seguida el gran maestre de la órden teutónica pronunció un largo discurso , parte en aleman y parte en francés , en el que elogió al emperador y se quejó de los eclesiásticos , invitando por último á los caballeros á contribuir al pago de las fortificaciones con que se debía rodear la ciudad.

Federico , inconsecuente en los planes que le habian impulsado á firmar semejante tratado, regresó prontamente á Acre , sin cuidar en lo mas mínimo de aquellas fortificaciones por las que pedia dinero ; durante los dos días de su permanencia en Jerusalem , escribió varias cartas en las que daba gracias á Dios por el feliz éxito de su viaje, y participaba en pomposos términos las ventajas que procurara á los cristianos, dueños en adelante de la Ciudad Santa. En Rainaldi, leemos dos de dichas cartas ; una dirigida al papa Gregorio concebida en términos generales , y otra á Enrique rey de Inglaterra , en la que se encuentran algunos detalles.

El patriarca de Jerusalem escribió sobre el mismo asunto dos cartas de un estilo muy distinto (1): la una al papa, y á la otra á todos los fieles. En la primera enumera los perjuicios sufridos por los cristianos desde la llegada del emperador; se queja del secreto que guardó el príncipe en la negociacion de la tregua, afectando despreciar la opinion de los obispos y de los nobles, y hace observar la precipitacion de la marcha de semejante vencedor, que mas parecia haber tomado la fuga. El patriarca examina luego el tratado del modo siguiente:

« Es un intolerable abuso el ceder á los infieles el templo de Dios, que es la sede patriarcal, sin permitir á los cristianos siquiera la entrada en el recinto, si no abrigan acerca del lugar igual opinion que los sarracenos, mientras que estos pueden penetrar libremente y sin otro exámen en Belen.

« Además, por dicho tratado Federico se obliga á no ejercer directa ni indirectamente durante la tregua acto alguno de hostilidad contra los sarracenos; ¿ cómo armonizar este juramento con el que hiciera á la Iglesia de mantener en la Tierra Santa durante dos años mil caballeros y cincuenta galeras? Por no haberlo cumplido ha sido excomulgado. »

La carta á los fieles tiene cierto carácter amenazador; Fleury nos dá de ella un completo análisis (*ibid*, 211), y fácil es conocer que solo los intereses del sultan de Egipto, que adivinara el orgullo imperial, dictaron el tratado; Federico no queria mas que entrar un momento en Jerusalem para fechar sus cartas desde aquella plaza; el sepulcro de Jesucristo, los infortunios de la Palestina, las medidas que debian tomarse para facilitar á los demás cristianos una entrada mas honrosa en la ciudad, el cuidado de los intereses de la Santa Sede, nada habia ocupado á Federico; de modo que razon tuvimos al decir en la pág. 107: « La dominacion pasajera del emperador Federico no fué mas que una quimera sin carácter alguno de estabilidad. »

Y ahora, despues de leídos tan dolorosos detalles, podemos añadir, que esta ocupacion no fué únicamente una qui-

(1) Fleury, LXXIX, 240.

mera, sino que en medio de tantas circunstancias que exigian mayor franqueza de la que mostrara Ricardo, fué un verdadero cálculo de traicion, siendo sensible por cierto el tener que hablar así de un príncipe, que poseia tantas y tan relevantes prendas, y que fué mas tarde uno de los mas grandes personajes de su época. Como veremos luego, murió con sentimientos de piedad y de arrepentimiento, pero ; cuántos ultrajes hiciera antes á la religion, á la moral, á la dignidad imperial y á los intereses de la Italia, de la Santa Sede y hasta del Imperio! Continuemos empero el curso de nuestra relacion.

Gregorio se vé obligado á hacer la guerra para conservar sus estados, al mismo tiempo que debia prestar toda su atencion á las turbulencias que suscitaban en Francia las cuestiones religiosas.

Raimundo, conde de Tolosa, se habia reconciliado con la Iglesia y el rey de Francia, celebrándose un tratado en forma de cartas patentes de Luis IX, en las que se decia sustancialmente que Raimundo se habia sometido y acercándose á pedir, no justicia, pero si gracia á la Iglesia y al rey, prometiendo serles fiel en adelante; el conde debia arrojar de su tierra á los herejes, y para ello proceder á una exacta inquisicion.

Recibida la absolucion, Raimundo debia cumplir otras condiciones, como eran, recibir la cruz de manos del legado, marchar á ultramar contra los sarracenos y permanecer allí durante cinco años, y finalmente, poner á Juana su hija única, en manos del rey, para que contrajese matrimanio con un hermano de este, mediante cuyo pacto, dejaba el rey á Raimundo, toda la diócesis de Tolosa, escepto la tierra del mariscal, es decir de Guy de Levis, mariscal de la Fe, de quien descenden los señores de Mirepoix.

En 1229, confirmó el papa una escomunion fulminada contra Federico, con el cual vivia Roma en mala inteligencia, debiendo observar aquí, que si bien es cierto que Federico habia sido consagrado emperador, no habia prestado íntegramente el juramento que los emperadores pronuncian en su coronacion.

Despues de salir de Roma , se negó el papa á volver á la ciudad á causa de los manejos urdidos por algunos nobles partidarios de Federico ; sin embargo , habiendo el Tiber salido repentinamente de madre , amotinóse el pueblo pidiendo el regreso de Gregorio ; este acontecimiento hizo volver en sí al emperador , y decidióse por fin , á firmar un tratado de paz en el que se pactó que el rey de Sicilia y de Germania no impediría ni por sí ni por otro alguno , las elecciones , postulaciones y confirmaciones de las iglesias y de los monasterios en el reino de Sicilia y en la Germania. En seguida avistáronse ambos soberanos en Anagni , y al aparecer el papa , despojóse el príncipe de su manto , arrojóse á los pies del pontífice , y recibió el ósculo de paz , comiendo despues juntos en una misma mesa. El dia siguiente , Federico regresó á Alemania.

En un discurso que precede al libro LXXX , Fleury da gran número de importantes noticias acerca del estado de las universidades de París y de Bolonia (1).

En junio de 1231 , san Antonio de Padua , de la órden de frailes menores , murió en aquella ciudad á la edad de treinta y seis años ; su universal celebridad , y los milagros que se obraban cada dia en su sepulcro , apresuraron su canonizacion , que el papa pronunció en Spoleto , el dia 30 de marzo de 1232.

Santa Isabel , viuda del Landgrave de Thuringia , murió en Alemania despues de una corta pero edificante vida ; hija de Andrés , rey de Hungria , fué desposada ya en la cuna con Luis de Thuringia , príncipe dotado de singulares virtudes.

La corte romana que no despreciaba ocasion alguna de estrechar sus lazos con los patriarcas griegos , recibió á un enviado de German , patriarca de Constantinopla , encargado de solicitar de Gregorio una mas íntima union de ambas iglesias.

La carta del patriarca German al Sumo Pontífice , empezaba con una invocacion á Jesucristo , piedra angular que reuniera á las varias naciones en una misma Iglesia , y dirigiéndose luego al papa , reconocia el patriarca (2) que su santidad ha

(1) Fleury , V , 226.

(2) Fleury , V , 248.

recibido la primacia de la sede apostólica, rogándole que descienda de su elevacion para escucharle favorablemente. sienta á continuacion que no pretende irrogar el menor perjuicio á la primacia pontificia, y entrando en materia, dice: « Indaguemos con todo el celo posible quienes sean los autores de la division; si somos nosotros, mostradnos el mal y aplicad á él el oportuno remedio; si son los latinos, creemos que no queréis permanecer escludidos de la herencia de Jesucristo. » Esto no obstante, el acuerdo entre ambas partes no fué harto completo para satisfacer á Gregorio, el cual se dispuso á emplear nuevos esfuerzos á fin de lograr una inalterable concordia.

Durante el mismo año, envió el papa á algunos frailes menores en mision cerca de los infieles, con una carta dirigida al sultan de Damasco, conteniendo una difusa instruccion acerca de la religion cristiana, apoyada en varios textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, y terminando con una exhortacion al sultan de abrazar el cristianismo, con protesta de que el papa no deseaba mas que la salvacion del príncipe, sin abrigar la menor mira temporal, ni el intento de disminuir en lo mas mínimo el poder de aquel soberano.

La fama de los frailes predicadores aumentaba cada dia, especialmente en Italia; Fray Juan de Vicenza, que era entonces uno de los miembros mas célebres de la órden, pensó en hacer canonizar á Domingo, y en 13 de julio de 1234 espidióse en Rieti la bula de canonizacion.

En 1233 Luis, habia pedido en matrimonio á Margarita, hija primogénita de Raimundo Berenguer, conde de Provenza, y como eran parientes dentro del cuarto grado, solicitó la dispensa del papa, fundándose en la conveniencia de aquel enlace para conservar en Provenza la paz y gloria de la religion católica.

Despues de cumplir el rey Luis IX la edad de veinte años, celebróse el matrimonio en Sens á fines de marzo de 1234; Dios bendijo aquella union, y aquellos felices esposos obtuvieron de la Providencia que les protegía, seis hijos y cinco hijas.

En aquel mismo año, publicó Gregorio la coleccion de decretales que lleva su nombre, y que fué despues la mas auto-

rizada ; desde la obra de Graciano existian ya cinco colecciones de epístolas decretales de los papas : la primera de Bernardo Balbo , de la Iglesia de Pavía , obispo luego de Faenza y en seguida de Pavía , sucediendo á su maestro san Lanfranc ; Balbo , muy erudito en derecho canónico , compuso cinco libros sobre esta materia , y recopiló además las decretales y los cánones de algunos concilios hasta el año 1190. La segunda recopilacion fué empezada por Guilberto y Alain , y terminada por Gallois de Volterre ; la tercera fué estraida de los registros de Inocencio III por Bernardo el Grande , arcediano de Compostela , y revisada por Pedro de Benevento , notario del papa , en 1210. Cinco años despues , Inocencio III mandó formar la cuarta coleccion , compuesta primeramente de los decretos del concilio de Letran que presidiera durante aquel mismo año de 1175 , y en seguida , de sus rescriptos ; la quinta se compuso de las constituciones de Honorio III , el cual mandó su compilacion á Tancredo , arcediano de Bolonia , disponiendo que fuese seguida en las escuelas y en los tribunales (1).

De tantas colecciones , Gregorio IX mandó componer la suya por san Raimundo de Peñafort , de la órden de predicadores , sub-capellan entonces de su penitenciario (2) ; las decretales se distribuyeron en cinco libros , cada uno de los cuales contiene varios títulos en los que están continuadas por órden de fechas , idea que no se habia tenido presente en las colecciones anteriores. La presente empieza en Alejandro III , en cuyo pontificado terminaba el decreto de Graciano ; y las decretales están puestas por extracto , segun la materia de cada título , pero conservando las primeras palabras porque eran conocidas.

El papa Gregorio envió su coleccion á los doctores y estudiantes de Bolonia , junto con una carta diciendo haber mandado compilar en un volúmen las constituciones de sus antecesores , dispersos antes en varios tomos , con objeto de evitar la confusion que con su semejanza y aparente contradiccion

(1) Edic. de Inocen. Ciron , 1645. Tit. I , Cap. I.

(2) Fleury , V , 267.

introducian , sin contar que la autoridad de muchas era puesta en duda únicamente por hallarse fuera de aquellos libros : añade el pontífice que por su órden se ha eliminado lo inútil de las constituciones antiguas , añadiendo las suyas propias en varias cuestiones dudosas , y concluye manifestando ser su voluntad que sirva únicamente aquella coleccion en las escuelas y en los tribunales de justicia , prohibiendo componer otra alguna sin la autoridad de la Santa Sede. Gregorio escribió á los doctores de París una carta análoga , fechada en Spoleto en 5 de setiembre de 1234. Su voluntad fué acatada y su *constitucion* tan bien recibida , que se conoce solò con el nombre de las *Decretales*.

El emperador Federico II precedido de los patriarcas latinos de Constantinopla , de Antioquía y de Jerusalem , llegó á Spoleto donde se encontraba en aquel entonces el papa , conviniéndose en hacer preparativos para la guerra , en atencion á que la tregua celebrada por el emperador con los infieles debia espirar dentro de cuatro años , y publicándose la cruzada para el año 1238; en la carta que el papa dirigió particularmente á Luís IX con fecha de 1234, le exhorta á prepararse para socorrer á la Tierra Santa personalmente ó por medio de los suyos , y al mismo tiempo renovóse la escomunion fulminada por el último concilio de Letran contra los que proporcionasen á los infieles armas y embarcaciones.

El papa , arrojado de su capital por sus amotinados habitantes , buscaba en todas partes socorro , cuando los romanos mejor aconsejados , hicieron la paz con el pontífice en marzo de 1235.

En esto , los ciudadanos de Acre en Siria , no querian someterse á la autoridad del arzobispo de Rávena , legado en Palestina , encargado de defender por órden de la Santa Sede , los intereses de Conrado , hijo de Federico y heredero por parte de su madre del reino de Jerusalem ; el arzobispo fulminó un entredicho contra aquellos habitantes , mas considerando Gregorio que los cristianos de distintos ritos que residian en aquella ciudad , podrian con motivo de dicha censura , negar obediencia á la Iglesia romana y favorecer á la heregía , siempre pronta á levantar su cabeza , revocó el entredicho , des-

pues de recibir de los ciudadanos de Acre la promesa de acatar sus mandatos , y se constituyó en su mediador cerca de Federico.

Desde la batalla de las Navas de Tolosa , las armas españolas corrian de victoria en victoria , y en 1236 Fernando se apoderó de Córdoba.

Reunidos un gran número de cruzados é impulsados por un entusiasmo mal dirigido, atormentaban á los judíos y pretendian bautizarles á viva fuerza ; esto obligó á Gregorio á escribir á diferentes prelados, diciéndoles , que los cruzados debian prepararse para la guerra contra los infieles por el temor de Dios , la pureza de corazon y la caridad ; que sí bien Jesucristo á nadie habia escludido de la gracia del bautismo , usaba de misericordia con quien le placía , y que no debia obligarse á nadie á recibir el bautismo , pues así como el hombre cayó por su libre alvedrío, debe tambien levantarse por él mismo, una vez llamado á la gracia. El papa escribió á Luis IX con igual motivo , y el santo rey contestó haber dado las órdenes convenientes para que todos acatasen en su reino la decision de su Santidad.

En aquel entonces recibió el papa de Felipe , prior de los frailes predicadores de la Tierra Santa , una carta en que decia : «El patriarca de los jacobitas, sectarios orientales , hombre venerable por su edad , ciencia y virtud , ha venido este año (1237) á orar en Jerusalem , seguido de muchos obispos y monges de su nacion (1) ; le hemos esplicado la fe católica y con la gracia de Dios , hemos logrado que en la solemne procesion que se hace el domingo de Ramos desde el monte de las Olivas en Jerusalem , prometiese obediencia á la Iglesia romana , abjurando toda clase de heregía, dándonos su profesion de fe escrita en caldeo y en árabe, y tomando nuestro hábito antes de partir.

Los caldeos , los medas , los persas y los armenios , cuyos países en su mayor parte son devastados por los tártaros , se hallan bajo su obediencia , la que se estiende á setenta provincias habitadas por una multitud de cristianos , súbditos y

(1) Mateo París , 1257, pág. 372; Rain. Cod., n.º 87.

tributarios de los sarracenos , escepto los monges que no pagan tributo alguno. Además , dos arzobispos han hecho igual sumision; el uno jacobita de Egipto y el otro nestorio de Oriente , reconocidos ambos por superiores en Siria y en Fenicia , y hemos enviado á Armenia á cuatro de nuestros hermanos para que aprendan la lengua, accediendo á las repetidas instancias del rey y de los nobles.

«Hemos recibido tambien varias cartas del patriarca de los nestorios , cuya obediencia se estiende hasta las grandes Indias , el reino del *Preste Juan* y los estados mas inmediatos á Oriente , y ha prometido á fray Guillermo de Monferrat , que ha permanecido algun tiempo á su lado , reunirse á la Iglesia católica. Hemos enviado á dos de nuestros hermanos á Egipto, cerca el patriarca de los jacobitas de aque país , cuyos errores son aun mas crasos que los de los orientales , en cuanto añaden á ellos la circuncision como los sarracenos (1) , y nos ha manifestado igualmente deseos de ingresar de nuevo en la unidad de la Iglesia , habiendo ya desterrado varios errores y prohibido la circuncision á los residentes en su obediencia , la que se estiende á las pequeñas Indias , la Etiopia y la Libia, además del Egipto. Conviene advertir que los etiopios y libios no son súbditos de los sarracenos.

« En cuanto á los Maronitas del monte Líbano , han vuelto hace mucho tiempo á la obediencia de la Iglesia y perseveran en ella, acatando la doctrina de la Trinidad y nuestras predicaciones. Los griegos son los únicos que no abandonan su malicia, oponiendo por todas partes á la Iglesia romana una resistencia oculta ó descubierta, blasfemando de todos los sacramentos y calificando de perniciosa y herege toda doctrina distinta de la suya.

«Viendo, pues, abierta tan espaciosa puerta al Evangelio, nos hemos dedicado al estudio de aquellas lenguas, estable-

(1) En aquellos infortunados países, los pusilánimes tratan de bienquistarse con los poderosos por medio de concesiones que jamás dan buen resultado. En el tomo 1.º, páginas 290 y 458, hemos visto á los Griegos de Bizancio buscar el apoyo de los musulmanes mediante culpables concesiones, y no obtener definitivamente sino mayor odio y encarnizamiento.

ciendo una escuela de las mismas en cada uno de nuestros conventos, sin contar que tenemos ya muchos hermanos que predicán en varios idiomas, especialmente en árabe que es el común del país ».

En 23 de marzo de 1237, Juan de Brienne, emperador de Constantinopla, murió de dolor, mientras que el joven Balduino, heredero de la corona, se hallaba en Flandes, ocupado en recobrar las tierras de su patrimonio y en solicitar fondos para sostener su vacilante imperio; los nobles más distinguidos de Francia se habían cruzado ya con este intento, siendo otros tantos auxiliares perdidos para la Tierra Santa; los caballeros del Hospital de san Juan de Jerusalem habíanse dejado seducir por Vatacio, Juan III (Ducas) emperador griego de Nicea (1238), el cual les había dado rentas y tierras con tal que le siguiesen aun contra los latinos (1), y eran además acusados de graves desórdenes, tanto que Gregorio escribió al gran maestro la siguiente carta: « Hemos sabido con dolor que retenéis en vuestras tierras bajo ciertas condiciones, á mugeres perdidas con las cuales vivís desordenadamente; que poseéis bienes en propiedad; que tomáis la defensa de cuantos abrazan vuestra cofradía mediante una retribucion anual, y que acogéis entre vosotros á ladrones, á asesinos y á hereges. Sé tambien que no os avergonzáis de auxiliar con armas y caballos contra los latinos á Vatacio, enemigo de Dios y de la Iglesia; que reducís vuestras ordinarias limosnas, que alteráis los testamentos de los que mueren en vuestro hospital, y que no permitís que los enfermos se confiesen sin permiso vuestro con otros sacerdotes que los pertenecientes á vuestra órden ó los que teneis asalariados, llegándose á decir que muchos de vuestros frailes son sospechosos de heregía.

En España, Jaime de Aragon, sitió y tomó la ciudad de Valencia, probando una vez más, que las armas de los príncipes católicos estaban benditas por Dios.

En 1240, la animosidad de Federico II contra el papa había llegado á su colmo; el emperador agriaba más y más la cuestion, enumerando los servicios que prestára á la Santa Sede, y

(1) Fleury, V, 289.

nadie en semejantes circunstancias trataba de conciliar tan funesta diferencia.

El cardenal Jacobo, obispo de Palestrina, llegó á Francia y publicó por todo el reino la bula de excomunion contra Federico, al mismo tiempo que ofreció el imperio al conde Roberto, hermano del rey, oferta que rechazó Luís en términos firmes y respetuosos. Los embajadores franceses enviados cerca de Federico para preguntarle si abrigaba sentimientos religiosos distintos de los que profesaban los demás católicos, recibieron por contestacion que jamás se apartaria el emperador de la fe de sus antepasados y predecesores, y habiendo oido esta promesa de los labios del mismo Federico, los embajadores dijeron: « Dios nos libre de atacar sin causa legítima á un príncipe cristiano! la ambicion no nos vence. Amamos al rey nuestro señor, que ha heredado la corona por derecho de nacimiento, y le estimamos en mas que á un príncipe electivo; en cuanto al conde Roberto, bástale ser hermano de tan gran rey ».

Tal fué su contestacion, admirable de grandeza, de dignidad y de piedad; en ella se descubren los sentimientos de buena vecindad y la circunspeccion política que jamás debe abandonar á un poderoso soberano.

Los legados pontificios hicieron algunas tentativas para indisponer á Federico con los príncipes de Alemania, mas no hubo consideracion que lograra alterar la fidelidad de los *electores*.

Gregorio quiso reunir un concilio; Federico se opuso á ello, y marchó contra Roma, hallándose ya en *Grotta-Ferrata* cuando supo la muerte del papa, el cual habia sucumbido bajo el peso de tantos pesares en 20 de abril de 1241, al rayar en los cien años, despues de haber gobernado la Iglesia durante catorce años, cinco meses y algunos dias.

Novaes se espresa así acerca de Gregorio IX (1): « Era un hombre dotado de un talento sagaz y de una memoria felicísima; instruido en las artes liberales, distinguíase por sus conocimientos en jurisprudencia y en las letras sagradas; fué

(1) III, 200.

flor de elocuencia ciceroniana; báculo de los pobres; celoso defensor de la fe y de la libertad eclesiástica, y modelo, en fin, de las mas ilustres virtudes. » Gregorio fué sepultado en el Vaticano, y la Santa Sede permaneció vacante por espacio de un mes.

Gerardo Vossio, preboste de Tongres y doctor en teología en Roma, publicó una obra, titulada: *Gesta quedam ac monumenta Gregorii IX, græcolatina, cum scholiis*; Roma, 1588, en 4.^o

Mucho se ha discurrido acerca de las causas de la muerte, en cierto modo repentina, de Gregorio IX; Novaes y otros autores la atribuyen á la afliccion que experimentó al saber que algunos obispos franceses y españoles, que se dirigian á Roma para asistir á un concilio, y que se habian embarcado en buques genoveses, habian sido atacados por los pisanos, entonces en guerra con los genoveses, y tratados bárbaramente por orden de Federico; al recibir la noticia, apoderóse de Gregorio un profundo letargo que le privó del conocimiento, é hizo ya desesperar de su vida. Luis IX reclamó á los obispos súbditos suyos, y en vista de la altiva contestacion de Federico, replicó: « Debeis ponerles en libertad; pensadlo con madurez, pues el reino de Francia no se halla aun tan debilitado, que sufra por mas tiempo vuestros *espolazos*. » Esta misiva produjo su efecto, y los prelados franceses fueron libertados, pudiendo convencerse entouces los consejeros de Luis IX, que Gregorio no tenia quizás toda la culpa en sus diferencias con Federico.

El *preste Juan*, de que se ha hablado en la pág. 184, debia ser David, hermano de aquel de que se ha hecho mencion en la pág. 98; este último tuvo un reinado menos largo que el de su hermano, llamado Ungcam. Los escritores portugueses son los que han dado noticias mas positivas acerca de ambos soberanos.

181. Celestino IV. 1241.

Celestino IV, llamado primeramente Godofredo Castiglioni, canónigo y canciller de Milan, su ciudad natal, fué creado cardenal-presbítero de San Marcos y obispo de Sabina por Gregorio IX, el cual le nombró despues legado *a latere* en Toscana, en Lombardía y luego en Monte-Cassino, donde se hallaba el emperador Federico II. Celestino fué elegido papa en el lugar llamado *Sette-Soli*, por solo diez cardenales, encerrados allí por el senador y los príncipes romanos, á fin de que la eleccion fuese mas pronta: debilitado por la edad y por los pesares, vivió diez y siete dias despues de su eleccion, no teniendo mas tiempo sino para publicar una bula; murió en 5 de octubre de 1241, antes de ser consagrado, y fué sepultado en el Vaticano.

La Santa Sede permaneció vacante un año, ocho meses y diez y siete dias; pues los cardenales se encontraban dispersos y la mayor parte de ellos encarcelados por Federico.

182. Inocencio IV. 1243.

Inocencio IV, llamado Sinebaldo Fieschi cuando lego, pertenecia á una de las primeras familias de Génova; obispo primeramente de Albenga y vice-canciller de la santa Iglesia romana, fué creado por Gregorio IX cardenal-presbítero de San Lorenzo *in lucina*, y legado de la Marca, siendo por último elegido papa en Anagni en 24 de junio de 1243, y consagrado el dia 29, despues de un interregno de mas de veinte meses.

A fines de octubre, dirigióse á Roma, y como sucedia siempre que los papas entraban en ella, fué recibido con aclamacion por el senado y el pueblo romano; sin embargo, la alegría fué de corta duracion; presentáronse unos mercaderes reclamando una crecida suma de dinero que prestaran á su antecesor Gregorio, siendo tal su insolencia que, escoltados por una tumultuosa muchedumbre, invadieron gran parte del palacio, y obligaron á Inocencio á retirarse al lugar mas oscuro del mismo; finalmente, consintieron en retirarse, mediante el pago de una suma que solo constituia parte de la deuda.

Inocencio habia en otro tiempo contraido estrecha amistad con Federico II; Fieschi no era entonces mas que un simple particular; pero hecho papa, no debia tener otro móvil que los intereses de la Iglesia, y despues de ser varias veces insultado por el emperador, recibió del mismo una embajada encargada de pedir la paz. Para obtenerla, los embajadores juraron solemnemente en 31 de marzo de 1244, dia de la Cena, en presencia del emperador Balduino, de los cardenales, de los prelados, del senador y del pueblo romano, que Federico daria satisfaccion á la Iglesia por todas las injurias que le hiciera antes y despues de la excomunion fulminada por el papa Gregorio IX.

Inocencio se entregó á un indecible gozo al contemplar semejante arrepentimiento, mas su alegría duró poco, pues, volviendo Federico á su primera perfidia, alegó no poder cumplir el juramento hecho por sus embajadores, por ser harto perjudicial á sus intereses. A fin de persuadir mejor á Federico y de conducirle al buen camino, el papa se dirigió á Citta di Castello, para tratar allí directamente con el principe que habitaba entonces en Terni, mas como el pontífice no tardó en conocer que se le tendian celadas, y que la idea de Federico era apoderarse del gefe de la Iglesia, á fin de quedar sin competidor, tomó el camino de Sutri, despues de diez dias pasados en Citta di Castello, escribiendo á los genoveses que enviasen sus galeras á Civita-Vecchia; advertido de la llegada de los buques, atravesó el papa ásperos montes, penetró en la ciudad, y desembarcó en Génova el dia 6 de julio; des-

de allí, continuando su viaje por tierra, pudo llegar á Lyon despues de grandísimos trabajos.

La ciudad de Lyon, dependiente de su arzobispo, permanecia neutral en las cuestiones entre el papa y Federico, pero su neutralidad no le impedia ofrecer un asilo al padre de los fieles.

Inocencio convocó en dicha ciudad un concilio general (el XIII), que debia reunirse en 1245; presidido por el Papa, asistido de muchos cardenales, contábanse en él tres patriarcas y ciento cuarenta obispos, hallándose tambien presentes el emperador Balduino, y los embajadores de Francia y de Inglaterra. El concilio excomulgó y depuso del reino de Sicilia y del imperio á Federico II, por haber ultrajado á la Iglesia, y si bien es opinion comun que aquel príncipe fué el primero en apelar de la sentencia ante el futuro concilio, mas numeroso y solemne, Novaes observa justamente (1) que cuarenta y cinco años antes, es decir, en 1200, habia interpuesto igual apelacion Felipe Augusto, rey de Francia. En el mismo concilio se trató de la reforma de la disciplina, y de las cruzadas para la Palestina, nombrándose al rey Luis IX gefe de la expedicion. Tadeo de Suesse, embajador de Federico, detendió la causa de su señor, mas le fué difícil hallar razones suficientes para borrar la mala impresion que causaran en los ánimos, las violencias del príncipe hácia el papa y los cardenales, y sobre todo la tenacidad con que se opuso á que cesara antes la vacancia de la Santa Sede. La sentencia de deposicion contenia sustancialmente lo que sigue:

El papa Inocencio (2) empezaba por recordar las gestiones que practicara desde el principio de su pontificado, para lograr la paz con Federico, y las promesas del emperador, juradas en su nombre el dia del jueves santo del año anterior 1244. «Así pues, continúa el pontífice, no pudiendo tolerar por mas tiempo sus iniquidades, sin convertirnos nos mismo en culpable, el deber de nuestra conciencia nos obliga á castigarle.» En seguida, reduce los crímenes de Federico á cuatro principales,

(1) Novaes, III, 214.

(2) Fleury, V, 340.

que dice son de pública notoriedad, á saber: perjuria, sacrilegio, heregía y felonía; y prueba el primero por la contravención á la paz hecha con la Iglesia, es decir con Gregorio IX en 1230, y por otros muchos juramentos violados; el segundo, por la captura de varios legados y prelados que se dirigían á un concilio, embarcados en las galeras genovesas; el tercero, por el menosprecio en que ha tenido las censuras, apesar de las cuales ha hecho celebrar el servicio divino, por su alianza con los sarracenos y con el emperador Vatacio, cismático, á quien ha dado la mano de su hija, y por otras infinitas conjeturas que establecian un indicio vehemente; y por fin, el cuarto, por la vejacion de los súbditos del reino de Sicilia, feudo de la Iglesia romana, por la guerra contra la misma Iglesia, y por la cesacion del pago de los tributos durante nueve años.

En el mismo concilio resolvióse que los cardenales usasen el capelo rojo tal como lo llevan en el día, con cuyo símbolo advertiales el papa que debian hallarse prontos á derramar su sangre en defensa de la libertad del pueblo cristiano; sin embargo, no lo recibieron hasta mas tarde en Cluny, cuando el papa se avistó en dicho punto con el rey de Francia y sus hermanos, ordenándose en el mismo decreto que los cardenales fuesen en adelante á caballo en las ceremonias, yendo á pié en las *funzioni* (1) por humildad y modestia.

Tadeo de Suesse pidió que se admitiese á los reyes de Francia y de Inglaterra como á fiadores de la ulterior conducta del emperador, pero Inocencio rechazó semejante garantía, diciendo que el emperador era enemigo declarado, no de la persona del pontífice, pero sí de la misma Iglesia, siendo vanos cuantos medios se emplearon para calmar al pontífice, quien decia no poder lavar al acusado de la sospecha de haber faltado á sus promesas. Federico se dirigió entonces á Luis IX, y este tuvo con el papa algunas conferencias secretas en Cluny, mas es de creer que no alcanzó cosa alguna en favor del emperador.

(1) Los cardenales fueron á caballo ó en litera hasta mediados del siglo XV, no usando carroza hasta despues de haber aparecido en Italia la primera, de la que se sirvieron los marqueses de Massa, de la familia Cibo.

La excomunion y su consecuencia, segun la jurisprudencia de la época, es decir la deposicion, fueron notificadas á Federico, y en 1246 debióse proceder á la eleccion de un nuevo rey de los romanos; el papa exhortó á los príncipes electores á dar sus votos á Enrique, landgrave de Thuringia, considerado como un leal defensor de la Iglesia y del Imperio, y efectivamente, fué nombrado por la mayoría de los electores en 17 de mayo del mismo año, dia de la Ascension. Muerto el landgrave Enrique en 1247, Inocencio deseó que le sucediese Guillermo, conde de Holanda, el cual fué elegido rey de los romanos en 29 del siguiente setiembre.

Daniel, duque de Rusia, habia arrancado de sus estados el cisma griego, abrazando otra vez sus súbditos la religion católica, y en recompensa de semejante acto, Su Santidad le confirió la corona y los ornamentos reales, concediendo igual favor á Joaquin, rey de Noruega. En 1247, aprobó el papa la órden de los monges silvestrinos, instituida en 1231 cerca de Fabriano, bajo la regla de san Benito, por san Silvestre Guzzolini, canónigo de Osimo, el cual murió en 1261 á la edad de noventa años. La órden no se propagó fuera de Italia, y aun en aquel país, se limitó á la Umbria, á la Marca de Ancona, á Roma y á Toscaua.

Los esclavones habian obtenido de los pontífices Adriano II y Juan VIII, el privilegio de celebrar en su idioma los divinos misterios, privilegio que les fué luego retirado por los papas Alejandro II y Gregorio VII; mas en 1248 los obispos y clérigos de aquella nacion, solicitaron de Inocencio el levantamiento de la prohibicion, y el papa accedió á su demanda, lo que fué sin duda una grave falta.

Agradecido Inocencio á los canónigos de san Justo de Lyon que le habian dado hospitalidad durante siete años, concedióles la *rosa de oro*, confiriendo igual favor á Raimundo, conde de Provenza que le visitara en Lyon, hecho cuya prueba existe en un diploma del 10 de abril del sexto año de aquel pontificado. Novaes al citar las opiniones de varios autores acerca de la época en que fué instituida la bendicion de la *rosa de oro*, no se decide abiertamente por ninguna, de modo que cada uno puede conservar la suya, así los que atribuyen aquella

institucion á una época muy antigua, como sus impugnadores.

Inocencio desvelóse extraordinariamente para hacer florecer en Roma el estudio de los derechos canónico y civil, lo cual ha hecho creer á algunos que fué el fundador de la universidad de Roma; sea como sea, es lo cierto que Bonifacio VIII la hizo célebre en Italia.

En 1246, Su Santidad canonizó en Lyon á san Edmundo, arzobispo de Cantorbery, refugiado en Francia, cuando acaeció su muerte en 16 de noviembre de 1234; en 1247, á san Guillermo, obispo de Saint-Briene en la Baja Bretaña, muerto en 29 de julio de 1241; en 1253 y en Perugia, á san Pedro de Verona, dominico, martirizado el año anterior por los manicheos; finalmente, en 17 de setiembre de 1253, canonizó en Asis á san Estanislao, obispo de Cracovia, martirizado por orden de Boleslao, rey de Polonia, mientras celebraba la misa en 10 de marzo de 1079.

Dios continuaba bendiciendo las armas españolas; el rey Fernando se habia apoderado de Sevilla que permaneciera 534 años en poder de los musulmanes. En tanto Federico se armaba contra Inocencio, y fueron descubiertos en Lyon algunos emisarios encargados de atentar contra la vida del papa, pudiendo evitar tan horrendo crimen el celo de los canónigos de san Justo.

Predicada una cruzada contra Federico, reuniéronse ejércitos en Alemania y en Italia, al mismo tiempo que Marcelino, obispo de Arezzo, puesto por Inocencio al frente de sus intereses en Toscana, era preso y ahorcado por orden del príncipe, el cual no respetó en él ni la edad, ni el carácter episcopal, ni la situacion de prisionero; el infeliz prelado fué arrastrado hasta el lugar de su suplicio atado á la cola de un caballo.

En 1248, san Luis que habia partido para la cruzada, desembarcó en Chipre; y en 1249, tenia ya en su poder la plaza de Damietta; Joinville es el que mejor nos pinta las victorias é infortunios del santo monarca. ¿Porqué una política prudente no manifestó á tan gran príncipe que no servia á los intereses de la religion, ni ocupando Damietta, ni marchando despues

contra el Cairo? En aquellos momentos de pasion , de entusiasmo y de exaltacion católica , no habia mas objeto que Jerusalem ; todas las miras se cifraban en la toma de la Ciudad Santa , en cuyos muros no se encontrarian ya ni Saladino , ni sus funestas virtudes.

Federico murió arrepentido en 13 de diciembre de 1250; en su testamento mandó á su hijo Conrado restituir á la Iglesia todo aquello de que se habia visto despojada durante siete años.

Inocencio resolvió por fin marchar á Roma , mas antes de realizar su proyecto , concedió á instancia de Luis IX , rey de aquella Francia que tantas pruebas de afecto diera al animoso Gregorio IX, diez dias de indulgencia en favor de los que orasen por los soberanos de aquel país. Este ejemplo fué seguido por Urbano IV el cual concedió veinte dias, Clemente IV, ciento, y Leon X prolongó hasta un año el tiempo de indulgencia (1).

En 1251, Inocencio despues de celebrar la misa el dia de Pascua, y de comer en público en el mismo monasterio de san Justo , partió para Roma con el rey de Germania Guillermo, los cardenales y los prelados de la córte romana , permaneciendo algun tiempo en Génova, en Milan, y visitando Brescia, Mantua , Ferrara, Bolonia y Perugia. En 1253 , se dirigió á Asis , donde vió á santa Clara próxima á espirar, hasta que finalmente , instado para que volviese á su capital y amenazado si no lo verificaba , entró en Roma durante el mes de octubre en medio de las aclamaciones con que siempre recibia á los pontífices el pueblo de la Ciudad eterna.

Inocencio , profundamente afligido por los reveses de san Luis , experimentó una sincera alegría al saber que aquel monarca habia pisado de nuevo la Francia ; al llegar á su patria no vió ya á su madre Blanca, de Castilla ; mas el gozo de los franceses , su amor y sus bendiciones , endulzaron en parte el pesar del príncipe que era tan buen hijo como querido de todos sus súbditos.

El papa enfermó en Nápoles al marchar contra Manfredo , hijo de Federico , y murió en dicha ciudad en 7 de diciembre

(1) De Sponde , Anal. ecles. , in Leon X.

de 1254, despues de haber gobernado la Iglesia por espacio de once años, cinco meses y catorce dias, siendo su cuerpo sepultado en la catedral de aquella poblacion. Este pontifice, profundo en la jurisprudencia, era llamado *monarca de las leyes divinas y humanas*, y nos ha legado el *Apparatus super decretales*, en fol., del cual se han hecho muchas reimpressiones.

Esta obra fué una de las últimas operaciones de Inocencio, el cual habia prometido hacia mucho tiempo una institucion sobre les estudios, y sus *decretales* eran esperadas con impacia; luego de redactadas, dirigiólas á todos los prelados de Francia, de Inglaterra, de Escocia, de Gales, de España, de Alemania y de Hungria, junto con una carta en la que decia: «Hemos observado con sentimiento (1) que los alumnos, abandonando la filosofia, por no hablar de la teología, se aplican al estudio de las leyes seculares; además, y esto es lo mas censurable, en la mayor parte de los países los prelados confieren los beneficios y las dignidades eclesiásticas esclusivamente á profesores de derecho ó á abogados, quienes deberian mejor permanecer alejados de ellas, á no ser que fuesen recomendables por algun otro concepto. Esto es causa de que los que estudian la filosofia se hallan en la miseria, careciendo de lo necesario, y no atreviéndose á salir en público por falta de vestido, mientras que los abogados, apareciendo montados en caballos ricamente enjaezados, y vestidos de seda, atraen la indignacion de los legos, no solo contra ellos mismos, sino contra toda la Iglesia.

«Deseando, pues, reprimir su insolencia y realzar el estudio de la teología, ó al menos el de la filosofia, que conduce á la ciencia, aunque por caminos profanos, y aparta de la avaricia, mandamos que en adelante ningun profesor de derecho, ni abogado, por distinguido que sea en su carrera, sea promovido á las dignidades ni á los beneficios eclesiásticos, si no se halla instruido en las artes liberales, ó sino se recomienda por sus costumbres. Si algun prelado se atreve á faltar á esta constitucion, la provision será nula, quedando privado por aquella vez de la facultad de conferir.»

(1) Fleury, V, 496.

Veáse pues, con que ejemplar regularidad intervenían los papas en los asuntos de toda clase: ¿Qué autoridad podía hacerlo entonces con mas acierto, con mas derecho y con mas eficacia? Muerto Inocencio IV, la Santa Sede quedó vacante por espacio de cuatro dias.

Tócanos decir aquí algunas palabras de una publicacion hecha en 1837 por la *Sociedad de bibliófilos franceses*, del *Credo* de Joinville, en el cual despues de su profesion de fe, refiere diferentes acontecimientos relativos á la captura del rey cerca de Damietta en 1250, acontecimientos que mediaron á la vista del legado de Inocencio.

«San Gregorio de Tours, nombrado obispo en el año 573, nos ha legado un *Credo*; conocido es tambien el de Dante, tan apreciado en Francia por los muchos trabajos que sobre aquel poeta se han hecho, y viene en seguida el *Credo* de Joinville, compuesto en Acre en 1253 para edificacion de los caballeros católicos; Joinville regresó de Siria en 1254 con el rey Luis IX, y en 1287 terminó su redaccion definitiva, enteramente ortodoxa (1). Los siguientes párrafos manifiestan la veneracion del autor hácia la santa Iglesia: «Debemos creer en la *santa Iglesia de Roma*, y en los mandamientos que nos dirigen los apóstoles y los prelados de la *santa Iglesia*, y cumplir las penitencias que los mismos nos imponen.»

El fondo del credo es el mismo del símbolo, y luego esplica el autor las varias profecias que anunciaron los hechos del Nuevo Testamento.

La obra está adornada con pinturas de la época que guardan cierta semejanza con algunas de las catacumbas de Roma por el color, el frecuente empleo del ultramar, del ocre y del rojo escarlata.

Parece que este *Credo* era leído en presencia de los enfermos

(1) El manuscrito del cual se ha dado el *fac-simile* y la traduccion, pertenece á la biblioteca del Rey, y se halla catalogado bajo el número 2016, siendo descubierto por M. Paulino París, miembro de la Academia de inscripciones y de bellas letras. Los sesenta ejemplares que se han hecho del (*fac-simile* y de la traduccion) han sido distribuidos del modo siguiente: dos á la biblioteca del Rey, cuarenta y ocho, á los veinte y cuatro miembros ordinarios, y diez á los sócios extranjeros de dicha sociedad.

cuidados por los hospitalarios , distribuyéndose copias de él á los convalecientes.

A continuacion damos el final de la obra traducido por nosotros , ateniéndonos lo mas posible al original ; Joinville es el que habla :

«Ahora bien , conocer podeis la conveniencia de tener á la vez buena fe y buenas obras ; para despojarnos de la una ó de las otras , los enemigos nos combaten diariamente y nos atacarán con mas fuerza aun de lo que lo hacen ahora , cuando llegue el último dia , es decir el dia de la muerte , para el cual imploramos desde ahora el auxilio de Dios , de su Madre , de los santos y de las santas ! Al llegar el último dia , verá el felon que no le es dable arrebatarnos el bien que habremos practicado , y verá tambien que no puede dañarnos , porque nos faltará la fuerza corporal. Entonces nos asaltará por otro lado , procurando inducirnos á alguna tentacion contra la fe , ó hacernos , por cualquier modo , morir abrigando alguna mala voluntad , de lo que Dios nos libre ! En aquella ocasion , y hasta el momento de la muerte , serán convenientes los libros con imágenes de los puntos de nuestra fe ; y para que el enemigo no opere alguna mala vision delante del enfermo , leamos á este libro (*le romant*) que esplica y enseña los puntos de nuestra fe (1) , de modo que por los ojos y por los oidos se llene el corazon del enfermo del verdadero conocimiento , á fin de que el enemigo no pueda introducir nada de lo suyo. Librenos Dios de semejante desgracia en la hora de la muerte y siempre !

«Os he esplicado lo mejor que me ha sido posible como debemos constantemente tener á Dios abrazado con dos brazos , á saber : uno de firme fe , y otro de buenas obras ; aquellos á quienes el enemigo puede alejar de Dios se hallan en inminente peligro ; Dios amenaza herirles con su espada y atravesarles con sus saetas , lo cual no tienen que temer los que están unidos á él y le tienen abrazado. No le abandonemos pues , y obraremos cuerdamente ; unámonos á él puesto que nos ha dado su bendicion y nos ha cambiado el nombre de Ja-

(1) Joinville alude á su *Credo*.

cob, que significa *luchador* ó *combatiente*, en el de Israel que equivale á decir *el que contempla á Dios*; y pidámosle que nos permita verle cara á cara con salvacion de las almas y de los cuerpos, siendo nuestros intercesores para ello su dulce Madre, monseñor san Miguel y todos los santos! *Amen.*

El guerrero Joinville al componer este *Credo*, que ningun eclesiástico habria rechazado, alienta á los legos, los cuales debian atreverse mas tarde á salir en defensa de los dogmas y preceptos de la religion.

183. Alejandro IV. 1254.

En el tomo 1.^o al principio del reinado de Gregorio el Grande, hemos ofrecido al lector un resumen de los acontecimientos que precedieron á su pontificado. Vamos á presentar otro no menos necesario: comprenderá rápidamente las muchas y nuevas circunstancias que se han acumulado despues del reinado de san Gregorio el Grande, año 590, hasta la muerte de Inocencio IV, en 1254. Facilmente se comprende en seguida, que bajo Gregorio el Grande se fortificó el poder pontificio, aceptando sus leyes el Oriente y el Occidente. Elocuente escritor y consumado político, como lo habia sido san Leon, el gran Gregorio instruyó tambien á los pueblos en sus deberes, haciendo bendecir su autoridad.

El fué quien bajo su inmediata jurisdiccion arregló á Roma, sus cercanías, y muchos otros lugares vecinos; no han faltado á san Gregorio las alabanzas de Bossuet; ya aparece la aurora de esta ciencia de gobierno que va á regir el mundo.

El Lombardo y el Exarca, entrambos opuestos, encuentran un freno que les detiene, y si su violencia une alguna

vez sus esfuerzos , un genio sobrenatural vela por los destinos de la Iglesia , que aquellos osan oprimir.

El clero y el pueblo romano , en la eleccion de pontífices, quieren aun secundar las miras de los emperadores de Oriente; pero estos , entregados á las incertidumbres , errores, intrigas con que ellos mismos se enredan , pierden cada dia el prestigio que hasta entonces podia haberles favorecido.

Aparece Mahoma en 625 , preparando en silencio sus huestes.

Mientras tanto se presiente ya que la monarquía es universal en la Iglesia, y que *su gobierno no puede ser incierto ni oscurecerse* (1).

Reúnense los concilios á la voz del sucesor de Pedro que les llama. El es el jefe y padre de todos los obispos reunidos en concilio. He aquí las palabras del de Calcedonia en su carta á san Leon : *Summitas tua filiis quod deest adimpleat*. « Que tu eleccion supla la que falta á tus hijos. »

Al hablar de algunos actos de Honorio , hemos experimentado un vivo dolor. Cappellari le defiende con prudencia y decision , siguiendo la opinion de Bolgeni. « Aquellos son herejes que sostienen escritos condenados como formalmente heréticos , lo concedo ; como indirectamente tales , lo niego. Así las cartas de Honorio fueron condenadas como indirectamente heréticas , lo concedo ; como formalmente heréticas, lo niego. »

¿ Existe un martirio tan largo y tan valerosamente suportado como el del papa Martin ? Sí , el de Pio VII ; pero este se acabó en medio de la gloria é inmortal clemencia. Los partidarios de Mahoma se habian esparcido por Europa. Cárlos Martel , instrumento de un gran milagro de Dios en favor de su pueblo , les vuelve á echar á España de donde Pelayo les perseguirá hasta Africa.

Carlomagno aparece : san Leon III recompensa su valor. Un golpe terrible , que hiere de muerte , es dirigido á los

(1) Véase *Triomphe du saint-siége et de l'Eglise* , por Mauro Cappellari, desde Gregorio XVI, traduccion del abad Jammes. En 8.º, Lyon, 1833, tom. I, pag. 74.

descuidados emperadores de Constantinopla. No pueden esperar mas que una vida de miseria é infamia. Carlomagno distribuye de buena fe otros principados á los pontífices. Ellos han aprendido al mismo tiempo las reglas del gobierno eclesiástico, y las de la administracion temporal.

Escritores apasionados se han ocupado antes que nosotros de estos hechos : la relacion de tantos autores es analizada, se ha hecho justicia á sus investigaciones ; pero tambien se han demostrado sus errores , sus denigrados designios y la falsa direccion que querian imprimir al catolicismo.

Diferentes papas continúan sosteniendo los eslabones de la cadena que va á estenderse hasta nuestros dias. San Leon IV habia encontrado en Roma las huellas de la fuerza de accion de Carlomagno. Los sarracenos amenazan á Roma , y sin llamar á *Lotario* , sucesor de Carlos , el pontífice se pone al frente de un ejército , y les arroja de los alrededores de la capital.

Silvestre II , francés , trae al trono la ciencia y habilidad de algunos de sus predecesores ; habla de penitencia al principio del siglo x , tan cruel que hará recordar los tiempos de la mas innoble barbarie.

San Leon IV , á pesar de la proteccion de un emperador aleman , no quiere deber el pontificado mas que al clero y pueblo romano : sublime ejemplo de sumision á las reglas que habian á menudo librado la Ciudad Santa de las usurpaciones de tantos enemigos dispuestos á turbar el órden público y el curso de las costumbres recibidas.

Con una célebre excomunion, este papa ataca todas las heregías , así antiguas como modernas : á los malos que han atacado al catolicismo desde los primeros tiempos , y á los novadores que , bajo nombres inventados la víspera , quieren volver á introducir en el seno de la Iglesia las pasiones , de las cuales se habia ya librado.

San Gregorio VII se adelanta para detener los horribles excesos del siglo xi , que igualó en perversidad al x.

San Gregorio VII se revistió de un raro valor , del espíritu de consecuencia y de la dignidad de los argumentos indestructibles que entonces gobernaban al mundo. Dicta castigos reclamados por la justicia ; combate á todo trance la si-

monía, el adulterio y el desprecio de las leyes divinas y humanas. Confesemos que nada podemos añadir á este cuadro. Los tiempos así lo querían. Las naciones, tomando al Santo Padre como por la mano, y conduciéndole triunfante, por efecto de una invencible fuerza moral, á la capital de su propio rey, le pedían á grandes voces el respeto á la propiedad, la verdadera libertad, el honor de sus hijas y la santificación del nombre de Jesucristo.

Si san Gregorio VII no ha sido aquí mejor defendido, nuestra es la falta; confesamos nuestra debilidad: á todo trance añadiremos á los que no ven mas que las circunstancias de hoy, que estas exigentes acciones de 1073 á 1085 estaban en su lugar, estableciendo indudablemente dueño á cada uno de lo suyo, con condiciones de probidad, sabiduría y verdad, que así mantendrán organizaciones perfeccionadas, así lo esperamos al menos para dicha de los actuales pueblos estendidos en la superficie del globo. El ejemplo dado por san Gregorio VII, animó para proseguir el bien á los papas Victor y Urbano.

Este último lo ilustró Godofredo de Bouillon, conquistador de Jerusalem. Escuchemos á M. de Maistre: « Cuando en la edad media fuimos al Asia, espada en mano (1), procurando destruir en su mismo terreno esta temible corriente que amenazaba la libertad europea, los franceses estuvieron al frente de esta tan memorable empresa. Un simple particular, que no ha legado á la posteridad mas que su nombre de bautismo, adornado con el modesto renombre de ermitaño, ayudado únicamente de su fe é invencible voluntad, levantó la Europa, aterrorizó el Asia, concluyó el feudalismo, ennoblecó á los siervos, propagó la luz de las ciencias, y cambió la faz de Europa.

« El nombre francés produjo tal impresion en Oriente (2), que ha permanecido como sinónimo de europeo; y el mas grande poeta italiano escritor del siglo XVI no se desdeña de emplear igual expresion (3).

(1) *Du pape*, discurso preliminar, tomo I, página 28.

(2) *Ibid.*, página 30.

(3) *Il popol franco*, (las cruzadas, el ejército de Godofredo, *Tasso*).

«El cetro francés brillaba en Jerusalem: ¿qué no podía, pues, esperarse? Hubiera engrandecido la Europa, desterrado para siempre el islamismo y sofocado el cisma; desgraciadamente no supo sostenerse.»

Sin embargo, poco escribiremos sin deplorar la pérdida de esta conquista, y Dios para castigarnos completamente, levanta en el campo enemigo un guerrero, ingenio que cuasi nos vencerá en gloria y generosidad. ¡Apuremos el cáliz de amargura! Vienen, despues del jovial y católico Urbano II, Pascual, Gelasio, Calixto, Honorio II, Inocencio II, el gran Alejandro III, Gregorio VIII, Clemente III (bajo este pontificado perdimos Jerusalem), Celestino III, y llegamos á Inocencio III, el 178^o pontífice.

Ayudados por M. Hurter y diversos hábiles traductores, hemos creído conveniente dedicar un esmero particular á este pontificado de fuerza, virtud y elocuencia.

Todos los católicos conocen las promesas de Dios á su Iglesia; pero ¿han observado todos con la necesaria atencion cómo se han cumplido estas promesas? Ha tolerado debilidades, faltas y excesos culpables en algunos individuos aislados; pero ¿cuánto debe ser el reconocimiento de los fieles por estas misericordias que adornan de vez en cuando á pontífices privilegiados? El historiador de la Iglesia debe conservar en sus mas queridas páginas el sello del gran carácter de Gregorio VII; pero andando los tiempos, progresa la civilizacion mejorando las costumbres humanas; si no era preciso en 1198 una mano menos hábil, se necesitaba, quizás alguna vez, una mas benigna. No salimos todavía de crímenes, y principalmente de crímenes políticos. Los franceses y venecianos, usurpando el trono de Constantinopla, ¡con qué inefable dolor considera Inocencio III que el Santo Sepulcro es mas léjos, y que ellos se han quedado en el camino! ¡Ah! cométese ya otro delito. Un emperador desaparecerá, como desapareció Rómulo, sin que se conozcan bien los culpables; y un monarca, que no tiene rival que temer, se presentará para ser coronado, desposando la misma hija de la infortunada victima. Pero el mal no es ya tan intenso en las otras clases de la sociedad. Inocencio III apreciará estas nuevas circunstancias

que pocos hombres de su tiempo comprendieron; y como el espíritu de conciliación, de perdón, ó á lo menos el sentimiento de indulgencia y de justicia, que quiere la prueba completa de cada crimen, acompañará todas las decisiones de Inocencio III; aunque prevea la próxima ingratitude, no la escuchará, siguiendo en medio de dolorosas vicisitudes este reinado que solo hemos bosquejado, y que es uno de los mas gloriosos y dignos de recordar en esta historia.

A Inocencio III sucedió Honorio III.

Este papa aprobó la regla de hermanos predicadores. He tenido el gusto de alabar esta orden, ilustrada hoy por el reverendo padre Lacordaire. No he olvidado indicar el espíritu de concordia que reinó entre los dominicos y franciscanos. Me ha parecido no debia omitir ninguno de los detalles que hacen admirable á san Francisco, este noble amante de la pobreza, el cual, á causa del milagro de las cicatrices, recibió en la historia el nombre de *Seráfico*.

Mas allá mencionaremos, con la particular predilección que se merecen, á los carmelitas, que deben su primera regla á san Alberto, patriarca de Jerusalem.

El reinado de Honorio III fué afligido por las desastrosas conquistas de Djenguíz-Khan.

Gregorio IX canonizó solemnemente al gran san Francisco de Asis, padre de muchas congregaciones piadosas y de la de menores observantes, á quienes está confiada la custodia del Santo Sepulcro.

El emperador Federico II, que podia crearse una gloria inmortal en la Tierra Santa, solo hizo un irrisorio tratado en el cual todas las ventajas fueron para los enemigos de Cristo.

Hemos rendido homenaje al celo de Gregorio IX publicando la coleccion de *decretales* que lleva su nombre; redobla sus esfuerzos para devolver á la fe los jacobitas y nestorios que pueden existir todavía en Asia, y alentar las sábias creencias de los maronitas que permanecieron fieles á la voz del santo pontífice.

Celestino IV no reina sino el tiempo preciso para dejar su nombre consignado en los anales pontificios.

Inocencio IV elige reyes, conduce muy léjos el estandarte

de Cristo, bendice la España victoriosa de los sarracenos, consuela á san Luís de las desgracias de Egipto, y publica el *Apparatus ad decretales*, obra que obtiene la mayor aceptacion en todas las universidades de Europa.

El legado de Inocencio IV alentó á Joinville á componer su *Credo* que vino á ser la oracion de fe de los enfermos de S. Juan de Acre; finalmente, puede añadirse que despues de los horrores de los siglos IX, X, y algun tanto de los XI y XIII, los papas continuaron su noble tarea de civilizacion, y prepararon al sólio pontificio otros triunfos de los cuales nos ocuparemos luego.

Alejandro IV, llamado antes Raynold ó Rolando, pertenecia á la familia de los Conti. Gregorio IX le nombró cardenal-diácono de San Eustaquio y luego obispo de Ostia y de Veletri. Conti fué elegido papa en Nápoles á pesar suyo en 12 de diciembre de 1254, y coronado el 20 del propio mes.

En 1255, el nuevo pontífice que vivia en Anagni canonizó á santa Clara, de la órden de menores.

La facultad de teología de Paris habiendo publicado en 1250 una decision mandando que nadie se atreviese á confesarse sin la licencia de su pastor, los franciscanos y dominicos no quisieron adherirse á tal decision que miraban como ofensiva al privilegio de los mendicantes.

Por ello fueron escludidos de esta universidad á instancia de Guillermo de *Saint-Amour*, que compuso á este objeto una obra titulada: *Sobre los peligros de los últimos tiempos y el evangelio eterno de los franciscanos*. Habia en este libro muchos errores y ataques contra los religiosos, siendo condenado por el Santo Padre; y á imitacion de Gregorio IX, su tio, tomando la proteccion de los monges, pidió que volvieran á la universidad y se les restituyera el privilegio del cual habian sido despojados. El Santo Padre escribió á la universidad una muy espresiva carta, dirigiendo á esta ilustre corporacion lisonjeros y merecidos elogios. He aquí algunas de las espresiones de esta carta: «La escuela de París es como el árbol de vida en el paraíso terrestre, ó como la lámpara encendida en la casa del Señor.» En esta misma época confirmó el papa la institucion de la universidad de Salamanca fundada ó restaurada por Alfonso X rey de Castilla.

El Santo Padre, en 1256, aprobó la orden de los esclavos de María, *Servitas*, bajo la regla de San Agustín.

Habiendo fallecido en diciembre de 1255 Guillermo, conde de Holanda, elegido rey de los romanos, Alejandro amenazó con la excomunión á los electores si nombraban para sucederle á Coradino, hijo de Conrado, y nieto del emperador Federico II.

Mandó el papa que los obispos despues de su eleccion fuesen consagrados dentro el término de seis meses.

Deseoso de conciliar la Iglesia griega con la latina envió á Teodoro Lascaris, obispo de Orvieto, pero esta embajada no dió el resultado que podia esperarse.

Nuevos disturbios suscitados en Roma por Manfredo, obligaron al papa á dejar esta ciudad. Tuvo que retirarse á Viterbo y luego á otra ciudad del mismo estado.

En esta situacion de destierro se asegura que Alejandro concedió privilegios con una ligereza de que hay pocos ejemplos.

El rey Luis IX continuaba gobernando gloriosamente la Francia, dando cada dia pruebas de una ejemplar piedad. Entre todos los religiosos prefirió las dos órdenes mendicantes de hermanos predicadores y de hermanos menores, diciendo que si pudiera dividirse en dos partes cederia una á cada orden.

Hácia 1256 aparece el origen de San Buenaventura, naciendo en Bagnarea de Toscana, año 1221. A la edad de 22 años, entró en la orden de hermanos menores y vino á ser el octavo ministro general de dicha orden.

Hácia 1259, apareció en Italia un movimiento de devocion sin ejemplo hasta entonces. Empezó en Perugia, siguió en Roma y luego en el resto del país (1). La nobleza y el pueblo, viejos y jóvenes y hasta infantes de cinco años, inspirados del temor de Dios por los crímenes que se habian propagado en Italia, iban por las ciudades y calles cuasi desnudos; marchando de dos en dos y en procesion, llevando cada uno en su mano un azote de correa, pegándose cruelmente sobre sus espaldas, con muchos gemidos y lágrimas, haciéndose brotar

(1) Fleury, V, 459.

sangre é implorando la misericordia de Dios y el amparo de la santa Vígen. Estos *disciplinantes* (pues así eran llamados) infundieron sospechas á Manfredo , rey de Sicilia y de Nápoles, aun antes que se les acusara de error alguno ; y prohibió bajo pena de muerte tal penitencia en todos sus dominios.

Habia ido el Santo Padre de Anagni á Viterbo con objeto de celebrar un concilio general , y restablecer la paz entre los venecianos y genoveses ; pero habiendo caído enfermo, murió en esta ciudad á los 25 de marzo de 1261, despues de haber dirigido la Iglesia seis años, cinco meses y catorce dias. Fué enterrado en la catedral de San Lorenzo.

El sόlio pontificio estuvo vacante tres meses y tres dias.

184. Urbano IV. 1261.

Urbano IV se llamaba Jaime ó Jacinto Pantaleon. Nació en *Troyes de Champaña* , y fué hijo de un zapatero. Bury dice que su padre era *sutor veteramentarius*. Pantaleon abrazó el estado eclesiástico. Despues de muchos estudios fué nombrado arce-diano de Laon , luego de Liege, y mas tarde legado pontificio en Pomerania, en Livonia y en Prusia. Inocencio IV le habia conocido en Lyon durante el concilio y le habia oido hablar frecuentemente y con elocuencia de los negocios eclesiásticos. En 1252, se le nombró obispo de Verdun (fué el 58). Alejandro IV quiso elevarle á la dignidad de patriarca de Jerusalem con el título de legado en Tierra Santa , y luego del ejército que en ella se encontraría.

Pantaleon habiendo, en esta época , ido por negocios de su iglesia al lugar que habitaba la córte romana , aunque no estuviese revestido con la púrpura de cardenal , fué elegido pontífice en Viterbo por ocho de los nueve cardenales que allí se encontraban y que entonces formaban todo el sacro colegio.

Elegido el 29 de agosto de 1261, fué consagrado el 4 de setiembre, recibiendo el nombre de Urbano.

Durante el principio de su pontificado se concluyó el imperio de los Latinos en Constantinopla, que habia durado 57 años. Miguel Paleólogo volvió á tomar esta capital con la ayuda de los griegos que echaban á menos su antiguo gobierno. Paleólogo, á fin de evitar la guerra con que le amenazaba Urbano, propuso la union de las dos iglesias; pero esta no se realizó hasta el tiempo de Gregorio X.

Pocos dias despues de su coronacion, Urbano escribió á Luis IX, rey de Francia, y á Felipe su hijo mayor, para conceder un año y cuarenta dias de indulgencia, no solo á ellos, sino tambien á todos los demás que asistiesen á la consagracion de cualquiera iglesia ó capilla.

Conociendo Urbano que el sacro colegio era poco considerable, durante las témporas de diciembre del año 1261, aumentó su número con siete varones dignos todos de este honor por su ciencia y piedad; creando á mas, en el mes de mayo del año siguiente, otros siete cardenales. En la segunda promocion nombró Urbano á uno de sus sobrinos, Anthero Pantaleon, canónigo de Bayeux, arcediano de Laon, luego cardenal de Santa Práxedes y legado cerca diferentes reinos. Este sobrino de Urbano adquirió muchas riquezas con las cuales fundó una colegiata de doce canónigos.

Urbano empleaba amonestaciones, súplicas y un lenguaje tan pronto severo, tan pronto afectuoso, con el fin de volver al verdadero camino á Manfredo rey de Sicilia, pero en vano; este príncipe continuaba atormentando la Italia y afligiendo la Iglesia. Entonces el papa declaró á este enemigo una guerra sagrada. El ejército de los confederados mandado por Guy, obispo de Auxerre, y Roberto, hijo del conde de Flandes, batió al ejército de Manfredo en la Lombardia; pero bien pronto éste vindica el honor de sus armas sitiando á Roma. Se ha criticado á Urbano por haber empleado cruzados italianos para combatir á Manfredo; pero éste, es preciso saberlo, estaba al frente de un ejército compuesto en su mayoría de sarracenos, y estos paganos habian declarado guerra á muerte á los fieles católicos.

El papa, refugiado á Orvieto , instituyó la fiesta del Corpus que celebró por primera vez el jueves despues de la octava de Pentecostes en 1264. Hizo componer el oficio de esta fiesta por santo Tomas de Aquino , profesor entonces de filosofía en Orvieto : siendo el mismo oficio que aun celebramos. Pero habiendo el papa Urbano muerto en Perugia se interrumpió durante cuarenta años la celebracion de esta solemnidad, que habia sido ordenada desde el año 1256 (1) por Roberto de Torote obispo de Liege , con motivo de las revelaciones que una santa religiosa hospitalaria , llamada Juliana, habia tenido á este propósito.

Cuando se fundó esta fiesta en Liege, se consultó á Jaime Pantaleon , el mismo que luego fué Urbano IV. Dicho Jaime Pantaleon encontró á su gusto esta institucion. Desde entonces se acordó de aquella circunstancia , pero difirió la respuesta á aquellos que pedian fuese universal en la Iglesia.

En esta época un sacerdote aleman , peregrino , que celebraba la misa en Bolsena, cerca de Orvieto, despues de la consagracion se atrevió á dudar de la transfiguracion , cuando de repente salió sangre de la hostia y enrogeció el corporal. El sacerdote para ocultar su falta de fe , empezó á doblarle , pero quedaron tantas efigies de hombre cuantos eran sus pliegues. Desde este momento se divulgó el milagro. El pontífice indeciso hasta entonces, hizo llevar el corporal á Orvieto recibéndole solemnemente. Mas tarde , en la oracion de los católicos españoles, se anunciaba que igual milagro se habia obrado en Daroca de Valencia ; y al propio tiempo para destruir la herejía de Berenguer , que negaba la presencia de Jesucristo en la eucaristía , el papa ordenó á toda la Iglesia la celebracion de la fiesta del santo Sacramento. Dicho corporal se conserva aun en la catedral de Orvieto. ¿ Quién es que en el dia no ha visto la magnífica pintura al fresco de Rafael que representa este milagro ?

(1) Panvini pretende que Urbano IV ha instituido con esta fiesta la procesion acostumbrada. Otros atribuyen la institucion de la procesion á Juan XXII por no haber Urbano hablado en su bula mas que de la fiesta. Despues de seis siglos se ha celebrado en Liege la fiesta secular de esta institucion : asistieron á ella un gran número de obispos.

Urbano prohibió el enterrar en el Vaticano sin un permiso pontificio.

Este papa fué el primero que espresó el número de su nombre, firmando Urbano papa IV. Se pretende que existe una bula de Pelagio, firmada *Pelagius PP. II*; pero muchos autores la tienen por apócrifa.

Urbano murió en Perugia el 22 de octubre de 1264, habiendo gobernado la Iglesia tres años, un mes y cuatro dias. Era un hombre elevado y prudente, adornado de un corazon lleno de clemencia, de mansedumbre, de generosidad y de muchas otras virtudes que podian llamarse verdaderamente reales. Tenemos de él una *Parafrásis de los Padres*, y sesenta y una cartas respirando todas sabiduría y bondad.

La silla pontificia quedó vacante cinco meses y dos dias.

Evito cuanto puedo tratar las tesis cuya discusion puede presentarse delicada y ofensiva. Los protestantes han procurado ridiculizar la profesion del padre de Urbano IV. Mucho debe admirarnos esta estravagancia aristocrática en hombres que á menudo predicaban la igualdad y la república. ¿Qué sucede cuando un hijo del pueblo está destinado á la carrera eclesiástica? Entra en un monasterio, donde se le enseña á cultivar las ciencias. En el tiempo de que hablamos, por el contacto que habia entre las Iglesias latina y griega, ya para terminar sus diferencias, ya para combatirse, hacia familiar á los mismos sábios de Italia el estudio de la lengua de Demóstenes. Las huellas de la de Ciceron no se habian borrado todavía. San Agustin, *el maestro de los maestros*, era estudiado por todos los alumnos aficionados á las ciencias. El clérigo que tenia menos recursos era, como sucede siempre, el mas aplicado. Luego que uno llegaba á distinguirse, formándose una recomendable reputacion, se le designaba ya como á personage que iba á ser útil á la Iglesia. Entonces Roma buscaba tanto en Italia como en Francia todos los alumnos reputados por mas aplicados. Inocencio IV encuentra un francés que reúne todas las calidades necesarias para ser un nuncio esforzado; cónstale que en medio de los escollos de la Iglesia es preciso buscar el talento, la ciencia y la abnegacion para sostener y alimentar dignamente la obra de Jesucristo. Ino-

cencio IV no pide la procedencia de Jaime Pantaleon ; despues de haberle interrogado , reconoce en él un mérito digno de aprecio , y nombra á este personaje legado de Tierra Santa : entonces esta dignidad atrae las miradas sobre aquél que debe alentar á los cruzados para reconquistar el Santo Sepulcro. Jaime Pantaleon ya célebre , poco tiene que esperar para ser nombrado papa. En medio de esta sublime elevacion , la firmeza , el saber y la esperiencia pueden manifestar perseverantemente toda la escelencia de sus raras calidades. Los filósofos hablan mucho de los derechos de todos los hombres ; estos derechos , la Santa Sede , es la que los reconoce con mas constancia. Ella honra , digámoslo así , con placer , interés y algunas veces con preferencia , el nacimiento elevado , y estas descendencias históricas que *obligan á la virtud* , pero no es menos atenta para recompensar los servicios prestados á la religion. ¿ Puede citarse un país donde , como en Roma , se oiga con mas verdadera y segura constancia la *igualdad* que debe reinar entre los hombres ? Tanto sobre este punto , como en muchos otros , Roma , sin llamar á nadie á la rebelion , dá las mas sabias lecciones y practica los puros preceptos esencialmente filosóficos del Evangelio , esta fuente inagotable de consejos , que bien seguidos , no pueden hacer sino asegurar la dicha en esta vida y garantizar la inestimable salvacion en la otra. Una de las razones que mas me han inducido á escribir la historia de los papas , es la consideracion que acabo de mencionar. Los partidos , las sectas , pueden agitar la muchedumbre , turbar la gente baja y procedente de las últimas clases de la sociedad ; pero estos partidos , y estas sectas , no hacen mas que repetir á algunos lo que Roma no ha cesado de enseñar á todos. Roma , constituyendo el principio monárquico , no ha olvidado las atenciones que debe á las clases envilecidas por todas partes ; á estas clases que , cultivándolas con cuidado y con una sabiduría dirigida por la admirable influencia de la *Buena noticia* , puede hacerse que produzcan en cualquier país abundantes frutos , inesperadas riquezas , y tesoros , allí mas que en otra parte , inagotables. Roma obra sobre una escala moral , mucho mas elevada que aquellas , donde se aseguran con obstinacion tantos gobiernos únicamente políticos.

185. Clemente IV 1265.

Clemente IV, llamado antes Guy Foulquois pertenecia á una noble familia de san Gil junto el Ródano, siendo de notar que un francés sucede á otro. Guy fué sucesivamente militar, abogado, secretario de Luis IX, casado, padre de familia, viudo, cura, canónigo, arcediano, obispo, cardenal, y finalmente papa. Algunos autores quieren que fuese tambien cartujo, pero parece confundieron al hijo con el padre, el cual efectivamente ingresó en la órden de san Bruno. El mismo Clemente, si se juzga por una carta escrita en Viterbo el 21 de noviembre, año 4.^o de su pontificado, habla de la entrada de su padre en un convento, pero no que él mismo hubiese sido religioso.

Cuando Guy Foulquois abrazó el estado eclesiástico, contrajo amistad con los santos doctores Tomas de Aquino y Buenaventura; Urbano IV le concedió tambien una grande confianza; le nombró cardenal-obispo de Sabina, al efecto de recompensarle por el modo con el cual habia cumplido las funciones de legado en Inglaterra, donde habia ido, encargado de transigir las cuestiones suscitadas entre el rey Enrique III y Simon, conde de Montfort. El cardenal de Sabina estaba ausente al tiempo de la muerte de Urbano IV, interin el sacro collegio eligió papa á este cardenal. Sabiendo su eleccion regresó á Viterbo suplicando de rodillas á los electores no persistiesen en tal nombramiento, y siendo inflexibles, subió al trono con el nombre de Clemente IV y fué coronado el 22 de febrero de 1265 (1).

En este mismo año, Clemente despues de haberse reservado con intencion el ducado de Benavento, dió á Carlos de Anjou, hermano de Luis IX, la investidura de las dos Sicilias. Carlos las tomaba en feudo sin *ley sálica*, y prometia pagar un censo anual de ocho mil onzas de oro y una jaca. Esta pension debia satisfacerse cada año en la víspera de san Pedro. La Iglesia se

(1) En este mismo año nació el gran poeta Dante Alighieri.

reservaba el derecho de recobrar la posesion de los reinos en el caso de que Carlos muriese sin herederos ó que estos llegasen á extinguirse. El dia de la Epifanía, Clemente coronó á Carlos en el altar mayor de la basílica Vaticana. Se ve representada esta ceremonia en una pintura del palacio Farnesio en Roma.

Villani nos ha dejado de Carlos de Anjou la descripcion siguiente: «Carlos fué prudente, buen consejero, valiente, audaz, temido y respetado de todos los monarcas del mundo, magnánimo, y de elevadas ideas para llevar á cabo grandes empresas (1), seguro de sí mismo, firme en las adversidades, *mantenedor* de toda promesa; discreto, activo, grave, puro y católico como un religioso, rígido en su justicia y de penetrante mirada, de estatura elevada, distinguiéndose por su robustez, de una tez aceitunada y una gran nariz. Su conjunto era propio de un rey, velaba mucho y acostumbraba decir que durmiendo se pierde el tiempo. Era pródigo con sus vasallos, pero tambien ansioso de señoríos de castillos, y amante del dinero, cualquiera que fuese su procedencia, para sufragar los gastos de la guerra. Jamás le gustó el trato con gente de corte, ministriles, ni bufones. Sus blasones eran los de Francia, campo de azul y flores de lis de oro, y de traves un *lanbel* de gules rojo, al efecto de distinguirse de los del rey de Francia. Cuando Carlos apareció en Italia, tenia 46 años y reinó 19». (He aquí un retrato digno de San Simon).

Despues de su coronacion, se dirigió Carlos hácia Nápoles para atacar el ejército de Manfredo.

Este valiente hijo de Federico no rehusó la batalla, pero fué vencido el 26 de febrero de 1266, y temerario en la pelea, perdió la vida.

Seguida la muerte del rey de Sicilia, Manfredo, apareció otro competidor que no queria avenirse á las pretensiones de Carlos. Este competidor era Coradino, hijo del rey Conrado y nieto del emperador Federico II. Coradino no contento con el título de rey de Jerusalem, que el pontífice le habia dejado, quiso llamarse rey de Sicilia. Reprendido con este motivo por

(1) *Italia*, pág. 93.

Clemente, Coradino formó un ejército, pero fué tambien vendido por Carlos, puesto en fuga, y luego vendido por infieles señores que le entregaron á éste. Cuando Carlos tuvo al rival entre sus manos, ejerció contra él la cruel venganza que será eternamente objeto de universal reprobacion. Algunos escritores han acusado al papa de haber querido la muerte de Coradino, citando al propio tiempo palabras y antítesis para justificar este pretendido hecho. No nos detendremos en refutar tan vil calumnia.

Esta anécdota despreciada con razon por casi todos los escritores franceses, ha sido sin embargo citada por Velly y ha dejado en su ánimo alguna duda acerca la parte que pudo haber tomado Clemente en el acontecimiento que se menciona, pues el hecho que han imputado al pontífice, es del todo incompatible con la dulzura de costumbres que le caracterizaba (1). Fleury y Muratori justifican tambien al papa de esta falsa imputacion, haciéndolo aun mejor el padre Jaime Spon, probando que Coradino no subió al innoble cadalso hasta despues de la muerte del papa (2).

Villani refiere cual fué la conducta de Roberto, hijo del conde de Flandes y yerno del rey Carlos. Habiendo Roberto oido leer á un juez provenzal la sentencia de Coradino en presencia del rey, hirió á dicho juez con su espada, diciendo: « que no le era permitido condenar á muerte á un príncipe tan grande y tan ilustre. » « De este golpe, añade Villani, murió luego el juez, no hablándose mas de ello. Carlos y su corte francesa encontraron que Roberto habia obrado con nobleza. » La muerte de Coradino será siempre un borron para el soberano que la permitió.

Coradino en su prision, jugaba al ajedrez cuando le anunciaron su sentencia, siendo conducido inmediatamente al su-

(1) Biogr. univ., IX, 20.

(2) Fleury dice á este propósito, V, 497, que el suplicio tuvo lugar el dia 26 de octubre de 1268, y que Clemente murió el 29 de noviembre del mismo año, casi un mes despues. Lo verdaderamente cierto es, que Clemente IV se encontraba entonces tan abatido por el sufrimiento, que no pudo pronunciar las atroces palabras que se le atribuyen.

plicio. Cuando se vió bajo el poder de los verdugos, se quitó él mismo su capa, y acordándose de la piedad y ternura de su madre Isabel de Baviera, qué no queria dejarle emprender tan jóven una terrible guerra, se arrodilló para orar; luego se levantó exclamando: «¡O madre mia, qué cruel dolor te causará la noticia de mi muerte!» Enseguida dirigió sus miradas á la muchedumbre que le rodeaba, y habiendo reparado el llanto del pueblo, deshizo con furor su guante, le echó á la multitud, y entregó su cabeza al verdugo. Ya veremos como este guante fué recogido.

Clemente, debilitado por la vejez y las dolencias, pero lleno de glorias y méritos por la santa administracion de la Iglesia, murió en Viterbo el 29 de noviembre de 1268, y fué enterrado en la Iglesia de los dominicos. Es el primer papa sobre cuyo sepulcro se han ostentado blasones. Este pontífice, que no estuvo nunca en Roma, gobernó la Iglesia tres años, nueve meses y veinte dias.

Hasta aquí, algunos pápas, no han seguramente, reprimido bastante la ambicion de su familia; por ella la opuesta conducta de Clemente IV ha causado la admiracion de la posteridad (1).

No permitió que sus parientes le rodeasen, y les prohibió toda recomendación. Quiso que su sobrina fuese casada con un simple caballero, y la dió en dote una modesta cantidad. Tampoco se encontró dispuesto á proteger la colocacion de dos hijas que habia tenido de su matrimonio, las cuales ingresaron tambien en la vida religiosa en la abadía de san Salvador de Nimes. El padre Martene ha recopilado algunas producciones y las cartas de este papa, en el *Thesaurus anecdot.*, tomo 2.º La mas curiosa es la que escribió á su sobrino Pedro para quitar á sus allegados toda esperanza de aprovecharse de su eleccion.

Novaes no se cansa de admirar á Clemente IV: «Fué, dice este historiador, elocuente orador y consumado jurisconsulto. Durand le llama, *lumbrera del derecho, ilustre en penitencia, en oracion, en celo apostólico, en modestia, y con maneras tales, que*

(1) Biogr. univ., IX, 20.

cuanto mas se elevaba mayor era su santidad. Jamás dispuso, durante su reinado, una sola cosa grave que no la consultase antes con el sacro colegio». Novaes alaba tambien el horror de este papa por el nepotismo, *tan grande fué en él el desprendimiento que tuvo para con su propia sangre.*

La silla apostólica estuvo vacante dos años, nueve meses, y dos dias.

186. El bienaventurado Gregorio X. 1271.

El intervalo que hubo entre el reinado de Clemente IV y el de Gregorio X, se hizo memorable por un acontecimiento que no puede ser olvidado en la historia, tal es la muerte de Luis IX delante de Tunez.

Luis salió de *Aigues-Mortes* el 3 de julio de 1270 con una flota que reunia 60,000 combatientes.

El 21 de julio, las divisiones navales se reunieron á la vista de Tunez á cinco leguas Sud-este de las ruinas de Cartago. En este momento, la llegada de Eduardo de Inglaterra y de Leonor de Castilla su esposa, puso el colmo á la satisfaccion general (1). Este, hijo del rey Enrique III, fiel á un tratado, se embarcó en Burdeos, pero contrariado por los vientos no pudo llegar á *Aigues-Mortes* antes de la partida de la real flota.

Sin embargo, el heredero de Plantagenet no estuvo mucho tiempo bajo las banderas francesas; léjos de aprobar la resolucion de apoderarse de Tunez, insistió, á pesar de los motivos en contra que en un consejo dieron algunos gefes, en marchar directamente para Siria y Jerusalem. No pudiendo conseguir sus deseos, y convencido de que hacer otra cosa, era comprometer la conservacion de sus tropas, se separó de la armada.

(1) Historia de san Luis rey de Francia, por el marques de Ville-neuve-Trans, T. 3, pág. 389.

Noble y sensible satisfaccion dada por un príncipe de la sangre de Ricardo Corazon de Leon, quien en otra ocasion fué menos piadoso y obediente que Eduardo!

Observaremos de paso, que en esta época no habia papa. Clemente IV habia muerto en 1268, y el cónclave de Viterbo, como veremos, no podia avenirse para nombrar un sucesor. El bajel de la cristiandad flotaba sin piloto abandonado á los pérfidos vientos de la política. Las cruzadas habian perdido de vista el camino del Santo Sepulcro.

Hecho el desembarco, se arregló el campamento; este era una inmensa calle de tiendas abierta por las estremidades y en el centro de la cual se depositaron las municiones de toda clase y las armas.

Pedro de Condé, capellan del Rey, fué encargado de llevar á Mohamed, señor de Tunez, un cartel concebido en estos términos: «Este es el edicto de N. S. Jesucristo y de Luis de Francia, su ministro, que os presento en julio de 1270, 666 de la égira, el último dia de la luna de Zilkadé»

La respuesta dada al rey fué la siguiente: «Francés, has de saber que Tunez es la hermana del Cairo (1), te espera

(1) Véase en este tomo, pág. 494, cuan amargas son estas palabras para aquel, que si hubiese continuado siendo vencedor, como en Mansourah, podia esperar ocupar el Cairo lo mismo que Tunez, *hermana del Cairo*. Mansourah está á 14 leguas de Damietta, y de Mansourah al Cairo se cuentan 22. Me he asegurado de la autenticidad de estas distancias en una conversacion tenida con mi colega el caballero Jaubert, que acompañó á Napoleon en Egipto. Dicho Jaubert me repitió que á propósito de Mansourah, el general en jefe habia amenudo reprobado la expedicion de san Luis; decia haberla emprendido en mala estacion, pues el Nilo apenas se habia retirado y las tierras no ofrecian mas que unos impracticables lodazales. La impetuosidad del conde de Artois y de sus mesnaderos no podia tener ningun feliz éxito. La prudencia, el conocimiento de los terrenos y todas aquellas consideraciones que reclamaba la oportunidad, habian faltado en esta invasion. Luego, continúa Napoleon reprobando, con un lenguaje digno de César, de Tréna y de Federico, la conducta de los miembros del consejo de san Luis, que conocian tan poco el terreno sobre el cual habian llevado la guerra; se estiende en grandes alabanzas del valor del rey, su paciencia, y dice con entusiasmo que nada en la historia podia ser mas digno de honor que este valor de héroe y paciencia de santo. Sabido es que Napoleon, dotado de un despejado talento, vivo y ardiente, soltaba en su conversacion espresiones fogosas, nuevas y á veces orienta-

pues la misma suerte que has experimentado en aquella ciudad (1); encontrarás la morada del hijo de Lockman por tumba, y el eunuco Sabih que ocupará el lugar de los inexorables ángeles Moukir y Nakir, que segun el Coran, preguntan á los muertos estas palabras: *Quiénes tu Señor? Cuál tu profeta?...»*

Despues de algunos combates bastante afortunados para el rey, se declaró la peste. El primer baron cristiano, Mateo III de Montmorency, murió el dia uno de agosto. Los hijos del rey, Felipe, Tristan, Pedro de Francia y hasta el mismo rey fueron atacados. El dia 7, el contagio se declaró tambien en el legado pontificio Raul de Grosparmy, quien no obraba mas que en virtud de los poderes conferidos por el difunto papa Clemente IV.

El estado de Felipe de Francia era de mejoría, pero el monarca conoció por sí mismo que le quedaban pocas horas de vida.

El lunes 25 á la salida del sol, vióse quitar lentamente los pabellones flordelisados. A esta seña, se estremeció el campo entero (2). Los caballeros, los guerreros, heridos y enfermos, todos se pusieron en conmocion; uno de los dos lados de la tienda real se abre, y Luis sostenido por los brazos, aparece revestido de un largo cilicio, una cruz entre sus ya lívidas manos, y los ojos fijos en un lecho de ceniza preparado apresuradamente sobre la enjuta tierra. La última hora de este caudillo debe trascurrir sobre esta innoble cama, esta es su última voluntad, y apenas le queda la fuerza necesaria para estenderse en ella, y hacer colocar nuevamente la cruz delante de él.

les. Los que escuchaban al gran general hablar de este modo, no podian menos de admirarse. En su ejército no se veian ministros de la religion, pero se encontraban, á pesar de la rudeza de los tiempos, muchos hijos generosos de la antigua Francia, que les gustaba ver como se rendia la merecida justicia á sus antecesores; pues en todas partes en donde puede reportarse la gloria, se mezclan y confunden los partidos. Bajo los laureles y los sufrimientos remotos, se apaciguan la cólera y animosidad de las opiniones encontrando de nuevo la paz, que la patria no ha recobrado todavía.

(1) Es un triste consuelo tener que observar que Mohamed exagera la gloria de Luis para mejor humillarle.

(2) *Hist. de san Luis*, III, 414.

Isabel de Aragon , Amicia de Artois , la reina de Navarra y la condesa de Poitiers, ocultan sus sollozos; sus nobles esposos, Pedro de Alenzon , los altos barones , los limosneros , los capellanes y los embajadores imperiales de Miguel Paleólogo, todos arrodillados forman un círculo al rededor del moribundo (1) cuya majestad no brilló jamás con un reflejo tan puro como sobre este trono de dolor, teniendo por cetro un crucifijo, por diadema la aureola de los mártires , por dosel el cielo de Cartago, por consejo pleno un ejército llorando, y por reino la eternidad.

Horribles convulsiones parecían arrancarle sus entrañas, y á pesar de ello ninguna queja, llanto, ni palabra salia de su boca; solo se le oía repetir con débil voz: « Hermoso Señor Dios, ten misericordia de este pueblo que aquí queda y me ha seguido á estas costas! Ah! condúcele á su país para que no llegue el caso de renegar de tu santo nombre!»

Las últimas palabras que pronunció el rey fueron estas « Jerusalem... Iremos á Jerusalem...!» De tal modo sentia el príncipe no haber seguido los consejos de Roma, cuyas aspiraciones siempre eran las de hacerle tomar el camino de Jerusalem.

El rey ha muerto, viva el rey! El dolor ahogó este antiguo grito de la monarquía, los heraldos y grandes oficiales de la corona se callaron, y únicamente los sollozos anunciaron la irreparable pérdida que acababan de experimentar los cruzados.

Entre tanto Carlos, rey de Nápoles, llega con su flota; no debía volver á ver vivo á su hermano, y hace proclamar rey de Francia á Felipe III.

La esplicacion de los combates, del convenio, del embarque y regreso que siguen, pertenece á otros anales.

Así murió Luis IX. Hemos dicho que entonces la silla apostólica estaba vacante. El legado que hubiera podido asistir al rey, tambien habia perecido; pero el amor á la cruz se habia tan profundamente arraigado en el corazon del monarca y de los franceses, que Roma á pesar de su viudez, no tuvo que de-

(1) M. de Villeneuve-Trans, III, 415.

plorar ningun revés de la fe. El trono de Pedro estaba vacante, pero con ayuda de Luis IX, la religion no tuvo que derramar lágrimas. Sin embargo, no seria prudente que el supremo jefe faltase á menudo á sus subordinados. Puede ser que si Gregorio X hubiese sido elegido antes, se hubiera abandonado la expedicion á Tunez, y que siguiendo el camino de la Siria por el puerto de Antipátris, Luis hubiera conservado su vigor y conducido por segunda vez los cristianos al templo del Salvador.

Volvamos á la esplicacion de los grandes hechos de los santos pontífices, de estos sábios hombres, que forman un rey como Luis IX (1), y que por la boca de uno de sus sucesores, colocaron sobre los altares este modelo de monarcas y cristianos.

El bienaventurado Gregorio X era llamado antes Teobaldo Visconti, de la familia de este nombre, domiciliada en Placencia y que se cree trae su origen de la familia Angel Flavia, y á la que pertenecia Constantino el Grande. Otros autores aseguran que los Visconti descienden de Didier, rey de los lombardos.

Teobaldo, hijo de Huberto Visconti, hermano de Othon Visconti, arzobispo de Milan y señor de esta ciudad, fué antes canónigo de Lion, arcediano de Liege y mas tarde legado en Siria. Durante su permanencia en este pais fué elegido en Viterbo el 1.º de setiembre de 1271. Componian el sacro cole-

(1) Entre sus virtudes, dice M. Michaud, debe sobre todo atenderse á esta pasion por la justicia que le animó constantemente, este respeto por la vida de los hombres, sobre lo que él habia dado tantos ejemplos en medio de tantos peligros y que se encuentra dificilmente en los gefes de la tierra. Lo que le interesaba personalmente no le conmovia; pero la que afectaba á la religion y á la dicha de los pueblos, le quitaba todo temor y consideracion.

Pasemos al juicio hecho por Voltaire: « Luis IX ha introducido en Francia el triunfo y la civilizacion, y él ha sido en todo el modelo de los hombres. Su piedad, que era la de un anacoreta, no le quitó las virtudes reales; su liberalidad no defraudó nada á su sabia economia, supo hermanar una profunda politica con una exacta justicia, y seguramente es él, el único soberano que merece esta alabanza. Prudente y firme en el consejo, intrépido en los combates pero sin arrebato, compasivo como si él hubiese sido siempre desgraciado, *apenas es permitido al hombre poseer en tan alto grado la virtud.* »

gio 15 cardenales y no podian llevar á cabo la eleccion por no estar acordes. Uno de estos propuso autorizar á seis cardenales para nombrar papa , prometiendo todos estar á dicha eleccion , que seria llamada *por compromiso*. Era ya tiempo de recurrir á tal fórmula , pues el cónclave ya hacia tres años que duraba. Hasta Ranieri Gatti, gobernador de la ciudad y presidente del cónclave, habia hecho descubrir el techo para que la inclemencia del aire obligara á los cardenales á decidir una eleccion definitiva. Procediendo *por compromiso* los seis cardenales pusieron fin á la mas larga vacante que habia sufrido la silla apostólica desde las persecuciones. En el primer momento pensaron en San Felipe Benicio de la órden de Servitas, famoso entonces por sus milagros ; pero sabiendo este aqnel deseo por los cardenales Yttobono Fieschi y Ubaldini , fué á esconderse en lo mas alto del *monte Tuniato* hasta que supo la eleccion de otro.

Habiendo los seis cardenales acordado la eleccion de Teobaldo Visconti el 1.º de setiembre de 1271, se espidió un espreso á San Juan de Acre, donde se encontraba cerca de Eduardo, hijo mayor del rey de Inglaterra , esperando un momento favorable para dirigirse á Jerusalem. Recibió Teobaldo la noticia el 27 de octubre , tomó el camino de Italia y desembarcó en Brindes el 1.º de enero de 1272.

Acompañado de Cárlos rey de las dos Sicilias , se dirigió á Benevento, desde donde, por el camino de Cápua , llegó á Viterbo en cuya ciudad encontró á los cardenales. De allí pasó á Roma y fué coronado en el Vaticano por el cardenal Juan Orsini el 27 de marzo de 1272. El día de su coronacion fué á tomar *possesso* á san Juan de Letran , precedido de una magnífica cabalgata ; el rey de las dos Sicilias le sostuvo el estribo, y en el banquete solemne que tuvo luego lugar le presentó el primer plato (1).

En 1273 , reunidos los electores alemanes , á escepcion del rey de Bohemia , eligieron por rey de los romanos á Rodolfo conde de Habsourg , tronco de esta gloriosa casa de Austria, que ha producido sin interrupcion una tan brillante série de

(1) Véase Cancellieri, Hist. de las posesiones solemnes, pág. 18.

emperadores. El Santo Padre aprobó esta elección, y logró de Alfonso X, rey de Castilla, que renunciase á las insignias imperiales sobre las cuales creía tener algun derecho, lo cual este príncipe hizo en seguida con generosidad, para mostrar su veneracion al Santo Padre.

En el mismo año, Visconti que habia tomado el nombre de Gregorio X, escribió al rey de Francia, Felipe el Atrevido, para darle las gracias de haber restituido á la silla apostólica el condado *Venaisin*, situado entre la Provenza y el Delfinado, provincia dejada á la iglesia romana por Raimundo, conde de Tolosa, muerto en 1249, y que los reyes de Francia habian poseido desde este tiempo.

No se ve en las relaciones existentes entonces entre el papa y Felipe el Atrevido, que el pontífice hubiese reclamado contra el art. 6.^o de lo que se llama la pragmática de san Luis, que habria sido publicada en 1269 antes de la salida para Tunez, con los otros cinco artículos de este documento. Fleury explica este artículo en los términos siguientes: «No queremos de ningun modo que se recauden las *exacciones* pecuniarias y los muy pesados impuestos que la corte de Roma ha señalado á la Iglesia de nuestro reino, y por las cuales él se ha enpobrecido, á menos que sea por una causa razonable y muy urgente, ó por una inevitable necesidad y con el libre y espreso consentimiento nuestro y de la Iglesia.»

En la obra de Mr. de Trans, este artículo es el 5.^o, y aquel debe haber encontrado esta trasposicion en algun autor. Marchetti, sobre este punto, contesta á Fleury lo siguiente: «Vemos quanto nuestro historiador se muestra exacto en presentar escrupulosamente lo que en cierto modo se opone á las cosas de Roma. Fleury en su prefacio habia dicho que en su historia no insertaria otros hechos que los que, le pareciesen, á lo menos á él, ofrecer una certeza moral, y hemos visto, que ha tomado por *ciertas* muchas *historietas* populares de Mateo Paris y de otros, que el mismo Fleury ha perfectamente colocado en su historia. Ha hecho lo mismo con el sexto artículo de la *pragmática sancion* de Luis IX, rey de Francia, y *ciertamente* no mira todo el mundo este artículo como un indudable pensamiento del piadoso espíritu de este gran rey. Al con-

trario, deseo que se consulten las razones por las cuales el padre Alejandro (1) establece *la suposición* de este artículo y que se decida si Navidad responde satisfactoriamente á sus adversarios. Dicho artículo es pues, á lo menos, un objeto de controversias, cuando se le encuentra unido á la pragmática por una mano estraña. Pero como es dirigido contra las exacciones de la Iglesia romana, esto basta para que llegue á ser un monumento de toda antigüedad, y para que Fleury le continúe en su historia sin contradecirle en nada. Muy al contrario, en esta pragmática que no es otra cosa mas que una instrucción de la propia mano del rey dejada á su hijo, se leen estas palabras: *Sé devoto y obediente á nuestra madre la iglesia romana y al soberano pontífice como padre espiritual*. Navidad Alejandro ha tenido buen cuidado de no omitir estas palabras. El abad de Choisy, en la vida de san Luis, impresa en Paris el año 1689, las ha transcrito fielmente, poniendo por testigo á Godofredo de Beaulieu, confesor del santo rey y que fué *testigo ocular de ello*, (capítulo 4.º).

Mr. Theveneau, abogado del parlamento de Paris, en su obra (*Preceptos de estado*) nos ha dado su forma antigua, y con ella la introduccion entera, habiendo sido registrada en la cámara de cuentas. Este escritor, á las palabras que hemos transcrito añade esta observacion: *El precepto, no sin motivo, ha sido registrado en la cámara de cuentas, para que sirviese de guía á los reyes en sus deberes hácia la iglesia de Roma*; y bien! Fleury que ha sido no obstante el preceptor de algunos de los reyes sucesores á la corona de Francia, se muestra menos dispuesto que Luis IX á hacerles conocer tales documentos; Fleury no ha querido que la posteridad pudiese leer en la *historia eclesiástica* lo que acabamos de citar; él no la dirigia pues á un fin tan digno como aquel á que aspiraba el inmortal rey Luis IX (2).

Estas reflexiones presentadas con calma y sacadas en parte de otras autoridades francesas, merecen un justo elogio, y

(1) In sæcul; XIII, cap. X, art. 5.

(2) Marchetti, crítica de Fleury, pág. 118. El impresor del arzobispo de Ancyre, imprimiendo este pasage, indica el libro 76 en vez de citar el 86.

participo de estos sentimientos y opinion con toda mi alma y voluntad.

Era una idea pia , hábil y generosa que habia inclinado á los cardenales á elegir un papa que sus deberes , empleos y celo habian conducido á la Tierra Santa , y que conocia el triste estado de un país tan infortunado.

El pensamiento de recobrar la Tierra Santa absorbió esclusivamente la atencion de Gregorio. En 1.^o de abril precedente, habia publicado un decreto convocando en Lion el 14 concilio general , el 2.^o de Lion y que fué celebrado en dicha ciudad en 1274. El papa ya se encontraba en ella desde 1273. Para ir se dirigió por Toscana deteniéndose en Florencia , para probar si restablecia la paz entre los *guelfos* y *gibelinos* de dicha ciudad.

Repetiré algunos hechos continuados en la *historia del Dante* pág. 468. La historia debe observar la conducta guardada en Florencia por Gregorio X. Primeramente iba acompañado del emperador Balduino 2.^o, hijo de Enrique , hermano de Balduino 1.^o y luego de Carlos de Anjou , rey de Nápoles , hermano de san Luis (1).

El papa encantado de la frescura de las aguas de Florencia y de su aire puro , propuso á su augusto acompañamiento pasar el verano en esta hermosa ciudad. Los güelfos habian entonces desterrado á los gibelinos y les trataban con un indigno rigor. El dos de julio mandó el papa reunir el pueblo de Florencia y sus alrededores en la orilla del rio Arno , al pié del puente Rubaconte. Despues de haber ordenado que se elevaran dos estrados para colocarse los dos príncipes , el papa preceptuó de lo alto de su trono , bajo pena de entredicho , que en lo sucesivo no se hiciese diferencia alguna entre un gibelino y un güelfo , y quiso que los *syndachi* de los güelfos (el papa era gefe y protector de esta faccion) abrazasen á su presencia los *syndachi* de los gibelinos (J. Villani , *ibid.*). Hé aquí las palabras del discurso de Gregorio : « Es gibelino , si ; pero es cristiano y ciudadano , y en consecuencia vuestro prójimo. Qué ! serán inútiles tantos esfuerzos como hemos hecho

(1) J. Villani , página 219.

para procurar la union! este solo vano nombre de gibelino (*Weibling*: nadie comprende lo que significa) bastará para inspirar ódio cuando tantas razones claras y sólidas no llegan á inspirar caridad! Asegurais que habeis tomado partido en favor de los pontífices romanos contra sus enemigos: pues bien! nos, pontífice romano hemos recibido en nuestro seno, aunque nos han ofendido hasta ahora, á estos hombres vuestros conciudadanos, que han vuelto á nos; les hemos perdonado sus injurias y les miramos como nuestros hijos! ¿Desobedecereis á vuestro gefe en su presencia?

¿No vemos aquí la conciliacion pontificia con toda la sublimidad de su gloria y pujanza? ¿Qué respuesta podian dar á Gregorio, á su gran corazon, los bajos sentimientos de estos insensatos, que caidos por su desgracia en la pasion del ódio, en los innobles consejos de la venganza, no respiraban mas que los mismos, y se complacian continuando en asesinarse? Gregorio fulminó un entredicho contra estos desgraciados, que ninguna accion de sensibilidad, patriotismo, religion ni caridad podia ablandarles; y dejó en el dolor á una ciudad despues tan ilustre, madre de tantos genios y corazones con frecuencia nobles y generosos. Un solo hombre, sin ejércitos, poseia el derecho de dirigir tales amonestaciones, y aun mas, el de castigar á los que le habian despreciado.

Gregorio, desde Florencia, que él bendecia sin duda secretamente, pasó á Plasencia, su patria, donde llegó el 3 de octubre. Le acompañó Othon Visconti, arzobispo de Milan, elegido por Urbano IV, y que no habia tomado aun posesion de su silla, porque los Turrianos, familia revolucionada, querian escoger otro arzobispo de su nombre. Llegado á Milan, Gregorio no pudo lograr fuese aceptado Othon Visconti, legalmente nombrado, y portador de bulas recientemente confirmadas; siendo preciso dejar á Milan en el mismo dolor que habia afligido á Florencia.

La direccion del concilio general de Lion fué confiada á san Buenaventura, este hecho ha sido probado por la bula de canonizacion de dicho santo dada por Sixto IV. Se encontraban en la asamblea quince cardenales, dos patriarcas latinos, sesenta y dos arzobispos, quinientos obispos y mas de mil pre-

lados y abades. Jamás se habia visto reunido un concilio tan numeroso. Los griegos confesaron que el Espíritu santo procedia del Padre y del Hijo, y fueron reconciliados por la décima cuarta vez con la Iglesia latina (1).

Se decretó en primer lugar socorrer considerablemente á la Tierra Santa. Debía ser este un espectáculo imponente esclamando el pontífice: «Hemos visto las desgracias de estos peregrinos, hemos seguido uno á uno todos sus sufrimientos. Su valor no tiene límites, su piedad no puede admitir otra mas sumisa; son verdaderos hijos de Jesucristo, como los compañeros de Godofredo, pero no tienen de que mantenerse. Los que marcharon con algun dinero han sido despojados luego del mismo, lo propio que de sus vestidos. Nuestros hermanos en el desierto ¿pueden pedir una limosna á las fieras? Estas no dan mas que la muerte: el turco, el judío son alguna vez sensibles á la súplica; ¡pero hay tanto de qué quejarse en este viaje! Es hácia la Tierra Santa que uno debe fijar su atencion. No deben ambicionarse reinos ni provincias del Asia; es preciso ir de nuevo á Jerusalem y rescatar *el Santo Sepulcro*.»

Mas que nunca los *flagellantes* repetían en los países donde eran tolerados, que *el bautismo de agua* era inútil, que solo era necesaria la *disciplina*, reputada por ellos bautismo de sangre y que toda la religion consistía en los *azotes*. Novaes advierte á este propósito que Baronio echa en cara á san Pedro Damian, el haber sido, sino el fundador, á lo menos propagador de esta secta tan reprobada hoy día por la Iglesia, y tan culpable por derivar de una simple penitencia, de la cual se habian visto muchos ejemplos, las impías consecuencias que publicaban los *fanáticos disciplinantes*.

Se agitó luego la cuestion de los torneos, y se convino en que quedarian abolidas por todas partes estas funestas diversiones.

En dicho concilio no se radactaron mas que 31 cánones para la disciplina eclesiástica. Todos, á escepcion del 19, se refe-

(1) De Sponde, ad an. 1274, n. 8.

rian al libro 6.^o de las *Decretales*. Entonces fué cuando se mandó que todos los católicos inclinaran la cabeza, cada vez que oyesen el santo nombre de Jesus (1).

Recordándose el santo padre de la duracion del cónclave en que habia tenido lugar su exaltacion, estableció diferentes leyes para impedir la repeticion de semejantes retardos. Se encuentran dichas leyes en la introduccion á las *Vidas de los pontífices*, de Novaes, tom. 1.^o, disert. 2.^a Fueron muchas veces suspendidas, y luego restablecidas cada vez que habia habido otro largo cónclave.

Durante esté concilio, murió el grande santo Tomas de Aquino en el monasterio de Fossa Nuova, el cual iba á dejar para volver á Lion.

Concluyó el concilio y partió Gregorio para Italia el 6 de marzo de 1275. En Lausanna encontró el 18 de octubre á Rodolfo de Habsbourg, rey de los romanos, quien le prestó juramento de afianzar á Su Santidad el exarcado de Rávena y otros territorios de Italia pertenecientes á la corte romana. Ptolomeo de Lucques, (*Hist. ecles. lib. 23. cap. 4.^o*) afirma este hecho, añadiendo que existen dos decretos de Rodolfo relativos á este objeto, y que Rainaldi continúa en el año 1275, números 37 y 38.

En el mismo año, Gregorio unió los dos obispados y arzobispados de Valencia y de Dié en Francia; pero fueron de nuevo separados en 1692.

Gregorio habia gobernado, contando desde su eleccion, cuatro años, cuatro meses y diez dias, y desde la consagracion, solamente tres años, nueve meses y quince dias; mu-

(1) Novaes (III, 254) cita, segun acostumbra, los concilios del padre Labbe. Es preciso tener mucho cuidado cuando se encuentra el nombre de este padre en obras italianas, para no dejarse seducir como en estas últimas; ellos no tienen como nosotros la *e* muda. Para los mismos el padre Labbe es el *padre Labbé* ó *l'Ababbé* (el Abad). Un italiano purista que quisiera respetar nuestra pronunciacion y sin embargo probara hacer, se comprender por nosotros, deberia escribir este apellido así: el padre *Lab*. Entonces seria pronunciado por ellos, poco mas ó menos, como nosotros, y gracias á esta falta de ortografia, no veriamos mas esta alteracion que nos ofusca siempre un poco en los autores eclesiásticos de Italia.

riendo en Arezzo á la edad de sesenta y seis años , en 10 de enero de 1276 (año funesto que vió morir cuatro papas), siendo enterrado en la catedral de dicha ciudad.

Monseñor Benito Falconcini de Volterre, nombrado obispo de Arezzo en 1704, ha pedido y obtenido á sus espensas la beatificación de este ilustre pontífice bajo el reinado del papa Clemente XI, en 1713.

Gregorio no era muy sábio (Novaes, III, 257), pero sí dotado de una rara prudencia. Siempre fué valeroso defensor de la fe y del culto divino, amante de la paz y conciliacion, y enemigo de toda parcialidad.

La silla pontificia estuvo vacante diez dias.

San Antonino (3.^a par., lit. 20, cap. 2), y luego Stefano de Vicomercato y Galvaneo della Fiamma (estos dos últimos dominicos), Jorge Menda y Pablo Jove, han escrito que este santo pontífice habia tenido conocimiento del atentado de los Turrianos que probaron de matar á Othon, arzobispo de Milan. Cuando se instruyó el expediente de la beatificación de Gregorio, este terrible hecho fué opuesto tenazmente; pero Pedro María Campi, que era el postulador, defendió al papa, probando que esta alegacion no era mas que una impostura, como muchas otras que se han buscado para oscurecer el recuerdo de algunos pontífices. La apología razonada y elocuente de Campi se encuentra en la segunda parte de su historia de la iglesia de Plasencia. Verdaderamente, si el Santo Padre excomulgó á la faccion de los Turrianos, y decretó el entredicho de la ciudad de Milan, solo porque aquellos se quedaron con las rentas eclesiásticas, debidas al arzobispo Othon, ¿cómo el mismo pontífice hubiera disimulado el crimen mas grande de los Turrianos, atentando á la vida de este prelado? Ninguno de los autores célebres de aquel tiempo atestiguan tal *indolencia* de Gregorio (Novaes, III, 257), tan contraria á sus nobles inclinaciones. Otros escritores han publicado esta acusacion, engañados por falsas voces ó por el espíritu de partido. Consta que los dos dominicos arriba citados eran adictos á Othon y á los Visconti; Pablo Jove se entregaba tan pronto al ódio como al amor; era susceptible de venalidad, y aun escribiendo la historia, era esclavo del dinero. Lamber-

tini asegura mas (1), y es que esta impostura en nada rebajó la fama de este santo pontífice en el espediente de su canonización.

El padre Antonio María Bonucci, jesuita, ha escrito la *historia del bienaventurado pontífice Gregorio X*; Roma 1711, en 4.^o A pesar de otra vida del mismo Papa, publicada por anónimo é insertada por Campi en su historia de Plasencia, tom. II, y por Muratori en sus *Script. rer. Italie*, tom. III, hay aun otra vida de este papa, escrita por el mismo Campi, que ha sido traducida del italiano al latin por el jesuita Silvestre Pietra Santa, bajo el titulo de *Vita Gregorii X, ex familia vicecomitum*, etc.; Roma, 1635, en 4.^o Existe tambien la vida del propio papa escrita por Claudio Clement; Lion, 1623, en 12.^o

Platina forma este juicio de Gregorio X: «Fué un hombre, que, sin duda, durante toda su vida se ilustró por su prudencia en los negocios; por la fortaleza de alma con la que despreciaba el dinero y cosas viles; por su humanidad, clemencia y bondad para con los pobres de Jesucristo, y sobre todo, para los que se amparaban bajo la proteccion de la silla apostólica.»

Siguiendo la costumbre que hemos tomado de continuar al fin de cada pontificado lo que concierne á los grandes escritores, muertos durante su tiempo, esplicaremos las obras de santo Tomas de Aquino. Fleury dice así (V, lib. 86, 519): «La vida de este santo, muerto á los cuarenta y nueve años, parece corta, comparándola con sus escritos. Los cinco primeros volúmenes son comentarios sobre la mayor parte de las obras de Aristóteles; luego comenta los de Pedro Lombardo, *el maestro de las sentencias*, un volumen de cuestiones teológicas, la Suma contra los gentiles, la Suma teológica, muchos comentarios sobre la escritura sagrada; y finalmente, setenta y tres opúsculos, entre los cuales, se encuentran varios dudosos. En general, los mejores críticos creen que se atribuyen á santo Tomas escritos que no eran mas que los apuntes de sus esplicaciones públicas, llamados *reportata*, siguiendo el uso de los tiempos, y que la conformidad de nombre ha hecho con-

(1) De Canon, lib. II, cap. 42, n. 3.

fundir con él á Tomas, el inglés, á Jarzi, religioso de la misma orden que vivia en el mismo siglo y á principios del siguiente.

Guillermo de Tocco, que habla así en la vida del santo, añade: «Se sabe por fiel esplicacion de su compañero y de los que escribian bajo su direccion, que dictaba en su cuarto á tres secretarios y á veces á cuatro, y sobre diferentes materias á un mismo tiempo. Dormia poco, pasaba gran parte de la noche orando, y se atribuye su ciencia mas á la oracion que al estudio. Rogaba cada dia antes de estudiar y componer, redoblando sus plegarias en las grandes dificultades, y no siendo menores sus ayunos.»

El artículo de Feller sobre santo Tomas (V, 624), merece ser consultado. San Luis le habia llamado á París y le trataba con distincion. Los pontífices romanos tambien le tuvieron en grande estima. Juan XXII le continuó en el número de los santos en 1313, treinta y nueve años despues de su muerte. Escuchemos un momento á Feller: «De todos los estudiantes de aquel tiempo de barbarie, él es, sin contradiccion, el mas firme, juicioso y distinguido. Los títulos de *ángel de la escuela*, *doctor angelico* y *Aguila de los teólogos*, no debieron parecer exagerados á sus contemporáneos.» «Sus obras, dice un crítico recomendable, anuncian un grande y profundo ingenio, recto juicio, claridad admirable, y precision poco comun. Ya establezca las verdades de la fe, ya responda á sus objeciones, se vé que nada puede añadir á lo que se ha dicho: lo cual, junto con el tiempo en que hizo su carrera en un campo apenas cultivado, le hacia considerar verdaderamente como un espíritu de orden casi sobrehumano, y aparecido extraordinariamente para iluminar el estudio.»

Todas sus composiciones han sido impresas, Roma, 1570—71, 17 tomos en 18 volúmenes en fol.; Venecia, 1745—60, 28 volúmenes en 4.^o. Se ha impreso bajo su nombre la *Secreta alchymie magnalia*, Colonia, 1579, en 4.^o; obra que no es de él, ni digna de él.

Feller echó á menos aquí el descuido de los estudios escolares; quisiera que uno se ocupara de ellos alguna vez, pero con moderacion. Cuando las cuestiones escolásticas existian,

las grandes verdades de la fe y de la moral, las máximas constitutivas de los gobiernos, de la sociedad civil y eclesiástica, estaban exentas de discusion: no se disputaba acerca de estos grandes objetos, no se las controvertia, porque la inquietud natural de la razon se alimentaba con especulaciones en las cuales la verdad eterna y la dicha de los hombres no estaban comprometidas. En el dia la razon dirige por do quiera miradas temerarias y destructoras.

El oficio del Santo Sacramento, escrito por santo Tomas, es uno de los mejores del Breviario romano. Los cánticos *Sacris solennis*, *Verbum supernum*, *Pange lingua*, y sobre todo el *Lauda Sion* reunen á la uncion de la piedad el lenguaje de la exacta teologia. La eleccion de las palabras es tan propia, las expresiones tan felices, la cadencia tan sonora y natural, que se las considera, con razon, como el fruto de un raro ingenio; y además, como la obra de un hombre escogido por la Providencia para celebrar con dignidad el mas augusto de los misterios cristianos. (Véase la vida de este santo por el padre Tournon; Paris, 1737, en 4.^o).

187. Inocencio V, 1276.

Inocencio V, llamado antes Pedro de Tarentaise, nació cerca de la villa de Sentron. Ingresado en la orden de dominicos fué preceptor de teología, provincial de Francia, luego arzobispo de Lion, y después nombrado por Gregorio X cardenal-obispo de Ostia. Asistió al concilio de Lion y tomó mucha parte en todos los actos relativos al dogma católico de la procesion del *Espiritu Santo*. Fué el primer dominico que ascendió á la silla de san Pedro. En 21 de enero de 1276, los cardenales reunidos en número de 10, le eligieron en Arezzo, el dia siguiente al en que se reunieron en conclave, y al primer escrutinio.

Este papa fué coronado en Roma el 22 de febrero, día dedicado á la cátedra de san Pedro. Rodolfo, rey de los romanos, al prepararse para ir á Roma, con objeto de ser coronado emperador, recibió al obispo de Albi, delegado por Inocencio, suplicándole, no pasase á Italia sin haber antes hecho la paz con Carlos rey de Sicilia. El papa temia que la presencia de dos príncipes revivara la guerra entre los güelfos y gibelinos. Inocencio reconcilió á la Iglesia con los florentinos sobre los cuales pesaba el entredicho de Gregorio X. Puso paz entre los lucanos y pisanos; pero cuando la Iglesia empezaba á concebir las mas grandes esperanzas, murió este papa á los 22 de junio de 1276, despues de un reinado de 5 meses y dos dias. Fué enterrado en la basílica de san Juan de Letran.

Dejó algunas notas sobre los capítulos de san Pablo, bajo el nombre de *Nicolas de Goram*, Colonia, 1478, en fól.; y comentarios sobre el *Libro de las Sentencias*, impresos en Tolosa. Existen de él cuatro cartas que se encuentran en Ughelli y Campi (*Istoria ecclesiastica di Piacenza*) *Postilla in genesimet Exodum*, manuscrito conservado en la biblioteca de Turin, y muchos otros (1). Su elogio hecho por el conde de san Rafael se encuentra en el tomo 5.º de los *ilustres Piamonteses*. Sus enemigos le impusieron errores, pero santo Tomas le justificó. Su vida ha sido escrita por Muratori en sus *Escritores de las cosas Itálicas*. La silla apostólica estuvo vacante 18 dias.

188. Adriano V. 1276.

Adriano V se llamaba Ottobon Fieschi, hijo de los condes de Lavagna, y una de las mas ilustres familias de Génova. Fué arcediano de las iglesias de Cantorbery, Reims y Parma. Su

(1) Feller, III, 607.

to Inocencio IV le nombró diácono cardenal de san Adriano, y luego fué legado en Inglaterra, España y Germania.

En 10 de julio de 1276, fué elevado al pontificado, que le habia predicho san Felipe Benicio, servita. A la muerte de Clemente IV, el sacro colegio encargó al cardenal Fieschi la comision de ofrecer la tiara á san Felipe Benicio; éste le dijo: «La tiara os conviene mas á vos que á mi.» Luego que Adriano fué elegido, al felicitarle sus parientes, les respondió; «Pluguiera á Dios que dierais la enhorabuena mas bien á un sano cardenal, que no á un papa que va á morir!»

Cuarenta dias despues de su eleccion, Adriano regresó á Viterbo para allanar algunas diferencias suscitadas entre la Iglesia y Rodolfo de Habsbourg. Llegado que hubo, suspendió la bula dada por Gregorio X, referente al cónclave, con objeto de hacer en ella enmiendas útiles. Poco tiempo despues, murió en dicha ciudad y fué enterrado en la iglesia de menores, y no en la de dominicos, como dice el padre Jacob.

Novaes sostiene que Adriano no era sacerdote (1) y que no habia sido consagrado, lo cual no le impedia formar parte del número de los pontífices legítimos, pues que durante aquel tiempo bastaba para ello una legítima eleccion y aceptacion. En los diez primeros siglos de la Iglesia, sucedia lo contrario, no se era legítimo pontífice hasta despues de haber sido consagrado. Adriano gobernó la Iglesia 38 dias.

El sólio pontificio quedó vacante 27 dias, hasta la eleccion de Juan XXI.

189. Juan XXI. 1276.

Juan XXI, nacido de familia noble, en la ciudad de Lisboa, capital de Portugal, era antes llamado Pedro, hijo de

(1) III, 251. Cito á Novaes, porque se trata de una cuestion muy delicada, y debo apoyarme en una obra impresa en Roma.

Julian. Enviado por su padre á Paris , hizo allí unos brillantes estudios. Fué sucesivamente decano y director de las escuelas de Lisboa , arcediano de la Iglesia de Braga , pasó luego á Roma , y obtuvo el cargo de *archiatro* (primer médico), cerca de Gregorio X. Elevado á la dignidad de arzobispo de Braga , fué en seguida creado obispo-cardenal de Frascati por el mismo Gregorio X , y finalmente, elegido papa en Viterbo el 15 de setiembre de 1276 y coronado el 20. El mismo dia retiró la constitucion de dicho Gregorio X acerca el cónclave (suspendida ya verbalmente por Adriano V), que tenia intencion de mejorarla. En 17 de octubre, recibió de Cárlos, rey de Sicilia , el juramentó de homenaje por este reino , que aquel príncipe habia obtenido en feudo de la Iglesia romana.

Agitada cierta cuestion entre Felipe, rey de Francia, y Alfonso de Castilla , se esmeró Juan en restablecer la concordia con cartas dirigidas á uno y otro. Obtuvo de Alfonso III, rey de Portugal, que cesara de oprimir á la Iglesia de su país y de quedarse con sus bienes. Envió legados á Miguel Paleólogo para que este príncipe ratificase la paz acordada entre las dos Iglesias y jurada por sus embajadores en el concilio de Lion, y finalmente, hizo grandes esfuerzos para que los cruzados conservasen en Tierra Santa las provincias que todavía poseian. Juan condenó los errores profesados en la Universidad de Paris , provenientes de una falsa filosofia. Murió en 16 de marzo de 1277 á causa de una herida que recibió en la cabeza, visitando el palacio pontifical que se construia en Viterbo, por haberse desplomado una de sus habitaciones.

Gobernó la Iglesia 8 meses y algunos dias. Este papa poseia una grande erudicion, sobresaliendo en medicina. Se mostraba sencillo con los inferiores, y particular amigo de los sábios de todos los países. Algunos escritores religiosos le han pintado con colores desfavorables , bajo pretexto de que era poco amigo de los monges , añadiendo , que si su reinado hubiese sido mas largo, habria publicado contra ellos un decreto de reforma. Apesar de ello, Juan manifestó mucha aficion por la orden de san Francisco , y se tiene por seguro que Su Santidad iba á dar el capelo á Juan de Parma , general de dicha orden.

Rodolfo accedió á estas pretensiones, y entre las muchas posesiones reputadas como propiedad de la Iglesia, se incluyeron Ferrara y Comachio. Finalmente, para que no se suscitáran mas dudas acerca de estas propiedades, el Santo Padre hizo confirmar aquellos despachos por los electores del santo imperio romano.

Nicolas suplicó al rey Carlos que renunciase el título de senador de Roma, y en un decreto prohibió el conferir esta dignidad á ningun rey ó príncipe extranjero, decidiendo en seguida que este cargo solo se concederia por un año. Un descendiente de los Orsini recibió el título de senador. Bajo el siguiente pontificado, esta dignidad fué restituida al rey Carlos, y Juan XXII en 1316, la confirió á Roberto, tambien rey de Sicilia.

El papa escribió al emperador de Oriente, Paleólogo, á Andrónico su hijo, á los patriarcas y á otros prelados griegos, para que confirmasen la paz entre las dos Iglesias tal como se habia establecido en el concilio de Lion. Nicolas recibió luego cartas del emperador, en las que este príncipe espresaba reconocer la autoridad del soberano pontífice sobre toda la Iglesia, protestando que tenia para Su Santidad toda la veneracion que le era debida. Añadia el emperador que habia condenado el cisma tal como se le habia ordenado por la Santa Sede, y que emplearia todos los esfuerzos necesarios para arrancar á los griegos del mismo.

Nicolas hizo construir un suntuoso palacio, cerca de San Pedro, para los pontífices y su comitiva.

Habiendo llegado á su noticia que se restablecian en Francia los torneos que varios concilios habian prohibido, escribió con entereza al cardenal de Santa Cecilia, su legado en Paris, mandándole hiciese suspender estos ejercicios, de los cuales siempre se originaban deplorables desgracias. Decia el papa que valia mas pensar en los desastres de la Tierra Santa, y no en vanas diversiones inútiles para el bien de la religion.

En 1279, con motivo del grande calor, el Santo Padre marchó á Viterbo donde murió de apoplejía el 22 de agosto de 1280. Fué trasportado al Vaticano y depositado en la capilla

de san Nicolas, que él habia hecho construir. Gobernó 2 años, 8 meses y 27 días.

Era muy prudente y justiciero. Proveía con mas prontitud que ninguno de sus antecesores, los obispados vacantes. Al conferir el sacerdocio, escogia escrupulosamente á los hombres mas bien santos que sábios, pues decia que la ciencia sin bondad, era un veneno sin antidoto. Tenia un grande espíritu é infatigable actividad; amaba á los religiosos y muy particularmente á los de la orden de san Francisco. Al aprobar el juicio hecho por Gregorio IV acerca de las llagas de este Santo, no olvidó que siendo cardenal le habia nombrado protector de esta orden. Era tal la pureza de sus costumbres y acciones que se le llamó *el Composto*, *el Cortés*, es decir, modelo de cortesania. Todos le conocian bajo este nombre, del cual no se ofendia. Limosnero generoso, estaba aun dotado de otras bellas prendas. Fuera de desear que no hubiese oscurecido el brillo de estas virtudes con la inclinacion al nepotismo que le indujo á enriquecer á su familia.

Se dice que queria dividir el imperio en cuatro reinos; á saber, de Alemania, de Viena en el Delfinado, de Lombardia, y de Toscana. Al hacer tales cálculos, no habia contado Nicolas con la Francia que no podia permitir se la desmembrase impunemente.

Se ha pensado que sobre uno de estos tronos queria colocar á lo menos, á uno de los vástagos de su familia. Los Orsini tenian entonces la idea que vino tambien al pensamiento de los Médicis. Un papa nacido príncipe, que enriqueciese aun á su familia, era mas reprehensible que otro nacido en mas baja esfera. Enalteciendo príncipes ya poderosos, se facilitaba la inclinacion de los romanos á rebelarse con gran daño de aquellos tiempos.

La silla pontificia estuvo vacante diez meses y un día.

Martin II es llamado por otros Martín IV. Hemos visto que el 75 papa se llamaba Martin I, y el 110, Marin I; pero entonces Martin ó Marin era el mismo nombre. Así Marin I, fué Martin II. El papa 131 se llamaba Marin II, que equivale á Martin III. Este, nombrado por algunos, y particularmente en el *diario* de Roma, Martin II, es propiamente hablando, Martin IV, pues el papa que llevará luego este nombre y que reinará en 1417, es oficialmente reconocido y llamado Martin V. Debemos aquí hablar de Martin IV, concluyendo en su persona esta confusion de nombres con el de Marin.

Se llamaba Simon de Brion y nació en el castillo de Montpensier en Turena. Habia vivido mucho tiempo en Tours, donde habia sido canónigo regular y tesorero de la Iglesia de S. Martin. El rey S. Luis nombró á Simon su guarda-sellos en 1260. Urbano IV en 1262 le hizo presbítero cardenal de Santa Cecilia. Gregorio X le envió á Francia como legado apostólico.

Simon fué elegido pontífice por unanimidad en la ciudad de Viterbo, el 11 de febrero de 1281. Se resistió tan tenaz y fuertemente, que los cardenales, inflamados de un santo celo, le despojaron de los hábitos de cardenal, los rasgaron y le resistieron á la fuerza con los pontificios. Sucumbió, y no atreviéndose á resistir, fué coronado en Orvieto á los 23 de marzo.

Habiendo el pueblo romano sufrido grandes desgracias, pues que durante el tiempo del cónclave, las poderosas familias de Orsini y de Annibaldi habian cada una nombrado un senador, dió al nuevo papa la dignidad de tal, quien la restituyó á Carlos, rey de Sicilia, despojado de ella por Nicolas III. Martin excomulgó á Miguel Paleólogo, por continuar el cisma despues de haber prometido, por sus embajadores en Lion, y luego por sí mismo, que procuraria destruir la division entre las dos Iglesias.

En 1282, excomulgó á los autores de las Vísperas Sicilianas, de aquella carnicería en la que los sicilianos asesinaron 4,000 provenzales. Separó tambien de la comunión á Pedro III, rey de Aragon, cómplice de los conjurados, quitándole la posesion de los reinos de Aragon, y confiriéndola á Carlos de Valois, hijo de Felipe, rey de Francia.

Si debe sorprendernos que los papas hayan dado, como aménudo hemos visto, los reinos (1) que no les pertenecian, ¿ como no admirar al ver á los príncipes aceptando tales presentes? ¿ No era esto conceder á los papas el derecho de disponer de una corona y de un monarca á su gusto? Lo que prueba que esta jurisprudencia era entonces generalmente recibida, es que los mismos reyes la acataban. El error del dia consiste en acusar únicamente á los papas. » La conducta de otras cortes, dice el Conde de Albon (*Discurso sobre la historia, el Gobierno. etc... de muchas naciones de Europa*), es no menos reprehensible, y difícil de concebir. Durante estos tiempos de vértigo, desde el momento en que el papa habia pronunciado contra un príncipe decreto de excomunion, las demás potencias se apresuraban á entrar con todas sus huestes en los estados de este infortunado, no para conservárselos, sino para usurparlos y enriquecerse inhumanamente con sus despojos. ¿ Podia protegerse mas el error? ¿ podian los usurpadores quejarse si alguna vez les era funesto el ejemplo que no se ruborizaban de haber dado? En el 2.º concilio de Lion, el embajador de Inglaterra fué el único que se atrevió á pronunciar algunas palabras para sostener los derechos del emperador Federico II; los demás ministros de otras cortes guardaron un profundo silencio. Este consentimiento tácito que, se finge desconocer, admira mas que lo que se hizo en la asamblea contra Federico. Además, si los soberanos pontifices fueron los primeros en apoyar esta falsa opinion, ¿ no abusaron de ella para someter á su imperio nuevos territorios, pues no reportaron de esta política ninguna ventaja. ¿ Porqué acriminarles mientras que nada se dice de aquellos que supieron mas de una vez consentirlo en prove-

(1) Feller, IV, 360.

cho suyo?» Novaes es del mismo parecer en la vida de Martin IV (1).

En 1285, el papa se quejó de las exigencias que le imponía Renier, gobernador de Orvieto, y no pudiendo ir á Roma, se refugió en Perugia. Cayó en esta ciudad enfermo, y murió cuatro días después.

Martin gobernó 4 años, un mes y 4 días. Era espléndido, de gran valor (*di gran petto*) para los negocios de la Iglesia, sabio, prudente, adornado de brillantes virtudes y desprendido de sus allegados. Habiendo uno de estos ido á encontrarle, le dió una pequeña suma para que se volviera, y le dijo: «Los bienes que tenemos son de la Iglesia y no nuestros; por lo tanto, no podemos disponer de ellos.»

La Santa Sede estuvo vacante 3 días. Se acusa á Martin de haber querido demasiado á Carlos de Anjou, y de haberle sido muy favorable en muchas circunstancias; pero los milagros que acompañaron la muerte de este papa, y los prodigios que rodearon su sepulcro, prueban lo bastante que este pontífice no traspasó jamás los límites de la justicia.

No nos hemos detenido mas arriba, recordando que Martin excomulgó á los autores de la mortandad llamada *Visperas Sicilianas*; cuando se habla de esta catástrofe, todos la esplican de la misma manera; y no se comprende como hoy que se cultiva el estudio de los hechos, pueda decirse siempre lo mismo acerca de un acontecimiento actualmente mejor conocido.

Daremos los detalles que encontramos en la *Italia* pág. 98: «No pudiendo Carlos extender su dominio en Italia, donde le detenía el mismo obstáculo que habia reprimido á los Lombardos, proyectó una expedición contra Constantinopla; pero Juan de Prócida, natural de Salerno, cuando vió á Coradino echar su guante desde lo alto del cadalso, juró que vengaria la muerte de este príncipe. Juan se retiró al lado de Constantanza hija de Manfredo y reina de Aragon, última heredera de la casa de Suabia, porque Federico II en su testamento, habia en defecto de hijos legítimos, declarado á Man-

(1) Novaes, IV, 7.

fredo su hijo natural, heredero de todos sus derechos de soberanía. Prócida fué acogido como un fiel amigo. Pedro III, llamado el grande, marido de Constanza, acababa de ser solemnemente coronado rey de Aragon. Para compensar á Juan de sus derechos de señor de la isla de Prócida, que forma parte del golfo de Nápoles, (isla que hoy dia visitan los viajeros para conocer las costumbres y trages griegos conservados por sus habitantes), el rey le nombró baron del reino de Valencia. Prócida hizo poco caso de esta dignidad: dotado de un firme carácter y voluntad inalterable, no pasaba un dia sin buscar el medio de vengar la muerte de su gefe. Hizo dos viajes á Constantinopla para procurar que Paléologo ayudara á Pedro de Aragon, enviándole socorros en dinero, obteniendo la cantidad de treinta mil onzas de oro, que debian emplearse para los preparativos de una invasion en Sicilia. Muchos autores presentan los acontecimientos de Palermo como consecuencia de la violacion hecha por un provenzal en la persona de una jóven desposada. Este provenzal, dicen, se llamaba Drouet (1). Hubo en efecto á la hora de vísperas del lunes de Pascua de 1282, una querella entre los de Provenza y los de Palermo, pero esta como tantas otras que habian precedido, no hubiera tenido consecuencias á no haber existido una terrible conspiracion, en la cual habian tomado parte Pedro de Aragon, varios grandes de Sicilia, y el emperador de los griegos, quien al propio tiempo engañaba al papa diciéndole que volveria francamente al catolicismo. Lo cierto es que el descontento de los sicilianos les habia irritado de tal modo, que una pequeña chispa bastaba para producir un grande incendio. Sin embargo, esta parte de la historia no ha sido suficientemente estudiada. Basta leer con atencion á *Juan Villani* para comprender que hacia dos años se estaba preparando una vasta conspiracion; que Prócida debia dar la señal cuando Pedro de Aragon se encontrase embarcado; que esto sucedió en

(1) Es imposible leer sin disgusto la nota que Voltaire pone en este pasaje de su *Ensayo sobre las costumbres y espíritu de las naciones*. (Véase la edicion de Desoer, Paris, 1817, tomo IV, pág. 374, lin. 41). Se encuentra allí una palabra que solo pertenece al vil lenguaje de la mas baja sociedad.

el momento que dicho Pedro se hallaba con su escuadra en el litoral vecino, cuando se gritó: «una mujer ha sido agraviada por un provenzal en una fiesta pública!» entonces *le genti erano tenere* (el pueblo estaba preparado) toda la nación fué excitada contra las tropas de Carlos, y en este estado *Drouët insulta á la jóven desposada*; mas puede creerse que son mentiras inventadas expresamente para conseguir su fin los conjurados. Finalmente, empezada la lucha, se propaga la mortandad por toda la Sicilia efecto de la conjuración, que viene á ser universal y que reclama la última víctima hasta en medio de muchos extranjeros, entre los cuales se contaban sin duda algunos virtuosos caballeros (1):»

Los italianos sin haber consultado lo bastante á uno de los padres de su historia, *Juan Villani*, han dado casi todos á este triste suceso el color que ha conservado hasta hoy. Concibo que el orgullo nacional haya querido mantener este recuerdo; conozco que subsiste como una eterna amenaza contra los extranjeros que usurpan y maltratan esta hermosa posesion; concibo que produzca grandes aplausos en un teatro de la península; pero jamás concebiré que se haya necesitado tanto tiempo para que los historiadores europeos encuentren la *verdad*, la augusta y eterna *verdad*, que no podia hallarse en relaciones que todas traen su origen de las crónicas enemigas.

Carlos habia cometido un crimen condenando á Coradino, pero el Oriente y el Occidente habian visto pasar este crimen sin maldecirle. Clemente IV murió ó estaba agonizando antes de la ejecucion de Coradino, y el cónclave que nombró al sucesor, Gregorio X, duró tres años. Nótese este hecho. El crimen hubiera sido reprobado y castigado si hubiese existido un pontifice en estado de hacer respetar su autoridad.

Se sabe al mismo tiempo, que un caballero, hijo de Salerno, habia sido confidente de Federico II, educado en aquella corte de placer y de elegancia, que este confidente habia sido el amigo de su hijo Manfredo, príncipe dotado de calidades guerreras; que este amigo de Manfredo habia sido consejero fiel del nieto de Federico; se sabe igualmente,

(1) Italia, pág. 99.

que el caballero de Salerno habia jurado vengar á sus últimos gefes, muertos los dos por Carlos, uno noblemente en el campo de batalla, y el otro vilmente en un cadalso; se sabe tambien, que este señor en España habia dicho á Pedro, rey valiente y ambicioso, que podia obrar como heredero de los derechos de su mujer, hija de Manfredo: «¿Cómo no os encontráis estrecho en este reino de Aragon, y no pensáis juntar vuestros estados con los de Sicilia que os pertenecen?» que en Bizancio habia dicho á Miguel Paleólogo: «Carlos quiere ser el 6.^o rey francés en vuestra capital; dad oro á Pedro para que pueda pagar su ejército, y vos no perdereis vuestro reino.»

De aquí una conjuracion con mil ramificaciones, confiada á descontentos con frecuencia gravemente ofendidos, tramada á la vista de un ejército crédulo, presuntuoso é indisciplinado. Miguel prodiga el oro, Pedro embarca sus tropas, Prócida propala que una mujer ha sido insultada, y cuatro mil provenzales son degollados sin piedad, no para echar á Carlos de Italia, pues que su hijo y nieto reinarán todavía en Nápoles, y Coradino no será completamente vengado, sino para que Miguel disfrute paz en Bizancio, y Pedro sea coronado rey de Palermo.

Grande es nuestra satisfaccion al rectificar tantas falsedades. Preciso es dar á cada uno lo que le pertenece: á Carlos, su dignidad *mal adquirida y mal guardada*; á Miguel, su natural perfidia; á Pedro, su avidez fundada en derechos de infantes ilegítimos, derechos entonces reconocidos; á Prócida, su fidelidad y hábil constancia; y finalmente, al papa Martin, uno de los sucesores de Clemente IV, que habia dado á Carlos Nápoles y Sicilia, pues en aquel tiempo se daban de tal manera los reinos, á Martin repetimos, el pensamiento de seguir ayudando á Carlos, de rechazar á Pedro, y castigar indirectamente á Paleólogo, por las graves injurias que habia hecho á la Santa Sede.

Nos parece que la historia se encuentra así en su verdadero terreno; que debe respetar todo cuanto el buen sentido confirma; y que nada tiene que ver con las novelas, por muy larga que sea la fecha, durante la cual estas hayan ocupado un lugar usurpado.

Novaes (IV, 6) dice existir un documento publicado en la plaza de la iglesia de san Flaviano, en Montefiascone, el 8 de noviembre de 1282, que renueva la excomunión pronunciada por Martín contra Pedro de Aragon, culpable de haber usurpado el trono de Sicilia. Rainaldi cita con la fecha de 6 de febrero de 1283, otro documento, del que resulta, que dicho Pedro III, es todavía excomulgado por haber desafiado en Burdeos al rey Carlos de Sicilia. Este era excomulgado asimismo, si por casualidad hubiese aceptado el duelo, esta especie de combate es prohibido, dice el papa, y condenado por los cánones y leyes eclesiásticas.

192. Honorio IV. 1285.

Honorio IV, antes Jaime Savelli, pertenecía á una familia romana muy distinguida. Fué canónigo de Barcelona, y Urbano IV le nombró diácono cardenal de Santa María in Cosmedin. Enviado luego con otros dos cardenales á Viterbo por Adriano IV, al efecto de allanar ciertas diferencias suscitadas con mucha frecuencia entre Rodolfo, rey de los romanos, y Carlos, rey de Sicilia, Jaime fué elegido, á pesar de su resistencia, pontífice supremo, al segundo día del cónclave, que se celebró en Perugia el 2 de abril de 1285. Recibió el sacerdocio en Roma el 14 de mayo, fué consagrado el 15 y coronado el 20. Sufria tanto de la gota, que no podia celebrar la misa sin algunos instrumentos que le facilitasen el movimiento de sus manos.

En 1286, prohibió una orden, llamada de los apóstoles, que tenia por fundador ó propagador obstinado á Gerardo Seganeli, natural de Parma. Este innovador, habiendo sido expulsado de la religion franciscana, se habia vestido, decia él á sus secuaces, á imitacion de los apóstoles. Publicaba que habia ya llegado la época del Espíritu Santo y de la caridad. Estos fanáticos profesaban además los errores de los albigeneses ó de los vodenses y Patarins.

El Santo Padre excomulgó á Jaime de Aragón , hijo de Pedro III , pues continuaba usurpando el poder de Sicilia.

Honorio IV habia estudiado en la universidad de París , y apreciaba este establecimiento, que gozaba de grande celebridad en Europa; mandó se enseñase en dicha escuela el árabe y otros idiomas de Oriente , indispensables para asegurar la fe en los cismáticos y sarracenos.

Este papa gobernó la Iglesia dos años y dos dias. Murió el 3 de abril de 1287. Fué enterrado en el Vaticano, y por orden de Paulo III se le trasladó despues á la iglesia de Araceli.

Estuvo vacante el sόlio pontificio diez meses y diez y ocho dias. Este retardo no fué ocasionado por mala inteligencia y desacuerdo entre los cardenales , sino que , cuando estuvieron reunidos en cónclave en el palacio de Santa Sabina , sobrevino una epidemia , que les obligó á cambiar de aires , pues murieron seis de ellos víctimas del contagio , y los demás cayeron enfermos. No eligieron papa hasta que cesaron las invasiones de la plaga , y su voto recayó en el cardenal Tineo , quien , á pesar de la enfermedad , no salió de este palacio , contentándose con mandar que se encendieran hogueras al redor del edificio , para purificar el aire , diciendo era este el remedio que Hipócrates habia ordenado á los atenienses (1).

Existen en los *anales* de Wading , y en la *Italia* de Ughelli , algunas cartas de este papa , en las que se reconoce su dulzura y sabiduría , pero tambien que fué algo pródigo con sus prójimos. Muchas de las principales familias de Roma , quando habian logrado la tiara para alguno de sus miembros , le asediaban con exigencias continuas , á las cuales era imposible resistir.

(1) Este hecho se encuentra continuado en una vida de Hipócrates , escrita en el siglo II; pero en el dia se tiene por apócrifo. Se ha probado encender hogueras en épocas de pestes , y no se ha logrado detener sus progresos; Feller , como muchos otros , repite este antiguo cuento , atribuido á Soranus , á quien M. Regnaudin califica en su *Biografía universal* , de escritor griego y desconocido. Esta rectificacion en nada atenúa la gloria del príncipe de los médicos , del fundador del arte de curar. Es de entonces seguramente que por escritos y consejos de este genio se ha combatido el contagio del que Thucydides nos ha hecho tan terrible descripcion.

193. Nicolas IV. 1288.

Nicolas IV, llamado Tineo, nacido de una oscura familia en Alessiano, diócesis de Ascoli, habia sido antes religioso menor observante, ascendiendo á primer general de los franciscanos, despúes de san Buenaventura, y siendo el primer papa de esta órden. Legado de Gregorio en Constantinopla, contribuyó á reconciliar á los griegos con la Iglesia romana, aunque por poco tiempo. Nicolas III le nombró cardenal. Hémosle visto ser el único que no abandonó el palacio de Santa Sabina, en donde se habia reunido el cónclave. Este acto de valor no fué hecho con segundo fin; se le propuso la tiara, y la rehusó vivamente, haciendo resaltar los méritos de otros cardenales. En 22 de febrero de 1288, fué proclamado por unanimidad, y tuvo de someterse á la coronacion el 24.

Desde el primer año de su pontificado, dictó muchos privilegios para los religiosos de su órden. Primeramente, porque habia algunos que dudaban de su exencion, les declaró sometidos á la Santa Sede y exentos absolutamente de toda otra jurisdiccion; añadiendo que todos los bienes que les pertenecian, tanto muebles, como raices, pertenecieran en propiedad á san Pedro, en conformidad á la bula *Exiit qui seminat*, de Nicolas III; esta bula está fechada en Roma á los 30 de abril de 1288. Por otra de 6 de mayo, dada en Rieti, mandó que los hermanos menores que, despues de su profesion, ingresaran en otra órden, no podian ser elevados á ningun cargo, dignidad ó prelatura, sin expreso permiso de la Santa Sede. En caso de que fuera entredicho el lugar de su residencia, les permitió confesarse mútuamente, absolverse, officiar, celebrar la misa á puerta cerrada, sin tocar las campanas, no pudiendo dar entrada á otras personas mas que á los miembros de la órden, y finalmente, comulgar en los dias de costumbre y recibir la extremauncion en caso de necesidad.

Concedió tambien privilegios particulares á algunas casas de la órden, como v. g. al convento de la ciudad de Asis. Pro-

hibió el establecimiento de otros religiosos en dicha ciudad, y si tan necesario hubiese sido, debían construir su establecimiento á la distancia de 200 toesas de las murallas. Con estas disposiciones quiso lograr no disminuyeran las limosnas que sufragaban la subsistencia de los hermanos y hermanas de la Órden de San Francisco.

En 1289, Nicolas levantó el entredicho puesto por Gregorio X, diez y seis años antes, sobre el reino de Portugal, cuando Alfonso III usurpaba los bienes de la Iglesia y reducía á la mendicidad á todos los eclesiásticos.

En 29 de mayo coronó, en la basílica del Vaticano, á Carlos II, rey de Sicilia, con las mismas condiciones impuestas á su padre por Clemente IV. En virtud de un decreto (Rainaldi, 1289, núm. 69), dividió las rentas de la Iglesia romana en dos partes, una para el soberano pontífice, y otra para los cardenales. Este decreto hace muchos años que no se observa, atendándose al sueldo de los cardenales por medio de otras disposiciones, módicas en extremo, atendida la elevacion de esta dignidad.

Se debe á Nicolas la fundacion de la universidad de Montpellier, que el fundador llama en su rescripto de 26 de octubre, *Ciudad nacida para los estudios*. Mas tarde concedió grandes privilegios á la universidad establecida en Lisboa por el rey Dionisio.

Continuando Nicolas en los deseos de sostener y propagar la Iglesia católica, exhortó con infatigable celo á todos los príncipes de la tierra al efecto de levantar una grande cruzada para detener el progreso de las victorias del Sultán de Babilonia, que en 1290 habia tomado de los cristianos de Siria la ciudad de Trípoli. Como estos socorros no llegaron bastante á tiempo, ni tan pronto como habia deseado el Santo Padre, la ciudad de Acre, única que poseían todavía los cristianos en Siria, fué atacada y tomada por el mismo Sultán. Nicolas tuvo de ello un gran disgusto, y buscó nuevos estímulos para escitar el celo de los príncipes católicos, pero en vano esta pérdida fué irreparable. No era ya Saladino quien combatía á los cristianos, era el sultán Cahil, bárbaro, odioso. A pesar de los esfuerzos de Enrique, rey de Chipre y de

Jerusalen, de los de los templarios, hospitalarios, y demás cristianos que quedaban en la Palestina, la ciudad de Acre fué tomada por asalto. El gefe de los templarios fué muerto villanamente, combatiendo. El patriarca de Jerusalen, Nicolas, huyó por mar, pues el puerto estaba libre todavía. Los suyos le arrastraron á viva fuerza hácia una chalupa, para con ella llegar á una galera que no estaba muy léjos. Pero él recibió por caridad tanta gente en dicha chalupa, que zozobró y se vino á fondo.

Así murió el último patriarca latino de Jerusalen que habia residido en el país. Existia en Acre un famoso monasterio de monjas de Santa Clara. Sabiendo la abadesa que los sarracenos ocupaban la ciudad, reunió á todas sus hermanas en capítulo y las dijo (1): «Hijas mías, despreciemos esta vida, y conservémonos puras de cuerpo y alma para nuestro esposo, imitadme.» Al momento se cortó la nariz, y su rostro quedó cubierto de sangre; siguieron su ejemplo las otras y se desfiguraron el semblante de diferentes modos. Entraron los sarracenos cimitarra en mano dentro del monasterio, se admiraron de este espectáculo, y convirtiéndose luego su horror en furia, todas fueron asesinadas. Los hermanos menores de San Juan de Acre, en esta ocasion, fueron tambien todos degollados.

Los sarracenos hicieron mas de 30 mil prisioneros, despues de haber muerto igual número de habitantes. El dia de la toma de Acre, los vecinos de Tiro abandonaron esta ciudad sin defenderla. Los de Beyruth se rindieron sin resistencia. Los cristianos latinos perdieron todo cuanto les quedaba en este país. La mayor parte de los salvados se retiraron á la isla de Chipre.

Tal fué el fin de las guerras para la conquista y recobro de la Tierra Santa, guerras que duraron 195 años, ó sea antes de 1098 hasta 1291.

Nicolas IV reunia á las intenciones puras el talento necesario para cumplir con los deberes de su elevada posicion. Se

(1) Papebrok, tomo XIV, prælim., n.º 272. — Wadding, 1291, núm.º 8.

vió ocupado en negocios los mas delicados, y los papas que le dispensaron su confianza, no podian menos que felicitarse por los sucesos de un Nuncio tan esclarecido. Obsérvese que en las cosas de Roma, los personajes que han ascendido al s6lio pontificio, han sido con frecuencia hábiles y experimentados, concedores de personas y de cosas, y he aquí porque ha habido tantos papas verdaderamente grandes y que poseian el difícil don de gobernar. Nicolas era prudente filósofo, buen teólogo; dirigió la Iglesia con sabiduría, y apaciguó disensiones suscitadas en Roma entre los eclesiásticos.

El padre Felix Mattei ha publicado una vida de Nicolas, sacada de un manuscrito del Vaticano, su autor Gerónimo Ru-beo, ó el *Rojo*.

Gobernó este papa durante cuatro años, un mes y catorce dias; murió el 4 de abril, dia del viernes Santo de 1292, y fué, como habia pedido, enterrado en una modesta tumba construido en Santa María la Mayor.

Era tan humilde este digno religioso, que decia: «Quisiera mas ser cocinero de mis hermanos que cardenal, no he aceptado la púrpura mas que para no causar una ofensa á nuestra órden.» Tambien acostumbraba decir: «Tenemos parientes, y son todos los hombres que poseen virtud y ciencia.»

La Santa Sede quedó vacante dos años, tres meses y dos dias. Habia doce cardenales, pero de opiniones distintas; seis romanos, cuatro italianos y dos franceses. Villani dice á este propósito, lib. 1.^o cap. 150: *Quarentibus illis quæ sua, non quæ Jesu-Christi, tantum dilata est electio*: «Estos miran su interés, no el de Jesucristo, por esto se hizo esperar tanto la eleccion.»

194. San Celestino V. 1294.

San Celestino V se llamaba Pedro Morron; este es el nombre de una montaña cerca de Sulmona en donde hacia una vida solitaria. Nació en el año 1215, de Angelerio, simple labra-

dor, cerca del castillo de Molise en la Tierra de Labor. Era el undécimo entre doce hermanos.

Ingresó en el monasterio de monges benedictinos de Faioli, diócesis de Benevento, contando la edad de 20 años. En 1239 salió, con permiso del abad, para ir á hacer penitencia en las cuevas de Morron, donde estuvo cinco años. De allí pasó al monte de Majella, en la Pulla, donde instituyó la órden de los celestinos. Era prior de los mismos cuando fué elegido papa en Perusa á los 5 de julio de 1294, á instancia del cardenal obispo de Ostia, Romano, de la familia Malabranca.

Este cardenal para poner fin á la discordia que reinaba en el cónclave, propuso la eleccion de aquel respetable ermitaño, conocido por su santidad, y que entonces se encontraba en Roma para visitar el convento de la órden de que él habia sido fundador.

Pedro de Morron fué elegido por unanimidad, y se le dirijió su nombramiento, el cual rehusó constantemente. No accedió al testimonio del voto hasta que se le convenció por las súplicas de los cardenales, del rey Carlos II de Nápoles y de Andrés III, rey de Hungría. Se le presentaron estos príncipes, conjurándole aceptase la capa pontifical, diciéndole no habia otro remedio á las desgracias sufridas por la cristiandad y que debia aceptar el sόlio para el cual Dios le destinaba.

Francisco Petrarca, dice (1) que Pedro pensó sustraerse apelando á la fuga; pero el pueblo corrió, viéndose precisado á volver por sus gritos y súplicas. Casi furioso, marchó Pedro para Aquila, donde entró montado en un asno, sosteniendo el freno el rey Carlos y el de Hungría. Habia escrito á los cardenales no podria regresar á Perusa con motivo de los grandes calores; entonces ellos vinieron para asistir á la ceremonia de su coronacion, que tuvo lugar el 29 de agosto en la iglesia de celestinos de *Collemaggio*; seguidamente, montado, no ya sobre un asno, sino sobre un arrogante caballo blanco, hizo su entrada en la ciudad en medio de los aplausos de la muchedumbre, que habia venido de todas partes, para ver al primer personage del mundo, quien poco ha, no era mas que

(1) Lib. II, de *Vit. Solit.*, sect. 3, cap. 18.

un pobre y humilde ermitaño acosado con frecuencia por el hambre.

Después de su coronación, hizo una promoción de doce cardenales, entre los cuales había siete franceses, resolviendo luego volver á Nápoles.

Apesar de todo, Celestino echaba á menos su tranquila vida, deseando recobrar su libertad. Expresó más claramente este deseo al morir el cardenal latino á quien él había confiado la dirección de los más graves asuntos del pontificado. Constaba á Celestino que los cardenales estaban descontentos de él. Los doce nuevos miembros del Sacro Colegio, siete franceses, como sabemos, y cinco italianos, habían sido creados sin haberlo consultado á ninguno de los más antiguos cardenales; empezando á hablarse de Celestino como de un hombre criado en los bosques é inútil para llevar la tiara. Determinado por estas consideraciones, confirmó antes, que el papa podía renunciar libremente el pontificado, deseando muy pronto hacerlo espontáneamente, y no, como han pretendido algunos autores, porque el cardenal Benito Gaetani, que le sucedió, le hubiese dicho con una bocina, figurando que la voz venía del cielo, que debía abandonar la tiara. Esto es una miserable fábula que ningún apoyo encuentra en el testimonio de los tiempos.

Renunció voluntariamente el pontificado en Nápoles, á los 13 de diciembre de 1294, después de haber gobernado cinco meses y nueve días.

Chacon explica la fórmula de esta renuncia: « Nos, Celestino, papa V, movido por legítimas causas, tales como la de humildad, de mejor vida y conciencia intachable, debilidad de ánimo, defecto de ciencia, malignidad del pueblo, y de salud delicada, á fin de recobrar la tranquilidad y consuelo de la vida pasada, espontánea y libremente renunciarnos el sôlío pontificio, haciéndolo igualmente del lugar, dignidad, ocupación y honores, concediendo libre y pleno poder al colegio de cardenales para elegir canónicamente un pastor de la universal Iglesia (1).»

(1) Véase también Novaes, IV, 28.

Hecho esto en medio de un público consistorio, celebrado en la ciudad de Nápoles, se despojó de todas las insignias pontificias, y con ademan generoso, modesto y sin embargo casi arrogante, se sentó á los piés de los cardenales.

La Santa Sede estuvo vacante diez dias. Por primera vez se observó la ley de Gregorio X, confirmada por Celestino V, mandando no empezar el cónclave hasta despues de nueve dias de la muerte ó renuncia de un papa.

Lleno de alegría por ser otra vez Pedro de Morron, se retiró á su ermita de Majella para entregarse á la perpétua oracion y mortificaciones no interrumpidas.

Bonifacio su sucesor, temiendo un inminente cisma (1) que podia suscitarse fácilmente, no porque fuese tal la voluntad del santo ermitaño, muy alejado de semejante pensamiento, sino porque la sencillez de su corazon no pudiera tal vez resistir las astucias de los enemigos del nuevo pontifice, hizo pesquisas para encontrar á Pedro y asegurarse de todo peligro, haciéndole guardar cuidadosamente. Tuvo el santo noticia de ello, y aunque él no pensaba mas que en ofrecerse á Dios, se escondió durante dos meses. Algun tiempo despues quiso ir á Dalmacia, pero una tormenta le hizo arribar á Viesta, ciudad de la Capitanata, en donde reconocido por el gobernador, le envió á Anagni, donde se encontraba su sucesor. De allí fué Pedro trasladado al castillo de Fumone, cerca de Ferentino, donde pasó diez meses sufriendo en una prision (2). Celestino sobrellevó este sufrimiento con una constancia apostólica á la edad de 81 años, y murió el 19 de marzo de 1296. Por órden de Bonifacio fué su cuerpo trasladado con pompa á Ferentino. Su corazon se conserva en la iglesia de religiosas de Sta. Clara siendo su cuerpo trasportado al monasterio de celestinos de Aquila. Clemente V canonizó á Celestino en Avignon á los 5 de marzo de 1313, diez y siete años despues de su muerte.

Han escrito diferentes autores la vida de san Celestino. Tenemos la de Celestino Talera, abad de los celestinos. Esta vida precede á las obras de este pontifice impresas en Nápoles en

(1) Novaes, IV, 28.

(2) Novaes, IV, 29.

1640. Contiene varias producciones, entre ellas, *Relatio vitæ suæ de Virtutibus, de Vitiis, de hominis vanitate, de exemplis, de Sententiis Patrum*. La han escrito tambien otros religiosos celestinos. El cardenal Pedro de Ailly es autor de otra en latin, que ha sido puesta en mejor estilo por Dionisio Fabre, prior de los celestinos de París, é impresa en la misma ciudad en 1539, en 4.^o. Existe tambien otra de Vicente Espinelli, procurador general de la misma órden; Roma, 1664, en 8.^o. Lelio Marini publicó tambien la vida de este santo pontífice en italiano; Milan, 1637, en 4.^o.

Bajo este reinado tuvo lugar el milagro de la traslacion de la *Santa Casa*, en Italia. Citaré á Novaes (IV, 33): « En 1291, y el mismo año en que los infieles se apoderaron de San Juan de Acre, el 9 de mayo, la *Santa Casa* en la que se encarnó el Verbo divino, fué trasladada por ángeles desde Nazareth á Dalmacia, entre Tersato y Fiume, sobre el Adriático. Despues de tres años y siete meses, es decir, el 10 de diciembre de 1294, la propia *Santa Casa* fué trasladada cerca de Ancona, en un bosque perteneciente á una muger, llamada Loreto, y ocho meses despues á otro lugar cercano, el mismo en donde se encuentra hoy dia el templo. Este es el santuario mas célebre del mundo cristiano. Antes de ser despojado de sus riquezas, poseia veinte lámparas de oro, dadas por la república de Venecia en su mayor parte, y sesenta de plata. El templo, en medio del cual se encuentra la *Santa Casa*, fué empezado por Paulo II, el 215.^o papa, y concluido en 1577, por Gregorio XI. »

La Francia posee en Loreto bienes procedentes de una fundacion del cardenal de Joyeuse. Todas las personas piadosas que visitan la Italia, no dejan de ir en peregrinacion á Nuestra Señora de Loreto. Existen muchas obras excelentes que traen la descripcion de este importante santuario.

195. Bonifacio VIII. 1294.

Bonifacio VIII, llamado antes Benito Gaetani, era descendiente de esta ilustre familia, y natural de Anagni. Fué sucesivamente canónigo de Todi, París, Lion, y luego de la basílica-Vaticana, abogado consistorial y protonotario apostólico. Fué creado cardenal por Martin IV en 12 de abril de 1281, y despues Nicolas IV le nombró cardenal presbítero de los santos Silvestre y Martin. Martin IV, que conoció era hombre de talento, destreza y fidelidad, le envió como legado al rey Carlos de Sicilia, para impedirle luchar contra el de Aragón, y mantener sus pueblos adictos á la corte romana. Fué enviado luego con otro cardenal para restablecer la paz entre el rey Felipe y Eduardo, rey de Inglaterra, y defender en Francia y en la Gran Bretaña los derechos de la Iglesia.

Nicolas IV le eligió con otros diputados, para examinar y transigir las cuestiones entre Dionisio, rey de Portugal, y el clero de este reino. Fué despues de tantos señalados servicios, cuando á este cardenal se le eligió papa por unanimidad el 24 de diciembre de 1294, en Castel-Novo, cerca de Nápoles, donde se habían reunido en cónclave los cardenales.

Despues de haber aceptado tal dignidad, el 2 de enero de 1295, marchó acompañado de Carlos II, rey de Sicilia, y de Carlos Martel su hijo, rey de Ungria, para Roma, donde fué consagrado y coronado por el cardenal Mateo Rosso Orsini, primer diácono, el 16 de dicho enero. Al ir á la basílica de San Juan de Letran, montaba una magnífica jaca, de la cual los dos reyes sostenían el freno. Estos, á pesar de ir coronados, le sirvieron los dos primeros manjares, y luego se fueron á ocupar su asiento en la mesa de los cardenales.

Las primeras miras de Bonifacio se dirigieron á la pacificación de Italia. Redujo la Sicilia á su obediencia; llegó á restablecer una suficiente concordia entre los reyes de Francia é Inglaterra. Disuadió al rey de los romanos del proyecto que tenia de atacar la Francia, é inquirió los medios para destruir

las facciones que dividían á los príncipes cristianos. Nuevos esfuerzos se emplearon para que los griegos volvieran completamente á la fe, y finalmente, se buscaron todos los medios para recobrar la Tierra Santa, de donde los católicos habían sido expulsados por los musulmanes.

Seguida la paz entre Carlos II de Nápoles y el rey de Aragón, juró Carlos fidelidad al papa Bonifacio en la iglesia de Santa Sabina.

En el año 1295, Bonifacio mandó que se celebrase en todas las iglesias con el *rito doppi*, la fiesta de los santos apóstoles evangelistas y la de los cuatro doctores de la iglesia, Gregorio, Agustín, Ambrosio y Gerónimo; ordenando que hubiese en Roma en lo sucesivo una academia general de todas las facultades.

Viendo Bonifacio que el clero estaba cargado de impuestos por algunos príncipes, publicó en 21 de setiembre de 1296, una bula que hizo insertar en el libro 6.^o de las *Decretales*, y que remediaba aquel mal. Las cláusulas de esta bula, á petición de los prelados de Francia, fueron singularmente modificadas para este reino. Este 6.^o libro, llamado *Sexto*, ha sido impreso en Maguncia año 1465, en fól. En nada se estiman las ediciones publicadas hasta últimos del siglo 15.

La bula de que tratamos es llamada *Clericis et laicis*.

Decía el papa (1): «La antigüedad nos demuestra la enemistad de los legos contra los clérigos, declarándonoslo manifestamente la experiencia de hoy día, pues que sin considerar que ningún derecho tienen sobre las personas ni bienes eclesiásticos, los legos cargan de impuestos á los prelados y clérigos tanto regulares como seculares; y lo que consignamos con dolor, algunos prelados y otros eclesiásticos, temiendo más ofender la magestad temporal que la eterna, dejan pasar estos abusos. Queriendo pues remediarlo, ordenamos, que todos los prelados ó eclesiásticos, tanto regulares como seculares, que pagarán á los legos las décimas ó cualquiera otra parte de sus rentas, ya sea á título de socorro, subvención ó bajo otro concepto, sin la autoridad de la Santa Sede, y los

(1) Fleury, V, 89, 635.

reyes, príncipes, magistrados y cualesquiera otros, que las impusieren, ó coadyuvasen con su consejo á este objeto, incurrirán desde entonces en la pena de excomunion, cuya absolucion está únicamente reservada á la Sede pontificia, y no obstante para ello cualquier privilegio.»

Fleury añade con alguna viveza: «Esta aversion de los legos contra el clero, de que el papa trata, no tiene una tan grande antigüedad, pues durante los cinco ó seis primeros siglos, el clero se atraia el respeto y aficion de todo el mundo por su caritativa y desinteresada conducta.»

Es esta una reflexion amarga, que no viene al caso por no interesar al fondo de la cuestion, mucho mas, como hemos dicho, cuando las medidas prescritas en esta bula fueron modificadas por las reclamaciones de muchos obispos franceses, de lo cual Fleury no podrá apartarse.

Asi es que despues de haber pretendido señalar la *prepotencia* de Roma, Fleury debe confesar que dicha prepotencia se imponia á sí misma los límites de lo justo y verdadero.

Descontento de la marcha oblicua del publicista que ha gobernado tan largo tiempo la opinion de nuestros seminarios, fatalmente engañados, no pretendo decir de Fleury lo que se ha dicho de Bennon: *Obtretatio et livor*. Observo solamente, que no debe extrañarse que en los cinco ó seis primeros siglos, los papas hayan hablado con menos afeccion en favor del clero. Fleury es uno de los autores que mejor nos ha demostrado que entonces los papas no tenian tanto poder, pero tambien nos ha dicho, con frecuencia apesar suyo, que los pueblos rendian á los piés del papa tal confianza y poderío, que casi se diria le entregaban *las llaves de las capitales de todos los paises*; circunstancias que amenudo mas bien les embarazaron que les sirvieron para el desarrollo necesario de los grandes intereses católicos.

Encontrándose Bonifacio en Orvieto el dia 11 de agosto de 1297, canonizó á Luis IX, rey de Francia, muerto en Túnez el 25 de agosto de 1270. Fleury esplica con precision los detalles de todos los trabajos y negociaciones que tuvieron lugar para dicha canonizacion. Esta parte de la relacion de Fleury es muy satisfactoria, ofreciéndonos tanto mas interés en cuan-

to los excritores extranjeros parece han descuidado la importancia de estos hechos.

Pero Fleury tenia en esto una opinion determinada; ningun afecto sentia por Bonifacio VIII; causando pena encontrar tales parcialidades en un historiador.

Dice este autor (1): «En fin Bonifacio VIII, decidió que el rey Luis debia estar continuado en el número de los santos.

A este propósito pronunció dos sermones en Orvieto; el primero en su palacio el martes antes de San Lorenzo, es decir, el 6 de agosto de 1297, en donde resume todo el procedimiento verificado para *alcanzar* esta canonizacion, y dice entre otras cosas: «El papa Nicolas III aseguraba que las virtudes de este santo le eran bien conocidas, y que él le habria canonizado si hubiera sido testigo de dos ó tres milagros,» y añade: «El negocio ha sido tantas veces examinado y *se ha escrito tanto, que un asno no podria llevarlo.*» Bonifacio hizo el otro sermón en la iglesia de hermanos menores de Orvieto, y en el mismo dia que publicó la canonizacion, que fué el 11 de agosto. La bula que se fechó el mismo dia y dirigió á todos los obispos de Francia, con tiene en compendio la vida del santo y muchos de sus milagros, mandando que su fiesta fuese celebrada el dia de su muerte, á saber, el 25 de agosto, dia siguiente al de San Bartolomé.

He aquí todo cuanto Fleury tiene que decir acerca una de las mas famosas bulas que han salido de los dicasterios de Roma. Es el sábio preceptor del rey de Francia quien habla con tanta indiferencia de uno de los mas grandes príncipes de la tierra, del antepasado monarca, del monarca que descendia directamente del santo rey, por Roberto de Clermon, sexto hijo de Luis IX. ¿Acaso existia en Francia otra dinastía celosa de la gloria de sus predecesores? En cuanto á las espresiones: *se escribió tanto que un asno no podia llevarlo!* por esta vez, historiador ingrato y parcial, corruptor de la sensibilidad de vuestro discípulo, habeis bien merecido lo que dice Marchetti positiva y directamente de vos, tom. 1.^o pág. 231 de su *Crítica*, á propósito de otros pasages menos reñensibles (2)!

(1) Fleury, V, 89, 641.

(2) *Crítica de la historia eclesiástica del abate Claudio Fleury; Roma, 1819, en 8.^o, 3.^a edicion.*

El arzobispo de Ancira añade: «La generalidad de los lectores se complace en oír censuras contra los personajes mas distinguidos, y en el fondo considera estas críticas como verdaderas, á pesar de ser inseparables de la malignidad, y aun peores que esta.» Marchetti continúa: «Pero el deber de un historiador es el de decir la *verdad*, y no lo que es mas *agradable*. En este último caso, no se obtiene mas que poco aplauso, pues los sábios son en pequeño número, y *stultorum infinitus est numerus*; pero yo prefiero la aprobacion de los que aman lo *verdadero*, que la de los otros que no tiene ningun valor: *Sufficit unus Plato procuncto populo.*»

No interrumpiré al arzobispo en su juicio: «No se crea que quiero llevar las cosas al extremo y negar todo lo que se lee en tantas historias de defectos *personales* de los papas. El gran historiador eclesiástico, Baronio, no tenia el oído tan delicado al rehusar la lectura de los *frutos del hombre*; basta decir que Muratori en los anales italianos del siglo x, ha probado con nuevas memorias, que los vicios personales de los pontífices de aquel tiempo, eran inferiores á los que habian sido consignados por el mismo Baronio.»

¿Qué contestar á la santa indignacion del arzobispo de Ancira?

Ahora que escribo la historia de Bonifacio VIII me será permitido examinar uno de los mas grandes actos de su pontificado; de esta bula de canonizacion, que interesa no solamente á los soberanos de la Francia, sino tambien á todos los de la tierra. Es indiferente el lugar de donde procede un grande ejemplo: cuando es tan noble y exactamente conocido, pertenece á todo el universo. Veremos tambien, observando el estilo de este documento, si encontraremos este lenguaje familiar, bajo é indigno que el pontífice habria empleado en uno de sus sermones ó discursos.

Se conoce poco esta constitucion (1) tan honrosa para nuestra familia real, y que patentiza el alto talento literario de Bonifacio VIII; pues es preciso observar bien la elegancia del

(1) *Gloria, laus et honor. Bullar. roman.*, tom. III, par. III, página 88.

latin. Emplearé muchas citas de la historia de Dante Alighieri, donde este acto viene explicado con algunos detalles (1); así empieza el papa: «Que todos los que profesen la fe ortodoxa, y cuya esperanza se eleva hasta Dios, exclamen con la efusion mas tierna de devocion y respeto: *Gloria, alabanza y honor* al padre de las luces por el cual ha sido creado todo lo grande y perfecto (2): Alégrese pues los celestes habitantes por la llegada de uno nuevo tan eminente y esclarecido (3). Qué la gloriosa nobleza de los ciudadanos de lo alto entone el canto de alegría cuando vea llegar tal conciudadano, (conci-vis)! Qué la venerable asamblea de los santos se regocije de dicha y alegría por el ingreso de tal consocio! Levántate, numerosa congregacion de los fieles; levantaos celadores de la fe, cantad con la iglesia el himno de alabanza (4).

Sigue la descripcion de Luis: «Provenia de una familia seguramente la mas ilustre, opulenta por sus riquezas, sublime por sus virtudes, severa en sus costumbres, excelente en sabiduría y rechazando todo pensamiento deshonesto y vergonzoso.

Era tan puro y casto, y supo evitar de tal modo el contagio de la carne, que verdaderamente, segun opinion de varios personajes, hubiera brillado con un candor virginal si no hubiese aceptado el lazo que le unió á una esposa. Gobernó largo tiempo el reino de Francia, guiando el timon, rodeado de escollos, con una previsora circunspeccion; no era furioso, ni arrebatado con nadie, se contenia maravillosa-

(1) *Hist. de Dante Alighieri*, pág. 88.

(2) Nuestro idioma ha sido la causa de que las primeras palabras con que empieza la bula no se encuentren sino en la segunda y tercera línea de la traduccion. (A de Montor).

(3) Bonifacio no acusa aquí á Luis de haber dictado el sexto artículo de la *pragmática sancion*, que nosotros miramos todavía, atendida sobre todo su fecha y al acercarse el peligro de una cruzada, como un artículo falso, y puede ser del tiempo de un rey enemigo. En 1269 no habia papa, la corte romana pues no podia autorizar impuestos. Todo en este artículo es incivil, triste y apasionado. Luis IX tenia necesidad de Roma para este funesto viaje que emprendia, y en ningun tiempo de la vida se injuria á aquellos que hemos menester. Solo las fechas prueban su interpolacion.

(4) La imaginacion y latin de Ciceron habian reaparecido.

mente en los límites de la justicia, que cultivó con ardor, no abandonando jamás la senda de la equidad».

Mas adelante, las luchas de cortesanía que tuvieron lugar entre el rey y sus hermanos, cuando le era permitido á él solo embarcarse en Egipto si dejaba allí rehenes, son descritas con una vivacidad de estilo el mas enérgico.

He aquí el fin de la bula: despues que el monarca fué santificado, todo el pueblo francés fué colmado de elocuentes felicitaciones:» Regocíjate, encumbrada casa de Francia, que has dado á luz á este príncipe, cuyos méritos te honran. Entrégate á la alegría, devoto pueblo de las Galias, que has sido digno de obtener un señor tan virtuoso y *tan escogido* (tam electum) (1)! coro de prelados y clérigos, gozaos en los brillantes milagros de vuestro propio rey, que adornan magníficamente este reino! (2) Alegraos espíritus de los príncipes, de los grandes, de los nobles, de los guerreros, de que, por las santas obras de este rey, el brillo de este reino reciba la prerogativa de un ilimitado honor que iguala casi en esplendor á los rayos del sol!»

Oh! Luis, nieto 2.^o de Luis XIV, ¿porqué vuestro subpreceptor no os ha hecho leer estas pocas líneas que os habrían seguramente trazado otro camino?

Fué en el mismo año 1297 cuando empezaron á manifestarse las disensiones entre el papa y los *Colonna*. Aquel confiscó su palacio, condenóles como cismáticos, obligándoles á salir de Roma, y despojó de la púrpura á Jaime y á Pedro que pertenecian á esta ilustre familia. Tales medidas fueron ciertamente demasiado severas. Los *Colonna* habian faltado con la iglesia, pero esto no era una razon para no ser prudente y generoso. Hay enemigos á quienes no es preciso reducir á la desesperacion; la animosidad de estos príncipes habia ciertamente traspasado todos los límites, pues circularon un manifiesto donde sostenian que Celestino no habia podido renunciar el pontificado,

(1) Bonifacio no olvida ningun hecho glorioso, conservando la propiedad de las espresiones que conviene al pontífice: *tam electum*, es allí una palabra ingeniosísima.

(2) Nueva expresion de la cosa y del suelo que acompañan la benevolencia y afeccion pontificias.

y que por consecuencia, Bonifacio no habia podido sucederle.

Eran estas graves injurias, pues se acusaba al papa de intruso; pero sean cuales fueren las ofensas, no es preciso buscar venganzas poco cristianas, y que conducen á los mas peligrosos males.

Nos apresuramos actualmente á añadir, que los dos cardenales, habiendo recorrido á la clemencia de Bonifacio, éste les concedió su perdon, les levantó el entredicho y les restableció en su dignidad.

Los dos cardenales volvieron á revelarse arrastrados por malos consejos, y en este punto es de alabar la conducta de Bonifacio. Les condenó de nuevo, demostrando solo demasiado rigor en la órden que expidió para arrasar la ciudad de Palestrina. Estas violencias nunca serán útiles ni excusables, son, al contrario, casi siempre inútiles. Lo que admiro al mismo tiempo es que Bonifacio publicó al momento una constitucion, parecida á otra precedente, que se debe á Honorio III, y que castigaba á los que, por un atentado sacrílego, se atrevieran á ofender á los cardenales de la santa Iglesia romana.

Viendo el Santo Padre que á últimos de aquel siglo llegaban muchos peregrinos á Roma, pues sus antepasados les habian dicho, que cada cien años al empezar el siglo visitaban el sepulcro de los apóstoles para obtener los beneficios del jubileo, en el año 1300 renovó, pero no instituyó, esta indulgencia plenaria, ordenando que la fiesta se repitiese cada cien años. Clemente V dispuso tuviese lugar cada 50 años; Urbano VI al cabo de 33; y finalmente, Paulo II mandó tuviese lugar cada 25 años, lo que se practica aun hoy dia, á menos que sobrevenga como sucedió en 1800 un impedimento irremediable.

En el jubileo celebrado en 1300 acudió una inmensa afluencia de peregrinos (1). Bonifacio mandó que para ganar el jubileo debian los romanos visitar san Pedro y san Pablo treinta veces, y los peregrinos solo quince.

En 1301, las cuestiones suscitadas entre Felipe el Hermoso

(1) Véase la *Hist. de Leon XII*, t. 1.º, pág. 211.

y el papa, se encontraron, porque este confirmó la bula con la cual se prohibía á los eclesiásticos pagar cosa alguna á los legos (1) sin la autorizacion apostólica. Felipe entonces dió otra vez fuerza á un antiguo decreto que prohibía remitir á Roma dinero alguno. Otro de los partidarios del rey, Guillermo de Nogaret, fogoso magistrado, acusó al papa de simonía, de mágia y ateismo: se desterró á los obispos, teólogos y doctores que no secundaron el partido del rey. Llegó á prohibir á todos los prelados de su reino la asistencia á un concilio convocado en Italia. Se dice que encontrándose el papa en Roma á los 6 de noviembre de 1302, publicó la célebre constitucion *Unam sanctam* (2), en la cual al efecto de restablecer la autoridad pontificia oprimida por los consejeros del rey, declaró que no podia decirse, sin cometer una heregia, que todo cristiano no debia sumision al papa, y excomulgó á todos los que habian impedido á los prelados ir á Roma.

Aun cuando oficialmente no se habla mas, ni en Roma ni en ninguna otra parte, de la bula *Unam sanctam* ó *In Cæna Domini*, temeria merecer un reproche si dejaba pasar en silencio sus disposiciones principales, y si me contentase con haber especificado algunas sin otros detalles.

M. de Maistre lo corrobora, y á este efecto voy á citar lo que espresa en su libro titulado *Del papa*, tomo 2.º cap. 15, pág. 82; Lion 1836: «No hay nadie seguramente en Europa, que no haya oido hablar de la bula *In Cæna Domini*: ¿pero cuantos hombres en Europa se han tomado el trabajo de leerla? Lo ignoro (3).»

(1) Novaes, IV, 45.

(2) Esta bula llamada tambien *In Cæna Domini*, es atribuida á Bonifacio aunque no fué muy conocida en su tiempo, y se encuentran en la misma muchas adiciones de fechas posteriores. Contiene vastas disposiciones, en su mayor parte útiles á la dicha de los Estados y alivio de los pueblos; pero como el pontífice la redactó en términos imperativos, ha parecido que atacaba el poder de los reyes y la independenciam en la administracion de sus Estados: he aquí porque Clemente XIV y Pio VI han interrumpido la publicacion que se hacia todos los años el Jueves santo, no habiéndose hablado mas de ella desde dicha época.

(3) Se la tiene por texto de injurias, sarcasmos y acusaciones contra los papas, aun cuando no ha tenido resultado alguno positivo; pero esto no es una prueba de buena fe por parte de nuestros adversarios. e

« Espero será muy útil el presentar á la mayoría de los lectores el extracto de esta famosa bula. Cuando los niños se espantan á la vista de algun objeto lejano, engrandecido y desfigurado por su imaginacion!, para refutar á la crédula niñera que les dice, *es un ogro, un espíritu, un aparecido*, es preciso tomarles dulcemente por la mano y acompañarles cantando hácia aquel objeto.

« He aquí el análisis de la bula *In Cæna Domini*.

« El papa excomulga:

« Art. 1.º A todos los hereges (1).

« Art. 2.º A todos los apelantes al futuro concilio (2).

« Art. 3.º A todos los piratas navegando sin patentes.

« Art. 4.º A todo el que se atreva á robar alguna cosa de un buque naufragado.

« Art. 5.º A todos los que establecerán en sus tierras nuevos impuestos, ó aumentarán los antiguos de fuera los casos permitidos por el derecho, ó sin licencia espresa de la Santa Sede (3).

« Art. 6.º A los falsificadores de cartas apostólicas.

« Art. 7.º A los que proporcionen toda especie de armas ó municiones de guerra á los turcos, sarracenos y hereges (4).

« Art. 8.º A todos los que detengan las provisiones de bo-

leido esta bula lo propio que M. de Maistre, y encuentro que habla de ella muy sábiamente y con espíritu de justicia, empleando en parte un tono de jovialidad, que ciertamente viene muy al caso.

(1) « Creo que acerca este punto no hay dificultad. » (*Nota de M. de Maistre*).

(2) « Sea cual fuere la opinion que formemos acerca la cuestion de la apelacion al concilio futuro, no será vituperar á un papa, sobre todo á un papa del siglo xiv, que reprime severamente tales reuniones como absolutamente subversivas de todo gobierno eclesiástico. San Agustin decia ya en su tiempo á ciertos apelantes: « *¿ Quién sois, pues, vosotros para conmovier al universo?* » (*Nota de M. de Maistre*). Puede añadirse aquí á lo que observa este gran publicista: « *¿ Qué dirian los reyes si en cada decreto, se dijese: Yo apelo al futuro rey? ¿ Qué los tribunales, si á sus sentencias pudiera contestarse: Apelo á los magistrados que os sucederán?* »

(3) El papa acepta los casos previstos por la ley nacional; y no olvidemos para lo demás en que siglo se tomó esta decision por la autoridad religiosa, ni tampoco que todos los pueblos aplaudieron tales reservas, de las cuales solo se quejaban los príncipes y sus ministros.

(4) Dante que vivia en aquel tiempo ha dicho en sus ardorosos ver-

ca y cualesquiera otras, que se lleven á Roma con destino al papa.

«Art. 9.º A todos los que maten, mutilen, despojen ó envenenen á las personas que van á visitar al papa, ó que regresen despues de haberlo hecho.

«Art. 10. A los que hicieren otro tanto á los peregrinos cuya devocion les lleva á Roma.

«Art. 11. A los que se hiciesen culpables de las mismas violencias respecto de los cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos y legados de la Santa Sede (1).

«Art. 12. A los que golpeen, despojen ó maltraten á alguno con motivo de los negocios que tuviese en la corte romana (2).

«Art. 13. A los que bajo pretexto de una frívola apelacion traspasen las causas del tribunal eclesiástico al secular.

«Art. 14. A los que lleven las causas de beneficios y de diezmos á los tribunales legos (3).

«Art. 15. A los que emplacen á los eclesiásticos ante dichos tribunales.

«Art. 16. A los que despojen á los prelados de su legítima jurisdiccion.

sos mucho mas de lo que se dice en este artículo 7.º; y Bonifacio, si es él el autor de la bula, dá ciertamente motivo á estos versos de Dante:

*E nessuno era stato a vincer Acri,
Nè mercatante in terra del soldano.*

Era pues Bonifacio á quien Dante acusaba.

(1) Los cuatro artículos precedentes demuestran la época que les hacia necesarios. Los actos de los soberanos no debian ser juzgados sin mirar al tiempo y lugares á los cuales se referian; y cuando los papas se hubiesen extralimitado en estas diferentes disposiciones, sería preciso decir: fueron *demasiado lejos*; y esto sería bastante. No podría ser jamás motivo de exclamaciones oratorias.» (Nota de M. de Maistre).

(2) De un lado, se *golpea, despoja y maltrata* á los que van á pleitear á Roma; de otro se excomulga á los que *golpean, despojan y maltratan*. ¿Dónde está el mal? ¿y á quién se ha de vituperar? Si todos los ojos no se cerrasen voluntariamente, verian, que cuando existen faltas mútuas, el colmo de la injusticia es el no verlas mas que de un lado; que no hay medio de evitar estas luchas, y que la fermentacion que enturbia el vino es un preliminar indispensable de la clarificacion.» (Nota de M. de Maistre).

(3) Era preciso en aquel tiempo respetar á la corte eclesiástica como en el dia debe hacerse con la corte real. Así sucedia en el siglo xiv.

«Art. 17. A los que secuestren las jurisdicciones ó rentas que legitimamente pertenezcan al papa.

«Art. 18. A los que impongan nuevos tributos á la Iglesia sin permiso de la Santa Sede.

«Art. 20. A los que usurpen países ó tierras cuya soberanía pertenezca al pontífice (1).»

Los demás carecen de importancia.

En 1303, Bonifacio fundó la universidad de Roma, llamada vulgarmente *la Sabiduria*.

La costumbre de clausura para las religiosas era muy antigua, como tenemos la prueba en el siglo 4.^o; sin embargo, no era generalmente reconocida. Bonifacio mandó que dicha clausura fuera una ley para todas las religiosas de la cristiandad.

En 1303, hubo conmociones en Roma, y creyó el papa prudente retirarse á Anagni. Pero Sciarra Colonna, su enemigo irreconciliable, y Guillermo de Nogaret, consejero de Felipe, despues de haber corrompido á algunos domésticos de la corte y á muchos habitantes de la ciudad, entraron al frente de algunos hombres armados gritando: « Muera el papa Bonifacio, y viva el rey de Francia!» Asaltaron el palacio del pontífice y le encontraron sentado en el trono pontifical, revestido de sus hábitos ceremoniales, con la tiara en la cabeza (2), y sostenien-

(1) Que se lea hoy día nuestro código penal y se encontrarán muchos artículos que castigan una parte de las primeras contravenciones continuadas en la bula. Véase el título II: *Crímenes y delitos contra las personas*; véase el cap. II, *crímenes y delitos contra las propiedades*: los caminos debían ser seguros y libres; entonces como ahora cada propietario reconocía, lo mismo que el papa, debía guardar su propiedad.

La bula *In Cæna Domini* establecía una legislación allí donde no la había. Pero se ha dicho durante cinco siglos: « Qué abominación no es esta bula *In Cæna Domini!* » ¿Y quién había leído esta bula? Entre el cúmulo de sus disposiciones reprimía los ladrones; y en lo que concierne á la autoridad del papa, reivindicaba lo que le pertenecía, lo que todos sabían era suyo, lo que cada uno quería que se respetase cuando se trataba de lo propio, y lo que en fin, las leyes del tiempo garantizaban á todo el mundo. En complemento, es preciso observar que nuestros atrevidos novadores han hecho correr torrentes de sangre para no obtener, poco mas ó menos, mas que artículos consagrados por la bula, y que hubiera sido sin razón esperar de la concesión de los soberanos de aquel tiempo.

(2) Fué Bonifacio quien añadió á la tiara un segundo círculo ó coroca.

do en la mano las llaves de la Iglesia. El infeliz vióse abandonado de toda su corte á escepcion de los cardenales de Sabina, Pedro de España, de Ostia y de Bonasini, que fué su sucesor.

Dios velaba por la Santa dignidad pontificia, y nadie se atrevió á tocar á Bonifacio. Los invasores se llevaron el erario y dejaron al papa del modo como se encontraba vestido, bajo la guardia de algunos soldados, despues de haberle verbalmente injuriado. Nogaret le amenazó con que le conduciría preso á Francia, y con hacerle despojar de su dignidad por un concilio general. A estas palabras el magnánimo pontífice respondió: « Mucho nos gustará y satisfará ser despojado por los *Patavins* (hereges albigenses) como lo sois vos, y lo han sido vuestro padre y vuestra madre, castigados como á tales. »

Novaes nada dice del golpe de manopla que Siarra Colonna dió en la megilla del papa. Feller cree que tal golpe ha sido dado (1); la biografía universal (2) dice á este propósito: « Añaden algunos historiadores que Colonna llevó su brutalidad hasta pegar con su manopla en la megilla del papa. Dichosamente para la memoria de Colonna, subsiste todavía alguna duda sobre su cólera, tan cobarde como inhumana, hacía un débil y desarmado anciano. » Despues de un ataque tan cruel como bajo, los habitantes de Anagni, que habian visto impacientes tales excesos, se arrepintieron de su ingratitud hacia su compatriota y soberano, que les habia colmado de favores: de repente excitados por el cardenal Lucas Fieschi, corrieron á las armas, atacaron á los enemigos del papa que eran en pequeño número, les pusieron en fuga, é hicieron prisionero al mismo Nogaret, que el papa mandó tratar con miramiento. Enterado del suceso Bonifacio hizo poner en libertad á este perverso, con una clemencia inaudita, pudiendo retirarse sin haber sufrido la pena de su delito.

Viéndose libre, el papa decidió regresar á Roma. Pero estaba tan violentamente excitado por dichas injurias y sacrilegios, que el 11 de octubre de 1303, esto es, 37 dias despues,

(1) Feller, I, 549.

(2) V, 113.

murió á consecuencia de los sustos que habia experimentado. Gobernó ocho años, nueve meses y diez y ocho dias.

Era un hombre que poseia admirables calidades. No es preciso juzgar de su carácter por lo que únicamente han escrito los autores franceses; los de su tiempo y posteriores han hablado bajo la impresion de desatinadas prevenciones, porque no conocian mas que las *luchas de Francia* bajo el punto de vista de las contiendas de aquella época con la corte romana. Algunas acciones de Bonifacio han podido ser reprehensibles, pero no lo son menos las de Felipe el Hermoso; al contrario, estas son mas injustas y violentas, y rebajan las de Bonifacio.

Este demostró ser un consumado jurisconsulto, de elevadas ideas, y conservador acérrimo de los derechos de la Iglesia: así como nos lo describe san Antonino.

Dios quiso vengar el honor de este pontífice disfamado por sus enemigos. Se aseguraba que furioso de dolor habia devorado su propia carne: pero el 11 de octubre de 1605, trescientos años despues de su muerte, se le encontró en la sepultura sin la menor descomposicion, y con las carnes enteramente sanas.

La silla estuvo vacante 11 dias. En la biblioteca de Gésu, en Roma, se conserva en un manuscrito que consta de tres tomos en fol., la vida de Bonifacio compuesta por Monseñor Cristóval Gaetani, obispo de *Fuligno*. Esta vida ha sido escrita tambien por Juan de Rossi, benedictino, y publicada en Roma en 1651, en 4.º, bajo el título: *De vita et rebus gestis Bonifacii VIII pars altera, altera defendit.*

196. El bienaventurado Benedicto XI. 1303.

El bienaventurado Benito XI nació en Trevisa en 1240, y se llamaba Nicolas Bonasio Bonasini. Se dice que era hijo de un notario.

En su juventud pasó á Florencia, y encontrándose casi sin recursos, se vió obligado á entrar de preceptor de los hijos de un caballero de la casa Quirini; tomó luego el hábito de dominico (siendo el 2.^o pontífice de esta órden); se entregó á fatigosos estudios durante 14 años, llegando á ser lector y general. En el segundo año de esta dignidad, y apesar de su resistencia, Bonifacio VIII le nombró cardenal de santa Sabina. Fué luego obispo de Ostia y Velletri; no abandonó al papa en el aciago día del asalto de Anagni, poniéndose á su derecha inmóvil y mirando al pontífice con admiracion (1). El papa le juzgaba á propósito para los negocios, y le habia dado grandes pruebas de confianza.

Como estaba mandado que todas las usurpaciones debieran pasar á Roma, el papa envió á Nicolas, como legado, á Hungría, para que apaciguara las guerras civiles de este reino. Una parte de estos territorios eligió por rey á Carlos, hijo de Carlos Martel, y sobrino de Carlos II rey de Nápoles. Otra faccion nombró á Wenceslao, hijo del rey de Bohemia.

Habiendo muerto Bonifacio en el palacio del Vaticano, se observó la ley de Gregorio X, confirmada por dicho Bonifacio. Se celebraron los funerales durante 9 días (cuya costumbre se observa actualmente); se cantó la misa del Espíritu Santo; se reunieron los sagrados electores el 21 de octubre, y al día siguiente, en el primer escrutinio y por unanimidad, quedó elegido papa Nicolas.

(1) Los pintores no han pensado todavía en representar esta escena imponente de Bonifacio VIII, mirando con fiereza á Colonna y á Nogaret. Si alguno repara este olvido, y trasmite á la posteridad este grande hecho pontificio, deberá dicho artista acordarse del cardenal de Ostia, contemplando con admiracion al sublime pontífice.

Esprésó á los cardenales no ser digno de semejante honor; fueron vencidas sus objeciones, y aceptó la tiara. Debe repararse siempre este sentimiento de humildad y modestia de que vemos animados á tantos papas, el cual se ve que caracteriza á la mayor parte de aquellos cuya historia vamos esplicando.

Nicolas tomó el nombre de Benedicto, nombre que Bonifacio VIII su protector habia recibido en bautismo, y fué coronado el 27 de octubre por Napoleon Orsini, primero de la órden de diáconos.

Federico, rey de Sicilia, no habiendo pagado en dicho año el acostumbrado tributo de 3,000 onzas de oro, el papa declaró á este príncipe incurso en la amenaza de excomunion y al reino tambien en entredicho. Pero habiendo Federico reclamado y alegado satisfactorias explicaciones, el papa le reconcilió inmediatamente con la Iglesia. Fulminó entonces una bula de excomunion contra los que habian robado el tesoro de Bonifacio VIII.

En 1304, Benedicto que tenia un carácter dulce y lleno de humildad, perdonó á Jaime Colonna y á Pedro su sobrino, pues le dieron satisfaccion de su falta; siéndoles al propio tiempo restituidos sus bienes.

Felipe el Hermoso deseaba la absolucion de las censuras en que habia incurrido. Cuando se habla de excomunion, siempre salen en escena los papas; pero no se habla de estos extraños pesares que acibaran las angustias de un príncipe excomulgado. Si fuera fácil que la conducta de los reyes y las súplicas de los pueblos excitasen á los pontífices á prodigar el entredicho, es preciso tambien convenir en que desde el momento en que estos dolores y plegarias no obraban ya contra la coronada víctima, la clemencia de los papas era sin límites. Felipe el Hermoso se habia asegurado de la neutralidad de sus vecinos, y cuando se encontró solo en presencia del papa, obtuvo al momento de este padre bienhechor el olvido de tantas injurias.

Dió entera absolucion á Felipe el Hermoso en una bula de 2 de abril de 1304; añadiendo á este propósito las siguientes afectuosas palabras: « ¡ Hay tantos culpables! Donde todos pecan es preciso disminuir el rigor. »

Estamos en el verdadero punto de vista donde conviene colocarse para juzgar acerca del entredicho de aquel tiempo. Los papas rara vez lo pronunciaban por sí mismos; siempre estaban prontos á perdonar, y muchas veces por promesas que no se cumplian.

Haremos observar la exquisita delicadeza del proceder de Benedicto. Escribe á Felipe, y en su carta, ni una sola palabra dice de la censura, excomunion ni entredicho: Continúa simplemente una amigable correspondencia que no parece haber sido interrumpida.

Esta inaudita clemencia de Benedicto, recuerda la sangre fria de un padre ofendido, que viendo vuelve á él un hijo culpable, se contenta con las primeras palabras del arrepentimiento expresado por las facciones y el sonido de su voz, y vuelve á tomar el tono de amigo, de consolador, de padre en fin, que no quiere saber nada mas, y que renueva consigo y con su hijo estas relaciones de ternura, que la naturaleza aconseja y que ningun espíritu de venganza alterará jamás.

Sciarrá Colonna y Nogaret persistieron en su rebelion y continuó sobre ellos la pena de excomunion.

La guerra arruinaba la Toscana; los güelfos y gibelinos, los blancos y los negros, todos estos partidos que tan elocuentemente ha distinguido Dante, se declararon un odio *cartaginés*. Benedicto envió cerca de ellos á Nicolás de Prato, cardenal dominico; pero se vió precisado á imponer el entredicho á los güelfos, á los negros, y á los habitantes de Luca y de Prato.

Entretanto los embajadores de Jaime de Aragon vinieron á prestar fe y homenaje por los reinos de Córcega y Cerdeña, que habia obtenido en feudo de la Santa Sede, y en virtud de rescripto de Bonifacio fechado á los 5 de abril de 1297. Federico, rey de Sicilia, hizo lo propio por este reino, que Bonifacio le habia reconocido nombrándole rey de *Trinacria* (1).

Mientras continuaba el Padre Santo sus tareas apostólicas en el convento de dominicos de Perusa, se le dieron á comer

(1) Se llamaba antiguamente *Trinacria* á la Sicilia, por tres cabos que la confinan.

brevas, pues le gustaban mucho. Habian sido traídas por un jóven vestido de muger, y el cual aseguró venir de parte de las religiosas de santa Petronila. Dichos higos estaban envenenados. Novaes cita á los presuntos culpables. Es preciso ser muy circunspecto (1) en semejantes cuestiones. Serian sin duda enemigos de Benedicto, ó tal vez de la Santa Sede. Se verán las consecuencias de un crimen tan horrible y cobarde.

Poco tiempo despues de haber comido aquella fruta, murió, habiendo gobernado la Iglesia un año, ocho meses y algunos dias.

Benedicto era á la vez santo y sábio; no quiso nombrar cardenal á su sobrino, que lo merecia bien por su virtud. Aun hizo mas: se le presentó un dia su madre muy ricamente vestida y fingió no conocerla, diciendo: «Esta persona no puede ser nuestra madre, pues ella es pobre, y no puede vestirse con ropas de seda.» Volvió luego con trage mas modesto, y fué recibida con las mas vivas demostraciones de amor y ternura. Benedicto XIV beatificó á este pontífice.

La Iglesia romana estuvo vacante diez meses y veinte y ocho dias, porque los cardenales reunidos en el cónclave de Perusa, se habian dividido en dos bandos: los jefes del primero eran Napoleon Orsini del Monte y Nicolas de Prato. Pretendian que se eligiera á un pontífice que restableciera en su primitivo estado á los Colonna, sus parientes y amigos. Además eran partidarios de la Francia y deseaban todavía un cardenal que no recordara la memoria de Bonifacio VIII. Los del segundo eran Mateo Rosso Orsini y Francisco Gaetani, sobrino de Bonifacio. No puede saberse como concluyeron estas discusiones hasta que se leerán los anales del siguiente pontífice.

Se encuentra en Martene la carta circular que Benedicto dirigió á los hermanos predicadores, cuando fué elegido general de la órden. Tambien ha comentado algunos libros de la Sagrada escritura.

(1) Platino calla acerca de este envenenamiento.

197. Clemente V. 1305.

Clemente V se llamaba antes Beltran de Got, y nació en Villandreau, en la diócesis de Burdeos. Su padre era caballero y de la primera nobleza del país. Beltran de Got, habiendo sido nombrado obispo de Cominges en 1295, fué trasladado al arzobispado de Burdeos en 1299.

Hacia ya mas de diez meses que duraba el cónclave, cuando los gefes de los partidos adoptaron una resolucion que consideraron oportuna para concluir con la incertidumbre. Los Colonna perseguidos por Bonifacio VIII se interesaban en hacer una eleccion agradable á la Francia, y propusieron á los Orsini hacer ellos mismos la eleccion de tres sugetos, entre los cuales nombraría el partido contrario un papa definitivo. Los Orsini propusieron tres candidatos, entre los que estaba Beltran de Got, y sobre el cual creian ellos tener algun apoyo, pues que era enemigo del Rey de Francia, quien habia tenido grandes cuestiones con la familia de este arzobispo. Se habla del expreso que se dirigió en seguida al Rey y de las instrucciones que se dieron á este príncipe, para que con anticipacion ganara la voluntad de Beltran de Got. Se habla de seis condiciones impuestas por el Rey y aceptadas por Beltran. Estas anécdotas las garantiza el testimonio de Villani, autor florentino, muy interesado en desacreditar á los papas franceses, y á quien escritores mas modernos han copiado sin mucho exámen. Algunos críticos tales como Baluzio, Fleury, Hardion, Bertier, no dan un crédito *tan lato* á la veracidad de Villani. Fleury observa que en el decreto de eleccion no se explica ninguno de los hechos referidos por este autor; en fin, lo que se presenta mas seguro es, que los cardenales divididos en dos fracciones casi iguales, y no pudiendo decidirse á nombrar uno de entre ellos, prefirieron la eleccion de un extranjero.

Feller nada refiere de la anécdota de las seis condiciones, que serian seis inescusables crímenes de simonía. Novaes pa-

rece creer que Villiani tiene razon. Siento ver á Novaes, á este guia tan seguro, no indagar con mas cuidado la verdad, pues todas estas condiciones son hechos vergonzosos que no pueden describirse ligeramente, y sea la que quiera, de la vivacidad de los juicios de algunos romanos sobre los *papas gascones*, es siempre preciso no señalar con ligereza, en una série de pontífices, nombres que deben aparecer menos respetables que otros. Véase lo que dice Novaes en una nota (1): «Se encuentran las seis concesiones en Raynaldi, año 1305. El abate de Bercastel, en su historia de la Iglesia, tom 13, pág. 252 impresa en Maestricht en 1782, acusa el *torrente* de autores italianos, sin exceptuar á san Antonino y á muchos franceses, como á Sponde, Pagi, Dupin, Natal Alexandro, Daniel y Fleury, porque engañados y seducidos por Villani, historiador florentino de aquellos tiempos, han creído y publicado como verdaderas las promesas de Clemente al Rey de Francia. Funda su opinion en la autoridad de cinco autores de la vida de Clemente V, que mas bien son sus panegiristas, y que léjos de corroborar *la novela* de Villani, al contrario, describen la eleccion de Clemente y la bula de los cardenales electores, como una operacion muy sencilla y llevada á cabo con las fórmulas deseadas. Así se esplicó Bercastel; ¿pero esto basta para derribar la autoridad de los susodichos autores sobre este relato? Que lo decidan mis lectores.»

No me inclino á creer haya llegado el tiempo de que no se haga ya caso de las *injustas* acusaciones contra los papas franceses. Se ven en la presente historia todos los peligros que han corrido en Italia los papas: Benedicto XI, segun muchos autores, fué envenenado. Cuando la obligacion de un papa era la de arrostrar estos peligros, hombres concienzudos creyeron seguramente que el nombramiento de un extranjero, pondria término á estos disturbios, y la eleccion de Beltran, como se ha dicho, era en apariencia el único medio de conjurar la tempestad por algun tiempo; en fin, la anécdota es en sí misma tan completa, misteriosa y complicada, que mas bien debe tenerse por una fábula que por la verdad.

(1) Novaes, IV, 58.

Beltran de Got, cuando hubo aceptado la tiara, partió para Lion á fines de agosto, donde se hizo coronar el 14 de noviembre, en la iglesia de San Justo; templo que tan hospitalario fué para Gregorio X cuando se celebró el concilio del año 1275.

El cardenal Teodorico Ranieri habia él mismo traído de Roma la corona pontifical, con la que fué coronado Beltran, reconocido como pontífice bajo el nombre de Clemente V. Esta ceremonia fué muy brillante. Asistió el rey Jaime de Aragon; tambien concurrió el de Francia acompañado de Carlos de Valois y de Luis, conde de Evreux, sus hermanos, y Juan, duque de Bretaña. Durante la ceremonia de la cabalgata, que se verificó á imitacion de las costumbres de Roma, sucedió un grave accidente. Se desplomó una pared, espantóse el caballo del papa, cayó Clemente, rodó por el suelo la tiara, de la cual se desprendió un rubí de gran valor, que fué inutilmente buscado despues de lo acaecido. Juan II, duque de Bretaña, que sostenia una brida del caballo, fué lanzado y pereció en medio del tumulto. El rey y sus hermanos fueron tambien heridos.

El 15 de diciembre Clemente hizo una promocion de cardenales; nueve eran franceses, el décimo inglés: entre los nueve primeros uno de ellos era su sobrino, y otros tres parientes. Este fué un acto muy repreensible por el nepotismo de *familia* y de *nacion*.

Clemente, que no habia aun manifestado su intencion acerca del lugar que escogeria para residencia, viendo que la Italia estaba dominada por la facciones de los güelfos y gibelinos, declaró que establecia la silla pontificia en la ciudad de Aviñon, y nombró tres cardenales, á los que concedió la calidad de senadores, para gobernar á Roma y las posesiones pontificias de Italia. Antes que el papa hubiera demostrado su intencion de ser el primero, entre los pontífices, en preferir las *salvages riberas del Rhodano á las afortunadas orillas del Tiber*, como dice Petrarca, hubo uno de los cardenales que penetró la intencion del Santo Padre. El cardenal decano del Sacro Colegio, Rosso Orsini, habia dicho al cardenal de Prato, que habia influido muchísimo en la eleccion de Clemente: «Habeis

logrado lo que deseabais; pronto veremos el Rhodano, bien conocido á los gascones; mucho tiempo tardará el Tiber en reconquistar el s6lio pontificio...»

Sin embargo, uno de estos papas llamados *gascones* fué Gregorio XI, que quiso restituir á Roma la autoridad de la Santa Sede. De este modo reparó la inmensa falta de Clemente V.

Para conseguir la paz entre los franceses, pues en todas partes la discordia reinaba con impunidad, dió el Santo Padre explicaciones acerca de la bula *Unam Sanctam*, atribuida á Bonifacio VIII; declarando que por ella los franceses y sus reyes no estaban mas sometidos á la Iglesia romana de lo que lo eran antes de su publicacion. Revocó en seguida la otra *Clericis et laicis*, y estableció que debia observarse todo lo prevenido por sus predecesores en el concilio de Letran y otros generales, contra los legos que exigiesen indebidamente de una Iglesia ó eclesiástico, tributos é impuestos por cualquier concepto, ó que á ello aconsejasen y diesen ayuda.

Existia en esto ciertamente un espíritu de conservacion de los derechos de la Santa Sede.

Desde Burdeos, á donde habia ido por causa de su salud, el Santo Padre pasó á Poitiers, en cuya ciudad hubo una especie de congreso político relativo á las cosas de Siria. El rey de Francia se habia vuelto de esta ciudad con sus cuatro hijos y dos hermanos. Se agitó la cuestion de la conquista del imperio de Constantinopla, recobrado por los griegos y vuelto al cisma.

En esta época se habló tambien de la Tierra Santa. El papa habia llamado á Francia al maestre del Temple y al de los Hospitalarios (órden de San Juan de Jerusalem), que se encontraban en Levante; habiendo escrito á este último: «Estamos vivamente determinados á socorrer la Tierra Santa, al rey de Armenia y al de Chipre y pensamos enviarles refuerzos; ved aquí el motivo por el cual hemos resuelto deliberarlo con vos y el maestre del Temple, atendido muy principalmente que vos podeis mejor que todos nosotros aconsejar sobre lo que debe hacerse, por el conocimiento que os han facilitado la proximidad de los lugares, una larga experiencia y reflexiones, y

sobre todo que á vos atañe principalmente el negocio, despues de la Iglesia romana. Os ordenamos, pues, que prepareis vuestro viage, lo mas secretamente que podais, y el menos séquito posible, pues encontrareis al otro lado del mar bastantes miembros de vuestra órden; pero tened cuidado de dejar en el país un buen gobernador ó representante, y caballeros capaces de defenderle, de tal modo, que vuestra ausencia, que no será larga, no reporte perjuicio alguno. Al propio tiempo haced que os acompañen personas que por su talento y fidelidad sean capaces, lo propio que vos, de aconsejarnos bien.»

El maestre del Temple obedeció al momento la órden del papa y se dirigió á Francia; pero el Hospitalario, habiendo marchado de Chipre, se detuvo en el camino para atacar la isla de Rodas, ocupada por los turcos, bajo la dependencia del emperador de Constantinopla (1). Los hospitalarios tomaron primero algunas pequeñas islas y algunos castillos, y continuaron esta empresa durante cuatro años, tan pronto sitiadores como sitiados, pero al fin el exito fué glorioso. Entonces el maestre Hospitalario pidió al papa le disimulase el retardo de su viage.

Los hospitalarios alcanzaron entonces mucha gloria y sobre todo un nombre, el de caballeros de Rodas, que ilustraron por sus continuas victorias marítimas, en las que destruian muchas flotas de Sarracenos, y sobre todo por la heroica defensa de aquella ciudad, no entregada hasta que no quedó mas que un pequeño número de caballeros inútiles para las armas. Hablaremos á su tiempo de este bélico hecho que excitó en gran parte el reconocimiento de la Santa Sede.

El papa Clemente, fiel al espíritu de conciliacion que animaba á los pontífices, confirmó la paz acordada entre el rey de Francia y Roberto, conde de Flandes; recomendó poner mas empeño en la que se preparaba entre Francia é Inglaterra. Escuchó con benevolencia á Carlos II, rey de Sicilia, que debia grandes sumas á la Santa Sede. El papa empezó por dispensar un tercio, dió un largo plazo para pagar la resta y

(1) Baluzio, tom. I, pág. 65.

luego cedió el todo á Roberto, hijo de Carlos, en virtud de una bula consistorial (1).

El rey de Francia instaba á Clemente para que condenase la memoria de Bonifacio. El papa lo rehusó siempre, y á fin de excusarse mejor, procuró salir secretamente de Poitiers para regresar á Burdeos; pero seguido por las guardias del rey se vió obligado á volver á Poitiers. En la convalecencia de una enfermedad causada por los disgustos, confirmó á Carlos la posesion del reino de Hungría, que le pertenecia como sucesor de los derechos que le habia dejado su abuela María, hija del rey Estevan y hermana del rey Eladislao. Wenceslao, rey de Bohemia, habia sido elegido para poseer la Hungría, pero Bonifacio decretó debia atenderse al derecho de sucesion y no al de eleccion, mandando á dicho Wenceslao saliera del reino de Hungría bajo pena de excomunion, permitiéndole al propio tiempo alegar lo que creyera oportuno ante la Santa Sede.

En 1308, un incendio devoró parte de la basilica de San Juan de Letran. Solo respetó la capilla de *Sancta sanctorum*, donde estaban depositadas las cabezas de los apóstoles San Pedro y San Pablo (2).

El Santo Padre envió dos comisionados á Roma con una suma para empezar las reparaciones, y suplicó á los reyes de Sicilia y Nápoles concediesen las maderas necesarias para la restauracion de la basilica.

En 1309, el Santo Padre, pasando por Burdeos, Tolosa, Carcasona, Montpellier y Nimes, acompañado siempre de nueve cardenales, regresó á Aviñon, alojándose en el palacio de dominicos. Al salir de Poitiers habia declarado que trasladaba la Santa Sede á una ciudad afecta á la Iglesia romana, y cuatro años despues de su eleccion, estableció allí su residencia. Fi-

(1) Baluzio, tom. II, fól. 158.

(2) Estas reliquias existen hoy dia en el altar mayor de esta basilica, donde fueron trasportadas por Urbano V en 16 de abril de 1370: están encerradas en dos bustos de plata que pesan mas de 700 libras cada uno, adornados de diferentes piedras preciosas, debidos á la munificencia del rey Carlos V de Francia. Cada uno de dichos bustos tenia sobre el pecho una flor de lis adornada de diamantes, que por el trascurso de tantos acontecimientos han desaparecido.

jado en Aviñon desde últimos de marzo, época desde la cual data la fecha de la instalacion de los papas en dicha ciudad, el pontífice á efecto de satisfacer las súplicas del rey de Francia, repetidas en Lion y Poitiers con un encarnizamiento poco religioso, despues que Benedicto XI habia reconciliado á este príncipe con la Iglesia, el papa promulgó en pleno consistorio, que sería permitido á cualquiera el promover instancia contra la memoria de Bonifacio. Si Clemente V hubiera regresado á Italia, no se hubiera visto obligado á tales complacencias. Se nombraron tres cardenales para recibir las acusaciones. Al propio tiempo se enviaron otros á Roma, para recibir los testigos que quisieran presentarse como acusadores de Bonifacio. Vamos á ver el principio de un escándalo, del cual se ha ocupado mucho la historia. Guillermo de Nogaret, Guillermo de Plessis, Pedro de Gaillard y Pedro de Manosque, acompañados de un clérigo llamado Alaino de Lamballe, los cinco enviados por el rey de Francia, y seguramente enemigos obstinados de Bonifacio, redactaron una acusacion en forma de escritura pública y la remitieron á Clemente. Dichos documentos se encuentran hoy dia archivados en el Vaticano.

Al saber tal nueva, los reyes de Castilla y Aragon despatcharon embajadores á Aviñon, quejándose al Santo Padre del escándalo que podia cundir entre la cristiandad (1). Estos príncipes no podian permitir sin el mas vivo dolor y sentimiento, que el soberano Pontífice debiera ser acusado de heregía. Clemente preveyendo que por ningun estilo en nada perjudicaba esto á la Iglesia, porque la memoria de Bonifacio sería completamente justificada, y persuadido que no podria encontrarse heregía en una persona como Bonifacio, que habia confesado y reconocido la verdad católica, insistió en la continuacion del debate, y nombró en 1310 jueces criminales que debian examinar los testigos é instruir completamente el proceso.

Los calumniadores de Bonifacio y enemigos de la Iglesia, podian haber respondido que los testigos no declararían libremente por miedo; á este efecto el Santo Padre dió el permiso de que cualquiera podia presentar su acusacion á este tribunal,

(1) Novaes, IV, 67.

imponiendo la excomunion á todo el que impidiese el libre alvedrío declarar en esta causa.

El Papa habia nombrado doce defensores de Bonifacio, el primero de los cuales era Jaime de Módena. Los cardenales Riccardi y Petroni escribieron á favor del acusado. Un infinito número de teólogos y jurisconsultos de toda la cristiandad consagraron su pluma á la defensa de este litigio, el mas célebre de los tiempos pasados; y dos]caballeros catalanes (1), Carocci y Guillermo Deboli, pasaron á Aviñon y ofrecieron batirse en campo abierto para sostener la inocencia de Bonifacio.

¡Debieron pues venir extranjeros á Francia..... para defender la memoria del Pontífice que habia canonizado al inmortal S. Luis, abuelo del Rey acusador! (2) ¡O tiempo de ingratitud...!

Sin embargo, Felipe avergonzado de tal odio y demencia que le sobrecojia cuando se trataba de Bonifacio, permitió que Clemente terminase con su consejo de cardenales este juicio, sin esperar la deliberacion de un Concilio que debia convocarse en Viena.

En 1310, el Papa declaró á Bonifacio inocente de todas las acusaciones que se le habian dirigido, reconociéndole plenamente católico y en consecuencia verdadero pontífice. Fué sin duda una lisonja el declarar despues, que ninguna intervencion habia tenido el Rey de Francia en estas violencias ejercidas contra el Papa, y que Nogaret y Colonna habian obrado sin ninguna orden ni impulso del Rey. El Príncipe satisfizo á la cámara apostólica cien mil florines, en indemnizacion de los gastos ocasionados por tan difuso proceso.

En el mismo año el papa aprobó la eleccion de Enrique de Luxemburgo como á Rey de los Romanos, y bajo condicion de que este Príncipe iria á Roma para ser coronado emperador. Lo fué en efecto en 1312, pero no por manos del pontífice ni de las del cardenal de Ostia, á quien pertenecia este honor, sino

(1) Fanton, *Hist. de Aviñon*, lib. II, fól. 158.

(2) Véase anteriormente la bula de canonizacion dada por Bonifacio VIII. Véanse las felicitaciones y bendiciones dirigidas á la familia del santo Rey.

por las del cardenal de Sabina, enviado allá por órden de Clemente y que procedió á esta ceremonia acompañado de otros cuatro cardenales.

Habiendo el emperador marchado para hacerse coronar en Roma, encontró en Lausana á Balduino, arzobispo de Treveris y á Juan de Molans, canónigo de Toul, ambos delegados por el Papa. Prestó en sus manos el juramento que habia ya hecho por representacion en Aviñon, consistente en defender la fe católica, exterminar las herejías, no hacer alianza con los enemigos de la Iglesia, proteger al Papa y conservar los derechos de la Santa Sede. Renovó y confirmó las donaciones hechas á la Iglesia por Carlomagno, Luis el piadoso, Oton el grande, Enrique II y otros emperadores.

Llegado á Milan, el príncipe y su esposa fueron coronados por reyes de Lombardía el 6 de enero de 1311, por Gaston de la Torre, arzobispo de Milan, comisionado á este efecto por el Papa.

Es preciso confesar aquí para gloria de la corte de Aviñon, que apesar de algunos errores cometidos, los derechos del sόlio pontificio no hubieran sido conservados mejor en Roma mismo.

Desgraciadamente Enrique de Luxemburgo no sostuvo sus juramentos y murió en 1313, excomulgado por Clemente.

Una circunstancia que precedió á la muerte de Enrique nos hará conocer lo que habian llegado á ser las excomuniones; es preciso no considerarlas aquí mas que como armas políticas que no van á pertenecer exclusivamente al clero.

No encontrando Enrique de Luxemburgo un papa ni arzobispo pronto á secundar sus resentimientos contra Florencia, que no queria reconocerle, erigió un Tribunal imperial en Pisa, y emprendió el someter por fallos lo que se resistia á sus victorias. Quita á los Florentinos todos sus privilegios, franquicias y derecho de acuñar moneda; no reconoce al gefe que ellos habian nombrado, destituye sus jueces y notarios, manda borrar los actos de unos y las ordenanzas de otros, declara al Rey Roberto caido de su trono de Nápoles como reo de lesa majestad, *libra á sus súbditos del juramento de fidelidad*, y les prohíbe la obediencia á un príncipe que no es ya su Rey. Se alía luego con Federico, Rey de Sicilia, y vence á los genoveses,

que se arman contra Roberto. Estes olo podia defender á los Florentinos, rodeados por todas partes; se deciden estos republicanos, primero tan animados, á nombrarle *director, gobernador, protector y señor de Florencia*.

Así los que juzgan en el dia los hechos de aquel tiempo y profieren apasionadas palabras, como es costumbre cuando se trata de los papas, les vituperaran por haber pronunciado una excomunion, que es la separacion de la comunión, siendo así que un emperador podia excomulgar políticamente á sus enemigos, debilitar su poderío, y usurpar, á lo menos de palabra, un poder que entonces competia únicamente á la Iglesia!

Dejemos á las pasiones de los hombres agitarse infundadamente, y sigamos la esplicacion de los anales pontificios, que no podemos interrumpir por largo tiempo.

Los venecianos en 1310 habian ocupado la ciudad de Ferrara, perteneciente á la Santa Sede. Clemente fulminó contra ellos una bula de excomunion, y envió con un ejército al cardenal Arnaldo, quien batió á los venecianos y recobró la ciudad.

Los de Ferrara delegaron entonces una embajada al Santo Padre, la cual en un consistorio público, confesó que dicha ciudad de Ferrara era un feudo de la Iglesia, y que si los marqueses de Este la habian sometido á su jurisdiccion, habia sido por la fuerza y no por la justicia. Que oprimida por dicha casa de Este habia recurrido á los venecianos para recobrar su libertad, pero estos la redujeron á la mas espantosa miseria: y se reconoció por todo ello como fiel vasallo del Santo Padre.

Clemente publicó una bula, la cual patentizaba que Ferrara pertenecia á la Santa Sede desde Carlomagno, que habia libertado esta ciudad de la tiranía de Didier, rey de los Lombardos. Los venecianos pidieron entonces la absolucion de los daños que habian ocasionado á Ferrara, y fueron absueltos en 26 de enero de 1313.

Clemente que habia visitado toda la provincia de Venesino, la dió el nombre de condado. Mandó acuñar monedas de plata, en las que se intitulaba conde de aquel territorio, escogiendo un sitio proporcionado en el cual mandó construir un castillo: aquí es donde consultado casi de todas las partes de Europa,

firmó las decisiones pontificias necesarias para la buena administracion de la disciplina eclesiástica y defensa de los derechos de la Santa Sede.

En una segunda promocion de cardenales, Clemente no concedió la púrpura mas que á franceses, siendo en número de cinco. Los italianos se quejaron contra esta especie de prevaricacion.

El pontificado de Clemente se ha hecho célebre por el 15.º concilio general celebrado en Viena. Empezó en 11, y otros dicen el 16 de octubre de 1311, y concluyó despues de tres sesiones, el 6 de mayo de 1312. Concurrieron muchos cardenales, dos patriarcas, trescientos obispos, el Rey de Francia y sus tres hijos, que todos reinaron despues de él; Eduardo II, rey de Inglaterra, Jaime II, rey de Aragon, y muchos otros ilustres personajes. En este concilio se procuró reanimar la fe, debilitada por frecuentes heregías; reformar la disciplina eclesiástica; proporcionar socorros á la Tierra Santa, é instruir la causa de los Templarios, acusados por el Rey de Francia de muchos delitos, acerca los cuales queria el Papa esclarecer la verdad, mucho mas, cuando á él le parecian exageradas las acusaciones hechas contra estos religiosos.

Nueve caballeros franceses, al frente de quienes estaba Hugo de Paganis y Godofredo de Saint-Omer, instituyeron dicha órden en 1118, prestando ante el patriarca de Constantinopla los votos de caridad y obediencia. Debían defender de los atropellos de los sarracenos á los peregrinos que iban á visitar los Santos Lugares de Jerusalem, tomando el nombre de *Templarios*, por el monasterio que tenían cerca del templo de la Ciudad Santa. Estos religiosos, que prestaron grandes servicios en tiempo de las cruzadas, fueron enriquecidos por los cristianos; pero concluidas las guerras, perdieron su ordinaria ocupacion, y se entregaron á los vicios que produce naturalmente la ociosidad. Toda la órden fué acusada de cometer enormes delitos, entre otros el de renegar de Jesucristo y entregarse á la idolatría. Estos y otros excesos se encuentran detallados en Rainaldi, año 1308, número 5. En el concilio de Paris, reunido en 1310 por el arzobispo de Sens, cincuenta y cuatro de estos religiosos fueron condenados, despues de su confe-

sion, y quemados por orden de la justicia ó brazo secular. Condenáronse en seguida otros cuatro, y luego nueve, acusados de los mismos crímenes, en el concilio de Senlis, pero en los de Maguncia, Treveris y Rávena en el mismo año, fueron declarados inocentes. Debe confesarse, que el proceso de dichos caballeros en el estado en que se encuentra hoy día, no deja de ser un problema de los mas difíciles que se presentan en la historia eclesiástica. Es posible que sus riquezas unidas á muchos otros vicios particulares, y á una vanidad que les hacia odiosos, haya sido su único y verdadero delito. Es preciso observar el fogoso ataque del rey Felipe, su enemigo mortal. Ellos habian sido casi los motores de una revolucion cuando este príncipe quiso aumentar el valor de la moneda y elevarla á dos tercios, ó mas, de su valor real. Seguramenté fué por este motivo, que el príncipe ordenó su arresto en 13 de octubre de 1307.

Sea como fuere, se llamaron á declaracion dos mil testigos. Ciento cuarenta de los caballeros detenidos confesaron, solo tres persistieron en la negativa. El concilio celebrado en 3 abril de 1312, y en su segunda sesion, condenó á los mismos. El Papa ya en 22 de marzo, y en consistorio secreto, les habia tambien abolido, mas por vía de precaucion que no para condenarles. Sus inmensas riquezas, exceptuando los bienes situados en Castilla, Aragon y Portugal, se concedieron á los caballeros de S. Juan de Jerusalem, llamados hoy día de Malta. Los bienes muebles fueron casi todos concedidos al rey Felipe. Acerca de este punto puede verse la obra de Pedro Dupuy, impresa en Bruselas, 1741, y los detallados pasages donde Bercastel trata esta cuestion bastante intrincada.

En la actualidad se habla de estos terribles acontecimientos solo con mucha circunspeccion, desde que Bossuet ha pronunciado estas palabras terribles: «Los Templarios confesaron en los tormentos: negaron en los suplicios.» Todos los fallos dados en juicios instruidos con el tormento, debe examinarlos la sociedad, en su dia, con mucha circunspeccion. Feller dice á este propósito: (1) «Clemente secundó á Felipe el Hermoso para ex-

(1) Feller, II, 280.

terminar la órden de los Templarios. Se conocen los diversos juicios que han formado los historiadores de esta abolicion; lo que parece cierto, es que el Papa y el Rey obraron con notoria injusticia, á lo menos en la manera de proceder.» Lo mas probable parece, que si el Papa se hubiese encontrado en Italia, pudiera haber tenido lugar la sentencia de los Templarios pero se hubiera verificado con otras formas, miramiento y un espíritu de justicia mas imparcial; y no habria empezado el juicio por el tormento y con suplicios preliminares, mas afrentosos que la muerte misma, que se pronunció en definitiva cuando se creyó haber *Visto suficientemente la causa*, es decir, haber arrancado los gritos del dolor.

Añadiremos otra reflexion. En la política *malvada, pérfida y perversa* sucede alguna vez que, para obtener un resultado al cual se oponen grandes obstáculos y un ánimo generoso y sincero, se mezcla con los negocios otra reclamacion inventada por la necesidad de la primera acusacion, y entonces se acepta cómodamente, si los resultados se ven seguros. Por ejemplo, aquí los consejeros de Felipe el Hermoso pidieron mas bien las propiedades que la vida de los Templarios; luego mezclaron al negocio de dichas propiedades, ya tan bajo, la demanda de una condena contra Bonifacio VIII. ¿Podia un Papa concederla? Nó: bien sé que no podia ni una ni otros; pero, en fin, aconteció que los consejeros abandonaron la segunda acusacion, estando prontos á empezarla si la primera hubiese sido rehusada. Aquellos tiempos no enseñarian nada á todos los pícaros de la actualidad, á quienes se ha acusado de ser tan perversos. Aquí bien léjos de mostrarme *laudator temporis acti, elogiador del tiempo pasado*, creo que á nadie en el dia le ha ocurrido un pensamiento mas vil que el que acudió al que ha pedido y obtenido los bienes de los Templarios á los cuales se les habria dejado sin duda la vida, si no se hubiese sabido ya en el siglo xiv que *solo los muertos no vuelven*.

El concilio de Viena condenó á Juan de Oliva; era este un franciscano apóstata, natural de Beziers. Pretendia que la vida evangélica consistia en lo siguiente: que es preciso no poseer cosa alguna, nada, ni aun en comunidad, y que todos los clérigos seculares y regulares que de tal modo poseen, están en pecado.

El concilio condenó á los *fraticelli* ó *bizochi*. Estos hereges, corruptores de viudas, matronas y vírgenes, las atrían con fingida devoción, á sacrificios nocturnos. Tenían por gefes, en 1294, á dos franciscanos apóstatas, llamados Pedro de Maserata y Pedro de Fossombrone. Entre otros errores, sostenían el de que el Papa ninguna autoridad tenía para interpretar la regla de San Francisco; que únicamente ellos formaban la verdadera Iglesia; que nadie, excepto ellos, podía llamarse Papa ni obispo; que las iglesias y eclesiásticos nada podían adquirir ni poseer en propiedad.

Condenó también á los *dolcinistas*, creados en 1305 por Dolcino de Novara, discípulo de Gerardo Segarelli, parmesano. Bajo un exterior religioso y compungido, autorizaban las más abominables orgías, y pretendían que su doctrina era la tercera ley que perfeccionaba la de Jesucristo.

Los *begardos* ó *beguinos* fueron también condenados. Sus crímenes eran tales, que la prudencia no permite á Clemente el referirlos en la bula de condenación. Estos hereges habían tomado por nombre el de una sociedad de señoras devotas, instituida en los Países Bajos, en donde se ha conservado hasta el día con una general edificación. Ellas no vinieron comprendidas en la sentencia del concilio de Viena, que las exceptuó expresamente.

La fiesta del Santo Sacramento, instituida por Urbano IV, se generalizó en este concilio para toda la cristiandad, é igualmente fueron confirmadas las leyes de Gregorio X, acerca de la elección de los Papas.

En 5 de marzo de 1313, Clemente canonizó á Celestino V. Poco tiempo después, las noticias de Italia eran muy aflictivas. Los güelfos y gibelinos seguían en cruda guerra.

Quiso el Papa partir para Burdeos, esperando que el viage restablecería su salud; pero puesto en camino, no pudo continuarlo, y murió á los 20 de abril de 1314, el mismo día en que dos años antes el gran maestro de los Templarios había sido quemado; en dicho año murió el rey Felipe á los 29 de noviembre.

Clemente gobernó la Iglesia ocho años, diez meses y quince días: fué enterrado en Carpentras, y de allí trasportado cerca de Bazas, en Gascuña.

El s6lio pontificio estuvo vacante dos a6os, cinco meses y diez y siete dias.

Platino no se toma inter6s por los Templarios. El Papa *templarios sustulit in m6ximos errores prolapsos, qui Christum scilicet abnegabant, eorumque bona Hyerosolymitanis militibus addixit*: «El Papa aboli6 6 los Templarios por haber incurrido en los mas grandes errores; negaban 6 Jesucristo; y por ello di6 sus bienes 6 los religiosos de la 6rden de Jerusalem.» Renegar de Jesucristo es mas que un error, es una horrible impiedad. La elegancia latina es un grande m6rito cuando se escribe en la lengua de Suetonio, que ha empleado la palabra *sustulit*, 6 prop6sito del cr6men de Neron contra su madre; pero aquella elegancia no dispensa de este *cuidado de espresiones, estudio de gradacion, verdad de l6gica*, en fin, de esta *piEDAD de palabras* en las cuestiones religiosas, que los antiguos poseian tan bien y 6 su manera, y de lo cual nos han dejado muy elegantes ejemplos.

196. Juan XXII. 1316.

Juan XXII se llamaba antes Jaime de Euse; naci6 en Cahors, de Armando de Euse, que San Antonino cree haber sido zapatero de viejo. Villani asegura haber sido posadero; pero Alberto de Strasburgo, autor de aquel tiempo, sostiene haber pertenecido 6 una familia noble, lo que parece mas verdadero, pues Alberto habia sido enviado 6 Avignon por el obispo de Strasburgo en el tiempo de Benedicto XI. Sea lo que se quiera de este nuevo 6rigen, que Baluzio no desmiente Jaime, desde el obispado de Frejus, habia sido trasladado 6 Avignon por Clemente V, que en 1312 le hizo cardenal obispo de Porto.

Despues de la muerte de Clemente V, veinte y tres cardenales, seis italianos y diez y siete franceses, se reunieron en c6nclave en el palacio del obispo de Carpentras. En su mayor parte no estaban decididos 6 nombrar un cardenal de la Gas-

cuña, como pretendian algunos cardenales de esta provincia. Entonces los parientes de Clemente V, tal como se ha dicho, enojados por la insuficiencia de los escrutinios y por los calores de la estacion, pusieron fuego al cónclave; los electores se vieron entonces obligados á salir por una abertura hecha apresuradamente en una de las paredes del palacio. Aconteció este hecho en 23 de julio de 1313, despues de tres meses que estaban reunidos. Los habitantes de Carpentras se habian alborotado por este motivo; la servidumbre de los cardenales se habia demostrado exigente hácia los mismos que se resistian á inconsideradas demandas. Dispersados los cardenales tardaron en reunirse, y durante este tiempo la Iglesia se debilitaba en una vergonzosa anarquía.

Felipe, conde de Poitiers, hermano del rey Luis X, á quien sucedió, obligó á los cardenales á regresar al cónclave á los 23 de junio de 1316, habiéndose preparado á este objeto el convento de los Dominicos de Lion. Cuarenta dias despues dejando á un lado dos cardenales, que habian obtenido cada uno la mitad de votos, los electores nombraron papa á Jaime de Euse, que tomó el nombre de Juan XXII.

Fué coronado en dicha ciudad á los 5 de setiembre de dicho año, por el cardenal Napoleon Orsini, primer diácono, el mismo que habia colocado la tiara á Benedicto XI y á Clemente V. Juan XXII declaró que queria fijar su residencia en Avignon, partiendo para dicha ciudad, á donde llegó, el 2 de octubre, por el Rhodano.

Se ha dicho que los cardenales, no pudiendo entenderse, habian, por compromiso, encargado á Jaime de Euse nombrar papa, y que él dijo: *Ego sum papa*. Esta fábula no está admitida por ningun escritor; al contrario, Jaime fué nombrado por unanimidad; por otra parte, era preciso decir: *Nos sumus papa*. Los mentirosos son siempre poco diestros.

En 17 de diciembre nombró ocho cardenales, siete franceses y uno italiano; tal lucha, al igual de la que habia sucedido en el reinado precedente, produjo desfavorable impresion hasta en los mismos habitantes de Avignon. Entre los cardenales franceses se encontraba Jaime de Voyè, natural de Cahors, hijo de una hermana del pontífice. El italiano se llamaba Gaetano Orsini.

El rey de Inglaterra, Eduardo II, envió cerca de Juan XXII dos embajadores para excusarse de no haber pagado la pensión prometida por el rey Juan, su predecesor, al papa Inocencio III. Dicha pensión, hacia ya veinte y cuatro años que no había sido satisfecha, apoyándose los embajadores en haberse agotado el real erario por la necesidad de pagar los gastos de la guerra, remitiendo al papa mil marcos por la pensión de un año, y prometiendo en otros seis el atraso reclamado por la corte romana.

Jaime de Aragon espidió también dos embajadores encargados de prestar juramento de fidelidad en nombre de este príncipe, rey y tributario de los reinos de Cerdeña y Córcega, «en calidad de gonfalonero (1), almirante y capitán general de la iglesia romana.» Todos estos títulos se encuentran continuados en una carta conservada en el castillo de San Angelo.

Felipe el Largo, hermano de Luis X el *Revoltozo*, habiendo sido coronado rey de Francia, escribió en seguida al Papa prometiéndole estar siempre pronto al servicio de la Iglesia, lo cual le agradeció el Papa afectuosamente, y en una carta secreta, pero que ha sido divulgada, le exorta á no hablar durante los divinos oficios, á revestirse como lo habían hecho sus antecesores de una larga capa, á abstenerse de permitir que los tribunales trabajasen los días festivos, á leer por sí mismo las cartas del Papa, de los reyes y príncipes, y á rasgarlas en seguida, á menos que se apresurase á guardarlas en un lugar seguro. Si el rey siguiera tales consejos hubiera evitado grandes peligros. Hé aquí consejos singulares: es bien seguro que el rey debía merecerlos.

En esta época se levantaron en la corte de Dionisio, rey de Portugal, disensiones domésticas, y el Papa tuvo la satisfacción de apaciguarlas.

En 7 de abril de 1317, canonizó al hijo de Carlos II, San Luis, obispo de Tolosa, que había sido su discípulo, y erigió dicha silla en arzobispado. Juan fundó por sí solo muchos obispados en Francia: contándose *Montauban*, *Rieux*, *Riez*, *Lombes*, *San Papoul*, *Lavaur* y *Mirepoix*, sufragáneos todos de Tolosa;

(1) Porta-estandarte. (Nota del traductor).

luego Limoux que fué trasladado á Aleth, San-Pons cerca de Narbona, Castres separado de Albi; Condom que era una abadía como la de Tulle; Périgueux, separado de Sarlat, Saint-Flour, Vabres, Maillezais y Luzon.

Viendo Juan que en el reino de Aragon no habia otro arzobispado que el de Tarragona, erigió en metrópoli la catedral de Zaragoza. San Buenaventura, en el capítulo general celebrado en 1263 en Pisa, estableció, cuando él era general de la órden de Menores, que estos religiosos, al ponerse el sol, exortaran á los fieles, á son de campana, á saludar con tres *Ave-Marias* á la Santísima Virgen; pues él creia que á esta misma hora habia tenido lugar la visita del ángel. La iglesia de Saintes, en Francia, adoptó esta costumbre, que Juan XXII confirmó en una bula de 13 de octubre de 1318, y luego en otra de 7 de mayo de 1327, se concedieron diez dias de indulgencia á los que rezasen por tres veces y de rodillas dicha salutacion, mandándose tambien al vicario pontificio, residente en Roma, que prescribiera dicha costumbre y concediera las mismas indulgencias.

El rey de Portugal, Dionisio, habia fundado la órden militar de Jesucristo para reprimir en este reino el pillage de los sarracenos, lo que confirmó Juan en marzo de 1319, nombrando para primer gran maestre á Gil Martins, que lo era ya tambien de la órden de *Avis*.

Los pontífices tomaban parte en todos los negocios políticos. No será inútil probar que los entendian perfectamente ocupándose de los mismos con celo, y que, en caso de necesidad, sabian probar tenian conocimiento de las negociaciones del mundo entero.

Felipe el Largo estaba dispuesto á cumplir el voto que habia hecho de pasar á la Tierra Santa, cuando invitóle Juan á diferir todavía este viage, apoyándose en las razones que vamos á exponer: «La paz, que seria necesaria para tal empresa, casi no existe en la cristiandad; la Inglaterra y la Escocia están enconadas la una contra la otra; los príncipes de Alemania se hacen mutuamente la guerra; los reyes de Sicilia y de Trinacria solo tienen extipulada una corta tregua, y no se encuentran dispuestos á la paz; los reyes de Chipre y de Arme-

nia están continuamente recelando y desconfiando el uno del otro; los de España están bastante ocupados en guardar sus fronteras contra el reino de Granada; las ciudades de Lombardía se levantan las unas contra las otras, están divididas interiormente y llenas de rencores y maquinaciones, y el país está sometido á tiranos que persiguen por medio de fuego y de hierro á los que rehusan obedecerles. Génova, esta ciudad tan célebre y cómoda para pasar de parte á parte el mar, se ha perdido ella misma por estas divisiones, y está destituida de todo socorro. El mar es impracticable en aquellos parages; por tierra los caminos no están seguros, finalmente todos estos países son mas capaces de perjudicar que de ayudar á la empresa. Considerad el miserable estado de los hospitalarios, cuya órden esta casi arruinada; pues debe solo á dos compañías mas de 360,000 florines (1). Sin embargo, se habia juzgado que esta órden era la que podia prestar mayores socorros.»

Difirióse la cruzada: debemos confesar que entre los nuncios de Juan se ven hombres hábiles y celosos, pues le instruian perfectamente del estado de las cosas del mundo católico.

Juan tenia mucha afeccion por la órden de san Agustin, á la que habia pertenecido, y en prueba de gratitud le confirió tres cargos en la iglesia romana, cuales eran: el de *sagrista*, *bibliotecario* y *confesor del papa*. Gozaron de estas prebendas hasta 1472; entonces Sixto IV, que habia fundado la biblioteca vaticana, distribuyó estos empleos removiendo á los agustinos. Bajo Alejandro IV volvieron estos á obtener la dignidad de *sagrista*, que les fué concedida perpetuamente y que todavia disfrutaban, siendo distribuidos los otros dos cargos á gusto de los pontífices.

En 1320, no habiendo punto en Europa que no fuese asolado por la guerra, procuró el Santo Padre, en cuanto estuvo de

(1) Y los inmensos bienes de los Templarios, de los cuales una gran porcion debia haber sido distribuida á los hospitalarios, ¿qué se hicieron? Con frecuencia en lo mas recóndito de la historia, se encuentra la esplicacion de esta horrorosa iniquidad dejada en la oscuridad. ¡La *concesion*, pues, no habia sido respetada!

su parte, conciliar los ánimos, pensando como sus predecesores que esta era la misión más bella de un pontífice. Al propio tiempo aconsejó no molestar á los cristianos, y volver las huestes contra los enemigos de Cristo, en Siria.

En 1320, promovió á siete cardenales franceses, los cuales eran todos hombres distinguidos por su ciencia y piedad. Se creyó haber hecho algo para la Italia nombrando cardenal á Raimundo Rufo, oriundo de Nápoles é hijo de Cahors. Mas que nunca se creía que el sacro colegio en lo sucesivo solo se compondría de personajes franceses. Esto podía ser un grande honor para la Francia; pero también un gran mal para la cristiandad.

Un teólogo de París, llamado Juan, afirmaba que era preciso repetir á su propio cura la confesión hecha á los religiosos; en vista de lo cual el Papa no podía permitir que los fieles por la Pascua se confesaran con otro que con el encargado de la cura de almas. El Pontífice mandó á este espíritu turbulento el defender su doctrina en un consistorio, en donde se le convenció de su error, y retractándose de su creencia, demostró en seguida una obediencia ejemplar.

Un negocio de alto interés llamó en este momento toda la atención del padre de la cristiandad, y del jefe supremo de todas las órdenes de caballería fundadas para procurar la libertad de la Tierra Santa. Este había recibido quejas contra los caballeros teutónicos. Juan XXII les escribió á este objeto una carta, donde en primer lugar decía: «*Gedemius* duque de Lituania nos ha hecho saber, por medio de cartas y embajadores, que desea abrazar la religión cristiana, rogándonos le enviemos personas capaces para instruirle y bautizarle. Hemos recibido esta demanda con grande alegría, esperando que su conversión atraerá la de muchos paganos de aquel país.»

La carta de este príncipe contenía además quejas contra los caballeros teutónicos. Mindauf, su predecesor, que vivía en 1255, se había convertido á la fe cristiana con todos sus súbditos; «pero ellos han vuelto á la idolatría á consecuencia de los insultos y violencias de los caballeros teutónicos. Alejandro los misioneros, tanto religiosos como seculares que vienen á

procurar la conversion de los infieles, rehusándoles toda proteccion al pasar por sus tierras. Léjos de favorecer á los nuevos cristianos para atraer á otros paganos á la fe, les reducen á una insoportable servidumbre. Oprimen tambien á los eclesiásticos, maltratándoles hasta matarles; despojan las iglesias, derribándolas ó quemándolas, y despues de haber tratado de tal modo á los eclesiásticos, les obligan, con amenazas ó prision, á que les perdonen sus injurias. Han intrigado para debilitar en el país la autoridad de la Santa Sede, é impiden el ir á la corte de Roma. Usurpan los derechos del arzobispo de Riga y de su iglesia; roban á los ciudadanos; cierran el puerto y privan con ello la libertad del comercio. En fin, cuando alguno de sus compañeros está herido por los enemigos, le acaban de matar.»

Los caballeros teutónicos eran ricos, y abusaron probablemente de sus riquezas; pero es difícil no encontrar exageracion en estas quejas; la corte de Avignon, ha creído tal vez, demasiado estas denuncias; sin embargo, tenia ella razon en redoblar continuamente la vigilancia.

Para concluir la famosa cuestion suscitada en 1322 entre los dominicos y los hermanos menores, sobre la pobreza de Jesucristo y de los Apóstoles, Juan declaró, en 1323, que la constitucion con la cual Nicolas III habia concedido á los menores el uso de las cosas cuyo dominio reservaba á la iglesia romana, constitucion descifrada luego y confirmada por Clemente V, no debia entenderse de cosas que se consumen por el uso. El papa añadió que los que afirmasen que Jesucristo y los Apóstoles no poseian nada en comun ni en particular, serian tenidos por hereges. En 1324, condenó á los que se atreviesen á contradecir su decision.

Ante una determinacion tan solemne, Vital y Bertran de la Tour, cardenales franciscanos y algunos obispos de la misma órden, obedecieron inmediatamente. Habian compuesto diversas obras para examinar esta controversia; pero hubo un opositor, que fué Miguel de Césene, tambien de la órden de menores, siendo luego condenado unánimemente, tanto por sus propios hermanos, como por sus alumnos. Todos habian abra-

zado este partido para agradar á Luis de Baviera en su célebre discusion con el papa Juan (1).

He aquí la causa de esta discusion. Habiendo muerto el emperador Enrique en 2 de agosto de 1314, los electores del imperio se reunieron el año siguiente para nombrar un sucesor. Eligieron unos á Luis de Baviera, y otros á Federico, hijo de Alberto de Austria. Sostenia cada uno sus pretensiones á fuerza de armas. El Santo-Padre, viendo que el Bávaro se hacia tratar como emperador, cuando debia esperar la confirmacion pontificia, le instó á reconocer que era preciso que la causa de la eleccion fuese llevado ante la Santa Sede: los dos competidores fueron citados é invitados á esponer las razones sobre las cuales apoyaban sus derechos á la corona imperial. Luis no quiso someterse á este juicio, y además en algunas circunstancias defendió á los que estaban condenados por heregía. Juan ordenó que nadie se comunicase con los que protegian á Luis en todo lo concerniente al imperio.

El Bávaro apeló al papa mejor informado, y á un concilio general: entonces el Santo Padre privó al príncipe de todos sus derechos, y le excomulgó como á protector de los hereges *fraticelli* (véase mas arriba). Luis sedujo á escritores que, vendidos á sus pasiones, compusieron obras en las que pretendian que Juan no era verdadero pontífice. El 20 de octubre de 1327, Juan escomulgó aun á Luis por tener una corte compuesta de hereges cismáticos y apóstatas. Este declaró que se iba á Roma, donde los sediciosos prometian ayudarle. Algunos romanos mas fieles habian llamado al papa á Roma; pero él estaba enfermo y era octogenario. No se atrevió á emprender este viage.

Llegado Luis á Roma, se hizo coronar rey de los romanos en la basilica vaticana por Jaime Alberto, obispo de Venecia, y Gerardo Orlandini, agustino, obispo de Aléria, ambos de puestas y excomulgados anteriormente.

Entonces Luis dió el mas escandaloso ejemplo de olvido de sus deberes cristianos. Se hizo dar cuenta de las acusaciones que existian contra el Papa; le degradó del pontificado, y le

(1) Novaes, IV, 95.

condenó á ser *quemado vivo* como herege y reo del crimen de lesa-majestad, por haber usurpado los derechos del emperador, y nombrado vicarios del imperio en Italia. Luis concedió pleno poder al brazo secular para castigar á Juan, é hizo elegir un antipapa, nombrado Nicolas, del cual mas tarde nos ocuparemos.

El Santo Padre, despues de haber ordenado rogativas públicas para la extincion del cisma, condenó de nuevo al Bávaro y excomulgó al antipapa, así como tambien á todos los que habian asistido á su eleccion.

Luis continuó sus violencias : llamaba al papa Juan de Cahors, y le daba tambien, por burla, el título del *presbítero Juan*.

Apesar de todo, el pontífice no olvidaba ninguno de sus deberes; canonizó al grande Santo Tomas de Aquino, gloria inmortal de la ilustre orden de predicadores, muerto á la edad de 49 años, en 1274, como ya lo hemos dicho, en el monasterio cisterciense de Fossa-Nuova, diócesis de Terracina, mientras que iba de Nápoles á Lion. Mas tarde san Pio V, de la orden de dominicos, con una bula de 11 de abril de 1567, declaró á santo Tomas el quinto de los santos doctores de la iglesia.

De otra parte, se quiso poner nuevos estorbos al Papa, pues como á doctor privado y no como á doctor universal, habia parecido creer que las almas purgadas de todo delito y entradas en el cielo, no gozaban de la vista de Dios antes del juicio final. Cuando el Papa creyó que iba á morir, declaró, en presencia de los cardenales, que las almas purgadas gozaban en seguida de la vista de Dios; protestó no habia ideado nada contrario á la fe, y que si habia arriesgado alguna proposicion contraria á las santas doctrinas, se retractaba formalmente de ella. Desgraciadamente, el acta redactada por su orden á este objeto no pudo concluirse con regularidad á causa de la muerte del pontífice. Entonces, el sucesor de Juan, para replicar á sus calumniadores, publicó una bula, en 26 de enero de 1336, en donde demostró la doctrina que Juan habia reconocido de todo corazon antes de morir, es decir, que las almas, una vez purgadas del pecado, gozaban inmediatamente de la vista intuitiva de Dios. La propia bula prohibe enseñar lo contrario bajo pena de excomunion.

En la promoción de cardenales de 1331, Juan había concedido la púrpura á Talleyrand de Perigord, noble francés de los condes de este nombre, y pariente de casi todos los príncipes de Francia. Era obispo de Limoges en 1324; en 1328 fué trasladado á Auxerre; luego, por súplica del rey Felipe IV, fué creado cardenal presbítero con el título de *san Pietro in vincoli*, y despues obispo de Albano. Acusado mas tarde por Luis de Hungría de haberse inmiscuido en los negocios relativos á la sucesion del rey de Nápoles, Talleyrand fué declarado inocente. Nombrado, en 1356, para restablecer la paz entre el rey de Inglaterra y el de Francia, Talleyrand vióse obligado á salir de este reino. Elegido mas tarde *legado á latere* en Tierra Santa, falleció antes de partir. Era éste, dice Novaes, (4.^o, 104), un cardenal de grande autoridad; habia fundado en Tolosa el colegio Perigord, y en Perigueux la famosa cartuja de Vauclair (*valle Chiara*).

Debemos tributar aquí una merecida justicia á Juan XXII: habia resuelto trasladar el sólio pontificio de Aviñon á Bolonia, tal como lo prometia con frecuencia al cardenal Napoleon Orsini; pero hubo impedimento. Se persuadió á Juan de que antes de su partida, debia estar seguro de que Felipe de Valois habia marchado definitivamente para Tierra Santa. Habiéndolo Felipe diferido, Juan no pudo realizar su proyecto, tanto mas honroso, en cuanto la avanzada edad del mismo hacia peligroso este viage, y podia creerse que no le seria permitido llevarlo á cabo. (Este Papa habia nacido hácia 1244).

En 1334, el Papa reformó, y no instituyó, como han sentado algunos autores, el tribunal de la Rota, así llamado porque cada uno ejerce su oficio por turno ó rota. Los miembros de este tribunal eran catorce; Sixto IV los redujo á doce; de los cuales tres son romanos, y los otros nueve pertenecian á las siguientes naciones: Alemania, Francia, Castilla, Aragon, Venecia, Milan, Florencia y Perugia alternativamente, y por último Bolonia y Ferrara.

Se atribuye á Juan XXII la bula llamada *Sabatina*, que empieza así: *Sacratissimo uti culmine*, que contiene indulgencias concedidas á los carmelitas y á sus aliados; pero esta es ya cosa decidida como lo han probado diversos críticos (véase Pape-

brock y Natal Alejandro). Hablaremos de esta bula en el reinado de Paulo V..

Juan XXII no retrocedía ante las más difíciles empresas; habiá pacificado la Inglaterra, socorrido al rey de Mallorca contra los sarracenos, y enviado misioneros para predicar la fe á los infieles. La Iglesia oriental procuraba triunfar de los turcos, y en una liga que se hizo contra ellos, entraron los reyes de Francia, Sicilia, Chipre, Armenia y el emperador Andrónico: los venecianos prometieron también socorros. Todos los príncipes habían oído con respeto las exortaciones de Juan; pero un alboroto de los de Bolonia acababa de excitar vivamente su dolor, conduciéndole al sepulcro en 4 de diciembre de 1334. Se asegura que contaba la edad de 90 años. Por la mañana, después de haber oído la misa y comulgado, se sintió más débil que de costumbre, llamó á seis cardenales, les recomendó la Iglesia, añadió algunas palabras acerca de sus parientes á quienes había dado la púrpura, pero á quienes dejaba sumidos en la mayor pobreza.

«Dice Novaes, que Juan tenía una grande constancia en sus empresas; era de estatura baja, pero había adquirido una vasta ciencia (1); su espíritu era profundo y sagaz, su corazón magnánimo y su prudencia consumada. Era elocuente, sóbrio, frugal, modesto, justo, vivo á pesar de su edad avanzada, fácil en irritarse, pero su cólera duraba poco; de repente y en medio de algunos excesos de petulancia, se serenaba su rostro, y se reía de su propia agitación cuando le había pasado.»

Cuando en 1759, se trasportó su mausóleo á otro punto de la catedral, se encontró su cuerpo intacto. Se dice que dejó en las arcas 25 millones de florines de oro, 18 en efectivo y 7 en vajilla de oro, plata y joyas. Novaes cree que hay alguna exageración en el relato de este tesoro, descrito por Villoni, que sabemos tenía muy pocas simpatías por los papas franceses. La Santa Sede estuvo vacante 15 días. Pedro de Corbario, que nosotros llamamos Corbiere, y que fué antipapa con Juan XXII, había sido religioso franciscano durante 40 años en el conven-

(1) Novaes, IV, 110.

to de Araceli; obtuvo el favor de Luis de Baviera, y aunque, como *fraticello*, debía desdeñar los honores, se hacia seguir por un pomposo acompañamiento. Para conservar esta magnificencia vendió los vasos sagrados, las dignidades, los privilegios, y anuló mediante dinero, las concesiones hechas por el verdadero pontífice. Abandonado de todos fué á Aviñon para pedir perdon á Juan. Este le trató con bondad, pero no le concedió una libertad de la cual pudiera abusar. Corbiere vivió 3 años y un mes bajo una continua vigilancia, y murió en setiembre de 1333. Fué sepultado en la iglesia de los hermanos menores, con su hábito y honores convenientes.

Durante este reinado, Helyon de Villeneuve fué nombrado gran maestre de los hospitalarios en un capítulo reunido en presencia del Papa en Aviñon. Folco d. Villaret, anterior gran maestre y conquistador de la isla de Rodas en 1310, habia recibido de la corte romana la confidencia de un gran secreto. Se queria en los consejos pontificios que, para evitar el fin de los templarios, los hospitalarios llegasen á ser soberanos de un punto cualquiera, desde donde pudiesen continuar protegiendo la Tierra Santa. Pero Folco habia mirado mas por sus propios intereses que por los de la orden seguramente, y además por un fátuo orgullo habia excitado una rebelion. Pensó el Pontífice que Helyon seria á la vez un depositario mas fiel de este secreto, y un hospitalario dispuesto á no amar ni á respetar mas que á sus hermanos, sin querer avasallarles, lo que en efecto logró.

199. Benedicto XII. 1334.

Benedicto XII, llamado antes Fournier, y por renombre *el Nuevo*, era hijo de un molinero llamado Guillermo, sobrino por parte de madre del pontífice Juan XXII y natural de Saverdun, cerca de Tolosa.

Despues de haber abrazado el estado eclesiástico en la abadía de Bolbone, de la orden cisteciense, fué á estudiar en

Paris, en donde, siendo bachiller, se le eligió abad de Fontfroide, de dicha orden. Fué obispo de Pamiers durante nueve años; luego, de Mirepoix veinte y dos meses, y finalmente, presbítero cardenal de santa Prisca. Fué á Juan XXII á quien debió este honor en 1327; era llamado el *Cardenal blanco*, por haber sido cisterciense y no carmelita, como han sentido algunos autores refutados por Baluzio.

En 13 de diciembre de 1334, se reunieron en Aviñon veinte y cuatro cardenales en cónclave, bajo la presidencia del conde Monasi, senescal de Roberto, rey de Nápoles, soberano de Aviñon y del condado de Noailles, mariscal de la corte romana y gobernador del condado venesino. Se ofreció entonces el pontificado al cardenal Juan de Cominges, bajo condicion de que no volviese á Roma. Respondió que semejante pacto era perjudicial á la Iglesia, y que preferia verse despojado de la capa roja, antes que obtener el pontificado con tan indignas condiciones. Añadió, que con semejantes proposiciones se prolongaba el peligro de la Iglesia, que se encontraba fuera de su legítimo y natural puesto. Entonces se empezó á hablar indirectamente del *Cardenal blanco*, el menos apreciado del Sacro Colegio. Poco á poco formalizaron los cardenales esta idea, y siendo de parecer Cominges que se le dieran todos los votos, en seguida y sin escrutinio fué nombrado por unanimidad el *Cardenal blanco*.

Todos los que concurrieron á este voto sin escrutinio, se admiraron ellos mismos. Pero nadie quedó tan admirado como Jaime Fournier que les dijo: «Qué habeis hecho hermanos míos? Entre todos habeis elegido al mas indigno.» Se insistió, y aceptó la tiara, tomando el nombre de Benedicto en honor del patriarca de dicho nombre, cuya regla habia seguido durante muchos años, siendo coronado el 8 de enero de 1335 en el convento de dominicos por el cardenal Napoleon Orsini, quien, como hemos visto, habia ya coronado á los dos papas precedentes.

Al dia siguiente, dirigió Benedicto un breve á todos los obispos y príncipes cristianos, excepto á Luis de Baviera, excomulgado por su antecesor, y á Federico, rey de Sicilia, que rehusaba prestar homenaje por este reino.

Los cardenales eran pobres; Benedicto les dió 120.000 florines de oro, para que pudieran atender á sus necesidades. Concedió tambien 50.000 para reparar los templos y palacios ruinosos de Roma.

Se ocupó asiduamente en buscar los medios para destruir la simonía que continuaba en sus invasiones; en establecer una saludable reforma en las órdenes religiosas, y en proveer á las Iglesias de dignos pastores. Deseaba que el sacerdocio solo se confiriera á hombres de prudencia, bondad, é *instruccion*, diciendo que él no quería *hacer expléndido el lodo*. Mandó á los obispos y abades que estaban en Aviñon, que regresaran á su residencia. Quitó la costumbre de Clemente V y de Juan XXII, que consistia en dar en encomienda los beneficios, exceptuando únicamente á los cardenales y patriarcas de oriente, pues no habia otro medio. Deseando el mayor arreglo, suprimió las *expectativas*, por las cuales se concedian los beneficios antes de ser vacantes. La Francia, la Inglaterra y la Alemania estaban inundadas de estos ilícitos favores.

Reformó la Cancillería, estableciendo reglas que todavía subsisten. Benedicto habia proyectado trasladarse á Roma, pues en este propósito le animaban los mismos sentimientos del cardenal de Cominges: los romanos suplicaban, por embajadores, al nuevo Pontífice que efectuase su pronto regreso; pero algunos cardenales, acostumbrados ya al aire de Provenza, no participaron de iguales deseos, y bajo pretexto de que los de Bolonia, invitados á recibir antes al Papa y á su cortejo, no dirijian mas que contestaciones dilatorias, persuadieron dichos cardenales á Benedicto hiciera construir en Aviñon un palacio pontificio en el mismo terreno donde estaba el antiguo, que se hubiera entonces derribado.

En esta época, Alfonso rey de Aragon y el rey Roberto prestaron fe y homenaje, y pagaron la pension convenida. Por el propio tiempo, sabiendo el papa que hombres escogidos por los peregrinos para explicar á un confesor el número de sus faltas, habian sido sacrílegos y divulgado la confesion, ordenó que fuesen castigados estos perversos, y desde aquella fecha se estableció que los penitenciaros fuesen de distintas naciones y hablasen los idiomas mas conocidos.

Luis de Baviera acabó por arrepentirse de sus faltas contra la Santa Sede. Benedicto conociendo su arrepentimiento le animó en él; pero imprudentes alianzas hechas por este príncipe le volvieron á la heregía é incurrió en nuevas excomuniones.

En este tiempo Benedicto redactó la bula de que hemos hablado mas arriba, y en la que se declaró que las almas de los justos, apenas salidas del cuerpo, si no deben sufrir las penas del purgatorio, pasan en seguida á la celeste beatitud, que consiste en la vista de Dios

Benedicto creó en 1338 seis cardenales, cinco franceses y uno italiano: continuaba la misma política de preferencia. Los italianos volvieron á quejarse; los de Bolonia no quisieron someterse, y revocando el papa los privilegios concedidos á esta Universidad, mandó salir de ella á los profesores y escolares. Con esta medida perdía Bolonia su esplendor y sus riquezas; pero obtuvo de nuevo su Universidad, reconociendo la autoridad pontificia.

Durante todo el tiempo de este pontificado, Benedicto hacia ver que no tenia parientes. Murió á los 25 de abril de 1342, despues de haber gobernado la Iglesia siete años, cuatro meses y seis dias.

Decia algunas veces que el Santo Padre no tenia familia, y que el verdadero presbítero, segun la órden de Melquisedech, no debia tener padre ni genealogía. Benedicto no tenia mas que una sobrina, que quiso casar con un sencillo mercader de Tolosa, rehusando elevados personages que la pedian con instancia.

Benedicto, aunque no fue político, estaba adornado de gran talento, de santas intenciones y de mucha integridad de costumbres. Dios hizo obrar algunos milagros cuando murió este pontífice. La Santa Sede estuvo vacante once dias.

Benedicto casi nunca estuvo sometido á la voluntad del rey de Francia.

Platino dice que Benedicto amaba y buscaba á los buenos, aborreciendo y rechazando á los malos. Dice tambien Platino: *Zorum pictorem illa ætate egregium, ad pingendas martyrum historias, in ædibus ab se structis, conducere in animo habuit*: «Tuvo intencion de llamar cerca de sí á Zoro, famoso pintor de aquel tiempo,

para que en las habitaciones que habia mandado construir reprodujese las historias de los mártires.» Supongo que hay aquí una falta de impresion, y que Platino ha querido decir *Zoto*, ó mas bien *Jocto*, es decir Giotto, celebre pintor que ha dejado hermosísimos frescos en Asis, que habia trabajado mucho en Aviñon, y que murió en 1336, dos años despues de la eleccion de Benedicto XII.

He aquí á un papa nacido en condicion oscura y que no dejó de ser uno de los mas respetables pontífices del catolicismo. Nada detiene la accion del pontificado, hasta fuera de su primero y principal dominio. Representado con frecuencia por hombres que la sociedad condena á una especie de nulidad, el pontificado parece decir que todos los elementos, sean cuales fueren, deben obedecerle.

Ha sido hasta aquí causa de los acontecimientos de cinco siglos, desde Carlo Magno. Persistamos en mirar su poder como inmenso. Todo le está bien, el grande, el pequeño, el hijo de un príncipe y el de un molinero; debe amar, consolar, instruir, civilizar; establece academias, que, recibiendo alumnos de todas partes, devuelven con noble usura mas de lo que han recibido. En la universalidad de diferentes condiciones, el pontificado escoge con discernimiento: todo lo que llega á ser piadoso y sábio lo convierte en honor y gloria. Por él ha sido inventada la igualdad entre los hombres, y puesta en práctica antes de ser soñada por los filósofos modernos.

200. Clemente VI. 1342.

Clemente VI, antes Pedro Roger, era de la noble familia de Beaufort, de la cual Baluzio describe la genealogía. Nació en una villa dependiente del castillo de Maumort, diócesis de Limoges, Francia. A la edad de 10 años tomó el hábito de benedictino en el convento de la *Chaise-Dieu*, Auvernia. A 31 años era profesor de teología en Paris, preceptor de Carlos, mar-

qués de Moravia , que fué luego emperador bajo el nombre de Carlos IV , y finalmente provisor de la Sorbona. Siendo abad del monasterio de Fecamp , en Normandía , fué enviado como á nuncio por Juan XXII cerca de las cortes de Paris y Londres , encargado de extinguir la guerra que dividia á ambas capitales. Exaltado al obispado de Arras , y al mismo tiempo guarda-sellos y canciller del rey , concluyó por ser nombrado , en 1329 , arzobispo de Sens y de Ruan. Benedicto XII le dió el título de cardenal de los santos Nereo y Aquiles.

Al segundo dia del cónclave , compuesto de diez y siete cardenales , (faltando solo uno por encontrarse atacado de la gota) , y trece dias despues de la muerte de Benedicto XII , Pedro Roger fué elegido Papa , á la edad de 50 años , en 7 de mayo de 1342. Estevan Aldebrand , prior de un monasterio , le habia vaticinado tal dignidad , cuando Pedro , marchando desde Paris á *Chaise-Dieu* , fué asaltado por unos ladrones en el bosque de Randan. El prior dió á Pedro los hábitos necesarios para continuar su viage ; éste , lleno de reconocimiento , le dijo : « cuándo podré yo recompensar este favor?— «Cuándo seréis papa,» respondió aquel con gran presencia de espíritu. Efectivamente , cuando Pedro fué papa , hizo llamar al prior , le nombró camarero de honor , luego arzobispo de Arles y despues de Tolosa.

El nuevo pontífice tomó el nombre de Clemente VI , y fué coronado el 19 de mayo , dia de Pentecostes , en la iglesia de dominicos , saliendo con una magnífica pompa al efecto de atravesar las mejores calles de Aviñon. Juan , duque de Normandía , heredero de la corona de Francia , sostenia el freno del caballo del Papa , viéndose tambien á Felipe , duque de Borgoña , y á Humberto , delfín , duque de Viena.

El Papa comunicó su exaltacion á todos los soberanos de Europa , exortándoles á gobernar sus pueblos con dulzura , á sostener la religion con todos sus esfuerzos y á mantener la pureza de la fe.

Ordenó que todas las gracias que se le pedirian se concederian favorablemente durante diez meses. Con este motivo , todos los eclesiásticos de Europa acudieron para obtener los frutos de este nuevo favor. Llegaron mas de 100,000 , que re-

gresaron á su patria colmados de gracias y llenos de gratitud. Benedicto, por su severidad, habia tenido por sistema proveer pocos beneficios; Clemente no dejó ni uno vacante. Hizo muchas reservas en los obispados y abadías, mirando como nulas las elecciones de los capitulos y comunidades; y cuando se le hizo presente que sus antecesores no habian obrado así, respondió que no habian sabido ser papas.

Al momento que Roma tuvo noticia de la nueva eleccion de pontífice, los romanos, al igual de lo que habian hecho por Clemente V, Juan XXII y Benedicto XII, nombraron diez y ocho embajadores, entre los que habia seis de cada uno de los tres estados, escogidos de las principales casas de Roma, al frente de cuya embajada estaban Estevan Colonna y Francisco de Vico.

Se expidió luego otra nueva embajada. El célebre Francisco Petrarca, condecorado el año anterior con la corona poética de laurel, formó parte de la misma. Dichas embajadas estaban particularmente encargadas de insistir para que el Papa se trasladase á Roma con su corte.

El Papa contestó no era esto posible todavía, apoyándose en la necesidad de reconciliar á los príncipes católicos, pues aun duraba la guerra entre franceses é ingleses. Alegó tambien por motivo la necesidad de remediar los males de España, que se encontraba en un estado deplorable.

Después de haber dado Clemente tales respuestas de buena fe, empleo toda su actividad en destruir el azote de la guerra. Decretó sentencia de excomunion contra cualquiera que aparejase un buque para desembarcar en Francia, y contra el que pretendiese hacer una excursion á Inglaterra. Con estos diversos medios obtuvo un armisticio de tres años, y al propio tiempo restableció la paz entre Pedro, rey de Aragon, y Jaime rey de Mallorca.

En 1342, hubo una promocion de cardenales, de los que nueve eran franceses y uno italiano. La mayor parte de ellos estaban unidos por vínculos de parentesco con el Papa. Desde ahora en adelante nos abstendremos de toda recriminacion acerca de este punto. Existia, en apariencia, una necesidad fatal y violenta que obraba en el espíritu de los papas de Aviñon.

El 19 de enero de 1343, Roberto llamado el Sábio, rey de

Nápoles , murió dejando sus estados á Juana, su nieta, hija de Carlos , y consorte de Andrés , rey de Ungría. Dichos estados debian ser gobernados por una regencia que el rey habia nombrado , hasta que los dos jóvenes esposos hubiesen cumplido la edad de veinte y cinco años.

Pretendió el Santo Padre que él solo tenia derecho de administrar este reino, que dependia de la Santa Sede , y nombró por gobernador en su nombre al cardenal Aymery de Chastellux, hasta que la reina Juana hubo cumplido la mayor edad. Los regentes nombrados por Roberto, obedecieron igualmente las órdenes del pontífice , quien tranquilamente gobernó el reino en la persona de su legado.

Iban á ser coronados los dos jóvenes esposos, cuando la noche anterior á las ceremonias, el desgraciado príncipe Andrés fué estrangulado.

Se dice que algunos malvados cometieron este crimen por orden de su propia esposa. Al momento que lo supo el Papa, envió á Nápoles al cardenal Bernardo de Poyet , con encargo de instruir el proceso incoado contra la reina , acusada de haber ordenado la muerte de su esposo , jóven de 19 años. No se pudo jamás lograr que confesara este crimen, y el año siguiente se casó con Luis , príncipe de Tarento.

En 27 de febrero de 1344, el Papa dió el capelo á dos franceses. En el propio año coronó por rey de las islas Afortunadas, hoy dia llamadas Canarias , á Luis de la Cerda , conde de Clermont, príncipe real de España, quien prestó el juramento de ser tributario á la Santa Sede , mediante el cánon anual de cuatrocientos florines de oro. No faltaba á este nuevo rey mas que conquistar aquel reino que habia obtenido bajo la condicion de establecer en él la fe católica. Esta empresa fué ejecutada por otro. Los descendientes de la Cerda forman hoy dia parte de la familia de Medinaceli.

Clemente continuó invitando á los príncipes á que se preparasen para la cruzada que se anunció en 1343. Con motivo de esta empresa habia escrito al gran maestre de los caballeros de Rodas una espresiva carta, pues se trataba indirectamente en ella de la cuestion de los templarios.

Helyon de Villeneuve recibió esta amonestacion : «Hemos

sabido por muchas personas de consideracion, que vos y vuestros hermanos no haceis ningun buen uso de los innumerables bienes (1) que poseeis, tanto en una como en otra parte del mar (2). Los que tienen su administracion montan soberbios caballos, engordan mucho, van ricamente vestidos, se sirven de vajilla de oro y plata, crian perros y pájaros para la caza, abarcan grandes tesoros y hacen pocas limosnas. Parece que les dá poco cuidado la fe y defensa de los cristianos, principalmente por los de Ultramar, y por cuya defensa se les han concedido tan inmensos bienes (3); es por ello que se ha deliberado si seria á propósito que la Santa Sede creara una nueva órden militar que seria dotada de una parte de vuestros bienes, á fin de procurar la emulacion entre ambas órdenes, como otra vez entre vosotros y los templarios. Va á emprenderse otra expedicion á la cual quedais invitados á concurrir. Muchos se quejan de que entre vosotros existen grandes enemistades, y que no pagais las pensiones de vuestros hermanos que os sirven y de vuestros presbíteros.»

La leccion es amarga, pero ella estaba fechada no muy lejos de los lugares donde habia sido quemado Jaime Molay.

Villaret habia trabajado para sí, y fué por ello castigado. Villeneuve no veia mas que la órden y sus derechos de soberanía. Algunos miembros abusaban de las virtudes de su gran maestro. Villeneuve no tenia falta alguna, y era preciso que sufriese las recon venciones.

(1) He aquí á los caballeros de Rodas enriquecidos, ellos que tan atrasados estaban bajo el reinado de Juan XXII. ¿Los nuncios de éste dieron pues otros informes que los de Clemente VI? (Véase mas arriba, pág. 289, tomo II).

(2) Escritores italianos han pretendido que los tesoros de los Templarios habian sido secuestrados en Francia por el fisco, y que una parte de los raices habia sido en efecto cedida á los hospitalarios.

(3) ¿Es que se querian tomar por dos veces todos los bienes de los Templarios? ¿No apoderarse primero mas que de una parte, vanagloriarse de destinar la mitad á otros mas dignos, y por fin apoderarse de todo? Los gobiernos legos merecen bien las lecciones que les dan los papas. Además, si Clemente estuvo bien informado, no habló sino para la moral, justicia y verdad; Fleury, que recuerda esta carta, no hace ningun elogio de dicho papa. Siempre el sarcasmo ante lo que parece vituperable, sin serlo alguna vez, y jamás una alabanza por lo que es sábio y de buen ejemplo.

El ejército cristiano partió, sitió y tomó á Smirna. Los hospitalarios vindicaron con sus victorias las acusaciones que sus enemigos habian hecho al Papa.

Entonces éste concedió á Oton duque de Borgoña, y á Juan, duque de Normandía, lo propio que á Felipe, rey de Francia y á la reina su esposa, el privilegio de comulgar bajo las dos especies; no usando estos soberanos de tal derecho mas que el dia de su coronacion y luego en artículo de la muerte.

«Bercastel (1) dice la comunión bajo las dos especies se usaba ordinariamente al principio del siglo XII, y que despues del XIII se reservó únicamente á los presbíteros de la Iglesia latina: pero añade Novaes (2) «no encontramos ley ni constitucion para este cambio, que fué introduciéndose insensiblemente.»

Jaime despojado del reino de Mallorca por Pedro rey de Aragon, recurrió al soberano refugio, comun á todos los monarcas, y obtuvo de la corte de Aviñon una proteccion ciertamente reparadora.

Luis de Baviera, aun cuando aparentó intentarlo, no cambió de sentimientos. La excomunion fulminada por los antecesores de Clemente fué renovada; á peticion del Papa, se reunieron los electores y nombraron por rey de Roma á Carlos IV, de la casa de Luxemburgo, marqués de Moravia, é hijo de Juan, rey de Bohemia; fué coronado en Roma y poseyó pacíficamente el imperio despues de la muerte de Luis, acaecida en 1347, cesando entonces los grandes males que tantos disgustos habian reportado á la Italia y á la Alemania.

Debemos dar cuenta de la tentativa de Nicolas de Rienzi en 1347. Constituyóse tirano de Roma, haciendo entender al pueblo que era preciso restaurar el antiguo esplendor de la república romana, y se declaró tribuno de su nueva república. No tardó el legado del Papa en aprovecharse de los excesos de este insensato renovador de una autoridad que se habia hecho imposible. Despues de algunos meses de tiranía (1348) fué excomulgado; despojóse por sí mismo de las insignias de tribuno,

(1) Novaes, IV, 134.

(2) *Hist. de la Iglesia*, tom. XIV, pág. 111.

y cayó en poder de los agentes del Santo Padre que le hicieron prisionero. Bajo el pontificado de Inocencio IV volveremos á hablar de Rienzi.

En el mismo año, Clemente canonizó á san Ivo de Tre-guier, y á Roberto, fundador y primer abad del monasterio de *Chaise-Dieu*. También en dicho año el Papa adquirió de la reina Juana, soberana de Provenza, la ciudad y dependencias de Aviñon, mediante la suma de 80,000 florines de oro.

Villani dice que la cantidad pedida solo fué de 30,000; pero muchos otros escritores la han fijado en 80,000. El emperador Carlos IV confirmó la escritura de venta con edicto de 1.º de noviembre siguiente.

La secta de los *disciplinantes*, creada en Italia hácia 1260, fué condenada por el Papa en términos muy severos. Estos miserables continuaban propalando, entre otras impiedades, la de que nadie podía salvarse sin ser bautizado con su propia sangre, que debía hacerse brotar azotándose. Para ellos era inútil el bautismo del agua. La bula de Clemente condenaba especialmente á los que, salidos de Hungría, se azotaban públicamente por las calles, dando un espectáculo tan cruel como repugnante.

Los romanos habian solicitado de Clemente, el dia de su advenimiento al trono, tres gracias: la primera consistia en aceptar, durante su vida, y no en calidad de Papa, sino como Pedro Roger, los títulos de senador, capitán y otros, de la ciudad: la segunda, de habitar el palacio de san Juan de Letran, contiguo á la Iglesia, madre de todas y única silla del pontífice; y la tercera, de considerar que eran muy pocas las personas que podian disfrutar del jubileo concedido por Bonifacio VIII cada 100 años. De tal modo se obligó al Papa á que lo redujese á 50. Contestó el Papa á la primera, dos meses después, que aceptaba los cargos, que ellos ya sabian bien era él el señor y que escogería á las personas, que en su nombre gobernarían á Roma, sin perjuicio de su soberanía pontificia. A la segunda dijo, que debía vivir todavía en Aviñon al efecto de reconciliar á los príncipes católicos y seguir mas de cerca las negociaciones. Hemos ya consignado mas arriba esta terminacion de Clemente.

Respondió á la tercera que deseaba ser complaciente con los romanos , á cuyo efecto les concedia y disponia que el jubileo del año santo seria celebrado cada 50 años , y que el venidero tendria lugar en 1350. La misma constitucion mandaba que á la visita de la iglesia de san Pedro y de san Pablo, se añadiese la de san Juan de Letran. Gregorio XI, con su constitucion *Salvator noster*, fechada en Aviñon á 29 de abril de 1373, mandó que se hiciera tambien la visita á san Juan de Letran.

El cardenal Anibal de Ceccano, legado en Roma, recibió la órden de adoptar todas las medidas necesarias para que no se turbase la tranquilidad durante el próximo jubileo, y para que los peregrinos encontrasen todos los socorros, víveres y proteccion que les serian necesarios.

Asistieron desde Navidad á Pascua un millon y doscientos mil peregrinos, entre los que habia personas de grande alcurnia, entre otros, Luis, rey de Hungría.

Florenca solicitó en dicha época la ereccion de una universidad, y obtuvo tal privilegio.

En la promocion de cardenales de 1350 encontramos á nueve franceses; á Capocci, noble romano, sobrino segundo de Honorio IV, y á Gil Albornoz, noble español, natural de Cuenca y pariente del rey de Aragon. Fué este cardenal quien, habiendo sido antes militar, habia reducido á la obediencia del Santo Padre, en menos de cinco años, muchas ciudades y principados que se encontraban en rebelion. Le procuraba las llaves de las ciudades conquistadas, y un dia en que se le dijo ser culpable en su administracion de los bienes de la Iglesia, presentó á Urbano V que se encontraba entonces en Viterbo, algunos carros llenos de llaves de ciudades y castillos recobradas por él, y destinadas á la Santa Sede. Entre los cardenales franceses encontramos á un Montesquieu, natural de la diócesis de Auch, en Gascuña.

La Armenia en 1351, gobernada por Leon, era víctima de las turbulencias que destruian la fe y alentaban las empresas de los cismáticos. Como entonces se acostumbraba, que para el bien de la Iglesia, interés de la moral y honor de las naciones, el pontífice intervenia en las cuestiones de órden público que por todas partes se agitaban, y como la historia de

la Iglesia, en aquellos acontecimientos, era la del mundo, es preciso recordar que Clemente quiso purgar la Armenia de algunos errores funestos é inveterados.

Nuevos pedidos se hicieron á los príncipes cristianos para enviar á los armenios socorros y dinero, al efecto de que resistieran mejor á los ataques de sus enemigos.

Clemente procuraba sobre todo dar á conocer á los príncipes que en Asia existían pueblos inclinados á la fe católica. No se ocupaba mas que en sostenerles, y los gastos de las cruzadas disminuían cuando los cruzados estuvieron seguros de encontrar sobre el mismo terreno amigos y hermanos que facilitaban las conquistas contra los turcos. Clemente sabia por los muchos misioneros que envió á estos países, y mejor que ningun otro príncipe europeo, la extension de los males, la calidad de los socorros indispensables, y podia esperar triunfos imprevistos, facilitados por el entusiasmo y gratitud de los católicos de aquella region.

Juan Visconti, arzobispo de Milan, habia recibido la investidura de dicha ciudad y de sus castillos; pero usurpó Bolonia, y esta ciudad, que con frecuencia no habia querido reconocer al Santo Padre, gemia bajo un deplorable yugo, impuesto por los Visconti. Bolonia, como siempre sucede en ciertos desastres, acudió al antiguo señor. Este reprimió los desmanes del arzobispo Juan, y luego, en virtud de disposiciones que existían para prohibir la tiranía, mandó dar la investidura al mismo prelado de Bolonia. Esta última circunstancia no puede haber sido mas que el resultado de la falsa posicion en que se encontraban los papas, mas poderosos alguna vez en la corte de otros soberanos que en las ciudades propiedad absoluta y reconocida perteneciente á la Santa Sede.

Se elevaron reclamaciones contra una parte de los artículos de la constitucion de Gregorio X acerca del cónclave. Una nueva bula permitió á los sagrados electores el alimentarse de carne, pescado, verduras, huevos y frutas, en la época en que están permitidos tales alimentos.

Este Papa, muy laborioso en sus empresas, empezaba no obstante á perder sus fuerzas, y murió casi de repente á los

6 de diciembre de 1352. Habia gobernado á la Iglesia 10 años y 7 meses menos un dia ; recomendó á los cardenales , antes de morir , los intereses de la Santa Sede.

Su cuerpo fué trasladado el siguiente año de Aviñon á la Abadía de la *Chaise-Dieu*, en donde se habia hecho religioso.

Algun tiempo antes de morir , el pío y escrupuloso pontífice habia espresado en una constitucion : « Si alguna vez siendo de menor rango , ó desde que estamos elevados á la silla apostólica , se nos ha escapado , discutiendo ó predicando , alguna espresion contra la fe católica ó moral cristiana , la revocamos y sometemos á la correccion de la Santa Sede. »

Leemos en Feller (11. 281.): « Fleury ha trazado una descripcion poco favorable de este Papa , bajo la única autoridad de Mateo Villani , historiador apasionado , hechura de Luis de Baviera , mucho mas sospechoso en la crónica de Clemente , cuando no encuentra en él mas que lo odioso , á excepcion de su ciencia , que se esfuerza en dar por mediana , siendo así , que muchos otros historiadores le conceden erudicion y luces superiores , una extremada benevolencia , un fondo de humanidad , bondad y dulzura , que ha hecho decir al mismo Petrarca , que nadie ha llevado jamás con mejor título el nombre de *Clemente*.... La confiada facilidad con que Fleury ha repetido las calumnias de Villani , debe bastar al lector para ponerse en guardia contra los juicios que este historiador de la Iglesia se complace en formar de algunos hombres ilustres , y particularmente de algunos soberanos pontífices. »

Se conoce ya bastante nuestra opinion acerca de la mayor parte de los juicios de Fleury.

He aquí la opinion de Novaes , (IV, 147): « Clemente estaba dotado de un profundo saber y de una memoria singularmente fiel , hasta el punto de no olvidar jamás lo que habia leído una sola vez. Era dulce , cortés , amable y simpático. Nadie le veía sin quererle.... Clemente era grande y espléndido en todas sus acciones ; tenia muchos comensales , y sobre todo médicos , que mantenía sin la menor necesidad.... Gastó con los pobres mas de 100,000 florines , y mucho mas por sus parientes , á quienes ha querido demasiado. »

Se ha dicho de él que habia *humanizado* las virtudes demasiado rígidas de Benedicto XII.

San Pedro Tomas de Aquitania, de la órden de carmelitas, ha celebrado en doce oraciones fúnebres las alabanzas de este pontífice, como lo atestigua el padre Jacob en la biblioteca pontifical, lib. 1.^o, pág. 55.

El sólio pontificio estuvo vacante once dias.

201. Inocencio VI. 1352.

Inocencio VI se llamaba Estévan Aubert. Era natural de Brissac, cerca de Pompadour, *Limosin*, y de una mediana condicion. Primero, profesor de derecho civil, fué luego auditor de la Rota y obispo de Noyon: habiendo sido trasladado á la silla de Clermont, fué creado por Clemente VI cardenal de los santos Juan y Pablo, y nombrado por dicho papa legado cerca de las cortes de Francia é Inglaterra, para acordar la paz entre dichos príncipes; ascendiendo finalmente á obispo de Ostia y á penitenciario mayor.

Estévan fué elegido pontífice á los 18 de diciembre de 1352, doce dias despues de la muerte de Clemente. Se reunieron en cónclave veinte y ocho cardenales. La mayoría queria dar la tiara á Juan Birel, santo general de los cartujos; pero el cardenal de Talleyrand (Novaes IV, 150), que temia demasiado el carácter severo de Birel, les disuadió de esta intencion. Mas tarde Talleyrand, viendo los milagros obrados por este religioso, se arrepintió de su prevencion, apreció mucho la órden de los cartujos, y fundó en Francia un magnífico monasterio de dicha órden que dotó ricamente. El cardenal de Couillac habia obtenido 15 votos, pero se necesitaban 19; se eligió con mucha prisa á Estévan Aubert, porque el rey de Francia, Juan II, se adelantaba á marchas forzadas hácia Aviñon, para obtener de los cardenales un papa á su gusto; lo que podia

esperar dicho rey , pues muchos de los cardenales eran súbditos suyos.

El nuevo pontífice tomó el nombre de Inocencio VI , y fué coronado en la iglesia Catedral , á 23 de dicho mes de diciembre , por el cardenal Gallardo de la Mothe , primer cardenal diácono ; pero no quiso hacer la cavalgada por la ciudad despues de su coronacion , siguiendo la costumbre de sus antecesores , declarando que queria evitar la pompa de estas ceremonias y ahorrar su coste.

Inocencio no tardó en reformar muchos abusos que se habian introducido. Revocó la constitucion en que Clemente habia reservado á ciertos cardenales algunas dignidades y beneficios en las catedrales é iglesias colegiadas y religiosas. Anuló las encomiendas de iglesias y monasterios , excepto las concedidas á los cardenales. Ordenó la residencia á los obispos, bajo pena de excomunion. La exigió con mas severidad de los beneficiados que se habian encargado de la cura de almas, y que acudian á la corte pontificia para solicitar beneficios mas lucrativos : «Es preciso, decia el Papa, que las ovejas sean guardadas por su propio pastor. » Reformó, mas de lo que lo habian hecho sus antecesores , el excesivo lujo de la corte, guardando solo los criados precisos, y conservando á los dignos por sus buenos antecedentes. Estableció que habria un honorario fijo para los auditores de la Rota , y quiso se confiriere el sacerdocio y beneficios, solo á personas de gran mérito , diciendo que las dignidades eclesiásticas no eran el premio del nacimiento sino el de la virtud. Reprimió con entereza á los jóvenes cardenales , que bajo el anterior pontificado, habian abusado de su rango y poderío. En fin, rescindió todas las leyes que los cardenales habian establecido en el reciente conclave.

Estas leyes tenian por objeto limitar el poder pontificio. He aquí la esencia : «El pontífice no creará mas cardenales hasta que su número se haya reducido á diez y seis, no podrá añadir mas que cuatro, para que formen, á lo mas, el número de veinte, y no los creará sin el consentimiento de todos los cardenales, ó á lo menos, del de las dos terceras partes. No podrá separar ni detener á uno sin el unánime consentimiento de todos, ni

imponer contra los mismos censura alguna, sin la aquiescencia de las dos terceras partes. No se apoderará de los bienes de los que vivan, ni tampoco de los que dejen despues de su muerte. (Rainaldi, 1352 n. 26.) No podrá vender ni infeudar las tierras de la iglesia romana, en [cualquier lugar ó provincia que se encuentren, segun el privilegio de Nicolas IV. Ningun pariente ó aliado del papa podrá obtener el cargo de mariscal de la córte romana, ni de gobernador de provincia ó tierras de la iglesia. El papa no concederá á ningun príncipe los diezmos ú otros subsidios, y no los reservará á la cámara, mas que aprobándolo las dos terceras partes de cardenales, y les dejará la libertad de sus sufragios en las deliberaciones. Todos los cardenales aquí presentes jurarán, que el de entre ellos que será papa, observará invariablemente lo arriba notado, y el elegido papa ó cardenal hará el mismo dia igual promesa.»

Algunas disposiciones de dicha acta, como] las relativas á los favores de nepotismo, podian tolerarse; pero los otros artículos de esta ley, que introducía en el bello y noble poder pontificio una aristocracia funesta, debian ser censurados.

En 25 de diciembre de 1352, el Papa concedió la púrpura á su sobrino Alduino Aubert, obispo de Paris en 1349, y promovido luego al obispado de Auxerre (1). Recibida la púrpura, fué Alduino Aubert trasladado al obispado de Magalona. En aquella época los cardenales llevaban el nombre del obispado que antes poseian. Como Talleyrand, Perigord y Pedro Courson habian sido obispos tambien de Auxerre, para evitar una triple confusion, el sobrino del Papa pasó á ser obispo de Magalona. De tal modo no hubo confusion mas que entre dos sujetos; pero se añadió el nombre de familia para distinguirse, Talleyrand y Courson. En 1353, á fin de que se respetase la autoridad pontificia en varios puntos de Italia, el papa mandó allá al cardenal Gil de Alvarez Albornoz, español. (Véase mas arriba).

Al propio tiempo estalló en Roma una conmocion: se rebelaron contra los senadores Estévan Colonna y Bertoldo

1) Novaes IV, 132.

Orsini, elevados por el Papa á dicha dignidad, habiendo el pueblo creado tribuno de la ciudad á Francisco Baroncelli, notario del senado. El Santo Padre dispuso poner en libertad á Nicolás de Rienzi, que prometia restablecer la tranquilidad. Baroncelli encontró la muerte por recompensa de su insensata confianza en el pueblo, y Rienzi fué nombrado senador por el pontífice. Nicolás juzgo severamente á los principales revoltosos de la ciudad (1). Pero en 1354 se tramó una conspiracion contra Rienzi, y fué asesinado junto al capitolio. Luego de estos acontecimientos, sucedieronse bastantes senadores, y concluyóse creando el pueblo *ricos-hombres*, de los que tendremos ocasion de hablar mas tarde.

Mientras tanto, Pedro, rey de Aragon, fué á Aviñon, y tal como habia hecho bajo el reinado de Clemente VI, juró fe y homenaje á Inocencio por el feudo de Cerdeña y Córcega en conformidad al juramento que habia prestado á Bonifacio, de renovar dicho juramento á cada pontífice y en el primer año de su pontificado.

Inocencio acaba de enviar á Guy cardenal, obispo de Palestrina, para acordar la paz entre Francia é Inglaterra; pero despues de los preliminares, se rompieron las negociaciones por culpa del monarca francés, segun los autores ingleses, y por falta del inglés, segun los franceses; por lo mismo es muy útil recorrer con posterioridad los anales de la historia, á fin de poder dar la razon al que le es debida, y alabar al que ha hecho bien, reprobando al que ha obrado mal. Lo mas seguro es, que habia culpa por parte de ambos príncipes.

En 1354, concedió el Papa á la Germania y á la Bohemia el privilegio de celebrar, el viernes despues de la octava de Pascua, la fiesta de la lanza y de los clavos, que sirvieron de instrumento para la pasion de J. C.

(4) Existe una vida de Rienzi, por Tomas Fortifiocca, secretario del senado, Bracciano, 1624, en 12.^o, reimpressa en Bracciano en 1631, en 12.^o, sin nombre de autor. El jesuita francés Sanadon ha traducido este libro; pero la traduccion no se ha publicado. El padre Du Cerceau ha escrito otra vida de Rienzi sobre la primera y apoyada en el testimonio de mas de 40 autores: su obra ha sido publicada por otro jesuita, el padre Brumoy, en 1734. Todavía existe otra vida de Rienzi, por Boispréaux.

La ciudad de Roma manifestaba deseos de paz interior. Albornoz tuvo orden de nombrar magistrados y arreglar los preparativos para alojar, con los honores debidos, al rey de los romanos, Carlos IV, que iba á recibir la corona de emperador.

El rey llegó bajo el mas severo incógnito, el jueves santo de 1355, visitó las principales Iglesias de la ciudad, y el dia de Pascua fué coronado emperador por el cardenal obispo de Ostia, Pedro Bertrand. Ana, esposa del emperador, fué coronada emperatriz. Venia de Alemania escoltada por 5,000 hombres de caballería alemana, y mas de 10.000 infantes, vasallos del emperador en Italia.

Este, aceptó el mismo dia, una espléndida comida que le ofreció el cardenal y que fué preparada en el palacio de san Juan de Letran. El príncipe marchó luego á pasar la noche fuera de Roma, para obedecer al Santo Padre, que habia mandado, que una vez coronado, el emperador no pasaria un solo dia en Roma.

El emperador Carlos IV, es el mismo á quien se le ha llamado *emperador de los clérigos* (1), á causa de su alianza con la Santa Sede y del respeto que ha demostrado á los papas. A él se debe la bula constitutiva, redactada por el famoso Bartolo, conocida bajo el nombre de *Carolina ó bula de oro*, porque estaba adornada con un sello de este metal. Esta es la bula que ha servido de ley fundamental en la eleccion de los emperadores. Jorge Teodoro Dietrich ha escrito sobre la misma *Ad bullam auream*, Francfort, 1558, en 4.º — Hay otras obras acerca del mismo objeto, impresas en Heidelberg, Stuttgart y Iena.

La reina Juana y su marido Luis no habian satisfecho la pension á la Santa Sede; pero con las vivas instancias del papa, se pagó y quedó restablecida la buena armonía entre Nápoles y Roma.

Afectado Inocencio con las desgracias del imperio griego, y deseando mas que nunca la union de las dos Iglesias, envió legados á Cantacuzeno, que gobernaba el imperio durante la menor edad de Juan Paleólogo.

(1) Novaes; IV, 155.

Cantacuzeno, que era tan hábil en teología como en la ciencia de la historia de la política, creyó que tal union no podia efectuarse sino ante un concilio general, al que concurriesen los obispos de ambas Iglesias.

Luego que Paleólogo ascendió al trono y gobernó por sí mismo, se obligó bajo juramento á prestar obediencia al Papa, lo mismo que los otros emperadores y reyes católicos, á tributar los honores debidos á los legados apostólicos, y á obrar de modo que los griegos reconocieran la autoridad de la Santa Sede. Al propio tiempo suplicó Paleólogo al Papa que enviase un ejército para reprimir á los turcos y griegos rebeldes. Se firmó un tratado con el obispo de Smirna, Nuncio apostólico. Vinieron cerca de Inocencio embajadores griegos, y éste mandó dos obispos á Constantinopla para fortificar los sentimientos de reconciliacion. Pero viendo que tal empresa iba mal, por la perfidia de algunos cristianos que favorecian al Turco, ordenó al rey de Chipre, á los venecianos, genoveses, y caballeros de Rodas, que juntáran en el puerto de Smirna las galeras que habia prescrito Clemente VI, para mantener los derechos de la religion.

Al efecto de renovar la paz, tan difícil entre Francia é Inglaterra, envió Inocencio á los cardenales Talleyrand y Capocci. El *Cristianísimo* rey amenazó á Talleyrand con la muerte (Novaes, IV, 157), y rehusó los buenos ofrecimientos del Santo Padre. Sin embargo sabiendo el cardenal que el rey de Francia, Juan II, habia caido desgraciadamente en poder de los ingleses, redobló sus esfuerzos cerca el emperador y sobre todo cerca el rey de Inglaterra. Este, en vista de las instancias de Inocencio, presentadas con mucha dignidad por Talleyrand, trató á su prisionero con generosidad. Cada uno á su tiempo esperimentó los útiles efectos del espíritu de conciliacion de los pontífices.

Habiendo Albornoz sido llamado á Aviñon, fué recibido con los mas grandes honores. Iban delante de él los cardenales. En pleno consistorio, el Papa llamó á este cardenal *Padre de la Iglesia*.

Faltaba en la Universidad de Bolonia una facultad de teología; fundóla Inocencio, dotándola de los mismos privilegios que disfrutaban las demás facultades.

Existian desavenencias entre Pedro, rey de Aragon, y el senado de Génova, relativas á la Cerdeña y Córcega. Juan, marqués de Monte-ferrato, habiendo sido elegido árbitro por entrambas partes, falló en favor de los genoveses. Estos prestaron inmediatamente el juramento de fidelidad por la Córcega, que poseian, en manos de Andrés, obispo de Rímini, legado del Papa.

Sin embargo, como no podian soportar autoridad alguna, despues de haberlas probado casi todas y hasta la de Lelio Pocadota, de profesion zapatero, prometieron los romanos ser fieles á Inocencio. Les envió por gobernador á Hugo de Lusignan, rey de Chipre, que se encontraba entonces en Aviñon. Se respetó algun tiempo á este principe, pero no tardaron en reaparecer las conmociones.

Inocencio habia probado muchas veces restablecer la paz entre los principes, de los que él era el padre comun. Habia prodigado generosos socorros durante la peste de 1361, que arrebató nueve cardenales, cien prelados, y que diezmo las poblaciones. Murió á los 12 de setiembre de 1362, despues de haber gobernado la Iglesia 9 años, 8 meses y 26 dias.

Fué enterrado en Villanueva en la iglesia de los cartujos, monasterio que habia hecho construir en 1356.

Inocencio era un gran canonista; amaba la rectitud y la justicia; su vida era ejemplar, su celo por la religion inalterable. Fué demasiado afecto á sus parientes; pero es preciso confesar que los favorecidos se lo merecian. Protegia y queria á los hombres de letras.

Fundó en Tolosa el colegio de San Marcial para veinte estudiantes de la diócesis de Limoges, y su sobrino el cardenal Pedro de Monture de Donzenac fundó el de santa Catalina. Se conservan algunas cartas de este Papa en el *Thesaurus* de Martene.

La Santa Sede estuvo vacante un mes y quince dias.

Bajo este reinado, Marino Faliero, Dux de Venecia, habia sido elevado á esta dignidad á la edad de 66 años. Proyectó apoderarse para siempre del gobierno que se le habia solo conferido por algunos meses; fué descubierta la conspiracion, y se le cortó la cabeza á los 17 de abril de 1355, contando 80 años.

Los reinos, usurpados ó legítimamente conquistados en Levante, habian perturbado todas las imaginaciones. No se gobernaba entonces en una ciudad de 100 habitantes sin que se pensara luego en quitarles sus fueros. El contrapeso del buen sentido, del valor y elevado espíritu de los papas, eran mas que nunca necesarios; no se había levantado en Aviñon un solo grito para impedir la accion de la justicia contra los usurpadores, que esplotaban en provecho propio la autoridad que se les había conferido, y que se les había mandado restituir al espirar la mision temporal.

202. Urbano V. 1362.

Urbano V se llamaba Guillermo de Grimoard; era hijo del baron de Roure y de Emphelise de Sabran, hermana de S. Eleazar, natural de Grisac, diócesis de Menda, en el Gevaudan. Hay autores que sostienen no había nacido en Grisac.

Rodrigo Sanchez, historiador español, le tiene por lombardo; Tomas Walsingham, por inglés; Antonio Yeppe quiere que sea de Tolosa; Bernardino Cori sostiene que es oriundo de Sulmone; Mateo Villani piensa que es de Belcaire; Estévan Baluzio declara que este Papa es natural de Limoges, y enumera en favor de su opinion cincuenta y siete autores y una antigua inscripcion que se lee en el claustro del convento de padres agustinos de Tolosa.

Reuniendo esta opinion con la de muchos otros, puede asegurarse que este Pontífice, originario de Limoges, es natural de Grisac, diócesis de Menda, en el condado de Gevaudan. Entró muy jóven en un convento de benedictinos del priorato de Clairac, y llegando á ser un afamado profesor en Montpellier, Tolosa, París y Aviñon, pasó de vicario general cerca de los obispos de Clermont y de Uzes. Fué nombrado lue-

go Abad de S. German de Auxerre, y de allí enviado á la abadía de S. Victor de Marsella.

Inocencio VI le llamó á Aviñon, y le envió á Nápoles, cerca de la reina Juana para dirigirla en el gobierno de sus estados, despues de la muerte de su segundo marido Luis de Tarento, que falleció á 26 de mayo de 1362; por fin pasó á llenar las funciones de nuncio apostólico cerca de la corte de Visconti en Milan. A los 22 de setiembre, y despues de la muerte de Inocencio, se reunieron en cónclave veinte cardenales. Los gascones, partidarios del rey de Inglaterra, duque de Aquitania, se habian separado de los franceses, quedando por ello el cónclave dividido en dos bandos.

Sin embargo, el dia 28 se avinieron para elegir á Hugo Roger, monje benedictino y hermano de Clemente VI; pero éste, con un raro valor y modestia, de la que hay pocos ejemplos, rehusó el pontificado sin dejarse convencer. En seguida, y aunque se encontraba de nuncio en Nápoles y no obtenia el capelo, Guillermo Grimoard, por las recomendaciones y vivas instancias del cardenal de Aigrefeuille, fué elegido pontífice á los 28 de octubre de 1362. El autor de las vidas de los papas de Aviñon dice lo fué en 27.

Los sagrados electores expidieron al nuncio su rescripto de eleccion, recibéndolo secretamente, dicen unos en Florencia, y otros en Marsella, cuando llegaba de Nápoles, de donde habia sido llamado, bajo pretexto de ser consultado acerca de las diferencias que dividian las opiniones. Los partidarios de Grimoard ocultaban la eleccion, temiendo que los italianos, informados de tales acontecimientos, pusieran obstáculos á la llegada del nuevo papa, ó que él tambien quisiera renunciar la tiara. La eleccion no se publicó, pues, hasta que Grimoard entró en Aviñon á los 31 de octubre.

Fué entronizado en dicho dia, consagrado el 6 de noviembre y coronado por el cardenal Alduino Aubert, obispo de Ostia. Todo se encontraba dispuesto para la ceremonia de la cabagalda; pero el Papa no gustó mostrarse en público por dos razones: tenia horror al fausto, y luego, por un sentimiento de noble modestia pontificia, miraba tal dignidad como desterrada mientras residia en Aviñon.

En 1362 y 63, Urbano condenó á Bernabé Visconti, usurpador de muchas tierras de la Iglesia, como á infiel, herege, ateo, é impio, y le declaró la guerra. Si en 1364 pareció Bernabé haberse arrepentido, no tardó en entregarse á los furioses que hicieron de él uno de los príncipes mas abominables de aquel tiempo.

Hé aquí ahora los principales trabajos de Urbano V. Organizó una cruzada contra los sarracenos, que debía tener por gefe á Juan II, rey de Francia. El cardenal Talleyrand, obispo entonces de Albano, fué nombrado legado del Papa para esta expedicion. Los cuidados del Pontífice y su vigilancia cristiana, impidieron que estallase la guerra entre genoveses y venecianos. Los genoveses eran excitados á nuevos combates por los Candictas, revolucionados contra Venecia. Una prudencia hábil estinguió la discordia que iba á encenderse entre el arzobispo de Salzbourg y Rodolfo, duque de Baviera. Todos los príncipes de Germania habian tomado en ello parte cada uno por su propio interés: representaciones hechas al objeto hicieron aplazar las hostilidades que se preparaban entre Carlos V rey de Francia y el rey de Navarra, con motivo del ducado de Borgoña, que Juan habia dado á Felipe, y del que dicho rey de Navarra pretendia ser heredero.

Mientras tanto el rey de Aragon, ingrato para con la Santa Sede, se apropiaba las rentas que recogian los delegados romanos, y usurpaba tambien las de los cardenales y beneficiados que residian fuera de sus iglesias aun cuando tuvieran permiso del Papa. Este, para impedir que la libertad eclesiástica fuese oprimida, exortó al rey con paternales cartas á restituir lo que habia tomado á la fuerza. Le conjuró igualmente para que revocase un edicto que disponia el arrendamiento de los bienes del clero cuyos titulares estaban ausentes. Respondió el rey que solo habia obrado á impulso de hombres entendidos, y entonces el Papa citó al rey para que se presentara ante la Santa Sede. Urbano reclamaba tambien el tributo convenido, que hacia mas de diez años no se habia satisfecho.

A imitacion de los reyes de Francia, Dinamarca y Chipre, en 1369 el emperador Carlos IV pasó á visitar á Urbano.

El Papa celebró la misa solemne el día de Pentecostes ; á la que asistió aquel con el manto imperial , cetro y corona.

Carlos , en medio de una numerosa asamblea de testas coronadas , deliberó con el rey de Chipre , Pedro de Lusignan , sobre los medios de restablecer en Asia la fe católica , y extirpar de la Francia é Italia ciertas compañías de aventureros y asesinos que amenazaban acercarse á Aviñon.

La corte con este motivo se sumergió en tal consternacion , que el Papa se vió obligado á readquirir su libertad , mediante la entrega de una gran suma.

El jefe de estos asesinos llamado Arnaldo de Servole , vulgarmente *el Arcipreste* , fué invitado para entrar en Aviñon , y recibido con los mismos honores que si hubiese sido un hijo del rey de Francia. Tuvo el honor de sentarse á la mesa del Papa y á la de los cardenales , y despues de haber dado pruebas de sumision , salió con la absolucion que pidió y merecia , pues que habia prometido no molestar mas la corte del papa de Aviñon , y renunciar á sus rapiñas que de otro modo habrian atraido hácia él la cólera del rey de Francia.

Fué entonces cuando el famoso Petrarca persuadió fuertemente al Papa para que abandonase la Francia y restituyese á los habitantes de Roma la silla pontificia.

Lo cierto es , que antes de este acontecimiento , hecho para imponer el terror en Aviñon , que estuvo cerca de ser tomada , el Papa habia tenido ya intencion de visitar , á lo menos , los santos lugares de Roma. El cardenal Albornoz habia hecho reparar los caminos , y restablecer la autoridad pontificia , ó á lo menos , su influencia , por todos los puntos donde tenia que detenerse.

En 1366, Urbano creó dos cardenales ; el primero fué Gil de Grimoard , su hermano , nacido tambien como él en Grisac , y canónigo regular de S. Agustin. El segundo fué Guillermo Sudre , noble francés , nacido en la diócesis de Tulle , célebre religioso de la órden de dominicos , obispo de Marsella y luego de Ostia.

El Papa no sabia desprenderse de la gran cuestion de la reunion de las dos iglesias latina y griega. Envió legados á Miguel Paléologo para apresurar el écsito de tan importante

empresa. Al propio tiempo hizo público Urbano el deseo que de regresar á Roma.

Marchó acompañado de cinco galeras venecianas, tres pi-sanas, y muchas otras de la marina de Génova, á los 20 de mayo de 1367, apesar de las instancias de diversos soberanos, algunos cardenales, y de casi todos los cortesanos. Llegó á Génova cuatro días despues.

Volveremos á reanudar algunos acontecimientos pasados, que reproduciremos sucesivamente.

Urbano V era el sexto pontífice que habia reinado en Aviñon. Clemente V el primero que habia trasladado la silla pontificia á Francia en 1305. Despues de él, Juan XXII, Benedicto XII, Clemente VI, é Inocencio VI habian continuado en imponerse este voluntario destierro, léjos de su capital y de su rebaño (1). Además, estos pastores se habian establecido en Aviñon, como si no hubieran debido moverse: ellos habian comprado la soberanía á la reina Juana de Nápoles, condesa de Provenza; habian edificado palacios, y demostraban su afeccion por esta morada, en medio de un pueblo sin turbulencias y de una nobleza sin ambicion. Se cree era mas propicio á las fiestas y placeres, que á las ceremonias piadosas. Apesar de todo ¿era prudente entregarse á esta molicie, abandonando así á Roma, aun cuando hubiera habido reales temores de persecuciones? La sujecion en la que la Francia é Inglaterra buscaban siempre retener á los pontífices, excitaba las quejas de la cristiandad. Pero nada tiene esta que reprochar al pontífice reinante; Urbano V ha marchado para Italia.

Llega á Génova; el dux y la nobleza le reciben en un espléndido palacio. El 4 de junio llega Su Santidad á Corneto, donde el cardenal Albornoz sale á recibirle con una multitud de prelados y nobles romanos.

Sale el Papa de Viterbo para Roma, donde entra 63 años despues de la muerte de Benedicto XI. Se le recibe con los honores debidos al soberano y jefe de la iglesia: fué visitado por el emperador Carlos IV, Pedro rey de Chìpre, y la reina Juana de Nápoles.

(1) *Italia*, pág. 136.

El emperador habia salido al encuentro del Papa hasta Viterbo. Cuando Urbano hizo su entrada á caballo, el emperador y el conde de Saboya sostenian el freno cada uno de su lado. La emperatriz llegó algunos dias despues, coronándola el papa el dia de Todos los Santos, en la celebracion de la misa. Se dice que el emperador reemplazaba las funciones de diácono (1), pero no leyó el evangelio, lo que no podia hacer hasta el dia de Navidad.

Salió el Papa de Roma para evitar los calores, á los 11 de marzo de 1367; tomó el camino de Viterbo, donde decidió á favor de los dominicos, el litigio que sostenian contra los cis-tercienses, relativamente al cuerpo de santo Tomas, que los últimos poseian en *Fuossa-Nuova*, de donde sus reliquias fueron trasladadas á la iglesia de dominicos de Tolosa, tal como lo han dicho los Bollandistas, tom. 1.^o de marzo.—pág. 725.

La órden de los *jesuatos* habia sido fundada en 1360 por el bienaventurado Juan Colombini, noble sienés, antes revestido del cargo de *Gonfaloniero* (primera dignidad de su república). Despues de haberse separado de su mujer, y con su asentimiento, el fundador, al frente de sesenta de sus compañeros, coronados de hojas de olivo, se presentó al Papa, quien aprobó la órden, dándoles la regla de san Agustin.

El pío fundador murió á los 31 de julio de 1367, el mismo dia en que murió despues san Ignacio de Loyola fundador de los jesuitas. La órden de los jesuitas fué extinguida por Clemente IX en 6 de diciembre de 1668, y Colombini continuado por Gregorio XIII en el martirologio romano.

El 15 de abril de 1369, Urbano canonizó á san Eleazar, conde de Sabran; despues marchó á Viterbo para evitar los calores. Allá, los Peruginos, que querian sustraerse del poder de la Santa Sede, le declararon la guerra. Llegaron hasta las puertas de Viterbo, poniendo á fuego y sangre todos los lugares que entraban. El Santo Padre, que conocia cuanto estos ataques fortificaban al partido de los que querian regresar á Aviñon, publicó una cruzada contra los de Perugia, y llegó á someterles.

(1) *Biogr. univ.*, XLVII, 195.

En este año convencido Paleólogo de las benéficas intenciones del Santo Padre, se fué á Roma. Se postró á los piés del Pontífice universal, quien le recibió casi con los mismos honores que se tributan al emperador de Alemania. Paleólogo, en la iglesia del Santo Espíritu, abjuró el cisma, jurando que el Espíritu Santo procede del padre y del hijo; que la eucaristía puede celebrarse tanto con el pan ácimo, como el fermentado, y que el pontífice romano tenia la primacia sobre todas las iglesias del mundo. Se redactó un acta de este juramento en griego y en latin. El emperador la cerró con un sello de oro, y la entregó al Papa para que la conservara en los archivos de la iglesia.

En 21 de octubre, el emperador fué á san Pedro. El Papa vestido con sus hábitos pontificios, le recibió en lo alto de la escalera; el emperador se arrodilló, besó los piés del Pontífice, se levantó, y le besó la mano y la boca. Entraron juntos en la iglesia donde Urbano entonó el *Te-Deum* y celebró la misa; luego le dió una espléndida comida.

En 1370, Urbano tuvo la satisfaccion de saber que los griegos empezaban á reconocer de buena fe la supremacia de la iglesia romana. La princesa Clara, viuda del príncipe Alejandro, gefe de los valacos, habia abrazado la fe católica. Una de las hijas del príncipe de Bulgaria siguió este ejemplo. Regresaron á la iglesia esta vez los moldavos, albaneses, rusos y georgianos.

La guerra entre los reyes de Aragon y Navarra, entre los franceses é ingleses, y quizá tambien la revuelta de los Perugios, vista tan de cerca por el mismo Papa, inclinaron á algunos cardenales, que amaban las delicias de la Provenza y la paz de que gozaban en medio de estos pueblos cuerdos y amigos de las artes, á suplicar su regreso á Aviñon. Urbano cedió, y conoció la extension de la falta que habia cometido nombrando tantos cardenales franceses, ó de la provincia de Aquitania.

Las lágrimas de los romanos, que ciertamente ningun disgusto habian dado al Papa, nada pudieron conseguir. Este se escusó declarando que él y su corte agradecian infinito las pruebas de respeto que habian merecido, y que él no tenia

otros motivos para dejarles, que las nuevas necesidades de la Iglesia, y el estado de hostilidad continua en que se encontraba una parte de la Europa.

Pedro, príncipe real de Aragón, y religioso de la orden de menores, uno de los adictos á la Santa Sede y que mas habia instado á Urbano para regresar á Roma, suplicó á éste vivamente no emprendiera el camino de Aviñon; le hizo ver que podia organizarse un cisma en que moririan una infinidad de inocentes cristianos. Finalmente, Sta. Brígida dijo al Papa, que la Virgen le habia revelado que si él partía, apenas llegado á Provenza, moriria; lo que sucedió así.

Nada pudo detener á Urbano y persistió en su determinacion peligrosa. Habia vivido en los Estados pontificios tres años y nueve meses. En 26 de agosto salió de Montefiascone, y se embarcó cerca de Corneto á los 5 de setiembre de 1370, en un magnífico buque escoltado por muchos otros de diferentes naciones. Entró en Marsella á los 16 de setiembre, y vió de nuevo el palacio de Aviñon á los 24 del mismo.

Habia empezado Urbano á escribir afectuosas cartas para recomendar la paz, cuando fué atacado por una fiebre continua, durante la cual no quiso despojarse de los hábitos religiosos.

Cada dia empeoraba su enfermedad: entonces se hizo trasladar del palacio apostólico al de su hermano el cardenal de Albano, donde murió á 19 de setiembre, de 61 años de edad.

Urbano gobernó la Iglesia 8 años, un mes y 23 dias.

Fué desde luego revestido con los hábitos de su religion, y depositado en la capilla de Juan XXII, que forma parte de la iglesia de santa María *in dompnis*. El último de marzo de 1371 fué trasladado á Marsella, donde se le enterró en la iglesia de san Victor, de la que habia sido abad. Gregorio XI, su sucesor, encomendó á diez cardenales que acompañasen el cuerpo y honrasen esta pompa, que él mismo habia dispuesto.

Adornaban á Urbano las mas bellas virtudes, y todas las que convenian á su dignidad suprema.

Los reyes de Francia eximieron de los impuestos por largo tiempo el país en que habia nacido.

Waldemaro rey de Dinamarca, con motivo de los milagros

que despues de su muerte habia obrado este Papa, suplicó durante cinco años á Gregorio XI que le canonizara, Urbano apreciaba la magnificencia y protegía las letras. Instituyó la Academia de Cracovia en Polonia, y aumentó los privilegios de la de Bolonia. Fundó en Montpellier un colegio para doce jóvenes de la ciudad y diócesis de Menda, para que aprendiesen la ciencia de la medicina. Este pontífice mantenía también á sus expensas á varios alumnos en muchas otras universidades. Era muy liberal con los pobres, y sobre todo, con los que habiendo sido ricos, se habian empobrecido por desgracias imprevistas. Se le tenia por inimitable en la piedad; él fué quien costeó las urnas suntuosas que guardan las cabezas de san Pedro y san Pablo en la iglesia de san Juan de Letran. Cancellieri, en su historia de los *Possesi*, ha hecho una exacta descripción de dichas urnas. Las revoluciones han hecho desaparecer parte de los adornos con que estos bustos estaban enriquecidos.

Urbano se mostró parco en los favores que concedió á sus parientes. No elevó á ninguno sin merecerlo por su mérito personal, y los socorros en metálico que creía no poder rehusarles, eran de escaso valor. Tampoco enriqueció á ninguno de sus parientes legos; ordenó á su padre que renunciase á una pensión de 600 libras que le habia señalado el rey de Francia, por atención á la dignidad pontificia. Solo tenia un sobrino y le casó con la hija de un mercader de Montpellier, que él no hubiera escogido, si su tio hubiese sido menos modesto.

Se acordaba muy bien de las injurias que habia recibido en su vida privada, pero no se vengó. Una vez el arzobispo de Sens, Guillermo, le habia tratado con algun rigor, relativamente á un censo que no se debia, y que el abad Grimoard no queria pagar, llegando el prelado casi á decirle: «Ya os vengareis cuando sereis papa.» Nombrado pontífice, Urbano llamó al arzobispo y le dijo: «No queremos vengarnos de un ultraje que sin duda no habeis olvidado; al contrario, queremos elevaros en dignidad. No teneis mas que una sola cruz; desde ahora tendreis dos; os nombramos patriarca de Jerusalem.» El Papa, á pesar de ello, conservó aun á este arzobispo las rentas de que antes gozaba.

La Santa Sede estuvo vacante 10 dias.

203. Gregorio XI. 1370.

Gregorio XI, llamado antes Pedro Roger de Beauford, era hijo de Guillermo conde de Beauford: éste pudo ver durante su vida la exaltacion al s6l6o pontificio de su hermano y de su hijo, y á otro hermano, dos sobrinos y cinco primos, recibir el capelo de cardenal. Pedro Roger nació en Marmont, di6cesis de Limoges; fué sucesivamente can6nigo de Par6s, arcediano de Ruan y notario apost6lico. Era un hombre de excelente car6cter, distinguiéndose por una grande aplicacion al estudio, en particular al de la legislacion. Se dice tuvo por catedr6tico en la universidad de Perusa al famoso Pedro Balde, de quien hacia gran caso y al que consultaba en los negocios importantes.

Apenas contaba la edad de 17 a6os, cuando fué creado cardenal por Clemente VI, su tío materno, recibiendo el título de *santa María la Nueva* en 29 de marzo de 1348; siendo luego cardenal arcipreste de la basílica de San Juan de Letran.

En 30 de diciembre de 1370, fué elegido pontífice, contra su voluntad, por los diez y nueve cardenales que con él se habian reunido en c6nclave. No contaba mas que 39 a6os, pero tenia el car6cter de la madurez.

El cardenal Guy de Bolonia, obispo de Porto, le ordenó de presbítero en 4 de enero de 1371. El día siguiente fué consagrado obispo (*Novaes*, 4, 193), y coronado solemnemente. Despues de esta ceremonia, tuvo lugar la de la cavalgada ó paseo en la ciudad de Avi6on. El duque de Anjou, hermano del rey de Francia Carlos V, sostenia el freno del caballo del Papa.

Este, que habia tomado el nombre de Gregorio XI, declaró, por su primera constitucion (1), que la basílica de San Juan de Letran era la principal silla del Soberano pontífice, y la primera en dignidad entre todas las iglesias.

(1) *Super universas Bullas*, tom. I, pág. 283. Véase *Cherubini*.

Siguiendo las huellas de su predecesor, Gregorio emprendió el restablecer la paz entre los reyes de Francia é Inglaterra; pero fueron inútiles todos sus esfuerzos. Los dos legados enviados al efecto, parece no secundaron bastante las miras del Papa. El legado en París, cardenal de Dormans, habia sido canciller de Francia, y solo atendia á los intereses de su corte. El otro, Simon de Langham, antiguo arzobispo de Cantorbery y legado en Inglaterra, habia tenido de que quejarse del rey Eduardo III. Esta doble parcialidad frustró las negociaciones.

Otros legados enviados cerca de Enrique, rey de Castilla, de Pedro, rey de Aragon, y de Fernando, rey de Portugal, obtuvieron mas buen resultado y convinieron treguas por algunos años. Fernando se abstuvo durante algun tiempo de retener el libre dominio de algunas ciudades del arzobispado de Braga, y Amadeo, conde de Saboya, prometió no continuar la espoliacion empezada contra el obispo de Génova, hasta entonces reconocido por señor de dicha ciudad.

En 1371, hácia el 6 de junio, encontrándose Gregorio en Aviñon, hizo una promocion de doce cardenales: uno era español, otro pertenecia á la familia de los condes de Ginebra; éste era Raoul, que fué luego antipapa y se dió el nombre de Clemente VII (1); los diez otros eran franceses, cinco de la provincia de Limousin, paisanos ó parientes del Papa. Novaes (4.º, 197) dice que Gregorio obró así para contrarrestar la autoridad de los antiguos cardenales, que le conocian de un carácter dulce y modesto, y por ello habian adaptado un imperioso gobierno (2).

En 1372, Gregorio mandó por primera vez celebrar en Oc-

(1) Fleury dice: «Roberto de Ginebra, hermano del conde de la misma ciudad, luego *papa Clemente VII.*» Nos encontramos en el año 1371, y debe decirse que no hubo otro papa *Clemente VII* que el cardenal de Médicis, creado en 1523, predecesor de Paulo III Farnesio. Estas alegaciones de Fleury no pueden mas que inducir al error á los jóvenes seminaristas que verán este sentimiento enteramente heterodoxo. No niego por ello que el falso Clemente VII haya sido reconocido papa en Francia. Esta fué una de las faltas en que incurrió el rey Carlos V. (Véase Fleury, VI, 214, edicion de 1840-44).

(2) Véase Bercastel, *Hist. de la Iglesia*, tomo XIV, pág. 228.

cidente, en 21 de noviembre, la fiesta de la presentación de la bienaventurada Virgen María. Pedro, rey de Chipre, envió al Pontífice el oficio de esta solemnidad puesto en música y tal como se cantaba en Oriente. Gregorio lo aprobó, haciéndole ejecutar en la iglesia de menores de Aviñon, propagándose de allí por todo el Occidente. Alegándose que esta fiesta no se remontaba á grande antigüedad, fué luego suprimida en el breviario por san Pio V; pero despues el padre Francisco Turiano, jesuita, habiendo probado, con diversos testimonios de Santos Padres griegos y latinos, que dicha fiesta se celebraba antiguamente, Sixto V la hizo reponer en el almanaque (1).

Bernabé Visconti no cesaba de invadir las tierras de la Iglesia, y de excitar en Milan el mas violento ódio contra su administracion.

Este malvado (2), indigno de llamarse hombre y cristiano, queriendo atemorizar á sus enemigos con suplicios, cuales antes de él nadie habia imaginado, mandó con un edicto que explica textualmente Pedro Azario, notario de Novara, que el suplicio de los *criminales de estado* durase cuarenta y un dias. Los tormentos no podian aplicarse mas que en los impares. El dia primero, tercero, quinto y séptimo los condenados debian recibir cinco veces el trato de cuerda; los pares, estos infelices eran dejados en un horrible reposo; el noveno y undécimo dia se les hacia beber á la fuerza agua mezclada con cal y vinagre; el décimotercio y décimoquinto se les levantaba la piel de la planta de los piés; el décimoséptimo y décimooctavo se les arrancaba un ojo, y sucesivamente un pié, el uno despues del otro. En fin, continuando con otras abominables atrocidades, el cuadragésimoprimerero el desfigurado tronco que podia aun subsistir, era atenaceado y terminaba sus sufrimientos sobre la rueda.

Cuando fué pronunciada la excomunion contra Bernabé, no hubo una sola voz en Europa que reclamara contra la sentencia.

(1) Véase de Sponde, *Anales eclesiásticos*, año 1572, n.º 9; Lambertini, *de Festis B. Mar. Virg.*, parte II, n.º 481 y 482. Véase además Sandini, *Hist. Fam. sacræ*, cap. 5, de *Maria Virgine*.

(2) *Italia*, 135.

Las guerras civiles asolaban aun la Italia. Fué en aquella época cuando se convino que, despues de haberse formado un tratado , en caso de contravencion á las condiciones de una paz cualquiera, el Papa juzgaria, y el infractor seria sometido á la *excomunion* y al *entredicho*.

Hé aquí la doctrina de la excomunion y del entredicho reconocida por poderes seculares como un castigo legal, y que están prontos á sufrir en caso de perjurio. La cuestion de la excomunion era una necesidad de hecho , habia venido á ser una legislacion del tiempo , é indispensable cuando reinaba un Bernabé.

Aun cuando el emperador Paleólogo habia regresado al seno de la *Iglesia madre* , no obstante muchos griegos persistieron en sus antiguos errores. Gregorio juzgó conveniente, en 1373, enviarles dos nuncios, uno de la órden de predicadores y otro de la de menores. El Papa exortaba al clero y pueblo de Constantinopla á que condenase absolutamente y para siempre el cisma que todavía sostenian.

Luego, para defender la religion católica y refrenar el orgullo de los musulmanes , hizo predicar una cruzada en Alemania y otros países , concediendo indulgencias á todo él que tomara las armas contra los enemigos del nombre cristiano. Al propio tiempo , las quejas que excitaban las barbaridades de Bernabé Visconti , producian una indignacion universal : en 7 de marzo , Gregorio le citó á presentarse ante la Santa Sede para oír la sentencia que seria pronunciada contra él, siguiendo las penas establecidas por los cánones contra los sacrílegos , asesinos , perseguidores de la Iglesia y eclesiásticos, y finalmente contra los inventores de suplicios desconocidos en la historia. Esta sentencia fué apoyada por un ejército que mandaba Amadeo, conde de Saboya y hermano del cardenal Roberto.

Se acercaba la ceremonia del jubileo ; mandó el Papa que, á mas de las visitas á las basílicas de san Juan de Letran, san Pedro y san Pablo, extramuros, se hiciera tambien la de santa María mayor.

En 1375, durante la celebracion del jubileo, Gregorio prescribió á todos los prelados , por una bula de 29 de marzo, se

volvieran á sus iglesias; habia ya hecho con frecuencia las mismas recomendaciones desde que ocupaba la cátedra de san Pedro. Los patriarcas, arzobispos, obispos, abades y otros superiores de monges, debian regresar antes de dos meses á sus iglesias ó á sus monasterios, y no moverse de allí. Quedaron esceptuados de esta órden los legados, cardenales, los cuatro patriarcas de Oriente, los nuncios y demás oficiales de la corte romana.

Fué entonces cuando cierto dia habiendo encontrado á un obispo extranjero que habitaba todavía en Aviñon, el Papa le dijo: «¿Qué haceis vos aquí? ¿por qué no volveis á vuestra iglesia, que debeis amar como á vuestra esposa?» El obispo respondió con tanta precision como libertad: «Y vos tambien, Santo Padre, porque no regresais junto á vuestra esposa, mucho mas ilustre y atractiva que la mia (1)?»

La libertad de esta respuesta no hizo mas que confirmar á Gregorio en la severa resolucion que habia tomado ya con tiempo de poner fin á esta viudez que hacia gemir á la Iglesia romana, trasladada fuera de su natural mansion.

El Santo Padre era continuamente exortado á este regreso por Pedro, infante de Aragon, santo hombre que tantos esfuerzos habia empleado para retener á Urbano V en Roma.

El Pontífice debia tambien contestar frecuentemente á las súplicas de santa Catalina de Sena y de santa Brígida, que no cesaban de pedir al Papa que regresara á Roma (2).

(1) Baluzio. Vida de los papas de Aviñon, tomo I, 479. Bercastel, *Hist. de la Iglesia*, XIV, 242.

(2) Novaes, IV, 202. El mismo Novaes, sin temor de debilitar en parte lo que acaba de decir, añade en una nota de la misma página: «Gerson escribe, in *Tract. de examinatione doctrinarum*, pág. 11, *consid.* 5 que Gregorio al morir, sosteniendo el cuerpo de Jesucristo, habia conjurado á todos los que estaban presentes se guardasen de ciertos hombres y ciertas mujeres, que divulgando, bajo pretexto de religion, las visiones de su imaginacion, le habian engañado y empeñado á despreciar el prudente consejo de los suyos; y hubieran conducido á la Iglesia al peligro de un cisma, si su esposo Jesucristo, no hubiese providenciado lo contrario.» Novaes continúa: «De Sponde (*Anales eclesiásticos*, año 1378), cree tambien que Gregorio ha querido con estas palabras aludir á las instancias de Pedro de Aragon, santa Catalina de Sena, y santa Brígida. Pero Natal Alejandro, en la vida de este pontífice, considera con mas razon que este relato de Gerson es falso. Por otra parte,

Es cierto que, independientemente de estas solicitudes, el Santo Padre habia recibido una embajada de los romanos, los cuales, en caso de resistirse el Papa, habian convenido secretamente elegir pontífice (Novaes 4.^o 203) al abad de Monte-Casino, su conciudadano (Baluzio, pág. 1195) que prometia no abandonar á Roma. Entonces Gregorio declaró que partia, y lo anunció oficialmente al emperador, á diversos soberanos, y á todos los señores y pueblos de Italia.

Apenas supo el rey de Castilla esta resolucion positiva del Santo Padre, atendida la vecindad del Pontífice que le alentaba para perseguir á los sarracenos, manifestó con una expresiva carta el disgusto que le causaba esta partida. Gregorio respondió que habiendo considerado, delante de Dios, la utilidad que reportaba á la Iglesia la vuelta de la autoridad de la Santa Sede á Roma, se encontraba en la necesidad de cumplirlo; pero que á pesar de todo llevaria en su corazon la memoria del rey y de sus súbditos. Al propio tiempo ofreció todas las gracias apostólicas que podia conceder.

Carlos V hizo tambien muchas diligencias para retener á Gregorio. Esta comision fué confiada al duque de Anjou, hermano de este monarca. Manifestó el duque que tal partida alarmaba al rey, y que el Santo Padre iba á correr en Italia graves peligros en la ingrata Roma, que no sabia dar por mucho tiempo una agradable residencia al Papa.

Algunos cardenales unieron sus súplicas á las de los dos monarcas; los parientes del Papa sobrevinieron tambien y le molestaron con sus interesadas quejas: los parientes son fácilmente admitidos en las cortes de los príncipes y les está permitido atormentar á los espíritus irresolutos con siniestras predicciones, continuamente repetidas.

Gregorio fué inflexible, y respondió no podia faltar á su palabra; que habia hecho un voto á Dios, y que sostendria una promesa que ningun poder le haria revocar.

Gerson no ha nombrado ni á Catalina ni á Brígida; el que las ha nombrado para emponzoñar mas las canonizaciones de los santos, es el apóstata Marco Antonio de Dominis; diferentes autores se oponen á la expresion de este pérfido arzobispo de Spalatro. Véase Lambertino, *de la Beatificacion de los siervos de Dios*, cap. último, n.^o 16; y Gerónimo Gli, *in Epist. S. Catharinæ Senensis*, pars. II, ep. 9, pág. 59.

El autor de la cuarta vida de Gregorio IX, que se encuentra en Baluzio, añade que la madre del Pontífice, arrodillada en la puerta del palacio, probó de impedir la marcha de su hijo. Este hecho no es exacto; hablamos de los acontecimientos de 1375, y la madre de Gregorio habia muerto en 1346.

Sin embargo, el Papa creyó prudente conceder una demora á los dos príncipes, el rey de Aragon y el rey de Francia, que le suplicaban indiscretamente prefriese sus aislados y particulares votos á los de toda la cristiandad. La Francia y la Inglaterra estaban prontas á firmar un tratado de paz concedido por la mediacion pontificia. Gregorio consintió diferir su marcha por algunos meses, y durante todas estas conferencias tuvo la dicha, con motivo de diversos suplicios inopuestos con precipitacion en algunas condenas, de obtener que en lo sucesivo, tanto en Francia como en cualquiera parte, cesara la antigua costumbre de rehusar el sacramento de la penitencia á los reos que siempre la solicitaban en vano y con todas las muestras del mas sincero arrepentimiento.

No fué hasta mas tarde que estas almas tan nobles, compasivas y generosas hijas de Jesucristo, que tanto abundan en nuestro clero francés, tuvieron el permiso de subir á la fatal carreta para acompañar á los condenados hasta el último momento de su vida. Extranjeros me han dicho con frecuencia, que este clero admirable, pálido, derramando lágrimas, que hace besar el crucifijo al paciente, y el verdugo con sus ayudantes que espera su presa, ofrecen en nuestro país un espectáculo de consuelo y de espanto que no puede borrarse jamás de la memoria.

En 20 de diciembre de 1375, Gregorio hizo una promocion de cardenales; última que tuvo lugar en Aviñon: habia siete franceses, un solo italiano y un español. Hemos hablado bastante de la funesta parcialidad de los papas de Aviñon.

En 1376, el Santo Padre excomulgó á los florentinos convictos de haber ofendido á los legados apostólicos. Los Florentinos enviaron entonces á Santa Catalina de Sena en calidad de embajadora (Novaes 4.º 207.) para dar al papa una cumplida satisfaccion. Les admitió y volvió á abrir el seno de la Iglesia; pero la paz no fué de larga duracion.

En 10 de setiembre del mismo año, Gregorio salió de Aviñon, acompañado de varios cardenales. Quedaron seis en dicha ciudad, entre otros Juan de Blandiac, que recibió el cargo de vicario cerca del gobierno veneciano.

En 12 de octubre, Su Santidad se embarcó en Marsella á bordo de la *Capitana* de los caballeros de San Juan de Jerusalem, cuyo timon guiaba el gran maestro de la orden, Fernando Heredia, habiendo su habilidad y experiencia salvado al Papa de un inminente peligro, en las costas siempre *tempestuosas* de la Provenza. Gregorio desembarcó en Génova, donde se detuvo algunos dias, y salió para Liorna el 28 de octubre. Recibió allí de los pisanos todos los víveres que podia desear. Otra tempestad arrojó al Papa á las costas de Piombino; finalmente, desembarcó cerca de Corinto, donde celebró la fiesta de Navidad.

En enero de 1377, despues de nuevos peligros que sobrellevó con valor, Gregorio entró en Ostia, remontó luego el Tiber (1), y desembarcó cerca de la puerta de San Pablo.

Los magistrados de Roma (Novaes 4.^o 208) acogieron á su soberano con las mas grandes demostraciones de respeto, alegría y enternecimiento. La entrada solemne tuvo lugar el 17 de enero.

Gregorio devolvió á la afligida (2) ciudad de Roma la silla apostólica que habia sido establecida en Aviñon durante setenta y un años, siete meses y once dias, es decir, desde el 5

(1) Pedro Amelio, religioso agustino, obispo de Sinigaglia, ha descrito este viaje, pues formaba parte del cortejo de Su Santidad. Alfonso Chacon ha hecho esta relacion en sus *Vit. Pontif.*, y Muratori en sus *Script. rer. ital.*, tom. III, part. II, pág. 690.

(2) Actualmente la poblacion de Roma es de 467,421 habitantes: bajo el reinado de Inocencio III, se encontraba ya reducida á 35,000. Este pontífice en su obra de *Contemptu mundi*, cap. IX, pág. 298, dice que pocos habitantes llegaban entonces á los 40 años, y muchos menos á 60. Cuando Gregorio XI regresó de Aviñon, apenas se contaban en la ciudad de Roma 17,000 almas; estaba toda dismantelada. El célebre médico Mons. Lancisi, en su libro de *Nativis, deque adventitiis romani cæli qualitatibus*, pág. 120, Roma, 1743, señala las principales causas de la disminucion de la poblacion por la larga estancia de los pontífices en Aviñon. Añadiremos aquí una estadística que data desde 1800. En este mismo año la poblacion se elevaba á 153,000 habitantes; en 1801, bajo Pio VII, y en los momentos de inquietud en que

de junio de 1305, día en que Clemente V fijó su residencia oficialmente, hasta el 17 de enero de 1377 en que Gregorio XI entró en Roma.

Iba á caballo (De Sponde, Annal. eccles. ad. annum 1377 n.º 1.) acompañado de trece cardenales, seguido por una muchedumbre de pueblo de Roma y sobre todo de sus alrededores y del litoral; visitó por la noche, y en medio de los universales aplausos, la iglesia de san Pedro, cuyo templo estaba alumbrado con un inmenso número de antorchas y luces de todos colores.

Uno de los primeros cuidados del Papa, así que hubo descansado del viaje, fué el de ocuparse de la heregía de Wiclef, y escribió al arzobispo de Cantorbery y al obispo de Londres: « Hemos sabido con dolor que Juan Wiclef, doctor en teología y cura de Lutervolt, en la diócesis de Lincoln, sostiene y predica públicamente algunas proposiciones falsas y erróneas, de las cuales algunas se parecen á las de Marsili de Pádua y de Juan de Jandun, de los *fraticelli* y de otros, condenadas por nuestros antecesores. Debeis avergonzaros y tener remordimientos de conciencia por haber tolerado hasta aquí tales errores: es por ello que ordenamos os informéis si es cierto que Wiclef haya sostenido las proposiciones de que os remitimos copia.»

Otra bula encargaba á los mismos prelad0s pusieran este

la batalla de Marengo dejó á la Italia, no fué mas que de 146,000; en 1802, 144,000; en 1805, 140,000; en 1804, 156,000. Hasta 1809 estuvo poco mas ó menos estacionaria. En 1810, despues del rapto de Pio VII, descendió á 125,000; en 1811, remontó á 128,000; en 1812, volvió á 121,000; y en 1815, á 117,000.

Vamos á ver los efectos de la restauracion de 1814. Entonces la poblacion se elevó á 120,000; en 1815, á 128,000; hubo poca diferencia en 1816: la Francia estaba invadida por extranjeros y la guerra podia reproducirse. En 1817, encontramos 151,000 habitantes; en 1818 153,000; en 1819, 154,000; en 1820, 155,000; en 1824, 158,000; en 1827, bajo Leon XII, 140,000; en 1828, 142,000; en 1850, 147,000; en 1851, 150,000; la poblacion disminuye hasta 1854; en 1855, 152,000; en 1856, 155,000; en 1857, 156,000; en 1858 disminuye de 8,000 habitantes; en 1841 se remonta á 158,000; y como hemos dicho, bajo Gregorio XVI y su paternal administracion, la poblacion se ha elevado en 1845, á 167,121. Se asegura que en 1846 excederá de 170,000 habitantes.

negocio en noticia del rey Eduardo, sus hijos, la princesa de Gales y grandes del reino. Una tercera bula fué dirigida á la universidad de Oxford, conteniendo iguales cargos hácia la conducta de los doctores omisos en reprimir los errores de Wicief, cuyo progreso ordenó el Papa que impidieran (1).

Dichas doctrinas empezaban á extenderse ya en la Gran Bretaña. El heresiarca atacaba á la Iglesia, al papa y á las órdenes religiosas, no demostrando ningun respeto á los sacramentos y gerarquía eclesiástica. Durante algun tiempo, pareció que Wicief abjuraba estas blasfemias; pero no tardó en defender altamente la doctrina de Berenger, de los *Vodenses* y *Albigenses*; no se detuvo en su furor, y sostenido por señores poderosos, se desencadenó contra el dogma de la omnipotencia de Dios y procuró introducir en el mundo la idolatría y ateísmo. Veremos como el concilio de Constanza condenó mas tarde errores tan perniciosos.

El rey Eduardo III ya no existía cuando las bulas del papa Gregorio pudieron llegar á Inglaterra. Murió á los 21 de junio de 1377, habiendo reinado cerca de 51 años. Fué su sucesor Ricardo II, hijo de Eduardo, príncipe de Gales, muerto en el año anterior. Ricardo que contaba la edad de 11 años, fué coronado en Westminster, el 16 de julio, y reinó bajo la direccion de Juan, duque de Lancaster, su tío. Este y Enrique Percy, mariscal del reino, sostenian á Wicief.

Gregorio temia las enfermedades de estío de Roma, y pasó con toda su corte á Anagni, donde fijó su residencia hasta fin de noviembre de dicho año.

Atormentaban al Papa con la idea de regresar á Francia. Los cardenales franceses renovaban diariamente sus instancias á este objeto. En consecuencia, deseando proveer algo á la eleccion de su sucesor, firmó, en 19 de marzo siguiente, una bula en la que decretó importantes disposiciones.

«A la muerte del pontífice, los cardenales que se encuentran en Roma, ó su mayoría, podrán, sin llamar ni esperar á los ausentes, escoger un lugar en Roma, ó fuera de ella, para reunirse en cónclave.» A pesar de la oposicion de una minoría

(1) Fleury, VI, 226.

podía obrarse, y sin conformarse á la ley que exige las dos terceras partes de votos, era permitido elegir á la sola mayoría de los cardenales presentes, es decir, la mayoría de siete contra seis. Era válida la elección por esta vez, y cualquier elegido de este modo, aun cuando existiese una minoría bastante fuerte, sería el verdadero pontífice y pastor de la Iglesia universal.

Pero sobrevino la muerte antes de que el Pontífice hubiese podido efectuar su regreso. El Papa observaba (Novaes, IV, 211) que la estancia en Roma no convenía, que los romanos despreciaban sus decisiones, cuando eran recibidas con respeto por las demás potencias del catolicismo.

Una de las circunstancias que afligian más al Papa era la de la desobediencia de los *banderesi* (*ricos hombres*), que habían depositado á sus piés los estandartes, símbolo de su autoridad; los habían vuelto á tomar al efecto de continuar gobernando independientemente. Gregorio se vió obligado á ceder á dicha prepotencia, de otra suerte hubiera tenido que temer violencias.

Además, las ciudades rebeldes habían prometido someterse; pero lejos de cumplire esta sabia determinación, excitaban á los *comuni*, que habían sido fieles, á revolucionarse. Se levantaban por todas partes pequeños tiranos que insultaban la dignidad pontificia, y los florentinos (á pesar de ser güelfos, es decir, protectores de Roma, como se llamaban) sostenían la resistencia de los no sometidos, *podestades*.

Afligido por tantos desórdenes y no pudiendo resistir más los dolores del *mal de piedra*, que le quitaban toda fuerza y valor, Gregorio cayó gravemente enfermo y murió en 28 de marzo de 1378 á la edad de 47 años menos algunos días, después de haber gobernado la Santa Sede 7 años, 2 meses y 28 días entre Aviñon y Roma.

Novaes refiere el dictámen de Bercastel acerca los pontífices de Aviñon, y manifiesta su propia opinión después de haber citado la del historiador francés. (Novaes, IV, 212).

«Gregorio XI, dice Bercastel (*Hist. de la Iyles.*, tom. XIV, pág. 251) fué el séptimo y último de los pontífices que la iglesia de Francia, en el trascurso de más de 70 años, dió consecuti-

vamente á la Iglesia universal. Aunque sus pontífices fuesen todos, sin distinción, ilustres por su talento y luces, que su mayor parte se distinguieran por la santidad de su vida, y que en fin, algunos hubiesen tenido el don de hacer milagros, sin embargo, sus nombres no son muy recomendables para la iglesia romana, que les ha hecho responsables de desórdenes funestos y de la desolacion que ha sufrido durante mas de un siglo. La estraña traslacion de la silla apostólica á Francia, es un hecho que por sí solo imprime á su nacion una mancha, un borron, que el brillo de todos sus talentos, unido á muchas virtudes, no ha podido borrar, y que al curso de tantos siglos tampoco le ha sido dable debilitar. » Novaes continúa en estos términos: «Así habla de nuestros tiempos un francés que imputa en sus compatriocios, así como en los italianos, una ciega parcialidad cuando tratan esta cuestion. Este francés, sosteniéndose entre ambos partidos, deja no obstante conocer cuan digna de vituperio es la traslacion de la cátedra de Pedro á Aviñon, privando de este derecho al lugar propio por tantos títulos, en favor de un sitio que por tantas razones no convenia. Me refiero á este francés porque ha hablado de este hecho con un dictámen concienzudo en los tomos 13 y 14 de su historia. »

Esta opinion de Bercastel me parece sana y juiciosa; sirve para destruir en parte acriminaciones inútiles, pues el mal está curado. El autor dice lo bastante para probar que la repeticion de semejante escándalo seria un deplorable infortunio para la religion en cualquier país que se efectuara. Novaes que escribe con dulzura, cuidado, y con bastante valentía, segun dice Bercastel, me parece un hombre de paz, conciliacion, ingenio y orden. Novaes se atreve tambien á vituperar esta usurpacion, que fué ciertamente culpable. Yo, detenido sin cesar en la línea de las consideraciones, de la calma, pero de la calma que no duerme siempre, creo debia concederse el perdon; pero es preciso proponer uno de estos perdones condicionales que imponen la obligacion de no incurrir en la misma falta. ¿Quién sabe si la amargura de exagerados rencores, si la obstinacion que priva de los derechos de independencia, mal comprendidos, si los viles errores que nacen en toda que-

rella, despues de denunciaciones recíprocas; quién sabe, si todas estas circunstancias, dolorosas para Roma y Francia, no han contribuido alguna vez á alejar la paz y la concordia? Ellas no deben cesar entre la madre que tiene todos los derechos, y la hija que presta por su amor un tan gran socorro á la madre, ó que por su odio é indiferencia causa tantos disgustos en la capital de la cristiandad. Por fin, pontífices algo asustadizos han hecho mal, sin duda, de marcharse de Roma y aconsejar á sus sucesores abandonarla. Clemente V dió un ejemplo que ha producido grandes males; pero tambien los sucesores debian mas vivamente reclamar *su patria*, pues todo pontífice, sea cualquiera el país donde haya nacido, se hace romano el dia de la consagracion. El error fué grave por parte de los papas franceses; no lo fué menos por la de los soberanos de este reino, dispuestos á creer que era muy útil tener un papa á su alcance; estos soberanos, como se ha podido ver, debieron reconocer que estos mismos pontífices franceses se opondrían alguna vez á esta especie de *nepotismo monárquico*, mas peligroso que el de familia. Se encuentran bulas de Aviñon que parecen haber sido firmadas en la época de la independenciam de Roma. Hubo tambien emperadores que sufrieron repulsas, y que se irritaron de sus errores. No tengo necesidad de citar mas ejemplos; se les ha visto acumulados en éstos anales y en la época á que pertenecen.

Toda capital importante, todo gobierno que desea la prosperidad en sus negocios, si son justos, se equivoca preparando acechanzas, mentiras, amenazas, si este crimen incierto viene á probarse; en rebajar el alto poder pontificio, tan profundamente arraigado en Roma, sujetándole pérfidamente para alcanzar atenciones, descuidos y bendiciones de mal agüero. ¿No se expone á grandes peligros el que prueba de tal modo oprimir la política religiosa de los demás? Los designios de Dios son impenetrables. Puede aun permitirnos los cambios que perjudican al equilibrio; puede causar debilidades, movimientos de orgullo, vociferaciones de retóricos, sofismas preparados, y olvidos de toda dignidad humana. Estas faltas de razon y embrutecimiento nos son bastante conocidas. Así, en el caso que fuera preciso suponer que *Roma*, volviera á ser, delante de San

Pedro , *súbdita indócil* , hé aqui lo que conviene hacer : es preciso volverla , á pesar de ella , la dicha que queria desconocer ; es preciso no permitirle desorganizar este inmenso culto cristiano , que tanto bien produce , y que puede y debe siempre hacer otro tanto. Si los reyes supieran cuán fácil es obtener de la Santa Sede , cada uno para sí , lo que es útil y saludable ; si constaba á los reyes que cada uno manda en aquella *ciudad de todos* , pero bajo condicion de no pedir mas que lo suyo , sin acechar ni tomar lo de los demás ; que cuando se cumple este derecho , que la sabiduría de Roma indica , si no se mira bastante claro , se negocia con ventaja , se obtiene tambien bastante pronto si se toma el partido de desprenderse de una *furia* dañosa á los negocios : si los reyes , repito , sabian esto , no incurririan en tantos errores!

No en vano , despues de tantos siglos , es Roma la ciudad de las negociaciones , tratados hábiles , reconciliaciones ; allí vive sin fortuna , y casi sin sueldo , una casta de hombres sagaces que sacan de las cancillerías , donde abundan los secretos de todo el universo , explicaciones que revisten de una noble latinidad ciceroniana , y que se nos envian por guia y brújula.

Esta digresion , ha sido oportunamente continuada al desaparecer el último papa de Aviñon . Tendremos desgraciadamente aun que relatar los desastres políticos que siguieron á la muerte de Gregorio XI . Este pontífice reparó , á lo menos en cuanto pudo , los males que en parte habia causado ; pues en fin , el cisma , este odioso cisma , estaba colocado en el terreno de la Iglesia , y extendia á lo léjos sus venenosas ramas , pudiendo ser comparado al del *upas* (árbol venenoso de Bornéo). Pero acabemos de dar á conocer el carácter de este Papa , que en algunas circunstancias extrañas á la cuestion que nos ocupa , ha merecido alabanzas de la cristiandad .

Gregorio era uno de los hombres mas ilustrados de su tiempo , célebre en el conocimiento del derecho canónico , de afable presencia , de benignas costumbres , distinguido por sus modales corteses , que tanto convienen á los soberanos . En todos los actos de Gregorio se encuentra su modestia , su bienhechor espíritu , prudencia , franqueza y natural liberalidad . Daba espontáneamente pruebas de proteccion y genero-

sidad á los sábios. Es preciso recordar tambien que este Papa amó demasiado á sus parientes ; pero no quiso engradecerles mas de lo que lo habian sido por su tio Clemente XI. Diremos, sin embargo, lo que refiere el padre Berthier en la *Hist. eccles. de Francia* : «Este papa tuvo constantemente consigo á su padre, hermanos y sobrinos , y á su instancia dispensó gracias, que no fueron siempre concedidas con discernimiento.»

Gregorio fué enterrado en la iglesia de santa María la Nueva , su antiguo título , llamada vulgarmente iglesia de santa Francisca Romana. Fué allí donde se concluyeron los *novendiali* (funerales de nueve dias) , que habian empezado en san Pedro.

En 1584 , el senado romano (1) hizo colocar en su tumba un epitafio que el padre Jacob continúa en su biblioteca pontificia , pág. 97, y que se encuentra tambien en el autor de las *Vidas de los papas de Aviñon* , pág. 522.

Los historiadores franceses de la época han hablado de este pontífice , en general con poco favor , porque fué quien restableció la Santa Sede á Roma : á los italianos tampoco les cayó en gracia (2) , porque la Península se encontró siempre en guerra y disension con la mayor parte de los gobiernos de aquel país.

El sόlío pontificio estuvo vacante once dias.

204. Urbano VI. 1378.

Urbano VI, llamado antes Bartolomé Butilli Prignani, descendia de una ilustre familia de Nápoles , y era arzobispo de Bari , á donde habia sido trasladado por Gregorio XI, procedente del obispado de Acerenza. Aun cuando se supo que no

(1) Novaes, IV, 215.

(2) Novaes, IV, 214.

era cardenal, fué elegido por unanimidad á los 60 años de edad, el 8 de abril de 1378, por diez y seis cardenales que habian quedado en Roma y formado el cónclave. Habia entre los mismos cuatro italianos, once franceses y un español. El sacro colegio se componia de veintitres cardenales: seis habian quedado en Aviñon, y el séptimo, Juan de la Grange, se encontraba de legado en Florencia. Vamos á explicar algunos detalles sobre esta eleccion.

En 7 de abril, estos diez y seis cardenales se habian reunido en cónclave. Un *caporione* (gefe de cuartel) de los *banderesi*, que gobernaban las divisiones municipales de Roma, se presentó para hablar á los cardenales de parte de los romanos, espresando á los electores sagrados que los habitantes de la ciudad querian un Papa romano. Les recordó que, antes de la muerte de Gregorio, los cardenales por sí mismos habian decidido seria así, para que el pontífice no saliese mas de Roma, á la cual dicha partida sumergiria en la ruina y desolacion. El cardenal de Glandeve contestó escogerian un hombre digno y propio para gobernar bien á la Iglesia, y el *caporione* se despidió de ellos añadiendo: « Quiera Dios que nos lo deis romano! de lo contrario os arrepentireis. » Apenas hubo salido cuando eligieron por unanimidad al arzobispo de Bari, al cual habian pensado ya elegir antes de reunirse en cónclave. Esta eleccion, enteramente libre y exenta de violencias, solo era obra del Espíritu Santo. Estos son los términos con que los diez y seis electores escribieron á los demás cardenales que habian quedado en Aviñon; se lee esta carta en el autor de *la vida de los papas de Aviñon*, pág. 338.

Un vago rumor anunció esta eleccion á Roma. Los romanos que esperaban ver la tiara colocada en la cabeza del cardenal Orsini, aun cuando su *caporione* no lo hubiese dicho, y que habian olvidado que este cardenal, uno de los dos romanos, era demasiado jóven, corrieron á buscar las armas, y asaltaron el Vaticano gritando: *lo queremos romano, lo queremos romano!* Despues del cardenal Jaime Orsini, no habia otro romano mas que el cardenal de san Pedro, muy viejo ya. Este cardenal se llamaba Francisco Tebaldeschi, y era de humilde condicion, habiéndosele dado el sobre-nombre de cardenal de

san Pedro, por haber sido decano de los canónigos de dicha basílica. En realidad su verdadero nombre hubiera debido ser el de cardenal de santa Sabina, pues era su título cardenalicio. Los sagrados electores, con el consentimiento del cardenal de san Pedro, publicaron que éste era el cardenal que habían elegido, el cual era romano. El bueno de Francisco Tebaldeschi se prestó á tal superchería. Se le revistió de los hábitos pontificales, y el pueblo se agolpó para ofrecerle sus obsequios. Esto parecía fácil, pues el verdadero elegido se encontraba ausente, y así no era necesario que dos cardenales se avinieran para engañar al pueblo.

Entre tanto el sacro colegio notició secretamente al arzobispo de Bari la eleccion legítima que habían hecho de su persona.

El cardenal de san Pedro, llegado á una edad decrepita, no podia resistir el dolor que experimentaba cada vez que los hombres del pueblo besaban sus manos entumecidas é hinchadas por la gota. Probó al fin con su débil voz hacerles entender que el elegido no había sido él, sino el arzobispo de Bari, escogido por él y sus cólegas.

Apenas el pueblo comprendió confusamente estas palabras, se enfureció terriblemente, corrió al Vaticano amenazando de muerte á los cardenales sino elegían inmediatamente á un romano; pero gritó inútilmente, no había mas que dos cardenales romanos; uno demasiado viejo que no consentía ser elegido, y otro que, por demasiado jóven, no merecia serlo.

Entonces los cardenales se encerraron de nuevo en cónclave, donde no hicieron mas que ratificar la eleccion conocida; luego comisionaron á Agapito Colonna para que dijera al pueblo podia matarles, pero que estaban todos resueltos á no hacer otra eleccion. Colonna debia añadir que ningun cardenal había obrado á su favor, pues la eleccion recaía sobre un arzobispo ausente.

El furor de los romanos empezó á calmarse. Se resolvió entonces, 9 de abril, en el cónclave, revestir al nuevo papa (que quiso llamarse Urbano VI), con los hábitos pontificales, colocarle en la cátedra de san Pedro, y cumplir las acostumbradas ceremonias.

Se reunieron otra vez los cardenales, que se habian retirado para sustraerse á la violencia del pueblo, juntándose en número de doce, y entonces se pudo proceder con alguna tranquilidad á la exaltacion. El 18, día de Pascua, Urbano fué coronado por el cardenal Jaime Orsini; interviniendo en la ceremonia los cuatro ausentes que se habian refugiado en Zagarolo, castillo fortificado; pudiendo el Papa ir en dicho día á tomar posesion de san Juan de Letran.

Apenas habian pasado dos meses, cuando los cardenales se apercibieron que Urbano los trataba con poco miramiento. Habia querido reprimir abusos. Al propio tiempo no iban acordes acerca de una de las mas importantes cuestiones. La mayor parte de estos cardenales querian regresar á Aviñon; Urbano no lo consentia. Once de los cardenales, que eran los franceses, y el de Luna, español, pretextaron los excesivos calores para retirarse á la ciudad de Anagni, mientras que Urbano, con el pequeño número de cardenales italianos se dirigia á Tivoli.

Los cardenales opositores, seguros de la proteccion del rey de Francia, denunciaron las violencias que los romanos habian ejercido contra ellos. Prevalcieron entonces los malos consejos, y esta parte del sacro colegio tuvo el atrevimiento de deponer á Urbano del pontificado; á Urbano, á quien todos habian elegido libremente y al propio tiempo con una valerosa y obstinada constancia, ante los furores del pueblo romano. El Papa, depuesto por ellos, fué tambien declarado contumaz. Despues de todo lo hecho, estos cardenales no tuvieron ya mas sentimiento de moderacion; pasaron á Fondi, ciudad sujeta al conde Honorio Gaetani, á poca distancia de Gaeta, con el permiso é instancias de la reina Juana, que pretendia tambien tener quejas contra Urbano. Allí atrajeron á su partido á otros tres cardenales italianos, lo que elevó el número de opositores á quince. A los 20 de setiembre eligieron á Roberto de Ginebra, del cual hablaremos mas tarde, y que así vino á ser antipapa.

Seamos francos: estos cardenales no tenian justos motivos para deponer á Urbano, verdaderamente elegido sin ningun síntoma de violencia, siendo así que recorrieron á ella para

destruir su propia obra. Volvamos á los hechos; los romanos habian sitiado y maltratado á los cardenales para que eligiesen á un romano, y los dichos escogieron uno que no lo era; habian nombrado á un napolitano á pesar de los clamores de los habitantes de Roma. Apaciguado el tumulto, los cardenales habian revestido por sí mismos á Urbano con los hábitos pontificales: ¿no era esto ratificar libremente la eleccion verificada, y *validarla*, en el caso que no podemos aquí admitir, de que hubiera sido ilegítima?

Además, el cardenal de Limoges, Juan de Gros, sabiendo que su hermano, Pedro de Gros, camarlengo, pedia al obispo de Cassano que explica este hecho, si el arzobispo de Bari era legítimo pontífice, había contestado tomando el misal: «Juro por estos santos Evangelios que Mons. de Bari es verdaderamente papa, elegido unánimemente por todos nosotros, lo mismo que San Pedro ha sido verdadero papa y vicario de Jesucristo.»

Pedro de Luna, español, que fué tambien antipapa y que prolongó el cisma cuyo origen hemos visto, habiendo sido preguntado en la misma ocasion, y contestó jurando (cuya fatal costumbre tenia:) «Juro y creo que despues de San Pedro hasta hoy no ha habido papa mas verdadero en la Iglesia de Dios, ni mas legítima y unánimemente elegido antes que entrásemos y despues de haber entrado en cónclave.»

Cartas del cardenal de Ginebra, tambien antipapa, afirman igual legitimidad. Eran dirigidas al emperador Carlos IV, al conde de Flandes y al duque de Borgoña; mas tarde estos príncipes, viendo el cambio de opinion de dicho cardenal, volvieron á leer las cartas que habian recibido, y despreciaron el testimonio contrario que él queria hacer respetar.

Existe tambien otra carta escrita por el sacro-colegio al emperador Carlos; se la adornó con el sello imperial y el de cinco barones del imperio, y fué publicada por Enrique de Knigton, para confundir la apostasia de los cardenales rebeldes. Existe igualmente otra de los diez y seis cardenales electores dirigida á los que estaban en Aviñon, quienes reconocieron inmediatamente á Urbano como papa legítimo.

A pesar de tantas pruebas provenientes de la firma y pala-

bras de los mismos rebeldes , persistieron en la deposicion que habian acordado, comenzando de tal modo el vigésimo segundo cisma de la iglesia occidental , el mas largo y pernicioso, pues duró cincuenta y un años, ó sea desde el 20 de setiembre de 1378, hasta 26 de julio de 1429. En esta última fecha, tal como veremos, Clemente VIII, el antipapa, se sometió al verdadero pontífice Martin V.

Volvamos á la época de que nos ocupábamos.

Los fieles, durante este intervaio, no sabian á cual gefe de la Iglesia debian obedecer, ni á cual reconocer como legítimo pastor universal; pues si Santa Catalina de Sena , Pedro, príncipe real de España , religioso franciscano, ilustrado por sus virtudes , y á quien se honró tambien con el don de profecía; si Alfonso , español , que del obispado de Jena pasó á la vida solitaria y apostólica , y fué compañero de Santa Brígida en sus peregrinaciones ; si santa Catalina, hija de Santa Brígida; si tales personajes , repito, sostuvieron el partido de Urbano VI (1), el de Roberto de Ginebra , llamado Clemente VII, era sostenido á su vez por san Vicente Ferrer, oráculo de la España, confesor del arzobispo de Bari, antes de su pontificado, y por Pedro de Luxemburgo, modelo de santos prelados.

Obedecian al papa Urbano VI, la Italia , Inglaterra , Germania , Bohemia , Hungría , Polonia , Portugal , Dinamarca, Suecia , Noruega , Prusia y Frisia. Al contrario, Roberto, llamado Clemente VII, era reconocido por la Francia , España, Escocia , Chipre , Sicilia , Nápoles y muchas otras provincias, que cambiaban de obediencia cuando creian les era conveniente ; otras se mantuvieron neutrales hasta que un concilio diera su decision.

Sin embargo, Urbano habia regresado de Tivoli á Roma, escoltado por las tropas de la reina Juana, que no tardó en declarársele contraria. De Santa María la Mayor, pasó al palacio de Santa María *in Trastevere* , y á los 18 de setiembre hizo allí una promocion de veinte y seis cardenales. En realidad habia nombrado veinte y nueve, pero tres no quisieron aceptar esta dignidad.

(1) Novaes , IV , 222.

En 6 de noviembre del mismo año 1378, el Papa depuso y privó de la púrpura y beneficios eclesiásticos é impuso otras penas, al antipapa Clemente VII, lo propio que á los principales autores del cisma. A los 29 del mismo mes, condenó á los partidarios de Clemente, tanto legos como eclesiásticos. Disimuló á los otros cardenales y particularmente á los tres desertores italianos, para ver si con el perdon podria volverles á la obediencia, lo que no pudo obtener.

Entre los veinte y seis cardenales nuevamente elegidos habia tres franceses: Felipe de Alanzon, de la rama de los Valois, obispo de Beauvais, despues patriarca de Jerusalem y obispo de Ostia; Rainolfo de Gerza de Monture, cerca de Limoges, obispo de Sisteron, y Eleazar de Sabran. Otro cardenal llamado Eston, era inglés, natural de Erforth y de humilde condicion, monge benedictino: de una vasta erudicion, y lleno de piedad, se habia hecho acreedor al obispado de Londres. Otro de los cardenales, religioso de la Merced, era español. Los otros veinte y uno, italianos y de diversos puntos de la Peninsula.

En 1379, el antipapa dirigió un ejército contra Urbano, pero el general comandante de las tropas de éste batió á aquél, é hizo prisioneros á los generales que lo mandaban. Resultó de esta victoria que los franceses que ocupaban el castillo de San Angelo, fueron precisados á entregarlo á los romanos, quienes, irritados contra los extranjeros, desmantelaron dicha plaza, llevándose los mármoles y otros objetos preciosos. Dichosamente, Bonifacio VIII restauró dicha fortaleza, á la cual añadió algunas obras mas allá del antiguo mausoleo de Adriano.

El cisma hubiera terminado en esta época, si la reina Juana no hubiera dado asilo al antipapa. Habia escrito á Santa Catalina que preferia perder el reino y la vida, antes que continuar en el cisma, y socorrió á Clemente.

Los de Bolonia se habian revolucionado contra los delegados temporales de Urbano; creyó Clemente que el momento era favorable para atraerlos á su partido; pero le respondieron que, á pesar del tumulto, seguirian fieles á la actual obediencia, hasta que se hubiera decidido cuál era el verdadere pontífice.

Urbano hizo una segunda promoción de cardenales. Se componía de un bohemio, Juan Oczko, secretario de Carlos IV y obispo de Oltmutz, y de dos húngaros: Demetrio, embajador del rey Luis I en Roma, y Valentin, obispo de *Fun/kirchen* (Cinco Iglesias), también embajador del mismo príncipe cerca de Urbano.

El Papa, en 1380, mandó instruir un proceso contra Juana, reina de Nápoles, y la hizo declarar cismática, herege y culpable de lesa majestad. La depuso y privó del reino que tenía en feudo de la Santa Sede, llamando á la posesión de los estados á Carlos Durazzo, príncipe de Hungría, hijo del conde de Gaeta, y entonces general al servicio de Luis, rey de Hungría, pariente el más próximo de Juana.

Carlos llegó á Roma en 1381. Habiendo prestado ante Urbano el juramento de fidelidad, fué elevado á la dignidad de senador y recibió la corona del reino de Nápoles. El Santo padre le adelantó 80,000 escudos de oro para que pudiera verificar cuanto antes la conquista.

El nuevo rey ratificó la gracia hecha á Francisco Prignani, sobrino del Papa, de algunas provincias, de las cuales su tío le aseguraba la propiedad. Urbano demostró en esta circunstancia un sentimiento de nepotismo tan vituperable como imprudente.

Habiéndose presentado Carlos Durazzo delante de Nápoles no encontró resistencia alguna, é hizo prisioneros á la reina Ana y á su marido Oton de Brunswich; pero apenas Carlos, que tomó el nombre de Carlos III, fué señor del reino, no quiso desmembrarle en favor del sobrino de Urbano, declarando que este acto era injusto y de un pésimo ejemplo para los otros sobrinos de los pontífices; lo que ocasionó guerras entre el rey, que faltó á su palabra, y el Papa, que tanta ambición tenía por elevar á su familia.

La gracia concedida á Prignani comprendía el principado de Cápua, el ducado de Amalfi, el condado de Caserta, Fundi, Minervino, Altamura, Aversa; Gaeta, Capri, Sorrento, Nocera, Somma, y muchas otras ciudades, como también castillos y fortalezas. Nápoles quedaba aislada en medio de

estas posesiones, casi bloqueada por el mar, y no era difícil arrojar á Carlos III y apoderarse de todo el reino.

Durante las Cuatro Témporas del adviento del año 1381, Urbano hizo otra promocion de cardenales, entre los que comprendió al arzobispo de Colonia y al de Treveris; pero estos prelados rehusaron tal dignidad: la mayor parte de los otros cardenales eran italianos. Esta vez no hubo ningun Francés, y este retraimiento en semejante circunstancia era muy conveniente.

Los romanos en 1382, bajo diversos pretextos, se revolucieron contra el Papa y cardenales: estos se escondieron en diversas partes; pero Urbano, revestido con los hábitos pontificales, tuvo valor de presentarse al pueblo; sostenia la cruz en la mano, y su fisonomía estaba tan severa é irritada que los revoltosos se arrodillaron y pidieron un perdon que les fué concedido.

Entre tanto Luis de Anjou, habiendo sido adoptado por la reina Juana, y se apoderó de la Provenza.

Luis de Anjou, hijo de Juan, rey de Francia, hermano de Carlos V y regente del reino al principio del reinado de Carlos VI, amenazó á Carlos III de una terrible venganza porque éste acababa de hacer estrangular á Juana, cuyos estados habia ocupado: Luis se adelantó hácia la Italia para recuperar el reino de Nápoles y deponer á Urbano.

El Pontífice declaró á Luis y á sus partidarios cismáticos, apóstatas, sacrílegos y reos de lesa majestad pontificia, ordenando al propio tiempo una cruzada contra el ejército de Luis. Este príncipe penetró hasta Abruzo. Carlos III, despues de haber dejado á Nápoles, empezó una guerra mas prudente que la de Manfredo y de Coradino, y esperó que el clima y las fiebres causaran sus ordinarios estragos en las filas de los franceses. Esta prevision no fué equivocada: Luis de Anjou murió de enfermedad en Bari á los 10 de octubre de 1384, y su ejército se dispersó por sí mismo.

El Papa, que habia creído antes poder ir á Nápoles, se encontraba allí hecho prisionero por Carlos; pero despues de varias vicisitudes se reconciliaron. Desgraciadamente aun, hubo

cuestion acerca de las investiduras concedidas al sobrino del papa, Prignani.

Pedro de Aragon, que hasta entonces habia sido tenido como indiferente entre Urbano y el antipapa, envió embajadores á Urbano rogando le concediera las provincias de Nápoles, y le eximiese de la pension anual por la Cerdeña, solicitando una infinidad de otras gracias que probaban que este rey queria vender cara su sumision. Pero Urbano rehusó tales condiciones, y Pedro por espíritu de despecho y venganza, se declaró contrario del legítimo papa.

Cada dia se agriaban mas las relaciones entre Urbano y Carlos. Entonces el rey y algunos cardenales tramaron una conjuracion contra Urbano que se hallaba en Nocera (1).

Era odioso á los cardenales, porque les habia espuesto á mil peligros, porque no queria volver á Roma, y porque rehusaba hacer la paz con el rey Carlos. Con este motivo muchos le abandonaron, y otros creyeron no podian aun dejarle. El Santo Padre hizo arrestar á seis de estos últimos, como acusados de haber conspirado contra él. Se asegura que fué el cardinal Tomas Orsini quien descubrió esta conspiracion. Daremos los nombres de los que fueron arrestados. Se encarceló inmediatamente á los cardenales Gentil de Sangro, Luis de Venise, Adan Eston, Bartolomé, arzobispo de Génova, Juan Doria, arzobispo de Corfú y Marin del Giudice, arzobispo de Tarento.

Urbano seguia ciegamente los furiosos consejos de su sobrino Prignani. Pidió éste que los seis cardenales fueran depuestos, y les hizo sufrir el tormento. Novaes no quiere recordar los atroces sufrimientos que les hicieron padecer, pues debe confesarse que el siglo xiv no fué menos abominable que el x; hemos hecho ya tambien una triste comparacion del xii; Novaes se refiere asimismo á Bercastel. Los conjurados que no estaban en poder de Urbano, le sitiaron en Nocera, donde se defendia con obstinacion. Libertado por inesperados socorros, anduvo errante largo tiempo por el reino de Nápoles, Mesina y Corneto, cerca de Roma; en fin, llegó á Génova, conduciendo consigo á los seis cardenales prisioneros; lo mismo

(1) Novaes, IV, 240.

que Richelieu que se hacia seguir orgullosamente de sus cautivos por el Ródano.

Prignani que, en su loca idea de reinar, habia ocasionado tantos males, se encontraba en poder de Carlos, por lo que no se le puede acusar de los malos tratos que iban á sufrir los seis prisioneros. Estos infortunados, á excepcion del cardenal inglés, fueron muertos en las prisiones de Génova. Monseñor Becchetti ha escrito los detalles de esta horrible tragedia en su historia eclesiástica del cisma de Occidente tom. 1.^o página 207. Parece que el cardenal Eston, religioso tan respetable por su piedad y ciencia, obtuvo la vida y luego la libertad, por la súplica de Ricardo, rey de Inglaterra. Los autores amigos de Urbano han dicho que los cinco cardenales no habian sufrido la penacapital, sino porque sus amigos habian determinado envenenar al Papa. ¡Cuántos crímenes odiosos se imputaban uno á otro! Fatal nepotismo, cuántas desgracias hiciste cometer entonces!

Se supo en aquel momento la muerte de Wiclef; pero el estado de la Iglesia no permitia atender á otros acontecimientos que los que afligian directamente á la misma persona del Papa.

Los genoveses rehusaron algunos honores á Urbano, que dejó esta ciudad y se fué á Luca, de allí á Perugia, á Tívoli, á Ferentino; no teniendo mas asilo, aceptó la generosa invitacion de algunos romanos, y tomó el camino de Roma.

Habiendo llegado á dicha ciudad, dispuso que el jubileo se redujera al espacio de 33 años, en memoria de la vida de Jesucristo, y que se celebraria esta ceremonia en el año 1390; instituyó la fiesta de la visitacion de la santa Vírgen, que tan célebre se ha hecho, con rito doble, el dia que sigue á la octava de san Juan Bautista, con vigilia y octava, y el oficio compuesto por el cardenal Eston, y decretó que pudiera celebrarse la fiesta del Santo Sacramento á pesar del entredicho. Concedió en seguida 100 dias de indulgencia á todos los que acompañasen el santo Viático desde la iglesia á la casa del enfermo, y vice-versa.

Finalmente, Urbano gozaba en Roma de la paz que en vano habia buscado en todas las ciudades de Italia y en medio de las funestas vicisitudes de su disputada dignidad, cuando

se le dió un activo veneno. Sufrió atroces dolores y murió á los 15 de octubre de 1389, á la edad de 72 años. Habia gobernado 11 años, 6 meses y 8 dias, en un tiempo de cisma, de mil ocasiones de espanto y de horrores feroces, cometidos por una y otra parte. Los buenos esperaban que estos males concluirían, pues ya no existían los motivos que los habian producido; pero este estado de agitacion, dice Novaes (4.^o, 247) debia continuar aun durante largo tiempo, para hacer que los fieles reconociesen cuanto vale la unidad católica.

Se enterró al Papa en el Vaticano. Dice un autor de aquel tiempo que nadie derramó una lágrima. Esto no debe admirarnos (1) si se quieren comparar las calidades de este pontífice con las que le faltaban para hacerse amar.

Urbano era de pequeña estatura y cargado de gordura, su cara morena tenia algo de severa: todos están de acuerdo en que era un excelente escritor en las ciencias canónicas. Las calidades de su corazon pueden ser consideradas bajo dos aspectos, siguiendo lo que nos dicen los autores contemporáneos. Antes de su pontificado amaba la justicia y pureza de las palabras; aborrecia la simonía; se mostraba bienhechor de los buenos y rechazaba á los malos; protegía á los hombres de letras y amaba la soledad. Se le veía humilde, piadoso, modesto, dócil, sufrido en sus propias adversidades, y compasivo por las de los demás.

Se pretende que todas estas calidades (2) hayan desaparecido desde que ascendió al pontificado, y que perdiendo tantas prendas, habia sido dominado por la imprudencia, aspereza y orgullo, causado sobre todo por la facilidad con que escuchaba á los aduladores y malos consejeros. No ocultemos nada de la verdad.

Urbano hubiera sido el mas digno del pontificado si nunca hubiera sido papa, y uno de los pontífices mas dignos de elogio si hubiera sido mas amable, dócil, tranquilo, y menos apasionado para encumbrar á sus parientes, que por otra parte, despues de su muerte, no pudieron gozar de todos los honores á que les habia elevado.

(1) Novaes, IV, 247.

(2) Thierry de Niem., lib. I, cap. 2.

Su sobrino Francisco Prignani, que, desesperando de la vida de su tío, se había salvado en la Marca de Ancona, donde poseía algunos castillos, cayó en poder de sus enemigos, y fué conducido á las prisiones de Perugia, donde, para recobrar su libertad, renunció sus feudos. Bajo el siguiente reinado volvió á Roma, pobre y abatido, y viéndose despreciado de todos, fué á esconderse en la Pulla. Despues de seis años quiso refugiarse en Venecia, y durante el viaje, en medio de una espantosa borrasca en el Adriático, pereció miserablemente con su madre, sus hijos y criados. Con él quedó extinguida la posteridad de Urbano que habia sido tan injustamente enriquecida con bienes del pontificado.

La Santa Sede estuvo vacante 17 dias.

El antipapa llamado Clemente VII era hijo de Amadeo, conde de Ginebra, y de Matilde de Bolonia. La raza masculina de esta casa concluyó con Roberto, pasando el condado al conde de Saboya.

Roberto era cojo desde su nacimiento, pero gozaba muy buena salud. Habia sido antes protonotario de la Santa Sede, despues el cuadregésimocuarto obispo de Terrovane, hoy Bolonia; luego eclesiástico de Cambrai, y finalmente nombrado por Gregorio XI presbítero-cardenal de los santos Apóstoles. Dicho Papa le creó, en 1376, legado comandante de un ejército enviado de Aviñon á Italia.

Tenia la edad de 36 años cuando fué nombrado Papa en Fundi, á los 20 de setiembre de 1378, por los once cardenales franceses y el español de Luna, enemigo de Urbano.

Aun cuando los cardenales franceses hubiesen llamado á tres de los cuatro italianos que habian permanecido fieles á Urbano, prometiendo su voto á cada uno de ellos, sin embargo, los franceses no dieron su sufragio á ningun italiano y no se mostraron adversarios de Clemente, que fué coronado á los 21 de setiembre, en presencia de Oton de Brunswich y de los embajadores de la reina Juana. Esta ceremonia tuvo lugar seis meses despues de la eleccion de Urbano VI.

Clemente, despues de la derrota del ejército que habia dirigido contra el de Urbano, se retiró á Splonata, cerca de Gaeta, y luego á Nápoles, al lado de la reina, que le recibió

honrosamente; pero el pueblo napolitano, mejor aconsejado que su reina, no quiso mezclarse en intrigas con un papa intruso: vióse éste obligado á pasar á Gaeta y de allí á Aviñon, donde entró el 20 de junio.

Estableció su cátedra de mala doctrina, desde la cual fué reconocido por los países que hemos ya citado. Despues de algunos juicios instruidos ilegalmente contra Urbano, publicó decretos contra Bonifacio, sucesor del papa legítimo, y coronó al propio tiempo por rey de Nápoles á Luis, duque de Anjou, hijo del que murió en la Pulla.

Carlos V, rey de Francia, estaba presente á esta ceremonia, y ayudó al celebrante, de quien desgraciadamente reconoció la jurisdiccion.

Mientras que los doctores de la Sorbona, entre los que florecia entonces Pedro de Ailly y otros personajes muy recomendables, proponian despues de la muerte de Urbano VI, los medios de terminar el cisma, lo que disgustaba mucho á Clemente, este aciago prelado, despues de un gobierno cismático de 15 años, 11 meses, y 28 dias, murió á los 16 de setiembre de 1394, á causa de una apoplejía motivada por los disgustos que le dieron las opiniones de la Sorbona, y fué enterrado en la catedral de Aviñon, de donde se le trasladó en 17 de setiembre de 1401 al monasterio de los celestinos que él habia fundado.

Clemente era tan poco amable, que san Antonino le compara á Herodes y á Neron. Se le acusa de crueldad sanguinaria cuando mandaba el ejército pontificio. Tuvo por sucesor en el *antipapado* á Benedicto XIII, del cual hablaremos mas tarde, y que conviene no confundir con el otro Benedicto XIII, pontífice verdadero, que fué creado en 1724.

205. Bonifacio IX. 1389.

Bonifacio IX (1) se llamaba antes Pedro Tomazelli. Pertenecía á una familia pobre, pero noble, de la ciudad de Nápoles, y oriunda de la familia de Cibo de Génova. Pedro nació en Carasanello, antiguo feudo de sus antecesores. Siendo canónigo de la catedral de Nápoles, pasó á Roma, donde por sus puras costumbres y laboriosidad, mereció la confianza de Urbano VI, que le nombró protonotario apostólico y creó cardenal en 1381, cuando apenas hacia quince días que Pedro estaba en Roma, donde llegó miserable y sin ningun auxilio.

Solo se ven en dicha ciudad semejantes cambios de fortuna.

Tenia 30 años, segun Platino, Bury y Tursellini; 34, segun Buoninsegni y San Antonino; y 45, segun algunos otros escritores, cuando fué elegido pontífice á los 2 de noviembre de 1389 por catorce cardenales partidarios de Urbano VI. Fué coronado el 9 de dicho mes.

Pocos dias despues, ó sea el 10 de diciembre, creó cuatro cardenales, dos napolitanos, un paduano y otro romano. Entre los dos primeros se encontraba á Cosme Migliorati, que le sucedió bajo el nombre de Inocencio VII.

En el propio consistorio el Papa rehabilitó á cuatro cardenales, depuestos por Urbano; entre ellos á Adan Eston, obispo de Lóndres, uno de los que aquel llevaba prisioneros, y que debió su vida á las fervientes súplicas de su príncipe Ricardo II, rey de Inglaterra.

Otro de los cardenales rehabilitados se llamaba Piléo, descendiente de los condes de Prota, natural de Concordia en el Friul, obispo de Trevisa, Pádua y Ravena; llamado desde este momento el cardenal *de los tres capelos, de tre capelli*, porque

(1) El *Diario de 1844*, dice Bonifacio IV en lugar de Bonifacio IX. La impresion de este almanaque oficial deberia ser escrupulosamente examinado, pues semejantes faltas pueden inducir á errores á los que le consultan superficialmente.

habia obtenido uno de Urbano, que luego le habia hecho encarcelar. Habiéndose refugiado á Aviñon, Urbano le habia depuesto, pero Clemente, dueño de dicha ciudad y creador tambien de cardenales, dió un capelo al fugitivo. Este capelo, devuelto por un intruso, no satisfizo á Piléo, por cuyo motivo lo renunció: el que recibia de Bonifacio era el tercero; hé aquí el motivo por el cual recibió el título singular *de tres capelos*.

En 1390, el Santo Padre invitó á todos los obispos y príncipes le secundasen en la destruccion del cisma.

Desde los primeros dias de su advenimiento (1) la Italia llamó con preferencia su atencion. Carlos III, rey de Nápoles, que igualmente se habia hecho nombrar rey de Francia, habia sido envenenado el 3 de junio de 1396. Su mujer, Margarita, habia permanecido en Nápoles regentando el trono en nombre de su hijo Ladislao, jóven de 17 años.

Sin embargo, la nobleza de la ciudad concedia toda su confianza á una magistratura independiente de la corona, bajo el nombre de las *ocho del buon governo*, magistratura aristocrática, que disputaba á la reina su autoridad. El partido contrario habia proclamado á Luis II, hijo de Luis de Anjou, bajo la regencia de su madre María. Habia en consecuencia dos regentes y dos reyes menores, pero con un desigual grado de legitimidad.

Bonifacio se declaró por Ladislao y le hizo coronar rey de Nápoles, en marzo de 1390. Este príncipe, mediante escritura auténtica publicada en Gaeta á los 22 de dicho mes, reconoció recibir en feudo de la Santa Iglesia aquel reino, y juró socorrer constantemente á la Santa Sede para ir contra el antipapa y los *falsos cardenales*. Además, se renovaron los pactos firmados por su padre Carlos, revocando las donaciones hechas al ávido Prignani, sobrino de Urbano.

Habiéndose los partidarios de Luis de Anjou armado contra Ladislao, el Papa envió á este un refuerzo de caballería, y le facilitó las sumas necesarias para sostener la guerra.

En el mismo año, el Papa celebró el jubileo con el que Urbano habia llamado á los fieles. Segun explica Thierry de Niem

(1) Italia, 1835; Fermin Didot.

(lib. 1.^o cap. 68), acudieron muchos peregrinos; pero ninguno francés, ni tampoco habitante alguno de todos los países que reconocían á Clemente.

El Papa concedió á algunas ciudades de Alemania el que pudiesen conseguir el jubileo, visitando sus iglesias y haciendo limosnas para la restauracion de los templos de Roma. Con tal motivo se cometieron infidelidades, y Bonifacio mandó castigar á los culpables.

Al propio tiempo sabiendo el Papa, en 1391, que los sicilianos procuraban socorros á Luis de Anjou contra el rey de Nápoles, ordenó á los arzobispos de dicha isla que excomulgasen á los partidarios de Luis.

Desgraciadamente en Inglaterra, los ministros del rey, dominados por los errores de Wiclef, habian inclinado al príncipe á renovar las leyes de los dos primeros Eduardos, que disponian conferir los obispados y beneficios sin el beneplácito de la Santa Sede, declarando que cualquiera que por este motivo se dirigiese á Roma, seria por ello reputado como rebelde. Bonifacio, por un rescripto de febrero de dicho año, anuló dichas leyes, lo propio que otras contrarias á la libertad eclesiástica. En el repetido año 1391, canonizó á Santa Brígida, fundadora de la órden llamada del Salvador, y promulgó la constitucion de la nueva universidad de Ferrara. Luego, como pareció á Clemente XIV que esta constitucion no era conveniente á las nuevas circunstancias, reformó sus estatutos con otra publicada en 1771.

El estado eclesiástico se encontraba entonces asolado por la guerra; pero Bonifacio como hombre de valor, (*uomo di petto ch' egli era*), no descuidó prescribir pronto remedio, y redujo á la obediencia á los que se habian rebelado.

Los perugios, deseando concluir las disensiones que animaban violentamente los partidos *Beccarino* y *Raspante*, suplicaron á Bonifacio que se dignara visitarles. El Papa estaba entonces descontento de los romanos, pues los *caporioni* se hacian insolentes. Resolvió, pues, acceder á lo solicitado por los perugios, y les reconcilió con la Iglesia romana. Los *Raspanti* habian obtenido, por la intercesion de Bonifacio, licencia de regresar á dicha ciudad; pero se mostraron ingratos. Bonifacio,

cio, abandonando estas dos facciones á sí mismas, y sabiendo que los romanos deseaban su presencia, pues tan pronto como el pontífice dejaba su residencia, el hambre y los delitos no cesaban de desolarla, regresó á Roma á los 15 de setiembre del propio año.

En 1394, Pedro de Luna, español, sucedió al antipapa Roberto. Con tal motivo, Bonifacio puso de su parte todos los medios para atraer á los cismáticos.

Nuevos desórdenes afligian á la incorregible Roma: unos llamaban á Luis, competidor de Ladislao; otros querian una autoridad personal y local. Bonifacio se revistió de todo su valor, y fué, puede decirse, el primero que ejerció el mas absoluto poder temporal en Roma y en el patrimonio de san Pedro. Despojó á los romanos de toda la autoridad usurpada; declaró que el gobierno del país pertenecia al pontífice, que el pueblo no elegiria á su gusto á los magistrados, y que los *banderesi* quedaban suprimidos. Nombró senador á Malatesta, hijo de Pandolfo de Pesaro, hombre distinguido por su virtud y talento. Restauró magníficamente el castillo de san Angelo que se convirtió en fortaleza, y que los mismos romanos habian en parte destruido. Añadió al cuerpo del edificio imponentes baluartes, que fueron luego continuados y aumentados por Nicolas V, Alejandro VI, Pio IV, Urbano VIII, Clemente X, é Inocencio XI. Además, fortificó el capitolio y los puntos mas débiles del palacio pontificio.

Ladislao no ocupaba á Nápoles; pero los socorros del Santo Padre le pusieron en estado de conquistar una parte de sus alrededores. En aquel tiempo acontecia alguna vez que los príncipes hacian nacer en el espíritu de los papas la tendencia al nepotismo. Ladislao concedió á los sobrinos del Papa el condado de Sora con otros territorios, al mismo tiempo que perecian tan miserablente los últimos sucesores de la familia de Prignani, segundo sobrino del Papa.

Entre tanto, Pedro de Luna, que se hacia llamar Benedicto XIII, habia tramado una conspiracion contra Bonifacio: un gobernador infiel prometia entregar á Martin, rey de Aragon, la ciudad de Civita-Vechia por 12,000 escudos, y el conde de Fondi se obligaba á hacer prisionero al Papa tan pronto como

apareciese el ejército de Martin; pero la conjuración fué descubierta antes de ponerse en obra.

Bonifacio, en 1399, quiso castigar al conde de Fondi, Honorio Gaetani, primer autor del cisma, declarándole culpable de apostasía, lesa majestad y rebelión.

En 1400, los Colonna y Honorio Gaetani probaron todavía apoderarse de la persona del Papa; pero los centinelas del capitolio rechazaron á los rebeldes en su primer asalto. En este mismo año, Bonifacio tuvo la satisfacción de ver á Ladislao dueño por fin de Nápoles y su reino, y de que le diera pruebas de su verdadero reconocimiento.

El año siguiente, habiendo los electores del imperio designado á Wenceslao, rey de los romanos, y elegido en su lugar á Roberto, duque de Baviera, llamado *el Pequeño*, Bonifacio confirmó dicha elección en 1403.

Se asegura ser Bonifacio quien instituyó las perpétuas annatas, que consistían en la concesión á la corte romana de la renta de un año de cada obispado ó beneficio.

Habiendo Benedicto XIII escrito una carta á Bonifacio para escogitar los medios de reunir la Iglesia universal, el Papa tuvo un gran disgusto, pues supo que Pedro de Luna no iba de buena fe.

Bonifacio, asaltado por una ardiente fiebre, murió el 1.º de octubre de 1404, después de haber gobernado la Iglesia 14 años y 11 meses.

Los médicos para curarle del mal de piedra (1) le propusieron un remedio, tal vez eficaz, pero seguramente deshonesto, y el Papa quiso más bien morir castamente que vivir culpable de impudicidad.

Este pontífice estaba dotado de distinguidos modales que le hacían digno de su supremo ministerio. Tenía muy buena figura, y una fisonomía imponente; era hábil en los cantos de la Iglesia y en la gramática (2), aunque poco inclinado á los estudios superiores; Bonifacio era asimismo afable, modesto, hábil, prudente en el gobierno temporal y firme en la defen-

(1) Novaes, IV, 263.

(2) Novaes, IV, 265.

sa de su autoridad. Sin embargo, poco instruido del estilo particular y de los negocios de la corte romana, firmaba, sin leer, las comunicaciones enviadas por sus ministros, y decretaba ciegamente alguna vez por el solo dictámen de sus oficiales.

Los desastrosos tiempos que atravesó fueron la causa de que no alcanzara toda la gloria que debe esperar un gran pontífice.

La necesidad de atemorizar al antipapa, defenderse de sus secuaces, y recobrar las tierras de la Iglesia tan maliciosamente usurpadas, le obligó á procurarse dinero por varios conductos. No puede decirse obraba de tal modo por avaricia, pues á su muerte no se encontró en sus cajones mas que un solo florin de oro. Además, no supo resistir á las instancias de su madre, hermanos y sobrinos, á quienes enriqueció desmesuradamente. Pero toda esta familia, despues de muerto el Papa, fué reducida á la mendicidad, á fin de que su ejemplo, dice san Antonino, (1), sirviera á los demás, para que no desearan enriquecerse á expensas de los bienes de la Iglesia.

La Santa Sede quedó vacante 15 dias.

Benedicto XIII, antipapa, llamado antes, como se ha dicho, Pedro de Luna, pertenecía á una de las mas ilustres familias de Aragon; abandonó la jurisprudencia para seguir la carrera de las armas; despues de algunos años emprendió de nuevo sus estudios, y ascendió á profesor de derecho canónico en la universidad de Montpellier; fué luego arcediano de Zaragoza, y preboste de Valencia. Gregorio XI, en 1375, le nombró cardenal.

A los 28 de setiembre de 1394, y por ser contrario á Bonifacio IX, fué elegido en Aviñon por veinte cardenales que prestaban obediencia al falso Clemente VII.

En 3 de octubre, el cardenal Guido, obispo de Frascati, le ordenó de presbítero; al dia siguiente celebró la misa, fué consagrado el dia 11, y coronado por el cardenal diácono Hugo; en seguida verificó la solemne cavalgada en Aviñon.

Muchas veces habia jurado que si se le elegia pontífice

(1) In Chron, pars. III, tit. 22, cap. 3.

volvería, con su renuncia, la paz á la Iglesia. Esta promesa ofuscó á los que le concedieron sus votos; se descubrió bien pronto su mala fe, y las tergiversaciones con que pretendía engañar á los embajadores de Carlos, rey de Francia quien en 1395 le suplicó renunciara las insignias pontificias para volver la paz á la Iglesia. Los reyes de Francia, Castilla y Nápoles suspendieron su obediencia en 1398; pero los franceses se la reconocieron nuevamente (1) en 28 de marzo de 1403, despues de haberle tenido prisionero cinco años en el castillo de Aviñon.

En tiempo de Gregorio XII, Benedicto prometió otra vez su abdicacion, pero no la efectuó. En 1407, el rey le dirigió dos embajadores á Marsella, donde se encontraba entonces, suplicándole rehusara el título de papa, y asegurándole que en la negativa seria abandonado por todo el reino. Insisto sobre estos detalles para probar que los franceses renunciaron indirectamente el cisma antes de que concluyera. Benedicto recibió esta amenaza orgullosamente, y con una bula excomulgó á todos los que se separasen de su obediencia. Habiendola Sorbona emitido firmes resoluciones á este objeto, Benedicto no se inquietó y vió apaciblemente como se le declaraba herege, cismático, y perturbador de la paz de la cristiandad. Se añadía que no debia ser llamado papa, ni cardenal, que seria preciso que se castigara á él y á sus secuaces con toda la severidad prescrita por los cánones.

La Francia parecia decidida á intimárselo vivamente, debiéndose reunir á este efecto un concilio en Pisa. Benedicto huyó á Colibre y luego á Perpiñan. En 1408, reunió un concilio de obispos de su partido, quienes le aconsejaron que volviese la paz á la Iglesia renunciando el pontificado. Prometió, con buenas palabras acceder á este voto, que no tuvo valor de cumplir, persistiendo en su obstinacion. Pedro de Luna escitaba una indignacion universal; Gerson, haciendo alusion al nombre de este obstinado, decia: «Solo existe un eclipse de Luna que pueda dar la paz á la Iglesia.»

Se asegura que cuando Gregorio le dió el diaconato de

(1) Niem., libro II, cap. 53: *in Canon. pars III, tit. 23.*

Santa María *in Cosmedin*, le dijo ; « Tened cuidado que vuestra luna no se eclipse. » Pero hoy se piensa que tal dicho ha sido inventado despues del de Gerson.

Finalmente se convocó un concilio en Pisa, en el cual fueron depuestos , á pesar suyo, Gregorio XII y Benedicto XIII.

Sobre esto daremos mas detalles en el artículo de Gregorio XIII.

La obstinacion de Benedicto persuadió al emperador Segismundo á que hiciera un viaje á España para ver si se obtendría del intruso la tan deseada renuncia; pero nada pudo lograr el príncipe. Veremos luego que Benedicto fué depuesto en el concilio de Constanza , que le quitó sus grados, títulos, honores y dignidades ; que le excomulgó como *escandalizador* de la Iglesia, promotor del antiguo cisma, falsario, perturbador de la paz universal, cismático , herege é infractor pertinaz del artículo de fe *Unam sanctam Ecclesiam*.

Benedicto se enemistó con todos los príncipes, á excepcion de Alfonso, rey de Aragon. Por último desengaño fué abandonado por san Vicente Ferrer , su antiguo confesor y defensor, quien predicaba que Pedro de Luna era un pérfido , que engañaba al pueblo de Dios, y un perjuro, digno del desprecio é indignacion de los fieles.

No obstante, tenia continuamente consigo á cuatro cardenales , un médico y un judío que se habia hecho católico. Obstinado en el cisma, murió Benedicto á la edad de 90 años, en Peñíscola , á 29 de noviembre de 1424.

Fué un hombre perjudicial que arrojó el enojo de seis pontífices y dos concilios. Bercastel halla en él algunas buenas calidades, pero fueron oscurecidas por la sed de la grandeza y pasion de reinar. Aviñon! Aviñon! hé aqui los frutos de la fatal hospitalidad que pontífices débiles recibieron en tu seno! Sin duda no eres tú la culpable, pero á lo menos tampoco debes enorgullecerte.

Añadiremos un hecho á estas observaciones. Aun quando Aviñon no fué ya la residencia de los papas, continuó perteneciéndoles ; siempre ha sido una ciudad fiel y reconocida. Los disturbios ocasionados por la revolucion francesa la arrebataron de sus dueños. Cuando Pio VII pasó una hora

en una de sus plazas, recibió en ella pruebas de un respeto el mas sincero. Despues, sin desdeñar su nueva patria, se mostró siempre profundamente católica. Esta simpática poblacion contiene muchos hombres distinguidos y generosos, y bajo un delicioso clima ofrece un conjunto de calidades y virtudes que la hacen para siempre recomendable.

Abundan en ella el talento é ingenio de la Provenza, y todo soberano que ha perdido tales súbditos, no podrá menos de envidiar la dicha de aquel á quien le ha sido reservado adquirirlos.

Hé aquí lo que Glen dice positivamente de Gregorio IX: «Por su grandeza de espíritu, reasumió al pontificado todo el poder del pueblo romano, creando magistrados á *sa poste* (1).» Las verdades que preceden prueban, que Bonifacio obró muy bien apaciguando los tumultos que sin cesar se reproducian en esta inquieta y siempre descontenta capital.

206. Inocencio VII, 1404.

Inocencio VII, llamado antes Cosme de Migliorati, pertenecia á una honrada, pero no muy distinguida familia de Sulmona, ciudad del Abruzo, en el reino de Nápoles. Despues de haber ejercido en Cápua el oficio de notario, se fué á Bolonia para dedicarse al estudio de las leyes, y recibió el título de doctor, porque habia seguido el curso del famoso Juan de Lignano. Este, mandado por el *comune* de Bolonia, cerca de Urbano VI, recomendó particularmente á Migliorati al Pontífice, que se lo quedó á su servicio cuando reconoció sus calidades y talento. El nuevo servidor del Papa, nombrado auditor de la Rota y luego procurador de la cámara, fué enviado á Inglaterra como colector de las rentas de la iglesia romana. Ha-

(1) Hist. pontif., por F. J. Bta. de Glen, prior de los agustinos extramuros de Lieja; Paris, 1615, en 4.º *Magistrados á sa poste*, significa aquí, magistrados á su hechura.

biendo regresado á Roma en 1386 , obtuvo el obispado de Bolonia ; pero los habitantes manifestaron alguna resistencia y Urbano le confió el arzobispado de Rávena. Bonifacio le creó cardenal y le confió los mas importantes negocios. A los 17 de octubre de 1404, Migliorati fué elegido Papa por siete cardenales de la obediencia del difunto Pontífice.

El 11 de noviembre fué solemnemente coronado, y el mismo dia tomó posesion de San Juan de Letran.

Ladislao , rey de Nápoles, habiendo sabido que Inocencio ofrecia desprenderse del pontificado, si esto era necesario para terminar el cisma , y temiendo que despues de la paz universal no perdiese su insegura corona , decidió al Papa declarase, por una constitucion , que no firmaria tratado alguno de paz, si no se establecia como preliminar, que Ladislao seguiria en la posesion pacífica de los estados que disfrutaba. Este favor del Pontífice, que anteponia el bien particular al de la Iglesia, no podia ser aceptado por los cardenales franceses. Tal circunstancia hizo mas difícil, si no imposible, la extincion del cisma; al propio tiempo no impidió que Ladislao , pensando siempre en sí mismo y ocupado vilmente en sus intereses, invadiese las propiedades de la Iglesia y cometiera acciones censurables, que Inocencio procuró reprimir con dulzura. En vano le dispensó del censo debido por los años anteriores , inútil fué cederle el importe que debia satisfacer por los tres años venideros ; parecia que tales favores solo servian para aumentar la perversidad é ingratitude de Ladislao. Fingió algun reconocimiento hácia el Papa , cuando en su interior este príncipe perjuro aspiraba á apoderarse del dominio del estado pontificio. Los romanos obrando excitados por la revolucion que les era familiar mucho tiempo hacia, demostraron tan inconsideradas exigencias , que el Papa un dia les dijo: «¿ Desearíais, por ventura , hasta nuestros propios vestidos? » De tal modo les probaba que preferia mas bien despojarse del pontificado que tolerar las injurias que le inferian.

Por otra parte, Alberico Barbiano , condestable de Nápoles y feudatario de la Santa Sede, se apartó de la fe prometida, ocupó de improviso algunos lugares de Bolonia y procuró al propio tiempo apoderarse de la ciudad. Para reprimir tal insolencia

cia, escribió Inocencio á todos los gobernadores del estado eclesiástico; ordenó bajo pena de excomunion que nadie facilitase ayuda ni socorro á Barbiano, y mandó que todos los habitantes se armasen contra él, en el momento en que fuesen llamados por el cardenal-legado.

Entonces, por muerte de Francisco Ordelaflí, señor de Forli y de Cesena, que falleció sin hijos, estas dos ciudades volvieron al poder de la Santa Sede.

Cuando el cardenal-legado, Baltasar Coscia, quiso tomar de nuevo posesion, se declararon algunos revoltosos en Forli, rehusando la obediencia, resultando con tal motivo nuevos disgustos que atormentaron á Inocencio.

A los 12 de junio creó once cardénales, entre los que habia seis romanos. Pensaba aumentar de este modo su partido en Roma, y destruir la influencia de las facciones sostenidas por Ladislao.

Pero este obsequio hecho á los romanos, fué inútil para apaciguar el espíritu de revolucion. Intentaron apoderarse del *Puente Molle* sobre el Tiber, ocupado por un destacamento de tropas pontificias; pero dichosamente fueron rechazados. Despues de este descalabro empezaron los romanos á querer transigir. Hubo entonces un acontecimiento que acababa de turbar el consejo del Papa y amargar á los disidentes. En el momento en que dos de los siete gobernadores de la ciudad, acompañados de ciudadanos distinguidos, regresaban de la audiencia que habian tenido con el Papa, el sobrino de éste, Luis de Migliorati, sin que su tío lo supiera, mandó prender á dichos gobernadores y comitiva, disponiendo su muerte, que debia verificarse en su propio palacio.

Apenas supieron los romanos tal perfidia, tocaron la campana del capitolio, y corriendo á las armas, prendieron á los mas respetables eclesiásticos. Por otra parte, Inocencio, no confiando en la fidelidad de Antonio Tomazelli, gefe del castillo de San Angelo, quien tenia relaciones con Ladislao, creyó prudente marcharse á Viterbo, siendo tan sufocante el calor que se experimentó en el viaje, que algunos de la comitiva del Papa murieron de sed.

Este moraba ya en dicha ciudad, hacia siete meses, cuan-

do los romanos, destinados por una fatal necesidad á revolucionarse continuamente, le llamaron por fortuna, arrepentidos, gracias á los consejos de las decepciones producidas por tantos trastornos y miserias.

Se acordaban de la indignacion con que el Pontífice deploraba el crimen de su sobrino; pero ¿por qué tenia el Papa este sobrino?....

Llamado de tal modo el Santo Padre, consintió en su regreso, y haciendo tomar posesion de la ciudad, capitolio, puertas y castillo, entró en Roma.

Habiéndose todavia cometido algunas hostilidades, el Papa excomulgó al traidor Ladislao, y le privó del reino de Nápoles. Se esperaba el efecto de este terrible castigo; pero el traidor, tan infatigable en su perfidia como en su cobardía, solicitó el perdon.

Inocencio era á la vez bondadoso y compasivo, de buena fe y crédula benevolencia; perdonó, pero encontró despues al infame mas culpable todavia.

Despues de haber gobernado dos años y veinte y un dias, Inocencio murió de apoplejía en Roma, á la edad de 68 años, á los 6 de noviembre de 1406, habiendo sido sepultado en el Vaticano en la capilla de santo Tomas.

Inocencio era de elevada estatura, y uno de estos hermosos napolitanos, de los cuales se ven aun en el dia algunos modelos. Era hábil en la ciencia del derecho; conocia perfectamente las relaciones de la corte sagrada con Europa; pero no pudo ocuparse mucho de ellas con motivo de los continuos disturbios que tuvo con Ladislao y los romanos.

Se elogiaba por todas partes la afabilidad, mansedumbre, piedad, y paciencia de este Papa en las audiencias. Detestaba el orgullo y la simonía, aspirando siempre al bien universal.

Pero el haber elevado á su indigno sobrino Luis á la dignidad de marqués de la *Marca*, y no haber cooperado tanto como se podia á la extincion del cisma, cuestion por la que tanto interés habia prometido tomar, fueron causa de graves errores. Tales faltas han disminuido la gloria de su pontificado.

Todas las admirables calidades de que estaba dotado, hubieran bastado para constituir un papa enteramente perfecto,

si este prodigio no hubiera llegado á ser imposible en las azarosas circunstancias que atravesó este Pontífice.

Inocencio no concibió la cesion de su trono de la misma manera que lo había mirado siendo cardenal Migliorati. Por este motivo, al ser papa, creyó poder dispensar al cardenal juramentor hechos en el cónclave. Estos juramentos consistian en que sacrificaría , si fuera preciso , su propia grandeza á la paz de la Iglesia.

La Santa Sede estuvo vacante veinte y cinco dias.

307. Gregorio XII, 1406.

Gregorio XII, llamado antes Angel Corraró, era patricio de Venecia, y de una familia que todavía se llama *Correr*. Angel, famoso doctor en teología , y alabado como tal por san Antonino , por Leonardo de Arezzo , Biondi y Sander, fué primero canónigo regular , luego obispo de Venecia y de Chalcis , en la isla de Negroponte , y por último, patriarca titular de Constantinopla , reteniendo al mismo tiempo la silla de Chalcis.

En 1399, había sido enviado como nuncio apostólico por Bonifacio IX á Nápoles , al efecto de inducir á dicha ciudad á la obediencia del rey Ladislao , á quien había abandonado para seguir el partido del conde de Anjou.

Inocencio VII había nombrado á Angel para la legacion de la Marca , y luego , en 1405, le ascendió á presbítero cardenal de san Marcos. Catorce cardenales, partidarios de Inocencio, que se encontraban en Roma , eligieron por papa á Corraró en 1.º de diciembre de 1406, contando poco mas ó menos la edad de 80 años (1). Sin embargo, san Antonino y diversos autores dicen que no era de una edad tan avanzada.

(1) Fleury, V, 496.

A los 19 de dicho diciembre fué solemnemente coronado, y tomó posesion en el mismo dia de san Juan de Letran.

Cuando los cardenales se reunieron en cónclave á los 18 de noviembre, habian fijado su única atencion en las desgracias de la Iglesia, y á los 23 del propio mes firmaron un juramento que habia quedado sin efecto, consistiendo en que cualquiera de ellos que fuese elegido, estaria siempre pronto á renunciar la tiara, si tal abdicacion podia extinguir el cisma y devolver la paz á la Iglesia. (La fórmula del mismo ha sido reproducida por Rainaldi, que continuó las obras de Baronio, año 1406, núm. 11).

Gregorio XII ratificó este juramento, y lo hizo con tanta sinceridad que con frecuencia exclamaba: « Si para la union de la Iglesia, nos llegaban á faltar otros motores, ó caballos para el coche, iríamos con un baston en la mano para extablecer dicha union. Si no teníamos galeras para atravesar el mar, tomaríamos para ello el primer barco que se nos presentara.»

En 11 de diciembre, ó sea diez dias despues de su eleccion, escribió al antipapa Benedicto y á sus cardenales, diciéndoles estaba pronto á renunciar el pontificado, si Benedicto hacia lo propio, á fin de que reunidos los dos colegios y eligiendo un solo pontífice, pudiera darse fin á tan pernicioso cisma.

Por otra parte, el antipapa Benedicto se dirigió á Gregorio, en 31 de enero de 1407, por medio de una carta llena de sentimientos de paz y de concordia. Declaraba que antes de dejar el pontificado, queria tener una amigable conferencia con Gregorio. Este envió entonces á Marsella dos nuncios para tratar del lugar, dia, y ceremonial, conviniendo que en 20 de abril se encontrarían uno y otro en Saona, ciudad de la república de Génova. Pero entonces los estados de esta república se encontraban en poder de los franceses. Con posterioridad se habia fijado el dia de la entrevista para setiembre de 1407, dia de san Nicolas, ratificando Gregorio este arreglo en 30 de julio.

A este efecto, dicho Gregorio se puso en viaje á los 9 de agosto. Se dirigió á Viterbo y luego á Siena, donde entró en 4 de setiembre con doce cardenales. Iba á continuar su viaje, cuando sobrevinieron acontecimientos que le obligaron á no dejar á Siena, donde permaneció hasta fin de dicho año. Lue-

go marchó para Luca á últimos de enero de 1408, haciendo en dicha ciudad, el 9 de mayo, una promocion de cuatro cardenales.

Los acontecimientos que inquietaban á Gregorio tomaron mas sombrío aspecto. Habia asegurado á Ladislao la posesion de Nápoles; mas este rey, temiendo que en el congreso de Saona se tomase contra él algun funesto acuerdo, y que se favoreciese á Luis de Anjou, su rival, excitó conmociones en el estado eclesiástico, confiando en que de este modo llegaria á apoderarse del mismo. Entonces aconsejó á Gregorio separar del gobierno de la Marca á Luis Migliorati. Seguido este pérfido consejo, ofreció Ladislao su apoyo al gobernador depuesto, y buscó con tal motivo apoderarse indirectamente de la Marca. Este príncipe destinó una guarnicion napolitana en Ascoli y en Fermo, y concluyó por dirigir á Roma un cuerpo de ejército que derribó una parte de las murallas y practicó una ancha brecha. El cardenal Annibaldeschi y Pablo Orsini, que gobernaban en nombre de Gregorio, se vieron forzados á consentir una ocupacion. Siguiendo las palabras del general de Ladislao, se suponía que aquella seria de corta duracion.

De otra parte, Gregorio, en su residencia momentánea en Luca, vecina de Saona, donde estaba pronto á regresar, vió que los franceses reunian tropas en esta última ciudad, y que el antipapa parecia atraerle á una celada.

Entre los disturbios suscitados en Roma y las súplicas de Benedicto, que todo el mundo reconocia como á un inflexible aragonés, Gregorio no podia resolverse á pasar de Luca á Saona, precaviéndose él y sus cardenales con suma vigilancia. Por fin, se decidió á prevenir á Benedicto, que por muchas prudentes razones y por mútuo interés, era preciso cambiar el lugar del congreso.

Benedicto, descubierto en sus designios, dirigió reconvencciones á Gregorio, y le pidió por qué motivo habia aumentado el número de sus cardenales. En verdad, Gregorio se habia obligado á no hacer creacion alguna, mas que cuando seria preciso igualar el número de los suyos con el de los adversarios. Desgraciadamente pareció no haberse acordado mas de

tal promesa. Entre los que tenia á su obediencia se encontraban cardenales ancianos, que no le amaban, y habia pensado crear otros en cuya fidelidad podia contar; se dijo que tal eleccion no rompía el juramento pronunciado, debiendo tenerse por indispensable por motivo de las circunstancias que habian sobrevenido.

Por otra parte, estos nuevos cardenales eran reputados por hombres de mérito y dignos de este honor. El primero era Juan de Domenico, á quien mas tarde se le declaró bienaventurado, hijo de Bianchini, artesano de Florencia. Habia conquistado con su ciencia un prodigioso renombre, despues de haber ingresado en la órden de dominicos.

El segundo cardenal era Antonio Corraro, patricio de Venecia, sobrino del Pontífice y uno de los primeros fundadores de la congregacion de San Jorge *in alga*, quien murió en 1445, siendo decano del sacro colegio. El tercero era Gabriel Condolmieri, tambien patricio veneciano. Dejemos un momento el nepotismo de familia para entrar en el de nacion; pero no rehusemos defender á Gregorio. Contando casi 80 años tenia mas que otro la necesidad de los cuidados de un pariente. Perseguido por rivales que le tendian asechanzas, buscó un apoyo en la experimentada política de Venecia, que siempre ha sido reputada por una de las mas hábiles de Italia.

El cuarto cardenal era Jaime de Udino en Frioul, de quien no se ha sabido jamás el nombre de familia. De médico ingresó en el estado eclesiástico, y murió en 1410 en Rimini dejando la reputacion de hombre sábio y profundamente religioso.

Hemos explicado detalladamente estos hechos porque tuvieron consecuencias funestas.

Los antiguos cardenales irritados por la promocion que no habian podido impedir, se avinieron en no reconocer á estos nuevos cólegas como verdaderos cardenales. A los 4 de mayo, habiendo Gregorio prohibido á todo el sacro colegio que le acompañaba, tener la menor relacion con los embajadores de Francia que residian cerca de Su Santidad, los descontentos resolvieron abandonarle. El cardenal de Lieja fué el primero en ejecutar este fatal proyecto; á los 11 de mayo huyó de Luca á Pisa. Perseguido por Pablo, sobrino de Gregorio, se dió tal

diligencia, que no pudo ser habido. El día 12, otros seis cardenales, á saber: el de Aquilea, obispo de Palestrina, el de Malta, Conrado, Francisco que lo era de Burdeos, Juan Orsini, Rainaldo Brancacci y Oton Colonna (luego Martin V) se escaparon tambien.

Estos seis cardenales, cuando se encontraron en lugar seguro, manifestaron, en 31 de julio, la resolucion de obligar á Gregorio y al antipapa á renunciar el pontificado. En caso que lo rehusaran, quisieron estos cardenales deponerles en un concilio reunido con consentimiento de las dos partes.

Se publicaron manifiestos por ambos partidos. Los de los cardenales no respiraban el sosegado carácter de fidelidad y dolor en medio de los males de la Iglesia. El Papa, á su vez, patentizaba la injusticia de los que le habian abandonado y que le acusaban de no querer volver la paz á la Iglesia (1). No rehusó un concilio al ver que se preparaban mas amenazadores disturbios, pero sostenia, con razon, que los cardenales no podian convocar dicho concilio: la eleccion del Papa habia sido legítima y canónica; en consecuencia, era una indubitable ley que solo pertenecia al Pontífice convocar concilios generales. Por otra parte, se determinó á convocarle por sí mismo en un lugar del patriarcado de Aquilea que designasen los mismos cardenales. Finalmente, Gregorio les exortaba en los términos mas corteses á regresar cerca de él, prometiéndoles un entero perdon de lo pasado.

En aquella circunstancia otros tres cardenales se unieron á los disidentes: fueron Enrique, obispo de Frascati, Angel del título de Santa Pudenziana, y Landolfo del de San Nicolas *in carcere*. Los dos primeros se encontraban cerca del papa en Luca, y el tercero residia en Perugia, donde ejercia las funciones de gobernador.

Sabiendo Gregorio que iba á convocarse un concilio en Pisa, declaró seria de ningun valor, porque los cardenales que lo hacian reunir, quedaban desde aquel momento depuestos del cardenalato.

Sin embargo, viene á propósito conocer lo que á su vez

(1) Novaes, V, 49.

practicaba el aragonés que se hacia llamar Benedicto XIII. Habia durante algun tiempo esperado una constante proteccion de Carlos VI, rey de Francia; pero el consejo del Louvre sabia que tal carácter no podia ser mantenido en la posesion del pontificado; cada uno confesaba que sus relaciones eran una continua invitacion á la revuelta, y en este sentido los ministros de Francia obraron definitivamente cerca de sus enviados. Como si no se hubiera conocido bastante todo lo que Benadicto decia y obraba insólida y fogosamente, este Papa se entregó á un acto de pura demencia, dirigiendo una bula á Carlos VI.

A los 14 de mayo de 1408, un tal Sancho Lopez, acechando la hora en que el rey estaba solo, le entregó de parte de Benedicto una carta cerrada, dirigida al monarca, á los príncipes y miembros del consejo (1). El rey le dijo: «Las personas á quienes va dirigida esta carta no se encuentran aquí, pero yo se la remitiré; ellas la abrirán y os darán mañana la contestacion.» Los señores se reunieron, pues, en presencia del rey, y eran: Luis de Anjou, rey de Sicilia (rival de Ladislao); los duques de Berry y de Borgoña; Pedro, hermano del conde de Navarra; el conde de Nevers, que lo era del duque de Borgoña, y el hermano de la reina de Francia, la fatal Isabel de Baviera.

Se abrió la bula y se encontró que contenia en compendio estas cinco proposiciones: 1.^o ¡El Papa (*el antipapa*) Benedicto excomulga á todos aquellos, sean de la condicion que quieran, tanto reyes como príncipes, que rehusen las conferencias para arreglar los negocios de la Iglesia; 2.^o A todos los que aprueban la cesion del pontificado; 3.^o A todos los que son de opinion contraria á la suya; 4.^o A los que se apartan de su obediencia ó no le entregan las pensiones, ó la colacion de beneficios; 5.^o En el caso que alguno se incline á la opinion contraria, si dentro veinte dias no repone las cosas en su primitivo estado, el Papa pronuncia entredicho general, *suspension* contra los beneficiados, y dispensa del juramento de fidelidad hecho al rey y á otros príncipes.»

¿Pueden parodiarse los actos de Gregorio VII é Inocencio III con menos talento, audacia é inoportunidad? Y es

(1) Du Boulay, tomo V, pág. 158.

este un hombre *sin derechos*, un aragonés *satisfecho de sí mismo*, que habla así en causa propia, que no era ya desde mucho tiempo la de la Iglesia!

A los 21 de mayo siguiente, recibió Benedicto esta respuesta: «Pedro de Luna es cismático, pertinaz y también herege y perturbador de la paz de la Iglesia. No debe ya ser llamado Benedicto, papa, ni cardenal, ni gozar otra dignidad alguna, ni nadie prestarle obediencia.» Benedicto creyó entonces de su deber pasar á Perpiñan, frontera de Cataluña, á ocultar su vergüenza, donde pretendía reunir un concilio.

Habiendo sabido con tiempo este hecho, Gregorio sintió renacer su valor; pero su posición, con motivo del abandono de los cardenales, no era por esto menos dolorosa. Tomó el camino de Aquilea, y se adelantaba ya hácia la Marca, cuando su amigo Carlos Malatesta, le dirigió un expreso advirtiéndole que esta vía no era muy segura, pues que el cardenal Baltasar Coscia le esperaba en el camino para hacerle prisionero. Con tal noticia, el Papa se refugió en Siena, y separó á Coscia del gobierno de Bolonia, donde Baltasar se había constituido en tirano.

Una desgracia conduce con frecuencia á otra; Gregorio, llegado á Siena, se creyó obligado á hacer una promoción de nueve cardenales, á fin de oponerlos á los que se agitaban vivamente para celebrar un concilio en Pisa. Solo dos eran venecianos; habla un inglés, un polaco, llamado Mateo Cracow, y no de Cracovia como han sentido algunos autores equivocadamente; un español y cuatro italianos de diversos puntos de la Península, siendo uno de Luca, ciudad que tan generosamente había hospedado al Papa.

Después de tres días de permanencia en Siena, Gregorio partió para Rímini, donde le esperaban sus amigos Malatesta, señores de dicho país. Desde Rímini, envió cerca de Ruperto de Baviera, rey de los romanos, al obispo de Porto, encargándole pidiese á este príncipe, se opusiera á la celebración del concilio de Pisa. Durante este intervalo, tres de los cardenales disidentes marcharon, uno para Francia, otro para Inglaterra, y el tercero para Germania, comisionados para excitar á los soberanos de dichos países, á que se negaran á toda pretensión de Gregorio.

A pesar de la repugnancia del verdadero pontífice, y de los obstáculos que naturalmente buscó y suscitó, se empezó el concilio en Pisa á los 25 de marzo de 1409, y no fué aprobado ni reprobado, segun dice el venerable Bellarmino (1), y que concluyó á los 7 de agosto del mismo año despues de haber celebrado veinte y tres sesiones. Asistieron á dicho concilio veinte y dos cardenales, de los dos partidos, de Gregorio XII, y del antipapa; los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalem; 180 obispos (2); 280 doctores, y 300 prelados regulares, y además los embajadores de los reyes de Francia, Inglaterra, Portugal, Polonia, Chipre y Bohemia. Ruperto, rey de Germania, habia tambien enviado embajadores; pero no habiéndole complacido las soluciones dadas á algunas dudas que habia emitido acerca de la legitimidad del concilio, retiró dichos embajadores.

El cardenal de Pavía presidió como á decano de entrambos colegios. A los 5 de junio y en la décimaquinta sesion, el concilio depuso (3) á Gregorio XII, y al que se llamaba Benedicto XIII, y á los 26 de dicho mes en la décimanona sesion, eligió á Alejandro V, como luego lo veremos.

Los fieles se lisonjeaban de ver con tal motivo el fin del cisma, pero no tardaron en desengañarse. Efectivamente, en lugar de un solo pontífice que ellos querian, hubo tres, pues se reconocian como á tales á Gregorio, á Benedicto y á Alejandro.

Así juzga este acontecimiento san Antonino (4).

Novaes dice en una nota, que, segun Rainaldi, Azorio y Natal Alexandro, el concilio y el pontífice elegido fueron y debén ser mirados como legítimos.

Gregorio, apoyándose en la proteccion del rey Ruperto, pensó tambien convocar un concilio en *Cividal* de Austria ó de Frioul, para oponer esta asamblea á la de Pisa; en realidad, á los 6 de junio celebró la primera sesion este concilio, en que

(1) *De Conc.*, lib. I, cap. 8. San Antonino, *in Chron.*, parte III, tit. 22, cap. 5, párr. 2, le llama *conciliábulo*, porque no ha sido convocado por persona á la cual diferentes países diesen el título de papa.

(2) Novaes, V, 24.

(3) Novaes, *ibid.*

(4) *Chron.*, parte III, tit. 22, cap. 5, párrafo 2.

se sostuvo siempre (no pudiendo dudar de su derecho); que únicamente pertenecía al pontífice reunir un legítimo concilio. No se pudo reunir en Civald mas que á un corto número de prelados, y por este motivo, á los 5 de setiembre, prometió en un acto público, despojarse de las insignias pontificias, si el que se llamaba Alejandro V y el pretendido Benedicto XIII, hacian lo propio, para que con la creacion de un nuevo pontífice se terminara el cisma.

A este efecto, Gregorio nombró á Ruperto, rey de los romanos, á Segismundo, rey de Hungría, y á Ladislao, rey de Nápoles, para que puestos de acuerdo con los príncipes del partido contrario, eligieran lugar donde se celebrase un ulterior concilio. Por ello dirigió el Papa diversos legados á toda la cristiandad; pero bien pronto en vez de obtener lo que deseaba, se vió el Pontífice abandonado por el senado de Venecia, por los húngaros y bohemios; de tal modo, que corrió grandes peligros, mientras que el patriarca de Aquilea, á quien él habia depuesto, le tendia asechanzas con gente armada. Avisado el Papa por amigos, se despojó de sus vestidos y los hizo poner á uno de su comitiva, que fué preso porque creyeron era el pontífice.

Acompañado de dos secretarios, y perseguido en vano por sus enemigos, llegó hasta el punto á que Ladislao le habia enviado sus galeras. De allí pasó á Abruzo, luego á Ortona, Fondi y por fin á Gaeta. El rey de Nápoles, fiel aparentemente, le esperaba con impaciencia; pero tal fidelidad era mas que dudosa; confiaba que, ayudado del falso semblante de amistad, obtendria la dominacion de Roma, de cuya ciudad el fugitivo Papa parecia mas bien un desterrado sin esperanza, que un soberano pontífice.

En 1410, Gregorio envió á Juan, arzobispo de Riga, á los puntos septentrionales de Europa, para confirmar dichos pueblos á su obediencia; creó igualmente legado de la Marca á Angel, cardenal desan Estévan *in Monte Celio*, y por una orden de 18 de noviembre, habiendo dado el gobierno de Fermo á Luis Migliorati, le declaró general del ejército eclesiástico, mandando unir sus tropas á las de Ladislao.

Gregorio, defendido todavía por éste en las fortificaciones de Gaeta, publicó, segun se asegura, en 1411, y con el rito y

costumbres de la corte romana, la bula *In cana domini*, contra los hereges y cismáticos. Excomulgó, á este propósito, nominativamente á Luis de Anjou, que se decia rey de Nápoles; al antipapa, Pedro de Luna, y á Baltasar Coscia, que se hacia llamar Juan XXIII, lo propio que á los cardenales que seguian el partido de este último.

En 1412, para sostener á sus partidarios, que disminuian diariamente, Gregorio envió diferentes legados, con preferencia á Germania, y publicó bulas contra los secuaces de Juan XXIII, y sobre todo, contra los que molestaban al margrave Hermann, partidario constante de la obediencia debida á Gregorio.

Mas tarde, Ladislao que parecia tener todavia algun afecto por Gregorio XII, cedió á los ruegos del antipapa Juan, y abandonó cobardemente al papa legítimo. Sabiendo entonces Gregorio que por casualidad habian entrado en Gaeta dos buques venecianos, se embarcó en uno de ellos, acompañado de sus dos sobrinos Corraro y Condolmieri, y de Barbarigo; finalmente, internándose en el Adriático, pudo llegar á Rimini, antiguo refugio que habia ya encontrado otra vez cerca de Carlos Malatesta, su incorruptible amigo.

Juan XXIII, elegido en lugar de Alejandro V, que no reinó mas que diez meses, habiendo convocado el concilio de Constanza, escribió á Gregorio que si deseaba verdaderamente la union y concordia de las Iglesias y de toda la cristiandad, esperaba que con todos los cardenales de su partido se presentaria al concilio.

La experiencia demostró que verdaderamente queria esta concordia; pero temiendo aun las acechanzas de los enemigos que estarian presentes al concilio, trató de presentarle como á reunido sin una autoridad legítima, porque él, Gregorio, era el verdadero y único pastor de la Iglesia. Se quejaba de Segismundo, rey de Hungría, que habia abrazado recientemente el partido de Juan. Envió á este efecto á dicho príncipe al cardenal de Ragusa, dominico, y al patriarca de Constantinopla, para hacer comprender la legitimidad de su causa, y quiso tambien que el mismo cardenal de Ragusa defendiera en el concilio los intereses del legítimo papa.

Llegó el cardenal á Constanza, é hizo inmediatamente

poner al frente de su palacio el blason de Gregorio, el cual desapareció en la misma noche. Este hecho fué puesto en tela de juicio, y se sentenció que no podía ponerse tal insignia en una ciudad que reconocia á Juan y no á Gregorio. Esto solo bastó para que el cardenal comprendiese que los obispos reunidos estaban muy poco dispuestos en favor de Gregorio. En consecuencia, no quedaba á este delegado esperanza alguna de hacerles partidarios de Gregorio XII.

El cardenal supo que Segismundo se encontraba en igual disposicion. Este monarca reconvenia á Gregorio que no fuera á Constanza, á donde debió ir para poner fin al cisma de la Iglesia. El Papa respondió que no rehusaba reconocer el concilio, pero que no aprobaba un congreso reunido por Juan, que no era ni vicario de Jesucristo, ni sucesor de san Pedro.

Teniendo en cuenta estas disposiciones poco favorables, Gregorio, que deseaba vivamente la paz de la Iglesia, escribió en 1415, una carta, dando al cardenal de Ragusa, y á los demás de su obediencia, pleno poder para declarar en su nombre al congreso de Constanza concilio general legítimo, pero no como reunido por Baltasar Coscia, y con la expresa condicion de que éste no presidiria ni asistiría al mismo.

Finalmente, se publicó una constitucion, en la que se declaró que la Iglesia no tenia mas que un solo jefe; que los fieles que habian obedecido á Gregorio y á Juan solo debian reconocer á este último. Gregorio envió desde Rimini á su plenipotenciario Carlos Malatesta, señor de algunas ciudades, y en la sesion décimacuarta, 4 de julio de 1415, por medio del citado Malatesta, renunció al pontificado, y declaró que Gregorio XII volveria á ser Angel Corraro. Habiendo sabido todo lo que habia pasado en Constanza por su orden, Angel, todavía por un momento Gregorio XII, reunió un consistorio al que compareció con los hábitos pontificios; aprobó lo que habia hecho su apoderado Malatesta, depuso la tiara y demás insignias de su dignidad, y protestó no las aceptaria mas. Esta escena pasó en Rimini.

Malatesta, encargado de realizar esta abdicacion en Constanza, se hallaba colocado en un trono semejante al que se

hubiera elevado al papa Gregorio XII, y despues de haber terminado la declaracion en presencia del concilio, bajó de dicho trono, y no representando mas al pontífice, fué á sentarse en un lugar cualquiera.

El concilio, entonces, queriendo recompensar la conducta de Gregorio, le nombró obispo de Porto, legado perpétuo de la Marca, y además le reconoció como decano del sacro colegio.

Por otra parte, se confirmaron todas sus antiguas disposiciones; se publicó tambien una constitucion, declarando que el acuerdo tomado por el concilio de no elegir nuevamente á Gregorio, no era por desprecio, y ni por otro fin que el de conceder la paz á la Iglesia.

Dicha constitucion disponia que no se haría cargo á Gregorio por lo obrado durante su pontificado, y que no se obligaria jamás á responder en juicio. Se le concedieron al propio tiempo otros honores de los cuales no gozó mas que dos años, pues ya contaba mas de noventa; habiendo gobernado á la Iglesia hasta su deposicion en Pisa, dos años, diez meses y tres dias, y hasta su verdadera abdicacion en Constanza, ocho años, siete meses y cinco dias.

A los 4 de julio de 1417, murió en Recanatti, y fué enterado en la catedral, donde se le elevó un sepulcro. En 1623, fué este abierto con motivo de reparaciones que debian practicarse en la iglesia, encontrándose el cuerpo muy conservado y revestido aun de los hábitos pontificios (1). Seamos justos en todo; sea la que quiera la crítica inventada para atacar á este pontífice, estaba dotado de una santidad tan sublime, que san Antonino hablando de la constancia de este Papa en medio de tantas adversidades, le compara á san Estévan mártir (2). A esta santidad tan digna de admiracion, reunia Gregorio XII el saber, la experiencia y la piedad.

La Santa Sede, despues de la renuncia, quedó vacante por veinte dias.

(1) Vittorelli, en sus *Addit.* á Chacon, tom. II, pág. 754. Y tambien Quirini, *Porpora e Tiara Veneta*, pág. 3.

(2) San Antonino, *Chron.* parte III, tit. 22, cap. 5. Véase además Leonardo de Arezzo, in *Commentar. rer. gest. in Italia*, ap. Muratori, tomo. IX, pág. 956.

El artículo que consagra Platino á este pontificado, es insuficiente, pues nada dice acerca del heroico acto de abdicacion, que ha inmortalizado á Gregorio XII. Este grande Papa ha defendido sus derechos palmo á palmo, y es á él solo á quien la cristiandad debe la calma de que va á gozar, y que será seguida del restablecimiento de la paz universal en la Iglesia.

298. Alejandro V. 1409.

Alejandro V, llamado antes Pedro Philarque, nació en la isla de Candia. Entró muy jóven en los religiosos franciscanos (es el segundo papa de esta órden); habiéndosele enviado á Oxford y á Paris para aprender la filosofía y teología, llegó á ser tan sábio, que se le llamó *el Doctor refulgente*. De Paris pasó á Lombardía, en donde Juan Galeas Visconti, señor de Milan, reconociéndole por hombre de talento distinguido y de vasta erudicion, le nombró profesor en Pavía, teólogo de la corte y consejero íntimo, declarando que le preparaba todavía nuevos honores.

Pedro fué sucesivamente nombrado obispo de Plasencia, Vicenza y arzobispo de Milan.

Visconti le envió á Bohemia para obtener del príncipe Venceslao el título é insignias de duque de Milan, y á su muerte le nombró tutor de sus dos hijos menores. Inocencio VII, en 11 de julio de 1405, creó á Pedro cardenal.

Fué elegido papa á los 16 de junio de 1409, á la edad de 60 años, segun unos, y 70, segun otros, en la décimanona sesion del concilio de Pisa, por veinte y tres cardenales, de los cuales trece eran del partido romano y diez del de Aviñon, siendo coronado públicamente á los 7 de julio en la catedral de dicha ciudad, donde celebró la solemne cavalgada, imitando de este modo la *possesso* de San Juan de Letran.

En el mismo concilio de Pisa, Alejandro, en honor de la paz

de la Iglesia, aceptó y admitió en el sacro colegio á nueve cardenales que habian sido creados, en aciagos tiempos, por los antipapas Clemente VII y Benedicto XIII. Alejandro, reconocido por la mayor parte de la cristiandad, dirigió sus primeros cuidados á recobrar el Estado de la Iglesia y á rechazar á Ladislao. El duque de Anjou, con tal objeto, prometió todo su apoyo al Papa, quien le dió el título de rey de Sicilia y le constituyó gonfaloniero de la Iglesia.

Alejandro partió de Pisa á Prato y luego á Pistoia. En dicho punto publicó una bula, en 20 de diciembre de 1409, para impedir progresasen en Bohemia los errores de Wiclef, propagados por Juan Hus. Iba á regresar el Papa á Roma, cuyos habitantes aguardaban su llegada para devolverle toda su autoridad, pero el cardenal Coscia rogó á Su Santidad hiciera una visita á los boloñeses. Apenas llegado Alejandro á dicha ciudad, cayó enfermo, y murió á los 4 de marzo de 1410, despues de haber reinado diez meses y ocho dias. Fué enterrado en la iglesia de franciscanos conventuales.

Era persona de grande prudencia, dotado de una constante dulzura, liberal con los pobres y distinguido por sus eminentes calidades; elocuente orador, consumado teólogo y digno de las alabanzas con que muchos escritores le han honrado. Los cardenales, al nombrarle papa, dijeron se les haria justicia por el mundo cristiano, pues ellos no podian hacer mejor eleccion. Desgraciadamente, este Papa gobernó demasiado por los consejos del cardenal Coscia, el mismo que le sucedió bajo el nombre de Juan XXIII. Se distribuyeron imprudentemente algunos obispados, abadías y beneficios. En cuanto al nepotismo, acostumbraba á decir este Papa que, ascendido al pontificado, no habia tenido intencion de enriquecer á sus parientes porque no los tenia. Su generosidad le redujo alguna vez á una suerte tan precaria que con frecuencia decia: *Siendo obispo éramos rico, siendo cardenal pobre, y hénos aquí mendigo, siendo Papa.*

La Santa Sede quedó vacante trece dias.

209. Juan XXIII. 1410.

Juan XXIII, cuyo nombre era Baltasar Coscia ó Cossa, nació en Nápoles: era hijo de Juan, conde de Troja, y señor de Prócida: de arcediano de Bolonia pasó á auditor de la Rota y á obispo de Ischia, y luego fué creado cardenal en 1402. El cónclave solo se componia de diez y seis cardenales, siete de los cuales estaban ausentes. Fué elegido papa á los 7 de mayo de 1410, y á los 24 del propio mes fué ordenado de presbítero por el cardenal obispo de Ostia, luego consagrado en la basílica de santa Petronia, y luego coronado por el cardenal Rainaldo Brancacci.

Verificado su nombramiento, se agitaron prevenciones contra tal eleccion; se acusaba á Juan de haber gobernado tiránicamente á Bolonia, y observado en la misma una conducta mundana. San Antonino le describe como persona capaz de grandes empresas en negocios temporales, hábil político, atrevido y fuerte en la guerra, de modo que habia en su juventud ejercido el oficio de corsario, y al propio tiempo como un clérigo mal dispuesto para poderse conquistar un nombre en los negocios espirituales. Lo cierto es, que los dos sucesores de Bonifacio, Inocencio VII y Gregorio XII, tuvieron mucho que quejarse de la conducta de Coscia, y el mismo Gregorio le privó de la púrpura por haber usurpado en Bolonia una autoridad despótica. Pero Alejandro V le restituyó tal dignidad, y además la legacion de Bolonia, añadiendo la de la Marca y la presidencia de algunas otras provincias.

Murió en esta misma época Ruperto, rey de los romanos, á quien debia darse un sucesor. Juan escribió á los electores para inclinarles al nombramiento de Segismundo de Luxemburgo, rey de Hungría, hijo del emperador Carlos IV, y hermano de Venceslao.

Era este un príncipe muy prudente, firme, magnánimo, piadoso, liberal, instruido por la lectura, poseedor de varios idiomas; de buena presencia y de majestuoso porte.

La ciudad de Roma se encontraba próxima á sucumbir bajo el poder de Ladislao, rey de Nápoles, y en tal estado resolvió el Papa en 1411 ir á defender en persona su capital. Empezó declarando que el reino de Nápoles pertenecía legítimamente á Luís de Anjou, juntándose á este príncipe para llegar á Roma, y pasando por Florencia y Siena. Por fin, el Papa pareció en medio de los romanos como en triunfo: Luís de Anjou sostenía el freno del caballo del pontífice. Juan, antiguo hombre de guerra, sabía que las expediciones militares deben algunas veces ser continuadas con celeridad. Juntó al ejército de Luís de Anjou tropas mandadas por Pablo Orsini, general de la Iglesia, Francisco Sforza y otros famosos capitanes, que habiendo atacado á Ladislao, á los 19 de mayo, en Roccasecca, dispersaron atrevidamente sus tropas y hubieran arrebatado su trono, si en vez de detenerse por la sed del botín, hubiesen continuado la refriega. Por otro lado, á los 9 de diciembre, Juan excomulgó á Ladislao, privándole del reino de Nápoles y de Jerusalem; relevó á los napolitanos del juramento de fidelidad, y publicó una cruzada contra este príncipe, á la que convocó á casi todos los Estados de la Europa.

Ladislao, perseguido por sus enemigos, creyó debía abandonar la causa de Gregorio XII y someterse á Juan, cuyo papa, contento de esta victoria, devolvió todos sus honores á Ladislao, y por deseo de aumentar su poderío, y disgustado de las relaciones con Luís de Anjou, le cedió de nuevo el reino de Nápoles; le creó general de la Iglesia romana, y hasta le satisfizo una considerable cantidad.

Pero Ladislao, que habia ya engañado á tantos pontífices, solo buscaba hacer caer á Juan en un lazo; se acercó secretamente á Roma; se introdujo por una abertura practicada en las murallas; obligó al Papa á huir y saqueó la ciudad.

Recurrió entonces Juan al poder de Segismundo: éste y el Pontífice tuvieron una entrevista en la que escogitaron las medidas que debían tomarse para pacificar la cristiandad. Visitaron juntos Parma, Plasencia y Crémone. En esta última ciudad, que siempre habia sido güelfa, ó sea del partido sostenido por los papas, partido que protegía la verdadera libertad en Italia, el emperador, gefe de los gibelinos, creyó

oportuno, para atraerse esta *comune* á sus intereses, conceder privilegios á Gabrino Fondolo, que se hacia tener por señor. Hé aquí como el gefe de la Santa Sede, constante protector de la ciudad, y el emperador, su nuevo bienhechor, estuvieron próximos á ser recompensados: ambos habian subido á lo alto de la torre de Crémona, desde donde se descubre el panorama que ofrece toda la Lombardia y el magestuoso curso del Pó (Italia 163): Gabrino Fondolo, que habia obtenido con infamias la soberanía de que gozaba, tuvo por un momento la idea de precipitar al Papa y al emperador desde lo alto del *campanile*, para ocasionar en la cristiandad una revolucion inesperada y de la cual se hubiera aprovechado. Este mismo tirano, habiendo sido condenado á la decapitacion en Milan, once años despues, por órden del duque Felipe María, declaró antes de morir que su único remordimiento era el haber tan cobardemente renunciado á aquel pensamiento.

Las desgracias de la Santa Sede habian llegado á su colmo: Segismundo tuvo mas tarde la idea de que reuniéndose un concilio en Constanza decidiera acerca de los grandes negocios de la Iglesia. Cardenales del partido de Juan, recibieron del emperador una comunicacion, participándoles que si Juan queria ir en persona á Constanza, ejerceria allí, sin duda, la autoridad suprema; recibiria los honores debidos á un soberano pontífice, y podria retirarse de la ciudad cuando bien le pareciera.

Ladislao habia muerto el 8 de agosto de 1414. La Italia gozaba de una aparente calma.

Poco tiempo despues, afligió mucho á Juan el saber que en el marquesado de Misnia se habian descubierto hereges que se llamaban hermanos de la cruz, y pretendian fundar su doctrina en un escrito que los ángeles pusieron al pié del altar de san Pedro en Roma, hácia el año 343 y, segun se cree, bajo el reinado de san Julio I. «Desde este tiempo, decian ellos, vamos por el mundo azotándonos. Dios ha anulado la ley del bautismo y ha instituido el de nuestra propia sangre.» Añadian á estas perversas inspiraciones, que para salvarse bastaba azotarse con conviccion. Sostenian además los insensatos, que no era preciso celebrar fiesta alguna, á excepcion de

de Navidad y de la Asuncion (1), que se habia de celebrar en domingo. Estos hereges fueron condenados; pero sus prosélitos reaparecieron en otras provincias.

Juan temia siempre pasar á Constanza, pues creia que no saldria como papa, sino como particular. No obstante, instigado por las súplicas de los cardenales y por las seguridades que le daba Segismundo, no titubeó en tomar el camino de dicha ciudad; entró en la misma á caballo y acompañado de su corte, compuesta de mas de seiscientas personas. Se adelantaba triste como una víctima adornada para el sacrificio.

De propio consentimiento, abrió el décimosesto concilio general de Constanza á 5 de noviembre de 1414. Esta solemne asamblea duró cuatro años. Intervinieron en ella cerca de mil padres, entre los que se contaban veinte y nueve cardenales, cuatro patriarcas y trescientos obispos. Asistió tambien el emperador Segismundo, y todos los príncipes de Europa enviaron sus embajadores; habia tambien mas de treinta y dos mil personas impelidas por el inmenso interés que ofreció el mas grande acontecimiento del siglo xv, pues se vió en él á dos papas renunciando su autoridad. El tercero se retiró tambien, y se eligió á uno nuevo que fué reconocido por toda la cristiandad.

El concilio celebró cuarenta y cinco sesiones. Las dos primeras fueron presididas por Juan XXIII; luego se nombró para la tercera á Pedro de Ailly, cardenal de Cambrai. El de Albano, Jordan Orsini, presidió la cuarta y quinta; Juan de Brogni cardenal de Viviers y obispo de Ostia, presidió todas las siguientes sesiones hasta la eleccion de Martin V, nombrado en la cuadragésimaprimerá. Las cuatro últimas fueron presididas por el nuevo papa.

En esta asamblea se proscribieron los errores de Juan Hus y de Gerónimo de Praga su discípulo. Hasta autores católicos,

(1) Esta idea de no celebrar mas que en domingo, Navidad y la Asuncion merece crédito? fué sacada en 1801 de una nota de Fleury (véase Fleury lib. 100, VI, 359), y propuesta cuando se trató del concordato. Se intentó formalmente suprimir todas las fiestas menos las dos solemnidades que acabamos de mencionar. Esta proposicion tan dolorosa para el catolicismo, fué vigorosamente rechazada.

han encontrado que la condena de estos sectarios, aunque justa en el fondo, habia sido demasiado precipitada y producido consecuencias funestas.

El emperador Segismundo iba acompañado de la emperatriz Barbara de Cilley, su esposa; de Isabel, reina de Bosnia; de Rodolfo, elector de Sajonia; de Federico, burgrave de Nuremberg, luego elector de Brandeburgo; de Luis, conde palatino del Rhin y duque de Baviera; del arzobispo de Maguncia, y de muchos otros ilustres personajes.

El día de Navidad celebró el Papa la misa, en la que Segismundo, revestido con los hábitos de diácono y sosteniendo la espada desnuda en la mano, cantó el evangelio *Exiit edictum á Casare Augusto*, « Se publicó un edicto del emperador Augusto;» y el conde de Cilley, suegro del emperador, tenia la manzana de oro ó globo imperial.

En la segunda sesion, celebrada á los 2 de marzo de 1415, Juan prometió bajo juramento renunciar al pontificado si hacian lo propio Gregorio XII y Benedicto XIII; y él mismo, despues de haber celebrado en la catedral la misa del Espíritu Santo, pronunció en medio de esta imponente asamblea la fórmula del juramento. Bajó del trono, se arrodilló delante el altar, puso la mano en su corazon, pronunciando las siguientes palabras: *Spondeo, voveo et juro Deo*, « prometo, invoco y juro á Dios.» Se conmovió tanto el emperador del humilde y solemne tono del Papa, que habiéndose levantado prontamente de su trono y quitado su corona, se prosternó á los piés del pontífice para darle gracias de esta accion, manifestando su alegría por esta resolucion generosa, tan honrosa para el Papa como para el concilio.

Desgraciadamente, la buena voluntad de Juan duró poco, y algun tiempo despues rehusó dar su poder para redactar el acta de renuncia, alegando que deseaba hacerla en persona.

Sabiendo entonces que seria obligado á firmar tal poder, y no dudando que se expediria la orden de prenderlo, se escapó disfrazado de mercader con la ayuda de Federico, duque de Austria, que le protegía. Este príncipe, para favorecer la huida de Juan, dió un torneo en donde luchó contra el conde de Cilley, cuñado del emperador. En medio de la confusion que

acompaña á esta clase de diversiones, el Papa pudo salir de Constanza y salvarse en Schaffouse, y luego pasó á Lauffenburgo y á Friburgo.

No se sabia quien era el verdadero pontífice: se presentaron contra Juan cincuenta y cinco acusaciones que habian sido leidas ante él con todas las formalidades. Por fin, el concilio pronunció su fallo á los 25 de mayo de 1415, es decir, cinco años y trece dias despues de la elevacion de Juan al pontificado.

En aquella época se vió por primera vez á un Papa no reconocido de repente por los mismos que le habian elevado á la dignidad de pontífice supremo.

Tales fueron las operaciones del concilio de Constanza; la primera persona de la Iglesia fué reducida á la condicion privada y destinada á los rigores de una prision, pues fué preso en Friburgo, donde se refugió en su fuga, y en cuya ciudad su amigo y protector Federico le hizo traicion, pensando únicamente en su interés. Juan, á primeros de junio, fué enviado prisionero á Heidelberg, escoltado por los guardias de Luis, conde palatino y duque de Baviera, y luego á Munich, donde estuvo cuatro años severamente custodiado por alemanes que no entendian su idioma, así como Juan no comprendia el suyo.

Si Juan era culpable de las faltas que se le han reprochado, eran dignas de un eterno olvido, pues su humildad y resignacion al oír la sentencia (Novaes V, 54) bastaban para hacer expiar dichas faltas, tal como lo ha dicho Bercastel que ha escrito con mucha circunspeccion la historia de este acontecimiento.

Gregorio XII, que, segun hemos explicado en su vida, dió al cardenal de Ragusa y á otros de su obediencia la facultad de trasformar en concilio la asamblea de Constanza, en la sesion décimacuarta de 4 de julio, por mediacion de Carlos Malatesta, señor de Rimini, su generoso amigo, publicó nuevamente su abdicacion voluntaria al pontificado, espresando solo que deseaba el bien de la Iglesia.

Cuando se celebró la sesion trigésimaséptima, 26 de junio de 1417, Benedicto XIII perseveró en su obstinacion, aun cuan-

do Segismundo hubiese hecho el viaje para determinar á este antipapa á una renuncia. Entonces fué depuesto y excomulgado, como obstinado, cismático, y *desviado* de la fe. Despues de la deposicion de este último, se propuso no escoger en la nueva eleccion á ninguno de los tres depuestos, á fin de que la Iglesia pudiera constituirse sólidamente.

Reinó siempre en este concilio una grande concordia. Se dividió en cinco cámaras: la alemana, italiana, francesa, inglesa y española. Se decidió que por esta sola vez se confiaria la eleccion del jefe de la Iglesia á un doble colegio, formado por una parte, de treinta diputados nombrados por las cinco naciones, seis por cada una de ellas; y por otra, de veinte y tres cardenales de las tres obediencias entonces existentes. El candidato, para ser elegido, debia obtener las dos terceras partes de votos, no solo en uno, sino tambien en el otro colegio. Estos cincuenta y tres electores fueron encerrados á los 7 de noviembre de 1417, en un mismo local, del que salieron el dia 11, proclamando á Oton Colonna, cardenal del título de san Jorge. Tomó el nombre del santo pontífice Martin de Todi, este ángel de paz, este valeroso sucesor de los Apóstoles, esta deplorable víctima de los furores del emperador Constante II (Véase tomo 1.^o), y declaró que se llamaria Martin V.

Colonna habia recibido de Inocencio VII, en 1405, el capelo de cardenal, habiéndose demostrado siempre defensor de los pontífices de Roma hasta la época del concilio de Pisa: entonces abrazó el partido de Alejandro V y de su legítimo sucesor Juan XXIII. La eleccion recayó, pues, sobre uno de los cardenales que mas habian simpatizado con la Iglesia regular, y el que mas alejado estaba de los intrusos.

El concilio de Constanza creyó necesarias todas estas medidas y deponer á los tres pontífices, para la extincion total del cisma fomentado por estas tres pretensiones de autoridad, y á este propósito, los Padres se acordaron de aquellos antiguos y santos tiempos, en los cuales trescientos obispos de Africa consintieron en abandonar sus sillas episcopales, para terminar el cisma de los donatistas. Persuadidos de que la unidad de la Iglesia es el mas grande de los bienes, dichos Padres creyeron era preciso preferirla á todo otro interés, y

que únicamente en beneficio de la Iglesia se era ó no pastor de ella. Permanecieron así fieles á las rectas máximas de san Agustín, alma de esta augusta asamblea de africanos.

Decía el gran santo en esta ocasion: « Para nuestros pueblos somos obispos. Luego, lo que valemos para nuestros hermanos, solo lo gozamos en cuanto podamos serles útiles. Detestamos ser obispos si hemos de causarles perjuicio. Despues que el hijo de Dios descendió á la tierra para que viniéramos á ser sus delegados, ¿experimentaremos sentimiento alguno en renunciar nuestras sedes, si descendemos para impedir que los miembros de Cristo sufran funestas divisiones?» Estas palabras de san Agustín son admirables por su desinterés y generosidad. « Sentado esto, añade Novaes (V, 55), puedo felicitar me con el celoso y magnánimo pontífice Pío VII que, apoyado en las santas máximas de obispos africanos, ha querido restablecer la union de la Iglesia galicana, afligida y dispersada por las fatales divisiones de la Francia, y que todos hemos visto, con los ojos bañados en lágrimas, sumergida en el mas vivo dolor. Pío VII ha creído necesario exortar y obligar á los obispos de esta nacion, esparcidos acá y acullá por los furores de la tempestad, á dejar á sus rebaños y desprenderse con grandeza de alma de sus propias dignidades. Ha separado á la vez, para el bien y unidad de la Iglesia, no solo á los intrusos, sino tambien á los verdaderos pastores. Entonces ha sido establecida y se ha mantenido la legitima mision de los nuevos pastores: tambien desde esta época mis llantos de amargura y tristeza se trocaron en expresiones de alegría y ternura, pues me acuerdo de la felicidad que el pontífice tributó, con tal union, á la nacion cristianísima (1). ¡Qué tal reunion sea, pues, y para siempre, constante, sincera y religiosa, tanto como lo ha sido el alma de aquel á quien se debe tal beneficio!»

En la siguiente sesion del concilio de Constanza, celebrada bajo el nuevo pontífice Martín, á los 28 de diciembre, se ordenó que Baltasar Coscia, antes Juan XXIII, desde las pri-

(1) Novaes dá aquí con oportunidad á la nacion el título de que gozaban sus antiguos reyes, que ya no existian.

siones del duque de Baviera pasara á poder de los ministros de la Santa Sede. Se empezó pagando á este duque 30,000 escudos de oro por los gastos que ocasionó tal encarcelamiento ; Juan fué puesto bajo las órdenes del obispo de Lubeck para que le guardase ; pero , habiendo podido escaparse en 1419 , pasó á Florencia y se echó á los piés de Martin. Este, como hijo de príncipes los mas ilustres de Italia, y ascendido á pontífice por una eleccion la mas solemne y magnánima, solo experimentaba sentimientos de generosidad, grandeza y elevacion : acogió á Juan con las pruebas de la mas viva ternura y sincera afabilidad. No se sabia cuál de los dos era el mas grande ; el uno en su humildad , y el otro en su elevacion. Martin le nombró inmediatamente obispo de Frascati y decano del sacro colegio , y le concedió un puesto distinguido entre los otros cardenales ; pero no gozó por mucho tiempo de estos honores , que en ninguna otra gerarquía humana un vencedor hubiera acordado al vencido. Solo en la familia de los soberanos pontífices resaltan virtudes que ninguna otra familia de príncipes ha demostrado en el universo.

Juan XXIII murió á los 23 de diciembre de 1419 en Florencia , y fué enterrado en un magnífico sepulcro en la catedral de San Juan, cuyo honor debió á su amigo Cosme de Médicis.

La Santa Sede estuvo vacante , contando desde su deposicion hasta la eleccion de Martin V , dos años , cinco meses y ocho dias.

Acabamos de ver á personajes elegidos papas, y , creyéndose tales con mas ó menos razon , retener , con un ánimo de pertinacia inexcusable, la autoridad que les parecia deferida. No creemos que , para encontrar el motivo de tan larga resistencia , sea preciso penetrar en lo íntimo de una obstinacion ordinaria , de la obstinacion comun con que detiene á ciertos hombres el amor de las cosas mundanas. No viene al caso atribuir á los defectos de la humanidad esta tenacidad como sobrenatural , que se dirige á no reproducir lo que ha sido reconocido por cardenales , pueblos enteros y príncipes , y á mirarla como una propiedad, que nada de cuanto existe entre nosotros parece debe arrancarla. Un cristiano que ha oido llamársele papa , jefe de la cristiandad , soberano de los soberanos

nos, árbitro de las diferencias suscitadas entre reyes y emperadores, elevado al honor de atar y desatar sobre la tierra, sucesor y vicario de Jesucristo, debe temer sostener blandamente y con una mano poco segura la grandeza que le ha sido confiada. No creo en la cobardía del que resiste, tampoco en la tenacidad de un ánimo torpe y orgulloso; creo que en una situación en la cual no puede darse un paso atrás, se encuentra uno inclinado, á pesar suyo, á tal grandeza. No se la desea tal vez, pero tampoco no se sabe despreciar; no se puede, pues, fácilmente resolverse á abandonarla. Cuanto mas se ama á Cristo, mas atrae al hombre todo formando parte de su carne. El evangelio prohíbe morir de herida causada por sí mismo. Es preciso vivir, y en consecuencia llevar continuamente la capa pontificia. Me parece impropio, no solo de los historiadores, sino tambien mucho mas del vulgo de los mortales, mezclarse en tales cuestiones, y juzgar de lo que piensan, de lo que hacen, de lo que pueden obtener de ellos, aquellos hombres en tan pequeño número, colocados en los confines de la divinidad, y que no han querido ni podido confiar á otro hombre sus sufrimientos, sus incertidumbres, sus dificultades en el obrar, su generosidad impedida, su paso detenido en el suelo, sus manos encadenadas en el altar, cuando querian quitar la tiara de su cabeza. ¡Cristianos..... ya que nadie nos ha revelado tales secretos, ya que, mediante la divina gracia, no presenciaremos mas tales escenas, abstenámonos de juicios severos y de inútiles é insensatos anatemas! Dios no ha creado á los hombres bastante fuertes para que puedan con frecuencia renovar tales combates.

Algunos autores (Feller III, 652) reparando que Juan XXIII habia sido depuesto, á pesar de haber sido reconocido por verdadero papa, han deducido consecuencias que, en otras circunstancias, solo podrian ser errores. Aunque la mayor parte de los prelados deponentes reconocieron á Juan XXIII por verdadero papa, tampoco ignoraban que tal legitimidad excitaba dudas en gran parte del mundo cristiano. Sabian, por otro lado, que lo que es bueno en un caso extremo, en el que se trata de la salud pública de la Iglesia ó del estado, no puede de ningun modo generalizarse, y que hasta en el mis-

mo rigor que importa la subordinacion civil y militar, se presentan casos que rechazan la ley establecida.

210. Martín V. 1417.

Aparece ahora por vez primera en la cátedra de san Pedro (1) un cardenal perteneciente á la casa Colonna, que con frecuencia habia gobernado á Roma. Su rival, la célebre familia Orsini, habia producido un papa en la persona de Nicolas III, elegido en 1277, y antecesor de Martin IV. Nicolas mereció el cargo de nepotismo, disposicion de carácter verdaderamente reprehensible, que tantas veces ha arruinado á la Santa Sede, y que puede atacársele hoy dia sin escándalo, con tanta mas seguridad, en cuanto despues de medio siglo ningun otro pontífice ha debido ser de ella acusado, y de la que el sábio Pio IX tampoco no dará ejemplo. Se podrá preguntar, al examinar de cerca las infinitas revoluciones que nos hemos propuesto explicar, como ha sucedido en medio de tan ridículos deseos, pues el soldado mas humilde y el aventurero menos conocido se disputan por todas partes el mando de las ciudades, que nadie de las ilustres familias de los Colonna y Orsini haya pensado en usurpar la autoridad soberana en Roma!

Estas dos familias produjeron hombres recomendables por su talento, riquezas y valor. Si fueron grandes, ricos y valientes, pudieron tambien ser ambiciosos; pero no obstante, al través de las intrigas, ataques y sediciones de todo género, á pesar de las revoluciones, tan pronto contra el pueblo como contra él, esta proteccion dada y retirada al tribuno Rienzi, ningun Colonna ni Orsini aparece en primera línea para eclamar orgullosamente la autoridad suprema. Me inclinaré

(1) Italia, 164.

á atribuir este espíritu de reserva y de moderacion á un respeto inalterable hácia los derechos de la Santa Sede. ¡Honor á estas dos grandes familias!

Los Colonna, entre otros, fueron enemigos personales de algunos papas: la impetuosidad de Sciarra Colonna ha sido bastante señalada aun cuando no haya dado el golpe de mano. Un Colonna, asistiendo á la coronacion de Luis de Baviera, fué á no dudarlo, presuntuoso; pero acogiendo un intruso en Roma, si ofendió á Juan XXII, que residia en Aviñon, no demostró por ello directamente la ambicion de reinar. Los Orsini, que tenian tanta pujanza, que fortificaban el coliseo en el cual habian dado un asilo á Alejandro III, que, siguiendo atentamente todas las miras de los Colonna para desbaratarlas sin duda, se entregaron de tal modo á estos celos de familia y pasiones secundarias que de ellos nacen, fueron igualmente ajenos á todo proyecto de hacerse reyes de Roma. Cuando se ha causado un perjuicio ó se ha tributado un favor, se desea luego el poder para obtener la impunidad ó no tener que echar de menos la ingratitud: pues bien, ninguno de los miembros de estas dos familias deseó jamás usurpar la autoridad en Roma. Estos señores eran, es preciso confesarlo, tan pronto enemigos como fieles, indisciplinados y obedientes, animados de cólera contra algunos papas, y sumisos ante algunos otros; pero la dignidad de la Santa Sede y las posesiones romanas fueron siempre respetadas por estos príncipes; finalmente, en medio de las conmociones ocurridas á fines del siglo último y á principios de este, no hemos visto ni á los Colonnani ni á los Orsini, continuados en el número de los que han aplaudido la caída del pontificado. He debido tributar brillante justicia á estas dos nobles familias. Bien público es, además, que Fabricio Colonna es el interlocutor de Machiavelo en su *tratado del arte de la guerra*, y que Bartolomé Orsini de Alviano nos ayudó con su valor en la batalla de Marignan.

Martin V, Oton Colonna, habia nacido, segun algunos autores en 1365. Estudió en Perugia el derecho canónico y otras ciencias, haciéndose amar por su saber, integridad, dulzura, afabilidad y modestia de carácter. Se le llamaba la

Felicidad de su tiempo. Urbano VI le nombró refrendador y protonotario. Bonifacio IX le hizo auditor de la Rota y nuncio apostólico cerca de las cortes de Italia. Inocencio VII le creó cardenal decano de san Jorge, vicario de Roma y arcipreste de la basílica de Letran. Juan XXIII le confirió la administración del patrimonio de san Pedro, del ducado de Spoleto, y de las ciudades de Lodi, Orvieto, Terni y Amelia. En todos estos empleos se comportó con rara prudencia. En 1380, era arzobispo de Urbino, y finalmente elegido pontífice en la sesión cuadragesima-primera del concilio de Constanza á 11 de noviembre de 1417.

Se había decidido que, además de los veinte y tres cardenales que estaban presentes, hubiera una asamblea de treinta prelados, y que reunidos nombrasen un nuevo papa, que debería obtener los dos tercios de votos en cada colegio. Debían elegir antes de diez días al que ellos creyeran mas digno; en consecuencia, al tercero día designaron á Colonna, que quiso llamarse Martín. Debería, verdaderamente, haberse llamado Martín III; pero como los pontífices Marin I y II eran tambien conocidos bajo el nombre de Martín, que antes de ellos había llevado Martín I, y que el sucesor de Nicolas III fué vulgarmente llamado Martín IV, Colonna tomó el de Martín V. Por otra parte, su elección acaeció el día de san Martín, y quiso ponerse bajo el poderoso amparo de este gran Santo.

A los 12 de noviembre recibió Martín el diaconato, á los 13, el presbiterado, el 14, fué consagrado obispo, y siete días despues solemnemente coronado. Celebró en seguida la magnífica cavalgada en la ciudad de Constanza, pasando de la iglesia catedral á la de san Agustín. Sostenían el freno del caballo del Papa, á la derecha el emperador Segismundo, y á la izquierda Federico, marqués de Brandeburgo y elector del imperio. Concluida la ceremonia, se agitó una cuestión entre los domésticos del Papa y el burgomaestre de la ciudad, para saber á quien pertenecía el caballo que había montado el pontífice. Cancellieri dice que fué adjudicado al burgomaestre (1).

En la sesión cuadragesimatercera de 22 de marzo de 1418,

(2) *Storia de' Plessesi*, pág. 40.

el Papa revocó todas las gracias concedidas por los últimos pontífices desde Gregorio XI. Ordenó que los obispados y beneficios fuesen administrados tal como lo habían sido antes de Urbano VI. Redactó una infinidad de decisiones relativas á la disciplina eclesiástica. En cuanto á las doctrinas de Juan Hus, recordó el Papa, por una bula de 22 de febrero de 1418, que estaban condenadas. Los errores de este sectario consistían aun en sostener que la necesidad de la comunión bajo las dos especies era un dogma de fe. Publicaba que el pan y el vino existían después de la consagración. Creía era de ningún valor la administración de los sacramentos, hecha por los ministros del altar estando en pecado mortal. Admitía á los santos misterios á todos los legos que estaban en gracia de Dios; pretendía que la Iglesia no puede poseer bienes temporales; alteraba el orden en la gerarquía, sosteniendo la igualdad de todos los clérigos, sin diferencia alguna entre ellos y el Papa, los cardenales, arzobispos y obispos.

A los 23 de abril y en la sesión cuadragesimacinta dió el Papa por terminado el concilio de Constanza, que había durado cerca de tres años y medio, aprobándolo en todo lo relativo á los decretos sobre materias de fe. A este propósito citaremos á Feller (IV, 360):

«El primer artículo de la bula contra los hussitas se distingue por lo que el Papa quiere, cuando manda que el hombre contra quien se tendrá sospecha de heregía, jure que admite los concilios generales, y en particular el de Constanza que representa á la Iglesia universal, reconociendo igualmente que todo cuanto este concilio ha condenado y ha aprobado debe ser así y no de otra manera alguna.» Parece deducirse naturalmente de ello que Martín V aprueba la superioridad de los concilios sobre los papas, la que fué decidida en las sesiones cuarta y quinta. Otros pretenden que Martín solo hablaba de decretos doctrinales contra los sectarios, y se apoyan en un acto auténtico para que sirva de monumento á la posteridad, y por el cual declara solemnemente este Papa, en la última sesión, «que él quería guardar y cumplir inviolablemente todo lo que se había discernido, concluido y determinado *conciliarmente en las materias de fe* por el concilio de Constanza; que apro-

baba y ratificaba todo lo que habia sido hecho , como hemos dicho, conciliarmente en las materias de fe , *pero no lo que habia sido hecho de otro modo ni de otra manera.* »

Añaden que los decretos de la cuarta y quinta sesion , solo se dirigen á los tiempos de cisma y á los papas cuya legitimidad era disputable, como de ello habia ejemplos entonces.

Las palabras de Martin son continuadas por Labbe en sus concilios , tomo 12 , pág. 258 : *Decreta in materia fidei per præsens concilium conciliariter teneri et inviolabiliter observari.*

Por estas palabras, que repite Novaes en una nota, tomo 5.º pág. 64, Martin quiere decir que no aprueba lo que en las sesiones cuarta y quinta se habia establecido relativamente á la autoridad de los concilios sobre el papa. Por otra parte es verdadero, y así lo dicen De Sponde y Bellarmino, que el concilio de Constanza no ha decidido absolutamente que los concilios generales hayan recibido de Jesucristo el poder sobre los pontífices. Ha declarado que tal poder existe solamente en tiempo de cisma, cuando no se sabe quien es el verdadero papa, y si ellos tienen un derecho sobre los pontífices inciertos no se les reconoce, propiamente hablando, sobre el papa. Este es tambien el pensamiento de Torre Cremata, Sander y Campeggio , el cual nos parece dictado por la mas elevada sabiduría y prevision.

Entre tanto Ladislao, rey de Polonia , procuraba por todos los medios posibles facilitar la reunion de las Iglesias griega y romana. Martin le escribió felicitándole por este zelo, confirmó las gracias que le habian concedido otros pontífices, y le declaró vicario general de la Iglesia romana en sus estados, encargado especial de proteger la antorcha evangélica entre los bárbaros, y de invitar á los griegos á que se reunieran con la Santa Sede.

En la misma época , Juan , rey de Portugal , no contento con haberse apoderado de la ciudad de Ceuta , que pertenecia á los moros, resolvió para propagar la fe cristiana hacerles una guerra mas viva. Martin, queriendo ayudarle en esta santa empresa, invitó á todos los príncipes cristianos á que compartieran los peligros que Juan iba á arrostrar, publicando una cruzada contra aquellos africanos.

Dos años mas tarde las flotas de Portugal descubrieron las

Indias orientales. Se apoderaron en seguida de la isla de Madera, adelantaron hácia las costas de Africa, y tomaron posesion del cabo que fué llamado *de Buena Esperanza*. Llegaron á las Indias donde no se habia penetrado aun por mar.

Martin, creyendo fundadamente que tales conquistas reportarian un bien á la religion, concedió al rey de Portugal el alto dominio de las tierras que descubririan sus navegantes, desde la embocadura del *mar Negro* hasta las extremidades de las Indias.

Estaban concluidos todos los negocios del concilio y pensando el Papa regresar á Italia, lo verificó en 1418, partiendo acompañado de doce cardenales.

Martin se embarcó en el Rhin para ir á Schaffouse, y pasó por Berna, Ginebra, Susa, Turin, Pavía y Milan. Llegó á Mantua á los 7 de octubre, donde se detuvo hasta fin de año.

Salió de Mantua á los 7 de febrero de 1419, y el dia siguiente hizo su entrada solemne en Ferrara. Continuó su viaje por la Romanía y se detuvo en Florencia.

Martin acababa de terminar un difícil negocio. Juan, conde de Foix, viudo de Juana, hija mayor del rey Carlos de Navarra, pedia licencia para casarse con Blanca hermana de Juana. Concebia el desígnio de perpetuar su raza legitima en el reino de Navarra, del cual Blanca debia ser heredera. Martin concedió la dispensa á pesar del impedimento de afinidad. Se ve claramente por este hecho que mas tarde Julio II concedió á Enrique VIII una dispensa de la cual habia ejemplos, y que este príncipe no tuvo por ello motivo ni pretexto para fomentar el cisma de Inglaterra.

En reconocimiento de la buena acogida con que le honraron los de Florencia, Martin erigió su obispado en metrópoli; al propio tiempo confirmó la canonizacion de santa Brígida hecha en 1391 por Bonifacio IX, y confirmada en 1415 por Juan XXIII. Martin ordenó esta nueva confirmacion para demostrar que fueron aquellos pontífices verdaderos papas. Tambien queda probada su legítima autoridad como lo hace observar el inmortal Lambertini (1).

(1) De Canon, 88, lib. I, cap. IX, n. 10.

Se aguardaba con impaciencia en Roma la entrada de Martín. El pasaje en que Platino explica los hechos relativos á este acontecimiento, conmueve ciertamente; y á propósito de los sentimientos que animan naturalmente á los romanos se remonta el brillo de la elegancia latina del autor: *Abiens itaque Florentia, Romam tandem pervenit, effusa obviam omni urbana multitudine, effusis principibus tantæ urbis, qui hominem non secus ac quoddam salutare sidus, vel unicum patriæ parentem expectabant. Diem illum in fastis annotavere Romani décimo calendas octobris (22 sept) anno Domini MCCCCXXI. Urbem Romam adeo diruptam et vastam invenit, ut nulla civitatis facies in illa videretur. Collabentes vidisse domos, collapsa templa, desertos vicos, cænosam et oblitam urbem, laborantem rerum omnium caritate et inopia. Quid plura? Nulla urbis facies, nullum urbanitatis indicium in ea videbatur. Dixisses omnes cives aut inquilinos esse, aut ex extrema hominum fece eo commigrasse.*

«Habiendo Martín partido de Florencia, llegó finalmente á Roma. Vió á toda la multitud reunida delante de él y á los príncipes de tan gran ciudad que esperaban, no á un hombre, sino á algo, como un astro saludable y único padre de la patria. Los romanos conservaron en sus fastos la memoria de este dia, el décimo de las calendas de octubre (22 de setiembre) de 1421. El Papa encontró á Roma como si hubiese desaparecido bajo grandes ruinas; ningun *vestigio de ciudad* se veía en ella; no se encontraban mas que casas derruidas, templos caidos, calles desiertas, caminos descuidados y fangosos, una ciudad devorada por la carestía de todas las cosas y por el hambre. Que mas diré? Nada tenia la apariencia de un lugar habitado; no se descubria vestigio alguno de lo que constituye una ciudad. Hubierais creído que todos estos infortunados vivian allí como oscuros inquilinos, y que se habia reunido la mas vil hez de la tierra.»

He presentado con intencion este espantoso cuadro de la situacion de Roma. Cada vez que esta ha despreciado á los papas, perdiendo casi su nombre, no ha ofrecido mas que un triste espectáculo y un castigo terrible. Aconsejad, pues, revoluciones á tan célebre y nombrada majestad, á esta tan venerable grandeza, para que llegue á ser otra vez *la mas vil hez de la tierra!*

Hemos visto á Roma tres meses despues del regreso de

Pío VII, en 1814. Ciertamente los franceses habian sido, en lo posible, solícitos y generosos conservadores de todos los célebres monumentos, pero á pesar de ello la poblacion parecia haber perdido su animacion, y el pueblo no se acordaba de su primer gozo; un grave dolor reflejaba todavia en sus semblantes. Ignoro si esta grande capital está ó no reservada á iguales aflicciones; pero, á lo menos, que no aplauda estas caidas tan fatales y perniciosas, á las cuales no puede siempre menos que sucederles la autoridad bienhechora que jamás deberia ser repelida. Nadie tendrá la mision, autoridad, capacidad ni habilidad para gobernar á Roma, mejor de lo que la gobiernan los pontífices. Existen obstáculos en ciertas concesiones útiles á la existencia municipal: se concluirá por consentir. Bajo muchos conceptos Roma tenia que desear alguna modificacion, y desde la administracion de Consalvi no ha prosperado esta ciudad menos que muchas otras que tampoco se encuentran mas adelantadas. Las autoridades no se han opuesto jamás á cualquier mejora. El motivo de las quejas puede haber sido fundado en alguno de los extremos del Estado, pero en Roma se ha exagerado, se ha pedido mas de lo que se ha querido obtener; y si tiene lugar el reconocimiento de deberes por parte de los soberanos, debe tambien por otra parte animar á los pueblos un sentimiento de sabiduría, de verdad, de templanza para que no soliciten mas que lo justo, lo cual ciertamente alcanzarán. Roma, á la llegada de Martín V, toma inmediatamente un nuevo aspecto; circula el dinero en abundancia; prodiga la agricultura sus riquezas; abundan los extranjeros; llegan los peregrinos para demostrar á los habitantes, en su mayor parte frios é ingratos, el modo como debe amarse á los pontífices. Además, en todos cuantos puntos donde habia permanecido el Papa no tardaron los negocios en hacerle relacionar con el resto del universo.

Sabia la reina Juana que seguida su muerte, el reino de Nápoles debia quedar bajo el poder pontificio; para evitarlo y frustrar los derechos del Papa, adoptó al rey de Aragon, declarando debia sucederle como si fuera su hijo.

Martín con tal motivo tomó la defensa de Luis de Anjou al que socorrió mandándole caballería.

En esta misma época, continuaba propagándose en Italia la heregía de los *Fraticelli*, llamada también *de la opinion*, porque ellos *opinaban* que Juan XXIII había sido privado de la dignidad pontificia á causa de las constituciones que decretó sobre la pobreza de Cristo y de los Apóstoles. Martin designó dos cardenales para instruir el proceso, que debía seguirse contra estos sectarios.

Sin embargo, los hussitas bajo la dirección de Zisca, defendían sus heregías en la Bohemia. Perseguían cruelmente á los católicos de este reino, destruían los templos, profanaban los altares é imágenes sagradas, quemaban á los clérigos; es difícil enumerar las violencias de estos impíos. Martin invitó al emperador y electores de la Germania á empezar la guerra contra tales bárbaros.

En la sesión cuadragesimacuarta del concilio de Constanza se había decretado la celebracion de otro concilio general. Fué convocado en Pavia é inaugurado á los 22 de junio de 1423 bajo la presidencia de tres legados del Papa. Al cabo de poco tiempo se declaró la peste en esta ciudad; el concilio se trasladó á Siena y empezó sus sesiones á los 21 de agosto. Concluyeron en 26 de febrero de 1424 porque la guerra impedía á los obispos pasar á Italia. Entonces se convocó otro concilio que debía celebrarse en 1431 en Basilea.

Segun la ley de Urbano VI, celebró Martin, en 1423, el jubileo del año santo. No concurrieron muchos peregrinos con motivo de las guerras que devastaban á la vez la Italia, Francia y Germania.

Hemos visto que Juana II había adoptado por hijo al rey de Aragon; pero habiéndose este príncipe demostrado muy ingrato, revocó la reina el acto de la adopcion y favoreció con esta á Luis de Anjou, para reunir en la persona de dicho príncipe los derechos de las ramas de Durazzo y de Anjou, originarias ambas de Carlos de Anjou, hermano de San Luis. Esta nueva adopcion fué aprobada por Martin y en 1424 confirmó á dicho príncipe en la posesion del reino del que se le había despojado en 1421 (1).

(1) Novaes, V, 75.

En el mismo año, el Papa prohibió á los cardenales aceptasen el cargo de protectores de reyes ó príncipes. En el caso en que hubiesen prometido esta proteccion los cardenales debian renunciarla á fin de poder mas libremente aconsejar al Santo Padre en todos los negocios de la corte.

Alfonso, rey de Aragon, irritado contra el Santo Padre, que sostenia sus derechos, hizo publicar un edicto contrario á las inmunidades eclesiásticas.

Se vió el Papa obligado en 1429 á reprender severamente al arzobispo de Cantorbery; este prelado, arrogándose la autoridad que solo pertenece al pontífice romano, habia instituido en Inglaterra una especie de jubileo parecido al del año santo, concediendo á los que visitasen la iglesia de Cantorbery, en épocas señaladas, las mismas indulgencias concedidas á los peregrinos que van á Roma en tiempo del verdadero jubileo.

Martin continuaba sus trabajos apostólicos; habia extinguido las heregías que devastaban la Bohemia, pacificado la afligida Italia, restaurado la desolada Roma, y merecido el título con que se le ha honrado de *Padre de la patria*. Habia gobernado trece años, tres meses y nueve dias cuando murió de apoplejía á la edad de sesenta y tres años, en la noche del 19 al 20 de febrero de 1431. Fué enterrado este Pontífice en un magnífico sepulcro de bronce, en medio de la Iglesia de San Juan de Letran y frente del altar en que reposan las reliquias de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Allí es donde se encuentra la inscripcion que dice fué *la felicidad de su tiempo*. Era digno de este glorioso título aquel á quien la Iglesia debe la extincion del cisma, la Italia su reposo y Roma su completa restauracion.

Martin era un hombre de bien y de estado. Fué deseado despues de su muerte por los que le detestaban en vida; su afabilidad, prudencia, don de buenos consejos, puras costumbres le ponian en primer lugar entre los personajes de esta época. Cuando se trataba de conceder una dignidad eclesiástica, investigaba con austeridad el talento que podia adornar al candidato. No otorgaba gracia alguna sino á los que merecian una distincion. Se admiraba su constancia, valor y magnanimidad en las dolorosas circunstancias que abaten el áni-

mo de la mayor parte de los hombres. Tenia dos hermanas á quienes amaba tiernamente, llamados Antonio, príncipe de Salerno, y Lorenzo. Llegó un día á su noticia que el uno habia muerto de la peste, y que el otro habia sido quemado en una torre incendiada al acaso. El Papa, al saber esta doble noticia, no mostró la mas ligera conmocion, y se contentó dirigiendo sus ojos al cielo sin proferir una palabra.

La Santa Sede estuvo vacante once dias.

Hubo bajo este reinado un antipapa que se llamó Clemente VIII, y antes Sanchez de Muñoz. Habia sido creado por dos cardenales que Benedicto XIII habia investido de este falso título un dia antes de su muerte. Este Clemente renunció voluntariamente las insignias del pontificado, (porque solo era reconocido por los aragoneses) á los 20 de julio de 1429, despues de cuatro años, un mes y siete dias de antipapado. En tonces Martin le creó obispo de Mallorca.

Despues de esta cesion que fué confirmada por el concilio de Tortosa, los dos falsos cardenales y otro que Clemente habia creado, para extinguir el cisma que tanto tiempo hacia estaba afligiendo á la Iglesia, verificaron entre ellos un irrisorio escrutinio y eligieron papa á Martin V, que contaba ya doce años de pontificado legítimo.

Se habla tambien de otro antipapa conocido bajo el nombre de Benedicto XIV. Añadiremos algunos detalles sobre este hecho, y el santo nombre que de anteman queria profanarse y que debia ser llevado por uno de los mas grandes gefes de la Iglesia.

Bercastel (tomo 14) no nos da todavía por concluida el cisma con la abdicacion del antipapa Clemente VIII, aun cuando los otros autores le creen terminado.

Juan Carriere, segun Bercastel, uno de los anticardenales del antipapa Benedicto XIII, despues de haber accedido á la ridícula creacion de Clemente VIII, se habia retirado á Francia: sabiendo allí las intrigas que habian precedido y seguido á la eleccion del falso Clemente, habia protestado contra la de Muñoz, y creyéndose con derecho de dar por sí solo un moderador á la Iglesia, nombró por sí mismo papa á un francés que se hacia conocer por Benedicto XIV. Este fantasma de soberano papá-

tífice regresó bien pronto á las tinieblas: solo se le conoce por una carta del susodicho Carriere al conde de Armagnac, y por una consulta que éste, algo afecto al cisma, dirigió sobre el mismo á la virgen de Orleans, que era reputada por un alma iluminada por los mas grandes dones del cielo (1).

Siguiendo á de Molinet (2), solamente bajo el reinado de Martín V y hácia 1430 fué cuando se empezaron á acuñar medallas en honor de los pontífices; ó mas bien, esta costumbre, conocida ya por los antiguos romanos entre ciertas familias, fué restablecida en favor de los personajes que ascendieron en particular á la grande ilustracion del pontificado. No se reconoce, en este género de trabajo, otro artista mas aventajado que Victor Pisanello, de Verona, que era tambien célebre pintor. Modeló en cera las facciones de Martín V, sacadas de un retrato hecho por Pablo Jove, y luego las grabó, deseando sucesivamente los demas príncipes recibir igual distincion. Se encuentra en las colecciones de medallas con esta inscripcion: OPUS PISANI PICTORIS, los retratos de Alfonso, rey de Sicilia, de Juan Paleólogo y de Francisco Sforza.

Solo debemos aquí ocuparnos de las medallas acuñadas en honor de Martín V.

La primera que se conoce como perteneciente á este Papa, tiene en su exergo MARTINUS V COLUMNA PONTIFEX MAXIMUS; se ve en su reverso una columna sosteniendo las dos llaves pontificias entrelazadas. La familia Colonna era originaria de Parma, y llevaba una columna en sus blasones de la cual habia tomado el nombre de Colonna. Hay historiadores que dicen habersele dado este nombre porque uno de la misma familia, cardenal de Santa Práxedes, habia traído en 1220, de la Palestina, la columna en que los judíos habian atado á Jesucristo. La corona que termina dicha columna se habia

(1) Novaes, V, 88.

(2) *Historia Summorum Pontificum, a Martino V ad Innocentem XI, per eorum numismata*: Historia de los soberanos pontífices desde Martín V á Inocencio XI, por sus medallas, del año 1417 á 1678, por Claudio de Molinet, canónigo de Santa Genoveva; Paris, Billaine, 1679. in-fol.

añadido en virtud de concesiones pontificias, pues que Estevan Colonna habia sido encargado de colocar la diadema á un emperador consagrado en Roma, en la época en que los papas residian en Aviñon.

La segunda medalla tiene por exergo estas palabras: OPTIMO PONTIFICI, y representa á Roma sentada en un escudo sosteniendo una balanza en una mano, y en la otra el cuerno de la abundancia. El autor ha querido figurar el espíritu de justicia del Pontífice, y la abundancia con que dotó á la empobrecida Roma. Este Papa decia á todos los ministros á quienes comisionaba, las memorables palabras siguientes: *Diligite justitiam, qui judicatis terram.* «Amad la justicia, vosotros que debéis juzgar la tierra.» Al reverso se lee: DIRUTAS AC LABENTES URBIS RESTAUR. ECCLESIAS. COLUMNÆ HUIJUS FIRMA PETRA. «Restauró las iglesias de la ciudad, destruidas y arruinadas y fué la piedra fundamental de esta columna.» Es fácil reconocer que en el fondo de la medalla está representada la fachada de la iglesia de los Santos Apóstoles, restaurada por Martin V.

Poseo estas dos medallas en una coleccion de numismática pontificia con que se dignó honrarme Pio VII. Tendré con tal motivo frecuentes ocasiones de hablar de ella.

Me separaré algunas veces de las indicaciones hechas por de Molinet; él trabajaba ó bien en virtud de inexactos dibujos ó sobre correctas piezas, pero mal descifradas. Tengo inclinacion á los estudios numismáticos, y el noble presente de Pio VII está á mi vista siempre que describo una medalla pontificia.

Debo, antes de terminar lo concerniente al reinado de Martin V, dar una explicacion acerca de lo que se ha llamado en la edicion de Fleury, y de la que me sirvo: *Continuacion de la historia eclesiástica del abate Fleury, por él mismo; publicada por primera vez procedente de un manuscrito que pertenecia á la biblioteca real.*

Habiendo Fleury publicado cien capítulos, el primero de los nuevos (hay cuatro) está designado, capítulo ciento y uno; en la segunda página de este capítulo, 344 del tomo 6.º, se lee: «El papa Juan (XXIII), que los remordimientos de su

conciencia no dejaron en reposo, empleaba todos los medios posibles para estorbar el concilio. Tenia continuamente á su alrededor á muchos hombres íntimos que le secundaban en su comercio simoníaco, y por medio de los cuales ganó á algunos obispos y á otras personas considerables del concilio, otorgándoles gracias y haciéndoles promesas. De tal modo, nada se obraba ni decia secretamente en el concilio de que no fuera instruido diariamente: pero no sabia guardar el secreto, descubriéndolo á sus confidentes. Era frecuentemente por la noche cuando hacia venir á sus *espías* para saber lo que habian oido en el dia, *dándoles la absolucion del perjurio que cometian* en contra del juramento que habian prestado de no revelar las deliberaciones del concilio. Retardó de esta manera el progreso sembrando la discordia entre las naciones que lo componian. Estas *intrigas* del Papa no pudieron ocultarse por mucho tiempo á causa de tantos *espías*, la mayor parte de los cuales, habiendo sido descubiertos, fueron llamados por el concilio; pero se marcharon.»

En la página 346 se trata de los *embajadores* de la universidad de Paris.

En los libros 101 y 102 no se encuentran hechos nuevos que merezcan explicarse. Me basta notar aquí que Fleury, quien en la reunion de sus precedentes obras ha guardado con frecuencia una justa censura, no manifiesta, á propósito del concilio de Constanza, sentimiento alguno de verdadera prudencia. Los tres papas á quienes se impone la *cesion*, han sido juzgados con poco favor. Juan XXIII es tratado mas duramente que los otros, y sin embargo é indubitadamente es el doscientos noveno papa oficial. Lo que mas admira, es que el autor sea cual fuere no trate mejor á los padres del concilio. Pero Fleury, en su animosidad contra los pontífices, aun cuando esta le dominase demasiado, siempre habia sido comedido con los concilios. No diré que Fleury no haya trabajado en estos libros; tampoco que no sea su estilo y su grande severidad; pero el conjunto de su habitual juicio no se encuentra á menudo en aquellos. No puedo creer hable de tal modo de los *espías* de Juan XXIII, y de *la absolucion del perjurio*. No olvidemos que Fleury trabajaba á la vista de la corte de Francia.

Que haya escrito algo de hostil sin publicarlo, es posible; pero que no haya destruido esta mala inspiracion es difícil pensarlo. Dejaremos á un lado á los *embajadores de la universidad*. Si Fleury ha encontrado las palabras *legatus universitatis*, era lo bastante ilustrado para continuarlas. Sin embargo, concedo que lo haya dicho. Actualmente se llaman operaciones diplomáticas las de los cónsules á quienes solo se ha confiado intereses mercantiles; se dice indiferentemente ministros por embajadores: solo vemos *embajadores* de Prusia. Ha habido muchos en nuestros tiempos que han asistido á los congresos; pero no ha habido un solo prusiano desde que ha tenido el título de embajador.

En el libro 101, página 364 de esta nueva edicion, á propósito de un decreto del concilio, ordenando se convoquen con mas frecuencia concilios generales, el autor se expresa tal como sigue. «Aquí se encuentra el inconveniente de la ignorancia de las disposiciones de la antigua disciplina eclesiástica. Los padres de Constanza no habrian dado este decreto si hubieran sabido que no hubo concilios generales durante los tres primeros siglos y hasta el concilio de Nicea, celebrado en 325 (1), y sin embargo, durante estos primeros siglos se extinguieron algunas heregías y condenaron algunos errores; la disciplina fué mas vigorosa y la Iglesia floreció mas que nunca: los concilios provinciales eran tan frecuentes cuanto lo permitian las persecuciones, y la costumbre habia establecido celebrar dos cada año. Los concilios generales siempre han sido raros, de tal modo, que apenas pueden contarse trece durante los catorce siglos que precedieron al de Constanza: todavía se encuentran algunos en los cuales la Iglesia oriental no ha tomado parte; y la experien-

(1) El no impugnado Fleury, dice al fin del libro 100, que Juan XXIII abrió el concilio en presencia de quince cardenales, veinte y tres arzobispos, veinte y siete obispos, abades, y de todo el clero que habia en la ciudad: entre estos cardenales, arzobispos, obispos, abades y clero á ninguno le constaba se hubiesen celebrado concilios generales durante los tres primeros siglos y hasta el de Nicea de 325: ¿puede sostenerse en nombre de Fleury tal proposicion? y si se tiene el disgusto de encontrarla en un manuscrito de Fleury, al copiarlo, ¿no debe uno borrarla inmediatamente?

cia ha probado la posibilidad de ejecutar este decreto del concilio de Constanza, pues durante los 300 años que han seguido, no se han celebrado mas que tres concilios generales, á saber: el de Basilea, el de Florencia y el de Trento.»

Hemos combatido ya la acusacion de ignorancia imputada sin excepcion á los padres de Constanza. Contestemos á este supuesto: «Apenas pueden contarse trece concilios generales durante los catorce siglos que precedieron al de Constanza.» Siguiendo al narrador, el concilio de Constanza habia sido el décimocuarto concilio general, siendo así que era el décimo sexto, á menos que el redactor quiera admitir el de Pisa. El primero tuvo lugar en Nicea, en 325; el segundo en Constantinopla, en 381; el tercero en Efeso, en 431; el cuarto en Calcedonia, en 451; el quinto en Constantinopla (Constantino-politano segundo), en 553; el sexto (Constantino-politano tercero) en idem, en 680; el séptimo (segundo de Nicea en esta ciudad), en 787; el octavo en Constantinopla (Constantino-politano cuarto), en 869; el noveno en el palacio de Letran, en 1123; el décimo (segundo de Letran) en idem, en 1139; el undécimo (tercero de Letran) en idem, en 1179; el duodécimo (cuarto de Letran) en idem, en 1215; el décimotercero en Lion, en 1245; el décimocuarto (segundo de Lion) en idem, en 1274; el décimoquinto en Viena, en 1311; Constanza presenció el décimo-sexto. ¿Qué significa pues trece concilios antes del de Constanza? Segun consta en su obra, Fleury ha reconocido todos los concilios generales arriba explicados, y en este momento los reduce á trece! Despues de esto, ¿es preciso convenir con el autor, que solo se han celebrado tres concilios generales durante los tres siglos que han seguido al de Constanza? Hemos visto el décimoséptimo celebrado en Basilea, en 1431; el décimooctavo en Florencia, en 1439; el décimonono (quinto de Letran) en dicha ciudad, en 1512, y finalmente el vigésimo, en la ciudad de Trento; el cual duró diez y ocho años, ó sea desde 1545 á 1563.

En diversas relaciones, sacadas del narrador, y que llevamos explicadas, se cita mas de diez veces á de Hardt como autoridad en que se apoya el autor.

Fleury nada nos dice de de Hardt en su libro 100 que llega

hasta 1414, y le hubiera citado en el libro 101 refiriéndose al año 1415!

Daremos aquí algunos informes de quien era de Hardt. Era un escritor protestante, muy sábio, orientalista, y que á instancia del duque de Brunswick, escribió la historia del concilio de Constanza, bajo este título: *Magnum Constantiense concilium de universali Ecclesie reformatione, unione et fide.* «El gran concilio de Constanza acerca de la universal reforma, union y fe de la Iglesia.» Francfort, 1697, 3 vol. en fol. 1760 y 1742, 6 vol. en fol. No he visto tales ediciones; pero si algunas de las investigaciones continuadas con este objeto pertenecen á la época en que Fleury ya no vivia, uno se hubiera comprometido vivamente al expresar de tal modo reflexiones que aquel no ha podido hacer. De Hardt ha publicado tambien *autógrafos* de Lutero y de otros personajes célebres. Bajo el solo título de *Concilio de Constanza*, de Hardt puede ser recusado por escritores católicos. Se cita tambien á Thierrí de Niem. Fleury le habia y aconsultado; pero dicho Thierrí, autor del *diario* de lo que sucedió en Constanza, dirige una violenta invectiva contra Juan XXIII, su bienhechor. Feller define á este autor diciendo: «Thierrí, hombre austero y taciturno, hace un retrato hiperbólico de la corte de Roma y del clero de su tiempo. Su estilo es duro y bárbaro, y no será muy leído por los que tienen mas gusto y discernimiento que él (Feller V, 620).» Pero yo añadiré algunos detalles. No me haré cargo de todos estos puntos; solo hay uno que me es imposible dejar desapercibido. Se ha expresado en el título de la obra atribuida á Fleury, y que nos ocupa: «Continuacion publicada por primera vez, *segun un manuscrito perteneciente á la biblioteca del rey.*» He pasado á esta biblioteca, y he pedido ver dicho manuscrito. El primer bibliotecario me ha manifestado que, efectivamente, hacia unos catorce años habia ido á solicitarlo un literato para enterarse de las obras inéditas de Fleury. Se han entregado con el tiempo á dicho literato, bajo recibo, trozos sueltos, y casi desordenados que se han extraido de dos carpetas que contenian lo que la biblioteca poseia de Fleury. Desde entonces nada se ha devuelto al establecimiento real, y han sido publicados los cuatro libros en cuestion. Al parecer, estos hombres de letras

han solicitado ver los originales ; pero la persona que se decia haber recibido dichos cuatro libros , ha manifestado haberlos devuelto, lo cierto es, que no se encuentran entre los manuscritos *pertenecientes á la referida biblioteca*. He tenido á mi disposicion las dos carpetas arriba mencionadas; nada de lo que he leído ni examinado, tiene semejanza alguna con dichos cuatro libros. No diré que no existan en alguna parte ; podrán *pertenecer á la biblioteca*, pero no están visibles. El bibliotecario ha añadido á estos informes que mis actuales instancias le inclinan á hacer nuevas investigaciones para recuperar lo que ha sido prestado. Mientras tanto, existe en los registros el recibo de fragmentos de Fleury y ninguna nota consta de su devolucion. Puede que haya sucedido que la persona á quien se dejaron los haya perdido , y que ninguna explicacion pueda dar sobre el abuso que otros habrán hecho de los mismos , para aumentar con invenciones el valor de una obra que faltaba en el comercio y con la cual se habrán creído asegurar mejor su éxito.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE.

	Pág.
154. Victor II.	5
155. Estéban X.	6
156. Benedicto X.	7
157. Nicolas II.	8
158. Alejandro II.	10
159. San Gregorio VII.	16
160. Victor III.	49
161. Urbano II.	51
162. Pascual II.	54
163. Gelacio II.	63
164. Calisto II.	65
165. Honorio II.	68
166. Inocencio II.	70
167. Celestino II.	76
168. Lucio II.	78
169. Eugenio III.	79
170. Anastasio IV.	86
171. Adriano IV.	88
172. Alejandro III.	91
173. Lucio III.	100
174. Urbano III.	103
175. Gregorio VIII.	109
176. Clemente III.	111
177. Celestino III.	113
178. Inocencio III.	121
179. Honorio III.	158
180. Gregorio IX.	169
181. Celestino IV.	188
182. Inocencio IV.	id.
183. Alejandro IV.	198
184. Urbano IV.	206
185. Clemente IV.	211
186. El bienaventurado Gregorio X.	215

187. Inocencio V.	230
188. Adriano V.	231
189. Juan XXI.	232
190. Nicolas III.	234
191. Martin II ó IV.	237
192. Honorio IV.. . . .	243
193. Nicolas IV.	245
194. San Celestino V.	248
195. Bonifacio VIII.	253
196. El bienaventurado Benedicto XI.	267
197. Clemente V.	271
198. Juan XXII.	285
199. Benedicto XII.	296
200. Clemente VI.	300
201. Inocencio VI.	310
202. Urbano V.	317
203. Gregorio XI.	326
204. Urbano VI.	340
205. Bonifacio IX.	354
206. Inocencio VII.. . . .	362
207. Gregorio XII.	366
208. Alejandro V.	378
209. Juan XXIII.	380
210. Martin V..	390

FIN DEL ÍNDICE.







1
1



HISTORIA
DE LOS
PADRES



D-1
1580